







297/A

LA CORTE SANTA  
DEL PADRE NICOLAS CAUSINO,

TRADUCIDA

DEL FRANCES AL CASTELLANO

POR DON FRANCISCO CRUZADO,

NUEVAMENTE CORREGIDA

POR EL DOCTOR DON BENITO FRANCISCO  
*de Castro y Barbeyto, Presbítero, Colegial en el de  
Pasantes de San Clemente de la Ciudad de Santiago,  
Profesor de Historia Literaria en los Estudios Reales, y  
Académico jubilado en la Real Academia de Sagrados  
Cánones, Liturgia, Historia y Disciplina Ecle-  
siástica de esta Corte.*

QUINTA PARTE.



MADRID:  
EN LA IMPRENTA REAL  
AÑO DE 1796.

LIBRO DE...

...

...

...

...

... POR EL DOCTOR DON BENITO FRANCISCO de Castro y Barreyro, Presbitero, Colegial en el de ...

QUINTA PARTE.



EN LA IMPRENTA REAL ...

# INDICE

## DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

<b>E</b> xhortacion á las Reynas y Señoras.	Fol.	1
SECCION I. <i>Que la Corte Santa no puede subsistir de la virtud de las mugeres, y de su devocion para el adelantamiento de la Christiandad.</i>		3
SECCION II. <i>Que Dios se ha valido tambien de la devocion de las mugeres para el establecimiento de los Estados.</i>		6
SECCION III. <i>Que las mugeres son capaces de buenas luces y sólidas instrucciones.</i>		16
SECCION IV. <i>Los diez órdenes de mugeres, y las qualidades viciosas que las damas deben particularmente evitar.</i>		20
SECCION V. <i>El décimo orden de las mugeres lleno de sabiduría y de virtud.</i>		32
SECCION VI. <i>Breve recopilacion de las excelentes qualidades de la muger, y primeramente de la verdadera devocion.</i>		34
SECCION VII. <i>La modestia.</i>		37
SECCION VIII. <i>La castidad.</i>		41
SECCION IX. <i>La discrecion en el manejo de los negocios.</i>		44
SECCION X. <i>El amor conyugal.</i>		47
SECCION XI. <i>El cuidado de los hijos.</i>		50
SECCION XII. <i>Conclusion del discurso.</i>		51
	JUDITH.	
SECCION UNICA.		53
	ESHER.	
SECCION UNICA.		73
	MARIAMNE.	
SECCION UNICA.		102
	PULQUERIA.	
SECCION UNICA.		181
<i>Su epitafio.</i>		233
<i>Epitafio de Valerio Marciano.</i>		234
<i>Epitafio de Eudoxia.</i>		246
	CLOTILDE.	
SECCION I. <i>Su nacimiento y crianza.</i>		252
SECCION II. <i>Clodoveo pretende casarse con Clotilde.</i>		257
SECCION III. <i>Va embaxada al Rey de Borgoña sobre el casamiento de Clotilde.</i>		262
SECCION IV. <i>Llega Clotilde á Francia, y cómo lo pasa en su casamiento.</i>		267

SECCION V. <i>La prudencia con que se portaba la Reyna en la conversion de su marido.</i>	272
SECCION. VI. <i>Conversion de Clodoveo.</i>	279
SECCION VII. <i>Lo que hizo Clodoveo por persuasion de Clotilde, despues de su bautismo.</i>	285
SECCION VIII. <i>Los buenos sucesos que Dios dió á Clodoveo, despues que fue bautizado.</i>	289
SECCION IX. <i>La vida de Clotilde en su viudez, sus aflicciones y gloriosa muerte.</i>	296
SECCION X. <i>Indegunda, de la sangre y casa de Clotilde, lleva la fe Católica á España.</i>	311
SECCION XI. <i>Las persecuciones de Indegunda.</i>	315
SECCION XII. <i>Retratase Hermenegildo, y se convierte.</i>	318
SECCION XIII. <i>Cartas que el padre y el hijo escribieron sobre su rompimiento.</i>	322
SECCION XIV. <i>Tratase de paces entre Leovigildo y su hijo, por medio de Indegunda.</i>	324
SECCION. XV. <i>Hermenegildo es infamemente vendido.</i>	328
SECCION XVI. <i>Carta de Hermenegildo á su querida esposa Indegunda, y su generosa resolucion.</i>	335
SECCION. XVII. <i>Muerte de Hermenegildo.</i>	339

## MARIA ESTUARD.

SECCION UNICA. §. I.	347
§. II. <i>Nacimiento y crianza de la Reyna Maria Estuard.</i>	349
§. III. <i>Primer fuego de los zelos del gobierno.</i>	350
§. IV. <i>Zelos del Rey Estuard.</i>	353
§. V. <i>El amor temerario del Conde de Bothuél.</i>	360
§. VI. <i>Persecucion de la Reyna de Escocia por los Protestantes.</i>	363
§. VII. <i>Retirase á Inglaterra, donde los enemigos la acusan.</i>	368
§. VIII. <i>Laberintos de hipocresía de Isabel.</i>	375
§. IX. <i>Trabajos de su prision.</i>	382
§. X. <i>Digna anotacion sobre la vida de las dos Reynas.</i>	387
§. XI. <i>Odio entrañable de la Reyna Isabel, contra la Reyna de Escocia.</i>	392
§. XII. <i>Proceso contra la Reyna de Escocia.</i>	396
§. XIII. <i>Ultima carta de la Reyna Maria á Isabel.</i>	406
§. XIV. <i>Su muerte y constancia admirable.</i>	411
§. XV. <i>Conclusion.</i>	420



# LA CORTE SANTA.

## TRATADO QUINTO.

---

### EXHORTACION

### A LAS REYNAS Y SEÑORAS.

#### SEÑORAS:

*H*iciera conocido agravio á la santidad, y aun á la Corte Santa, si despues de haber emprebendido en los discursos pasados la devocion de los Grandes, pasara en silencio las Reynas y Señoras que han contribuido en todos tiempos á la gloria de la Christiandad con tanta fuerza, mas allá de su sexô, con virtudes casi sobrenaturales. Dios las ha empleado en negocios grandes que se han ofrecido en todos los siglos; pues que el Verbo, que no reconocia sino solo un Padre en el cielo, quiso en los últimos tiempos reconocer una Madre en la tierra; y aquel que sabe vestir los prados de esmalte de flores, y el cielo de belleza de luces, tomó sangre y carne en una Doncella, para hacerse un trage y formarse un cuerpo. Y como las castas entrañas de una Señora le habian servido de morada en la primera entrada que hizo en este mundo, asi tambien quando quiso salir de él en medio de tantos horrores, suplicios, é imagenes de la muerte, quando las piedras se hendian de dolor á sus pies, y el cielo estaba vestido de luto sobre su cabeza, se halla-

ron mugeres cerca de la Cruz, para servir de depósito de sus últimas palabras, y reliquias de su sangre.

Estas son las eternas alianzas, ó señoras mias, que habeis contraido con la devocion; y quien quisiera privaros de la dulzura de su reposo, emprenderá sacaros de vuestro mismo alojamiento. Tantos hombres como hay jugando las armas, parece que al presente no tienen otro oficio sino matar y morir de valde. Los que hojean los libros se consumen en los dulces tormentos del espíritu. Otros que están ocupados en los negocios públicos, no sacan de ordinario mas que ruido y vanidad. Pero quando os contemplo con el título de sexô devoto, que os ha dado la Iglesia, hallo que vuestra bendicion está en el rocío del cielo, y que sois semejantes á las abejas que nacen en la miel, ó á las aves de las Islas Fortunadas, que se sustentan con perfumes.

Creedme, que las de vuestro sexô que no tienen verdadera devocion, aunque tengan un mundo de grandezas y beldades, y que todas las riquezas del universo sean tributos de su jactancia, no tendrán mas estimacion delante de Dios, que la flor del beno y la escoria de la tierra. Pero las que siguen el camino de las santas y sólidas virtudes, entran en una vida toda Angélica, que olvidandose de su sexô y de las imperfecciones naturales, se remontan sobre las mas perfectas ideas de la Divinidad.

Aqui os ofrezco en este discurso un modelo, en que despues de haber notado mas por especulacion que por práctica algunas manchas que pueden desdorar el esplendor de tan celestiales bellezas, yo ensalzo la devocion de las mugeres con tanta claridad, que á no faltar la vista, no pueden dexar de ser sus méritos admirados.

He querido haceros este servicio conforme mi profesion, y no indigno de vuestro aprecio, por convidarme á ello algunas señoras que felizmente han unido la virtud con las mas eminentes qualidades del Reyno, y que me pudieran servir de modelo si hubieran vivido en mas antiguo siglo que el presente.

Si Dios, que me ha inspirado estos pensamientos, os inspira la execucion, tendré el colmo de mis deseos, y vosotras el de las perfecciones.

## SECCION PRIMERA.

*Que la Corte Santa puede subsistir de la virtud de las mugeres y de su devocion, para el adelantamiento de la Christiandad.*

Quiero ahora adornar esta obra de la Corte Santa, que he conducido hasta aquí con harto desvelo; y pues que Dios, despues de la grande obra de la Creacion, descansó luego que crió la muger, me da exemplo para dar algun descanso á mi pluma, despues de representaros las perfecciones de una muger, tal qual yo la quisiera para adorno de la Christiandad y modelo de la virtud.

Es forzoso confesar, Lector mio, que he temido el puerto á donde me veo arribar por necesidad, porque he aprendido del gran Mártir San Justino (1), que es menester singular discrecion para tratar con las mugeres; y que no hace poco el que sin riesgo puede amar aun sus virtudes. Ademas de esto, siendo yo naturalmente amigo de la brevedad, temeré no comuniquen insensiblemente á mi discurso algo del espacioso campo que tienen ellas para su adorno. Y con efecto, veo que hay infinitas cosas que decir de una parte y otra, y como es demasiada rusticidad arrojarse inconsideradamente á las invectivas contra el sexô, asi tambien es pusilanimidad mostrarse sus parciales, y hacer incorregibles los vicios por una falsa presuncion de virtudes.

Obligame mi profesion á que procure evitar los escollos donde han naufragado tantos baxeles. Si fuere menester reprehension, haré como aquel que mató la serpiente que estaba rodeada al cuerpo de su hijo, sin tocar al mancebo; yo quebrantaré el vicio sin menoscabar el sexô; y siendo menester alabarlo, lo miraré como las ideas de Platon, que no se comunican con la materia.

Co-

(1) *Just. ad Zinum, & Serenum.*

Comienzo, pues, á verificar mi primera proposicion y decir, que la perfecta vida de las mugeres es tan necesaria á la Christiandad, que no se puede quitar de ella sin causar notable desorden, y digo que hay muchos descontentos en el mundo, que hacen alarde de obrar con paradoxas, é impugnar las opiniones mas sanas, desmintiendo á la naturaleza humana, y haciendo en el mundo todo lo que se cuenta de Momo en las Fábulas. Ya se ponen á censurar el gobierno, y maliciosamente hallan que decir y murmurar contra las rentas, leyes y oficios. Ya se forjan Repúblicas de Platon en sus vanos juicios, y establecen nuevos modos de gobierno, fundados en quimeras. Y despues que han mordido á la púrpura y á la diadema, se meten á poner faltas á Dios en las mejores obras de la naturaleza; y entre otras cosas dicen, que no hizo bien en criar á las mugeres.

Caton Censorino decia en su tiempo (1): *Que si el mundo estuviera sin mugeres, la conversacion de los hombres nunca se apartaria de la compañía de los Dioses.* Y un Doctor Judio, dando la razon por qué el Verbo Eterno habia dilatado tanto tiempo su Encarnacion, no dijo mas, sino que el mundo estaba entonces lleno de malas mugeres, y que en quatro mil años no se habia podido criar una buena que sirviese de instrumento adecuado á la grandeza de este misterio.

Otro, habiendo vivido libre de la union del matrimonio, hizo poner sobre su sepulcro esta inscripcion (2): *Vixit sine impedimento: Vivió sin embarazo*, que era un término bien obscuro para adivinar lo que queria decir. No obstante, se halla que este *embarazo* que él decia, era la muger. Esto puede proceder por el vicio ó la miseria, á que nos ha conducido el estado de la vida presente; pero hablando generalmente, es menester confesar que si hubiera sido mejor criar el mundo  
sin

(1) *Si mundus esset absque esset absque Diis.*  
*mulieribus, conversatio nostra non* (2) *Bris. For.*

sin mugeres, Dios lo hubiera hecho asi, sin esperar el consejo de los grandes Catones, y qualquiera que intenta decir mal del matrimonio como cosa reprobada de Dios (1), da á entender ó que no tiene juicio, ó que es enemigo público del género humano.

El gran Apóstol San Pedro (2), en cuyo espíritu encerró Dios las máximas de la mejor política del mundo, tuvo bien diferente parecer, pues juzgó que la buena y loable conversacion de las mugeres era tan necesaria á la Christiandad, que era un singular medio para ganar á Dios los que no se querian rendir al Evangelio. En lo qual da una incomparable honra á la virtud de las santas mugeres, poniendolas en alguna manera en un mas alto grado de fuerza y utilidad, que la predicacion de la palabra de Dios. Y en suma, parece que este glorioso Apóstol con espíritu profetico preveia una cosa admirable, que despues se ha visto en el curso de muchos siglos. Y es, que Dios de tal modo se ha valido de la devoción de las mugeres para el adelantamiento de la Christiandad, que en todos los Reynos mas floridos del Christianismo, se han notado siempre algunas Reynas ó Princesas, que han sido las primeras que han enarbolado el estandarte de la Cruz sobre las ruinas de la infidelidad. *Elena* plantó la verdadera Religion en el Imperio, *Teodolinda* en Italia, *Cesarea* en Persia, *Clotilde* en Francia, *Indegunda* en España, *Margarita* en Inglaterra, *Gisella* en Ungria, *Dambruca* en Polonia, *Olga* en Rusia, y *Etelberga* en Alemania, sin hablar de otras muchas que han mantenido y aumentado dichosamente lo que estaba ya establecido.

La razon asiste tambien á mi propuesta, porque es necesario confesar que no hay cosa tan poderosa para persuadir, sea lo que fuere, como el agrado y

(1) Zen. homil. de contin. (2) Petr. 13. Ut qui non creant hostis publicus, aut insadunt verbo per conversationem mulierum, sine verbo lucri fiant.

agasajo. Y este es el venablo mas agudo de que se valió el demonio en el Paraiso terrestre para hacer caer al primer hombre, poniendole delante la atractiva belleza de Eva, recién formada de las manos de Dios.

Nadie ignora que la naturaleza ha dado gran parte á la muger de sus inocentes atractivos, y si muchas han sido perjudiciales en sus acciones, ¿por qué tantas virtuosas almas, empleandose generosamente en el servicio de Dios, no tendrán tambien su Imperio, pues que él tiene de costumbre comunicar nueva gracia a las buenas qualidades que tocan á su honra?

Yo ruego á todas las damas y señoras que leyeren estos escritos, que tengan un espíritu generoso, y no permitan jamas que el vicio y la delicadeza saquen su tributo de tantas prerogativas como Dios las ha dado, no siendo justo adornar á Babilonia con el oro y mármoles de Sion.

## SECCION II.

*Que Dios se ha valido tambien de la devocion de las mugeres para el establecimiento de los Estados.*

Aquella Magestad Soberana, que tuvo por bien abatir el orgullo del mundo con fuerzas muy débiles en apariencia, se ha valido muchas veces de este sexo para el establecimiento de los Estados, y tambien en acciones muy extraordinarias como las de la guerra, y para hacer campear mas vistosamente las señales de sus troféos. Porque dexando por ahora las historias de Debora, de Esthér, de Judith y de otras muchas, es fuerza confesar que en toda la antigüedad hay pocos exemplos que tengan comparacion con el que se vió en el teatro de Francia, aun no ha doscientos años. Y así no cumpliera yo con la obligacion que me corre en este tratado, y fuera ingrato á la memoria de una gran devocion, y casi hiciera agravio á la gloria de esta gran Monarquia, si no tocara sucintamente la verdad,

quan-

quando no sea sino por alumbrar á algunos espíritus que se hallan con alguna confusion. Sabremos todas las extrañas hazañas de armas que hizo aquella pobre Pastora, llamada Juana de Are, y vulgarmente la Pucella de Orleans, por la restauracion de este Reyno contra la injustísima usurpacion del Extrangero. Los Ingleses que estaban terriblemente irritados y confusos, por haber sido tantas veces vencidos en batallas, y desposeidos de sus iniquas pretensiones por las armas de una pobre doncella, habiendola cogido en un reencuentro y tratado con grandísima inhumanidad, la quitaron la vida en el fuego, pareciendoles berrarian con las llamas la mancha que tenian en la frente. Pero la antorcha de la verdad, que envia sus luces hasta los abismos, hizo que la inocencia de esta muger fuese manifiesta en toda la Iglesia con testimonios irrefragables. Es cosa cierta, que despues de Judit no ha habido persona mas animosa, ni que mas sabiamente se portase en la guerra que esta doncella. Quien quisiere saber de raiz sus principios, progresos y fines, hallará que esta era obra del cielo; porque en lo tocante á su persona, sabemos por los autos autenticos del proceso que se hizo despues por mandado del Papa Calixto Tercero, que ella era perfectísimamente Católica, devota, prudente y caritativa, y de conversacion muy honesta, que mostraba una admirable simplicidad en todas las cosas, fuera de los hechos de guerra, en que el espíritu de Dios la hacia obrar con su poder.

Sabese de cierto que siendo muchacha y estando en el campo, se apartaba de la compañía y de sus entretenimientos, para hacer sus oraciones á solas, y experimentar desde sus inocentes años las castas delicias de la soledad; y que si veia algunas jóvenes necesitadas y enfermas, rogaba á sus padres las recogiesen y alvergasen en su cama, ofreciendolas de muy buena gana su lecho por dormir en el suelo. Confesaba y comulgaba muy á menudo, orando de dia y de noche al rededor de las Iglesias con una admirable ternura de devocion.

cion. Era extremadamente devota de la Madre de Dios, de San Miguel, Santa Catalina, Santa Margarita, y San Luis, y era aficionadísima á la memoria de Carlo Magno. Ayunaba todos los Viernes, y hacia tambien muchas abstinencias, estando de ordinario veinte y quatro horas sin comer ni beber, con un continuo exercicio de devocion. En lo demas era tan humilde, que en diciendola que tenia alguna opinion de santidad, se le alteraba el corazon de despecho y menosprecio de sí misma, diciendo muchas veces en medio del mayor lustre de su fortuna, que despues de cumplida su comision, si Dios la daba vida, queria volverse á casa de su padre para guardar ganado. Atribuia enteramente al Salvador del mundo la honra de sus acciones; exhortaba al Rey que diese su Reyno y su corazon á Dios; hacia confesar á los soldados, consolaba á los paisanos, y reprimia los desórdenes con toda valentia.

En lo que toca á su pureza, era tan casta, que las bocas mas imprudentes no osaban decir en su presencia una sola palabra deshonesta, temiendo el castigo del cielo. Sucedió que cierto hombre, viendola en la cámara del Rey tuvo un mal pensamiento, que amenazaba á la honra de esta doncella, con un género de blasfemia. Ella, inspirada de Dios, despidió un gran suspiro y le dixo: *¡Ay desdichado! El blasfemo está dos dedos de la muerte; y el blasfemo dará muy en breve cuenta de sus acciones.* Sucedió asi como lo dixo; porque este instrumento de Satanás, de allí á una hora cayó en el agua y se ahogó. Los que conversaban con ella en la guerra, confesaban que tenia una gracia de semblante todo celestial, sin tener despertador alguno de concupiscencia, como suelen de ordinario las bellezas del mundo; ántes bien sus ojos estaban llenos de una deliciosa magestad, que con sus rayos causaba honestas llamas. Mientras andaba en la guerra dormia vestida, y mas de ordinario armada, siempre vigilante, y nunca ociosa. No conversaba con los hombres, sino es por necesidad de los negocios, retirandose quando habia lu-



lugar, con las mas honestas señoras. Sus enemigos, curiosos extremadamente y agenos de toda razon, la quisieron hacer visitar durante su prision, y hallaron por relacion de otras mugeres, que aquella virginidad que ellos habian deshonorado con sus calumnias, la acompañaba hasta la hoguera. Si es verdad que las costumbres son los verdaderos caractéres del alma, y las primeras pruebas en que se puede asegurar el juicio que se hace de una persona, no hay la mas leve duda que esta virtuosa doncella estaba en esta parte toda llena de gloria.

Si se habla de sus revelaciones y voces que la instruian ordinariamente en lo que habia de hacer, no se podrá hacer mejor juicio, que con la consideracion de sus efectos y qualidades. Pregunto yo: ¿qué mal la persuadió esta voz? Viviendo ella en su aldea de Dompré, siendo de edad de trece años, ocupandose en hilar y apacentar las ovejas, vió una claridad extraordinaria, y dentro de ella oyó una voz, que le mandó tomase las armas en defensa de su Rey Carlos VII., y libertad de su patria. ¿Qué mejor consejo se puede dar, segun Dios, que defender á su Príncipe legitimo, y librar su pais del dominio de extrangeros? No obstante, ella asombrada sumamente de este mandato, se halló dudosa é indecisa, buscando todos los medios de contenerse en los términos de su profesion. La voz la aprieta, y la dice que es forzoso marchar, y tomar el trage y armas de los hombres para este efecto. ¿Qué cosa hay aquí reprehensible? Pues Santo Tomas dice (1), que esta mudanza se puede permitir por dos causas justas. Y supuesto que tantas virgenes honestas y santas, como Teodora, Marina, Eufrosina, y Pelagia, hicieron lo mismo por su conservacion, ó por su particular devocion, ¿quién tendrá por extraño que esta haya tomado las armas por el bien de un dilatado Reyno? En fin, ella obedeció al consejo, y se puso delante del Rey, á quien

ex-

(1) *S. Thom. 2. 2. q. 169. art. 2.*

extremadamente veneró, y sirvió con tanta gloria, que parecía tenía asalariados los rayos y tempestades de la guerra, y las victorias entre las manos. Tantas proezas hizo, y de tal suerte se portó, que dió libertad á un Reyno, que casi estaba ya perdido.

El Rey á los principios se mostró algo frio, y aun no la quería ver, temiendo la ligereza ordinaria del sexo, y pareciendole de cierto era una mancha de la Magestad Real; pero al fin la dió audiencia franca, diciendo ella que Dios la enviaba para su socorro, y que tenía quatro causas para ello; es á saber, hacer levantar el sitio de Orleans, poner en huida á los Ingleses, librar al Duque de Orleans de sus manos, y hacerle ungir Rey en la Ciudad de Rheims; todo lo qual puso en execucion. No obstante, ántes de aventurarse hizo pruebas de todas maneras, consultando muchos Teólogos, que la examinaron muy exâctamente. Ella respondia siempre con mucha devocion y prudencia, y ordinariamente decia, que no sabia el A. B. C., pero que Dios tenía un gran libro que no manejaba la Clerecia, en el qual por su bondad la habia enseñado lo que era servido obrarse.

Ultimamente, el Rey la hizo armar y aderezar, dándole lo necesario para ello, y la entregó debaxo de su mando diez ó doce mil hombres. Ella quiso llevar un estandarte en que estaba esculpido el nombre de Jesus, y tomó la espada de mano de un caballero viejo, la qual se halló en la Iglesia de Santa Catalina de Forbues, toda mohosa, pero en el punto que la tomó se le cayó todo el moho sin diligencia ninguna, como si el hierro fuese sensiblemente dedicado á las manos de esta valiente Amazona. Luego comenzó á dar muestras de ánimo, valor, y grande destreza de armas, con efecto tan prodigioso, que nunca se vió cosa semejante, en que resplandeció con eminencia el espíritu de Dios con prodigiosos efectos, unidos con la verdad y virtud.

El fin de estos progresos fue que esta valiente devota, en el sitio de Compiègne, abanzandose en una

tida (puede ser que fuese por haber pasado de los límites que le estaban señalados) cayó en poder de sus enemigos, que emponzoñados de hiel y rencor, la trataron con inmensos rigores. Es verdad que los reencuentros de los tiempos y las pasiones de los hombres, dan de ordinario llamas y horcas á las virtudes, á quienes la posteridad debe erigir trofeos, y el cielo preparar coronas. Esta inocente doncella estando presa, fue desacreditada como una infame hechicera por la facción de los Ingleses, procurando oprimirla con color de justicia: costumbre ordinaria de los corazones dañados, que siempre tiran á perseguir la verdad, y hacer sangrienta la Teología.

Era de admirar las preguntas que cada día la hacían, de tal manera que los Jueces se quitaban unos á otros las palabras de la boca, como los peces ó las aves golosas suelen hacer con los picos. La buena doncella, viendo que hablaban ellos todos juntos, les dixo con grande llaneza: *Ea, señores, hablad uno despues de otro.* Y á cierto Religioso, que vino prevenido para el caso, trayendo agua bendita y cruces, como si fuera á conjurar, le dixo: *Padre mio, llegaos sin miedo, y no temais que yo me vuele.* Minster Pedro Cochón, que á la sazón era Obispo de Boves, que habia hecho por fuerza venir á los Ingleses, y se mostraba de los mas apasionados en esta materia, la preguntó si estaba en gracia de Dios. La inocente Pastora despues de haber dicho que era muy grande pregunta, respondió con mucha prudencia: *Si lo estoy, Dios me tiene; y si no lo estoy, Dios haga que lo esté; porque mas quisiera morir-me, que estar fuera del amor de Dios.* Hallaronla muy ajustada en sus respuestas, y no la reprehendian ya otra cosa sino sobre las revelaciones y mudanza de trage. Ella respondió á todas sus objeciones en un interrogatorio que se le hizo en Ruan, en el cementerio de San Oen: *Que ella era buena Christiana y bien bautizada, que creía los catorce Articulos de la Fe, y los diez Mandamientos de Dios; y que en todo lo que habia obrado no habia sortile-*  
gio

gio ni cosa mala, sino que Dios habia sido siempre Señor y Maestro de todas sus acciones. Que se sometia enteramente á la Iglesia, que no puede errar, y que obedecia á nuestro Santo Padre el Papa, á quien despues de Dios se resignaba, en lo tocante al juicio de sus procederes. Esta fue su sencilla deposicion, sin detenernos en las abjuraciones supuestas por sus contrarios.

En lo demas ella estaba en medio de sus enemigos con un semblante gracioso é inmutable, prediciendo claramente lo que la habia de suceder. Despues de las preguntas, un Doctor llamado Guillermo Erradi, se subió al púlpito para excusar la pasion de los Ingleses, y desacreditar la inocencia de la doncella delante del pueblo.

Comenzó á dar voces con demasiada licencia, y hacer extrañas aclamaciones, diciendo: ¡O Reyno de Francia, nunca has tenido monstruos, pero ahora con tener á Juana estás infamado! Y tu Rey, á quien llamas Rey de Francia, que da crédito á tus revelaciones, es tenido por berege. La buena moza, que con grandísimo respeto amaba á su Príncipe, viendole maltratado de una lengua injuriosa, se levantó en medio del concurso, é interrumpiendo á este apasionado predicador, dixo: *Salva vuestra Reverencia, no es verdad lo que decís, porque habeis de saber que no hay Rey mas Católico que él en todos los que viven en la Christiandad.* Entonces se levantó un gran tumulto en el pueblo, y hubo algunas pedradas sin saberse á quien se tiraban. Con todo eso la gente honrada favorecia ya su inocencia, y parecia que estaba de buena data su libertad. Pero la buena doncella ya era víctima del Estado, y era fuerza, segun el parecer de los mal intencionados, sacrificarla á la fortuna del Rey de Inglaterra. El Conde de Werbic, Ingles de nacion, se quejaba claramente que el Rey su señor estaba muy mal servido, y habia arrojado su dinero. Esto encendió mucho mas el fuego, que parecia se iba amortiguando en el corazon de la gente. Volvieron á hacerle proceso sobre el andar vestida de hombre,

bre, á lo que respondió: que Dios se lo habia mandado así para el efecto de la guerra, y que en siendo menester ir á los actos de Religion, ó á la Comunión, se vestiria de muy buena gana de muger; mas en esta prision tenia harta necesidad de tener el trage y porte todo de varon, contra las insolencias de sus guardas, que hablaban con tanta desvergüenza. No obstante, sus respuestas tan adequadas, los Jueces apasionados que habian ya vendido su sangre, insistiendo en algunas formalidades, la condenaron á quemar con extrema injusticia, y crueldad extraña.

Dada la sentencia, fue conducida prontamente al suplicio por los Ingleses, que eran al pie de ciento y veinte hombres armados, que no contentandose solo con la pena del fuego, de que Dios se vale para el castigo de los condenados, hicieron llevar delante de ella un lienzo lleno de injurias, y la pusieron en la cabeza una corozca, en que iban escritas estas letras: *Heretica, Relapsa, Apóstata, Idólatra*. Ibanla tratando lo peor que podian, y no por eso pronunció ella palabra ninguna áspera contra sus enemigos, ántes habiendo llegado al lugar destinado para su tormento, que era una plaza de Ruan, despues de haber protestado que moria en la Fé Católica, Apostólica y Romana, pidió una cruz que se habian olvidado de darla, (á tanto se adelantó la execucion.) Hallóse allí un Ingles, que hizo una de un palo que fortuitamente halló; ella la tomó y besó, y poniendola en el pecho comenzó á hacer oracion á Dios, encomendandole su alma, con tanta gracia, prudencia y devocion, que hacia llorar aun á sus mismos enemigos, segun refiere la historia. Suplicó á todos los Sacerdotes que se hallaron presentes á su suplicio, que la dixesen una Misa por su alma, y rogó al Confesor que la asistia, que quando viese ya ardiendo el fuego, no dexase de tenerle siempre á la vista la Santa Cruz, porque queria morir con la consideracion de este objeto, como lo hizo, diciendo á voces muy altas el dulcísimo nombre de Jesus; hasta que cer-

ran-

randole el fuego la boca, que tantas veces habia estado abierta para las oraciones, dió su alma purísima á los veinte años de su edad, despues de haber llenado á Francia de maravillas, y á todo el mundo de la admiracion de sus grandes qualidades.

Quando el cuerpo fue consumido, el verdugo halló el corazon muy fresco y colorado, y asi comenzó á dar voces diciendo: *Que tiranicamente la habian dado la muerte* (1). Los que insistieron con mas ahinco en perseguirla, murieron muerte infame y horrible, como un Nicolás Midi, que fue herido de lepra; un Guillermo Espinet, que murió de repente en un aposento; y el Obispo de Boves, que murió súbitamente haciendose la barba.

Al cabo, el tiempo y la mudanza de las cosas volvieron por su inocencia (2), y el Papa Calixto Tercero dió por injusta la sentencia de los Jueces apasionados, y por la deposicion de ciento y doce testigos, que juraron ante quatro Comisarios, Delegados de su Santidad. Por esta causa fueron honradas sus cenizas, sus parientes ennoblecidos, y sus elogios publicados por muchas personas de importancia. Gerson (3), Canciller de la Universidad de Paris, que vivia en aquel tiempo, despues de haber hecho sobre el caso diligente exâmen, dixo: *A Domino factum est istud, & est mirabile in oculis nostris.*

Verdaderamente es una maravilla grande la que nos pone Dios delante de los ojos, viendo que una santa doncella, con una devocion tan inocente haya sido arrebatada, como dentro de un torbellino, por la Providencia Divina, y transportada de en medio de las ovejas á un ejército Real, para gobernar Regimientos, atacar plazas, y ganar Ciudades y batallas.

Ma-

(1) Año 1431. á 31. de Mayo. cap. 13. *Descript. Eur.*

(2) Año 1456. *Meminere honorificè S. Anton. 3. part. bist. l. cit. q. tit. 22. Galcond. lib. 2. de rebus Juicius. Æne. Sylv.*

(3) *Gers. tract. de mirab. victoria cujusquam Puellæ ac post factantes receptæ. Joann. Hord. Steph. Pasquier.*

Maravilla de Dios es poner la espada en manos de una Pastora, para juzgar las diferencias de Reyes, vencer la injusticia por la justicia, la usurpacion por el derecho, las astucias y cabilaciones por la santidad, y la malicia por la inocencia. Una maravilla de Dios, como decir que venció enemigos tan poderosos, que estaban en la posesion del riñon del Reyno, asistidos de los mas poderosos, pertrechados de oro y de hierro, señores de las plazas mas principales; y sobre todo, amparados del pretexto de justicia y Religion. Y quando la corona de Francia parecia estar colgada de un hilo, vino una pequeña villana á ser el instrumento que deshizo todas las fuerzas de los mas robustos, y las venganzas de los mas apasionados. Maravilla de Dios, que una doncella dotada de hermosura y de qualidades muy amables, se conservase devota en medio de las armas; casta, siendo acompañada de tantos hombres; inocente, en medio de mil ocasiones de pecar; Religiosa, entre los crímenes; resuelta, entre los Doctores; constante, en presencia de los Jueces tiránicos; paciente, en los extremos rigores; y triunfante en las llamas. Esta historia era digna de referirse mas por extenso, pero contentome con haberla resumido, tomando lo que he dicho de sus interrogatorios, y de las deposiciones de ciento y doce testigos, que juraron de orden de su Santidad, y la declaracion de la Bula del Papa Calixto. Todo lo qual notó diligentemente Monsieur Mason y otros muchos. Basta, pues, haber dicho aquí lo que se ve, para prueba y muestra de la verdad propuesta acerca de la devocion de las damas, de quien Dios se ha querido valer para la manutencion de los Estados. Pudiera añadir aquí muchas historias de todas naciones, pero siendo esta verdad tan evidente, quiero pasar á las instrucciones que me parecen mas necesarias.

## SECCION III.

*Que las mugeres son capaces de buenas luces, y sólidas instrucciones.*

**V**iendome obligado, por lo que he emprendido, á hacer un modelo, recogido de las principales perfecciones que se pueden desear en una excelente muger, y que este discurso no puede ser ajustado sin observar las qualidades viciosas, que son las manchas que deslumbran las virtudes de que hemos de tratar, me quiero valer del hilo de alguna buena invencion en un tan gran laberinto de pensamientos, para facilitaros el camino.

Acuerdome de haber leído otras veces un manuscrito bien raro de Teodosio de Malta, Autor Griego, acerca de las bodas de Teofilo, Emperador de Constantinopla, y de su muger Teodora, que nos franqueará la puerta de lo que buscamos ahora, añadiendo la riqueza de tantos oráculos de sabiduria á los fundamentos que puso este Historiador.

Cuenta, pues, que estando Teofilo para casarse, la Emperatriz su madre, llamada Eufrosine, que con todo empeño deseaba el acierto de su hijo en negocio de tanta importancia, despachó sus Embaxadores por todas las Provincias del Imperio, para traer las doncellas mas bizarras que se hallasen en todo el distrito de su dominio. En efecto, ella encerró dentro de los muros de Constantinopla las mas raras bellezas de todo el mundo, juntando gran número de señoras en una sala de su palacio, que por ser tan hermosa llamaban *la Perla*. Habiendo llegado el dia en que el Emperador habia de hacer eleccion de aquella, á quien habia de dar su corazon con la corona del Imperio, la Emperatriz su madre (\*) le habló de esta manera:

*Se-*

(\*) Año 830. Zonaras dice: de otra manera, sin que sea muy que solo era suegra, y lo cuenta notable la diferencia.



Señor é hijo mio: es fuerza confesaros, que desde el dia que la naturaleza me unió tan estrechamente con vuestra persona, fuera de Dios, no tengo amor, ni temor, cuidado, esperanza, ni contento, sino es por vos. El dia se lleva todos mis pensamientos, y la noche, que parece se hizo para detener las agitaciones de nuestro espíritu, no os borra nunca de mi corazon. Conozcome por dos razones obligada á procurar con todas mis fuerzas lo que toca á vuestras conveniencias. La una por ser madre, y la otra porque os veo cargado de un Imperio, que no es pequeña carga para los que conocen bien, y temen lo que agrava.

Pareceme que despues de la muerte del Emperador vuestro padre, mi muy venerado señor, os he parido tantas veces como os he visto en los espinosos negocios del gobierno de vuestro Imperio. Y ahora que os considero en términos de tomar estado, y que sé por experiencia que el hallar una muger dotada de todas las perfecciones que requiere su empleo, no es ménos que un gran Imperio. El anhelo que siempre he tenido á todo lo concerniente á vuestra gloria y gusto, me es mas sensible que nunca. Es verdad, mi muy querido hijo, que las loables inclinaciones que tengo reconocidas en vuestra Magestad, me dan tanta esperanza, que no se puede hallar mas en el curso de las cosas humanas; mas con todo eso, los acaecimientos que vemos suceder tan contrarios á sus progresos, tienen aun mi corazon con alguna solitud.

Para resolveros, pues, en este particular, veis que aquí dentro de la Perla de Constantinopla he juntado las mas perfectas doncellas de vuestro Imperio, para que vuestra Magestad escoja la que juzgare mas digna de sus castos afectos. Yo ruego á Dios, que es el autor del matrimonio, que guie vuestro espíritu en esta eleccion, y lo enderece á lo que fuere mas de su gloria, en la qual hallareis siempre vuestros contentos.

Habiendo dicho esto sacó de una caja un pomo de oro, esmaltado de piedras preciosas, que habia mandado hacer para el caso, para que se diese á la que fuese escogida para el lecho de su hijo, y la puso en manos del Emperador.

*Veis aquí, dixo, la poma de oro, que dexo á vuestra disposicion para que se dé á la mas perfecta. Vos teneis la comision de Paris entre manos, pero portaros con mas prudencia que él.*

El Emperador, despues de haber agradecido con muchísimo afecto á su madre las buenas muestras que daba de su cariño, la preguntó con qué señal podria reconocer una muger verdaderamente virtuosa y perfecta, como ella se la deseaba.

Eufrosine replicó: no es poco lo que pedis, ó Cesar, ni yo puedo resolverme tan prontamente; pero no obstante, con toda sinceridad diré en este discurso lo que sintiere, sin perjudicar á mi sexô en la verdad.

Hay tres géneros de gentes que no pueden decir bien de nosotras. Los primeros son ciertos fisgones, que por hacer papel de censores y dar riendas á su lengua, no tienen en la boca cosa mas ordinaria que decir mal de las mugeres; y Dios nos libre, si acaso son Poetas ó Filósofos, porque estos tales hacen discursos de nuestro natural con extravagancias increíbles.

Yo me vengo ordinariamente de esta gente con callar, porque con esto se echa agua en el fuego, oyendolos sin responder, castigando su audacia con el desden.

Los otros son unos hombres dados al vicio, y que no han digerido bien algunas desgracias que les han sucedido por las mugeres, á quien el desorden, la desgracia ó la locura, los ha empeñado mas de lo conveniente á su reposo. Estos hacen como el perro, que estando herido de una piedra, va mordiendo todas las que encuentra en el camino, y aun las que están puestas en las fabricas de las Iglesias ó casas. Estos no quieren á ninguna muger por haber sido engañados, á lo que dicen, de alguna, y no cesan de estregarse la llaga para renovar el dolor; pero bien claro se ve que esta es sola pasion de vituperar lo general por defectos particulares.

En el tercer orden están algunos melancólicos furiosos, y que aun tienen efectos peores que la locura, que apé-

apénas han emprendido la guerra contra nuestro sexò, quando la intiman á toda la naturaleza, la qual entonces nos defiende con sus armas, y nos establece en el derecho por su silencio.

Algunos de estos hay que se hacen de los entendidos en la pasion, y venden su venganza con la doctrina, queriendo persuadirnos que el menor espíritu de todos los hombres del mundo, es mas realzado que el de la muger mas habil del universo.

Verdaderamente, no quiero ensalzar mi sexò mas de lo que merece, por parecerme que siempre estaremos en alto puesto, si nos conservaremos en el que Dios nos ha dado; pero ó bien consideremos la razon, ó atendamos á la experiencia, ellas desmienten muy bien esta quimera presumida, que tiene su origen del amor propio y de la locura, como de dos elementos proporcionados.

Yo preguntara de buena gana á estos discursivos si juzgan que las almas tienen sexò (1). Nunca confesarán esta opinion, si no quieren renunciar la fe y la razon. Si nuestras almas, pues, son igualmente criadas de Dios, ¿para qué andan ellos forjando distinciones, que no tienen mas subsistencia que en su corrompida imaginacion?

Si dicen que esta diferencia procede del cuerpo, ¿quién ignora que la disposicion de los órganos, de donde se dice proviene la bondad del espíritu, es tan ventajosa en las mugeres como en los hombres? ¿No se ve aun el dia de hoy en toda suerte de hombres, algunos tan faltos de espíritu y capacidad, que si les quitasen un solo grado, tendrán lo bastante para bestias? Y al mismo paso ¿no se han visto mugeres tan inteligentes y capaces, que las unas han parecido milagros en las artes, y las otras han dado á entender que su ignorancia se puede atribuir á la modestia de su estado?

Di-

(1) *Tertul. lib. de anima. Anima non habet sexum.*

Dilataríame mucho si quisiese ahora referir por extenso las bellas obras de Safo, de Erine, de Sosipatres, de Cleobulina, de Temistoclea, de Telesila, Zenobia, y Eudoxia. Los que nos vician el defecto de espíritu, quisieran que siempre fuésemos aun menos, y tuvieran por parte de su contento nuestra ignorancia.

Tenemos por verdad cierta, que habiendonos criado Dios con igualdad de almas, tenemos tanto derecho á los conocimientos que son necesarios á la gracia, á la virtud, y á la gloria, como pueden tener los hombres. Una cosa confesaré, que la complexión del cuerpo mugeril nos puede infundir en el alma inconstancias, debilidades y pasiones, que se fueran aumentando, á no reprimirse por la devocion y la razon.

A mi parecer, Simonides no dixo mal en señalar diez órdenes de las condiciones de las mugeres; y esto os valdrá mucho para la eleccion que teneis que hacer, si es que vuestra Magestad toma el trabajo de oirlas.

Diciendo esto, mandó se acercasen las doncellas, y como antiguamente los de Esparta mostraban á sus hijos hombres embriagados para hacerles aborrecer la embriaguez, asi hizo una pintura de los malos naturales de las mugeres, para que se tenga horror de ellas, y se ensalce el mérito de las virtuosas, con el contrapeso de sus contrarias.

#### SECCION IV.

*Los diez órdenes de mugeres, y las qualidades viciosas que las damas deben particularmente evitar.*

**V**ed ahora hijas, dixo ella, y procurad con tiempo tomar puesto en el décimo orden, porque hay nueve que no son buenos ni loables.

De la primera esfera son aquellas que tienen el natural de puercos (1), criaturas indignas de tomarse en la

(1) Sus lota in volutabro. 2. Petr. 2. 22.

la boca, que ensucian la honra de su sexô por el desorden de su proceder; porque dexando todo lo honesto y generoso de nuestras costumbres, se dexan llevar de los deleytes infames de la gula y lascivia, que les arruinan la conciencia, la dicha y la reputacion. Son como abubillas, aves soberbias, que no tienen mas que la cresta, y naturalmente apetecen la inmundicia. Son como murciegalos (1), que no pueden suírir un pequeño resplandor de la luz, sino que procuran valerse del manto de la noche. Son como sanguijuelas, que sacan la sangre de las venas de una casa y de un Estado, donde ellas exercen su dominio. Son sirenas de la tierra, que causan naufragios sin agua. Son lamias, que tienen las hosterías del deguello, y matan los hombres baxo del pretexto de hospedarlos. Son harpías, que roban aun los altares. Y últimamente, son dipsadas, perniciosas serpientes, que causan una sed rabiosa á los que una vez han mordido. En hallandose este vicio en una muger, no hay mas que decir de todos los males del mundo. La deshonestidad tiene la frente de roca, y el pecho de acero; la pérdida que han hecho de su honra procede de haberles faltado las virtudes, y la frecuencia de los altares; y no hay vicio en el mundo que no quiera apoderarse del trono en que la verguenza está por el suelo. No quisiera hablar mas de estos oprobios de la naturaleza, temiendo inficionar mi lengua refiriendo sus procederés.

Del segundo orden son aquellas que tienen la piel de vulpeja, y las redes de cazador (2) para cojer á los simples. No hablo de las que tienen algunas sagacidades graciosas é inocentes, como de Rebeca y Rachel, porque estas tienen mas prudencia que cabilacion; hablo de un género de mugeres artificiosas, atractivas ingeniosas y ágiles. Nosotros vemos por experiencia que los animales menos robustos son mas astutos, como

(1) Vide Petrum Dim. in Gomorriaco.

(2) Laqueus venatorum. Ecles. 7. 27.

que la naturaleza quiere recompensar la falta de uno por el exceso de otro. Asi sucede muchas veces, que faltandonos á nosotras las fuerzas, que son mas propias de los hombres, recurrimos á los artificios, en que nos parece tenemos ventura, y por la sutileza de nuestro espíritu que es muy delicado, y por el demasiado lugar que tenemos de una vida desocupada, y tambien por el ardor de nuestras pasiones, que no teniendo ordinariamente medio, incitan á nuestro entendimiento á producir infinitos extremos. Hay mugeres que pueden dar leccion á los mayores letrados en materia de pleytos, por estar versadas bien en ellos. Ellas saben todos los puntos de la trampa mejor que Labeon y Treboniano, y usan de ellos con tanta astucia, que es menester mucho para deshacer sus enredos. Hay algunas que tienen olfato tan agudo, que huelen desde lejos todo lo que sucede en una Ciudad, y descubren las cosas mas secretas, por sacar de ello algun interés. Otras traen siempre un lazo en la lengua, hablando siempre con doblada intencion, ajustando sus cariños á su provecho, fingiendo agasajos, encubriendo el odio con la lisonja, moviendo disensiones y quejas entre las partes, y haciendolas reñir, y pelear solo por su gusto; pero en todas sus acciones procuran quitar alguna pluma á los vencidos. Nosotras no adelantamos tanto nuestros negocios si no nos valemos de nuestros artificios, que es lo que nos hace odiosas y nos quita el crédito, que grangeamos mejor con la bondad de nuestras costumbres; y ademas de eso, como no hay astucia que no tenga su contramina, mientras la pasion nos da aliento para engañar á los otros, quedamos muchas veces engañadas por cierta ligereza que tenemos de creer toda lisonja. Hijas mias, creedme, asi como no hay cosa mas amable que la bondad, asi tambien no hay cosa mas segura que una inocente simplicidad. No hemos nacido nosotras para ser Circes ó Medeas, ni para tener tienda de todo género de astucias; contentemonos con que los Poetas hicieron un monstruo de una criatura de nuestro

tro sexô, que hablaba ordinariamente en términos muy dudosos, que la llamaron *Sphinge*. Digamos verdades para desmentir á las fábulas, y observar el intento que ellas profesan.

En el tercer orden se encierran ciertos naturales, dotados de qualidades de perros que son muy insufribles. Estas son unas mugeres (1) enfadosas, importunas y maldicientes, que siempre están ó ladrando ó mordiendo. Es como un techo maltratado (2), que destila la lluvia y la tempestad en el invierno sobre la cabeza de su huésped: eso es tener una muger semejante en su casa. Hallanse hombres que han probado sus fuerzas con leones, osos y dragones, ¿pero dónde se hallará quien pueda domesticar semejantes condiciones? El vivir en los páramos es regalo en comparacion de tal compañía. La nube en el ojo, la gota en los pies, la piedra en los riñones, los silvos de los áspides, los truenos y los rayos, hacen menos ruido y mal, que estas venenosas lenguas, que penetran hasta las entrañas.

Un marido que halla tan mal encuentro, hace todos los dias en su casa el papel que hacia en otro tiempo Prometeo en la cumbre del monte Caucasó, quando un buytre le estaba comiendo el corazon, no siendo fecundo sino para los suplicios. La muger que ha hallado un mal marido no es menos lastimosa; pero con todo eso, sabe que estando en aquella sujecion, no está muy apartada del lugar que le ha señalado la naturaleza. Pero por el contrario, ver á un hombre maltratado por las imprudentes voces de una muger imperiosa, es en la naturaleza un género de monstruosidad, que á unos da compasion y á otros asombro. No todos los maridos tienen la resolucion del Filósofo Sócrates, el qual decia era menester sufrir á las mugeres, como se sufre la inmundicia de las palomas, que pagan nuestra paciencia con su fecundidad. Y en efecto, ha-

(1) Mulier stulta, & clamosa nihil omnino sciens. *Eccles.* 9. 13.

(2) Tecta stillantia in die frigoris. *Prov.* 27. 15.

habiendole echado acuestas su muger Xantipe un cubo de agua, despues de haberle tratado muy mal de palabra, dixo él, que de esta manera andaba la naturaleza del mundo, que despues de los truenos viene la lluvia. Nuestro siglo no tiene tales insensibilidades, pero en semejantes ocasiones, llegando el marido y la muger á reñir de palabra, se levanta un viento de la ventana ó de la puerta, que causa grande borrasca en la casa (1). En todos tiempos han sido censuradas nuestras lenguas, como tempestades contrarias al reposo público. Unos las compararon á las campanas de la Floresta de Dodona, que hacian un prodigioso sonido. Otros dixeron que con tres solas se podia hacer un buen mercado. Y otros añadieron, que no era bien llamar palabras á las que salian de nuestras bocas (2), sino que eran olas y espumas del mar. Bien creo que estos censuradores hablan por hiperboles; pero hagamosles mentir con nuestra discrecion, y persuadamonos á que los discursos de una muger que se adornan del silencio y consideracion, tienen una admirable virtud.

En el quarto orden están las mugeres de tierra (3), que son de un natural grosero, estúpido y débil, que viven en el mundo como criaturas superfluas, y casi no saben de bien ni mal. Daseles muy poco del cuidado de su casa, con los menores negocios se aturden, los parientes y aliados no hallan cabida en sus casas, porque de ordinario son ásperas, aun con sus mismos hijos, á quienes miran como á extraños. Ultimamente, ellas tienen no poco trabajo en sufrirse á sí mismas por ser tan inutiles (4), y mal quistas en la vida civil, lo qual procede de sus malas condiciones (5) y ociosidades desarregladas, en que se han ocupado desde sus primeros años, ó de otras corrupciones de un espí-  
ri-

(1) *Ulis Aldob.*(4) *August. lib. 4. de Civ.*(2) *Mulierum verbales eundæ. Dei.**Fulgent.*(5) *Phil. de sacrif. Abel, & Cain.*(3) *Mulier fatua. Prov. 1.**Non est ira super iram mulieris.*



ritu melancólico, que ellas fomentan en perjuicio de su quietud.

Estos naturales, ni son buenos para el campo ni para el poblado, ni en el siglo ni en la Religión; porque es cierto que es fuerza trabajar, y que hemos entrado en este mundo como en una galera, donde si no se puede manejar el timon ni el remo, es fuerza mover los brazos, é imitar al Filósofo Diógenes, que hacia dar vueltas á su tinaja, en que tenia su habitacion, solo por ocuparse en algo. Parecenme muy bien aquellos pueblos que echaron fuera de sus murallas á todos los Dioses ociosos, y se quedaron con los que presidian al trabajo; porque vivir y trabajar es una misma cosa, y lo que el alimento hace para vivir, hace el trabajo para la decencia de la vida.

En el quinto número teneis á las mugeres del mar, que engañan mucho al mundo con sus buenas apariencias, porque al principio parece están en bonanza y apacibles, como un mar en leche, no faltandoles gracia ni belleza, que prometen bien á los que no las tienen conocidas; pero no es creible cómo se ponen con el menor viento de contradiccion que se mueve; como se hinchan y alteran de cólera, de amor, de avaricia, de zelos y otras pasiones extremadamente vivas. Alguno ve la flor de la espina, y no repará en la herida que dará; otro contempla con admiracion las excelentes beldades, sin reparar en cuántas puntas y aguijones encubren sus imaginadas dulzuras. Hallareis ordinariamente en ellas grandísimas ligerezas é impacencias, que les hacen á cada instante mudar de resoluciones; de manera que no hallan mayor mal, que estar siempre en un mismo estado. He visto algunas viudas mozas (1) que con sus lágrimas lavaron los cuerpos de sus maridos, y los enjugaron con los cabellos, y casi los habian acabado á puros besos; y no contentas con estos fervorosos afectos, descargando su cólera sobre sus mis-

(1) *S. Zen. hom. de continent.*

mismos cuerpos, se arrancaban los cabellos, se arañaban la cara, y estaban mas cubiertas de polvo que de sus ropas, muriendose á cada punto, diciendo no podian vivir un solo momento sin su querida compañía; y llenando el ayre y la tierra de llantos, que ocasionaba á los que habian venido á los funerales, el no saber á quien habian de llorar, si al muerto ó á la que se moria. Y no obstante, en otro punto despues de aquellas ficciones, comenzaban á componerse el pelo, y trocar el polvo del suelo en polvos de Chipre, poner el afeyte debaxo de los lloros, adornar con una gargantilla de perlas el cuello, que parecia destinaban ántes al cordel, buscar los oráculos de su espejo, y hacer todas las cosas de modo que parecia que la muerte y el amor se habian ajustado de concurrir en una misma posada. He visto otras, que estando aun debaxo del yugo, eran las mejores y mas obsequiosas del mundo; pero apénas se veian libres del lazo, quando no habia peor sabandija que ellas. Veiase en su corazon mugeril la pasion de un tirano, y si ellas hubieran tenido á su mandado las ruedas y horcas, ya hubieran acabado con todo el mundo con suplicios y execuciones. Nunca he visto pasiones mas fuertes de domar, porque aunque la mar amenaza al mundo, como queriendo hacer de todo él un elemento; no obstante, se dexa hacer diques con pequeños granos de arena, que la detienen en los límites que Dios la ha señalado; pero quando una muger alarga las riendas á la pasion, no hay casi ley divina ni humana que pueda meterla por camino. Hijas mias, tomad siempre de la modestia de vuestro corazon las leyes que os puede dar la justicia.

En el sexto grado están los naturales de Simia (1), que tienen cierta malicia nociva y afectada. Estos espíritus tienen tal condicion, que de dia ni de noche no resuelven cosa que no sea dañosa. Están llenos de falsas opiniones, de siniestros juicios, de desdenes, de

có-

(1) Custodite à muliere mala. *Prov. 6.*

cóleras terribles, de envidias y amarguras; de manera que el rayo de la prosperidad de un vecino que les da en los ojos, les hace suspirar y gemir, y son como las monas, que se entran á escondidas en la tienda de un Artifice para echarle é perder sus instrumentos, maltratar sus designios, destruir su trabajo, y volverlo todo de arriba abaxo. Asi tambien estas almas maliciosas espian las ocasiones, para echar á perder un buen negocio, deshacer un propósito bien hecho, trastocar un consejo deliberado con madurez, poner embarazos en los mas justos deseos, y frustrar los placeres mas inocentes. ¿Quántas veces se ve el Sol amanecer alegre y claro en una bella mañana, y luego sobrevener una niebla, que causa en esta serenidad lo que las manchas en una hermosura? Dicen que alguna vez proviene esto de alguna hechicera, que nos ofusca este hermoso lucero del dia con sus encantos. ¿Y quántas veces habeis reparado en las prosperidades aun mas serenas, que los mas claros dias del Estio que se han llenado de vapores negros, por los embustes de una muger que tascaba el freno en algun rincon de la casa?

Hijas mias, no hay mas mala cosa que la malicia; ella bebe muchas veces por lo menos la mitad del veneno que ha preparado para los otros.

En el séptimo orden se halla un género de buhos (1), ó de gatos monteses, que son ciertas criaturas enemigas del dia, de toda conversacion, de toda comunicacion, y de toda decencia, que habiendoles dado Dios muy buenas conveniencias para pasar su vida y hacer bien á la gente necesitada, tienen tan cerradas las entrañas, que ántes se sacará miel y maná de los guijarros, que una buena obra de sus manos. ¿Cómo podrán tener modo de obligar á sus semejantes, si ellas algunas veces son crueles consigo mismas, quitando lo necesario para la vida, y lo que es tan comun, como los elementos, por dar gusto á una desdichada pasion

(1) *Mulierum genus avarissimum.*

sion de avaricia, que les está royendo con un género de furor? Porque ellas padecen en la abundancia parte de lo que las almas condenadas sufren en el fuego, temiendo siempre que las ha de faltar la tierra. Murmuran de lo pasado, se quejan de lo presente, y temen lo por venir. No desean la vida, sino por tener apriisionado el dinero; y no temen la muerte, sino por el gasto que será menester hacer en los funerales.

Guardaos de ser semejantes á aquellas fuentes (1), que están tan frias de dia que no se pueden beber, y tan calientes de noche que no se pueden tocar. Hagamos bien en la vida y en la muerte, de la hacienda que Dios nos ha dado. Si los hombres son ingratos, él nos hará coger la recompensa aun de sus manos. Una alma que en la prosperidad de sus negocios (2), y en la abundancia de sus bienes no atiende al clamor de los necesitados, es la gallina que está sorda en el Estio; es una alcancía llena de dinero, que no da nada sino la quiebran; es una rueda de molino, que trabaja mucho y nunca se adelanta; y un puerco, que no hace cosa buena sino es despues de muerto. Ella tiene siempre la locura por guia, la servidumbre por dote, y la miseria por recompensa.

En el octavo se hallan las que se dice están compuestas de una cierta mezcla de polvos diferentes (3), que les causan humores ligeros, presumidos y fantásticos; de suerte que un dia hacen mil transformaciones, y no se sabe en qué molde se han de echar para que tengan algun modo de consistencia. Considerad un espíritu que siempre se está mudando, saltando de deseo en deseo, como páxaro de rama en rama. Un espíritu que quiere y no quiere, que dice y se desdice, que hace y deshace, y continuamente se contradice en los pensamientos. Todo lo que juzgais que teneis ya muy fir-

(1) Fuente de Garamente. *Helveticus*.

(2) *S. Bonav. in dicta.*

(3) *Juveni amariorem morte mulierem. Eccles. 7.*

firme con esta gente, está atado con una mala lazada escurridiza, y no es menester mas de llegar á ella para trastrocár lo que se juzgaba por mas estable. Una cosa tienen muy constante en medio de un tan grande flujo y reflujo de inconstancias, que es el persistir tercaamente en sus propias opiniones, y no ceder mas á las razones, que hacen las rocas á las olas. Es uno de los mayores vicios que puede tener una muger, que es como seminario de todos los desordenes que nacen en las casas. He oido decir siempre á los ancianos que los espíritus mas nobles son los que dan buenos consejos, y que los que los escuchan de buena gana, se les aproximan y juntan con un loable grado de bondad. Pero los que no saben dar ningun consejo ni recibirlo de otro, son los peores naturales del mundo. Guardaos, hijas, de esta imperfeccion, que es el contrapeso de un noble valor, el gusano de la concordia, el veneno de la vida, y la compañia inseparable de la locura. Nunca hagais trofeo de altercar contra los consejos y avisos de aquellos á quienes la naturaleza, la justicia y la razon os han sujetado; porque de otra suerte trabajareis mucho, y no tendreis en recompensa sino la perfeccion de una mula falsa.

Pongo en el nono grado las mugeres que tienen la naturaleza de los animales mas feos, como de pavos reales ó perras pequeñas, que rebientan de puro gordas (1), quando tantos pobres se están muriendo de hambre en el suelo. Este orden está hoy muy dilatado en el mundo porque está lleno de mugeres delicadas, que parecen no haber nacido sino para hacer ver á donde pueden subir los deseos de la naturaleza desarreglada quando una gran fortuna las asiste. Vese una cateriva de mugercillas que son hechas como muñecas, criadas con tanto regalo, que parece las han sustentado con oro potable, y tenidolas entre algodón y seda. Estas son las deidades de los padres y de las madres, que cau-

(1) *Mulier còmpta. Eccles. 9.*

causan la lluvia y la serenidad en sus casas solo con su semblante. El gozo y la tristeza de toda la familia sigue el estado de sus humores, no se les ha de ofender mas que á aquellos astros que creian enviaban tempestades contra quien no les habia saludado. ¿Qué se puede esperar de una alma toda confitada en estas delicadezas? Las locuras van creciendo con la edad, y se multiplican por infinitos grados. La razon está hollada, y la pasion armada de un gran poder se hace llevar sobre las espaldas de los hombres. Los deseos son sin medida, las voluntades sin freno, los ardores sin moderacion, y la sensualidad sin resistencia. Las brabatas, la inquietud y la rabia, el fuego y el amor, no dan entrada á la verdad; y si hay alguna devocion es toda de seda: tan galana es y delicada en la eleccion de personas. Los Sacramentos no son buenos sino se tocan con las manos, donde la vanidad busca sus intereses, y la jactancia se planta aun en el silencio de la penitencia; y á querer Dios castigar estas hembras á su eleccion, seria menester atar los azotes con seda, porque de otra suerte no admitirian la correccion.

Quando estas tales salen del poder de sus padres á estar con sus maridos, les parece han mudado de dominio y no de naturaleza. El marido es siempre mentecato, segun dicen ellas, si no les da licencia de hacer todo lo que quieren. Y como dicen (1), que la Luna nunca se ajusta en las qualidades con el Sol, sino es quando le ha eclipsado; asi tambien no hallan ellas ajuste ninguno en el matrimonio, sino es apocando la autoridad del que Dios les ha dado por cabeza. Llevan consigo todos los vicios de su niñez, que las acompañan de ordinario hasta el sepulcro. No tienen vista para ver el mal tiempo, ni oidos para oirle. Las miserias de los pobres las lastiman tan poco como si fueran de mármol, y el cuidado de la familia nunca les interrumpe sus placeres.

¿Qué

(1) *Ptolom. ad Mag. I.*

¿Qué es ver á una muger , la qual aunque se levante á medio dia , no obstante , aun teme los vapores del sereno , y se reboza ántes de salir de la cama con una máscara para conservar la tez de su rostro?

Despues se hace tocar y adornar como un ídolo, por tres ó quatro criadas, que tienen mas trabajo en conservarle la hermosura, que tuvieron las Vestales de Roma en guardar el fuego sagrado. La una le trae el color, la otra el blanquete, la otra tiene el espejo, y otra no se atreve á decir que se pasó el tiempo de oír Misa, mientras la señora se está componiendo. Con que es menester romper los Cánones de la Iglesia con tanta facilidad, como quebrar un vidrio por obedecer al humor de una muger, y celebrar Misa á hora que se duda si el Sol se va ya á poner. Si oye Misa, la pasa en murmurar y hacer desden de lo que ve, con algunas pequeñas ceremonias que van sobre peyne. Algunas veces se toma allí la resolucion de los entretenimientos en que se ha de pasar lo restante del dia. Despues vienen las visitas, los paseos, los bayles y los festines, donde se habla tanto y junto, que muy pocas mugeres bastan á hacer tanto ruido como un molino; procurase allí oír y contar todo género de negocios. Las que no tienen los espíritus tan delicados, se entretienen en cosas menudas y en pequeños cumplimientos que han tardado diez años en estudiarlos. Otras que han leído las historias de los Romanos ó libros semejantes, se hacen tan entendidas, que aun quieren dar leyes á los Poetas y Escritores. Otras que no gustan de esto, no desean otra cosa sino el cebo de su sensualidad, y con estas compañías licenciosas toman el fuego y el ayre por todas partes, en gran perjuicio de su reputacion.

Quiero que considereis, hijas mías, ¿qué epitafio se puede poner á las mugeres que han vivido de esta suerte, sino que han hecho lo que una bestia hará mejor que ellas, excepto que han tenido mas habilidad para sazonar sus pecados?

*Esto es lo que las mugeres honestas vituperan mas or-*  
di-

dinariamente en el proceder de las viciosas é imperfectas, y yo lo he recopilado en pocas palabras, sin querer meterme en referir los demas defectos que no he experimentado, estando de continuo tan ocupado en mis libros y negocios, que no me queda lugar para estudiar las costumbres de este sexô.

## SECCION V.

*El décimo orden de las mugeres, llena de sabiduria y de virtud.*

**E**l jóven Emperador se holgó mucho de oír hablar á la Emperatriz su madre tan distintamente del natural de las mugeres, y la suplicó cumpliese su palabra en decir las señales de que se podria valer para la eleccion que pretendia hacer, y ella prosiguió diciendo:

El último y mas excelente orden de las mugeres (1), es el que antiguamente se llamaba orden de las abejas, mugeres verdaderamente divinas, que parece las hicieron manos de Angeles sobre los globos celestiales; tan suave es su natural, tan rara su virtud, y su precio inestimable. Son en sus casas lo que el Sol en su cielo (2); y quien quisiere apreciar su valor, quando hubiera agotado todos los metales y piedras preciosas que la tierra esconde en sus venas, hallaria ántes la insuficiencia en su deseo, que falta de mérito en su objeto.

Las abejas, como dixo un antiguo (3), no tienen nada de moral sino es la muerte, y estas hacen todas las acciones dignas de inmortalidad. Las abejas trabajan desde el dia que nacen, y estas parece están hechas á la práctica de las virtudes desde su principio. Las abejas tienen sus alas, y estas la meditacion y la

ac-

(1) *Simonid.*

(3) *Nihil habet mortale, nisi*

(2) *Sicut Sol oriens in mundo in altissimis Dei. Eccles. 26.*

*quod moritur. Apis nulla nisi artifex nascitur. Quintilian.*



accion. Tienen un aguijon , y estas una punta de vigor, que es el instrumento de todas las perfecciones. Viven debaxo de un Rey aquellas, y estas se consagran á la obediencia de las leyes divinas y humanas. Aquellas son extremamente enemigas de la inmundicia , y estas viven en las delicias de la castidad. Aquellas trabajan incessablemente, y no pierden dia ninguno (1) si el cielo no se lo hace perder, y estas están siempre en el exercicio de las buenas obras , sin perder tiempo ninguno que no den á Dios. Aquellas nunca se sientan sobre las flores marchitas , y estas nunca ponen su corazon en las cosas perecederas que están debaxo de la Luna. Aquellas untan las colmenas con yerbas amargas, para guardarlas de los animales ponzoñosos , estas toman la mortificacon de la carne contra la ponzoña de los deleytes. Aquellas hacen contrapeso con pequeñitas piedras para volar mejor, y estas tienen por contrapeso la humildad para subir mas alto. Aquellas hacen la miel que sirve de alimento y medicina , y estas continuamente tienen la caridad en las manos para curar las llagas y necesidades de los pobres , socoriendolos con sus liberalidades. Aquellas hacen lucir los altares por el medio de la cera que producen, y estas adornan y enriquecen con los trabajos de sus manos, y con las riquezas de sus retretes todas las Iglesias. ¿Qué quereis mas Augusto ó Divino? No os espanteis, pues, que la Escritura (2) diga que las casas y riquezas son dones del padre y de la madre , pero una sabia y virtuosa muger es don propio de la mano de Dios.

SEC-

(1) Nullus , cum per cœlum vitæ dantur à parentibus ; à Domino autem propriè uxor prudens , otio perit Dies. *Plin. l. 1.*

(2) *Prov. 19.* Domus , & dicens.

## SECCION VI.

*Breve recopilacion de las excelentes qualidades de la muger, y primeramente de la verdadera devocion.*

**L**as damas que acompañaban á la Emperatriz, dieron á entender el deseo que tenían de saber en pocas palabras las excelentes qualidades de una muger verdaderamente virtuosa; y Eufrosine por no frustrar su deseo, prosiguió de esta suerte:

Una muger perfectamente buena (1), es como una estrella de cinco rayos, que son las cinco virtudes. La devocion, modestia, castidad, discrecion y caridad. La devocion forma el interior, la modestia lo descubre en lo exterior con la decencia que se requiere, la castidad perfecciona lo uno y lo otro, la discrecion la aplica al gobierno de los otros, y la caridad corona todas sus acciones.

Una muger sin devocion, aunque sea hecha como una Pandora, y que tenga todas las excelencias que se pueden desear con el corazon, y fingir con la imaginacion, vendrá á ser como una abeja sin aguijon, que ni hará miel ni cera; es como una bestia feroz, que la naturaleza ha alojado en una casa pintada; es una casa guarnecida de piedras preciosas para guardar basura; es una Michol, que pareciendo coronada por defuera, es por de dentro esclava de sus pasiones; es un pedazo de carne medio podrido, que no tiene un grano siquiera de sal. La corrupcion se apoderará de su vida, el desorden de sus costumbres, la infamia de su reputacion, y la desesperacion de su salud. La devocion es una virtud hereditaria en nuestro sexô, es la primera particion que Dios nos ha dado, es el título que la Iglesia nos da, y la mas ilustre señal de nuestra nobleza. En perdiendo este adorno, no veo cosa

(1) Estas son las qualidades que la Escritura les da en diferentes partes.

sa que podamos pretender en la vida , una vez renunciada la honra de la Christiandad.

Pero para deciros mi intento , no siendo la devocion otra cosa que un punto y vigoroso afecto que nos lleva á todo lo concerniente al servicio de Dios , me parece que muchas de nosotras tienen grandes ilusiones en este particular , y que ellas cortejan de ordinario una fantasma , pensando tener la verdad. Hay algunas (1) que por abrazar los altares , los han derribado , y han rompido el ídolo de Dagon por poner en su lugar su propio juicio.

Veo una infinidad de ellas que tienen una pequeña devocion , como las monas , que no consiste sino en una ligera imitacion , y pacto de visages y señas , sin haber cesa sólida en lo interior (2). De mí digo , que quando reparo en tales apariencias de devocion sin efecto , que si las monas hubieran estudiado un poco nuestros ademanes , nos hicieran mucha ventaja en esto , porque ellas son grandes y malas imitadoras de todo lo que ven. Testigos son de esto las que se lavaron los ojos en una vasija llena de liga , por haber visto á un cazador que se lavaba los suyos en agua clara ; y la que queriendo lavar á un niño recién nacido , á imitacion de la que lo criaba , le echó dentro de una caldera hirviendo. Tambien se ve todos los dias lo mismo en las sombras de una devocion afectada , que hacen los mismos ademanes , como si con esta mercaderia hubiesen de comprar el Paraiso ; y en medio de esto están desnudas de las verdaderas virtudes , y si se pudiera ver lo secreto de su corazon , se hallara semejante á las perlas , que en lugar de cuerpo sólido , no tienen mas que corteza.

Unas toman la devocion por entretenimiento , otras por cumplimiento , otras por complacer los humores agenos , y otras por vanidad ; y aunque ellas tienen las

(1) *Altaria dum venerantur evertant. S. Zen. hom. de patient.*

(2) *Strab. lib. 1. Ælian. de animal. lib. 9.*

las conciencias tan rudas como las de las villanas, baxaran de buena gana á los Serafines del cielo en apariencia, para tener ya que no la devocion, por lo menos la reputacion de que la tienen. Otras hacen esto por una pequeña capa de libertad, y por poder ajustar sus propios intereses. No digo que no hay muchas que tienen las intenciones muy puras, y el proceder muy santo, mas es menester confesar que estos defectos que noto, se pueden facilmente deslizar en la debilidad de nuestro sexó.

Porque ¿qué se podrá decir de una muger, á quien diez años de devocion, doscientas comuniones, y mil exhortaciones no le han quitado un pelo siquiera de la vanidad? ¿Qué se podrá pensar de la que come el Cordero inmortal dos ó tres veces cada semana, y viene todos los dias y en todas ocasiones, como una leona á su casa? ¿Qué se podrá juzgar de aquella que toma tantas veces la Sagrada Eucharistia en su lengua, como sello del Esposo, sin poderla sellar ni detener, que no le salgan de la boca tantas y tan imprudentes y malas palabras? ¿Qué se podrá presumir de la que haciendo escrupulo de beber frio en el verano y mirar una flor con complacencia, no tiene remordimiento ninguno en la conciencia de haber murmurado mas en una comida que ella comió bocados? Verdaderamente, nosotras echamos á perder la devocion, que de su naturaleza es bella y gloriosa, quando usamos de ella de esta manera, y damos motivo á muchas almas distraidas de justificar sus pecados por nuestros procederes, á que son muy inclinadas, y piensan que pintandolas con carbon se hacen blancas como la nieve. Hay otras que quieren devociones extáticas y arrobadas, que están solapadas con palabras extrañas, en inauditos modos, y con ceremonias no acostumbradas. Todo lo que es verdadero, prudente y moderado, lo tienen por comun; y que es menester buscar otras sendas para el Paraiso, y hacerle á Dios nuevos vestidos en el molde de la fantasia para hacer que le conozcan.

Bien sé que hay en las Religiones almas puras sin las heces del siglo, que tienen conocimientos de Dios muy relevantes; y por cosa del mundo no quiero condenar estos favores. Pero quando en una vida comun se me habla de estos extraordinarios modos, me voy siempre al paso del buey; porque se debe temer mucho que en vez de una gran devocion, no se halle mas que un cuerpo de humo. Añado tambien otras que tienen una devocion fea, triste y melancólica, que á la primera vista admira á todos los que se llegan á verla, y se encadenan voluntariamente en la prision del espiritu para siempre. Esta virtud es muy murmurada en el mundo; no tenemos que encubrir su belleza, ni darle máscara de terror para atemorizar á los que tienen harto trabajo para apartarse de sus sensualidades. Paréceme que la devocion es la cosa mas apropiada á nuestro sexô; esta es la que tiene menos afectacion y mas efecto; cada una podrá regular las oraciones que debe hacer, las confesiones y comuniones, segun su capacidad, su profesion y su lugar, tomando para ello el consejo de los que gobiernan su conciencia; pero es menester saber que nunca hallará la devocion en su origen, sino es con la práctica de las virtudes, y firmeza de buenas resoluciones.

## SECCION VII.

### *La modestia.*

**E**n estando el interior reglado con los movimientos de la devocion, se sigue la virtud de la modestia que nos adorna por defuera. Es la mano del relox, que muestra como nuestra alma compasa los tiempos y las horas del dia. Es la que testifica el imperio que tenemos sobre nuestras pasiones, que nos forma el modelo de almas grandes, y nos hace parecer en la conversacion con un modo, no solamente mesurado, sino suave, honesto y exemplar. Es la virtud que el Apóstol

tol San Pedro (1) pedia á nuestro sexô, quando nos advertia que tuviesemos el hombre interior en incorruptibilidad de un espíritu apacible y modesto. Esto se ve en el porte, en las acciones y en el mirar, pero principalmente en el hablar y vestir. No podremos llegar á creer quan sabias nos hacemos con la simplicidad, y quan poderosas con la suavidad.

Es la mas fuerte armazon que nos dió la naturaleza, quando emprendemos alguna cosa y manejamos un negocio por caminos suaves y apacibles. Entonces asombramos á los mas osados, desarmamos á los mas robustos, y triunfamos de los vencedores. No tenemos sino callar, que nuestro silencio habla por nosotras; pero en dexando este espíritu de suavidad, modestia y claridad, nos hacemos altivas, desdeñosas, é insufribles; no tenemos fuerzas sino para dar gritos, que nos hacen menospreciables á los que son mas poderosos que nosotras, importunas á nuestros iguales, insufribles á nuestros inferiores, y aborrecidas de todo el mundo. Con esta suavidad de espíritu transformó Esthér al Rey Asuero en un cordero; Abigail fue mas fuerte que las armas de David; y Jezabel con su fiereza natural, despues de haber muerto los inocentes, arruinado las Ciudades, y alborotado los Estados, fue despeñada de lo alto de una ventana al suelo, para ser hollada de los pies de los caballos, y manjar de perros.

Quanto á la modestia, que mira á la decencia del cuerpo y del trage, es cosa extraña las quejas que se forman contra nosotras sobre este particular. Nosotras hemos servido en el discurso de tantos siglos, de tema repetido á los Predicadores, de materia de censura á los edictos, de fábula á las Ciudades, y de risa á nosotras mismas; y con todo eso, este desco altivo está tan arraigado en nuestro espíritu, que no queremos dexarle sino con el pellejo: es un pecado original que traen consigo todas las mugeres del vientre de su madre,

(1) In incorruptibilitate quieti, & modesti Spiritus. 1. Petr. 3. 4.

dre , para quien no hay bautismo , y ántes nos quejamos de quien nos quitara esta mancha. Y con todo eso , si esto no fuera comun sino á las grandes señoras á quienes la tierra , los rios y los mares , traen con que contentar su curiosidad , pareciera menos extraño; pero todas las mugeres han nacido con esta pasion , y se engrien tan demasiado , que no se halla distincion en las órdenes por haber tanta confusion en los trages.

Las ciudadanas quieren parecer Reynas , y si nosotras de hoy en adelante queremos ser reconocidas por Reynas , será menester que seamos ciudadanas. Puede ser que los que nos censuran en este artículo , nos pidan demasiado , porque hay algunos tan escrupulosos , que si los hubieramos de creer , nos hicieramos todas Marias Egipcias en la Corte. Los que pretenden tratarnos de esta suerte , dando sobre nuestros cabellos y nuestros adornos , no tocan nada á nuestro corazon; porque si se nos ha de persuadir realmente la virtud , habemos de andar cubiertas de sayal para adelantar la gloria de Dios y el provecho del próximo. Con todo eso juzgo que tenemos algun derecho de amar la decencia y propiedad de nuestros vestidos , quedandonos siempre en los términos de las mas regladas ; de manera que las prudentes no puedan reprehender nuestro exceso , ni los mas ajustados acusar nuestras faltas.

Y hablando sinceramente , alguna locura se halla en nuestros proceder. Quien viere las telas que se sacan , tal vez de casa de un mercader para vestir un pequeño cuerpo , en que los gusanos harán muy presto su pasto , dirá que aquello es para hacer de vestir á alguna gran ballena : y si se ponen sobre un bufete todos los adornos de una dama sin haber visto jamas alguna muger , dirá que son bastantes para una pequeña Ciudad. Parecemos nosotras á aquellas aves , que no teniendo casi cuerpo son todas plumas. Tenemos tantos modos , artificios é invenciones , que nos ahitan el espíritu ; tanto estudio y afecto ponen algunas , y tan embarazadas se hallan con una valona , como si

tuvieran que gobernar una República de Athenas.

Y lo que es mas horrible, que estas vanidades salen de la sangre de los pobres; y al paso que se hacen, causan tanta pobreza, que se debe temer que la posteridad tenga mas ocasion de reprehender nuestras disoluciones que dexarlas pasar. Aun hay otras que son peores, quando se hallan con tanta pasion de comenzar el adulterio de sus cuerpos por el de sus caras, que con el afeyte y aderezo, como si fuera veneno, se les va royendo la beldad en la corrupcion. Ademas de esto, hay algunos modos de trages, que parece se han hecho mas para vender los cuerpos que para cubrirlos. No acabo de entender qué reservan para los ojos de un casto esposo, quando han llevado por todos los mercados las partes recatadas de sus cuerpos tan descubiertas, que parece están prontas de darlas al que mas ofreciere. No sé qué maridos pueden agradarse de la desnudez dicha, sino son algunos Platónicos, que aprueban mas la ley que hizo el Filósofo, segun se dice, de que todos los lechos fuesen comunes, como la doctrina de sus ideas, que sirven de viandas muy vacias para saciar el hambre de la concupiscencia. Verdaderamente, si tuvieramos aun nosotras una vena del mas perfecto Christianismo que reynaba en el siglo de oro, debiamos exterminar con generosa conspiracion estos abusos, y hacer de los despojos de la gala un sacrificio de misericordia, repartiendo parte de ello en el socorro de los pobres, ya que hasta aquí lo hemos dedicado á las fantasias de nuestro espíritu. Quando nacemos con algunas ventajas del cuerpo, somos las mas bellas criaturas del mundo; ¿pues para qué hemos de mendigar la gloria de los venenos de la tierra, de los gusanos y despojos de los mortales? Si la opinion lo ha aceptado, ya está toda rompida por la confusion de tantas manos que la envilecen incesablemente. La gloria de las mas grandes señoras, no será mas de aquí adelante que la gran modestia.



## SECCION VIII.

*La castidad.*

**L**a qual es el mas corto camino que tenemos para la conservacion de la castidad, virtud incomparable, y la joya mas rica de nuestro sexô (1). Debemos tenerla por tan natural, como los páxaros el volar, nadar los peces, la belleza las flores, y los rayos el Sol. No es menester preguntar en qué parará una doncella que es pródiga de un bien que debe estar tan unido á su cuerpo como el corazon. Hacese capaz de todo género de pecados; y si hay cuestión sobre el abrir todas las puertas del infierno, la deshonestidad sola pondrá las llaves en las manos. No hay bestia en el mundo que no sea mejor que una muger perdida; la qual con la deshonra de su lecho ha cargado su alma de pecados, su cuerpo de excesos, su fama de oprobios, y su memoria de exêcracion. De tal manera debemos instruir nuestras hijas en la virtud de la pureza, que no conozcan ellas la menor sombra de los pecados que se cometen en el mundo. No me parecen bien aquellas pequeñas Dinias, que gustan de ver y oler tanto género de gentes y pasatiempos, porque aprenden muy presto lo que olvidarán muy tarde, y cogen por los ojos y oidos tanto fuego, que no hay harta agua para apagarlo. No quisiera yo que una doncella, por pequeña que sea, guste de la compañía de los jóvenes que no son de su sexô, porque temo tambien á las que son del suyo, si son demasiado desenvueltas, porque su comunicacion suele alguna vez ser mas dañosa que la de los hombres, por guardarse menos de un enemigo doméstico. Siempre está mas asegurada la castidad quando ignora aun á lo que se extiende el deleyte. Soy de parecer que se harán ántes los cuerpos ruiseñores, quan-

(1) Es la qualidad que San Pablo llama santificación. 1. *Tbimot.* 6. 2.

quando me hicieren creer que una muger que gustá de oír y decir chanzas y palabras agudas, que cubren la inmundicia con lo dorado de las razones, pueda ser casta ó perseverar mucho tiempo si lo es.

Guardemos los ojos, la boca y los oídos de las doncellas, como templos dedicados á la honra; y en presencia de ellas no hagamos cosa que ellas no puedan imitar sin pecar. Enseñemoslas á que no usen de los entretenimientos de conversaciones, ni que muestren voluntad de tomar ó tener de buena gana alguna alhaja de estimacion. La persona que desea tener lo que su esfera no le puede dar, tiene muchos enemigos dentro de su corazon, que entregarán su cuerpo á la deshonra, y su alma á la confusion. Escusemos todo lo posible tantas canciones lascivas, libros malos, pinturas infames, chacotas, bayles y festines. Nunca se coge bestia alguna sin cebo, ni la castidad se pierde sino por estos alhagos, que la sirven de precursores.

No se hallan espíritus tan perdidos entre las mugeres muy regaladas, que no pretendan cosa alguna por el pecado, sino al pecado. El amor de muchas damas procede ántes de las vanidades del espíritu, que de las flaquezas del cuerpo. Quieren ellas estar en alguna estimacion y aplauso de los que no pueden estimarlas y escucharlas, sino es con la pretension de sus intereses. Huelganse mucho de verse alabadas por su hermosura, y que ninguno alabe tan pródigamente, que no espere pagarse de sus alabanzas. Son muy crédulas, ó por la bondad que tienen de un tardo ingenio, ó ya por demasiada presuncion ó amor propio, con que les parece con facilidad, que son hermosas y dignas de ser amadas de los que fingen que las aman, sin reparar que como cogen á los peces con los sedales, así engañan á las mugeres, por la facilidad que tienen de creerse de ligero. Procuran ellas tener galanes, que sin ser de la orden de los Arcangeles, las sirvan como Rafael á Tobias, sin que pretendan tener el imperio sobre sus corazones y honra. Huelganse muchísimo de ver un hombre

bre postrado á sus pies , y principalmente quando tienen algunas qualidades que le hacen estimable en el mundo. Es para ellas una gloria exquisita el tener por esclavos á los que aman sus prisiones , y no quieren vivir ni morir sino es por ellas. De esto se origina que ellas se transforman en pequeños ídolos , admitiendo muchos sacrificios de incienso ; y aunque por entonces no tengan intencion ninguna de ofender á Dios , con todo eso se dexan vencer de tantas ofertas de servicios, de cumplimientos y protestas ; y conocen al cabo que es gran trabajo el defenderse de un enemigo que hace sus ataques con el oro é incienso. Las gotas de agua no son mas que agua, y con su continua caida horadan las piedras. Tanta suavidad de palabras, de súplicas y sumisiones repetidas unas sobre otras, agujerearán una peña. ¿Qué podrán hacer con una muger , que aunque es formada de un hueso, no dexa de tener la blandura de la carne?

El amor tiene algunas veces alas para embestir abatiendose de golpe, y otras veces va al paso de la tortuga. Lo que no puede alcanzar con repentino calor, lo madura con constante importunidad. De esto proceden las familiaridades y los desórdenes, que dan que decir en los Lugares, representaciones y tragedias sangrientas , que habiendo comenzado detras de cortina , fenece alguna vez con la honra. No hallo mejor remedio para detener los principios del deleyte, que atender al fin.

Una criatura que solicitada de su deshonra á los primeros cebos corriere el velo, verá un golfo de escándalos, miserias, rabias y desesperaciones, y querrá antes baxar viva al infierno, que consentir esta bruta passion. Buscará con tiempo los remedios, y declarando su corazon en lo secreto de la confesion, rebentará la mina, y escusará por este medio infinitos desastres. Dichosa mil veces aquella que tomare estas palabras como un oráculo, y las encerrare en su corazon para acordarse eternamente.

## SECCION IX.

*La discrecion en el manejo de los negocios.*

**E**n habiendo comenzado á adornaros con estas virtudes, la discrecion nos aplicará reguladamente á la conversacion y á los manejos, cada una segun sus qualidades (1). No hablo aqui de las Reynas que gobiernan los Estados é Imperios, porque siendo esta funcion comun con las Monarquias, hallarán instrucciones necesarias en el discurso de la obligacion del Príncipe.

Hablo aquí (2) de mejor gana en general de todas las mugeres de importancia; que es cosa indigna que una muger se este sin hacer nada, como se han visto muchas, que habiendo vivido noventa años, no han aprendido otra cosa sino hacerse componer y descomponer. ¿Para qué tenemos una alma con discurso, sino es para enriquecerla de conocimientos que nos son necesarios, así para nosotras como para el gobierno de los que caen debaxo de nuestras manos? Nosotras no tenemos por profesion el ser sabias, pero no hemos hecho el voto de ser necias. Debemos amar como á nuestros ojos la lectura de los buenos libros, que nos enseñan á ser mejores, porque estos son compañeros sabios de honesta conversacion, que no causan envidias ni escándalos. ¿No es cosa bien triste ver algunas mugeres, que en acabando de hacer un mal cumplimiento, ya no tienen que decir sino hablan de sus valonas, ú de otras niñerías semejantes? Por lo menos, si aquellas que nunca han aprendido á hablar, aprendieran un dia á callar no fuera malo; pero ellas aturden al mundo con su parleria, y dicen cada dia una iliada de palabras, sin que haya en ellas una buena razon.

No

(1) Término que la prudente declara por la palabra *Sensata*. *Eccles.* 7. Y San Pablo usa

de la palabra *Icauros*.

(2) Segundo aviso de las mugeres sobre el cuidado del manejo.

No me digais, que las doncellas entendidas y sabias están mas á riesgo de caer. No las quiero, digo, á todas sabias como las Sibilas y Musas, pero sí que se les pueda envidiar una honesta ciencia de las cosas que sirven á la direccion de las costumbres. Solas las arañas y otros animalejos semejantes truecan las flores en veneno. No hay que temer, que una doncella bien instruida en humildad y devocion, abuse de este celestial maná que se halla en los sabios Escritores. Yo aprendí de una persona de sabiduria y experiencia, que por una doncella instruida en buenas letras, que haya faltado á las obligaciones de su honra, se hallarán veinte ignorantes que habrán caido tanto mas simplemente, quanto menos conocimiento tienen de su falta.

No es mi intento por el consejo que estoy dando, de que se pulan con la lectura, que por esto se le dé puerta franca á la curiosidad de leer todo género de libros, y particularmente los que tratan de amores, aunque sean de muy excelente estilo; porque tienen un pequeño aguijon, delgado como la seda, que entra insensiblemente en los corazones; y quando en ellos se pinta esta pasion con términos muy exquisitos, é invenciones honestas, parecen tan hermosos los amores, que queriendolos imitar, se han producido bien feos. Si han de ser doctas, es menester lo sean como lo fueron las Santas Tecla, Catalina, Eudoxia, Marcela, Paula, Pabiola y Eustoquia, que con los despojos de Egipto adornó la cruz y los altares del Salvador. Tampoco quisiera yo aconsejar á una doncella que se fuera á esconder á la cámara ó la cueva, para leer los libros; es menester que elija la lectura de obras decentes á su profesion. Nunca ha de estar ociosa, sino luego que su edad la ha dado capacidad, demosle algun pequeño manejo y ocupacion en la casa. No tenemos que afrentarnos de trabajar con la aguja, pues que Augusto César, fundador de los Emperadores, juzgó semejantes empleos por dignos de que los exerciesen sus hijas, y los Romanos guardaron muchos siglos, como si fuera reliquia, la rue-

ca de la Reyna Sanaquil, con mas afecto que la lanza ó espada de Rómulo, juzgando era mas necesario dar á las mugeres exemplos para el trabajo, que instruir á los hombres en las ideas de la guerra. No puede creerse como la pasion que se exercita en alguna buena obra, divierte todas las demas pasiones que pudieran alborotar el espíritu. Quien lo quisiere experimentar hallará que la inocencia nunca está mejor alojada, que debaxo de las banderas del trabajo. Quiero considereis que quando una doncella procura aprender desde sus tiernos años lo que es necesario para el manejo de la casa, hasta de la cocina, ¿qué luz da tan excelente en una casa, ya sea del padre, ya del marido, para el gobierno de la familia, guia de los criados y criadas, exemplo de la juventud, y consuelo de los suyos? Hacesse importante en los mejores negocios, reposase en su prudencia, tiense su salud por necesaria, su vida por preciosa, su muerte por lamentable, y su memoria colmada de honras. El mas sabio de los hombres Salomon (1), no dió otras señales para conocer una muger virtuosa, que la buena economia de que usa en el gobierno de los suyos. Ella ha considerado, dice él, los senderos de su casa; no ha comido su pan en la ociosidad; ha trabajado en lino y lana; ha venido á ser como un baxel cargado de víveres y de riquezas; se ha levantado ántes de amanecer para dar el sustento conveniente á su familia; ha aumentado el trato, y conservado el comercio; ha puesto la mano en la obra, pues que la ha abierto para las necesidades de los pobres. Todos sus domésticos se hallan bien ordenados, su marido y sus hijos no pueden bastantemente alabarla por su grande prudencia. Es una lámpara que jamas se apagará en las tinieblas de la noche. De estos términos usa para hacer una memoria de las perfecciones de una muger, acabando en la sabiduría y temor de Dios, que es el primer y último adorno.

SEC-

(1) *Prov.* 31. 10.

## SECCION X.

*El amor conyugal.*

**E**n fin , como el amor es una pasion generosa (1) que con su buen orden corona todas las virtudes, yo aconsejaré á una dama casada, para cumplimiento de su perfeccion , que tenga á su marido un amor cordial: esto no es muy dificultoso quando hay felicidad en los matrimonios , porque el gusto da siempre alas al amor , y se tiene por gran favor amar lo que agrada á la pasion. Pero es cosa lastimosa quando los padres ó madres , ciegos de su avaricia, y encantados con la suavidad de los intereses que pretenden , renuevan el exemplo del cruel Maxencio , que ataba un vivo con un muerto, y quieren casar una pobre doncella , que es toda viva en gracias y bendiciones del cielo , con un marido podrido de vicios, suciedades, y achaques corporales. Es menester que entonces tenga mucho valor para resolverse á amar á un monstruo desde su tierna edad , hasta la muerte. ¿Qué hemos de hacer nosotras? La ley de la naturaleza nos ha dado toda permission de desear buenos maridos; pero las leyes del matrimonio nos exhortan á sufrirlos quanto se pueda, una vez ya escogidos. Si amamos por nosotras mismas, esto es imposible , pero si amamos por Dios , cumpliremos facilmente con nuestro deber. No puede una muger hallar mas corto camino para el imperio de su sexô , que abrazando la condicion de su marido, como no sea contra los preceptos de Dios. Quien bien obedece, bien manda; y en habiendo una vez cogido el corazon de un hombre , ninguna cosa resiste á nuestra voluntad.

La union es una admirable liga , que enlaza tan es-

(1) Es el epiteto que San Pablo da á las mugeres virtuosas llamandolas Filandras.

estrechamente la obediencia y el dominio, que hay trabajo en discernir el que obedece ó el que manda. Siempre nos hemos aventajado en todos tiempos en esta piedad conyugal, de que se hallan tan exquisitos exemplos, que trabajan tanto las plumas en escribirlos, como los oídos en escucharlos y creerlos (1). Se han visto doncellas tiernas y delicadas, que siendo inconsideradamente entregadas á maridos achacosos y enfermos, aperciéndose desde la primera noche de las bodas de unguentos, de postemas y malos olores, hallando una sanidad emplastada en cuerpos, que eran mas propios para el atahud, que para el lecho nupcial, no por eso los han dexado, ántes bien los han querido, honrado y servido, estando tal vez quarenta dias y quarenta noches al rededor de la cama sin desnudarse. Entre otros se halló un hombre, cuyo achaque duró siete años, con una terrible hediondez de unas llagas incurables que tenia, y los miembros tan desfigurados y horribles, que quitaban la gana á qualquier persona que queria asistirle, agotando la paciencia á los mas leales, y consumiendo la fe á los zelosos, en tanto grado, que las personas que no hay cosa que no hagan si se lo pagan, tenían asco de acercarse á él.

Ver despues una moza de edad de diez y seis años, débil de complexión, bien hecha de cuerpo, y dotada de una belleza, que los maridos mas bizarros hubieran deseado llegarse á este cuerpo muerto, moverle, tocarle, limpiarle, darle la comida, soplarle yerbas hechas polvos en las narices, que destilaban un humor insufrible á todos, hacerle la barba y peynarle los cabellos, quando no habia persona que lo quisiese hacer; ¿no es un milagro de nuestro sexó, digno de la admiracion de los hombres, de alabanza de las historias, y del amor de toda la posteridad?

¿Qué diré de una Eponina (2), la qual habiendose  
ca-

(1) Vives cuenta esto en el libro 2. de la muger Christiana, de una dama llamada Clea.

(2) Vease Lipsio en la Política.



casado con un hombre que estaba metido en grandes trabajos y delitos de lesa Magestad, estuvo nueve años encerrada con él en lo hueco de un sepulcro, y habiendo despues sido descubierta y condenado á muerte por el Emperador Vespasiano; quiso acompañarle en el suplicio y morir con él, diciendo que ella estaba ya hecha á la sepultura, y que mejor la sufriría muerta que viva. ¿Qué diré de una Reyna de los Persas, llamada Cabadis, que viendo á su marido preso, fue á verle sin darse á conocer, y dandole sus vestidos de muger, tomó ella los del marido y le hizo escapar, pagando despues con su sangre la ilustre hazaña de su piedad?

¿No son estas proezas dignas de ser escritas en letras de oro y azul, para exponerse á la vista de todos los siglos? Dichosas mil veces aquellas, cuya concordia ha ligado los amores con cadenas de diamante, sin que nunca el divorcio halle lugar en el nudo del matrimonio, que Dios se sirvió de anudar con sus manos. Guardemonos por esto de los zelos, que suelen nacer de los mas excelentes amores, como aquellos gusanos que dicen se crian en las mas bellas flores. Esta es una infelícisima pasion que se forma en la fantasía; vistese de sospechas, y ofuscase con las sombras; sustentase de los malos humores de la curiosidad, llevada de engaños por la murmuracion, que va royendo todo lo verde que hay en las castas amistades. Ella revuelve los negocios de la familia, rompe las alianzas, engendra monstruos, siembra favores y rabias, y despues de haber atormentado á todo el mundo, se come á sí misma. Si nuestros maridos caen en esta desdicha, tengamos compasion de ellos, como de unos pobres frenéticos, y quitémosles todo género de ocasiones que pueden alterar su imaginacion; y si el mismo mal nos co-ge, no parezcamos á aquellas mugeres que á media noche atraviesan horrorosos bosques por espiar sus maridos, acompañadas solamente de su pasion; de las quales algunas han caido en los dientes de las fieras, que

han sido para ellas mas suave que el verdugo que ellas tenian en sus mismas entrañas.

Nosotras nos quejamos de ordinario sobre este particular, mas de nuestros intereses que de la ofensa de Dios, y no hay que admirarse, si la que ama con desorden se ve privada de lo que ama. Quando haya pecado lloremosle, y procuremos remediarle con ruegos, con discrecion y paciencia, y con las mejores industrias que pudieremos hallar, que de esa suerte nos hallaremos fuertes en el silencio y esperanza, y no continuamente gritando, pues esto no es mas que frotar las llagas y renovar los males.

## SECCION XI.

### *El cuidado de los hijos.*

**P**ara no dexar cosa que decir, las mugeres que son llamadas al Sacramento del Matrimonio deben ser admirablemente perfectas, y mas quando tienen el manejo de la cosa mas estimable, que es la posteridad, pues son escogidas para producir y criar los hijos, que deben ser los miembros del cuerpo del estado.

Se ha procurado muchas veces inquirir, de qué procedia el buen ó mal natural de los hombres, y yo hallo que algunos lo han atribuido á los diversos aspectos de los Planetas como necesidad fatal; pero hablando de verdad, esta Astrología de locos y las telarañas, son casi una misma cosa. Ambas son buenas para coger moscas, pero no para engañar los hombres entendidos. A mi parecer las buenas madres hacen el buen natural de los hijos; y se ha notado muchas veces que los grandes varones que han florecido en alguna eminencia de virtudes, han tomado de allí casi generalmente las primeras impresiones de la santidad.

Se han visto doncellas recatadas, hijas de madres distraidas, pero esto es una cosa tan rara casi como si las hortigas llevasen claveles. Guardemos nuestros cuerpos

como templos para parir hijos al público, mas de virtudes que de carne, y quando Dios nos dé sucesion, sea nuestro primer cuidado criarlos para su servicio. Estoy para rebentar de corage, quando considero como se crian hoy muchos niños de calidad, con quien se usan indulgencias serviles con color de acariciarlos. Dios los da como criaturas, con quien pretende sostener el mundo, gobernar las Repúblicas, poblar el cielo, y adornar juntamente la conversacion de los Angeles. Pero ver como los tratan, parece que han engendrado algunos pedazos de carne, y que es menester irlos lamiendo, como hacen las osas, para ponerlos en perfeccion; hartarlos de comida, y les brindan todo lo que apetecen, sirviendolos como á pequeños Reyes: y ellos en teniendo cinco años exercen ya una Monarquía en la casa de sus padres. Jesu-Christo desterró la idolatría del mundo con tanto sudor y sangre; y se renueva todos los dias, haciendo de los niños un género de pequeños ídolos, á quienes se sacrifican todos los corazones, todos los cuidados, esperanzas, temores y riesgos. Ruegoos, pues, que no procuremos aprender lo que es menester olvidar; ni los acostumbremos á ternuras de palabras, á pompa de trages, á libertad, ni á placeres. Enderecemoslos al servicio de Dios, y á los exercicios convenientes á su sexô y esfera, y sobre todo procuremos que no se emponzoñen por el oido con la frequentacion de tan malas compañías como se usan, que parece no han nacido sino para inficionar la pureza.

## SECCION XII.

### *Conclusion del discurso.*

**L**a Emperatriz tenia suspendidos los oidos y corazones con su raciocinio, quando viendo se llegaba la hora en que se habia de hacer la eleccion de esposa para el Emperador su hijo: *Veis aqui ya el tiempo,* di-

xo ella, señor é hijo mio, en que vuestra Magestad debe poner la poma de oro en las manos de la que juzgare le asisten las buenas qualidades que yo he dicho. Y diciendo esto hizo abrir una gran sala, á donde por una parte se veian los retratos de las damas que habian florecido en los siglos antiguos en santidad, espíritu, valor, y en todas las virtudes de que hemos hecho mencion, que componian una triunfante Corte. Allí estaba Sara, Rachel, Lia, Debora, Abigail, Susana, Esthér, Judith, Mariamne, Santa Ines, Santa Cecilia, Santa Elena, Santa Mónica, Santa Felicitas. Las diez Sibilas, Zenobia, Amalasantia, Placidia, Pulcheria, Eudoxia, Teodora, Marcela, Paula, Eustoquia, Vitorina, Clotilde, Radegunda, y gran número de otras, sin comprehender las que han florecido de ochocientos años á esta parte; lo qual me admiró mucho, y me hizo decir, que los que afirman que es muy raro hallar muger de importancia, tendrán trabajo en buscar hojas en los bosques, y agua en los rios. Todos estos retratos hacian en medio de sus gloriosas luces una muy agradable vista, con los marcos engastados en pedreria. Veis ahí, dixo Eufrosina, como la memoria de las santas mugeres es preciosa. Y luego volviendo del otro lado, les mostró las efigies de las que habian renunciado la honra y la virtud, que estaban pálidas, amortiguadas, tenebrosas, y rodeadas de fuego, como si hubiesen estado en el infierno. Allí estaba Semiramis, Fedra, Tisbe, Filis, Elena la Griega, Clytemnestra, Cleopatra, Aglipina, Julia, Mesalina, Calirrhoe, Thais, Frine, Rodope, y Flora; y en perspectiva un tan gran número, que parecia igualar las arenas del mar, sin las que despues han participado de su desdicha.

Habiendo el Emperador reparado, se entró en la sala llamada la *Perla*, donde vió muchas perlas escogidas de todas las Provincias de su Imperio. No habia sino astros, relámpagos y rayos, que salian por todas partes de sus ojos, por lo que se vió en trabajo para resolverse. Habia entre otras una llamada Julia, don-

cella muy entendida , á quien el Emperador Teofilo dixo un verso Griego , á lo que respondió ella con una prontitud admirable. No obstante , no gustó el Emperador de este ingenio , pareciendole muy sutil para su condicion ; y despues habiendose informado por sus ojos y oidos , y por la boca de las que habian criado á estas doncellas , dió la poma de oro á una llamada Teodora de Paflagonia , la qual era semejante á la que yo os doy aqui por modelo.

## JUDITH.

### SECCION UNICA.

*Bello elogio de Judith recopilado en breves palabras.*

**N**o penseis de esta matrona cosa femenina , todo es varonil , todo generoso , y todo lleno de prodigios. La naturaleza no la dió mas que el sexô , dexando á la virtud que hiciese lo restante ; y la virtud despues de haber trabajado mucho tiempo en esta bella obra , se incorporó dentro de ella. Nunca la hermosura estuvo mejor colocada que en su cara , con una mezcla de gravedad y amor ; amable en sus gracias , y formidable en su valor. ¿ Qué muger de Corte es esta , que no ha venido sino á empuñar la espada ? Su brazo hizo mas que matar cien mil hombres en sola una cabeza ; pero mas hicieron los ojos que la mano , pues ellos fueron los primeros que triunfaron de Holofernes , y que un pequeño rayo de sus llamas abrasaron todo un ejército. El amor tuvo un excelente empleo en esta accion , y para decir verdad , él consagró sus flechas : nunca fue tan inocente en sus combates , ni tan glorioso en sus triunfos.

Imaginaos á un Nabucodonosor en la flor de su edad , y en el vigor de sus conquistas , que tiene un

misterioso consejo en que toma resolucion de sojuzgar todo el mundo (1). Despues de una breve conclusion, para un negocio importantísimo llamó á Holofernes (2), y le dió orden marchase á la parte del Occidente con un ejército de cien mil infantes y doce mil caballos. Juntanse todos los Capitanes, y por todas partes parecen hormigueros los soldados, como si á este valiente General no le costase mas de dar con el pie en el suelo para hacer nacer los hombres. Veisle aquí ya rodeado de todas las Legiones, que echaban de sí fuego y centellas; su ejército está á punto con grande tren y aparato de víveres y municiones. Parece que el cielo le mira con asombro, y que la tierra tiembla á cada paso con el ruido de sus armas. Su marcha atemorizaba á los mas osados, y daba rezelos de su ruina á los mas débiles. Delante de él caminan el rayo, el horror y las amenazas, y despues siguen los llantos, las ruinas y saqueos.

Holofernes marcha en medio como un gigante de cien brazos, que se promete derribar las Ciudades abrasadas, trastocar las montañas, y volver en polvo todas las armas con los rayos de sus ojos. No se ven sino Embaxadores de todas naciones á su puerta, que le presentan coronas, le ofrecen cirios é inciensos, le piden la paz y misericordia, y le suplican les conceda la servidumbre; pero este soberbio General quiere marchar sobre las cabezas de los hombres, y hacer un rio de sangre para teñir sus palmas.

La fama que con cien bocas publicaba los destrozos que iba por todas partes haciendo este diluvio de hombres, llegó á Jerusalem (3), y dió las tristes nuevas al Pueblo de Dios. No se oía á la sazón sino suspiros y gemidos de un pueblo medroso, que viendo desde lejos venir esta horrible tempestad, no tenia ni co-

ra-

(1) Desea Nabucodonosor conquistar todo el mundo.

su grande ejército.

(2) Holofernes su General, y

(3) Jerusalem teme.

razon , ni armas para oponerse. Los ánimos estaban abatidos , las manos desmadejadas , y las lenguas mudas. No tenían mas defensa que lágrimas que derramaban en abundancia para comenzar los funerales de la amada patria.

Reynaba por entonces Manasés en Jerusalem, setecientos años ántes del Nacimiento de nuestro Redentor , el qual no viendo ningun expediente para divertir esta desdicha, no hablaba palabra, ántes se escondió en parte oculta (1). Pero Eliacin, Sumo Sacerdote, haciendo el oficio de valiente Capitan con el de Pontífice , animó á su pobre pueblo , y enxugó las lágrimas de todos para mostrarles la primer vislumbre de la esperanza que concibieron de su amada libertad.

Despachó correos por todas partes (2), y mandó á las Ciudades que estaban amenazadas con el paso de estas tropas , que contribuyesen lo posible con dinero, armas, hombres y víveres, para rechazar al comun enemigo , y sobre todo, que tomasen los pasos estrechos de los montes para estorvarle la venida , donde poca gente podrian hacer mucho , ántes que aguardarle en la campiña , en que fuerzas tan poderosas se tragarian quanto se les pusiese delante.

Ademas de esto, mandó se hiciesen rogativas públicas , en que el altar de Dios estaba cubierto de silicio, los Sacerdotes estaban con un saco , y todo el pueblo en oracion, en ayunos y sollozos. Los muchachos tambien postrados en tierra, imploraban á voces la misericordia de Dios.

Este excelente Pontífice, no ignorando que juntamente con la prudencia es menester mover las manos, no se contentó con llorar delante del altar , sino que visitó en persona las Ciudades y Aldeas , consolando á los afligidos, animando á los cobardes, fortificando á los flacos , y haciendo lo que la infusion del alma ha-

(1) El Rey Manasés se escondió , y el Pontífice hace el papel de General.

(2) Su prudencia y ánimo.

hace en un cuerpo, dando la vida y vigor á todos los miembros del país.

Llega la nueva á Holofernes (1), que los Judios se prevenian á la defensa y querian oponerse á su poder, de que se encolerizó mucho, y llamó á los Príncipes de los Amonitas y Moabitas, que estaban en su ejército, para informarse de las fuerzas que podría tener aquel pueblo, que se disponia á hacerle cara. Entonces Achior (2), Príncipe de los Amonitas, se levantó y le hizo una larga relacion del origen y qualidades de los Judios, diciendole en breve, como esta nacion descendia de los Caldéos, y se habia separado de ellos por razon de la Religion, menospreciando á todos los Dioses Gentiles, y no creyendo sino en un Dios, autor del cielo y de la tierra. Dixo tambien, como ellos habian pasado á Egypto por una grande hambre, y que allí se habian multiplicado tanto, que comenzaron á dar zelos á los Egypcios, que continuamente los maltrataban. Pero Dios vengó sus agravios con horribles plagas del cielo, que destruyeron á todo Egypto; de manera que sus enemigos se vieron forzados á dexarles ir á donde bien les pareciese.

Pero el Rey Faraon, habiendo tomado resolucion de perseguirlos y acabarlos, fue sepultado con todo su ejército en el mar Bermejo, por donde este pueblo habia pasado á pie enxuto. Desde allí caminaron por los desiertos esteriles de Arabia, en que Dios les sustentó milagrosamente, dandoles manjares del cielo, y mandando á las peñas que abriesen manantiales y fuentes. Demas de esto, advirtió á Holofernes, que quando ellos estaban bien con su Señor eran invencibles, lo qual visiblemente se habia conocido por las victorias que habian obtenido de los Jebuceos, Fereceos, Amorreos, y otros pueblos que ellos habian consumido, como hace el fuego con la paja, apoderandose de

(1) Holofernes, picado de la forma del estado del pueblo.  
resistencia de los Judios se ia-

(2) Achior le informa.



de sus tierras y Estados. Pero si acaso sucedia que ellos estuviesen manchados con alguna iniquidad, no habia cosa mas cobarde, porque entonces estaban desamparados del cielo, y descaecidos del todo. Por esta causa no le aconsejaba se aventurase con ellos ántes de saber el estado en que estaban al presente, porque si se hallaban bien unidos con el Dios que adoraban, siempre quedarian vencedores.

Los Capitanes de Holofernes oyendo las palabras de Achior, le cargaron de oprobios, solo por haber pensado que un tan corto número de gente mal parada fuese capaz de resistir á los exércitos reales de Nabucodonosor (1). El General le tuvo por un menguado, y mandó le entregasen á los Judios, pues era Judio de corazon y de afecto. Y de hecho los soldados le cogieron y ataron á un árbol, dexandole á la discrecion de los de la Ciudad de Bethulia, los quales le cogieron y llevaron delante de los Sacerdotes que gobernaban, y de todo el concurso del pueblo, para informarse de lo que le habia sucedido. El les hizo un largo razonamiento, diciendo y dando muestras de lo mucho que respetaba la Magestad de su Dios, por lo que todos comenzaron á llorar de contento, y dieron gracias á la Bondad Divina, postrandose en tierra, y prometiendo todo favor á su prisionero.

En el ínterin Holofernes mandó avanzar sus tropas, para escalar á la pequeña Bethulia (2), pero vió peleaban contra él gentes que no se veian, escondidas en los montes, que hacian mucho daño en su exército por hallarse embarazado en los pasos estrechos. Sus Capitanes le aconsejaron que no atormentase inutilmente á los soldados, sino que se apoderase del encañado de las fuentes, por donde iba el agua á la Ciudad, que de esta manera la rendirian con poco trabajo. Esto fue executado, é hizo grande efecto; porque el pueblo vien-

(1) Holofernes se ofende de lo que dice Achior.

(2) Bethulia, pequeña Ciudad, sitiada.

dose privado de la conveniencia de las fuentes de que bebían, comenzó á murmurar (1) publicamente contra los Sacerdotes, que por su temeridad se habian puesto á resistir á un tan prodigioso poder, contra el exemplar de tantos pueblos; y á voces decían, que era menester rendirse á los Asirios, ántes de ver á sus mugeres é hijos sepultados á sus pies. Ocías, en ausencia de Eliacin, los apaciguó con sus lágrimas, y alcanzó con ellos tuviesen paciencia no mas de cinco dias.

Esta Ciudad de Bethulia tenia dentro de sus murallas un gran tesoro, cuyos méritos aun no tenia conocidos: era, pues, la valerosa Judith (2), en quien el cielo habia puesto raras qualidades, y la habia escogido para libertar á su patria. Era muy bien nacida (3), de la noble línea de Ruben, y habia tres años y medio que estaba viuda; perfectísimamente hermosa, con una castidad y reputacion inviolable; muy rica, y sobre todo devota y virtuosa. Habia hecho fabricar en lo alto de su casa una pequeña soledad, á donde se retiraba con sus hijas para ocuparse en las cosas de Dios. Allí era su oratorio y sus entretenimientos devotos, y desde allí subian sus oraciones, que llevaban los suspiros de su pueblo, hasta el trono del Altísimo.

La santa dama tenia su cuerpo rodeado de un áspero silicio, ayunaba todos los dias, sino es los Sábados, y fiestas solemnes que guardaban los Judios. Su corazon estaba encendido de un zelo increíble de la gloria de Dios, y se compadecia mucho de las miserias del pueblo.

Habiendo oido ella lo que se habia resuelto en la junta, y que dentro de cinco dias se habia de rendir la Ciudad si no la venia socorro; habló con Ocías, Príncipe del pueblo, y con los demas que gobernaban, haciendo-los algunas réplicas contra lo que estaba decretado (4).  
Di-

(1) Murmuracion de los moradores, que tratan de rendirse.

(2) Judith se descubre.

(3) Sus qualidades.

(4) Su constancia en hablar á los Sacerdotes y pueblo.

Dixoles que era tentar á Dios el querer prescribirle el tiempo de sus misericordias , y tasarle su providencia. Que no les tocaba á los hombres disponer de los tiempos , pues estaban reservados á la disposicion del Soberano Señor. Que lo que era menester cuidar , era solo de hacer una exâcta penitencia de los pecados de la vida pasada , é implorar la clemencia Divina con efusion de lágrimas , que ella sabria bien hallar el remedio á tanta necesidad. Dióles á entender que todas las personas escogidas son necesariamente probadas y tentadas con diversas tribulaciones , y que los que las llevaban con paciencia , alcanzaban al fin la gloria delante de Dios ; pero los que se inquietan y murmuran , no mejoran sus males , ántes procuran la ira de lo alto , que dobla azote sobre azote en castigo de su rebeldia.

En fin , ella les persuadió (1) , que pues que ellos eran los Caudillos del pueblo , y que tanta infinidad de almas respiraban con su aliento , que no dexasen de exhortarles á la paciencia. Los principales de la Ciudad quedaron absortos de verla hablar tan divinamente ; porque las palabras que salian de tan bella boca , tenian una incomparable gracia para ablandar los mas duros corazones. Confesaron todos que esta era una muger segun el corazon de Dios , que habia hablado muy bien , y que no habia mas que desear en sus discursos ; pero ella se remitió con una grande humildad á sus pareceres , y les rogó la dexasen una puerta de la Ciudad franca , para salir aquella misma noche acompañada de su criada , porque tenia imaginado hacer una gran cosa por la libertad de la patria , y que todo el pueblo la encomendase á Dios , sin querer con curiosidad inquirir lo que Dios queria hacer por su remedio. Ocias la respondió , que rogaria á Dios saliese con su intento para el bien universal del pueblo.

Admirárase alguno de que una muger (2) tuviese  
osa-

(1) Su negociacion.

lo á los Sacerdotes y Magis-

(2) Si hizo bien en decir- trados.

osadia de replicar á los Magistrados y Sacerdotes ; y los mas severos censores dirán, que segun derecho era bien enviar á hilar á Judith. Alegarán que los Judios todos los dias hacian oraciones á Dios , y que no necesitaban de mugeres. Antiguamente las mugeres estaban en las Iglesias á la parte del Septentrion , de donde dice la Escritura viene todo el mal al mundo. San Chrisólogo dice tambien que la muger es el camino de la muerte, el sobrescrito del sepulcro, y la puerta del infierno.

Pero esto se debe entender de las que siguen el rumbo de la primera muger, y no las sendas de la primera de las virgenes (1). Las que se dexan llevar del deleyte, vanidad ó placeres desordenados, no son proposito para negocios grandes, por ser muy delicadas para el trabajo, y muy ambiciosas de la honra. Pero hay muchas que están acostumbradas á moderar sus pasiones, y han hecho grandes servicios á los Reynos y Repúblicas. Roma nunca hubiera sido Roma sin las Sabinas. En los pueblos Septentrionales, segun refiere Tácito, iban á la guerra, y entraban en el gobierno, confesando que reconocian en ellas algun espíritu profetico y divino. Platon en su República las da por capaces de los cargos, diciendo es su espíritu de la misma especie que el de los hombres. ¿Por qué, pues, tendremos por extraño que Dios se haya valido de una virtuosa muger, para dar documentos á los hombres y librar su patria ?

Antes de emprender esta grande obra (2), estuvo mucho tiempo postrada delante de Dios en su oratorio, ceñidas sus carnes de silicio, y cubierta la cabeza de ceniza, diciendo con un amoroso corazon (3):

*Dios mio, Dios de mis padres, á quien nada es imposible, mirad el dia de hoy el campo de los Asirios con aquellos ojos de relámpagos y rayos, que otra vez echasteis sobre*

(1) Las mugeres virtuosas son de utilidad. siciones para ella.

(2) Su empresa, y dispo-

(3) Su oracion.

bre el ejército de los Egypcios, quando fueron sepultados en los abismos. Suceda esto mismo en los que están fiados en sus carros, lanzas y espadas, sin reparar en que vos sois el Dios del cielo, que desbaceis los poderes de la tierra con una sola vista de vuestros ojos. Levantad aquel mismo brazo que por toda la antigüedad fue señalado en tantas maravillas, y hollad con los pies todas sus fuerzas con vuestro formidable poder. No permitais que ellos violen vuestro Templo, y saqueen la casa en que vuestro nombre siempre ha sido invocado. Haced que este bárbaro General, que se promete gozar nuestros despojos, sea preso por mí con el lazo de sus ojos, y que su propio alfange le divida el alma del cuerpo. Heridle con la gracia que vuestra bendición hará que tengan mis labios, y la eloqüencia que dará á mis palabras. Animad mi corazón, y fortificad mi brazo para concluir este grande hecho, que será vuestro, y sacad una eterna honra de haber abatido este coloso por manos de una muger. vuestra fuerza no consiste en la muchedumbre de soldados, ni en el valor de los campeones. No son estos soberbios guerreros quienes deben aguardar el socorro de vuestro brazo, sino el ruego de los humildes granjea vuestro corazón, y lleva vuestras fuerzas á su proteccion. Dios de los cielos, Criador de las aguas, y Dios de toda la naturaleza, oid á vuestra pobre sierva, que solo confia en vuestras misericordias, y acordaos de vuestro Testamento; dad consejo á mi corazón, palabras á mi boca, y fuerzas á mis brazos, para defender vuestra Casa, y que todas las naciones de la tierra habitable sepan que no hay otro Dios sino vos.

Estas eran las armas y máquinas de esta excelente muger; esta era la confianza que tenia en el Dios de los Ejércitos. Despues de acabada esta oracion, salió de su oratorio y baxó á su cámara, llamando á la esclava para que la compusiese (1). Quitóse el silicio, lavóse y perfumóse, dexando el luto que traia por la viudez. Toma, pues, sus galas y adornos, peyna la trenza

za

(1) Sus adornos.

za de sus largos cabellos con sus delicadas manos , y cubre la cabeza con un riquísimo cendal ; su bello talle parecía mayor con los chapines ; adorna con pendientes las orejas , con manillas sus manos , con gargantilla su cuello , sus dedos con sortijas , y con algunas joyas su pecho , y en fin ostenta todos sus mas ricos adornos. Parece que Dios tomaba placer aquel día de hacerla mas hermosa que nunca habia sido , y que todas las gracias andaban risueñas en su semblante , por estar ella adornada por virtud y no por deleyte.

Mandó á su esclava llevase su comida y su bebida , temiendo ensuciar su cuerpo con las viandas de los infieles , y luego al punto salió de su casa (1) , y se puso en la puerta de la Ciudad , donde halló al Principe Ocias y á los Sacerdotes , que quedaron admirados del esplendor de su celestial belleza. Nadie quiso ser curioso en informarse á donde iba , sino se contentaron con rogar á Dios que llevase á colmo sus deseos , y que ella fuese algun día la honra de Jerusalem , y su nombre fuese puesto en el número de las grandes y santas almas que habian hecho á Dios servicios muy señalados. Salió , pues , de la Ciudad invocando el nombre de Dios , y rezando algunas oraciones con su esclava.

Como ella baxaba el monte á la punta del día , descubriendola los soldados (2) , fueron corriendo á donde estaba , y viendola tan admirablemente hermosa , quedaron de golpe mas deslumbrados de las luces de su rostro , que de los primeros rayos del día. Informanse de dónde era , á dónde iba , y qué intentaba. A que respondió que era de Bethulia , y dexaba aquel día la desdichada Ciudad , que estaba tercamente porfiada en su desgracia , y que por haber querido resistir á las triunfantes tropas de los Asirios , merecia ser acabada con rayos del cielo y de la tierra. Que no queria (3) tener parte

te

(1) Camina hácia Holofernes.

(2) Encuentranla los soldados.

(3) Su sagacidad en disimular.

mular.

te en su delito, ni tampoco en su desastre; que su deseo era ponerse delante de Holofernes, para darle noticia de los secretos de la Ciudad, y enseñarle los medios para tomarla sin pérdida ninguna de sus gentes.

Admiraronse estos hombres de oír estas razones, y la aseguraron que habia tomado un excelente medio para vivir con descanso y reputacion, y que seria muy bien recibida de su señor, de quien tendria todos los agasajos posibles.

Admirarase alguno de este modo de proceder de Judith; una muger tan hermosa (1), y tan capaz de provocar los hombres, irse á meter en medio de los soldados sin temer el riesgo de su honestidad, amandola tanto, no considerando que con verla se irritaban los deseos, estando en lo mejor de su edad para recibir tambien el amor que ella causaba en los otros. ¿Quién la habia dicho que los Asirios la habian de dexar pasar sin agraviar en nada á su honra? ¿Qué seguridad podia tener de una milicia descompuesta, que se propone la violacion de las mugeres por recompensa de sus trabajos? Y quando esto hubiera seguro, en caso de hacerla fuerza, y quedar incorruptible el espíritu en la corrupcion del cuerpo, siempre una muger honesta ha de procurar no exponer su cuerpo á la menor afrenta, aunque fuera por salvar la Ciudad.

Si consideramos todo esto segun el mundo, no se puede defender; pero quién se puede atrever á condenar lo que se hacia con una manifiesta inspiracion de Dios (2) y del buen Angel, que la llevaba como de la mano, y la hacia marchar segura en los precipicios, y siempre lozana como la yedra en las ruinas de los antiguos edificios?

Con todo esto, ella supo el arte de disimular y engañó á estos soldados, que tenian singular gozo de es-

cu-

(1) Sus acciones son extraordinarias y no imitables, segun la vida comun.

(2) La inspiracion de Dios se manifiesta y justifica.

cucharla. ¿Pero quién ha de hacer escriptulos de decir una palabra con dos intentos, por engañar á un enemigo en la guerra, y salvar la vida, supuesto que algunos Teólogos y Jurisconsultos afirman que hay algunos engaños que son buenos y loables, por hacerse á buen fin, y por medios legítimos?

Llevaronla, pues, delante del General Holofernes (1), á quien habló sentado en su trono, debaxo de un pabellon de oro y de púrpura, todo recamado de esmeraldas, soberbio como un pavo real, que manifiesta al Sol los ojos de su cola, por quien parece ha nacido. Postróse al punto en tierra, y le hizo una reverencia cortesana, y no de adoracion. Cogióle al punto como lo habia pensado, con sus ojos en las redes de su corazon.

Los que estaban al rededor comenzaron á decir con admiracion, que tierra que producía tan bellas mugeres merecía qualquier trabajo para conquistarla. Holofernes la mandó levantar luego al punto, y ella fingía tenerle algun miedo, y haberse turbado por la profunda reverencia que se debía á la presencia de un tan gran General, sabiendo que era muy vano, y que de esta suerte le podría vencer mejor. El la habló con increíble dulzura, asegurandola que no era tan terrible como le hacian, y que despues que gobernaba las armas de esta gran Monarquía no habia hecho agravio á persona alguna que desease dar la obediencia á su señor. Que él no quería tan mal á su nacion, ántes bien si hubiera ella hecho su deber, no hubiera dado lugar á que se desembaynara una espada contra ella. Por lo que deseaba saber, por qué habia dexado su Ciudad y habia venido á su campo.

Entonces esta dama, santamente artificiosa, comenzó á hablarle con tal agasajo y dulzura, que cien Holofernes tuvieran harto que hacer en defenderse de aquella máquina amorosa. Suplicóle la oyese con atencion,

y

(1) Ponese delante de Holofernes.



y admitiese su razonamiento (1), pues Dios la tomaba por instrumento para tan gran negocio.

Que ella sabia muy bien que Nabucodonosor era electo por Dios para Rey del mundo, y que todo el poder de su Monarquía se encerraba en Holofernes, donde vivia y triunfaba magníficamente para bien de los buenos, y castigo de los malos. Que no era tan ignorante de las cosas del mundo, que no hubiese conocido la prudencia y el valor de un Holofernes, que tenia la honra de ser el único en todo el Reyno de Nabucodonosor, y que habia llegado á este alto colmo del poder, con quien cosa del mundo no se puede igualar por la bondad de su corazon, pues no queria ser poderoso, sino solo por hacer bien, como lo testificaban todas las Provincias, en quien habia puesto tan buen orden para las materias del Reyno. Dixo'le habia sabido lo que habia pasado con Achior, y que él habia reconocido verdaderamente el débil espíritu de su nacion, y que hacia muy bien al presente, que Dios estaba irritado contra ella, y la habia amenazado por sus Profetas la ruina. Que por esta causa estaban todos tan amedrentados, que no se podia decir mas; ademas que la hambre y la sed conspiraban en su destruccion, y estaban resueltos de matar todos los animales para beber la sangre, sin perdonar aun á las cosas consagradas á la Magestad Divina, que es una señal de manifiesta reprobacion. Por esta causa habia dexado aquella Ciudad abominable, y venia de parte de Dios á darle este aviso. Añadió tambien, que el Dios que ella adoraba era muy grande, y que no dexaria de rogarle por su ejército, para saber su voluntad, y decirle el tiempo que tenia determinado para la última desdicha de esta infeliz Ciudad, y que le meteria dentro de Jersalén, entregandole todo su pueblo como ovejas sin pastor, sin que hubiese siquiera un perro que le osase ladrar, siendo justo que los hombres y los animales se sujeten á un poder tan formidable, conducido por la mano del Altísimo, y que esta era la orden de su providencia.

Ho-

(1) Su plática artificiosa.

Holofernes (1), que ya estaba preso por los ojos, fue encadenado por los oídos con la dulzura y utilidad de estos discursos, y su corazón no era suyo. Acari-cióla, pues, prometiéndola que su Dios sería el suyo, y que la haría grande en la casa de Nabucodonosor, y nombrada por toda la tierra. Hizola luego entrar en su cámara, donde estaban sus tesoros, para que viese su grandeza; y la señaló cierta cantidad, que se la diese cada día para su plato. A que ella respondió, que aun no la era permitido, según su ley, comer á una mesa con personas de otra religion que la suya; y con esta prevencion traía consigo todo lo necesario. Pero quando vuestra provision se acabare, dixo Holofernes, ¿qué hemos de hacer con vos? Y ella replicó, que esperaba concluir el negocio que tenía trazado ántes que se le acabase el sustento que había traído. Despues de esto mandó la alojasen en un rico alojamiento para que reposase, y ántes de irse ella le pidió una merced, que era dexarla salir ántes del día para hacer sus oraciones al Dios que adoraba, según su costumbre, y atravesar su campo con toda libertad, lo qual le fue concedido.

Por esta causa en el silencio de la noche se fue á lavar á una fuente secreta, para purificarse del comercio con los infieles, y rogó á Dios incesablemente fuese servido de conducir sus designios para la libertad de su patria.

Quatro días habían ya pasado que estaba en los Reales aguardando ocasion de executar lo que tenía pensado, quando Holofernes quiso de puro contento hacer un festin, con intencion de convidar á su huésped, pensando que con este agasajo la atraeria á su voluntad. Pero como los Asirios tienen por deshonra el enamorar á una muger sin alcanzarla, no se atrevia á aventurar en declararse, sino que lo encomendó á Vagao, que era su Camarero mayor, para que lo di-

(1) Holofernes se admira de sus razones.

ligenciase. Este hizo lo que pudo, diciendola estaba muy adelante en la buena gracia de su señor, y que aquel dia tenia dispuesto un banquete, en que la deseaba ver á solas, que no tenia que hacer escrupulo en obedecer, pues era una de las mayores honras que podria tener en su vida. Añadio tambien que era menester estar alegre, y pasar el tiempo sin melancolia. Bien entendió ella á lo que tiraba, y respondió: que estaba dispuesta á obedecer en todo las órdenes de su señor, y no queria tener mas voluntad que la suya; y luego al punto se adornó y aliñó lo mejor que pudo, por parecerle mejor, y pasó á su retrete.

Al mismo instante que la vió sola junto á sí, se le alborozó el corazon, y parecia que los esplendores que salian de los ojos de esta beldad le habian sacado fuera de sí. Su pasion no le daba lugar a hablar mucho, segun estaba lleno de alegría; contentóse solamente con convidarla á regocijarse, asegurandola que le habia granjeado el corazon. La santa muger le suplicó tuviese por bien de que ella se portase á su modo por entonces, y la dexase comer de lo que su esclava le traia. El lo concedió, dexandola hacer toda su voluntad por no disgustarla.

Teniase, pues, él por el mas dichoso del mundo, bebia fuertemente, y se mostraba gallardo y placentero en demasia, de lo que Judith daba muestras de alegrarse, diciendo gustaba mucho de verle tan contento, y que de allí adelante podria contar aquel dia por el mas dichoso de los que habia vivido. El por darla gusto bebia mucho mas; de manera que se emborachó con una profunda embriaguez. Conoció ella que aquel hombre estaba fuera de sí, y que no tenia juicio para pasar adelante en sus intentos, estando privado de la razon por el demasiado vino. Vagao, su Camarero, le desnuda, le acuesta, y se va entornando la puerta, dexandole solo con Judith. Todos los demas criados habian bebido tanto, que no necesitaban sino de dormir. Judith sola estaba bien despierta, é hizo se-

ñas á su criada que la aguardase detras de la puerta y no la dexase un punto.

Estaba contemplando á aquel buen General que dormia con un profundo sueño (1); detuvose algun tiempo delante de la cama, rogando ardientemente entre sí á Dios, que fuese servido de dar cumplimiento por su mano al gran hecho que tenia premeditado. Despues se acercó á un pilar en que estaba colgada la cimitarra de Holofernes, y la sacó animosamente de la vayna, y cogiendole de los cabellos largos, diciendo solo en su corazon: *Dios mio, alentad ahora mi brazos;* y hallandose animada, executó varonilmente el golpe, y le cortó la cabeza de dos cuchilladas; sacó el pabellon, y envolvió el cuerpo como un tronco. Entregó luego la cabeza á su criada, y la metió en el mismo saco en que habia traído su comida, y ambas á dos atravesaron los Reales, sin que persona les impidiese, por la orden que ya tenian del General.

Llegaron de noche á la puerta de la Ciudad (2), y desde lejos comenzaron á dar voces á las centinelas, diciendo: *Abrid, que Dios está con nosotros, y ha hecho maravillas en Israel.* Fueron corriendo á avisar á Ocias y á todos los Sacerdotes, que con toda prisa salieron á recibirla. Todo el pueblo, desde el mayor al menor, se congregó al rededor de ella, pensando antes que ya se habia perdido, y la miraban como si viniera del otro mundo. Ella mandó encender faroles, y subiendose en un lugar eminente, donde se solia hablar al pueblo, despues de pedir silencio, dixo así (3): *Señores míos, dad gracias á Dios nuestro Señor que nunca ha desamparado á los suyos, y por su gracia ha cumplido el dia de hoy en mí, su humildísima sierva, la promesa que tenia hecha á su pueblo escogido; porque esta noche ha muerto por mis manos al enemigo comun de nuestra nacion.* Y diciendo esto, sacó de la talega aquella horri-

(1) Ella executa su intento. cómo las reciben.

(2) Vuelven á la Ciudad, y (3) Lo que dixo en el concurso.

rible cabeza de Holofernes, y mostrandola á toda la gente añadió: *Veis abí la cabeza de Holofernes, General del ejército de los Asirios; y juntamente desenvolviendo el pabellon dixo:*

*Este es el pabellon en que él dormia, su embriaguez y Dios le ha muerto por manos de una muger. Pongo por testigo á Dios vivo, que con la proteccion de su Santo Angel me ha conservado pura en la ida, vuelta, y estada en su campo, sin permitir que persona intentase contra mi honor; y asi quedo gozosa de la victoria, de mi bien, y vuestra libertad. A él es á quien habeis de dar toda la alabanza, porque sus bondades y misericordias son inagotables.*

El pueblo salió fuera de sí con el gran gozo (1), y viendo la cabeza á la luz de las antorchas, como era de noche, les parecia era sueño; pero la muchedumbre de los que la veian real y verdaderamente, hacia conocer que era verdad. Postraronse todos en tierra adorando á Dios que obra tan grandes maravillas, y despues volviendose á Judith, la dieron mil bendiciones con triunfantes aclamaciones, protestando que ella era su madre y libertadora.

Entonces Ocías, Príncipe del pueblo de Israel en Bethulia, la dixo: *Vos sois el dia de hoy, hija mia, bendita y gloriosa entre todas las mugeres que viven en la tierra habitable. Alabado sea el Criador del cielo y de la tierra, que ha guiado con tanta felicidad vuestra mano victoriosa para la ruina de nuestro capital enemigo, y por el mismo medio ha glorificado vuestro nombre, y ha hecho vuestra alabanza inmortal en la boca de los hombres que tuvieren algun conocimiento de las maravillas de Dios. Todo el mundo se acordará como no hemos dexado de arriesgar nuestras vidas, por sacar al pueblo de las ruinas en que casi estaba sepultado.*

Llamó despues á Achior (2), y mostrandole Judith la cabeza de Holofernes, le dixo: *No habeis malogra-*

do

(1) Regocijo de todo el pueblo. (2) Viene Achior.

do el testimonio que disteis del poder de nuestro Dios. Veis aquí la cabeza del General de los incredulos, que Dios ha cortado esta noche por mi mano. Veis abí quien os amenazaba que os quitaría la vida en ganando á Betbulia, y ya ahora os dexará estar en grande reposo y quietud. Quedó este hombre tan asombrado con esta nueva, que se desmayó, y habiendo vuelto en sí, se echó á los pies de Judith y la adoró; y por su medio se convirtió á la verdadera Religion, y dió toda la gloria al Dios de Jerusalem.

Judith, prosiguiendo la empresa, aconsejó al pueblo (1), que al despuntar del dia saliesen armados de la Ciudad, como dando á entender querian dar la batalla, que con esto irian corriendo los Asirios á la tienda de Holofernes para despertarle, y viendo el suceso, quedarian tan amedrentados, que se haria gran destrozo de sus vidas. Executóse esto así, y los Capitanes acudieron á su General á tomar las órdenes necesarias. Era ya bien entrado el dia, y él dormia el sueño de la muerte, de que nadie despierta sino es de milagro. Cada uno se admiraba de ver que no salia, pero no habia quien se atreviese á despertarlo, porque le tenian gran miedo. Llamaron á Vagao para que entrase dentro, y él lo rehusó al principio, no queriendo impedir los placeres de su señor; pero como se iba haciendo tarde entró é hizo ruido, no como que lo queria hacer sino por accidente, y viendo que nadie se movia, se acercó á la cama, pensando que todavia estaba con Judith. Al cabo habiendole dicho que el enemigo estaba puesto en batalla, corrió con mucho tiento la cortina, y vió el cuerpo de su señor sin cabeza que estaba nadando en su sangre.

Quedó tan fuera de sí, que hizo luego al punto pedazos sus vestidos, y fue corriendo á la cámara de Judith para darla mil muertes; pero no hallandola, comenzó á dar horribles gritos, y dixo que aquella Ex-

tran-

(1) Consejo de Judith.

trangerera habia llenado la casa de Nabucodonosor de confusion , y que habia muerto á su General , que no era ya mas que un trouco sin cabeza , cubierto de su sangre. Fueron todos corriendo á verlo , y quedaron atónitos con el terror y desesperacion , lágrimas y ahullidos. Al mismo tiempo se descubrió la cabeza de Holofernes colgada de las murallas de Bethulia , y todas las tropas del ejército de los Asirios temblaban con un terror pánico , y como castigadas con un azote del cielo , comenzaron á desbaratarse , procurando cada uno librar su vida con la fuga.

Los Israelitas los fueron siguiendo con grande algazara , como si tuviesen muy grandes tropas ; y como sus esquadrones marchaban en batalla y con buen orden , les era facil vencer á los que huian atemorizados , y sin esperanza de vida ni fortuna. Todos los pueblos circunvecinos venian á tomar parte en esta gloria , y poniendose en campaña , por todos lados daban sobre sus enemigos , que estaban derrotados é hicieron estragos en ellos.

Todo el campo de Holofernes fue destruido , hallóse tan gran despojo , que era admiracion. La fama de esta victoria llegó á Jerusalem , y el Pontífice vino á Bethulia con sus Sacerdotes por ver á Judith , á quien todos daban mil bendiciones. No se oía por todas partes sino gritos de alegria , y aclamaciones que la publicaban , gloria de Jerusalem , gozo de Israel , honra del pueblo , la muger fuerte , la casta y valerosa Princesa , y la dama incomparable , cuya fama habia de vivir eternamente.

Un mes se pasó todo en regocijos , músicas y troféos en el pueblo. Todos los dias se juntaban algunos nuevos despojos , de los quales los mas preciosos en oro , plata , púrpura , perlas y joyas , sin otros muchos , fueron presentados á Judith. Ella compuso un cántico de triunfo , que fue cantando solemnemente con admiracion de todos. Despues se acordó que fuesen todos á Jerusalem , para dar á Dios los votos de todo

el pueblo, y hacer grandes ofrendas, en que se pasaron tres meses con grandísimos regocijos, no habiendo día que no fuese de fiesta, ni casa que no pareciese gozaba de los placeres del Paraíso.

Judith presentó al Templo el pabellon de Holofernes, con sus armas, cuya memoria estuvo siempre fija. Al cabo todos se volvieron á sus casas, y la santa muger se quedó en su pequeña Ciudad de Bethulia, siempre viuda y honrada de todo el mundo, como la cosa mas gloriosa que habia sobre la tierra. Dió libertad á su esclava, y vivió hasta edad de ciento y cinco años con su pueblo en una profunda paz. Los días de fiesta salia con grande pompa, estando los demas días en soledad, y viviendo con grandes exemplos de virtud. El día de este buen suceso fue señalado de blanco, y puesto en el número de las grandes festividades de los Judios para toda la posteridad.

Dios, que obra tantas maravillas, abona esta historia, habiendo querido sea una parte de la Escritura Sagrada. Es un monumento eterno de la virtud, y fuerza de su brazo, el qual deshace los montes, hien- de las piedras, y en un instante vuelve de arriba abaxo á estos hijos de los gigantes que hacen la guerra al cielo, y quieren marchar sobre las olas de los vientos. Un General de un gran Monarca, que braveaba en medio de un ejército de cien mil soldados, rodeado todo de acero, de fuegos y rayos, que decia: *Iré, haré, asombraré.* Que tenia el consejo de la muerte, en que ordenaba incendios de pueblos, saqueos de Provincias, y donde tantos dragones bebian las lágrimas de los inocentes pueblos, sin tener un átomo de compasion. Un Gigante que ponía monte sobre monte, para subir en medio del hierro y del fuego, hasta el trono del Altísimo, veisle aquí vencido, muerto, hecho pedazos, y bañado en su sangre por una muger, que le cortó la cabeza; y un ejército que deshacia las peñas, que secaba los rios, que hacia sombra al Sol con la multitud de sus volantes flecas, destrozado, derrotado, y

he-



hecho mil pedazos por la empresa de una Judia. Nunca Judith se dió la alabanza de esta obra; Dios es quien obraba en ella, quien la guiaba la mano, fortificaba su brazo, la daba el espíritu de prudencia, el ardor del ánimo, y el alma de su alma. ¡O qué grande es este Dios de los Dioses! ¡Qué formidable es este Señor de los Ejércitos! ¡Quién es el que no teme á Dios ni á su justicia, sino es el que no le conoce? ¡Qué de torres de orgullo han caido de lo alto, y caerán aun debaxo de sus manos! ¡Qué de gigantes abatidos, y metidos en los infiernos, despues de haber encendido los braseros de la concupiscencia en la tierra, se abrasarán en las llamas por eterno sacrificio, que sus penas darán á la Justicia Divina!

## ESTHER.

### SECCION UNICA.

**L**a Sagrada Escritura nos da á reconocer en esta historia (1) las grandezas que caen eclipsadas, y las baxezas de la tierra ensalzadas á las estrellas; la humildad en el trono, la ambicion en la horca, el poder vencido de la hermosura, el amor santificado, y la venganza castigada por sus propias manos. Enseña á los Reyes á gobernar, á los pueblos á obedecer, á los Grandes á no asegurar su fortuna vidriosa, y las mugeres á amar la honra y la devocion, á los dichosos á temerlo todo, y á los desdichados á no perder las esperanzas.

Todo lo que hemos de referir ahora sucedió en el Reyno de Persia, durante el cautiverio de los Judios en Babilonia, cerca de seiscientos años ántes del Nacimiento de Christo (2), y en el Reynado de Asuero.

Mas

(1) La historia de Esthér está llena de grandes instrucciones.

(2) El tiempo de esta historia.

Mas es una enigma bien dificultoso el adivinar qué Príncipe era con quien casó Esthér, y que se llama aquí con un nombre que no se halla en la historia de los Reyes de los Persas, y que á la verdad puede convenir á los mas grandes Monarcas, pues no significa otra cosa, sino el *Gran Señor*. Mercator dice, que fue Astiages, abuelo de Cyro; Cedreno, que es Dario el de Media; Genebrardo dice, es Cambises; Scaligero, que Xerxes: Serrario, que Ocho; y Josefo y el Padre Saliano, afirman de cierto ser Artaxerxes.

La prudente Esthér, que era tan amiga de la castidad, se halla con catorce maridos por la contestacion de los Autores, dandole cada uno marido de su mano. La han casado con todos los Reyes de Persia, la han paseado por todos los Imperios, y han hecho durar su matrimonio mas de doscientos años; pero al paso que es muy facil refutar las opiniones de todos los que esto dicen, es dificultoso asentar la verdad de la Cronologia en medio de tanta obscuridad. La Escritura dice, que Mardocheo con Esthér fue transportado de Judá á Babilonia, reynando Nabucodonosor; y si nos determinamos á casarla con este Artaxerxes, haciendo bien la cuenta de todos los años que pasaron entre los dos Reyes, hallarémos que esta bella hermosura de Esthér, de quien se enamoró tanto aquel gran Monarca, tenia ya entonces ciento y cincuenta años, que es edad demasiado larga para una muger que habia de ser esposa de un Rey. Es imposible salir de este laberinto (1), si no se dice que Mardocheo y Esthér, no fueron transportados en su persona sino en la de sus antepasados, y que esto no quiere decir mas, sino que procedian del linage de los que fueron llevados cautivos con el Rey Jechonias, destruido por Nabucodonosor. Asi admitiremos á Artaxerxes, y desharemos la discordia amigable que tienen los Autores sobre este particular.

Sa

(1) Es probable que fue Artaxerxes de la mano larga.

Sabed, pues, que desde el tiempo que los Judíos estaban esparcidos por Babilonia, Persia, Media, y por todos los Estados de estos grandes Reyes, no dexaban ellos de multiplicarse en su cautiverio y esclavitud, que ordinariamente echa á perder los buenos espíritus, y producir tal vez entre ellos grandes personajes. Entre otros salió á luz el excelente Mardocheo (1), hombre de buen juicio y de grande ánimo, que por su inteligencia y valor, libró á toda su nacion de la muerte y saqueo. Vivía él á la sazón en Susa, Ciudad cabeza del Reyno, y criaba en su casa una pequeña sobrina, hija de su hermano, huérfana de padre y madre, que en su niñez se llamó Edisa, y despues Esthér.

Como los grandes espíritus que son particularmente asistidos de Dios, tienen algun viso de profecía (2), él tuvo un admirable sueño (3), y vió en él una gran tempestad con truenos, rayos, y temblores de tierra, á quien siguió despues una pelea de dos dragones que batallaban uno contra otro, y silvaban horribilmente, á tiempo que diversas naciones que se habian juntado los miraban, aguardando el fin del combate. Ademas de esto vió una pequeña fuente, que con gran presteza se hizo un gran rio, y se mudó en luz, y de luz se transformó en Sol, que daba juntamente aguas y luces á la tierra.

No sabia lo que queria decir este sueño, pero interpretólo por las grandes contiendas que tuvo con Aman, y por la exáltacion de su pequeña sobrina, que fue ensalzada á tan alto esplendor, y dió la mano y favor á todos los de su nacion.

Reconoció desde entónces el espíritu de Amán (4), que á la sazón era un pobre caballero de fortuna, pero ambicioso, disimulado, artificioso, vengativo, sangriento, y capaz de alborotar un Estado. Comenzó á tener-

(1) Mardocheo, excelente hombre.

(3) Sueño de Mardocheo.

(2) Los espíritus grandes tienen un viso de profecía.

(4) Entra en la Corte y reconocela.

nerle aversion, aunque no le habia hecho ningun mal, y no le podia ver, temiendo no fuese algun instrumento fatal para su pueblo. No obstante, con el tiempo fue subiendo muy alto, y Mardocheo miraba su grandeza, como sucede quando un cometa se aparece.

Sucedió que dos traidores vasallos, Tharés y Bagathan, porteros de palacio, formaron una abominable conjuracion contra el Rey Artaxerxes (1), lo qual vino á sospechar Mardocheo, por tener un ingenio muy agudo. Comenzó, pues, á espiarlos con todo cuidado, sin perder un punto de vista sus idas y venidas, sus palabras, semblantes, trazas y designios. Avisó del caso muy á tiempo, de modo que habiendolos cogido, aprisionado, y puesto á questão de tormento, confesaron el delito y fueron llevados al suplicio. Agradecióselo el Rey á Mardocheo, mandandole viviese en palacio con cierto puesto que le dió, é hizo escribir el dia en que habia sido preservado de la conspiracion de estos traidores ministros, para reconocer con el tiempo los buenos servicios de su libertador.

Es creible que Aman debia de entrar en la conspiracion de tan exêcrable designio (2), pues mostró tan mala cara á Mardocheo por haber sido el denunciador; pero la disimulacion con que supo hacer su negocio, y su poder con que se hacia formidable, no dieron lugar á que por entonces quedase enredado en la ruina de aquellos desdichados. Estos dos cortesanos se miraban uno á otro, y no buscaban sino como arruinarse, siendo siempre el proceder del uno sospechoso al otro; quando Dios sin pensar envió á Mardocheo un gran socorro con la eleccion que se hizo de su sobrina para esposa del Rey.

La historia dice que Asuero quiso manifestar su grandeza, é hizo grandes fiestas que duraron ciento y ochenta dias, en los quales agasajó á los Principes, Gobernado-

(1) Conjuracion descubierta por Mardocheo.

(2) Aman era cómplice, pero no fue descubierto.

dores de Provincias (1), y á todos los Grandes del Reyno. Quiso tambien que el pueblo tuviese parte (2), y para eso mandó poner á la entrada de sus jardines, que él acostumbraba cultivar con sus manos, muchos pabellones de color azul celeste, pendientes de columnas de mármol, con cordones de seda carmesí y sortijas de marfil. Hizo tambien poner algunas camas de oro y de plata, sobre suelo de esmeraldas, y de otras piedras preciosas, acomodadas á lo Mosaico que parecia muy bien. Convidó á todo el pueblo de la gran Ciudad de Susa, y mandó le sirviesen con vaxillas de oro y de plata, viandas exquisitas y vino regalado, dexando beber á cada uno lo que queria, sin obligarle á mas.

La Reyna Vasti (3) dispuso por otra parte el banquete á las mugeres dentro del palacio real, en que hizo lo posible por igualar la soberbia grandeza del Rey su marido. Esta alegre vida duró siete dias, y á lo último el Rey hallandose muy alegre y bien bebido, mandó á los Eunucos que la asistian que hicieran venir á la Reyna con la diadema en la cabeza y con todos sus adornos, para mostrar su hermosura delante de todo el pueblo. La Reyna no gustó de este recado, y no quiso ir (4): en lo que dice San Sulpicio, que fue la muger mas prudente que el marido, no queriendo hacer muestra de la hermosura de su cuerpo delante de hombres llenos de viandas y de vino, y merecia por eso muchas alabanzas, por haber sido tan constante en guardar las leyes de la castidad y decencia.

No se tomó esto con el sentir que nos lo refiere este Historiador sagrado, creiase que ella tenia el natural de las hermosas, y que era algo soberbia y desdeñosa, por lo qual no estaba muy bien quista entre los Grandes de la Corte, que como se dexa entender, estando algo ofendidos por algun mal tratamiento, se va-

lie-

(1) Grande alboroto en la Corte.

(2) Banquete de Asuero.

(3) La Reyna Vasti hizo otro por su lado.

(4) Su desgracia.

lieron de esta ocasion. Hicieron , pues , que los Eunu-  
cos llevasen su respuesta con términos muy ásperos (1);  
y quando parecia que debian moderarla , se valieron  
de su vino , como de instrumento de su malicia , y le  
picaron , dandole en cara con el menoscabo de su au-  
toridad , de que los Príncipes rezelosos están muy pren-  
dados.

Apénas fue publicada la respuesta de la Reyna Vasti,  
quando el Rey se volvió á los siete principales Con-  
sejeros de su Estado , que siempre le estaban asistiendo,  
y gobernaban todo el Reyno. Pideles consejo sobre lo  
que debia hacer para reprimir el orgullo de su muger.  
Mamuchán (2), que era el último y mas temerario , hi-  
zo de esta inobediencia un crimen de Estado , y dixo  
que esto tiraba al desorden de todo el Reyno ; por-  
que las demas mugeres , cada una en su esfera , segui-  
rian el exemplo de la Reyna , y procurarian hacer con  
libertad su gusto á pesar de sus maridos. Afirmó que  
esta era una afrenta hecha á la Magestad Real , y que  
en todas partes ellas querian dominar , siendo esto tan  
contrario al orden de la naturaleza , de lo que se segui-  
rian grandes alborotos en todas las casas ; por lo qual  
aconsejó al Rey su marido la repudiase , y para ello se  
hizo al punto un decreto para enviarlo á todos los Rey-  
nos , sobre el particular de la obediencia que deben te-  
ner las mugeres á sus dueños.

Este hombre debia de estar maltratado en su casa  
por esta parte , y so color de política quiso vengar sus  
injurias. Es verdad que la Ley de Dios manda estrecha-  
mente que las mugeres estén sujetas á sus maridos (3);  
pero esto se debe entender en cosas buenas y ajusta-  
das. Porque si fuera necesario que una muger ciegame-  
te obedeciese á todas las extravagancias que puede te-  
ner un marido impertinente , y demasiado apasionado,  
fue-

(1) Artificios de los enemigos sejero de Estado.  
de la Reyna Vasti.

(2) Rigor de Mamuchán Con- res.

(3) Obediencia de las muge-

fuera ella la mas miserable esclava del mundo. Muchas razones habia para excusar la accion de la Reyna Vasti; pero viendo que Mamuchán habia dado gusto al Rey en su discurso, todos los demas Consejeros de Estado se ajustaron á su parecer, y la condenaron á un largo tormento con una breve sentencia.

Ella fue degradada y repudiada, cosa que hacian de ordinario aquellos Reyes, por darseles muy poco de maltratar una muger, pues les quedaban tantas en el serrallo. El decreto se hizo en los términos que el otro habia dictado, y el nombre de esta pobre Reyna andubo por todo el Reyno como una triste fábula, y un verdadero retrato de una grandeza postrada.

Dios permitia todo esto para hacer lugar á Esthér, á la qual habia destinado para esposa de Asuero, no por ella, sino por el bien del pueblo. Pasado el divorcio é infortunio de la pobre Vasti, fue menester buscar nueva Reyna, y consolar al Rey de la perdida. Buscaronse por todas las Provincias del Reyno las doncellas mas hermosas para llevarlas á la Corte, y hallaron á Esthér (1), que era sumamente bella, dotada de una perfecta hermosura, y de una gracia natural, que sobrepujaba á todas las otras. Fue llevada, pues, con otras muchas, y apénas el Rey puso los ojos en ella quando le agradó, y mandó al Eunuco Egeo, que tenia la superintendencia del serrallo, que tuviera gran cuidado con esta doncella, y que no hubiese cosa que no le diese, y que la asistiesen siete criadas con todo lo necesario. Estas doncellas que estaban escogidas para el lecho del Príncipe, hacian un noviciado de doce meses, y en este tiempo se iban previniendo, y haciendose capaces de todas las cosas de la Corte. Pasado este tiempo las ponian delante del Rey, y él escogia las que mas le agradaban, y en habiendo dormido cada una con él una noche, la metian por la mañana en otro serrallo á cargo de otro Eunuco, y nunca volvia á ver-

se

(1) Esthér en la Corte.

se con el Rey, si no era llamada con especialidad.

Esthér no tuvo mas de diez meses de noviciado, y fue luego llevada al Rey Asuero, á quien agradó mas que todas las otras, y la declaró por Reyna (1) en lugar de Vasti, poniendole la diadema en la cabeza. Mardocheo quedó asombrado de esta eleccion, y se andaba paseando todos los dias desde el punto que la llevaron delante del serrallo, para tener nuevas de lo que pasaba, para lo qual tenia un Eunuco su confidente que le avisaba de todo (2). Enviabale á tiempo los avisos necesarios, para que supiese ella cómo se habia de portar; y sobre todo la envió á decir que de ningna manera publicase de la nacion que era, ni hiciese demonstracion alguna sobre este particular, pareciendole importaba esto mucho, por temer que Amán, que estaba muy acreditado, y aborrecia naturalmente á los Judios, no la echase á perder ántes que ella hubiese echado profundas raices en el corazon del Rey.

Veis aquí un admirable efecto de la Providencia (3), la qual se valió de una pequeña piedra para abatir un gran coloso, é hizo en un instante de una vasija de tierra una taza de oro. Es de admirar que una pobre Judia llegase á tener la corona de la primer Monarquía que habia por entonces en el mundo. Juzgase que fue grande fortuna, pero Dios sabia que era una gran deliberacion, formada de toda la Eternidad en sus altísimos secretos; porque si el Imperio, segun Aristóteles, es debido á las personas mas perfectas, razon habia en las bizarras qualidades de Esthér para que en ella se afirmase la corona. Ademas de la hermosura natural y gentileza de espíritu, tenia grandes dones de virtud que la hacian amable á todo el mundo, y que podian servir de modelo á todas las mugeres.

No era ella (4) una masa de carne, y un cuerpo  
sin

(1) Su dignidad de Reyna muy presto.

(2) Prudencia de Mardocheo.

(3) La eleccion de Esthér fue obra de Dios.

(4) Sus buenas qualidades.



sin alma, ni una muger del mundo, que no tiene mas ídolo que su hermosura, ni otra divinidad que su gusto y ambicion, como sucede ordinariamente á tantas mugeres, que viendose encumbradas en lo alto de las grandezas del siglo, corrompen extraordinariamente sus costumbres y deshonoran su estado.

La primera y principal virtud de Esthér (1), que hizo en el discurso de su vida un purísimo manantial de placeres, fue el ser devota, que viendose de poca edad, fragil de sexó, en relevante puesto, y en una Corte de un Rey infiel entre tantas mugeres paganas, nunca se olvidó de Dios, y observó puntualísimamente, en todo lo que la posibilidad le permitia, el exercicio de su Religion, haciendo sus oraciones con un fervor increíble, y teniendo una fe inviolable en medio del imperio de la impiedad. Ella encaminó al Rey su marido al culto de Dios, y al amor de su pueblo, quando vió era ocasion para hacerlo. Labró un templo dentro de su corazon, no pudiendo aun fabricarlo en su Reyno, y enderezó todas sus devociones al sacrificio de sí misma.

Tenia muy poco cuidado de su cuerpo (2) contra la naturaleza de su sexó, que no estima de ordinario á Dios y á todo el cielo tanto como su carne. Esto se conoció muy bien quando fue á ponerse delante del Rey la segunda vez, pues que en una ocasion de tanta importancia, en que todas las demas tenian grandísimo cuidado de aderezarse y componerse, ella se contentó con pocos atavíos; y con todo eso su hermosura natural era ni mas ni menos que la rosa, adornada de sus hojas, y de esta suerte axaba todas las bellezas mas afeytadas.

Ademas de esto llevó á la Corte una grande humildad y una perfecta sumision (3), que nunca dexó, mostrandose tan obediente á su tio, aun despues de tener

(1) Su devocion.

(3) Su humildad y docili-

(2) Hacia poco caso de su cuerpo.

dad.

ner la diadema en la cabeza, que siempre escuchaba sus advertencias como quando era niña; no menospreciaba á nadie sino á sí misma; las ropas Reales le parecían una carga casi insufrible, y nunca estaba mas contenta que quando se hallaba sola. Hay pocas mugeres que dexen de nacer con su condicion y opiniones, que se van aumentando con la edad, y crecen excesivamente en la grandeza de las dignidades, por lo qual es muy de admirar el modo de portarse de esta señora, pues no hacia caso de sí misma; y estando dotada de un raro espíritu, escuchaba siempre la razon, y no se le hacia de mal condescender á los buenos consejos, por lo que sus progresos fueron felices y todos sus manejos aventajados.

Junto con esto, como Dios la habia escogido para grandes negocios, la dió la prudencia de los Santos (1), acompañada con un gran juicio, docilidad, prevencion, cortesía, discrecion, y prontitud en la execucion de los negocios.

A esta prudencia se le vino á juntar un ánimo y generosidad incomparable (2), hasta llegar á comprender con virtuoso motivo acciones arriesgadas, de que no podia aguardar menos que la muerte. Y para coronar todas estas virtudes tenia tambien una ilustre paciencia, recibiendo todo de mano de Dios, y ajustandose á su voluntad en todos sus sucesos, y acaecimientos de los negocios del mundo.

Estas son las principales qualidades que lucian en esta Princesa, y que se pueden reconocer en las que Dios ha ilustrado con sus favores. Veremos ahora del modo que se portó en la Corte de Asuero, para cortar la cabeza á una gran serpiente, y librar á su nacion de un golfo de grandes y horribles calamidades.

Los Príncipes y los Grandes serian felices (3), si como no se mueren por tercera persona, pudieran vivir

(1) Su prudencia.

(2) Su ánimo y paciencia.

(3) Desgracia de los Grandes por los malos consejos.

vir por sí mismos; nacen muy de ordinario con muy buenas qualidades. Son unos mares en bonanza llenos de riquezas, que hicieran bien á todo el mundo, si los vientos los dexasen pasar segun su natural; pero como las hermosuras de las mugeres son galanteadas de muchos amantes, asi las autoridades relevantes tienen sus aduladores, que con capa de que las adoran se hacen dueños de ellas, y con pretexto de servicio exercen un dominio sobre ellos mismos, con que piensan mandar á todo el mundo. Su nombre por este medio sirve de pasaporte á todos los insultos, su autoridad de asilo á los crímenes, sus rentas de pajuelas para la codicia, y su poder de instrumento á la venganza, y de azote al género humano.

Esto se ve claramente en la prosecucion de esta historia, donde se dice que Asuero ensalzó á Aman (1) sobre todos los Príncipes y grandes de su Reyno, y tomó el mas vil hombre de la tierra para hacerle el mas poderoso, para que de este modo los delitos tuviesen tanta mano, como este Monarca tenia riquezas y poder. Su bondad fue engañada en este particular, y su espíritu demasiado dócil, se dexó llevar de grandes apariencias, que le robaron á sí mismo, y no le dexaron mas que como una fantasma de la dignidad.

Este Aman (2), que Asuero al principio tuvo por Persa y por hombre de bien, capaz, y afecto á su servicio, era por una parte Amalecita, y por otra Macedonio, hijo de la tierra, que no tenia Dios ni conciencia; un espíritu lleno de laberintos, astuto y disimulado, grande en apariencia, y pequeño en efectos; leon en la prosperidad, y mona en la adversidad, cuya vida era un perpetuo crimen; la avaricia un golfo, la ambicion un abismo, la fortuna un escándalo, y una injuria á la Providencia.

No obstante (3), él entró de tal suerte en la amistad

(1) Aman ensalzado por Asuero.

(2) Sus malas qualidades.

(3) Su grande favor.

tad de Asuero , que no veia el Rey sino por sus ojos, no escuchaba sino por sus oidos, no caminaba sino por sus pasos , ni se gobernaba sino por sus consejos. Llamabale padre, y le tenia por el mas sabio y excelente de todo su Reyno , ordenando que todos le reconociesen y le adorasen por la segunda persona del Imperio. Esta Corte que estaba llena de esclavos , encendia los cirios á este ídolo ; unos por temerle como á demonio maldito , y otros por esperanza de medrar.

El pobre Mardocheo estaba tristísimamente doloroso , por ver sobre la cabeza de los hombres al que queria poner á todo el mundo debaxo de sus pies, y en una esclavitud general á todos; escogió ántes el riesgo de su vida , que el de la libertad. Nunca quiso doblar la rodilla delante de este Baal ; y aunque los enemigos le perseguian sobre este punto con furor, y los amigos con importunidades , él estuvo siempre firme en su resolucion , resuelto ántes á sufrir qualquiera cosa que hacer vileza. Aman , que á los principios estaba lleno de los humos de incienso , que por todos lados le ofrecian , y que miraba á los hombres como si fueran mosquitos, no hacia reparo por entonces , pero como se lo dixeron sus aduladores , advirtiendole que solo un hombre habia en la Corte que rehusaba adorar á su fortuna , se encendió de cóleras; y juzgando que para su poder era poca cosa el quitar la vida á un hombre solo, tomó una resolucion horrible y sangrienta de acabar con toda aquella nacion.

Dió , pues , á entender al Rey (1), que los Judios que estaban esparcidos por todas las Provincias de su Reyno , estaban separados en religion y leyes de todo lo restante del mundo , y no podian ver á su persona y Estado. Que esta gente era muy perniciosa á un Imperio , por tener siempre encubierto su veneno, y que si en lo exterior parecian moderados , era solo por la poca posibilidad que tenian , sí bien estaban dispues-

TOS

(1) Habla al Rey Asuero.

tos en la primera ocasion á rebelarse y hacer de las suyas. Añadió: que el gran cuidado que tenia del bien del Estado, en que siempre estaba velando, le ponía estas palabras en la boca, que causarían el reposo universal de toda su Monarquía; y que despues de haber considerado muy bien los grandes peligros de su corona, y que su vida estaba amenazada por esta faccion, se habia resuelto á remediarlo con tiempo, y acabarlos ántes que ellos se fortificasen en perjuicio del bien comun. Que si los Tesoreros de hacienda tenían por esto la diminucion de los tributos, que él ofrecia de muy buena gana diez mil talentos de su hacienda propia para recompensar las rentas, porque se hallaba con mucho deseo de concluir un negocio en que consistia la salud de su Rey y utilidad de sus pueblos.

Esta serpiente jugó con tanto artificio esta pieza, que persuadió todo lo que quiso; de modo que el pobre Asuero, que era de un natural demasiado dócil y crédulo, sin exâminar mas la materia, se quitó el anillo de su dedo y se le dió á Aman, con pleno poder de hacer lo que quisiese. Veis aquí la gran confusion del gobierno, del espíritu, y de la conciencia de los Reyes, quando se dexan llevar facilmente de los malos consejos, y no se quieren meter en discurrir sobre lo que pasa en el gobierno.

Es cosa terrible (1) que en un abrir y cerrar de ojos, este miserable Príncipe entregue á la venganza de un hombre vil y mal intencionado tantos millones de vidas, sin hacer siquiera una reflexion sobre lo que dice, y sobre lo que otorga. No reparaba á donde tiraba esto, y su floxedad ordinaria no le daba lugar á tomar otro conocimiento, por lo qual era al doble culpado, por permitir tantas muertes é ignorarlas. Séneca dice (2), que habiendo muerto el Emperador Claudio, se le vituperaron algunos homicidios que se ha-

bian

(1) Facilidad de Asuero dañosa. *cidisti. Senec. in ludo de morte*

(2) *Turpius ignorasti, quam oc-* *Claud. 11.*

bian hecho en su nombre, sin que él los hiciese ni entendiese lo que le decían. Entonces se levantó Augusto y le dixo: *Malvado, no buscamos ahora aquí las muertes que tú has hecho, sino las que has ignorado; porque es mas afrenta para un Rey no saber el mal que pasa en su Reyno, que el hacerlo.*

La hermana de un Ptolomeo, Rey de Egipto, viendo que su hermano, estando jugando á los dados, hacia leer los procesos criminales para dar sentencia definitiva, quitó los papeles al Secretario, y dixo á su hermano: que diferentemente rodaba un dado que la cabeza de un hombre. Es menester tener mucha atención quando se trata de derramar sangre humana, sea en guerra, ó sea en paz.

No obstante, Asuero se fió del soberbio Aman (1), que fue lo mismo que fiar las ovejas del lobo. Saltaba él de contento por haber obtenido el anillo del Rey; consideró, pues, y dirigió su venganza con ceremonia. Mandó traer un vaso grande, y en él echó doce pequeñas boletas, en que estaba escrito el nombre de cada mes, é hizo saliese por suerte el mes en que se habia de executar su pernicioso deseo. Cayó la suerte sobre el último, aunque se habia echado el primero, y no quiso trocarlo, ó ya fuese por una antigua superstición de su país, ó por la grande confianza que tenia, de que en aquel tiempo, destinado ya para la matanza, no se le podrian escapar los Judios por el poco poder que tenían, y pensaba tenerlos como bestias encerradas que se cazan quando se quiere.

Era para él gran gusto el mostrarles un año entero la espada reluciente ántes de darles la muerte, y hacerles morir mil veces con el miedo, ántes de matarlos una vez con el cuchillo. Juntó todos los Secretarios del Rey, y les dictó unas letras sangrientas, de que hizo sacar muchas copias para enviar á todas las Provincias, y el tenor era: que el dia decimotercio del últi-

(1) Aman medita su venganza con prevencion.

timo mes, que era el de Febrero, los Judios fuesen muertos en todos los Lugares y Provincias del Reyno; y esto desde el mas pequeño al mas grande, sin perdonar ni hombre, ni muger, ni niño, y que á todos se llevase por un rasero, sin remision, y todos sus bienes fuesen confiscados y saqueados. Estas letras, selladas con el sello y armas del Rey, volaban como las aves funestas por todo el espacio de las veinte y siete Provincias de este gran Reyno. Era una sentencia de muerte, y no de muerte ó ruina de un hombre, ó de una Ciudad ó de una Provincia, sino de una nacion entera. El mal era universal, y por todas partes llevaba las amenazas, la sangre, las muertes, los miedos y los horrores, desde el Eufrates hasta el Nilo. El terror comenzó por la Ciudad, Corte de Susa, donde el edicto fue visto y leído de todo el mundo, puesto en los pilares y murallas de las plazas públicas, y era de esta manera:

*Artaxerxes, Soberano Señor y Rey de todos los pueblos que hay desde la India hasta Etiopia, á los Príncipes y Gobernadores de las veinte y siete Provincias de nuestro Imperio, salud.*

*Despues de haber puesto á todo el mundo debaxo de mis leyes, no he querido abusar de la grandeza de mis fuerzas, ántes he deseado gobernar á mis buenos vasallos con toda clemencia y suavidad, haciendo que gocen de la paz y tranquilidad que todos los hombres desean. Por lo que informandome de los medios que podria tener para conseguir el efecto de mis deseos, nuestro muy querido Aman, segunda persona de mi Reyno, que sobrepuja á todos los hombres del mundo en capacidad y fidelidad, me ha representado que el pueblo Judaico, esparcido por todas las Provincias de mi Imperio, estando separado en Religion y ley, de todas las demas naciones, menosprecia nuestros decretos, y no cesa de alborotar el reposo público. Lo que habiendo bien y debidamente reconocido, hemos ordenado, y ordenamos, que sea castigado segun las ordenes de nuestro muy querido Aman, que es el Superintendente de todas nuestras Provincias, y á*

*quien honramos como nuestro verdadero padre. Y ademas de eso, queremos y mandamos, que la execucion sea á trece dias del mes de Adar, último del año, para que todos los malhechores, baxando al infierno en un mismo dia, den la paz y sosiego á nuestros buenos súbditos, á quien han perturbado con sus facciones. Asi es nuestra voluntad. Dada en Susa el primer dia del mes de Nisan.*

Veis aquí como Aman y sus cómplices, obreros de la iniquidad, cortaron sus plumas rabiosas y las templaron en sangre, para hacer decir al Rey de los Persas todo lo que les pareció, teniendo su sello y autoridad en su poder. El pobre Mardocheo (1), viendo esta horrible tempestad que amenazaba á todo su pueblo, despues de haber leído este edicto, y sabiendo que Aman estaba comiendo con el Rey, el qual nunca se dexaba ver, procuró conmovier á todo el mundo á piedad, cubriendose con un silicio, y lleno de ceniza él y todo su pueblo, que lloraba y lamentaba al rededor de él.

Este funesto esquadron llegó hasta las puertas de palacio sin entrar dentro, porque no le era permitido, ni aun al mismo Mardocheo, dexarse ver en la Corte con trage tan lastimoso, que hubiera ofendido á los ojos mas delicados. Las malas nuevas tienen alas para volar, y muchas veces para hacerse oír. Los Eunucos y las criadas, asombradas, fueron á decirle á la Reyna Esthér todo lo que pasaba, de lo que ella se halló con extremada afliccion y sobresalto, y como la dixesen que su tio estaba á la puerta cubierto de ceniza con un silicio en sus carnes, le envió un vestido que se pusiese; pero él no lo quiso tomar, pareciendole no era conveniente ni á propósito para su fortuna; por lo qual volvió á enviar otro mensagero, que fue Athar, el Eunuco que la servia, y saliendo fuera del serrallo se informó muy por extenso de Mardocheo de todo el estado de negocio tan lastimoso. Hízole, pues, una bre-

ve

(1) Grande perturbacion entre los Judios.



ve narracion de lo que pasaba , y le dió una copia del edicto para darselo á la Reyna , rogandole la dixese que era forzoso ver al Rey , y hacer todo el esfuerzo posible con su Magestad por la libertad de su pueblo.

Athar volvió prontamente á dar la respuesta á su Señora , y la dixo fielmente lo que le habia dicho Mardocheo. La pobre Princesa se halló congojadísima , y muy atormentado el espíritu. No osaba ir á ver al Rey sin ser llamada , y no hacer lo que su tío la rogaba en un accidente tan apretado , era para ella una muerte. Volvió á enviar á Athar para que le dixese á Mardocheo el peligro de esta negociacion , haciendole saber que habia una ley establecida por el Principe , que ordenaba que qualquiera que se pusiese en su presencia sin ser llamado , debiese ser castigado con pena de muerte , sino es que por misericordia baxase el cetro en señal de piedad , y que por esta razon habia treinta dias que ella no veia á su Magestad , y no sabia de qué humor estaba al presente , y que si le hallaba en alguna mala disposicion , su vida era acabada , si bien no procuraba conservarla sino por el bien de los suyos.

No obstante todas estas réplicas , su tío la mandó que fuese , y que si no cuidaba de solicitar un negocio tan importante , Dios hallaria otros medios para salvar su pueblo ; pero que lo mirase bien , que la casa de su padre y tambien ella , no perciesen por cuidar demasiado de su conservacion , y que debia pensar que era posible que Dios la hubiese puesto en la altura que estaba solo por este caso.

No se sabe lo que hay mas que admirar aquí , ó la autoridad que Mardocheo tenia sobre la Reyna , ó la obediencia que la Reyna le mostraba. Apénas , pues , oyó ella la réplica , quando dixo : esto ha de ser , yo iré y me sacrificaré á la muerte de muy buena gana por obedecer á mi tío , y salvar , si puedo , á mi nacion. Id , Athar , y decidle que junte todos los Judios que hay en Susa , y que ayunen tres dias por el buen suceso de esta empresa con oraciones continuas. Yo tambien ha-

haré lo mismo con mis mugeres, y despues nos aventuraremos.

De esta manera se ha de proceder en las grandes negociaciones, poniendo siempre á Dios delante, que es la fuente de todos los buenos sucesos. Vióse entonces un concierto admirable de devociones dentro y fuera de palacio. Mardocheo estaba en medio de su pueblo levantadas las manos al cielo, y diciendo: *Gran Dios, cuyo dominio no tiene límites, y cuyas absolutas voluntades no sufren ninguna contradiccion. Vuestras manos formaron el cielo y la tierra, con todas las bellezas que encierran dentro de sí; y no hay cosa que pueda oponerse al poder de vuestro brazo. Dios mio, bien lo sabeis todo, y no ignorais que el haber yo rehusado adorar al soberbio Aman, no procede de gloria, ni de vanidad que haya en mí, porque desde luego besaré la tierra que pisa por la salud de mi pueblo; pero tengo horror de dar la honra del Criador á la criatura, y darle á vuestra Magestad compañía. Por tanto os suplico, ó Dios de nuestros padres, que seais servido de hacer resplandecer un rayo de vuestras misericordias sobre estos pobres afligidos. Vos veis la rabia de nuestros enemigos, que todos se han conjurado en nuestra ruina; no menospreciéis vuestra herencia que libertasteis de Egypto. Mostraos propicio á vuestro pueblo, que es como la suerte de vuestro Imperio; mudad nuestro llanto en gozo, y no cerreis las bocas de los que cantan vuestras alabanzas.* Esta oracion fue uniformemente seguida de todo el pueblo.

Mas la divina Esthér por otra parte encerrada en su retiro, se quitó las ropas de gala y todos los adornos pomposos que tenia, poniendose un vestido de luto, y cubriendose de ceniza. Estaba en oracion de dia y de noche, macerando su cuerpo con ayunos y austeridades. El cuidado le hacia marchitar las rosas de su cara, y los ojos, que habian sido cómplices en sus regocijos, estaban por entonces bañados en lágrimas; decia á Dios con un corazon amoroso (1):

Dios

(1) Devociones de Esthér.

Dios mio, vos sabeis la necesidad que me oprime, y no ignorais quán de todo corazon aborezco esta diadema vana que resplandece sobre mi cabeza, pues he venido forzada á la Corte. Nunca me la he puesto en los dias sagrados de mi silencio y de mi amada soledad, que estimo mas que todos los Imperios de la tierra. Bien sabeis, Señor mio, que despues que estoy en este palacio, mi corazon no ha tenido otro gozo, sino es en la consideracion de vuestras obras. Yo me hallo sola, y destituida de parientes y amigos, sin esperar mas socorro que el de vuestro brazo. Ahora tengo mi vida y mi alma entre las manos, para perderla por vos, ó salvarla por vos. Los que están determinados á demoler vuestros altares y deshacer la gloria de vuestro Templo, son los mismos que han jurado matarnos. No deis, Señor, vuestro cetro y poder á los que no están alistados en el número de vuestros pueblos fieles. Haced que sus propias flechas se vuelvan contra su rostro; y tenednos siempre debaxo de la proteccion de vuestras divinas manos. Y supuesto que es fuerza que yo hable por el bien de toda vuestra nacion y mia, inspiradme las palabras que debo pronunciar en presencia de este leon; suavizad por nosotros su corazon, y hacedle trocar su enojo contra nuestros enemigos, para que podamos daros las gracias, y ofreceros alabanzas eternas.

Pasado el tercero dia (1) se quitó el luto, y se puso los mas ricos vsetidos que tenia para aumentar su hermosura, la qual habia tan dignamente consagrado á los grandes efectos de la salud de su nacion. Y aunque tenia el corazon ahogado de cuidados sobre el suceso de una embaxada de tanta importancia, estaba no obstante con tan hermoso semblante, que la mas bella auro-  
 ra del dia no la igualaba, encubriendo las borrascas de su corazon con la fuerza de un espíritu invencible. Despues de haber segunda vez invocado el Autor y hacedor de todas las maravillas, salió acompañada con dos criadas, la una servia de bracero, ayudandola á llevar en decente compostura la delicadeza de su cuerpo, y la  
 otra

(1) Su negociacion.

otra llevaba la falda de la ropa largamente tendida. Pasó de puerta en puerta, de sala en sala, y al cabo llegó á donde estaba el Rey sentado en su trono, con una ropa guarnecida de diamantes, y una pompa magestuosa. Era colorado de cara, y tenia los ojos tan brillantes que parecia que tenia gusto en jugar de ellos para deslumbrar á los que se ponian delante de los esplendores de su Magestad. Luego al punto que la vió, se mostró algo áspero el semblante, ó bien que lo hiciese por una acaricia amorosa, ó porque se encolerizó de verla entrar sin haberla llamado. La prudente Esthér (1) supo muy bien hacer su negocio, y cogele por aquella parte que pensaba era mas fuerte. Sirvióse de una eloquencia muda, y de un miedo que manifestaba la gala y gentileza del sexô. Lo encarnado de sus mexillas se puso al punto hermosamente pálido, que parece vino esto tan á propósito como era menester, y como si los ojos del Monarca la hubieran herido con sus rayos, se dexó caer desmayada en el pecho de la criada, que la servia de menina.

Este magestuoso Rey, que á todos queria asombrar, tomó para sí lo que queria dar á los otros, y sintió su corazon acongojado del miedo que tuvo de que su semblante hubiese herido el corazon de su muy querida esposa. Dexó, pues, la gravedad Real, y tomó la sumision de amante, baxando de su trono con toda prisa, corriendo tanto como el susto para aliviarla el desmayo, y en altas voces dixo: *Esthér, hermana mia, ¿qué teneis? La ley que yo he hecho no es para vos, sino para todos los demas de mi Reyno.* Y como ella aun no respondia palabra, tomó su cetro de oro, y dandoselo para que lo tocase y usase de él, la besó con grande cariño, diciendola se animase y llegase á él.

Entonces, como si volviese del otro mundo, comenzó á hablar con una voz languida, y quebradas las palabras, diciendole al Rey que no habia que admi-

(1) Su sagacidad.

mirarse de su miedo, porque le habia visto la cara como la de un Angel verdaderamente terrible, pero mas amable que todos los Príncipes del mundo, por tener en su semblante todas las gracias y beldades. Esto era cogerle por la parte que era mas facil de vencer, y por colorir aun mejor estas razones, se dexó caer segunda vez en el pecho de su criada. Toda la Corte estaba harto congojada al rededor de ella, y sobre todo el Rey hacia lo posible para asegurarla. Al fin, ella volvió enteramente en sí, y Asuero la dixo que si venia á pedirle algo que lo pidiese libremente, que aunque fuera la mitad de su Reyno no se lo negaria.

Fue harto decir, y ya parecia tiempo de descubrirse; no obstante, tuvo ella tanto poder sobre sí misma, que aun no se determinó, aguardando la hora del comer en que sabia que el Rey Asuero estaba ordinariamente mas tratable. Solamente le dixo que habia venido á pedir una pequeña merced á su Magestad, y suplicarle muy humildemente la quisiera honrar con su presencia, junto con Aman, en un pequeño banquete que tenia prevenido. El Rey quedó muy contento, é hizo llamar á Aman, mandandole hiciese todo lo que Esthér deseaba, de lo qual quedó él muy gustoso, por ser muy picado de la vanidad.

Vinieron ambos á dos á comer con la Reyna, la qual los trató con magnificencia y grandeza verdaderamente Real, lo que agradó mucho á su marido, y la volvió á decir segunda vez que pidiese todo lo que le pareciese, que no habria cosa que no le seria concedida. La Reyna que queria tener lugar para aconsejarse con su tío, por asegurar bien negocio tan importante, lo dexó para el dia siguiente, y dixo, que pues su Magestad se habia dado por bien servido de aquel humilde banquete, y que el contento de su corazon se le conocia, le pedia con toda humildad la misma gracia, y le suplicaba por su amor, que apreciaba mas que todas las cosas del mundo, que viniese á comer con ella el dia siguiente las viandas que

tenia prevenidas, y tambien la misma compañía.

Concediósele esto como lo dixo, y despues de haber preparado el ánimo del Rey, se resolvió á descubrirse claramente con el consejo y guia de Mardocheo. Aman salió de palacio el mas alegre del mundo acompañado de gran séquito, y reparando en que estaba Mardocheo á la puerta, y que no hacia caso de verle, quando todos los demas se estaban matando por hacerle reverencias, se encolerizó terriblemente, y se fue prontamente á su casa para concluir la muerte de este inocente.

El bien, dicen los Filósofos, nunca es bien, si no es entero y cumplido, y por esto hay pocas felicidades en el mundo, donde toda luz tiene su sombra, todo fruto su gusano, y á toda belleza no le falta una tacha. Hizo una consulta con su muger y amigos (1), diciendo que se hallaba al presente, segun la estimacion del mundo, uno de los mas felices hombres que habia sobre la tierra; porque mirando sus riquezas eran casi infinitas. Si volvía los ojos á su casa la veía poblada de un buen número de hijos; si consideraba el favor del Príncipe, nunca hubo hombre que á tal altura llegase; sus consejos eran las felicidades del Estado; sus palabras oráculos, y sus grandezas eran asombros que deslumbraban á toda la tierra, desde el Eufrates hasta el Nilo. Y con todo esto confesaba ingenuamente, que en medio de tan colmadas honras y bienes que tenia, se hallaba disgustadísimo, viendose despreciado por el vil Mardocheo, que de ninguna manera se dignaba de hacerle reverencia. Todos los contentos de su casa, y todos los aplausos que cada dia recibia en público, no le agradaban tanto como le causaba disgusto aquella sola afrenta, que le entristecia el corazon, y no la podia digerir. Por lo qual les pedía le dixesen los medios que podria tener para deshacerse de aquel villano, y sacrificarlo á su venganza.

Aña-

(1) Consulta su ruina.

Añadió tambien, que habia comido con el Rey y la Reyna, y que el dia siguiente habia de comer tambien con ellos, que era un favor que ninguno otro podia esperar sino él. Y no obstante, perdía el juicio en considerando que habia de ver á la puerta de palacio á Mardocheo mofando de su poder, y no podia vivir mientras estuviese en la Corte aquel desdichado hombre, que le tenia por ave de mal agüero.

La muger (1), que tenia la condicion del marido, pronunció una breve sentencia, y dixo: que si no habia hartas horcas en Susa para ahorcar á aquel vil hombre, que mandase hacer una de cien codos de alto, y pidiese al Rey que Mardocheo fuese puesto en ella, que él lo concederia con facilidad por estar en el banquete de la Reyna. Agradóle mucho el consejo, y se resolvió á ponerlo por obra; pero Dios lo dispuso de otra manera, para darle á entender que nadie procura arruinar á otro que no se haga mal á sí.

El Angel de Dios, que gobierna los Reyes, les da pensamientos no previstos, y les ofrece ocasiones para obrar grandes acciones y virtudes quando menos lo piensan (2). Habiase echado el Rey en la cama á reposar, y no pudo en toda la noche cerrar los ojos, hallandose continuamente con grande desasosiego y turbacion. Llamó á un criado que le leia, y le mandó leyese algun libro para entretenerlo. Leyó en su presencia los Anales del Reyno, y especialmente lo que habia sucedido en su tiempo, y sin pensar se llegó al año en que se hacia mencion de la conjuracion de Tharés y Bagathan, descubierta por Mardocheo. El corazon del Rey, que estaba en la mano de Dios, se mudó luego al punto, y la memoria de su leal criado comenzó á entrar en su espíritu con alguna ternura y compasion. Aquel amor ardiente é inconsiderado que habia tenido á Aman, se resfrió insensiblemente, sin ocasion nin-

(1) Su muger le aconseja. favor de Mardocheo.

(2) Admirable mudanza en

ninguna. Pareciale se le habia quitado el encanto de golpe por la mano celestial. Volvió sobre sí, haciendo reflexion, y considerando la justicia y afecto que debia á la gente de verdadera fidelidad.

Preguntó qué merced se le habia hecho á Mardocheo por tan grande y señalado servicio, hecho á su persona y á todo su Estado. Hallóse que no habia tenido recompensa, sino promesas y esperanzas. Llamó el Rey á los Ayudas de Cámara, y les preguntó quien estaba en la ante-sala. Respondieron, que Aman; el qual habia venido, segun su costumbre, á entretenerle mientras se vestia, y tomar con fervor la ruina de Mardocheo. Mandó que entrase, y él lo hizo con una osadia que todo se lo prometia, haciendo sus cumplimientos y agasajos ordinarios. No obstante, todo lo que ántes le agradaba al Rey Asuero en la conversacion de este hombre, hasta admirarse de él, comenzó á disgustarle, y ya preparaba medios para abatirlo.

Considerabale un hombre de fortuna, que se habia alzado con la sencillez de su corazon; que habia juntado grandisimas cantidades de oro y plata de sus rentas, disponiendo de todos los puestos de su Reyno, y haciendose adorar de grandes y pequeños; que tenia tanto séquito como su persona, y aun mas; que su sello y toda su autoridad estaba en sus manos; que tenia tanto dinero, que ofrecia diez mil talentos por lograr una venganza; y autorizaba todos sus malos hechos con el nombre y aprobacion de su señor, sin haber persona ninguna en mas alto grado de gloria que él. Determinóse á derribarlo, y sintió un movimiento poderoso que le animaba, y no le daba lugar á deliberar mas, ni considerar con qué seguridad podria executar un tan gran negocio.

Sabia que estaba aborrecido de todos por su soberbia, y que los mismos que le cortejaban le dieran la muerte de muy buena gana si pudieran. Veia que no subsistia sino por su favor, de que abusaba tan vilmente; y así se determinó á hacerle una pregunta, y fue:  
que



que un gran Rey que quisiese honrar á un su favorecido todo lo posible, ¿qué haria? Aman, pensando que esta pregunta se haria solo en su favor y consideracion, respondió con una imprudente libertad, que para honrar dignamente á un favorecido, y mostrar en su persona lo que puede un gran señor, que le ama con passion, era menester vestirle las ropas Reales, ponerle la diadema del Rey en su cabeza, montarle sobre su caballo, y mandar al mayor Principe de la Corte le sirviese de lacayo, le llevase por todas las plazas de la Ciudad, y que fuese un pregonero diciendo en altas voces: que de esta suerte honra el Rey Asuero á sus validos.

Admiróse el Príncipe de esta insolencia, y por hacerle rebentar de despecho, le dixo que habia dicho muy bien, y le mandó que todas aquellas honras se las hiciese luego al Judio Mardocheo que estaba á la puerta de palacio. Este soberbio hombre quedó atónito con esta palabra, y no osó replicar; porque al paso que era jactancioso é insoportable en la prosperidad, no habia cosa mas abatida ni cobarde en la adversidad. Atormentó, pues, sumamente su espíritu, disimulando su disgusto. El miedo de la muerte y de los castigos debidos á sus delitos, si resistia á la voluntad del Rey, le hicieron beber toda la amargura de este vaso.

¡Cosa extraña! Van á buscar al pobre Mardocheo que estaba asqueroso, rodeado de un silicio, cubierto de ceniza; le lavan, le componen, y le visten con magnificencia Real. Aman se pone á tenerle el estribo para montar á caballo, y llevarle la rienda, para que entonces su enemigo fuese visto así tritufante de todos los moradores de la Ciudad de Susa. ¿Quánta resistencia hizo él por no aceptar esta honra? ¿Qué de pensamientos le vinieron, de que esto era solo artificio de Aman, que le queria dar un breve contento, para darle despues un largo suplicio! No podia creer lo que veia y escuchaba, pareciendole todo sueño. En el ínterin to-

da la Ciudad de Susa veia este grande espectáculo, y no se acababa de admirar de una mudanza tan extraordinaria.

Aman (1), despues de esta ceremonia, se volvió muy triste á su casa, llorando con su muger y sus amigos, el triste juego de la fortuna. La confusion de su espíritu no le daba sino consejos desesperados, diciendo: que pues Mardocheo habia comenzado, él acabaria. Rehusaba ir al convite de la Reyna, temiendo no fuese un sacrificio, en que él fuese la víctima. Esthér que veia que no podia salir bien con su intento sino se hallaba él, le hizo traer por los Eunucos del Rey, que con color de cortesia le traxeron á su última desdicha.

Entra en la sala del festin (2), el Rey disimula todo lo pasado, no se habla al principio sino de entretenimientos alegres, todo era contentos y regocijos; pero la ponzoña estaba escondida debaxo de la risa y de las flores. En acabando de comer, el Rey dice á la Reyna que le acabe de decir lo que desea de él, porque estaba con deliberacion de partir con ella su corona y su cetro. Entonces dando ella un grandísimo suspiro, dixo en altas voces: *¡Ay Señor! No pido á vuestra Magestad honras ni riquezas de vuestro Imperio, solamente os pido mi vida, y la de todo mi pobre pueblo, que lo quieren acabar, arruinar y matar, con una sangrienta y horrible carniceria. Señor, no hay para qué negar nada á vuestra Magestad, Dios quiso que naciese yo de esta nacion, que está condenada y destinada á la muerte por vuestro consentimiento. Contra mí se procede; si solamente se tratara de hacerme esclava, y á los míos, yo callara y me sorbiera mis gemidos. Pero señor, ¿qué he hecho yo para que me degüellen, despues de haber visto derramar la sangre de mis mas cercanos delante de mis ojos, quedando por última víctima sobre un grande monton de cadáveres, y sepultada en las ruinas de mi amada patria? Ay señor, tened misericordia de nosotros; vos, que sois el mas clemente de los Príncipes,*

(1) Tristeza de Aman. (2) Su desastre y su muerte.

pes , concededme la vida , y la de todo mi pueblo. Quedó el Rey muy admirado oyendo esto , y dixo á la Reyna: yo no sé á donde tira ese discurso. ¿Dónde está el hombre , ó donde está la autoridad que osa hacer esto sin mi orden ? Y ella replica: aquel á quien vuestra Magestad entregó su anillo , este traidor y pérfido Aman , es quien ha hecho escribir letras sangrientas por todas las Provincias , para entregarme á mí y á mi pueblo á la muerte. Y sabed , señor , que su crueldad aun se atreve á vuestra cabeza.

Aman echó de ver que estaba perdido , y la amarillez de la muerte se le puso al punto en la cara. El Rey se levantó de la mesa y se fue á pasear á un jardín que estaba cerca , para reposar su cólera. La Reyna , que estaba alterada , se echó sobre su cama. Aman se puso á sus pies , y como un hombre que se está ahogando , que se agarra de todo lo que puede , la suplica , la ruega y la insta , que tenga piedad de él , y diciendo esto se dexa caer sobre la cama muy cerca de ella.

A este tiempo volvió á entrar el Rey en la sala , y hallandole de esta manera : ¿ cómo , dixo , se viola de esta suerte el lecho de la Reyna mi muger , en mi presencia y casa ? Que lo maten. Al instante le taparon la cara , como se acostumbra á los que llevaban al suplicio ; y á uno de los Eunucos se le ofreció decir , que habia mandado hacer una horca de cincuenta codos de alto para poner en ella á Mardocheo , el libertador de la vida del Rey. Esta le es debida , respondió Asuero , cuelguenle luego al punto de la horca que él tiene hecha. Executóse sin dilacion , no habiendo persona que no estuviese contenta de ver su ruina. Mardocheo fue llamado á palacio para entrar en su lugar , y gobernar toda la casa de la Reyna ; la qual en presencia del Rey su marido le reconoció por su tio. Despues de esto suplicó Esthér al Rey , que mandase despachar á todas las Provincias letras revocatorias de las otras de muerte , que el cruel Aman habia ya esparcido por todo el

Reyno. Pareció cosa justa, y al punto se despacharon del tenor siguiente:

*Artaxerxes, Soberano Señor, y Rey de todos los pueblos, que están desde la India hasta Etiopia, á los Príncipes y Gobernadores de las veinte y siete Provincias de nuestro Imperio, salud.*

*Muchos, abusando con soberbia de la bondad de los Príncipes, y de la honra que se les ha hecho, no solo procuran oprimir los pueblos, sino con detestable traicion hacen contra la vida de sus bienhechores, hallandose incapaces para poder sustentar la gloria á que son ensalzados. No se contentan con ser ingratos á los beneficios y quebrantar los derechos de la humanidad, sino que cometiendo tan horrendos insultos, se persuaden que podrán escapar del castigo del gran Dios, á quien nada se le esconde. Su locura es tan desreglada, que aun estando inficionados en todo género de vicios, acusan á los que son inocentes, y cumplen puntualmente todas las obligaciones de sus cargos, procurando arruinarlos con artificios y calumnias fingidas, y de esta suerte engañar los oídos de los Reyes, que tienen el corazon lleno de bondad y sinceridad, juzgando por su corazon los de sus Ministros.*

*La prueba de esto se halla en las historias antiguas, y en las que se ven hoy en nuestros tiempos, en que se conoce bastantemente como las buenas intenciones de los Reyes se corrompen por los malos consejos de sus Ministros y criados; por lo qual hemos menester poner buen orden en la paz de nuestras Provincias, y nos es fuerza hacer un decreto revocatorio, el qual sabreis que procede mas de la necesidad de los tiempos, que de la inconstancia de nuestras resoluciones.*

*Es necesario que sepais que Aman, hijo de Amathi, Macedonio de corazon y nacimiento, despues de haber sido ensalzado por nuestra bondad al segundo lugar del Reyno, y tratado de nosotros como nuestro padre, ha ensuciado con su crueldad los efectos de nuestra piedad, y se hinchó de tanta arrogancia, que tuvo atrevimiento de inventar quitarnos el cetro y la vida, porque habia hecho resolucion de matar á Mardocheo, á cuya fidelidad yo debo mi vida; y con él*

matar á Esthér, compañera de nuestro lecho y cetro, con toda su nacion, con invenciones perniciosas y nunca oídas.

El esperaba por este medio que habiendo muerto nuestros conservadores, nos hallaria sin defensa, y traspasaria el Reyno de los Persas á los Macedonios; mas nosotros hemos averiguado que los Judios destinados á la muerte por este malvado, no tienen culpa alguna, y usan de buenas leyes, siendo verdaderos hijos del Altísimo y grandísimo Dios, siempre vivo, por cuya gracia se nos ha concedido y conservado el Imperio. Por lo qual nosotros cesamos y anulamos las letras que él os habia despachado en nuestro nombre para hacerlos matar. Y os hacemos saber, que el autor de esta maldad ya está ahorcado á la puerta de Susa. Y consiguientemente queremos y ordenamos, que los Judios vivan en todas nuestras Provincias segun su ley y ceremonias, y que hagais de modo que sus enemigos sean castigados el mismo dia que habian deliberado matarlos, pues que el Dios Todo-poderoso les ha trocado en gozo el dia de lágrimas y dolor. Y pues que esto mismo importa á nuestra vida y conservacion, mandamos que este dia sea puesto en el número de las fiestas, para que la posteridad sepa las recompensas de nuestros fieles servidores, y el castigo de los que contravienen á nuestra voluntad é intentan mal contra nuestro Estado. Y si hubiere alguna Provincia ó Ciudad, que rebusare solemnizar este dia con los regocijos y alegrías convenientes, queremos perezca con fuego y cuchillo, y se haga inaccesible á los hombres y animales para siempre, por dar exemplo á los demas, con el castigo de su menosprecio y desobediencia.

Las órdenes del Rey fueron diligentemente executadas, y los Judios temidos y honrados, todo por el gran crédito que Mardocheo tenia con su Magestad. Parecia que el Sol nacia nuevamente para estos pueblos, que antes estaban tan afligidos, y que el cielo les echaba á montones sus bendiciones. Por todas partes no habia sino regocijos, danzas y fiestas, en testimonio de la publica alegría; pero es cierto que Esthér estaba aun irritada, buscando á los enemigos de su nacion para la

venganza que hizo executar en todos los que habian jurado su ruina. Dióle el Rey la casa de Aman, y diez y seis hijos suyos fueron ahorcados por acompañar á su padre. Quinientos hombres fueron muertos en Susa por haber sido de la parte de aquel infame; y por todas las demas Ciudades del Reyno se derramó mucha sangre el mismo dia que estaba señalado para matar á los Hebreos. Es menester confesar que esta historia es admirable y trágica, y una de las mas terribles mudanzas de fortuna que nunca ha sucedido á Grandes, para que supiese la posteridad los juicios de un Dios, cuya mano es tan pesada para el castigo de los insultos, como su vista atenta á discernir los corazones.

## MARIAMNE.

### SECCION UNICA.

Ahora si que justamente pretendo coger las mas bellas rosas, entre las mas picantes espinas, mostrar la serenidad en medio de las mayores borrascas, y buscar el panal de la miel en la boca del leon, pues que en la Corte de Herodes hubo la casta y paciente Mariamne (1), verdadero retrato de la inocencia, indignamente tratada.

La paciencia de esta desgraciada Reyna merecia estar consagrada con pluma de diamante en el templo de la eternidad, porque ella es bastante á deslumbrar los ojos mas audaces, dar materia á los mas entendidos, y admirar los espíritus que no se admiran de vulgaridades. Dios, que ensalza siempre la gloria de sus escogidos, aunque esten en lo profundo de las mayores miserias, viendo que el alma de esta Princesa era de las mas fuertes é ilustres, juzgó que era menester darle un

(1) Mariamne, muger de Herodes, retrato de paciencia.

un gran campo de batalla, para que de él cogiese las mas preciosas palmas de la paciencia, y le dió a Herodes, mal marido, persecuidor bárbaro, é infame verdugo, aunque siempre mas agradable á la paciente Mariamne en la qualidad de persecuidor y verdugo, que en la de marido. Para conocer la fortaleza de este ayunque es menester ver el martillo que le bate; para hablar bien de la virtud de esta Reyna, es fuerza oponerle la malicia de Herodes; es necesario ver como este desleal, teniendo la vida, cetro, y corona por la casa de Mariamne, en recompensa la quitó el cetro, la corona y la vida, despues de haberla arrancado las entrañas, y dado la muerte en su presencia á sus mas allegados, y echandola toda sangrienta en la hoguera donde se quemaban los cuerpos de sus padres y hermanos, por última víctima de su furor, sin que con todo esto vacilase nunca su invencible paciencia. Todos hablan de Herodes como de un hombre de mal barro, destemplado en la sangre, y como de un tirano, que queria matar á la misma misericordia; pero ninguno sabe los artificios de que se valió para apoderarse de la Reyna Mariamne, y del cetro de David, oprimiendo á lo uno con toda ingratitud, y gobernando el otro con toda maldad.

Cerca de sesenta años ántes del Nacimiento de nuestro Señor Jesu-Christo, el Reyno de Judea (1) que habia estado en pie despues de David casi mil años, aunque con extraños eclipses y horribles mudanzas, despues de haber tantas veces vacilado, y otras tantas afirmado sus vayvenes, halló su total ruina y su sepulcro, en la discordia de dos hermanos. Hyrcano, que era buen hombre y mal Rey, tenia el cetro entonces; hallabase sin armas, sin resolucion, y sin valor, por ser un hombre de inocentes costumbres, y muy olvidado de lo tocante á su cargo. Su grande facilidad le hacia degenerar en un cierto modo, de embelesamiento é inca-

(1) Estado del Reyno de Judea ántes de entrar Herodes en la corona.

pacidad; y aunque no tenia habilidad para hacer mal, le achacaban todos los males, haciendole instrumento de ellos, por ser hombre que se dexaba facilísimamente llevar de las impresiones de los otros. Reconociendo, pues, su flaqueza, habia espontaneamente dexado la dignidad y gobierno del Reyno á cargo de su hermano Aristobulo, hombre valiente y animoso, que tenia poca dicha aunque emprendia mucho.

En este tiempo la Palestina, por los vacilantes veyvenes de este Reyno, era muy galanteada de sus vecinos, y particularmente de Antípatro (1), padre de Herodes, Idumeo de nacion, Arabe de costumbres, pernicioso, cabiloso, y capaz de revolver un Reyno con sus mañas, y habia mucho tiempo que deseaba el Reyno de Judea. Conocia muy bien que le seria muy dificultoso salir con su empresa mientras que este generoso leon Aristobulo gobernase, pero una vez derribado del puesto, y vuelto Hyrcano á su dignidad todo le era facil. ¿Qué hizo, pues, este Arabe? Fue sembrando en el corazon de los pueblos malas intenciones contra Aristobulo, diciendo: *Que ellos eran bien cobardes, y poca leales, pues consentian fuere desposeido Hyrcano, su Rey legitimo, á quien la naturaleza habia entregado el cetro en sus manos por transferir el Reyno á un hombre inconstante y alborotador, que bien presto les haria conocer con sus procederes la ruina y destruccion de toda Palestina. Que ellos habian dexado un Rey dotado de bondades, por admitir otro que habiendo entrado en el Reyno por la puerta de la infidelidad, no podia reynar sino es con el desastre de la patria; y que aunque Hyrcano cediese de su derecho, que no se le habia de aceptar esta modestia: que quanto mas indigno se juzgaba de reynar, tantos mas méritos adquiria; y por el mismo caso que andaba buyendo de la gloria, menospreciando su persona, la debia conservar hasta el fin de sus dias; y si bien era reprehensible su demasiada blandura de condicion, esto era por ser mas inclinado á la clemencia y*

(1) Antípatro, padre de Herodes, codicia el Reyno de Judea.)



*tratar con suavidad á los Judíos: que si las palomas hubieran de escoger Rey, siempre desearan mas una estatua que un gabilan.*

Este espíritu sagaz con semejantes razones se iba entablando y adquiriendo mucho crédito, parte en el corazón de los amigos de novedades, y parte en los que seguían siempre la justicia, y todos no miraban mas que el bien público. El iba fabricando una Monarquía para sí ó para sus herederos. Quando ya le pareció que tenía muy bien dispuesta su trama, procuró grangear la voluntad de Hyrcano con todo género de servicios y testimonios de amistad, lo qual no le fue muy dificultoso, por ser tan facil este Príncipe de dexarse llevar de los que le mostraban alguna buena voluntad. Hizose, pues, como procurador, tutor, y dueño de este ánimo flexible, y con color de amistad se apoderó tanto de él, que no se movía sino por los pensamientos y advertencias de Antípatro. No obstante, quando le hablaba con resolución de que hiciese guerra á su hermano para volverse á hacer señor del trono Real, hallaba este corazón muy helado, y tenía mucho trabajo en hacerle tomar algun calor: tan excesivamente era frio su natural. Al fin, un dia le exhortó vivamente, diciendo (1): *Que la cesion del Reyno que habia hecho en su hermano, era incompatible con su honra y su vida: que continuamente estaba derramando lágrimas viendole tan abatido, metido en la miseria, quando su hermano se estaba dando tan buena vida, y pasaba tan alegremente: que esto era confundir las leyes de la naturaleza y autorizar la tirania: que solos los malhechores vivían en prisiones, y que Aristobulo por haberse alzado con un Reyno, andaba crugiendo sedas, y resplandeciendo rodeado de diamantes: que el Reyno era una camisa, que nunca se ha de dexar sino con la vida: que era patraña de los Filósofos ociosos, el decir que las diademas estaban entretexidas de espigas, pues sus rubies y diamantes nunca habian picado á nadie:*

(1) Artificio de Antípatro.

*die: que la vida que Hyrcano pasaba al presente era buena para un Religioso Anacoreta, y no para un Rey: y últimamente, que el pueblo con grande pasion deseaba verle otra vez en el trono de sus padres.*

Picabale al oido con tan fuertes razones, que comenzó este Príncipe á vacilar, pero se hallaba atajado de dos poderosas razones. La una era su juramento, por el qual habia renunciado el Reyno, y la otra su poco poder. Del juramento le absolvió Antípatro, diciendole habia jurado cosa injusta, y que no tenia obligacion ninguna de cumplirlo. En quanto al poco poder, le descubrió los socorros que habria de Arabia, que ya tenia él dispuestos. Y como ya le vió empezar á dar vav-venes, le comenzó á decir muchos males de su hermano, y que ademas de haberle quitado el Reyno, andaba procurando darle la muerte; y para esto fingió conspiraciones tramadas contra su persona con tanta sagacidad y artificio, que Hyrcano se rindió, y le dió poder para que hiciese en guerra ó paz, lo que mas bien le pareciese. Concluido esto tiróse la manzana de la discordia; Antípatro diligenció con Aretas, Rey de Arabia, que viniese con un grueso ejército á entrarse por Palestina, haciendo hostilidades terribles, y destrucciones lamentables, hasta llegar á acercarse con Aristobulo, y sitiario en Jerusalem, Ciudad capital de su Reyno.

Pero como las culebras grandes se comen á las chicas, sucedió en este medio que los Romanos, conducidos por Pompeyo Magno (1), habiendo hecho lucir sus Aguilas en la Syria, y llevando un ejército de fuego, delante del qual todos los pequeños Reyes eran como pajas, hicieron retirar al Arabe dentro de su Reyno, marchando ellos victoriosos por todas partes, dando leyes, la paz y la guerra á quien se les antojaba. Los dos hermanos acudieron á buscar el favor de Pompeyo, cada uno por su lado, haciendo los esfuerzos po-  
si-

(1) Pompeyo en Palestina.

sibles, conociendo que en esta diligencia consistía todo su negocio. Aristobulo, como mas bizarro, mas animoso y mas Real, halló al principio mas favor, habiendole presentado entre otras cosas á Pompeyo una vid de oro, que era una de las mejores obras del mundo, y despues vino á estar en el Capitolio para adorno de su grandeza. En efecto, los dos hermanos suplicantes estaban á los pies de este General pleyteando, no por un prado ni por una viña, sino por un Reyno, no considerando que poniendo su fortuna en manos de un extranjero, que no tenia mas ley que su ambicion, debaxo de la sombra de Juez, se alzaria con el Imperio.

Antipatro, viendo que la balanza se inclinaba á la parte de Aristobulo, como persona de quien los Romanos podian esperar mas servicios por sus pretensiones, comenzó á desacreditarle y agraviarle, diciendo que no se fiasen de él los Romanos, porque tenia una condicion disimulada é hipócrita, fingiendo rendimientos delante de Pompeyo; de manera que Aristobulo, previendo que este pernicioso Sinón, abusando del nombre y afabilidad de su hermano, vendia á entrambos á dos á los Romanos, se puso en armas para la defensa; pero tenia mas animo que fuerzas para resistir á un ejército de tan grande Imperio. El pobre Principe (1), no pudiendo sustentar lo comenzado, fue preso, y puesto en la cárcel con dos hijos y dos hijas que tenia, y enviado á Roma, para servir al triunfo de Pompeyo. Jerusalem (2) se hizo tributaria, el Pontificado se dió á Hyrcano, y toda la autoridad se puso en mano de Antipatro. Fue este un espectáculo que hacia llorar á los mismos que ántes aborrecian á Aristobulo, viendo á aquel desdichado Rey cargado de prisiones con los Príncipes sus hijos, y las infelices Princesas sus hijas, todos herederos del infortunio de su padre, dexar su patria, donde habian reynado con tanta honra, para ir

(1) Aristobulo prisionero. (2) Jerusalem tributaria.

á buscar en medio de tan cansados viages de tierra y de mar, la servidumbre ó la muerte, que siempre desean mucho los desdichados. Antípatro (1) cogió la palma de esta victoria aun toda sangrienta, y entabló su pequeña Monarquía, segun los designios que tanto tiempo ántes tenia premeditados. Hyrcano parecia un antiguo sepulcro, que no tiene mas que el nombre del muerto. Todo se hacia por él en apariencia, y nada por él en realidad. El otro entretenia á los Romanos con su dinero, haciales presentes, enviaba y recibia Embaxadores, ajustaba los contratos, grangeaba las voluntades, sobornaba los mas fuertes, derribaba las resistencias que se oponían á su grandeza, y en todo le forzaba al pobre Pontífice, como á executor de sus mandatos. Y viendole cada dia con ménos ánimo para asegurar del todo el Estado á sus hijos, hizo á Faseo, su primogénito, Gobernador de Jerusalem, y á Herodes, su hijo menor, dió el Gobierno de Galilea. De allí á poco tiempo (2), habiendo conseguido todo lo que su ambicion deseaba, y no teniendo mas que tomar, bebió un vaso de veneno, que le fue dado en una fiesta por el artificio de Malico su enemigo. Veis aqui como van las cosas del mundo: los espíritus rabiosos, desde la grandeza que solicitan con todo género de trabajos y malvados tratos, son las pequeñas borboticas ó campanillas que se levantan en el agua, que mientras llueve crecen, y en un instante se deshacen.

Muerto Antípatro, sus dos hijos, Faseo y Herodes (3), partieron la sucesion; cada uno procuraba por sí grangear la voluntad de Hyrcano, para hacerle representar siempre el mismo papel. Herodes al punto que se vió con puesto, y aun ántes que muriese su padre, quando no tenia mas de quince años de edad, dió muestras bastantes de su natural terrible, echando de sí algunos relámpagos, como hacen las nubes para convertirlos en rayos. Tenia un ingenio sutil y ambicioso,

con

(1) Antípatro se establece. (2) Política infeliz. (3) Principios de Herodes.

con tanto furor , que se deshacia perpetuamente por derramar sangre y matar gente ; y con efecto , él ensució su tierna edad dando la muerte á Ezechias , que tenia fama de Corsasio ; pero le hizo mil pedazos , junto con otros muchos Judios , sin conocimiento de causa , ni hacer pesquisa del caso , por lo que se sospechó que murieron sin culpa muchos de ellos. Las madres de los muertos por el mancebo Herodes , no salian del Templo , tristes y descabelladas , pidiendo justicia á Hyrcano , que no era mas que una estatua del reynado. No obstante , importunado de los gritos de las lastimadas mugeres , é instado de los principales del Reyno ordenó que Herodes pareciese en juicio. En esta ocasion fue quando este mancebo mostró muy bien la osadia de su ánimo , y la seguridad de su valor. Los otros reos venian á este Consejo de Judea vestidos de luto , pero él vino como si fuera á fiestas , ó á un teatro , asistido de muy florida gente , vestido de grana , enrizado y lleno de olores ; y fuera de esto , con las recomendaciones de los Romanos , que eran unos ruegos armados , en que mandaban á los Jueces le perdonasen sin mas averiguacion. El , no teniendo á la sazón mas de quince años , asombró de tal suerte con sola su vista á los Jueces y Abogados , que habiendo tantos que habian decretado terribles autos contra él , no se halló uno solo que osase hablar una palabra en su presencia. Uno de los Jueces llamado Sameas , hombre de mucha importancia , y mas animoso que los otros , comenzó á decir en altas voces al Rey Hyrcano que estaba presente (1): *No me admiro de que este mancebo venga en esta forma á este tribunal , que cada uno hace lo que puede por su seguridad. Pero , Señor , maravillo-me mucho de que vos y vuestro Consejo le permitan tal modo de proceder , porque parece no viene aquí á ser juzgado , sino á degollar los Jueces. Vos le quereis al presente librar por favor , pero algun dia os matará él por justicia.*

Y

(1) Libertad de un Juez.

Y en efecto, de todo este Senado no se escapó uno solo, que no muriese por orden de Herodes, quando llegó á tener el pleno dominio del Reyno, y solo quedó con vida aquel que habia hablado con tanta libertad. Cuentan de este Sameas, que como entre algunos hubiese despues quëstion sobre recibir á Herodes por Rey, los demas se opusieron firmemente; y él con toda claridad dixo, que daba su voto á Herodes; y como se admirasen de lo que decia, habló de esta suerte (1): *No teneis que admiraros, porque Dios irritado os quiere dar un Rey malo, y no ha hallado otro peor que Herodes; él es el azote que os envia para castigar vuestras infidelidades.* Viendo Hyrcano entonces á los Jueces animados por Sameas, mas inclinados á la balanza de la justicia que á la de la misericordia, le hizo secretamente retirar, porque le amaba tiernamente, y de esta suerte él mismo empolló en su pecho el huevo de la serpiente.

Herodes que no era menos sagaz que su padre, siguiendo sus exemplos y estratagemas, se unió inseparablemente con los Romanos, grangeandolos con todo género de servicios, y entreteniendo á Hyrcano para que le sirviese de sombra en todos sus designios. Parecia que el Reyno de Judea le miraba aun de muy lejos. Faseo, su hermano, como era mayor tenia la mejor parte. Aristobulo que ya vimos llevar á Roma, tenia aun dos hijos, el mayor se llamaba Alexandro, el otro Antígono, con quien Herodes para desembarazarse tuvo bien que hacer. El se deshizo de ambos á dos, porque el desdichado Alexandro, sucesor del infortunio de su padre Aristobulo, habiendose puesto en campaña con las tropas que pudo juntar en el desastre de su fortuna, fue oprimido por los Romanos en favor de Herodes (2). Antígono se escapó de la prision en que estaba en Roma con Aristobulo su padre, y dió bien que pensar á Herodes; porque habiendose amparado de los Partos, hizo tanto con promesas y esperanzas, que se de-

(1) Palabras graves. (2) Grande revolucion del Reyno de Judea.

terminaron á volver á ponerle en el trono Real; y con efecto, fueron con gente por mar y tierra, y tanto por fuerza como por ardid, depusieron de la corona á Hyrcano y á Faseo. No hizo poco Herodes en escaparse, y aunque era muy animoso, quedó de tal manera asombrado de esta invasion, que faltó muy poco para matarse él mismo. Hyrcano despues de maltratado y ajado indignamente por Antígono, su sobrino, y cortadas las orejas, quedó inhabil de tener jamas el Pontificado. Faseo, hermano de Herodes, rabioso de ver el trueque de su fortuna, se hizo él mismo pedazos la cabeza, dandose contra una peña.

Herodes que siempre se arrimaba á la fortuna de los Romanos, como la yedra al muro, viendo sus cosas en tal extremo imploró su favor, representó las violencias de Antígono, las hostilidades de los Partos, mostró los servicios de su padre Antipatro, prometió por su parte montes de oro; y tanto hizo, que consiguió aun mas de lo que esperaba, y fue declarado por Rey; y al mismo tiempo dado Antígono por enemigo del Pueblo Romano, como fugitivo y confederado con los Partos. Herodes le fue siguiendo con toda violencia, asistido de las fuerzas del Imperio Romano. El desdichado Antígono, despues de una larga resistencia, fue preso, y fue el primer Rey que por mandado de Marco Antonio experimentó el suplicio, indigno de su calidad, y no usado entre los Romanos, cortandole la cabeza sobre un cadahalso en la Ciudad de Antioquia, no por otra causa sino por haber defendido la herencia de sus padres. Pero Strabon dice, que Marco Antonio no hallaba otro medio para hacer reconocer á Herodes por Rey, viendo habia aun persona de la sangre Real capaz de tener el cetro, porque amaba mucho el pueblo á su Rey natural, y aborrecia el extraño.

Despues de tanta carniceria subió Herodes al trono (1) sin tener embarazo ninguno que le impidiese. No tenia  
con

(1) Entrada de Herodes en la corona.

con quien combatir sino contra un viejo, un niño y dos mugeres, que quedaban de la sangre ilustre de los Macabeos. Hyrcano era el viejo, que habia envejecido entre las espinas, y horribles sucesos de su Estado. Estaba aun cautivo en poder de los Partos, cuyo Rey, aunque bárbaro, tuvo tanta piedad de ver una mansedumbre tan grande, afligida y maltratada, que le dexó vivir dentro de Babilonia con toda libertad. Este pobre Príncipe que habia vivido toda su vida sin ambicion, sufria la mudanza de su fortuna con una grande igualdad de ánimo. Los Judios que habitaban en las tierras del Rey de los Partos, viendole cubierto de llagas, estropeado, pobre, abatido y despojado, le veneraban aun como á su Rey, con tanta honra y reverencia, que parecia habia hallado un Reyno en su cautiverio. Herodes, viendo que este hombre podia servir de sombra en caso de que algunos intentasen derribarle, por no tener sus cosas de todo punto asentadas y firmes, envió un Embaxador en posta al Rey de los Partos con grandes presentes, y letras muy melosas, en que le rogaba no le privase del mayor contento que podia tener en este mundo, que era dar lo que merecian á los que habian amparado á Hyrcano. Decia que le reconocia por su bienhechor, su protector y su padre; y pues que Dios habia sido servido de darle algun reposo en sus negocios, tendria por consuelo grande partir con él el cetro, las grandezas, y las conveniencias Reales con un amigo tan fiel, y tan digno de ser amado. El Rey de los Partos, que procuraba dar gusto á Herodes, viendole tan favorecido del Imperio Romano, de quien temia mas el poder, que honraba su virtud, dió licencia á Hyrcano para que se fuese donde mas le agradase. El consultó la materia con los principales de su nacion, los quales se lo disuadieron; pero la facilidad de su buen natural, que ordinariamente tomaba el cebo sin hacer reparo en el anzuelo, se rindió á las fingidas cortesías de Herodes, y se volvió derechamente á Jerusalem, donde fue reci-  
bi-



bido con grandes demonstraciones de amistad.

Veis aqui toda la familia Real en poder de este bárbaro. Hyrcano no tenia mas de una hija llamada Alexandra, muger que no se parecia nada en la condicion á su padre, por ser extremadamente altiva, y tenia por sumo trabajo morder el freno de la servidumbre. Tenia ella un hijo y una hija, el hijo se llamaba Aristobulo el mozo, y la hija Mariamne, que se casó con Herodes.

Era tenida Mariamne (1) por la mas hermosa Princesa del mundo, porque Gelio que se andaba informando de todas las bellezas para dar noticia de ellas á Marco Antonio, habiendo observado las mugeres mas hermosas, quando vió á Mariamne en Palestina, aseguró que todas las otras beldades eran de tierra en comparacion de esta, que parecia estar formada de los globos celestes. Este hombre no veia sino la corteza y estaba tan admirado, pero su hermosura no era nada en comparacion de las preciosas qualidades de su alma. Era nieta de aquellos grandes Macabeos, bien versada en la Ley de Dios, discreta, prudente, cortés y afa-ble, como otra Susana; mas sobre todo, animosa y paciente, que vivia en la Corte de Herodes, como Job en el muladar. Nunca se vieron la hermosura y la virtud mas sin favor. Esta Reyna, que podia ser apetecida de grandes Príncipes, y que podia ver á sus pies tantos amantes, vino á tener por marido á Herodes, que no tenia cosa de humano sino es la piel y la figura. Esto sí que fue juntar la oveja con el lobo, la paloma con el gabilan, y atar un cuerpo vivo boca con boca sobre un muerto, casando tal dama con un hombre tan monstruoso y horrendo. Pero él, viendose ya con el poder en sus manos, la solicitó apasionadamente, tanto por su extraña beldad, como por asegurar mas su Estado, considerando que uniendose con esta muger, nieta de tantos Reyes, encubriria la vileza de

SU

(1) Casase Mariamne con Herodes.

su casa, y grangearia mas crédito con los Judios.

Hircano, abuelo de Mariamne, y Alexandra su madre, viendo que Herodes estaba tan adelantado, y con el cetro en la mano, aunque por injusticia y tirania, midiendolo todo con su fortuna, y no con su persona, tuvieron por ventajoso este partido, pareciendoles que la muger le podria ablandar, y hacer que favoreciese mas á la casa Real. La generosa doncella veia muy bien que poniendola en poder de Herodes, era meterla en la boca del leon; mas por no contradecir á los que debia obedecer toda su vida, y por ajustarse á las leyes de la necesidad, metió el cuello debaxo del yugo, fortificando su real corazon contra todas las borrascas, que ya le parecia la estaban amenazando. Veisla ya casada; Herodes la ama, como hace el cazador á la caza, por su pasion y provecho, sin que el amor le haga perder un ápice de su ambicion y crueldad. Este perverso hombre (1), que tenia al Reyno como un lobo por las orejas, siempre rezeloso, aun en la seguridad de los negocios, no procuraba otra cosa sino deshacerse del todo de los que ya habia despojado, sin que el respeto de esta Reyna pudiese adular su salvage condicion. Mostró claramente el poco afecto que tenia á la patria, despues de haber salido con la suya, pues tratando de subrogar un Sumo Sacerdote en lugar de Hircano, que tenia las orejas cortadas, y quedando tan feo habia forzosamente incurrido en la irregularidad ordenada por la ley, que le privaba de llegarse á los altares con tan grande fealdad; y teniendo Herodes todos los dias en su Palacio á Aristobulo el mozo (2), hijo de Alexandra, y hermano único de su muger, Príncipe cabal en todas sus cosas, y que todos le destinaban para la Tiara, y sin hacer caso de él, se fue á buscar de la otra parte del Eufrates en la Ciudad de Babilonia un Judio no conocido, llama-

(1) Herodes abate la casa Real.      mano de Mariamne, apartado del Pontificado.

(2) Aristobulo el mozo, her-

mado Ananél, y lo hizo Gran Pontífice. Esta fue una pílora que Alexandra, madre de Aristobulo y Mariamne, no pudieron tragar por mucho que la acibararon, viéndose un manifiesto agravio que se hacia á su casa, pues su hijo, despues de tantas obligaciones quedaba desposeido de una honra, á que la sangre, la naturaleza, y el consentimiento de todos le llamaban, por darsela á un hombre vil. En efecto, no pudiendo sufrirlo, comenzó á dar voces mas altas de lo que permitian las circunstancias del tiempo, y la malicia de Herodes.

Mariamne, perseverando siempre en la tranquilidad de su noble espíritu, fue á hablar al Rey con su natural suavidad, y le dixo (1): *Que él era el arrimo de su casa que estaba tan desmembrada, y á la sazón en tal estado, que no habia para qué pretender los cetros, sino solamente salir de este mundo con honra: que quando el diera la Mitra á Aristobulo, seria hacer una hechura de quien no podia temer nada, y mas estando su cetro tan de pie firme, y pudiendo esperar qualquiera suceso, teniendo en su poder la mocedad de este Príncipe como una blanda cera: que haciendo esto reynaria en los corazones, como reynaba en las Provincias, viendole ser padre y protector de un nieto de Hyrcano, cuya virtud siempre habia venerado. Y ultimamente, que la honra que ella tenia por su compañía no le parecia era cumplida, viendo á los suyos apartados de los puestos en que los podia acomodar sin perjuicio de su autoridad.*

Herodes se dexó vencer de los atractivos agasajos de Mariamne, y despues de haber consultado la materia en su Consejo, se resolvió á dar el Pontificado á Aristobulo el mozo su cuñado (2), pero lo hizo así sin gran ceremonia. Juntó sus amigos en una sala de su palacio, y despues llamando á Alexandra, hizo en presencia de todos una arenga que llevaba estudiada, quejandose de ella, y diciendo que tenia un espíritu terrible, alborotado, é inclinado á revolver los negocios,

pro-

(1) Prudencia de Mariamne. (2) Aristobulo el mozo es hecho Pontífice.

procurando quitarle una corona que el cielo le habia permitido comprar á costa de tantos trabajos y sudores, por ponerla en manos de un niño, en perjuicio de la Reyna su hija; pero que no obstante, olvidando todas las injurias, no podia olvidar su natural obligacion, que era de hacer bien á los mismos que le querian mal; y en confirmacion de esto, daba el Pontificado á su hijo, no habiendo sido nunca otro su deseo, porque la subrogacion de Ananél se habia hecho en consideracion de la tierna edad del niño, mientras llegaba á competentes años.

Esta ambiciosa madre (1), no solo segun el sexô, sino mucho mas allá de él, viendo la oferta del Pontificado, se transportó de un gozo tan grande, que viniendole las lágrimas á los ojos, confesó luego al punto claramente á Herodes: *Que ella habia hecho todos los esfuerzos posibles por retener la Tiara dentro de la Casa Real, pareciendole era cosa muy indigna que estuviese fuera de ella. Pero en quanto al Reyno, que nunca tal habia intentado, y que sus deseos estarian siempre muy lejos de tal imaginacion. Que quando Dios fuese servido de sacarla de este mundo moriria contenta, dexando á su hijo gran Pontífice, y á su hija Reyna. En lo demas, que si habia excedido en algunas palabras, tenia la excusa como madre apasionada por un hijo que merecia ser amado; y como suegra de un Rey, á quien el parentesco permite algo mas de libertad; y tambien como hija de Rey, á quien la servidumbre es un amargo bocado, y su estómago incapaz de digerirle; pero de allí adelante, pues la trataba con tanta amistad no daria lugar á que se quejase de su inobediencia.* Con esto se dieron las manos, y pareció quedaba firme la reconciliacion.

¡Pero ay Dios, que las amistades del mundo son muy semejantes á sus felicidades! Si sus amistades son engañosas, sus felicidades están atadas á un cable podrido, ó fundadas sobre la inconstante arena. La pobre

(1) Madre ambiciosa.

bre madre se alegró por un pequeño resquicio de su ambicion, y no conocia que su hijo á la verdad no iba á ser gran Pontífice, sino víctima de la crueldad de Herodes. La prudente Mariamne, que estaba bien enseñada á tener la prosperidad por sospechosa, no permitia á su corazon regocijarse tanto, que no tuviese siempre sus sobresaltos de los reveses de la fortuna.

Habiendo llegado la fiesta de los Tabernáculos, tan celebrada de los Hebreos, Ananél despues de haber servido de farsante, fue afrentosamente desposeido, y Aristobulo comenzó á exercer su cargo (1). Tenia por entonces no mas de diez y siete años, pero tenia un bizarro talle, alto, y derecho como una palma, hermoso como un lucero, y se parecia mucho á su hermana. Quando el pueblo le vió vestido de Pontifical, lleno de magestad, ir derecho al altar, y hacer los oficios con tanta gravedad, le parecia era un nuevo Sol que salia de entre las nubes, y venia á alumbrar el mundo, que ántes estaba cubierto de tinieblas. Todos los corazones de los pobres Hebreos, que tanto habian gemido en las guerras civiles, se alegraban, como las rosas con los favorables aspectos de este jóven Pontífice. Su buena gracia natural mezclada con la magestad de sus adornos, despedia de sí un increíble esplendor que deslumbraba los ojos de todos. Los unos le miraban fixamente, y quedaban como estatuas, derramando lágrimas, con que testificaban que sus ojos no eran de mármol. Los otros le hablaban con una infinidad de testimonios mudos de una voluntad no muda. Otros publicaban lo que sentia su corazon con sus bocas, no pudiendo detener las aclamaciones algo mas libres para entonces, pero dignas de perdon por sus afectos. Acordábanse del valor de los insignes Macabeos, que les habian saçado de la idolatría. Sabian como el pobre Hyrcano no era mas que una sombra que servia á sus funerales. Tenian la memoria aun fresca del abuelo de

es-

(1) Entrada de Aristobulo en el Pontificado.

este jóven Pontífice, Aristobulo el viejo, que habia sido llevado, aherrojado y atado como un galeote. No ignoraban como Alexandro su padre, y Antigono su tio, habian perdido la vida por oponerse á la dominacion de un extraño. Este Príncipe solo se habia escapado de tantos naufragios, y les parecia que en su mocedad estaban y brotaban todas las esperanzas de la patria. Y como es facil el creer á quien ama, se persuadian que Herodes, que habia pedido al principio el Reyno en nombre de Aristobulo el mozo, vendria á dexar la presa cediendo á la justicia; y por esta causa le hacian los aplausos con algo de mas libertad; pero la simple gente hacian muy mal su cuenta.

Herodes (1), habiendo visto lo que el pueblo hacia, echó de ver luego al punto, que hablando segun sus máximas, no lo habia acertado como debiera; y despues hallandose con un furioso rezelo, hizo espíar al Pontífice, á su madre y á su muger, con tanto cuidado, que ni dentro ni fuera de palacio podian mover un dedo sin que Herodes lo supiese. La prudente Mariamne en medio de estas sospechas vivia siempre con respeto, suavizando por una y otra parte la materia, en quanto lo permitian los negocios. Pero su madre Alexandra, picada terriblemente de verse rodeada de tantas espías, y mas teniendo condicion de portarse con libertad Real, se determinó á romper los hierros de aquella hermosa esclavitud, ó tender la garganta al cuchillo de Herodes, si su desdicha la traia á ese extremo de calamidad. ¿Qué hizo, pues? Cleopatra (2), aquella Reyna que habia llenado el mundo de la fama de sus maravillas, estaba á la sazón en Egypto, y aborrecia naturalmente á Herodes, tanto por su bárbara condicion, como por los intereses de su persona; porque tenia ella muy buenas noticias que habia concurrido en su negocio, y habia aconsejado á Marco Antonio que la dexase y quitase la vida. Este tirano estaba tan acos-

tum-

(1) Malicia de Herodes. (2) Alexandra se queja á Cleopatra.

tumbrado á decir *mata mata*, que con facilidad aconsejaba á los otros que se sirviesen de la misma medicina que él usaba en sus achaques mismos. Es cosa extraña, que Cleopatra pasando un dia por Judea tomó resolución de matarle, pensando hacerle un gran agasajo á Marco Antonio por este medio. Pero sus confidentes se lo disuadieron, diciendo que era grande atrevimiento, y que podia ocasionar para siempre su ruina. No obstante, el deseo nunca se le quitó, y Cleopatra tenia razon de aborrecer á Herodes, lo qual dió ánimo á la desdichada Alexandra para escribirla de esta manera:

*Carta de Alexandra á Cleopatra.*

*Señora: Despues que Dios os ha hecho nacer Reyna la mas aventajada en todas perfecciones, es razon que vuestra grandeza sirva de sagrado á los inocentes, y de altar á los miserables. La pobre Alexandra, que tiene mucha inocencia sin apoyo, y muchas miserias sin consuelo, se pone en los brazos de vuestra Magestad, no para que la dé una corona, sino para que la asegure la vida, y la de su hijo, que es el depósito mas precioso que le queda de los dones del cielo. Vuestra Magestad sabe muy bien como habiendome hecho la fortuna hija de Rey y madre de Rey, Herodes me ha reducido á estado de esclava. No quisiera publicar mi sufrimiento, ántes lo quisiera disimular; pero todo lo que un forzado puede padecer en una galera, padezco yo en un Reyno por la violencia de un yerno, que habiendo quitado la diadema á los nuestros, les quiere tambien quitar la vida. Estamos todos los dias rodeados de espías, cuchillos y aprehensiones de la muerte, que menos mal nos hiciera si viniera mas presto. Tened el brazo favorable sobre los afligidos, y dadnos algun rinconcillo en vuestro Reyno, mientras que pasa la tempestad, y veamos descubrir alguna vislumbre de esperanza en nuestros negocios. La gloria de hacerlo así os quedará, y á nosotros un perpetuo reconocimiento.*

Habiendo recibido Cleopatra estas letras, respondió

dió luego al punto , convidandola á que quanto ántes se fuese á Egypto con su hijo , certificandola seria para ella mucha gloria el poder servir de asilo y refugio , á las aflicciones de una tal Princesa. Resuélvese (1), pues , ella á partirse , pero el ponerlo por obra era muy dificultoso. La pobre ya no sabe como escaparse de este argos que tiene tantos ojos. Al fin , como el espíritu de las mugeres es agudo , principalmente en sus propios intereses , sin comunicarlo con persona ninguna , ni aun con su hija Mariamne , temiendo que su natural tan benigno no la aconsejase que perseverase siempre en los términos de la paciencia , y no intentase caminos tan peligrosos : ella , digo , disponiendo solamente la materia consigo misma , hizo prevenir dos atahudes , por mal agujero , para meterse dentro ella y su hijo , pareciendole que de esta suerte podría burlar la diligencia de las guardas , y hacerse llevar hasta el mar , donde la aguardaba un baxel , y salvar de esta manera la vida dentro del dominio de la muerte ; pero por desdicha , uno de sus criados llamado Eso-po , que era de los que habian de llevar las dichas cajas , yendo á visitar á uno llamado Sabion , amigo de la casa de Alexandra , se dexó decir no sé qué palabras del designio de su señora , pareciendole hablaba con quien sabia todo el secreto. El pérfido Sabion apenas hubo entendido lo que el otro le habia dicho , quando se lo fue á decir todo á Herodes , juzgando era muy buen expediente para alcanzar la reconciliacion , porque habia mucho tiempo que le tenia por sospechoso y de la faccion de Alexandra. Herodes , habiendo recibido este aviso puso mas espías y centinelas. La pobre señora fue cogida con su hijo dentro del atahud , y sacada como del sepulcro de los muertos , para tornar á la vida afrentada ; y indignada de no haber salido con su empresa , pareciendole que habiendo errado el tiro corria mucho riesgo su vida. No obstante,

He-

(1) Resolucion de Alexandra.



Herodes, ó ya porque temiese del gran poder de Cleopatra, ó porque no quiso espantar á Alexandra, para oprimirla con mas facilidad usó de su ordinaria disimulacion, tan natural en él, y no la habló palabra ninguna, aunque bien se conoció que se iban juntando las nubes para hacer una gran tempestad de truenos y borrascas.

El malvado despues de haber hecho tantas muertes con el horror y estruendo de las armas, quiso hacer una sin ruido. Un dia de verano (1), habiendo comido con la desdichada Alexandra, fingiendo haber sepultado en un profundo olvido todo lo que habia pasado, dixo queria entretenerse, y entrar él mismo en el juego, y convidó al Pontífice Aristobulo su cuñado para que jugase á la loca, ú otro entretenimiento semejante. Hizose el partido, la emulacion se calienta, el Príncipe jóven que estaba caluroso comenzó á sudar y hacerse todo agua, como tambien otros muchos señores y caballeros. Fueron luego todos corriendo á la ribera que estaba cerca de esta casa de placer. Herodes que sabia la costumbre de Aristobulo, y preveia que no dexaria de entrar en los baños para refrescarse, sobornó á unos hombres viles, que con color de burlas diesen orden de ahogarle. Todo sucedió como el traidor lo habia permitido. Aristobulo viendo á los otros dentro del agua, se desnudó para hacerles compañía. Andaba nadando, jugando y esgrimiendo en este elemento, siempre dañoso, aunque menos desleal que Herodes. La pobre víctima andaba jugando, sin saber la desgracia que le aguardaba; mas los exêcrables verdugos lo sabian bien, porque estaban muy á la mira para hacer su tiro en medio del funesto juego; al cabo ellos ahogaron al pobre Pontífice á los diez y ocho años de su edad, y primero de su Pontificado. Aquel hermoso sol que se habia criado con tantos esplendores y aplausos, tuvo su ocaso en las aguas, quedando puesto para nunca mas salir.

Es-

(1) Muerte lastimosa de Aristobulo el mozo.

Esperanzas humanas, ¿qué haceis? (1) Verdaderas en sueños, sin sueño, fantasmas del viento, voladoras luces, que no resplandeceis sino para apagaros, y en extinguándoos privarnos de la luz, dexandonos el mal olor y el disgusto de haberos perdido. Este Príncipe tan bizarro, que parece que la naturaleza le habia formado para objeto de los pensamientos, amor de los corazones, y admiracion de los espíritus. Este Príncipe, en quien se habia recogido toda la gloria de la Real casa de los Macabeos. Este Príncipe, que debia unir la mitra con la diadema, y avivar todas las esperanzas de una familia perdida, veisle ya por una traicion inaudita ahogado en las aguas, en medio de su belleza é inocencia, que hacian este accidente tanto mas lastimoso, quanto ya no tenia remedio.

Con esta nueva toda la Ciudad de Jerusalem se puso en tan gran confusion (2), como si volviendo de la otra vida Nabucodonosor estuviera á sus puertas. Por todas partes no habia sino lágrimas, gemidos, horrores, ahullidos é imágenes de la muerte. Dixerais que en cada casa se habia muerto el primogénito, como en otro tiempo sucedió en Egypto. Mas sobre todo, Alexandra, su lastimada madre, estaba afligida con inconsolable dolor; unas veces lloraba, echándose sobre el cuerpo de su hijo, y buscaba en sus eclipsados ojos y en sus muertos labios, si le habia quedado alguna vida. Otras veces revolvía por una y otra parte los ojos, como una furiosa Sacerdotisa de Baco, pidiendo cuchillos, fuego, cuerdas y precipicios, para acabar con su vida. La llorosa Mariamne, aunque pacientísima, trabajaba mucho en resistir tan incomparable dolor. Amaba entrañablemente á su hermano, como su verdadero retrato, depositario de su corazon, y la esperanza de su casa, á quien veia acabado; y aunque la buena señora estaba por sí muy lastimada, sentia tambien el dolor de su madre, quedando junto al cuerpo de su

(1) Vanidad desdichada del mundo. (2) Sentimientos por su muerte.

su hermano como sombra de la muerte misma; despues tornandose á Dios le decia con amoroso corazon: *Dios mio, ya me veo en estado que no tengo miedo á cosa alguna, sino á vuestra justicia, ni que esperar sino vuestra misericordia: aquel por quien temia, y esperaba todo lo que se puede temer y esperar en la revolucion de las cosas de este mundo, me lo han robado por un secreto juicio de vuestra Providencia, á quien siempre adorará mi voluntad, aunque no la penetra la flaqueza de mis pensamientos. Si en medio de tantas amarguras gustaba aun algunas dulzuras del mundo en la presencia de este dulce objeto que me habeis quitado, ya estoy desamparada, ya de aquí adelante no hallaré sino amargura y congoja, para que renunciando los consejos de la tierra, procure gustar las que son propias de vuestros hijos. Mirad como las almas buenas sacan miel de las piedras, y hacen de sus lagrimas mérito. Los impacientes como Alexandra, se atormentan sin consuelo, se angustian sin remedio, y alguna vez se desesperan sin remision.*

¿Qué diremos nosotros? El mismo Herodes (1) en este conflicto de dolores quiso tambien tener su parte; mostró en lo exterior con una fingida hipocresía, todas las señales de un verdadero sentimiento. Maldecia el juego, quejabase de la fortuna, lamentabase de que el cielo le habia siniestramente enviado un objeto, en quien deseaba se viese patente todo el amor y respeto que tenia á la casa Real, en cuyo bien tenia su parte. Fue á visitar á la Reyna, y á su madre con muchas ceremonias, y quando las vió llorosas al rededor del cuerpo, le vinieron las lágrimas á los ojos, ó porque las tenia prontas á su mandado para hacer mejor su papel, ó porque á la verdad tuvo en aquella sazón algun sentimiento de dolor, contemplando por una parte esta florecilla tan cruelmente cortada con la hoz de la muerte, y tan divinas bellezas que tenian por límite y horizonte el punto de su nacimiento; y por otra parte

con-

(1) Hipocresía grande de Herodes.

considerando á las pobres Reynas zozobrar en un pie-  
lago de tristezas, lo qual era bastante para sacar lágrimas de una peña. Este traidor tenia con todo eso algo de humano, y yo creeré que la naturaleza habria con violencia sacado estas lágrimas á su bárbara crueldad. Con todo eso fingia el sentimiento con generosa consistencia, y volviendose á las damas les dixo: *Que él no habia venido para enxugar tan presto sus lágrimas, pues habia tanta razon para derramarlas, que harto tenia que hacer en mandar á las suyas, y dexar obrar á la naturaleza segun su voluntad, que el tiempo haria su oficio, y mitigaria los dolores; y él haria por la memoria del muerto todo lo que un hijo único se pudiese esperar de un padre apasionado, y de un poderoso Rey; y que de allí adelante él seria verdadero hijo de Alexandra, verdadero marido, y verdadero hermano de Mariamne, pues que Dios habia querido redoblar sus obligaciones por la pérdida que tenian.*

¡Qué fuerte tirano es el apetito de la venganza! (1) Alexandra que se juzgaba habia de rebentar injurias y malas palabras, por saber bien que Herodes con cierta señá que hizo, era el autor de esta muerte, disimuló en gran manera, sin dar á entender al Rey que habia concebido alguna sospecha de él; y esto lo hacia por las esperanzas que tenia de vengarse en tiempo y lugar. Retiróse Herodes pareciendole habia jugado bien el lance, sin que hubiese sospecha alguna de su delito, pues que Alexandra no habia hablado palabra, quando tenia de costumbre quejarse por ocasiones de mucho menos entidad. Por darle, pues, el postrer lenitivo hizo celebrar los funerales del difunto con tan grande pompa y grandeza que no se podia mas desear, asi en lo ordenado del entierro, como en los muchos olores con que el cuerpo fue embalsamado, y las grandes riquezas del sepulcro. Los no maliciosos juzgaban que todo esto procedia de un verdadero y sincero afecto; pero los entendidos decian que eran lágrimas de cocodrilo; por-

(1) Tirania de la venganza.

porque Herodes no podía estar triste por esta muerte, pues le quitaba la paja del ojo, y le ponía en la plena posesion del Reyno de Judea. Alexandra (1), juntando la pasion de su dolor con la de la venganza, concluidas las exêquias, dió cuenta á la Reyna Cleopatra de todo lo que habia pasado en una carta, tan apasionada, que cada palabra parecia iba empapada en lágrimas de sangre. Cleopatra, que por si misma estaba bien dispuesta, se encendió luego al punto, y tomó por suyo este agravio. Comenzó á publicar en la Corte esta maldad, echando centellas, y continuamente batiendo las orejas de Marco Antonio, dando voces y diciendo, que era cosa insufrible que un extraño tuviese una corona que no le tocaba por parte ninguna, y matase al heredero con tan bárbara crueldad, atormentando en la servidumbre á las pobres Reynas contra toda razon y derecho de su nacimiento. Antonio, cierto de que Herodes era su hechura, y obra de sus manos, escuchaba de mala gana estas quejas. No obstante, por dar gusto á Cleopatra, hizo un gran juramento de exâminar la causa, enviando á llamar á Herodes, y que hallandole culpado en tan bárbara alevosía, haria en su persona un exemplar castigo. Fue citado, pues, Herodes á Laodicea, donde Marco Antonio tenia entonces su asiento, para que pareciese personalmente, y diese descargo de la muerte de Aristobulo que se le atribuia. Quedó atónito este traidor con este golpe quando menos lo pensaba, y comenzó á tener grandísimo miedo (2).

Por una parte tenia delante de los ojos la representacion de su delito, y la voz de la sangre le estaba dando voces en los oidos. Por otra veia que toda su fortuna dependia de Marco Antonio, y que no se gobernaba sino por el consejo de Cleopatra, su enemiga mortal, y sabia él muy bien los deseos que tenia ella del Reyno de Judea por sus conveniencias. Pero nin-

(1) Herodes acusado. (2) Miedo de Herodes.

ninguna cosa le atormentaba mas que los furiosos zelos, porque él se imaginaba que Antonio, Principe lascivo, que andaba galanteando á todas las Reynas hermosas, queria bien á su muger, de quien le habian llevado un retrato; y así por gozarla con mas facilidad le haria servir de víctima á sus funestos amores. Estaba su corazon por todas partes atormentado, y no veia cosa que no le sirviese de asombro y horror. Unas veces le parecia era mejor tomar un destierro voluntario, otras que era mas bien matarse, otras que no seria malo hacer resistencia; pero ninguna cosa juzgaba por mejor, que el dilatar y entretener el negocio todo lo posible. Antonio, por verse apretado del viage que emprendia para ir á hacer la guerra á los Partos, le mandó fuese luego al punto, porque las largas y escapatórias le hacian mas sospechoso. Fuele, pues, forzoso el marchar, ó resolverse á perderlo todo. Despidióse de su suegra Alexandra, y de su muger, sin darse por sentido, ni quejarse, ni dar muestras de sentimiento, como si fuera con mucho gusto suyo á hacer una jornada de pocos dias. Pero él tenia aun á su propia madre en la Corte, y á su hermana Salomé, á las quales encomendó mucho estuviesen muy alerta, y velasen sobre el modo de portarse, la que juzgaba le habia urdido esta trama; y despues llamando á parte á su tio Josef, le dixo estas palabras: *Tio mio, ya sabeis el negocio que me lleva á Laodicea, que hablando claro, es un poco espinoso, viendo mi inocencia combatida de poderosas demandas, que fueran mas de temer si tuvieran mas afecto que pasion; pero tengo esperanza de escapar de la borrasca, y que me volvereis á ver triunfando de la calumnia con mi entereza, como he triunfado de las hostilidades con las armas. Mas si Dios lo dispusiere de otra manera, el mal que me sucediere, será por la hermosura de mi muger, de quien puede ser esté enamorado Marco Antonio, y puede ocasionar el fin de mis dias, para dar mas libertad á su pasion (1).*

Lo

(1) Terribles zelos.

Lo que ahora os pido, por el respeto que siempre os he tenido, por mi fortuna, á quien vos venerais, por la sangre y por la naturaleza, que si acaso llegare á vuestra noticia que me tratan no como merece mi calidad y mi inocencia, no permitais que á la muerte de Herodes siga el agravio de su lecho; guardad el Reyno para vos y vuestro linage, y dad luego la muerte á mi muger para que me tenga compañía en la otra vida; y matadla animosamente, porque ninguno la goce despues de mi muerte. Si las almas de los muertos tienen algun cuidado de las cosas de este mundo, esto me servirá de consuelo.

Admiróse Josef de esta resolucíon, y no obstante le dió palabra de hacer lo que decia, en caso que la necesidad lo requiriese; pero que su fortuna siempre poderosa y siempre invencible, le podia dar muy buenas esperanzas. Despues de esto se puso en camino, llevando consigo lo mejor de sus tesoros para hacer presentes á quien fuese necesario, mostrando en lo demas tanta seguridad en su semblante, como tenia poca confianza en su corazon.

Llegando á Laodicea (1) halló terribles informaciones contra él, que le cargaban bravamente la muerte de Aristobulo. Habian informado á Marco Antonio que Herodes habia siempre tenido deseo del cetro de Judea con una ambicion turiosa y cruel. Que ninguna cosa le habia tenido mas en desconfianza sino la vida de Aristobulo, á quien en conciencia sabia le tocaba tan derechamente la corona, que él mismo no habia osado pedirla á los Romanos, sino es con titulo de Regencia, por ocasion de la menor edad del verdadero heredero, hasta que tuviese la edad necesaria. Que esta Regencia la habia lo primero convertido en dominio, y despues en tirania, apartando todo lo posible de las dignidades á los de la sangre Real, por poner en ellas personas de poca estofa, como se habia visto en Ananél, á quien habia subrogado el Pontificado que se le ha-

(1) Admirable proceso contra Herodes.

habia quitado á Hyrcano; y que si despues hizo mudanza no fue por buena voluntad sino por verse importunado, y temer el riesgo evidente de que el pueblo se levantase y hubiese algun alboroto en la casa Real. Que habiendo subido Aristobulo al Pontificado, y recibido esta dignidad con todos los aplausos del pueblo, dió muestras de que le parecian mal aquellas demostraciones, sin poder encubrir bastantemente su rabiosa envidia con la máscara ordinaria de su hipocresía. Que yendo pasando el tiempo, no habia cesado de perseguir al difunto y á su madre de tal manera, que no hallando alivio entre los vivos, se habian metido en las tumbas de los muertos para que los llevasen hasta el mar, y de alli pasar á Egipto. Que él los habia mandado coger sobre el caso, y despues habia siempre buscado ocasion para deshacerse de ellos. Que el jóven Príncipe habia muerto en el agua, no solo y desamparado, sino ahogado claramente por unos infames mozos de la casa y faccion de Herodes.

Todo este proceso, decian, estaba tan claro, que aunque se hubiese escrito con un rayo del Sol, no se pudiera desear mas claridad. La voz de la sangre daba voces al cielo, y el alevoso no podia ahogarla. Representabase la imágen de este pobre Príncipe, que poco ántes de su muerte habia estado en Egipto con singular admiracion de su hermosura. Su sombra estaba hablando y pidiendo justicia á Marco Antonio, por haber sido tan indignamente muerto en la flor de sus años con la mas enorme traicion que nunca ha sucedido. Cleopatra ayudaba la materia; la pelea estaba muy encendida, y la bateria era muy poderosa. Herodes, á quien no le faltaba eloqüencia para su negocio, habló con una muy modesta y muy humilde constancia de esta manera (1):

*Príncipe y señores que asistis en este tribunal, yo no tengo el cetro de Judea, ni de Hyrcano, ni de Alexandra,*  
ni

(1) Apologia de Herodes llena de artificio.



ni nunca he tenido deseo de adularles por ello, ni menos temerlos. Bien sabeis vos, ó ilustrísimo Antonio, que el Reyno que tengo en mi poder, le tengo solo por vos, de vos nace toda mi grandeza, y en vos se terminan todas mis esperanzas: si es vuestro gusto el dia de hoy estoy pronto, no solo para dexar el cetro, sino tambien la vida, que nunca he deseado conservarla sino es para serviros. Pero dame pesadumbre que estando abierto para todos el camino de la muerte, el de la reputacion, que quiero mas que la vida, esté cerrado á mi inocencia. Yo me hallo perseguido de mugeres, y me admiro de que el corazon de la Reyna Cleopatra, toda celestial, pueda sustentarse tanta cólera contra un Rey que nunca ha faltado al respeto legitimamente debido á sus méritos. De Alexandra no me espanto que levante esta tempestad contra mí, porque su espíritu terrible y altivo siempre ha combatido mi paciencia, procurando por todos caminos desacreditar mi gobierno, para quitarme una corona que la mano mas poderosa que la de sus padres me ha puesto sobre la cabeza. ¿Cómo puede ser que siendo yo pacífico poseedor de un Reyno, que por confesion propia de mis contrarios, nunca pedí (por no alargarse á tanto mi ambicion) me determinase á cometer una tan terrible alevosia, que solo puede caber en el alma de un bárbaro? Nadie quiere ser malo por solo gusto; la imágen de la recompensa que se le pone á la vista, lleva siempre consigo la antorcha delante del delito. ¿A qué propósito habia de intentar yo quitar la vida á Aristobulo? ¿Era acaso para establecer mas mis negocios? Ya estaban todos muy firmes. Vuestro favor, ó ilustrísimo Antonio, me habia dado mas que todos los ardides supieran conquistar. Dicen que he apartado siempre de las dignidades á la casa Real: no viene bien eso con haberlos metido á todos dentro de mi pecho quanto me ha sido posible. Todos saben que á Hyrcano, cabeza de esta Real Familia, estando prisionero en tierras de los Partos hice toda diligencia, é interpuse toda mi autoridad por ponerle en libertad y hacerle volver á la Corte, donde al presente vive con mucha paz y quietud, gozando de todas las prerrogativas de Rey, menos el cuidado

de los negocios. Bien se sabe que he partido mi corona y mi lecho con su nieta Mariamne, haciendola Reyna y muger del Rey. Di el Pontificado á su hermano Aristobulo de mi espontanea y franca libertad, sin tener para ello fuerza alguna ni miedo, por estar absoluto en el manejo de todo, y si lo dilaté fue por la menor edad del niño; y en efecto, le vieron Pontífice de edad de diez y ocho años, que es favor bien extraordinario. Alexandra su madre, que es quien alborota todo esto, ha tenido siempre entera libertad en mi Corte, menos la del perderse, que es lo que mas apetece. Porque ¿qué quiere decir encerrarse en un atabud, y hacerse llevar de noche como un cuerpo muerto para huir de mi Corte, y despues de haberme ultrajado en mi casa ir á desacreditarme en las extrañas? Si deseaba ir á Egypto, con sola una palabra que dixese bastaba, mas ella se fingia un falso peligro estando en verdadera seguridad, queriendo arriesgar la vida de los que la dexan vivir tan segura. Teniendo yo noticia de este hecho aun no la dixe una palabra descortés, para que reconociese la suavidad de mi paciencia, pareciendome que barto castigo tiene la locura en su propia conciencia. De allí á algun tiempo sucedió la muerte del jóven Príncipe, que lloré amargamente, porque le amaba, si bien no podia sufrir que su madre alterase la dulzura de su natural, é inquietase á un jóven quieto. El murió, no en mi poder, sino en la casa de su madre; murió de un accidente que nadie podia prevenir; murió nadando en el agua, que es un elemento traidor, en que tanta infinidad de gente ha muerto sin pensar. Murió entre los mozos de la Corte, con quien cada dia tenia sus entretenimientos. Por su gusto se metió en el agua, su mismo orgullo le metió en el peligro sin que nadie pudiera estorvarlo, y su desdicha le abogó. Es agravio grande el que se me hace, si Alexandra me quiere pedir cuenta de las mocedades de su hijo, como si yo fuese su ayo, y de la fragil inconstancia de los elementos, como si los tuviera debaxo de mi dominio.

Este pernicioso espíritu decia esto con tanta gracia y probabilidad, que se llevaba tras sí los corazones:

¡ tanta fuerza tiene la elocuencia aun en la boca de la iniquidad! Veisle aquí casi de golpe fuera del peligro, quedandose en la Corte de Marco Antonio con toda libertad, diligenciando su justificación. En este medio, como él era cumplido y liberal en las ocasiones, á fuerza de presentes fue engañando los corazones de los principales, é hizo parecer toda la acusacion de Cleopatra una cólera de muger mal informada. El mismo Marco Antonio decia que ella no habia andado bien en meterse en Reynos extraños, y que haciendo esto iria teniendo enemigos perjudiciales á su Estado. Que siendo Rey Herodes, no era razon tratarle como subdito, siendo mejor tenerle por amigo que por enemigo.

Como todos sus negocios se trataban en la Corte de Antonio, la Reyna Mariamne y su madre Alexandra, estaban siempre espiadas de las importunas diligencias de la madre y hermana de Herodes; Josef, su tío, hacia de Alcayde, y visitaba muy á menudo á la Reyna Mariamne, unas veces por comunicar algun negocio, y otras por cumplimiento. Este hombre comenzaba á abrasarse como una mariposa, en los ojos de esta incomparable beldad, y le estaba muy aficionado, aunque se veia muy lejos de toda esperanza de pretension. No obstante, tenia alguna complacencia de haber puesto su aficion en tan alto lugar. Esta pasion le hacia terrible, necio y grande hablador, siendo tambien por su natural harto grosero, lo qual le hizo prorumpir en una terrible necedad. Porque un dia hablando del amor que Herodes tenia á Mariamne su muger, Alexandra su madre, se burlaba haciendo mofa, y se mostraba algo picada, segun su costumbre. Josef, que queria entretener á la Reyna con las buenas gracias de su señor, ó fue por ser falto de entendimiento, ó embriagado de su pasion, dixo á voces: *Señora, vuestra madre Alexandra podrá decir lo que gustare; pero para que sepais una muestra muy evidente del amor que os tiene el Rey Herodes vuestro marido, habeis de saber que me dexó encargado que en caso que él muriese, os*

matase yo, porque no podia vivir en el otro mundo sin vos. Oyendo esto las pobres señoras quedaron asombradas. ¡*Ab infame!* decia entre sí Alexandra, ¿Qué hará vivo, si muerto pretende matar á los que quedan con vida? En este tiempo corrió la voz en Jerusalem de que Herodes habia muerto, y que Marco Antonio le habia castigado por haberle convencido en la muerte de Aristobulo, ó ya fuese porque los enemigos de Herodes sembrasen estas voces, ó porque él mismo mandó que se publicasen, para probar la condicion é inclinaciones de todos. La Prudente Mariamne no daba crédito á nada. Alexandra estaba apasionada, y revoloteando como un páxaro en la percha, rogaba á Josef con grandes súplicas las sacase de palacio, y las llevase al cuerpo de guardia de la gente de Roma, entregandolas en poder del Coronel Julio, para desde allí irse con Marco Antonio, porque deseaba entrañablemente que este Príncipe viese á su hija, teniendo por cierto que apénas la habria visto, quando quedaria preso de sus ojos y haria todas las cosas en su favor.

Siendo esta intencion tan deprabada, no tuvo el suceso pretendido, y todas las diligencias de Alexandra no aprovecharon mas que para desahogar su pasion. En efecto, Herodes volvió victorioso (1), con testimonios auténticos de su justificacion y de la amistad de Antonio, no obstante los esfuerzos de Cleopatra, reservando Dios á este parricida para una vida de Cain, á quien siguió una muerte muy horrorosa.

Su madre y su hermana comenzaron luego al punto á sembrar cizaña, diciendole los deseos que tenia Alexandra de ponerse en manos de los Romanos. Salomé teniendo una rabiosa envidia contra Mariamne, empapando su serpentina lengua con la hiel de pernicioso murmuracion, la acusó de algunas secretas familiaridades con Josef, por lo que Herodes, que era su-

ma-

(1) Vuelve Herodes victorioso.

mamente zeloso, estuvo á pique de perder el juicio, y llamando aparte á Mariamne, la preguntó de donde procedia la amistad que habia llevado con Josef. La castisima Reyna, á quien nunca faltó la paciencia, se mostró en los ojos, semblante, acciones y palabras, tan sentida de esta calunnia inaudita, que el infiel reconoció facilmente quan lejos estaba ella de tales pensamientos, y luego al punto afrentado de haberse adelantado á decir semejantes palabras, la pidió perdon, derramando muchas lágrimas, y la dió las gracias por haberle guardado tanta lealtad, haciendo mil protestas de quererla siempre muchísimo. La santa señora, que no podia ver tanta hipocresía, le dixo claramente: *Que se conocia muy bien lo que queria á su muger, pues la queria por fuerza tener por compañera en el otro mundo.* El, que á media palabra lo entendia todo, conoció al punto lo que ella queria decir, y se encolerizó tanto, que parecia estaba rabiando, arrancandose la barba y los cabellos, diciendo á voces que Josef le habia hecho traicion, y que se podia sospechar que hubiese tenido grandes inteligencias con Mariamne, porque de no ser asi, no hubiera hecho una facilidad tan grande, como descubrir aquel secreto. Luego mandó diesen la muerte á Josef, para que sirviese de victima á su venida, sin querer verle, ni oirle una palabra siquiera en su abono. No faltó mucho para que entonces concluyese el sacrificio de su cobarde crueldad, y que por desahogar sus quimeras no hiciese morir á Mariamne. Pero habiendo hecho pruebas bastantes de su inocencia, y viendose apasionado de su amor se detuvo, solamente para hacer volar mas lejos los rayos de su cólera. Mostróla entonces contra Alexandra, y la mandó encerrar por algún tiempo, teniendola apartada de la Reyna su hija, pareciendole que en su oficina se forjaban y hacian todos los consejos de su ruina.

Poco tiempo despues (1) Herodes se vió metido en otro

(1) Proceder terrible de Herodes.

otro negocio, que juzgó ser tan peligroso como el primero. Marco Antonio, que siempre le habia amparado, despues de haber batallado mucho tiempo contra la fortuna de Augusto César, dió con todo en tierra en la batalla Actiaca, acabando sus esperanzas y su vida en un funestísimo catástrofe. Este accidente atemorizó al tirano mas de lo que se puede pensar, viendo arruinado su favor y sus cosas, que pensaba estaban muy asentadas, desconcertadas en una noche, teniendo por enemigo al que venia á ser cabeza de todo el mundo. Sus amigos y enemigos le contaban ya como perdido. El como habia escapado de tantos naufragios, no perdió las esperanzas en este conflicto. Determinó, pues, ir á buscar al César, que á la sazón estaba en Rhodas, y echarse á sus pies; pero antes de ponerse en camino hizo un hecho muy bárbaro é inhumano.

Hircano (1), el verdadero y legítimo Rey, que por su buena condicion y apacibilidad, habia primeramente ensalzado á Antipatro, y despues salvado la vida á Herodes, poniendole en el Reyno en perjuicio de los suyos, vivia aun, aunque muy viejo y acabado, por pasar de ochenta años. El tirano, temiendo que habiendo quedado él solo de la sangre Real, no fuese vuelto á poner en el trono por los ruegos del pueblo, que amaba su inocencia, viendole ya con un pie en la sepultura, le echó dentro de ella, quitandole con bárbara violencia el alma, que ya estaba para dar á la naturaleza. Dicen fue por mera crueldad, sin color ninguno de justicia, con que este abominable Príncipe queria siempre cubrir sus acciones. Otros escriben que murió Hircano por lo que diré.

No pudiendo Alexandra dexar la ambición (2) que tenia sino es con la piel, viendo que Herodes iba á un viage, de que podría ser no volviése nunca, fue á

(1) Muerte de Hircano muy lastimosa.

(2) La ambicion de Alexandra causa la muerte de su padre.

ver á su padre Hyrcano , y le dixo que habia venido el tiempo en que Dios queria que volviese á reflore- cer su venerable vejez con la Púrpura Real. Que el tirano estaba enredado en unos lazos , de donde no podria librarse. Que la fortuna llamaba á la puerta de Hyrcano para darle la corona, que le era debida por derecho de nacimiento, y se la habia quitado el ti- rano. Que solo era menester ayudarse un poco , y la buena dicha haria lo demas. Hyrcano la respondió: *Hija mia, yo me hallo en estado en que mas debo pensar en el se- pulcro que en el trono Real. Bien sabeis vos el poco caso que he hecho siempre de las grandezas , aun en la edad y oca- sion en que tenia todo derecho de apetecerlas. Yo las he dexado de mi mera voluntad , estimando mas la quietud que todas las coronas del mundo. ¿ Ahora que estoy en el puer- to me quereis meter en la borrasca? No hableis de eso , hija mia , hartos trabajos he visto; habládme de la muerte, y no de los cetros.*

Alexandra replicó , que aunque su persona no pre- tendia cosa alguna para la vida ni fortuna de los vi- vientes , no obstante no debia hacer tan poco caso de su sangre, á quien se le hacia conocido agravio , y que no era menester mas que escribir dos palabras a Ma- licho, Lugarteniente de Arabia, que él le asistiria con todo lo necesario. Y ultimamente , que tenia obliga- cion de mirar por su hija y por su nieta, que esta- ban en los dientes de este tigre. De tal manera insis- tió que se rindió, y escribió á Malicho le ayudase con un buen trozo de caballería. La carta se entregó á un hombre llamado Dositheo , primo de aquel Josef, á quien Herodes habia cruelmente hecho quitar la vida, para que la llevase con toda seguridad; pero el trai- dor, vendiendo la sangre de su aliado y la fortuna de Hyrcano, en lugar de llevar con fidelidad la carta á Malicho, la puso en manos de Herodes, el qual le man- dó la llevase y truxese la respuesta, para ver por ella mas claramente lo tratado, y conocer la intencion del Arabe. El prometió á Hyrcano toda asistencia, ofrecien-

dole con grande afecto irse á ver con él muy presto. Herodes habiendo descubierto toda la trama, llamó á Hyrcano, y le preguntó si habia recibido algunas cartas de Malicho. Si, respondió él, pero no contienen otra cosa sino cumplimientos. Volvió á decir Herodes, si con las cartas le habia enviado algun presente. El confesó, que á la verdad le habia presentado Malicho quatro caballos para tirar su carroza.

Despues de esto, sin mas forma de proceso el tirano mandó matar á este venerable viejo, bañando en la sangre los cabellos canos del que le habia servido de dueño, padre, protector, y de todo lo demas. Despues de haber cometido este enorme crimen, y encerrado á Alexandra y á Mariamne (1) en una plaza fuerte debaxo de la guarda de Josef, su tesorero, y Sohemmo de Itureo, se fue derecho á Rhodas, dexando todo el gobierno del Reyno á su hermano Feroras.

La historia nos hace mencion del sentimiento de la Reyna y de su madre, sobre la muerte de Hyrcano. Dexase entender que no lo sabrian en mucho tiempo, por estar encerradas en una muy estrecha prision, y no comunicar con persona ninguna. Alexandra estaba muy impaciente, pero Mariamne sufría su largo cautiverio con una generosa constancia, y procuraba suavizar la aspereza de su vida con la dulzura de su buena conciencia. Todo su consuelo era en Dios, porque ¿qué, podia ella decir ó pensar otra cosa? *Dios mio, decia, todo lo criado en este mundo para mí es amargura, si alguna vez he amado las criaturas, y si he procurado algunas dulzuras del mundo, por una onza de miel me dais una libra de biel. Despues que comencé á tener la diadema en la cabeza no he sentido sino espinas; y el reynar ha sido para mí una hermosa esclavitud. ¡Dios mio, hasta quando! ¿Es posible que no veremos resplandecer sobre nuestras cabezas aquel buen dia que siempre está en su nacimiento? Ese enxugará mis lágrimas, y rompiendo los lazos de nuestra* pri-

(1) Alexandra y Mariamne presas.



*prision nos pondrá en el seno de Abraban con la libertad de vuestros escogidos.*

Estas pobres señoras estaban encerradas entre dos horrendas paredes, sin descubrir cosa sino peñascos y bosques solitarios, que parecia resonaban compasivos sus sentimientos. No sabian lo que pasaba en el mundo, y ménos en la Corte. Cada vez que el Alcayde las venia á visitar, juzgaban les venia á intimar su muerte. Las guardas se mostraban al principio muy severas en lo que les tocaba, sin hablar palabra. Todo estaba lleno de horrores, asembros, y espantosos silencios; pero al fin no hay hierro que no se ablande con el fuego. Sohemo las visitaba muchas veces, segun la orden que tenia, y sintió salir de los ojos de Mariamne unas flechas tan agudas, que le atravesaron el corazon de lástima, juzgando era muy dificultoso tener cautiva una Reyna, que podia cautivar todos los corazones con tantas excelencias, como el cielo habia puesto en su persona. Comenzó, pues, á mostrarle buena cara, y Mariamne viendole un dia de buen humor, tomó la ocasion para hablarle con toda confianza, para saber algunas nuevas del otro mundo.

*Sohemo, decia esta Princesa, vos nos veis al presente en un estado muy desdichado, é indigno de nuestras personas; pero puede ser que algun dia serene esta borrasca; la desdicha no está siempre en una casa. Vos sabeis quién soy, y que si haceis algo por mí, no lo haceis por persona de poco aprecio, ni tampoco desagradecida. Decidnos solamente una palabra, ¿con qué intento nos tiene el Rey Herodes aquí, y en qué estado están ahora los negocios?*

Sohemo, oyendo estas razones, sintió su corazon combatido de muy furiosos ataques. Por una parte se le representaba la venganza de Herodes, que estaba aun fresca con el exemplo de Josef. Por otra estaba tan compadecido de lo que esta generosa Reyna le habia dicho, que el yelo de su corazon se derretia, y comenzaba ya á exhalar por los ojos. Mariamne, viendole de aquella suerte: *Decidnos, Soberno, siquitera una palabra que no os pueda dañar, guardandola en profunda quietud*

*tud y perpetuo silencio, y que nos pueda aprovechar para la seguridad de nuestras cosas.*

Sohemo, pensando ó que Herodes no volveria jamas con qualidad de Rey, ó que estando él debaxo de la proteccion de Marianne, mediaria ella facilmente su reconciliacion, le descubrio su pecho y dixo: *Señora, yo pongo mi secreto y mi vida en vuestras manos, por lo que ántes desearé la muerte, que llegar á poner en execucion la bárbara orden que me ha dado Herodes, en caso que los negocios que trata al presente con el César no le sucedan segun desea. ¿Y qué es?* dixo Marianne: *Señora, tengo horror de solo pensarlo; porque es cosa que toca á vuestra vida.* Amigo mio, replicó la buena Reyna, este es su estilo ordinario, lo mismo mandó tambien á Josef su tio en el primer viage; ¿pero no habrá orden para sacarnos de aquí? Sohemo dixo: que Feroras, hermano de Herodes tenia el gobierno del Reyno, y como estaba sumamente rezeloso andaba con gran vigilancia á todo: *Moriremos, pues, decia la pobre Princesa, por qualquier parte que me vuelva no veo sino la imágen de la muerte, y asi quiero comenzar á domesticarme con ella.* Sohemo la consolaba lo mas que podia, pero ella cerrando desde entonces los oidos á los consuelos de la tierra, abria su corazon á los del cielo, purificando cada dia su alma mas y mas, con el agua de sus lágrimas, y con el ardiente horno de sus aflicciones.

¡Ay Providencia de Dios! Verdad es lo que dice la Escritura: *Vuestras sendas están ahora en el abismo, y vuestras ruedas ruedan sobre las aguas.* ¿Quién pudiera descubrir este modo de proceder, mientras que esta castísima é inocentísima Reyna, en medio de la obscuridad de una prision, iba todos los dias anegando parte de su vida en sus lágrimas? Herodes que se habia embarcado aun sangriento por la muerte executada en la persona de Hyrcano, halló el mar, los vientos y los hombres favorables. Este Protheo que mudaba su corazon á todos sucesos, viendo que no podia negar los servicios que habia hecho á Marco Antonio, vistien-

do-

dose siempre de cauta hipocresia á los pies de la fortuna, se previno al remedio por cubrirlo con capa de virtud. Sabia que Augusto era un Principe bien inclinado, generoso y justo, y que procuraba tener fieles servidores en aquel nuevo trance de negocios en que andaba. Fue, pues, á hablarle, y engañarle debaxo de la sombra de virtud, y color de constancia, y pretexto de fidelidad. Fuese, pues, delante del Emperador y le habló en esta forma (1):

*O grande Augusto, veis aquí mi persona y mi corona á vuestros pies; es razon que todo ello venga de vuestra grandeza, pues que Dios se ha servido de poner en vuestras manos el Imperio del universo. No puedo negar lo que he sido, mas no quiero disimular lo que debo ser, y lo que vos sois. Hasta ahora he sido grande amigo de Marco Antonio, es verdad; y si él me hubiera creído, como hacia á Cleopatra su dama, vos hubierais experimentado, ó César, quán enemigo era yo vuestro, y él quán amigo era suyo. Pero este desdichado Príncipe, dexandose gobernar de esta muger, de mí tomaba los dineros, y de ella los consejos, para arruinar de esta suerte su fortuna, y fabricar la vuestra con sus destrozos. Yo le he seguido hasta el borde del sepulcro sin entrar dentro, porque mi muerte no le podia á él ser de provecho, y ya está en estado que no le puedo dar mas que sollozos y lágrimas. A vos son debidos, ó César, los servicios y rendimientos, que os ofrezco de buena voluntad, si sois servido de admitirlos, con tal que no hagais caso de las injurias pasadas, ni hablais mal de mi antiguo señor, á quien aunque no puedo mas servir, debo no obstante amarlo despues de su muerte.*

Gustó mucho Augusto de esta libertad, y juzgó que este hombre era del metal de que se hacen los buenos criados; mas no veia la astucia de raposa con que obraba en todas materias. Tomó, pues, la corona que Herodes habia puesto á sus pies, y se la puso sobre la cabeza diciendo: *Quiero quedéis en paz en vuestros Es-*

(1) Habla Herodes á Augusto.

tados, con condicion de que me seais tan fiel como lo habeis sido á Marco Antonio. Herodes con este tan favorable principio, fue prosiguiendo en ganar la voluntad á Augusto, buscando todas las ocasiones de su servicio, y particularmente en el viage que el Emperador hizo á Egypto, le fue asistiendo continuamente haciendole grandes agasajos. Acabada esta empresa con tanta felicidad, se volvió triunfante á la Ciudad de Jerusalem, dexando asombrado á todo el mundo.

Aqui fue quando la virtuosa Reyna Mariamne acabó su carrera, para servir de víctima funesta á los triunfos de su marido. Reparemos cómo murió esta antorcha, sin dexar al apagarse mal olor, porque las bizarras qualidades de su vida acompañaron su muerte.

Apénas Herodes entró en su Corte, quando fue á ver á la Reyna su esposa, á quien habia hecho sacar de la prision, viendo asentadas ya todas sus cosas, y fue el primero que la dió cuenta del feliz suceso de su viage. Estaba tan soberbio con sus prosperidades, que no cabia dentro de sí; el amor de un objeto tan amable que entonces tenia en su presencia, despues de tantos peligros, le desataba la lengua para decir mil jactancias y palabras superfluas, pareciendole que de esta suerte se hacia mas estimable. Mariamne lo entendia muy bien, y como era naturalmente llana, daba á entender el poco gusto que le daban aquellas vanidades, que la pasion hacia que declinasen á necias. El, pensando al principio que esto no era mas que algun género de melancolia que se pasaria muy presto, la decia palabras mas cariñosas, haciendose mas galan y enamorado de lo que tenia de costumbre. A estas caricias suspiraba la Señora, acordandose de la orden secreta que poco antes habia dado á Sohemo. Bien echó de ver él en su semblante que ella no estaba muy contenta, y comenzó á sospechar que Sohemo se hubiese ido de la lengua como Josef. No sabia al presente qué cara hacer á esto, por hallarse muy alterado. El amor, la cólera, los zelos y las sospechas, le apretaban incesable-

blemente. No se podia excusar como queria, y no podia dexar de amar lo que amaba. Este espiritu terrible que no comunicaba á persona que no fuese con engaños, estaba afrentado de verse desdeñado, y tratadas como fingidas sus caricias amorosas, no tan ordinarias á su natural. Y viendo no salia con su intento se afligia mas, por lo que determinó desde luego usar de su poder; pero el amor, que tenia mas fuerza que la cólera, le detuvo. Retiróse colérico y murmurando entre dientes, no sé cómo, maldiciendo el amor que le hacia misericordioso. ¡Ay Dios! ¿Podráse hallar peor rencor, que el de las mugeres contra las mugeres, quando los zelos se han apoderado de sus sentidos? Cypre, Arabe de nacion, madre de Herodes, y Salomé su hermana, viendole tan apasionado, fueron atizando el fuego con la lengua, avivandole á fuerza de calumnias, que el tirano en parte creia, y no obstante no se podia resolver á hacer su tiro.

Estuvo mucho tiempo en deliberar sin poder concluir nada. Al fin, vino un desdichado dia, en que habiendose retirado á hora de comer á su cámara envió á llamar á Mariamne, la qual vino al punto, y habiendola pedido el debito conyugal, ella lo rehusó, diciendo que la ley de la naturaleza la prohibia habitar con un hombre que habia muerto á su padre y á su hermano, (hablando de su padre Alexandro, que en la empresa de Herodes habia sido oprimido por los Romanos, y de su hermano Aristobulo, tan cruelmente ahogado.) Aquí Josef el Historiador, despues de haber grandemente alabado á Mariamne, como Reyna castisima, y verdaderamente dotada de una inviolable fe, (que estos son sus términos) la reprehende un poco el desden, que segun dice le era natural, por haber menospreciado las caricias de su marido. Pero el que lo quisiere bien considerar, y viere como Herodes habia tratado á sus mas cercanos parientes, dandoles indignísimamente la muerte, y como poseyendo el cetro de su casa, no la tenia en qualidad de Reyna ni de

esposa , sino como una pobre esclava , que la mandaba encerrar todas y quantas veces corria él riesgo de la vida , para que la matasen , temiendo no la gozase otro despues de sus dias , hallará que esta señora tenia justísima razon de responder en aquella forma. No obstante , Herodes , que de ninguna manera aguardaba tal libertad , se picó de estas palabras , mostrando en los ojos , que de cólera despedian de sí centellas de fuego , en su voz terrible , y en el levantar las manos , que queria usar de fuerza. Y como estaba pateando de rabia , esgrimiendo en su cámara contra la cólera , sin responderle Mariamne otra cosa , la infame Salomé juzgó que ya era tiempo de hacer su tiro. Envió (1) , pues , un criado su confidente , á quien tenia sobornado mucho tiempo ántes , por testigo de una calumnia tan malvada como ridicula , el qual juraba que Mariamne habia tenido intento de dar veneno á Herodes , y se lo habia encomendado á él , por hacer el oficio de Copero del Rey por lo que le habia hecho grandes promesas , que él nunca habia admitido ; y en lo demas le instruyó de tal manera , que si por ventura Herodes le preguntase qué veneno era este , dixese sin meterse en mas , que la Reyna tenia la invencion , y que ella sola por sí habia buscado los ingredientes.

Este desdichado hombre entró en la cámara descolorido , é hizo su deposicion muy sério , por lo que Herodes , que ya estaba abrasado , se encendió mucho mas , y dixo entre sí , que no habia que admirarse de donde procedian aquellas impaciencias de amor. Luego al punto mandó prender un caballero de los mas allegados á la Reyna , pareciendole no podria dexar de ser sabedor de todo , y le hizo dar un cruelísimo tormento ; y el tal no pudiendo por su debilidad sufrir la violencia de los tormentos , y por otra parte no teniendo cosa que decir contra su buena señora , en cuya conversacion nunca habia reconocido sino bondades y vir-

(1) Extraña maldad.

virtudes, estuvo mucho tiempo muy perplexo. Al cabo se le soltó una palabra, diciendo habia visto á Sohemmo hablar mucho tiempo con la Reyna, como que le hacia alguna declaracion, y que desde entonces habia reparado que ella andaba muy disgustada. Apénas oyó esto Herodes quando dixo: basta, quitadle del tormento, y llamen á Sohemmo. Sohemmo no sabia nada de lo que pasaba, y estaba muy contento de que se le habia dado poco habia un buen gobierno por recomendacion de la Reyna. Quedóse atónito quando vió le asian, y obligaban á confesar los razonamientos que habia tenido con Mariamne en el tiempo de su prision; y estando siempre negativo, le quitaron allí la vida. Herodes se retiró á su sala perdido de cólera, maquinando en su corazon la rabia, que bien presto habia de salir en público. Y sin dar treguas á su espíritu, hizo juntar su Consejo de Estado, y llamó á la Reyna, que nunca esperaba menos que esto.

Este monstruo, que siempre procuraba dar color de justicia á sus mas desconcertadas acciones, comenzó á hacer una larga plática, que ya tenia con tiempo premeditada, y como todos estaban con horror y silencio, sin saber en qué catástrofe pararia la tragedia, sino es la animosa Mariamne, que estaba prevenida á qualquier acontecimiento, con una constancia invencible los habló de esta manera.

*Oracion de Herodes contra Mariamne.*

*Señores: Parece que Dios quiere contrapesar las prosperidades de mi Estado, con los infortunios de mi casa. Yo he ballado la seguridad en los vientos y tempestades en tan trabajosas jornadas que he hecho, y en tan intrincados negocios, de que he salido bien para ballar la borrasca dentro de mi palacio. Bien sabeis como yo he metido dentro de mi pecho toda la casa de Hyrcano, en un tiempo tan lastimoso quando estaba abatida y confusa. En recompensa de esto, como si bubiera empollado los buevos de la serpiente,*

no hallo mas que silvos y ponzoña. Dios sabe quanto he disimulado, y quantas veces me he curado con la paciencia. No obstante, no puedo de tal manera endurecer mi llaga, que muchas veces no se hinche y encone con otra nueva herida. Veis abí á la Reyna mi muger, que siguiendo las trazas de su madre, procuraba siempre inquietar mi sosiego. Apénas volví del trabajoso viage que sabeis, quando llevandola las nuevas del feliz suceso de mis cosas, ella dió á entender la poca estimacion que hacia de mi Estado y de mi persona, haciendo gran desden del afecto que le mostraba, sin poderle sacar nunca á su soberbia una buena palabra. Y no contenta con esto, pasó á agravios mas sangrientos, que quiero mas callar por la honra de vuestros oídos, y venir al efecto. Veis abí uno de mis leales criados, que depone como ella quiso sobornarle para darme veneno, ó una bebida para quitarme el juicio ó la vida, la qual Dios me conserva para reconocer tan buenos servicios, como todos en general, y cada uno en particular me habeis hecho. Tambien veis como he venido cubierta la cabeza de laureles, honrado, y agasajado de los mayores hombres del mundo, para servir de palillo á la malicia, y de blanco á la traicion de una muger, que no puedo domar á fuerza de amores y beneficios, como si fuera una leona. Mirad lo que debeis hacer, yo la pongo en manos de vuestra justicia, no queriendo gobernarme por mi dictámen, para que todo el mundo sepa que sujeto mis propios intereses siempre á la verdad.

Diciendo estas palabras Herodes queria parecer ménos apasionado, forzando mucho su inflexible natural; pero no obstante se encolerizó tanto, que todo el Consejo reconoció bien, quan enojado estaba, y que su deseo era solo de acabar con la Reyna. Notificaronla que respondiese al punto sin Abogado. La gloriosa Amazona, nieta de los Macabeos, y heredera de su paciencia, estando delante de este tribunal de malvados, veinte y ocho años ántes de la venida de Dios, hizo entonces lo que él despues nos enseñó ilustrísimamente con su exemplo. Nunca se le oyó salir de la  
bo-



boca una palabra siquiera de impaciencia, ni de criminacion, y pudiendo representar al Consejo dos mil ultrajes que habia padecido en su persona y en la de sus parientes, se trago todas las amarguras con una paciencia mas que humana; solamente sobre el artículo esencial de esta acusacion habló de esta manera (1):

*Que la bebida hechizada de amor, de que se le culpaba, era una cosa al juicio de todos los que la quisiesen bien considerar, muy apartada de su pensamiento, pues siempre se habia visto que ella temia mas el amor del Rey Herodes, que su aborrecimiento. En lo demas que no hacia caso de la vida, en la qual siempre habia estado padeciendo trabajos, y menos la de la Corte, en que nunca habia tenido gustos. Que si por falsos testimonios querian acabar con ella, era muy facil el vencer un sugeto que no tenia ninguna oposicion; facilísima quitarle la corona de la cabeza, y la cabeza de los hombros, pero muy dificultosa el quitarla la reputacion de Princesa honrada, que habia heredado de sus padres, y la habia de acompañar hasta las cenizas de su sepulcro.*

La pobre Reyna estaba como una simple cordera en la boca del leon, y entre las garras de muchos lobos (2). Procedióse á sentenciarla, y todo era hacerla esclava, juzgando que el Rey se queria deshacer de ella, y esto bastaba. No hubo uno siquiera que osase representar el derecho de la inocente Reyna, ó de ablandar en algun modo la pasion de Herodes. Todas sus conciencias estaban oprimidas de crímenes ó de temores, de lo qual procedió que los falsos Jueces hicieran por el tirano mas que él queria, porque todos concluyeron en que fuese muerta. El al punto tuvo algun horror, aunque era hombre tan carnicero y cruel, y mandó que la pusiesen en una cárcel del palacio, y que se suspendiese la execucion, juzgando que podria conseguirse hacerla de este modo mas blanda en su pasion; pero la rabiosa Salomé, que habia levantado esta tem-  
pes-

(1) Admirable modestia de la Reyna. (2) Grande indignidad.

pestad, no queriendo dexar lo comenzado sin llevarlo al fin, fue á hablar al Rey su hermano, y le dixo que no se tenian enjaulados tales páxaros, que le importaba su corona y su vida, y que andaba ya todo revuelto, y que si dilataba la execucion, anticipaba su ruina y la de su Estado. Por lo qual Herodes dixo estas palabras: *Que la maten;* y luego al punto veis aquí un Tribuno despachado á la buena Reyna que le lleva las nuevas de su muerte, y saludándola con una profunda reverencia, la di o: *Señora, el Rey manda que murais luego al punto.* Ella sin turbarse (1): *Vamos luego, amigo, que no podrá ser tan presto para el Rey Herodes, que no sea siempre tarde para mí;* y diciendo estas palabras comenzó á caminar derecha al lugar del suplicio, sin perder el color, con un semblante sereno que hacia llorar á todo el mundo.

Para coronar su paciencia, estando ya ella para recibir el golpe de la muerte, Alexandra su propia madre compañera de su prision, depositaria de sus pensamientos, y que siempre habia estado unánime con ella, vendiendo la sangre, la naturaleza y toda piedad, por una desdichada razon de Estado, y porque Herodes no sospechase de que ella consentia en el intento de la hija, vino á cargarla de injurias terribilísimas, y faltó muy poco para coger á esta pobre Princesa de los cabellos y arrastrarla por el suelo, diciendola con grandísima cólera (2): *Que era una malvada y soberbia, que merecia bien morir, pues no habia podido sufrir un tan buen marido.*

Veis aquí el exceso mas atroz que se puede pensar en tal accidente. No hay mejor miel que la de las abejas, ni tampoco peor aguijon; como ni mejores amistades, ni peores injurias que las de los parientes. La paciente Mariamne no despegó su boca sino para decirla: *Madre mia, dexad ir mi alma en paz, que es-  
tá*

(1) Paciencia invencible, y del todo admirable.

(2) Acto bárbaro de Alexandra.

tá ya en los labios , y no alboroteis la quietud de mi muerte ; y con un generoso silencio , cerrando su boca á las réplicas , y abriendo su corazon á Dios , que era solo el testigo de su inocencia , indignamente tratada , tendió la garganta al verdugo (1) para sellar con su sangre los últimos testimonios de su paciencia.

Josef no habla con mucha expresion del género del suplicio , por ser sin controversia , que se executó del modo que entonces se usaba , que era cortar la cabeza á los reos de tal calidad. Esta bella Alba del dia , que llevaba aun en sus rayos la alegría y consuelo á las almas afligidas con las horribles confusiones de la tirania , fue luego al punto empapada en su sangre. Aun los ojos de todos los que asistian , bañados en lágrimas , la contemplaban en su eclipse , quando se vió su frente llena de una Real magestad , que afrentaba animosamente la muerte cercana , que hace temblar á los mas osados , que miraban aquel cuello de alabastro tendido y expuesto debaxo del hierro luciente , para ser separado del hermoso cuerpo : el horror penetró á todos los presentes , y no habia peña tan dura que no le diese el agua de sus lágrimas , ántes que ella diese su propia sangre. La cabeza fue dividida del cuerpo , y el cuerpo del alma ; pero nunca el alma se dividió de Dios , erigiendo á la muerte un semejante trofeo de paciencia. Los miembros quedaron del todo frios tendidos en el puesto , y la voz de la sangre inocente que iba ya atravesando las nubes á pedir venganza á Dios , fue al punto ensalzada , como podreis juzgar. Deteneos un poco solo á considerar el elogio de la buena Reyna :

*Mariamne Regina , Machabæorum stirpe inclita , Herodis , pessimi omnium viri uxor optima , forma corporis supra cæteras eximia , animi etiam virtutibus major , integerrimæ pudicitia , & ineluctabilis patientia fœmina , iniquissimis calumniis oppressa , mariti gladio Regias cervices dedit , anno ante Christi Natalem XXVIII.*

El

(1) Muerte lastimosa.

El desleal marido (1), que tan barbaramente habia tratado á una Princesa que merecia todo su respeto, luego al punto que ella espiró, como si fuera herido con algun golpe invisible dió voces de dolor, y dixo habia hecho una cosa digna del castigo de Dios; despues suspirando formidablemente invocaba sin cesar la memoria y nombre de la pobre difunta, á quien no podia dar con sus sentimientos lo que le habia quitado con el cuchillo de un verdugo. Por qualquier parte que iba le acompañaba la imágen de su delito, combatido siempre de horribles furias, monstruos y visiones espantosas. Probó alegrarse con fiestas, danzas y entretenimientos, procurando divertir su mal, y él iba creciendo con exceso. En efecto, se vió obligado á dexar todo el manejo de los negocios del Reyno, y aunque habia sido siempre muy áspero, y aficionadísimo á este exercicio, se vino á poner dementado y fuera de sí, sin saber lo que se hacia, porque muchas veces estando comiendo, hablaba con sus criados, y les mandaba llamasen á la Reyna como si estuviera aun viva, y ellos le escuchaban sin hablar palabra, y toda la Corte estaba en un profundo horror y silencio. Ultimamente, no pudiendo sufrir las paredes de palacio, como si ellas le diesen en cara su crueldad, se fue á los bosques como un salvage, de lo que le dió una angustia de corazon, y un frenesí tan horrible, que los remedios no le aprovechaban, y claramente decian los Médicos que esto venia de arriba. Dios, que le guardaba aun para mayores calamidades, no le quiso quitar entonces la vida. La infame madre Alexandra, que con tantos ultrajes habia maltratado á su hija en el cadahalso, acabó luego sus dias, probando la amargura de la muerte, y perdiendo la gloria. Sobrevino luego un contagio que mató tambien á muchos de los Consejeros de Herodes, y todo ello era azote del cielo en venganza de esta tan lastimosa muerte, nunca bastante-

(1) Furias de Herodes despues de la muerte de Mariamne.

temente llorada. Dexó Mariamne de su casto lecho dos hijos á Herodes, Alexandro y Aristobulo, que eran de poca edad, capaces de sufrir mucho en lo por venir, aunque á la sazón no lo eran de sentir sus desdichas. Herodes por quitarles el sentimiento de esta cruel tragedia, y criarlos juntamente con buena educacion para la gloria de su cetro, los apartó de buena gana de sí, y los envió á Roma (1) para que se criasen en la Corte de Augusto César, que á la sazón era tenida por academia de Reyes, y la primera escuela del mundo.

Pasados algunos años (2) le dió gana de hacer un viage á Italia, por besar la mano al César, y ver de camino á sus hijos, á quien halló muy bien educados, y tan cabales en todo, que le dió deseos, con licencia de Augusto, de llevarseles á Judea, como lo hizo. Estos jóvenes Príncipes, volviendo á Jerusalem con Herodes, llenaron todo el pueblo de admiracion. Tenian bizarro talle, eran diestros, prudentes, valientes en el exercicio de las armas, bien hablados, afables, y tan amables, como su padre aborrecido. Mirabanlos como si fueran las dos estrellas de Castor y Pollux, despues de la borrasca; ellos lo llenaban todo de alegría, y parecia que se llevaban tras sí todos los corazones para adquirir coronas á sus méritos. No obstante, los que se acordaban del suceso de la pobre Mariamne, no podian detener las lágrimas.

Feroras, hermano de Herodes y de Salomé, que ambos se habian hallado en la muerte de la inocente Reyna, comenzaron á temer lo que es creible (3), viendo que la sangre que ellos habian derramado, algun dia habia de darles en la cabeza, y desde luego comenzaron á calumniarlos á lo callado, y hacer por medio de gente confidente, que se deslizasen muchos chismes en los oidos de Herodes, dandole á entender que los

(1) Los hijos de Mariamne se criaron en Roma.

(2) Vuelven.

(3) Armase una calumnia contra ellos.

los Príncipes sus hijos , en consideracion de lo que habia pasado con su madre , tenían grande aversion al padre , y que nunca le querrian bien. Herodes , que aun estaba en el fervor de sus afectos , y no se hartaba de verlos , no dió crédito ninguno á la calumnia , ántes bien considerandolos ya crecidos en edad , trató de casarlos muy bien , pidiendo para Alexandro la hija de Archelao , Rey de Capadocia , que le fue concedida , y á Aristobulo le hizo casar con una hija de Salomé , cubriendo asi las enemistades domésticas , de que procedieron rompimientos. Alexandro y Aristobulo se comunicaban con grande claridad , y decian todo lo que tenían en su corazon , y en hablando de la muerte de su madre mostraban un sentimiento grande. Ferras y Salomé , á lo secreto , murmurando y espiando , no cesaban de incitarlos para hacerles hablar ; pero todo lo que decian , ó por vanidad , ó por alguna especie de cólera , ó por parecerles estaban solos , llegaba al punto á los oidos de Herodes. La astuta Salomé , que tenia aun el Imperio sobre su hija , que era sobrado sencilla , la apretaba para que le dixese todo lo que su marido y su cuñado hablaban quando estaban en sus ordinarias conversaciones. Ella le decia las palabras que los pobres Príncipes habian dicho , ó sencillamente , ó por cortesía ; es á saber , que Aristobulo se jactaba de que á los hijos de Mariamne pertenecia el Reyno , por ser de la línea de la verdadera Reyna , y que los demas hijos de Herodes , que eran muchos , porque habia tenido hasta nueve ó diez mugeres , que era menester hacerse Notarios de algunas medianas Ciudades , y que harian bien en aprender á leer y á escribir. Añadia tambien que Alexandro decia con jactancia , que era muy diferente hombre que su padre ; y no obstante , quando comunicaba con él , viendole de condicion tan esquiva , se metia como dentro de un saco , sin osar decir nada con libertad , por no darle sombras de su suficiencia. Que quando iba á caza , ó se paseaba con Herodes doblaba el cuerpo , y se encogia , á modo de

de-

decir, que por no parecer mas grande que su padre; y si era menester tirar el arco, hacia que no sabia, por quitarle toda ocasion de envidia. Esto era gran prudencia el hacerlo; pero grande liviandad el hablar tanto, aunque con tanta inocencia, pero calumniosamente interpretado. Y sobre todo, era gran simplicidad fiar sus secretos de una muger, cuyo corazon ordinariamente es tan á propósito para guardar lo que se debe encubrir, como un arnero es bueno para traer agua.

Ya que Feroras y Salomé hubieron tantas veces dicho estos rumores á Herodes, viendo que iba ya tomando algun rezelo en su corazon, y que el afecto paternal se iba enfriando para con sus hijos, executaron su intento, y se resolvieron á tener mucha cuenta con estos jóvenes, que ya se iban haciendo soberbios, y decian claramente que todos los que habian concurrido en la muerte de su madre, no lo irian á pagar al otro mundo; y á la verdad como les atormentaba la memoria de la difunta, se les habian escapado semejantes palabras. Herodes se admiró mucho de esta libertad, y le pareció era necesario baxarles los brios con alguna demostracion. ¿Qué hizo él? (1) Por abatir el orgullo de estos Príncipes, escogió del número de sus hijos uno llamado Antípatro, hijo de cierta dama, no muy honesta, y que fue despues afrentosamente echada de la Corte. En un instante repentino puso á este mozo en lo alto de la rueda, no por quererlo dexar en aquel puesto, sino por mortificar de esta suerte á los hijos de Mariamne, pareciendole era buen arbitrio y á propósito; porque realmente este Antípatro tenia un natural terrible, astuto y maligno, y se parecia mucho á su padre Herodes. Como él se vió tan de presto subido á tan alta cumbre, se resolvió á no baxar nunca sino es dexando la vida, y tener en el Reyno tambien como los otros un buen pedazo. Por esta causa se hizo Protéo, y se humillaba en todas ocasiones

(1) Antípatro el mozo, hijo de Herodes, es ensalzado.

nes para grangear crédito con Herodes, á quien desde luego comenzó á parecer bien, y él por asegurarle mas, no cesaba por debaxo de cuerda de fervorizar la calumnia contra los hijos de Mariamne; y despues de tirar la piedra escondia la mano con tanto recato, que parecia no haber hecho nada. Comunicaba siempre con Alexandro y Aristobulo con gran respeto, como con sus señores, y aun quando hacia llevar los chismes á su padre, por medio de hombres conocidos, fingia tambien él con una falsa modestia tomar la causa por su cuenta, y los defendia tan diestramente en su provecho, que los metia aun mas en la sospecha. El Rey Herodes juzgó que para autorizarlo era bien enviarle á Roma, como lo hizo, dandole gente florida que le acompañase, y muchísimas recomendaciones. Con esta ocasion hizo mejor su negocio, escribiendo á su padre que habia descubierto en Roma terribles maquinias, y que tuviese mucha cuenta con sus hermanos Alexandro y Aristobulo, que por todas partes habian procurado grangear la voluntad del pueblo, y su designio no parecia ser otro, sino abreviarle la vida y desposeerle del Reyno. Esto tenia tanto mas color, porque estos desdichados Príncipes, ofendidos de estar desechados no podian disimular su sentimiento, y ordinariamente se dexaban decir algunas palabras, que recogiendo las espías de Feroras y Salomé, nunca daban en vano.

Herodes suspiraba de ver que teniendo pacifico todo lo de afuera, estaba el fuego dentro de su casa, y desde entonces comenzó á tener alguna voluntad de hacerles proceso á sus hijos; pero no queria emprender cosa por sí solo, sin orden del Emperador, dandole cuenta de todo, así por su ordinaria subordinacion, como por la seguridad de su Estado. Despues de haber consultado esta materia consigo mismo, con el mucho cuidado que le punzaba el corazon, con quien comunicaba primero sus consejos, se resolvió á llevar sus hijos á Roma, y acusarlos delante del César. En

es-



este tan largo viage de Palestina á Roma, tuvo siempre secreto su designio, sin descubrir el menor sentimiento á sus hijos, por no darles alguna sospecha. Habiendo llegado á Roma supo que Augusto César estaba á la sazón en la Ciudad de Aquiléa, y sin detenerse se fue luego allá, llevando consigo á Alexandro y Aristobulo, los quales fueron recibidos del Emperador, que era como su padre, con todas las demostraciones de buena voluntad. En este medio, el desdichado padre pidió al Emperador le diese un dia audiencia, en que decia tenia que comunicar un negocio de grande importancia, y habiendosele concedido, fue á la hora señalada, llevando los dos pebres reos, que á la sazón no entendian en otra cosa sino en reir y pasar el tiempo con sus antiguos conocidos. Quando estuvieron en medio de una lucida junta de Princeses que se hallaron allí, Herodes despidiendo un gran suspiro dixo asi:

*Aquí veis, ó grande Emperador, un Rey muy feliz con vuestro favor, y un padre muy desdichado, por la desgracia de su casa. Si la naturaleza no me hubiera dado hijos, la fortuna me viera sin miserias, porque todos mis desastres me vienen de mis hijos. Pesame mucho de profanar vuestros oidos, ilustre César, refiriendo una gran maldad: pero la necesidad, que carece de ley, me fuerza, y vuestra justicia, que tiene firmes todas las leyes, me convida. Veis aquí mis dos hijos de naturalizados, que despues de haber tenido la honra de ser criados á vuestros pies, despues de haber recibido de mí tantos favores como pudieran esperar de un Rey, que por vuestra gracia es muy poderoso, y de un padre de su natural muy benigno, degenerando de la gloria de la educacion que han recibido de vuestras manos, y olvidandose tambien de la naturaleza y sangre que han recibido de mí, han intentado un crimen que no me atrevo á decir. Pareceles que yo vivo ya demasiado, y que gozo muy largo tiempo de un Reyno que he adquirido con tanto trabajo. Yo les hubiera abierto la puerta de la honra para entrar en él, despues que la muerte natural me hubiera cerrado los ojos,*

ojos, y ellos quieren entrar por la puerta del parricidio, poniendo asechanzas á mi vida por coger el despojo bañado en mi sangre. Yo los traigo á vuestros pies, sin quedarme con derecho ninguno en mis propias ofensas, ni de Rey, ni de padre, sino es el que me ordenare vuestra justicia. Mas con todo eso suplicaré á vuestra Alteza, ó grande Emperador, seais servido de dar á mi vejez, á quien tanto habeis honrado, algun reposo en su propia casa, y librarne de las manos de los parricidas; y tambien juzgo no es conveniente ni justo, que unos hijos ingratos que con sus pies han hollado las leyes divinas y humanas, vean mas la luz del Sol con sus ojos, que sirve de testigo y afrenta á su delito.

Este hombre hablaba con tan admirable vehemencia, que puso en horror á toda la Junta, y los pobres jóvenes, que estaban tan inocentes como descuidados, viendose acusados con tal tempestad de palabras sin haberlo imaginado, comenzaron á derramar abundancia de lágrimas. Hacian esfuerzo para hablar, temiendo que su silencio no les hiciese culpados; pero mientras mas lo procuraban, tanto mas se deshacian en sollozos. Augusto César, que era un Príncipe entendido, reparó muy bien en estas acciones, y juzgó que ellos tenian mas desgracia que culpa; y así haciendoles buen semblante les dixo: *Animo, hijos míos, responded despacio, y no os turbeis.* Todos los circunstantes les tenian gran compasion, y el mismo Herodes mostró en su rostro que se habia enternecido; tanta eloquencia tienen las lágrimas naturales. Alexandro, viendo en los ojos de todos el favor volvió en sí, y dexando el llanto, como era muy discreto habló de esta suerte (1):

*Señor y padre mio: Vuestra Magestad nos ha traído desde tan lejos á los altares de la misericordia, por sacrificarnos á la venganza. Nosotros estamos á los pies del César, como templo de la clemencia, donde habiendo venido por vuestro consentimiento y mandado, no podemos dexar de decir*

que

(1) Responden los hijos de Herodes delante de Augusto.

que vuestras palabras son crueles, y vuestros procedimientos muy suaves. Si la calumnia de tal modo hubiera alterado vuestro buen natural, que hubieseis tomado resolución contra nuestras vidas, en perjuicio de nuestra inocencia, lo pudierais muy bien haber hecho en Palestina, como padre y como Rey, pues la sentencia y la execucion estaba en vuestras manos. Y con todo eso ha sido Dios servido que nos hayais traído á la Corte de Augusto, no para dexar la cabeza, á quien vos destinabais la corona, sino para volverla victoriosa de la calumnia. Es cosa muy extraña el pensar el mas enorme de los delitos en personas de nuestra calidad, sin decir por qué, ni cómo. No se habla palabra de cartas, de venenos, de conciertos, de conspiraciones, ni de criados sobornados, solamente se dice que somos parricidas, y la prueba se queda en blanco. Si esto es bastante, no hallareis en el mundo mas inocencia que donde la calumnia dexare de aplicar el diente. Nuestros enemigos que han fabricado dias ha este embuste, no han dicho otra cosa sino que estamos ya en edad, y que tenemos bastante ánimo para hacerlo, y que lo haríamos en venganza de la muerte de Mariamne nuestra madre: quanto á la primera bien se ve quan poca fuerza tiene. Si no es menester mas que edad y valor para cometer un parricidio, es llenar todo el mundo de sangre, poner á todos los padres en desconfianza, y á todos los hijos culpados. En la segunda, que teca á nuestra difunta madre, ella nos dexó en una edad tan tierna, en que no podíamos ni sentir, ni llorar su desdicha. Despues que hemos crecido, no habemos querido penetrar vuestros consejos para exâminar vuestros juicios, ântes su muerte nos ha debido hacer mas recatados en obrar mal, y mas inclinados á vivir bien. Solo la hemos llorado, no por sentir su muerte, porque estas lágrimas eran inutiles, sino por contentar nuestra pasión, viendo que nuestros enemigos no cesaban de inquietar las cenizas de la que kabian derramado la sangre. Padre mio, si vuestras lágrimas, procediendo de un tan justo natural dolor, son tenidas en vuestra Corte por criminales, ¿dónde hallaremos seguridad, sino es en vuestra justicia? Jamas en medio de nuestros sentimientos nos ha salido de la boca una palabra mal sonante

contra vos; si empero contra los que abusan de vuestra autoridad para destruir á los vuestros. No tenemos porque aborrecer vuestra vida, sino amarla tanto, quanto mas nos habeis juzgado por capaces sobre todos nuestros hermanos para suceder en vuestra corona. Vos nos habeis dado todas las señales del Reynado, y todo el bien que podiamos esperar; querer mas, era buscar nuestra perdicion. ¿Por qué habiamos de pretender por parricidio un Reyno que nos ha adquirido vuestra buena voluntad, sino es queriendo que el cielo, la tierra y el mar, conjurados con el César, nos cerrasen la puerta, á que nosotros hubieramos buscado una llave teñida con sangre de nuestro padre? Vuestra Magestad nos ha engendrado, puede ser, mas desgraciados, de lo que fuera ahora conveniente á su Estado; pero nunca seremos tan locos ni tan impíos, que hagamos una maldad para perdernos sin remedio. Padre mio, muy venerable, dexad la sospecha que habeis concebido, y si todavía perseverais en ella, ambos á dos dexaremos la vida, que no la queremos conservar á disgusto del que nos la ha dado.

Esta oracion, acompañada de lágrimas de este Príncipe jóven, se llevó tras sí á todos los asistentes, y viendo que ambos á dos estaban aun con los ojos baxos, aguardando la sentencia del Juez, cada uno quisiera darlos por libres. El César miraba á Herodes, el qual se habia enternecido de compasion, segun se mostraba en su semblante, y se hubiera holgado infinito de no haber jamas imaginado tal acusacion; porque realmente quedó mal al parecer de los que allí estaban, y vituperaron su demasiada facilidad. Augusto, que no queria disgustarle, pronunció que los hijos no tenian razon en darle pesadumbres; pero en quanto al crimen que se les acumulaba, no habia lugar, y se habia de borrar de la memoria, porque estos Príncipes eran muy bien nacidos, y educados para obrar asi; y que de allí adelante tratasen todos de portarse bien, y renovar el sagrado vínculo de la naturaleza, el qual no podia romperse por parte de un tan buen padre, ni por la de los hijos de tantas esperanzas. Dicho esto

to abrazó Herodes á sus hijos, uno despues de otro, llorando, y haciendo saltar las lágrimas á los menos interesados en la materia. Despues de todos estos cumplimientos (1), se volvieron con el padre y con su hermano Antipatro, que era el promotor de toda esta tragedia. No obstante el malvado los acompañó con cortesías y júbilos, como si verdaderamente se hubiera holgado en su corazon del suceso. De esta suerte se disimula en las Cortes, hasta que Dios descubre la máscara.

Habiendo vuelto á Jerusalem no se pasó un año sin que la calumnia no echase nuevos lazos á la inocencia de estos pobres Príncipes (2). Feroras se determinó á llenar de zelos á Alexandro, diciendole con gran secreto, que Herodes su padre galanteaba á la hermosa Glafira su muger, hija del Rey Archelao, juzgando era un poderoso motivo para alterar este espíritu, y hacerle enfurecer contra el Rey su padre, y de esta suerte ponerle en el precipicio (3). Estas palabras á la verdad fueron muy sentidas de aquel generoso corazon, y comenzó desde entonces á andar con gran vigilancia, espiando las acciones de Herodes, que de cierto acariciaba todos los dias á esta hermosa Princesa, bellísima en extremo; pero en lo demas no hallaba en dicha conversacion mas que caricias de un suegro para con una nuera, digna de ser querida por sus buenas qualidades. No obstante, Alexandro despues del aviso de Feroras, trocaba esta miel en veneno, interpretandolo todo en mala parte; y de tal modo salió fuera de sí, que entrando un dia en la cámara de su padre, se declaró con él pidiendole zelos, y diciendole la sospecha que tenia y habia concebido, y esto fue derramando muchas lágrimas y sollozos de cólera. Herodes se halló muy alterado de esto, y pareciendole cosa indigna de su persona dar excusas á su hijo con muchas pa-

(1) Vuélvese Herodes con sus dos hijos.

(2) La calumnia se enciende.

(3) Terrible malicia.

palabras le dixo solamente: *Hijo mio*, ¿quién os ha puesto eso en la cabeza? El respondió lo sabia de buena parte, y que Feroras se lo habia asegurado. Fue llamado al punto Feroras, y Herodes, echandole unos ojos encarnizados le dixo: *Infame*, ¿qué es lo que has dicho á este Príncipe jóven? No es palabra esta que le has puesto en el oido, sino una espada en la mano contra su padre; porque con mucha razon él no queria sufrir compañero en su lecho, como ni yo le quiero en el Reyno. *Ingrato*, ¿no debias tú ántes arrancarte el corazon, que pensar tal cosa de tu hermano? Estas infamias nunca han sucedido en nuestra casa, ni sucederán sino es por tu parte. *Vete de abí* que no te vea yo mas, y aunque fulmino penas contra otros reos, en quanto á tí, porque eres tan malvado, te dexo por castigo tu propia conciencia, que me parece no puede haber mejor verdugo.

Feroras que no se asombraba con facilidad, respondió que él no sabia mas de lo que Salomé, que estaba allí presente, le habia dicho, y de cierto venia de allí el tiro. Pero la taymada dando al punto un gran grito y arrancandose los cabellos, dixo que era gran lástima verla perseguida de todos solo por ser fiel á su hermano. Herodes no sabia qué hacerse, y suspiraba en su corazon viendo las quiebras de su casa, y no reparaba en que su mal exemplo era quien influia todos estos malos hechos. No hizo, pues, mas que apartar de su lado por algun tiempo á Feroras, porque aunque era muy colérico, no executaba la venganza sino contra los que le parecian sospechosos contra su Estado; y Feroras nunca le pareció tal, porque era pusilanime, y se habia casado por amores con una criada, desechando una hija de un Rey, y no era aficionado á otra cosa que á los deleytes. Juzgóse que no era bastante satisfaccion la de Feroras para tal crimen, y que esto podria sustentar aun la desconfianza entre el padre y los hijos. Por esta razon Antípatro (1), que siem-

(1) Antípatro, hijo de Herodes, acusa á sus hermanos.

siempre estaba favorecido de Herodes, aprovechandose de la ocasion, volvió á comenzar la bateria mas furiosa que nunca, y habiendo reparado en que comunicaba familiarmente Alexandro con tres Eunucos de los mas intimos de la cámara de Herodes, dió aviso luego al punto, de que la conjuracion de Alexandro contra su padre estaba ya forjada, y entraban en ella los primeros Eunucos de la cámara y corazon de Herodes. Prendióles al punto, y los pusieron á questão de tormento. Aquellos cuerpos tan delicados, viendose atormentar tan cruelmente, decian lo que sabian, y lo que no sabian, y todo venia á parar en algunas brabatas de mozos que Alexandro se habia dexado decir; es á saber: *Que eran necios los Eunucos en aficionarse tanto á un viejo que se teñia los cabellos por hacerse mozo, y no tenia para qué, por haberse ya pasado su tiempo y venir el suyo. Que el Reyno no se les podia escapar, teniendo de su parte la justicia, la fuerza y el crédito, juntamente hombres valerosos, que no les faltarian en siendo menester, y otras cosas semejantes.* Y con esto no decian nada de lo que Antipatro pretendia, aunque era demasiado para un espiritu sospechoso.

Era cosa lastimosa ver como aquella desdichada Corte (1) estaba desmembrada, no habia sino calumnias, querellas, desconfianzas, pesquisas y tormentos; todos se guardaban uno de otro, y cada uno juzgaba no podía estar seguro sin ganar por la mano á su compañero; cada dia se tomaban mil deposiciones, todas necias y sin substancia. No se halló sino uno ó dos, que viendose extremadamente atormentados, dixeron por librarse, que Alexandro habia desacreditado á su padre en Roma, inclinandose mas á la amistad de los Partos que á la de los Romanos, y como se doblaban incesablemente los tormentos, en favor de Antipatro declararon todo lo que se queria, y dixeron que Alexandro y Aristobulo se habian conjurado para quitar la vida á He-

(1) Corte de Ciclope.

rodes con un veneno , para ir á pedir el Reyno á Roma, lo qual no tenia probabilidad ninguna ; y como se les preguntase donde estaba el veneno , respondieron que en el castillo de Ascalon ; y habiendolo escudriñado todo muy bien , no se halló tal cosa. No obstante prendieron á Alexandro. El generoso mancebo, irritado de tantas calumnias dixo en voces altas (1): ¡O Herodes! menester es hacer todos estos destrozos , pues quereis ser engañado: yo me he conjurado, y si deseais saber con quien, es con Feroras vuestro hermano, con Salomé vuestra hermana , con Ptolomeo, con Sapricio, y con todos vuestros Consejeros ; matad á todo el mundo y reynareis solo.

Decia demasiado para ser creído , mas lo decia con modo que no decia nada menos. Estuvo encerrado en la prision algun tiempo , hasta que Archelao , Rey de Capadocia , su suegro (2), teniendo noticia de su desdicha , se vino á la Corte de Herodes. No quiso chocar de golpe , ni decirle hacia mal en creerse tan de ligero , porque no era este buen medio de negociar con un hombre que procuraba siempre justificar lo posible en sus acciones. El Capadocio disimulado mostró tenerle compasion de verle en tal estado , y le dixo: *Que tenían muy poca razon sus hijos en disgustarle ; y que no venia á excusar á su yerno , ántes sí á castigar á su hija propia si la hallaba culpada.* Herodes se consoló mucho , y oyendole hablar de esta manera le vinieron las lágrimas á los ojos. Archelao , viendo habia hecho buen tiro su razonamiento , comenzó poco á poco á decirle que los Principes sus hijos , á la verdad mostraban alguna soberbia , pero era dañosa su mucha facilidad , y era menester tener gran cuidado. De tal suerte le fue ablandando que deshizo toda la calumnia ; y Glafira hallandose presente , con su eloquencia y lágrimas alcanzó todo lo que quiso en favor de su marido , con lo que el pobre preso fue puesto luego en libertad.

En

(1) Prenden á Alexandro hijo de Mariamne.

(2) Libralo Archelao , su suegro.



En este tiempo vivia Herodes como un ciclope en su caverna, siempre ofuscado con infinitos rezelos, siempre pronto á executar nuevas crueldades, y como Antípatro le conocia capaz de recibir qualquier género de sombra, no dexaba de irle dando materia, fomentando las sospechas para adelantar de esta suerte su fortuna. Llegó en este tiempo á la Corte de Judéa (1) un Griego embustero, llamado Euricles, que se preciaba de Príncipe, y hacia muchos presentes á Herodes por gran- gear su amistad. El desdichado Rey se agradó de él, y le puso en el número de sus mas íntimos amigos. Vivía con Antípatro, y viendo que por entonces tenia el principal manejo de los negocios, procuró irle ganando la voluntad, y ambos trataban familiarmente á Alexandro, sacandole los secretos de su corazon, para decirle despues á Herodes lo verdadero y lo falso, y el Rey les daba mucho crédito.

Aun no pasaron tres años, quando la calumnia echó el resto de su veneno. Dos soldados de la guarda de Herodes, despedidos por leve causa, fueron despues inadvertidamente recibidos en casa de Alexandro, el qual los queria bien, por ver eran hombres honrados y de buen proceder. Acusaronlos de haberse conspirado, y luego los prendieron y pusieron á quíestion de tormento. El dolor insufrible les hizo decir, que solicitados de Alexandro y Aristobulo habian intentado matar á Herodes yendo á caza. En este mismo tiempo el Gobernador de la Ciudad de Alexandria, que era una de las fuertes plazas del Reyno, fue acusado de que habia querido entregarla á estos Príncipes, lo qual él negó con gran valor; pero un hijo suyo, enojado contra el padre por algun disgusto, dixo que la deposicion era verdadera, y entregó unas cartas falsas de Alexandro, que parecia decian lo mismo, aunque se juzgó venian de mano del Secretario Diopante, que sabia bien hacer qualquier falsedad.

He.

(1) Ultimo suceso de la calumnia.

Herodes no quiso andar en mas pruebas; mandó prender á sus hijos (1), con resolucion de quitarles la vida, y todos los daban ya por perdidos. En este tiempo, Melas, uno de los Consejeros del Rey de Capadocia, vino á Judea para reconocer la materia, y la halló muy enconada y sin esperanza de remedio. El padre malvado mandó traer de la prision á su hijo para tomarle la declaracion delante de Melas, y confrontar las deposiciones. Alexandro preguntó: *Que donde estaban los testigos.* Respondiósele: *Que ya estaban muertos.* Replicó él: *Que era injusticia haberles hecho morir en una mentira sacada á fuerza de tormentos, y cerrarles la boca para nunca poder decir la verdad. Y que en quanto á él y su hermano Aristobulo, no habian tenido otro deseo sino huirse á Capadocia, y de allí pasar á Roma por librarse de las importunidades de su padre.* Quando Herodes oyó hablar del viage de Capadocia, rogó á Melas se informase con particularidad de Glafira, que ella declararia mas el designio. Llamaron, pues, á Glafira, y al punto que vió á su marido aprisionado, fue cosa lastimosa ver su afliccion: *¡Ay de mí!* dixo, *esposo querido, ¿estos son los favores de vuestro padre? ¿Es esta la corona que os habia prometido?* Y angustiandosele el corazon no pudo hablar mas. Comenzó á derramar lágrimas el desdichado Alexandro porque la amaba entrañablemente, y todos los circunstantes se lastimaron de ver aquel espectáculo; los que la habian de exâminar se miraban unos á otros, sin acordarse de las formalidades de la justicia. Herodes preguntó á Alexandro, si su muger tenia parte en sus secretos. El respondió: que por sus méritos y discrecion nunca la habia encubierto nada. La pobre Princesa quedó atónita de oir semejantes palabras, y con todo eso dixo con sencillez, que no sabia nada de lo que pasaba, mas que un niño recién nacido; pero no obstante estaba pronta á mentir por salvar á su marido, y que jamas lo ne-

(1) Alexandro y Aristobulo, hijos de Mariamne, son presos.

negaría aunque se cargase sobre sí algún crimen. Alejandro, tocado, en lo vivo de esta piedad, la dixo: *Señora, no teneis que espantaros, bien sabeis que nunca he tenido otro deseo sino de llevaros á Capadocia á ver al Rey vuestro padre: veis aquí todo nuestro delito.*

No le gustó esto mucho á Herodes, ántes adelantó la sospecha contra el Rey de Capadocia, pareciendole mal que hubiera querido llevarle el hijo sin darle aviso. Mandó encerrar á los presos, y envió en el interin nuevos Embaxadores á Roma, para justificarse de algunas calumnias que le habian puesto, y para obtener del Emperador toda libertad para disponer de sus hijos, segun justicia. Todo se le concedió, porque los Príncipes estaban desacreditados y malquistos en Roma, por diferentes caminos, de manera que no hubo persona que osase defenderlos. El muy contento de tener tales despachos, como usaba mucho de la formalidad, y daba siempre á su pasion color de justicia, juntó su Consejo (1) para hacer la causa á sus hijos, admitiendo á todos los que veia mal informados, para acreditar su infame deseo, y apartando á los que podian ponerle algun embarazo. Entre otros Archelao fue nombrado expresamente por el Emperador para exâminar este negocio. Ademas de lo dicho, contra toda justicia nunca quiso que pareciesen sus hijos delante de los Jueces para hacer decir sus defensas, sino él solo entraba en la junta lleno de hiel y veneno. Nunca le vieron mas fuera de sí; la pasion le habia todo desfigurado, de modo que hablaba y decia cosas indecentes á su autoridad. Sus amigos no le conocian, y les parecia no Rey sino fiera. Unas veces acusaba y se querellaba, otras se quedaba cortado, y sacaba las cartas de sus hijos, que no contenian cosa de importancia. Estas eran las del viage á Capadocia; y no obstante como si hubiera ganado una gran victoria daba voces, diciendo: *Señores, ¿qué decis á esto? ¿No es gran maldad que no me haya yo muerto ántes de ver tal cosa?* Otras

ve-

(1) Sentencia y muerte de los inocentes.

veces decia que se remitia á la justicia, y que no queria hacer nada con pasion. Otras, que no habia mandado juntar este tribunal para aconsejar, sino para seguir los términos de la justicia, porque la posteridad escarmentase en el parricidio. Ultimamente, citaba el Deuteronomio, que permitia á los padres hacer apedrear á los hijos rebeldes; y se hacia Letrado y Teólogo, mostrando las letras del Emperador, que estimaba mas que su Deuteronomio, y hablaba contra los reos como si estuviesen condenados por sentencia de Augusto. Quando se llegó á votar, Saturnino, Romano, que habia sido Consul, hombre de grande autoridad, le disuadió claramente esta crueldad, diciendo que él era padre, y que sabia lo que quiere decir este nombre, y que algun dia se arrepentiria de haberse precipitado tanto. Este gran varon tenia consigo tres hijos, hombres de valor, y que tenian buenos puestos, los quales hablaron en favor de los buenos Príncipes, pero sin efecto. Despues de ellos se levantó Volumnio, hombre torpe, y que seguia el rumbo de los que condescendian con la pasion de Herodes, y con él los demas sentenciaron injustamente los Príncipes á muerte. Habiendose publicado la sentencia, un viejo, Capitan de Herodes, llamado Tyron, apasionado en favor de los inocentes, se fue derecho á palacio, y pidió audiencia para hablar solo al Rey, y se le concedió. Este buen hombre, hablandole aparte, le hizo grandes réplicas, hasta llegarle á decir que debia de haber perdido el juicio, pues quitaba la vida á sus verdaderos herederos, por criar una víbora, que algun dia verteria todo su veneno. Herodes le escuchó al principio con gran sufrimiento; pero como se fue adelantando le preguntó, quien eran los que estaban de aquel parecer. Yo, dixo el buen viejo, *el primero, y tales y tales personas de calidad*, nombrandolos por sus nombres. Herodes le mandó prender, y se aseguró de los otros, condenandolos á todos á muerte; y despues dió orden de que llevasen sus hijos á la Ciudad de Sebaste acompañados

dos de sus más crueles Ministros para matarlos en la prision.

Estos desdichados Príncipes, que siempre habian aguardado esta sentencia, viendo los horribles semblantes de los verdugos, y la formidable imagen de la muerte delante de los ojos, temblaron de miedo, y les preguntaron: *¿Quién os envia?* Pero ellos apartandolos como víctimas, y descubriendo los instrumentos de su crueldad, mostraron bien á lo que venian, porque sin darles respuesta los cogieron, y echandoles un cordel al cuello, los ahogaron á toda fuerza sin ninguna misericordia. La pobre Glafira, que aun no habia perdido las esperanzas de la libertad de su marido, quando estaba previniendo una nueva bateria para amansar á su suegro, oyó las nuevas de la muerte de Alexandro, y juntamente de su viudez, quedó desmayada mucho tiempo, sin hablar mas que una estatua, y al cabo volviendo un poco en sí, dando un profundo suspiro dixo: *¡Ay de mí! Nunca pensé yo que Herodes llegase á tal extremo: decidle que el sacrificio de su crueldad aun no se ha acabado, que todavia está aquí una parte de la víctima con vida. Alexandro, querido mio, Alexandro, que vivireis eternamente en mi corazon, ¿es posible que hubiese de acabar vuestra inocente vida con un infame suplicio? ¿Es posible que os habia de servir de verdugo el que la naturaleza os habia dado por padre? Por lo menos habian de llamarme para recibir el último aliento de vuestra alma, y para recoger vuestras últimas palabras y encerrarlas dentro de mi corazon.* Despues, volviendose á dos niños hijos suyos, que tenia á su lado, dixo: *¡Pobres huérfanos, qué padre os han quitado! ¡Ay de mí, qué presto habeis comenzado á ser desdichados!* La pobre señora se afligia sin consuelo de noche y de dia, y no pudiendo vivir mas en la Corte de Judea, que le parecia la cueva de un leon, se volvió á Capadocia con el Rey su padre. Herodes se quedó con sus dos hijos, con color de quererlos criar, pero mas era por asegurarse, temiendo que su nombre no le ocasionase alguna revuelta.

¡O Providencia de Dios, parece que tardais mucho en castigar á los culpados! Estos Príncipes, hijos de una madre tan virtuosa, tan bien criados, tan bien educados, dotados de tan bellas partes, declarados por sucesores legítimos de la corona. Estos Príncipes, que no habia mas que cinco años que los habian visto volver triunfantes de Roma á Jerusalem, como dos lucientes astros que esclarecian á toda Palestina con sus rayos. Estos Príncipes, que prometian tantos triunfos y tantas maravillas, veislos aquí en lo mejor de sus años, en la flor de sus esperanzas á la puerta del templo de la honra, por una pequeña libertad de hablar, indignamente muertos, y con un cordel al cuello en lugar de diadema, hechos ahogar por dos verdugos. Esto fue lo que aprendió Herodes tres años ántes del nacimiento de nuestro Salvador, para prevenirse á acciones aun mas enormes. Decian de Sylla, que si la misericordia hubiera venido á la tierra en cuerpo humano, la hubiera él muerto. Pero Herodes hizo aun peor; no le faltaba mas despues de tanta carniceria, sino teñir sus manos con la sangre de catorce mil inocentes, y querer hacer lo propio en el Hijo de Dios mismo, lo qual sucedió de allí á poco tiempo, como todos lo saben segun la Escritura.

Ya es tiempo de ver en qué pararon estas almas perversas (1), para que consideremos los golpes de la Divina Providencia, que no dexa de enojarse en este mundo en parte con los que tiene reservados para las penas eternas del infierno. El detestable Antípatro, que habia urdido toda la tela de esta maldad, viendo ya muertos con sus artificios á los herederos del Reyno, le parecia que ya tenia un pie en el trono. Continuó sus astucias y malicias, cubriendolas siempre con una máscara de devocion, teniendo gran cuidado con la vida y Estados de su padre, mientras se iba previniendo para hacerse presto dueño absoluto de todo, te-  
mien-

(1) Antípatro hijo de Herodes lo manda todo.

miendo que la voluntad de Herodes, que era muy inconstante, no se mudase. Y para esto andaba cada dia practicando grandes inteligencias; pero el pueblo le aborrecia como á un tigre, y los soldados que le veian manchado con la sangre de sus hermanos, tan queridos de la nobleza, no le podian de ninguna manera tragar. Y sobre todo estaba el pueblo con grande compasion, quando llevaban por las calles los hijos de Alexandro y Aristobulo, criados en la Corte de Herodes. Todos miraban á estos pobrecitos huérfanos con ojos compasivos, acordandose de la desdicha de sus padres. Antípatro bien echaba de ver que era menester quitarlos delante para atajar la envidia, y no quemarse en la llama, temiendo que con el tiempo su padre, que era muy sagaz para estas materias, no descubriese sus designios. No obstante, era tan disimulado, que no quiso pedir licencia á su padre para salir fuera, de miedo de no fundarle alguna sospecha; mas hizo como al descuido que le escribiesen á su padre algunos amigos que tenia en Roma, diciendole todo lo que deseaba; es á saber, que era necesario enviarle á Roma, para atajar las empresas que intentaban los Arabes sobre el Estado de Judea.

Herodes habiendo recibido estas cartas, despachó al punto á su hijo Antípatro con grandísimos presentes, y sobre todo con el testamento, en que le declaraba por Rey despues de su muerte. Veis aquí todo lo mas que él pudo desear en el mundo. Pero como los ojos de Dios nunca duermen, y enreda á los astutos en sus mismas astucias, sucedió que el desdichado Feroras, que habia hecho muy bien su papel, como hemos visto en esta lastimosa tragedia, murió de repente y emponzoñado, segun se dice, por aquella criada con quien se casó.

Herodes se resolvió ir á la casa de su hermano para hacer pesquisa sobre este caso, y supo sin pensar como Antípatro habia dado veneno á Feroras el difunto por desgracia, siendo el intento emponzoñar al Rey

su padre , mientras estaba en Roma , y volver velozmente á Palestina con la corona en la cabeza (1). Esto juró el hijo mismo del Mayordomo de la casa de Antipatro , y se circunstanció con tanta expresion , que no habia que dudar. Herodes preguntó que donde estaba el veneno ; y le respondió que en poder de la viuda de su hermano Feroras. Preguntada ella del caso , subió á una sala muy alta , fingiendo lo iba á buscar , y quando hubo llegado á lo mas encumbrado , se echó desesperada de alli abaxo para matarse ; pero permitió Dios que no muriese de la caída. Animáronla , y prometieronla no hacerla daño ninguno si decia claramente la verdad. Ella dixo , que realmente su marido habia recibido de Antípatro el veneno , y habia tenido voluntad de ponerlo en execucion , pero que un poco ántes de su muerte se habia arrepentido y detestado tal alevosia ; y diciendo esto sacó el veneno , que se reconoció despues en la muerte de los reos ser muy mortal.

En este mismo tiempo Bathylo , á quien habia libertado Antípatro , fue cogido viniendo de Roma á Judea á dar aviso á Feroras que apresurase el hecho , y traia otro nuevo veneno , por si acaso el primero no era suficiente. En el ínterin Antipatro escribió al Rey su padre , que trabajaba mucho en Roma por deshacer las calumnias , y poner en limpio todos los negocios , de que esperaba buen suceso , y volver muy presto á Judea. Herodes que le deseaba ya coger le escribió así (2):

*Hijo mio , lo anciano de mi vida y la debilidad de mi cuerpo , me están enseñando todos los dias que soy mortal.*

*Una cosa me consuela , que habiendo hecho eleccion de vuestra persona para suceder en mi Estado , veré rejuvenecer mi vejez en vuestra persona , y abogaré casi mi muerte en vuestra vida , supuesto que viviré en una parte de mi mismo , que tan sumamente quiero.*

Qui-

(1) Conjuracion de Antipatro descubierta. (2) Ardid contra ardid.



*Quisiera que estuvierais ya cerca de mí, no tanto por las asistencias que espero de vuestra piedad, como por el perjuicio que vuestra ausencia podrá causar á vuestra fortuna. No dexéis, con licencia del Emperador, de poneros aquí muy presto, porque la dilacion no adelanta nada vuestras cosas.*

El cebo era muy goloso para guardarse del anzuelo. Oyendo él estas nuevas quisiera poder volar para ir á Jerusalem; despacha sus negocios, toma licencia de Augusto, y parte corriendo por obedecer las órdenes de su padre. Es de admirar que viniendo por el camino no encontró á nadie que le diera aviso de lo que pasaba; tan aborrecido estaba de Dios y de los hombres. Verdad es que estando en Cilicia supo que su madre estaba en desgracia, de lo qual se admiró mucho y quiso volverse, pero uno de sus Consejeros, inducido, puede ser, por Herodes, le dixo que si contra él no se hacia nada, no tenia que temer; y si acaso estaba urdido algun enredo debia ir allá muy presto para deshacerlo, porque á no hacerlo así, su ausencia adelantaria mas la sospecha; él creyó este consejo, y no obstante los remordimientos de su conciencia, se fue derecho á Judea. Quando llegó al puerto de Sebaste, comenzó á tener mayores rezelos de su desgracia que nunca, porque en el mismo puerto donde ántes habia visto un tan gran concurso de pueblo, que le hizo grandisimos aplausos quando se embarcó, no por amor que le tuviesen, sino por obedecer á Herodes que lo mandaba así, reparó que el estado de los negocios estaba mudado, pues le recibian con áspero semblante, y algunos le miraban con la vista torcida, murmurando entre dientes, como que le maldecian por haber derramado la sangre de sus hermanos. Estaba ya muy empeñado para volverse atrás, y la venganza de Dios le habia ya señalado su alojamiento. Salió de Sebaste, caminó derecho á Jerusalem, y entró dentro de palacio ricamente ataviado con buen acompañamiento; las guardas le dexaron entrar, y despues mandan á todos los que le acompañaban que no se acercasen al Rey.

Rey. Quedóse atónito, viendo le habian cogido como un páxaro en la red; no obstante siguió su camino, y entró en la sala donde su padre le aguardaba, acompañado de Quintilio Varo, nuevamente venido de Roma para gobernar la Siria.

Despues de haber hecho una profunda reverencia, fue á dar el beso de paz á su padre, segun era costumbre; pero luego conoció el bramido del leon, porque retirandose Herodes le dixo: *Idos de abí, patricida y parricida: ya se acabaron para vos los besos del padre. Veis abí á Quintilio Varo vuestro juez, á quien mañana habeis de responder sobre los delitos que se os acumulan.*

Asombrado de oír este rayo, se retiró todo desfigurado, con la imagen de su delito en el pensamiento. Halló en la sala inmediata á su madre y á su muger llorosas, que con grandes alaridos le hacian ya los funerales. El asombro se habia apoderado tanto de él, que ni tenia lengua para consolarlas, ni aun lágrimas para llorar su desdicha. Pasó toda la noche con grandes inquietudes, conociendo que es mas facil cometer un delito, que excusarlo. El dia siguiente fue mandado venir á audiencia, donde halló al Rey su padre con Quintilio Varo, y muchos Consejeros de Estado (1). Acababan entonces de coger unas cartas de su madre, en que le decia que ya estaba descubierto, y que se guardase muy bien de volver y ponerse en las manos de su padre, si no queria caer en las garras del leon. Dixeronle esto á la entrada del Consejo, y no aguardaba sino la hora en que le diesen garrote, porque su conciencia misma le servia de verdugo. Por esto, echandose á los pies de su padre, le suplicó no le condenase ántes de oírle.

Herodes replicó: *Malvado, ¿ qué tienes que decir? Dios acaso te guardaba para ser el último azote de mi vejez. Bien sabes que te saqué como de las heces para ponerte sobre la cabeza de tus hermanos, fuera y contra toda esperanza. Yo*  
te

(1) Antípatro acusado delante de su padre.

*te he dado mi dinero, mis rentas, mi autoridad, mi benevolencia, mis secretos, mi corazon, y mi corona por un testamento firmado de mi mano; y tú no has podido aguardar á que tu padre muriese su muerte natural para gozarlo. ¿Era esto á lo que tiraban tus designios quando procurabas con tanto fervor la muerte de tus hermanos? No obré nada en su proceso sino por tu denunciacion y aviso. Infame, temo que tú me has manchado con su sangre; pero tu delito ahora descubre su inocencia.*

Diciendo esto lloraba fuertemente, y la muerte de Mariamne y de sus desdichados hijos le venia al pensamiento, con lo que se le affigió de tal suerte el corazon, que no pudiendo pasar adelante, rogó á Nicolas Damasceno que prosiguiese. Antípatro se adelantó, y dixo en su defensa:

*Que se le hacia notorio agravio en creer á esclavos y á mugeres en daño suyo. Que él tenia letras del Emperador, que no pueden engañar, como el mismo Dios, que daban bastante testimonio de todos sus procederes, y de la satisfaccion que habia dado en Roma. Que nunca habia faltado á la piedad para con su padre, porque fuera grandísima locura meterse en un riesgo incierto, por una corona cierta que tenia entre las manos. Ultimamente, sin hacer mas largos discursos, que consentia le tratasen como á un esclavo, y le atormentasen para probar su inocencia.*

Diciendo esto se atormentaba tan horribilmente, que comenzaron todos á compadecerse.

Nicolas Damasceno, que era entendido, le fue cogiendo palabras, y le dixo lo que estaba dispuesto, con que le hizo callar y puso en confusion; y despues descargó sobre él una inventiva muy sangrienta, que está por mayor en la historia de Josefo, donde como Orador exâgera todas las circunstancias de su delito.

*¿No veis, decia él, que es brutal necedad conjuraros contra vuestro padre, teniendo aun á la vista la sangre de vuestros hermanos, y todas las seguridades del cetro en las manos? ¿Era menester cometer un parricidio para haceros dueño de una corona que os estaba adquirida por un tes-*

tamento tan solemne y tan auténtico? ¿No aguardabais sino la sangre de vuestro padre para echar el sello? Y de un padre, cuya vida es tan amada de los buenos, y su natural tan inclinado á favorecer á sus hijos, aun no teniendo méritos. Ingratitud es esta bastante para hacer bramar al cielo, y temblar la tierra debaxo de nuestros pies; ingratitude digna de que todos los elementos se conjuren en su castigo.

Este hombre le apretaba mucho con encendidas razones, y con varonil eloquencia, y el desdichado Antípatro tenia la vista hácia la tierra, rogando á Dios hiciese un milagro para declarar su inocencia, pues se hallaba tan acosado por la malicia de los hombres.

Es de admirar, dice el Historiador, que los que no tienen nada de Dios en la vida, le quieren tener en su muerte. Este hombre habia vivido como sino hubiera ni cielo, ni Dios, ni Angeles; y viendose cercano á la muerte, rogaba á Dios le excusase su delito. Varo le dixo: *Amigo mio, no espereis señales extraordinarias del cielo en vuestro favor; pero si teneis alguna buena razon, ponedla osadamente á la vista; el Rey vuestro padre no desea cosa mas, que vuestra justificacion.* El quedó confuso, como ya rematado. Varo, tomando el veneno que se habia presentado en juicio, se lo dió á un reo que ya estaba condenado, y murió luego al punto, con lo que todos se levantaron, segun dicen, condenando claramente con esa accion á Antípatro. Su padre, teniendole ya por convencido, le preguntó qué cómplices tenia, y él nombró solamente á Antifile, que habia traído el veneno, diciendo que este malvado hombre era la causa de toda su desdicha.

Poco faltó para que Herodes no hiciese luego al punto executar la sentencia de muerte; pero segun su proceder ordinario, tomó resolucio[n] de dar cuenta al César para que lo dispusiese á su v[oluntad]. En este interin Antípatro fue metido en una prision muy estrecha, aguardando cada dia como una infeliz victima su muerte.

Herodes á este tiempo tenia cerca de setenta años,

y conocia por la flaqueza de su edad que no tenia mucha vida. Era cosa esta que la digeria muy mal, porque no ha habido hombre en el mundo que mas haya deseado vivir, y dexara de muy buena gana la parte que tenia en el otro mundo, por gozar continuamente de este, aunque en realidad de verdad le era infortunado. A lo último de sus dias se puso tan melancólico, tan terrible y tan furioso, que sus domésticos no sabian cómo portarse con él; parecia en su palacio un leon viejo, atado con las cadenas de un mal incurable; parecia que todo el mundo le aborrecia, y no se engañaba en esto, porque habia dado para ello harta ocasion. El pueblo casi estaba para romper el yugo, hallandose impaciente y sin poderle sufrir.

Quando se supo el achaque que padecia, Judas y Matias, que eran los mas célebres Doctores de la ley Judaica, y que tenian de su mano á toda la juventud, persuadieron á los mas animosos de su secta, para que emprendiesen un hecho harto aventurado (1). Y fue el caso, que Herodes habiendo reedificado y adornado el Templo de Jerusalem, como siempre, por su particular interés, habia idolatrado la fortuna del César, y habia hecho poner en la puerta principal el Aguila de Roma, que era toda de oro. Pareciales mal esto á los Judios, y no podian sufrir que se pusiesen efigies de hombres, ni de animales, ni otras ningunas figuras en su Templo, porque estaban escarmentados de los monstruos que sus padres habian visto adorar en Egipto. Por esta causa Judas y Matias, que eran de los mas principales, juzgando que la enfermedad de Herodes les favorecia, comenzaron á exhortar á los mas osados mancebos, que acudian cada dia á sus casas, á que tomasen por su cuenta el agravio de Dios, segun lo habian hecho sus abuelos, y que quitasen esta abominacion que se habia puesto en su Templo. Que á la sazón el peligro no era tan grande, por tener Herodes

(1) Las Aguilas abatidas.

des tanto que hacer con su enfermedad, y que quando sucediese morir en la empresa, siendo una accion tan gloriosa, era enterrarse en las palmas y en los triunfos.

No fue menester mas espuelas para estos mozos, porque juntandose una tropa de los mas osados, armados con hachas y destrales, subieron á lo alto del Templo, é hicieron pedazos el Aguila á vista de todos, estando presentes Judas y Matias, y sirviendo como de trompetas á este combate. Llegó el ruido luego al punto á palacio, y fue corriendo allá el Capitan de las guardias con los mas animosos soldados. Iba temiendo que el designio no pasase mas adelante, y que este destrozo no fuese señal de mayor sedicion; pero apénas llegó, quando el pueblo se retiró y le aseguró el camino. Cogieron á quarenta mozos de los que se habian hallado en la empresa, y Judas y Matias les acompañaron, teniendo por cosa indigna retirarse, sino seguir el mismo riesgo de los que habian seguido su consejo. Habiendolos llevado delante de Herodes, y preguntados de donde procedia tan grande atrevimiento, respondieron claramente, que se habia concertado entre ellos, y que á no haberlo hecho, no dexaran de ponerlo siempre en execucion, porque mas obligacion tenian á Moysés que á Herodes. Quedó asombrado Herodes de esta resolucion, y temiendo alguna mayor sedicion los mando llevar á Jericó, á donde fue él tambien, aunque estaba bien malo, y juntando á los mas principales los habló desde la cama, dandoles larga cuenta de las buenas obras que habia hecho á toda su nacion; como les habia edificado el Templo, y quantos adornos le habia dado; y añadiendo, que habia hecho en pocos años lo que sus Reyes Asmonéos no habian podido hacer en ciento y veinte; y en recompensa de su piedad habian en medio del dia tenido atrevimiento de violar un don sagrado que él habia dedicado al Templo, en que Dios estaba mas interesado que él, y que así le diesen la razon.

Ellos temiendo irritarlo mas, torcieron el golpe, y lo echaron sobre la cabeza de los compañeros, dexandolos á discrecion del Rey. Luego al punto se le quitó el Sacerdocio á Matias, y otro Matias que corrió la voz habia sido el autor de la sedicion, fue quemado vivo con sus compañeros aquella misma noche, en que se vió un eclipse de Luna, que hizo aun mas formidable este espectáculo.

Pocos dias despues, Herodes habiendo hecho experiencia de todos los remedios humanos y no hallando ninguno que le aprovechase, llegó á tener la mas horrible enfermedad, como la refieren muy bien Josefo y Eusebio Cesariense. Quería Dios hacerle beber en esta vida mucho tiempo el caliz de su justicia, acabando este malvado cuerpo con largos tormentos, y así fue herido de una manifiesta llaga del cielo, y cebado de un furioso esquadron de dolores irremediabiles. El que desde su mocedad se habia abrasado en una furiosa ambicion, tuvo en la muerte un fuego que le abrasaba las entrañas. El que toda su vida habia tenido una rabiosa hambre de adquirir tesoros, hasta hacer abrir los sepulcros de David y de Salomon para sacar sus riquezas, estaba atormentado de una hambre canina, horrible y afrentosa, que le hacia dar voces de hambre, y comer de dia y de noche sin satisfacerse. El que habia hecho tantos viages y dado tantos pasos por engrandecerse, veía entonces sus pies hinchados y llenos de malos humores. El que habia en su vida mandado dar tantos tormentos, experimentaba cólicas terribles é insoportables que le atormentaban. El que habia quitado la vida á tantos hombres, estaba cogido todo de una asña que no le dexaba resollar. El que habia tenido la prudencia y política humana por nervio principal de su Estado, experimentaba en su cuerpo pasmos y encogimientos de nervios que le causaban mucho dolor. El que habia derramado la sangre de la desgraciada Mariamne, y que habia muerto á sus hijos por hacer cocer los cabritos, como dice la Escritura,

en

en la leche de su madre; que estaba anegado en la sangre de cerca de catorce mil inocentes, deseando coger entre ellos al Salvador del mundo, se veía morir de su misma sangre, afligido de una cruel disenteria. El que habia abusado de sus miembros en monstruosas lascibias, tenia á la muerte las partes vergonzosas llenas de podre y gusanos, con un achaque tan ignominioso que no se puede escribir.

¿Decid, pues, qué la Providencia de Dios no está siempre velando para castigar á los malvados? Este desesperado en lugar de adorar en la muerte la Justicia de Dios y besar el azote que le castigaba, intentó nuevas matanzas. Hizo publicar un edicto, por el qual mandaba que todos los principales de los Judios de todas Provincias viniesen á Jericó, á donde él se hizo llevar, y habiendolos encerrado en el circo llamó á su hermana Salomé y á su marido Alexas, y les dixo estas palabras (1):

*No me pesa de morir y pagar el tributo á la naturaleza, que tantos Reyes han pagado ántes que yo, pero pésame que mi muerte no será tan llorada como deseo si vosotros no lo remediais; sabed que para este efecto he traído toda la nobleza de Judea que teneis en vuestro poder. Luego al punto que yo muera hacedlos degollar á todos, y que no se publique mi muerte sin que se haya ya sabido la de esta gente, y sea llorada de todos sus parientes. De esta suerte espero llenar á Judea de lágrimas y suspiros, con que saldrá mi alma del cuerpo mas contenta.*

El malvado, diciendo esto, se lo rogaba á su hermana con muchas lágrimas, por lo que mas estimaba en este mundo y tenia por mas sagrado, como si la pidiera el Paraíso; y por contentarle fue fuerza prometerselo al punto con juramento, aunque despues no se puso en execucion. En esta accion sola mostró muy bien como tenia un alma de lobo dentro de la piel de hombre, y que la sed de san-

gre

(1) Terrible crueldad.



gre humana se le habia convertido en naturaleza.

Estando haciendo este tan lindo testamento le vinieron cartas de Roma de parte del César, en que le aseguraba como Acmé, dama Judia, que era de la familia de Libia, muger de Augusto, habia sido convencida de malas inteligencias con Antípatro, y se le habia quitado por ello la vida; y en quanto á su hijo, se lo dexaba enteramente á su disposicion y orden. Este hombre en el artículo de la muerte gustaba aun de la venganza con grande dulzura; tomó ánimo con estas nuevas, y pidió una manzana y un cuchillo, y él mismo comenzó á mondarla; pero estando en esto, como los dolores se le acrecentaban, le pesaba mucho de perder la vida que tanto habia querido; y uno de sus nietos llamado Achiavo, que estaba junto á la cama, reparó que andaba dando unas ojeadas rabiosas, y parece que queria matarse él mismo con el cuchillo que tenia en las manos, de lo que asombrado el mancebo, le tuvo el brazo lo mejor que pudo, y comenzó á dar voces, como si hubiera ya muerto su abuelo, á lo que acudió todo palacio.

Antípatro (1), que desde su prision oia este ruido, conoció que Herodes estaba á lo último, y no perdía aun la esperanza de la corona, ofreciendo, á modo de decir, montes de oro al que le tenia preso porque le soltase; ¡pero cuán profundo es el juicio de Dios! El Alcayde, en lugar de atender á sus ofertas, se fue derecho al padre y le dió cuenta como Antípatro hacia todas las instancias posibles por salir de la prision y tomar posesion del Reyno. Herodes, gritando y dandose de calabazadas: *¿Cómo, dixo, el parricida me qui re matar aun en mi cama? Vida tengo yo aun para quitarle la suya.* Despues incorporandose un poco y echandose sobre el codo, llamó á uno de sus Ministros y le dixo: *Id luego al punto á la prision y matad á ese parricida, y entierrenle en el castillo de Hyrcano sin honra de sepultura.* Esto fue

(1) Muerte de Antípatro.

fue en un punto executado, y este fue el fin de aquel desdichado que habia alborotado la tierra y los infiernos, por ponerse en el trono de su padre, segun algunos Matematicos se lo habian pronosticado.

Pasados cinco dias despues de esta muerte (1), Herodes habiendo declarado á Archelao por sucesor del Reyno contra su primer testamento, en que disponia de él en favor de Antípatro; despues de haber acomodado á sus otros dos hijos, dandoles las partes que quiso, y haber hecho grandes legados á Augusto César, dió su infeliz alma en medio de la rabia y desesperacion, á los setenta y dos años de su edad, y treinta y siete de su Reynado.

Un Príncipe, dice Josefo, que quiso toda su vida ser dueño de las leyes y esclavo de sus pasiones, y que no obstante sus grandes felicidades, debe ser tenido por el mas desdichado del mundo. Veis aquí como habla este Autor, grande Estadista, para enseñar á la politica humana que no hay prudencia, sabiduria, consejo, grandeza ni dicha, á donde no está Dios; porque dexando aparte los tormentos eternos de la otra vida, donde este bárbaro está encerrado por haber muerto en la venganza, me aseguro que no habra rústico ni jornalero, por poco juicio que tengan, que quieran dar un dia de su vida por los treinta y siete años del Reyno de Herodes, que él pasó en continuas empresas, en negocios trabajosos, en viages arriesgados, en desconfianzas siniestras, y en remordimientos de la conciencia, que son los precursores del infierno, dexando demas de esto una posteridad mal afortunada. Veis aquí su elogio.

*Herodes Ascalonita vultu ferus, animo barbarus, luto,  
 sanguine maceratus, à quo nihil ad summam crudelitatem  
 præter deicidium abfuit, deicidio voluntas non defuit, vulpina  
 fraude Regnum Judeæ invasit anno mundi MMDCCCCLXV.  
 Regnavit iræ servus, juris Dominus, fortuna felix, cico-  
 plea*

(1) Fin del Político, verdaderamente desdichado.

*plea vita infelicissimus: Desiit cœlesti plaga feralis morbi  
anno Regni XXXVII. Christi VIII.*

Del buen tratado de esta Corte se puede ver á donde lleva el vicio las grandes fortunas. En la persona de Aristobulo é Hyrcano, contemplareis como hace menos daño el cáncer en un cuerpo, que la division de los hermanos en un Estado.

En la persona de Antípatro, un amigo interesado, que procuraba pescar en agua turbia, y pescandolo todo á su salvo, se ahoga pescando; porque sepais que no hay mayor sagacidad que ser bueno un hombre, y que quando se ponen los lazos á los otros, se suelen abrir hoyos en que caer.

En la persona de Pompeyo, un árbitro, que hace todo su negocio con velo de justicia, que fabrica su ambicion en la ruina de los Estados, y al cabo la tierra que le faltaba que conquistar, le faltó para su sepulcro. No hallaba mas que conquistar, y apénas halló seis pies de tierra para enterrarse.

En la de Hyrcano mucha ligereza en creer, mucha facilidad en complacer á los otros, y mucha pusilanimidad en el gobierno de la justicia, todo lo qual le despeñó en una vida tan miserable, como su muerte fue sangrienta y cruel.

En la de Antonio, un juez apasionado, que se dexa llevar de todos vientos, y se arrima al mas poderoso, sin reparar en la justicia.

En la de Josef y Sohemio, que es peligroso tratar con las mugeres, aunque sea sin mal intento, y mas peligroso aun el descubrir un secreto. El que quiere guardarle bien, debe enterrarlo en su corazon.

En la de Aristobulo el mozo, como las mejores esperanzas son maltratadas en su flor, y que es menester caminar por las prosperidades de este mundo, como sobre el yelo, y que al manejarlas ha de ser como al vidrio, temiendo siempre no se quiebren y pierdan su lustre.

En la de Alexandra, una ambicion sin término, de-

seos sin efectos, aflicciones sin consuelo, tormentos sin paciencia, y una muerte sin mérito, y todo esto por falta de no dar un buen temple de virtud á su alma.

En las de los hijos de Mariamne, la inocencia perseguida, y una pequeña vanidad de lengua cruelmente vengada.

En la de Antípatro el mozo, la astucia engañada, la nube de las esperanzas humanas vacía, y la pena y la venganza siempre siguiendo al culpado.

En la de Herodes, una ambicion rabiosa, que da la mano á todos los delitos, un espíritu de dos caras, astuto, cauteloso, político, maligno, sangriento, bárbaro, salvaje, y con todo eso en lo mas fino de sus cautelas atado, necio y sin seso, pensando hacer su fortuna en perjuicio de la Religion y conciencia.

La buena dicha de engrandecerse, viviendo aborrecido de todo el mundo, con los remordimientos de una conciencia de ciclope, invocando mil veces la muerte sin poder morir, y al cabo morir con el cuerpo inficionado de horribles corrupciones, y arrancandole la muerte su alma del que estaba lleno de hediondez y de gusanos, para hacerle vivir en sus tormentos en una eternidad de llamas. ¿No veis los buenos frutos de la prudencia humana, de la impiedad y del atheismo?

En la de Mariamne, una alma ensalzada sobre las mas altas esferas de la verdadera grandeza, una alma verdaderamente real, santa, religiosa, mansa, misericordiosa, prudente, afable, y dotada de una incomparable paciencia, que como una águila fuerte de alas y vigor, remontandose sobre las tempestades del mundo, se hace señora de las borrascas y rayos, y que por haber experimentado su constancia en los continuos combates de su vida, le servirán por todos los siglos de inmortalidad y gloria.

## PULQUERIA.

## SECCION UNICA.

**A**cabamos de ver una Corte que mas parece gruta de un Polifemo, que palacio de un Rey, con que aprenderán los Grandes que no hay brutalidad tan fiera en que el vicio y poco conocimiento de Dios, no precipiten al que está dexado de su divina mano. Ahora hemos de ver que asi como las pasiones desregladas pueden de la Corte de los Príncipes hacer un infierno, asi tambien la frecuente devocion y las demas virtudes, la mudan en un verdadero Paraíso. Vereislo en el exemplo de Pulqueria, que de tal suerte formó las costumbres y Estados de Teodosio el jóven, su hermano, que parecia ser un Príncipe que no habia nacido sino para unir el cetro con las virtudes, y mostrar claramente lo que puede la grandeza Real quando echa por el sendero de la piedad.

No es pequeño milagro el ver un Rey santo: si Dios quisiese tener la curiosidad de traer un anillo (1), al modo que la Escritura le atribuye, las mejores cifras que en él haria grabar, serian los nombres de los buenos Reyes, que son sus mas vivas imagenes, quando unen el poder con la bondad (dos cosas inseparables de Dios) pero muy incompatibles en la vida de los hombres por la corrupcion de este siglo. Unos viven al mundo (2) dexandose llevar de su torrente, y esta es flaqueza. Otros huyen del mundo, y aunque huyen le llevan ordinariamente consigo, y esta es ilusion. Otros se apartan tanto de los bienes corporales como de los afectos, y esta es prudencia. Y pocos se hallan que trayendo acuestas el mundo por necesidad, le ponen debaxo de los pies menospreciando sus vanidades. Esto es lo que hizo este gran Príncipe, cuya Corte descri-

bi-

(1) Anillo de Dios. (2) Quatro modos de vivir.

bimos, por los Consejos de su hermana Pulqueria; porque hallandose en medio de los pueblos, fabricó en su corazon un desierto; y en el piélago inmenso de los negocios vivió como los peces, que guardando el silencio entre las olas, conservan dulce la carne en el agua salada. No es mi intento poner á Teodosio el mozo en el número de los mas fuertes y mas realzados, porque hemos visto otros de mas ánimo y valor; pero de industria he escogido el referir esta historia, sacada de la Crónica de Alexandro, de Zonaras, de Sozomeno, de Radeno, y de otros, para enseñar á algunos valentones, que no hacen caso sino de los corazones crueles, soberbios y alborotados, sacados de la Turquesa de la impiedad; quan mal hacen su cuenta, pues este Emperador con solo las armas de la piedad y modestia, asistido de la prudencia de la muy sabia doncella su hermana Pulqueria, se conservó en un larguísimo y dichosísimo Reyno, en medio de las horribles tempestades, que parecia querian hacer pedazos el mundo, y de otros Príncipes soberbios que daban muestras de quererse tragar la tierra y el mar, y al cabo se ahogaron en un vaso de agua.

Quiso Dios (1) que singularmente contribuyesen su nacimiento y educacion á la santidad de su vida. Era descendiente de Trajano, á quien por sobrenombre pusieron el Bonísimo Emperador, por excelencia. Su abuelo fue el gran Teodosio, que en las cosas de la guerra no tuvo primero ninguno que le aventajase, y en lo devoto ninguno mejor segundo que su nieto. Su padre era el Emperador Arcadio, Príncipe muy afable, el qual al principio del quinto siglo, es á saber, el año del Nacimiento de nuestro Señor de quatrocientos y uno, vió nacer este niño como un luciente astro, quando ya él acababa el curso de sus dias. Su nacimiento fue anunciado de boca de Santos (2), y su mas tierna infancia consagrada por la destruccion de los ídolos, poniendo

(1) Descendencia de Teodosio. (2) Su nacimiento pronosticado.

niendole Dios á un mismo tiempo en el número de los vivos , y en la lista de los Protectores de la Iglesia , por un ilustre hecho que diré ahora.

San Procopio Ermitaño (1), dotado de grandísima santidad , é ilustrado con el espíritu de profecía, vivía en la Isla de Rhodas , suspirando todos los dias por la destruccion de alguna idolatría , que aun reynaba en el Imperio Romano, quando por buena dicha dos santos Prelados, Porfirio y Juan , el uno Obispo de Gaza, y el otro de Cesaréa en la Palestina, que iban navegando á Constantinopla por el mismo efecto , quisieron alojarse en la Ermita de este santo varon. El qual habiendolos recibido con todo el respeto que requerian sus qualidades, y tratadoles segun la pobreza de su celdilla, sabiendo como caminaban á la Ciudad, Corte del Imperio del Oriente , con intento de obtener del Emperador un edicto para destruir totalmente los Templos de los ídolos, y reprimir las insolencias de los Paganos, que se iban deslizandose con tanto mas atrevimiento, quanto la flaqueza del gobierno que habia entonces les prometia la impunidad, se consoló en grande manera, viendo que unos hombres tan grandes emprendian una obra tan importante, y poniendole Dios las palabras en la boca les dixo: *Animo, padres míos, la gloria de esta empresa se debe á vuestra piedad: caminad osadamente á Constantinopla, y comunicad este designio con el santo Obispo Juan Chrisóstomo, resolviendoos á hacer lo que él juzgare conveniente. Y ademas de esto, sabed que la Emperatriz está preñada de nueve meses; y lo que es mas, tiene dentro de su vientre un Emperador. De la madre y del hijo que ha de nacer depende el buen despacho de vuestra pretension.* Alegraronse mucho ellos con esta profecía, y dexando al buen Ermitaño Procopio, dentro de diez dias llegaron á Constantinopla, y luego al punto visitaron á San Juan Chrisóstomo, que les recibió con mucho respeto y grande gusto.

Pues-

(1) Profecía de San Procopio.

Puesto el negocio en consulta, el Obispo de Constantinopla conoció que la Emperatriz podría ayudar mucho, y que Dios se sirve ordinariamente de la devoción de las mugeres para adelantar los negocios de la Religión. No obstante, no se atrevió á poner delante de ella estos dos Prelados, temiendo que su recomendación no les fuese de perjuicio, porque él habia llegado á tener algunos lances bien pesados con la Emperatriz. Esta era Eudoxia (1), muger de grande espíritu, y que naturalmente amaba la devoción, como la leche de sus tiernos años; pero tenia el corazón altivo, y se alteraba con facilidad, si se emprendia alguna cosa de importancia contra su autoridad. Por esta razón San Juan Chrisóstomo, que no tenia el humor muy lisonjero, por estar apartado de los cumplimientos ordinarios, en diversas ocasiones la iba dando algunas puntadas acerca de la vanidad, de lo qual ella estaba tocada, y la hacia su enemiga en haciendose amigo de su salud. Estaba aun enojada contra él, y no pareciendole ocasion de llegar á hablarla, hizo se pusiesen delante de ella los dos Obispos, por medio de Amancio, que era Camarero de Eudoxia, hombre muy entendido, y que tenia gran crédito con su señora. Viendo ella se le acercaba el parto, dexaba de buena gana entrar á verla personas Religiosas, esperando tener todo buen suceso por medio de sus devociones; y viendo que Amancio le habia recomendado muy particularmente estos dos Obispos, diciendo eran personas dotadas de eminente santidad, quedó deseosa de verlos, y habiendolos saludado con grandísimo agasajo, les pidió perdon de la groseria que habia usado en no haber salido á recibirlos á la puerta, segun se practicaba ordinariamente con personas de sus prendas. Rogóles con grande afecto empleasen sus mas ardientes oraciones, suplicando á Dios la diese buen parto. Los santos Obispos, despues de haberla deseado el parto de

Sa-

(1) Eudoxia madre de Teodosio.



Sara, de Rebeca y de Santa Isabel (1), comenzaron á darla cuenta de la ocasion de su venida, mostrando con razones muy eficaces la indignidad de aquella idolatría, la insolencia de los Paganos, la irrision de las cosas sagradas, la opresion de los pueblos, y la lástima tan grande que era ver aun reynar el culto de los ídolos, por cuya ruina habia trabajado tanto el Salvador del mundo, llorado tanto, y derramado tanta sangre, y verla Reynar á los ojos de un Emperador Augustísimo, y de una Religiosísima Emperatriz, teniendo toda la mano para su exterminio. Que era menester ir cogiendo las palmas de la eterna gloria en este campo, y que no se podia asegurar mejor su Estado, que destruyendo y arruinando la obra del demonio, por erigir los trofeos á Jesu-Christo.

Eudoxia se resolvió á ello, y estando por otra parte bastantemente dispuesta, les prometió interceder con el Emperador sobre la materia, para que obtuviesen los despachos que pretendian muy á su voluntad. Los Obispos se retiraron aguardando el efecto de la promesa. La Emperatriz comenzó á diligenciarlo, haciendo su negociacion con toda destreza; pero los negocios de la Corte no caminan siempre al mismo paso que desean los de mejor zelo. Vio que el Consejo estaba muy tibio, y de parecer que no convenia mover esta piedra, por decir (2): "Que era menester que la idolatría se fuese consumiendo y se enterrase ella misma, y hacerle los funerales muy despacio. Que el medio para arruinarla era ir privando á los que habian quedado de la secta, de todas las honras y dignidades públicas. Prohibirles el exercicio de la supersticion, y las asambleas ó juntas particulares que hacian en sus casas. Acabar con los ídólatras, y quemarlos, como dicen, á fuego lento. Que la demolicion que se pretendia de los grandes Templos de los ídolos que quedaban,

(1) Los Obispos hablan á la Emperatriz.

(2) Parecer del Consejo de Arcadio.

„ban , haria mucho ruido y poco fruto , y podria oca-  
 „sionar que los espíritus alborotados viniesen á caer en  
 „desesperacion pública. Y por decirlo de una vez, que  
 „esto vendria á ser en perjuicio de la hacienda del Em-  
 „perador , que sacaba muy buena renta de la Ciudad  
 „de Gaza , de quien se trataba por entonces.”

La consideracion del interés , que casi siempre pre-  
 domina sobre el espíritu de los hombres , arrastró á la  
 sazón la autoridad de la Emperatriz , la qual no quiso  
 porfiar mas sobre ello. Hizo llamar á los Obispos , y  
 les hizo saber como habia solicitado el negocio con  
 mucha fidelidad y diligencia , y no habia hallado al Con-  
 sejo con disposicion de resolverse á ello ; que era me-  
 nester tener paciencia , y dexar madurar la fruta ántes  
 de cogerla.

Entonces Porfirio (1), Obispo de Gaza , que era el  
 principal agente , como mas interesado , conociendo que  
 la Emperatriz no habia interpuesto toda su autoridad en  
 ello , la dixo con gran maña y eficacia : *Señora , vues-  
 tra Magestad no tema tomar muy á pechos este negocio , que  
 yo la prometo en recompensa un hijo que trae dentro de su  
 vientre , que verá muy presto reynar á su lado.* Las mu-  
 geres desean hacer lo que la naturaleza no ha hecho con  
 ellas , que es parir varones , y particularmente quando  
 importa al interés de las casas , aman apasionadamente  
 á los hijos. Eudoxia , que no obstante lo que la habia  
 apretado con sus razones Porfirio , habia tratado el ne-  
 gocio sin demasiado empeño , viendo la promesa que  
 se le hacia de un hijo varon , y un hijo Emperador ,  
 prometió empeñarse de tal modo , que no solo haria  
 derribar por tierra todos los ídolos de Gaza , y asolar  
 por los cimientos su Templo , sino que añadió (lo que  
 no se esperaba de su zelo) que estaba con determina-  
 cion de hacer fabricar en el lugar del Templo una Igle-  
 sia muy suntuosa. Porfirio la dió las gracias por la bue-  
 na voluntad , aguardando el efecto de la profecia de  
 aquel

(1) Porfirio manifiesta la profecia.

aquel santo varon. Dentro de pocos dias vino á parir Eudoxia un bello niño (1), que es nuestro Teodosio el mozo. Apénas vió la luz del dia, quando le pusieron la Púrpura Real y declararon por Augusto, con intento de que acompañase el año siguiente el Imperio de su padre. Todo fue alegrías en el nacimiento de este niño, todo juegos y regocijos públicos, prometiendose felicidades por él, pues en su infancia se veían brotar las esperanzas públicas.

La Emperatriz, siete dias despues de su parto, mostrandose muy reconocida á Dios, hizo llamar á los Obispos, y los salió á recibir á la puerta de su cámara. Despues, teniendo en brazos á su hijo Teodosio, cubierto con la Púrpura Real, les dixo: *Padres míos, veis aquí el fruto de vuestras oraciones; echad la bendicion á la madre y al lijo:* y luego inclinando su cabeza debaxo de las manos y bendicion de los Obispos, les presentó el fruto de su vientre para que le marcasen con la señal de nuestra Redencion, lo qual ellos hicieron al punto.

La buena Princesa, habiendoles hecho sentar, les dixo: *Y bien, ¿qué hacemos ahora para cumplir nuestra palabra?* Porfirio comenzó á hablar (2), y la contó un sueño que habia tenido la noche antecedente sobre este particular. Y fue: que le parecía estar en la Ciudad de Gaza, que era de su Obispado, dentro del Templo de los ídolos, llamado Marna, y que llegandose á él la Emperatriz, le ponía en las manos el libro de los Evangelios, y le decia le abriese, y leyese con cuidado lo que primero hallase, y que habiendolo hecho así, habia hallado estas palabras, sacadas del Evangelio de San Mateo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no tendrán poder contra ella.* Y que despues la Emperatriz le habia dicho: *Buen ánimo, sea en hora buena.* Eso, dixo ella, viene bien con el designio que tengo entre mí pen-

(1) Nacimiento de Teodosio. (2) Sueño de Porfirio.

sado (1) para la expedicion de nuestro negocio. Dentro de pocos dias, como espero, el hijo que Dios me ha dado se presentará en las sagradas fuentes del Bautismo. Tened en el ínterin hecha una peticion muy buena, que contenga todo lo que deseais. Y acabado el bautismo, al salir de la Iglesia, con lindo ánimo presentadsela á mi hijo. Yo tendré avisado á quien le lleve en brazos que la tome, y haga entonces lo que conviniere. En volviendo á casa yo hare lo demas; y confio en la misericordia de Dios, que conseguiremos lo que deseamos. Los Obispos se despidieron, é hicieron su peticion, diciendo en ella que no solo pedian se demoliese el Templo, sino que se concediesen muchos privilegios é inmunidades á sus Iglesias.

Habiendo llegado el dia del Bautismo (2), toda la Ciudad se adornó y compuso de suerte que parecia un pequeño cielo. Fue llevado el niño con solemne pompa á bautizar, donde fue lavado y reengendrado con las aguas sacrosantas por mano de San Juan Chrisóstomo, dandole el nombre de Teodosio su abuelo; y ademas de eso, le adoptó por su hijo espiritual. Acabado el Bautismo salieron de la Iglesia con muy buen órden; los Príncipes y señores de la Corte estaban ricamente aderezados, y parecian á los astros del cielo; el número de los vestidos de blanco que llevaban antorchas encendidas en las manos, era tan grande que parecia igualaban á las estrellas del cielo; y la guardia iba con todo buen orden. El Emperador Arcadio asistió en persona, mostrandose aquel dia con una magestad muy singular, como quien habia dado un Emperador al mundo. Detrás del padre traian al niño Teodosio, que sacaba las lágrimas de contento de todo el pueblo. Los Obispos, Porfirio y Juan, estaban viendo pasar esta larga procesion, aguardando la ocasion de hacer su tiro. Acercaronse, pues, como la Emperatriz les habia instruido, y con una profunda reverencia

(1) *Bella industria de muger.* (2) *Bautismo de Teodosio.*

cia presentaron el memorial al niño. El caballero que le llevaba en brazos, le recibió y abrió, como si el pequeño Teodosio se lo pusiera á leer; y despues baxandole la cabeza con la mano, dixo en altas voces al Emperador que estaba cerca: *Sacra Magestad, nuestro pequeño Señor concede lo que estos buenos Prelados le piden.* Y diciendo esto puso el memorial en el pecho. El pueblo crédulo, y deseoso de adular al Emperador, pensando que el niño habia hecho aquella inclinacion de su propio motivo, comenzó á dar grandes voces y alborotos, aplaudiendo al Emperador de lo que habia hecho el hijo, pues con adelantamiento de juicio despachaba ya los memoriales.

Apénas llegaron á palacio, quando la madre que habia dispuesto toda la materia, hizo se lo contasen una y mas veces, como si fuera cosa que nunca la habia imaginado, y mandó al punto, en presencia del Emperador, que se volviese á abrir el memorial. Vióse que se pedia la destruccion del Templo de Marna, y otras muchas inmunidades que los Obispos pedian con instancia. El Emperador no sabia á qué lado volverse (1), sabiendo que esta peticion habia poco que se habia denegado en su Consejo, y estaba determinado á negarla la segunda vez, pero el aprieto era muy grande. Eudoxia decia que era mal agüero negar la primer merced, que su hijo habia hecho con tan maravilloso modo, en tal edad, tal hábito, tal dia, y en medio de tantas aclamaciones del pueblo. No sé quién pudiera resistir tan dulces violencias. Arcadio, aunque de mala gana, se vió obligado á conceder al punto lo que se pedia, sin restriccion ni modificacion alguna; y lo que es mas, nombró Comisarios señalados para la execucion; los quales con toda solicitud, viendo la instancia que hacia la Emperatriz, trataron de arrasar el Templo de Marna, y fabricar en su lugar una excellentísima Iglesia.

Veis

(1) Terrible aprieto.

Veis aquí como las mugeres (1) son poderosas, y santamente industriosas, quando se inclinan á hacer bien; mas Dios permitia todo esto en gloria de su querido Teodosio, queriendo que el infierno temblase ya debaxo de los pies de un niño recién nacido, para hacerle despues formidable á todo el poder de la impiedad.

El regocijo que los padres habian tenido con el nacimiento de Teodosio no fue muy dilatado. No sé por que ocasion Eudoxia, volvió á reñir con San Chrisóstomo (2), por una terquedad tan mala de seguir, como poco afortunada en su fin; porque todos los dias de su vida estuvo esta pobre Princesa con grandes aficciones, y la precipitó en una muerte no conveniente á la reputacion de su vida. Aprendan los Grandes (3), y particularmente las señoras, á refrenar sus pasiones, sin perder el respeto á la autoridad de la Iglesia. Las mitras de los Prelados son como las coronas de los Reyes de Egypto, tienen consigo unos áspides, que insensiblemente pican á los que se les acercan mucho con intencion de ofenderlos, y mas quando tienen la justicia de su parte. Fue este un espectáculo afrentoso para la Christiandad, pues se vió en el gran teatro del mundo una muger atropellar un Obispo, é interponer toda su autoridad contra la mas eloquente lengua de la tierra. Esta Princesa era muy entera en todo lo que emprendia, é hincaba mucho el hombro en qualquier negocio. Ella conmovió tan fuertemente á los Obispos, que juntó un pequeño conciliabulo de Prelados apasionados que se dexaban llevar de su voluntad, los quales pronunciaron sentencia contra San Chrisóstomo (4), con pretexto de una querella llena de mil calumnias, que habian levantado contra este Santo Prelado. Eudoxia, queriendo verse sin él, y por ganar al pueblo qui-

(1) Las mugeres pueden mucho para hacer bien.

(2) Reencuentro de la Empera-

triz Eudoxia con San Chrisóstomo.

(3) Doctrina para los Grandes.

(4) San Chrisóstomo desterrado.

quiso proceder con algun color de justicia. Desterraronle, pues, á Bithinia, que fue lance terrible, quitando del trono de Constantinopla á un hombre, que teniendo las velas de la eloquencia, movia los pueblos con tanta facilidad, como hacen los vientos á las arenas de Libia. Los de Constantinopla comenzaron á alterarse, como las olas del mar alborotado, y á su conmocion siguió un temblor de tierra, que sucedió en el mismo tiempo. Todo tiraba á revoluciones, si Chrisóstomo no hubiera sido restituido por autoridad del Emperador.

Vuelto otra vez á su Silla, no perdió nada de su primera condicion, gritando, voceando, y reprehendiendo los vicios y corruptelas del siglo. Y como acaso Eudoxía hubiese tratado de que la erigiesen una estatua de plata en la plaza pública, á cuya consagracion se hacian juegos, danzas, y públicas demostraciones, le dió esto nueva materia para hablar, de que se enojó de tal suerte la Emperatriz, que se determinó á arruinarle á todo trance. Arcadio se mostraba un poco blando en no resistir á la condicion de su muger, la qual se aprovechó de todas sus astucias, autoridad y violencias, por conseguir este intento; obtuvo lo que quiso, y fue desdichada en haber tenido dicha de lograr sus deseos. San Juan Chrisóstomo fue desterrado á Cucusa, Ciudad de Armenia, que no tiene en sí cosa célebre, sino el haber sido honrada con el destierro de un varon tan grande. Pasó tantos trabajos y afanes en este destierro, que dexó la vida por ilustrar mas la gloria de su muerte. Diversos prodigios sucedieron en Constantinopla, como mensageros de las iras del cielo, armado en venganza de esta injuria, y entre otras una terrible tempestad asombró á toda la Ciudad, y quatro dias despues murió Eudoxía de parto (1), despues de haber padecido terribilísimos dolores. Dicen que su sepulcro estuvo temblando hasta que truxeron en triunfo

(1) Muerte de la Emperatriz.

fo el cuerpo del Santo á Constantinopla, pareciendo que con su venida se quietaba el sepulcro de la que le habia causado tantas inquietudes en su vida.

El Emperador Arcadio no vivió mucho despues de la muerte de la Emperatriz su muger, y de San Juan Chrisóstomo. Sobrevinole, pues, un accidente que conoció luego era mensagero de su muerte. Despues de haber mirado por su conciencia, y asegurado los negocios de su Imperio, aunque tenia un hermano llamado Honorio, Emperador de Occidente, no le quiso fiar la tutela de su hijo; tan zelosos y desconfiados son los Príncipes de su sangre. Hizo, pues, tutor de Teodosio, que á la sazón era de ocho años, á Isdegerdes, Rey de los Persas, amigo suyo, el qual envió á un gran Príncipe, llamado Antioco, para establecer una perpetua paz con el Emperador, y le ofreció sus armas contra qualesquiera que intentase ofender su Estado. Antemio, Consular, hombre muy docto y muy leal, tomó el gobierno de los negocios, que manejó con gran felicidad en medio de los grandes alborotos y confusiones del Imperio del Occidente.

Quedó Teodosio huérfano con quatro hermanas, Flacidia, Pulqueria, Arcadia y Marina; pero sobre todas las otras Pulqueria (1) le llevó el corazón desde sus mas tiernos años. Esta era la perla de las Princesas, y una de las mas entendidas mugeres que han manejado los negocios de un Reyno. Tenia un espíritu fuerte y apacible, una piedad maciza, una prudencia cumplida, y una gracia incomparable para atraer los corazones á su devoción. Su hermano hizo tanta estimación de sus raras virtudes, que la hizo compañera de su Imperio, teniendola en qualidad de Reyno. Tenia ella dos años mas, él trece y ella quince; y siendo de esta edad era tan capaz de gobernar, que era la Gobernadora del Imperio, y como madre de su hermano. Antemio, que le habia instruido en las materias de Estado, no se har-

(1) Calidades de Pulqueria, hermana de Teodosio.



taba de admirar la vivacidad de su espíritu, lo asentado de su juicio, la equidad de sus consejos, y la buena dicha que seguia ordinariamente á sus resoluciones. Determinó desde luego vivir en perpetua castidad, no como dicen algunos, por quitarle á su hermano los rezelos de un marido, y conservar siempre el gobierno, en que se hallaba tan contenta, sino por particular inclinacion que tenia al amor de la virginidad. Persuadió facilmente lo mismo á sus hermanas, que seguian el rumbo de las virtudes Christianas debaxo de las alas de esta águila imperial.

Estas santas doncellas para hacer la ofrenda de su virginidad mas solemne, ofrecieron un altar de oro (1) guarnecido de piedras preciosas á la Iglesia de Santa Sofia, como presentando con esta memoria el tesoro incomparable de su pureza, haciendo humildes oraciones por la prosperidad del Emperador su hermano. Agradóle mucho esto á Teodosio, y quanto mas Pulqueria se iba adelantando en la virtud, tanto mas crédito ganaba con el joven Emperador. Comenzó desde luego á hacer florecer la Religion, la justicia, y la paz en el Imperio. Y viendo que la persona de su hermano era la que debia hablar con su exemplo á todo el mundo, la buena Princesa tomó á su cargo el educarle, como parte mas principal para su gobierno (2). Lo primero apartó con admirable prudencia todos aquellos que podian hacer deslizar algun vicio en el alma de este Príncipe jóven, no ignorando que no hay peste que mas se deba temer en las Cortes de los Grandes, que el dexar los oidos de un jóven expuestos á los silvos y veneno de las serpientes, que meten el pecado en el alma antes de abrir los ojos para verle. Aborrecia (3), con grande horror, á los entremetidos, que por plantarse en la autoridad meten muchas veces á los Grandes en los vicios, y los prenden por los deleytes para ensuciarlos con el pecado, y cautivarlos con la servi-

(1) Altar de oro. (2) Educacion de Teodosio. (3) Peste de los Grandes.

dumbre. Además de esto, hacia andubiesen cerca de la persona del Emperador hombres insignes, que realmente le podían ensalzar en el ejercicio de la piedad, de la sabiduría, de las armas, y de las letras, lo que es necesario para un Rey. Ella misma que estaba bien versada en las lenguas Griega y Latina, y en los preceptos de los Sabios, decía de ordinario á su hermano:

*Que Dios hacia los Reyes, y que á él le habia cargado de una diadema, para obligarle á ser el mejor hombre de su Imperio. Que si altamente queria reynar, era menester comenzar por el imperio de sí mismo. Que quanto mas reconociese la dependencia que tenia de Dios para unirse á él, como instrumento, tanto mas dominaria sobre los hombres. Que nuestras almas eran como espejos de la Divinidad, y que quanto mas limpias están, se hallan mas dispuestas á recibir los rayos de la Sabiduría mas cumplidos. Que los vicios en las personas ordinarias eran vicios, pero en el alma de los Reyes eran monstruos. Que si queria felizmente reynar, era menester afirmar su Reyno sobre dos columnas de diamante, que son la piedad, y la justicia. La una la daria á Dios, y la otra la daria á todos los hombres. Tambien le exhortaba á dar muy franca audiencia á las necesidades de los hombres que viniesen á postrarse á sus pies. Que tuviese mucho respeto á los Eclesiásticos, adelantando los negocios de la Religion todo lo posible, teniendo mucha misericordia de los pobres, y comunicando con todos sus súbditos con dulzura, á imitacion del Sol, que no rompe puertas ni ventanas para entrar en las casas, sino que se entra muy mansamente con la benignidad de sus favorables rayos. Y ultimamente le traia muy de ordinario los exemplos de los buenos Principes, como de Constantino el Grande, y de su abuelo Teodosio, los quales por haber tomado el camino derecho, habian gozado en la tierra de un Reyno muy dichoso, y estaban inmortalizados en la memoria de los hombres, cogiendo mientras vivieron anticipadas las primicias de la gloria, que al presente gozan con éntera alegría en el cielo. Y por el contrario, los que habian querido que reynasen sus pasiones con ellos y sobre ellos, estaban revueltos en una vida bruta, y en las extre-*

*mas calamidades, seguidas de la exêcracion de la posteridad, y de los tormentos que duran tanto como Dios.*

La Santa Pulqueria destilaba con tanta gracia su buena doctrina en el alma de su hermano, que como naturalmente él era bien inclinado, tomaba de ello grande gusto, y entregaba su corazon como una cera blanda, para que hiciese de él lo que quisiese la industriosa mano de tal sabiduria. No obstante, como es muy dificultoso desterrar de todo punto el vicio de las Cortes de los Príncipes, de modo que no se halle muchas veces el lobo cubierto con la piel de la oveja, entre los que gobernaban la mocedad de Teodosio, habia uno que se llamaba Chrisafio, de espiritu cauto y sagaz, que metiendose muy adelante en los favores del Principe, echó algunas malas semillas en esta dócil alma, y le dexó á Pulqueria harta obra cortada, como veremos presto, pero por entonces todo estaba muy apacible. Pulqueria llenaba el corazon de su hermano de sabiduria, la Corte de buenos exemplos, los altares de votos, y el mundo de buenas obras, y todo se solicitaba de tal suerte entre sus manos, que parecia habia vuelto al mundo el siglo de oro con el gobierno de una doncella.

Ya el Emperador tenia veinte años, y se juzgaba era bien ligarle con los lazos de un casto matrimonio, que él abrazaria con la inocencia de una edad criada, ó en el menosprecio, ó en la ignorancia de los vicios. Pulqueria fue echando los ojos dentro y fuera del Imperio, para hallar cosa conveniente á su intento; quando la Providencia de Dios, que gobierna nuestras vidas y nuestras cosas, mostró una gran maravilla de su autoridad, llevando una pobre doncella no conocida y pobre, como por la mano, primero á Constantino-  
pla, y despues al tálamo nupcial del Emperador. Muchas Reynas y Princesas estaban aguardando esta honra, y cada una se la prometia con ciertas esperanzas, quando Dios hizo que cayese la suerte sobre una pobre aldeana, con admiracion de todo el mundo.

Leoncio, Filósofo Pagano, criaba en su pobre alvergue una hija que tenia, que era entonces como un diamante metido debaxo de un estiercol. Nadie conocia sus méritos; Dios la sacó de esta obscuridad para hacerla resplandecer en la primer Corte del mundo. Esta era la admirable Athenais, que realmente fue dotada del cielo de singular belleza corporal (1), pero incomparablemente realzada de los dones del espíritu. Su padre la habia instruido desde sus mas tiernos años, haciendola muy capaz en la Filosofía, Retórica, Poesía, y las demas artes que suelen aprender los bien educados. Esta doncella se sustentaba de la ciencia, como la abeja del rocío, y su mayor entretenimiento era estudiar, teniendo para ello dos grandes espuelas; la una era el fervor de su bello espíritu, que brillaba como una estrella, y la otra la ambicion del sexó, que le daba gran complacencia de salir muy aventajada en la excelente ocupacion de los hombres. Lo que los Poetas fingieron de Palas es fábula; pero quien veia á Athenais, veia una verdadera Palas. Parecia ser alguna inteligencia, que habiendo dexado los celestes globos, se habia encerrado en este hermoso cuerpo para conversar con la gente. Dicen que su padre, que era buen Astrólogo, la pronosticó la buena dicha que habia de tener, y que haciendo su testamento, dexó toda su hacienda á dos hijos que tenia, el uno llamado Genas, y el otro Valerio, sin tomar en la boca á su hija tan querida; y entristeciendose ella de esto, la dixo: *Dexad obrar al cielo, querida hija mia, vuestra fortuna os bastará, vos tendreis mas que vuestros hermanos.* Suele sazonzarse la verdad de las historias con alguna fábula, para acreditar las predicciones de los Matemáticos, como si los astros tuvieran algun poder sobre lo que puramente depende de la voluntad de Dios, ó como si fuera menester estudiar mucho en el libro de los Planetas, para decir que una doncella hermosa como un

(1) Admirable sabiduria de Athenais.

lucero, y sabia como una Minerva, habia de hacer alguna gran fortuna. Mas sea como fuere, apénas hubo muerto su padre, quando los malos hermanos, avaros como grifos, trataron muy inhumanamente á su hermana, porque el interés no tenia ojos para mirar la hermosura, ni los oidos escuchaban la eloquiencia de Athenais. Veisla aquí, pues, despojada y echada de la casa de su padre, y obligada á retirarse en casa de una pobre tia que tenia en la Ciudad de Atenas.

Era menester este naufragio para arribar á buen puerto; ella se hubiera perdido si no hubiera tenido esta pérdida. Esta buena tia la dió noticias de otra parienta que tenia en Constantinopla, á quien tomaron resolucion de ir á ver, por si alcanzarian algo por su medio. Ya las veis en la Ciudad, Corte del Imperio, sin saber de cierto quien las lleva; pero Dios que las conducia, trazaba en silencio su modo de obrar. La buena parienta que vivia en Constantinopla, y que era moderadamente rica, las recibió y acogió, con grande gusto de poder exercer su caridad con sugeto de tantos méritos. Cada dia iba corriendo mas la voz en la Ciudad del buen acogimiento y favor que hacia Pulqueria á las personas afligidas, y de la justicia que guardaba á los que estaban oprimidos de alguna violencia. Las honradas señoras, parientas de Athenais, juzgaron que no seria malo que se quejase á la Princesa del agravio que le habian hecho sus hermanos; y esperando la ocasion, la fueron ambas á dos acompañando. No era necesario andar mendigando favores grandes para el caso, porque la doncella llevaba en el rostro sus cartas de favor. Pulqueria al verla quedó deslumbrada del resplandor de su cara, y quando comenzó á hablar nunca hubo sirena mas atractiva en sus canciones, que ella en sus dulces palabras. Pulqueria la escuchó, no solo con paciencia, sino con golosina, temiendo siempre no acabase su razonamiento, que tanto gusto la daba. Hizola mil preguntas, y particularmente se informó muy bien de su parentela, cómo se habia criado, y si era

doncella. Y habiendose hecho cueradamente capaz de todo, segun deseaba, dilató el negocio á que venia porque viniese otra vez á hablarla en la audiencia que ordinariamente daba; y desde entonces tuvo entre sí gran deseo de darla por muger al Emperador su hermano.

Los políticos todo lo quieren medir con su medida, y penetrar los intentos de todo el mundo: juzgan que este proceder fue una grande advertencia de Pulqueria, que querria poseer siempre el corazon de su hermano. Ella diligenciaba casarlo con alguna poderosa Princesa; pero si esto hacia, preveia que podria traer con los títulos y coronas de sus abuelos, la soberbia y enfado dentro de su casa. Que teniendo ella tantas alianzas, podrian divertir el espíritu de Teodosio en muchos objetos. Que siendo de tan alto linage querria mandar sin compañía; y por tanto, que era mejor para tener siempre el sumo manejo del gobierno, escoger una doncella virtuosa y bizarra, aunque fuese de mediana calidad, por hacerla su hechura, ponerla donde bien la pareciese, y hacerla despues caminar segun su voluntad. Asi juzgan muchos las intenciones de los otros por sus propios afectos.

Pero es mas de creer que Pulqueria, cuya alma era toda del cielo, se guiaba por otros motivos de la honra de Dios, de la piedad, de la paz, y del gusto de su hermano. El habia dicho que no podia cautivarse en un matrimonio forzado y ceremonioso; y que no queria mas riquezas en la muger con quien se casase, que la virtud y la hermosura. Por esta causa juzgó la Princesa, que esta doncella venia de cierto enviada del cielo al tiempo que se trataba de su casamiento. Fue á decirle á su hermano como habia estado con ella una doncella de Atenas, sobre un pleyto que pretendia contra sus hermanos, que la habian indignamente maltratado. Y en lo demas, que era la mas hermosa, la mas inocente, y la mas bien hablada criatura que podia hallarse en todo su Imperio. Teodosio, con la relacion que le hizo su hermana de esta incom-

pa-

parable belleza, preguntó si habria modo para verla. Pulqueria respondió que la habia señalado dia para oír su proceso. El Emperador, ó ya porque no acostumbraba mucho asistir en tales audiencias, ó porque la quiso ver hablar con su hermana con menos encogimiento que si él asistiera, temiendo no embarazarla con su respeto, quiso hallarse en el juicio encubierto, é hizo presidir á su hermana, mirando todo lo que pasaba por una celosia hecha á propósito para ello.

Athenais no faltó de venir al dia y hora señalada, por solicitar su demanda. Entonces se conoció claramente el imperio que una humana belleza y una lengua eloquente tienen adquirido sobre los poderes de la tierra. La animosa doncella, habiendo ya quebrado el yelo en la primera visita que hizo á la Princesa, dixo entonces con toda libertad estas palabras (1):

*Señora, ocasion tendré de amar toda mi vida mi naufragio, pues él me ha hecho llegar á vuestros pies, como á puerto donde vienen á dar fondo todas las miserias para trocarse en felicidades. Vuestra Magestad puede considerar que la violencia de mis hermanos es grande, pues me ha obligado á emprender este viage con tanto trabajo, y enfadar ahora vuestros oídos con mis quejas, que mi natural suave hubiera excusado á no estar asidas tan fuertemente de la necesidad. Si mis hermanos me hubieran dado de la hacienda de mi padre, que era bien moderada, aunque bastante para sustentarme, una sola casilla, yo sufriera con gusto sin importunarles su fortuna; pero no me han dexado un puñado de tierra, y lo que es mas, me han echado con grandísima aspereza de la casa de mi padre, donde siempre habia habitado, lo qual quisiera callar por no ser mi intento acusar á mi sangre, á quien siempre he deseado tanto bien como á mí misma: segun ellos dicen, no tengo yo mas delito porque deba ser desterrada y despojada, sino algunas ventajas de la naturaleza, y alegan con todas razones que puedo esperar una buena fortuna, y que esto me basta, como*

(1) Athenais pleytea su causa.

tambien lo dixo mi padre. Si las esperanzas imaginarias son bastantes para desheredar los verdaderos y legitimos herederos, ¿qué firmeza puede haber de hoy en adelante en el mundo? Por mí no tengo que hacer las torres fantásticas de viento que ellos se imaginan, ni desco muy altas fortunas, porque estoy contenta con lo moderado en que me puso mi nacimiento. Poco bien será bastante para ponerme en salvo contra los accidentes de una vida necesitada, y cultivar dulcemente las ciencias que mi padre me dexó como en herencia. Suplico, pues, humildísimamente, señora, á vuestra Magestad, se sirva de mandar informarse de lo que digo, y hallando ser verdad, como lo es, hacerme la justicia que se ha de buscar en vuestra Corte, aunque estuviera desterrada de todos los Reynos de la tierra.

Decia esto con tanta gracia, que todos los que asistian estaban admirados; la hermosura perseguida halla mucha compasion en el mundo; cada uno la deseaba el bien, y cada uno se hacia su Abogado. Con todo eso se le hicieron diversas preguntas sobre el punto de su negocio, para hacerla responder, y exercer la vivacidad de su bello ingenio, lo qual hizo con mucha felicidad.

Teodosio lo miraba todo desde la celosía; los ojos y la lengua de esta doncella le partieron igualmente el corazon, y el amor en el mismo tiempo le asia por los ojos y los oidos. Pulqueria, sin hacer mas informacion, prometió todo favor á la suplicante, y habiendola despedido se fue á ver con su hermano, que tenia ya atravesado el corazon con la flecha de un casto amor. Resueltamente dixo á su buena hermana, que no tendria otra muger sino Athenais. Estaba, pues, ya casi para tratar del casamiento, quando se reconoció que era ella incapaz del Sacramento por no estar aun bautizada. Su padre, que era Gentil, la habia criado en el Paganismo. Mejor sabia ella la Teogonía de Hesiodo, que la genealogia de Jesu-Christo: mejor la Iliada de Homero, que el libro de los Evangelios: mejor las Apotegmas de Pitágoras, que los Mandamientos de Dios.



Dios. Toda la Corte, que se habia maravillado mucho de verla, quando informo en su pretension, sentia mucho ver un tan excelente espiritu en la infidelidad, por lo que se trató con ella con toda eficacia que se convirtiese. Atico, Patriarca de Constantinopla, empleo todo su poder en ello. Paulino, gran privado de Teodosio, que andaba en puntillos con él sobre lo que frescamente habia pasado, se hizo casi paraninfo de este maridage, viendo quan ardientemente lo deseaba su señor. Como él era bien versado en las letras divinas y humanas, mas aliá de la profesion de hombre de capa y espada, y muy eloquiente en explicarse, adelantó maravillosamente con su conferencia la conversion de Athenais. Al principio estaba firme en la doctrina del Paganismo, y se agarraba á cada razon de la Iliada de Homero, á quien alegaba como su Evangelio. Y quando la replicaban, diciendo las grandes indecencias que aquel poeta atribuia á los Dioses de la Gentilidad, ella respondia con sutilezas, buscando escapatorias, con interpretaciones equívocas sacadas del sentido alegorico, de manera que habia mucho trabajo para convencerla. Al fin, Dios que la queria, la abrió los ojos, é hizo que viese como en la luna de un excelente espejo, de un lado las impertinencias de la idolatria, y de otro la grandeza, magestad, verdad, y firmeza de nuestra fe. Apénas el primer resplandor se dexó caer á plomo sobre su entendimiento, quando descubrió todas las fantasmas brutas de sus opiniones, apartandolas de sí, por asentar en su lugar la verdad. Jamas hubo alma que mas sabrosamente gustase su conversion; nunca criatura conoció mas afectuosamente el bien de la vocacion al Christianismo. Anegabase en el conocimiento de nuestros misterios, como en un mar de delicias, y vino en poco tiempo á hacerse tan capaz de la Ley, que escribió en versos, como los de Homero, las principales obras de Jesu-Christo; y como la Magdalena, de los mismos cabellos de que habia texido las redes para los locos amores, hizo una

tohalla para enxugar los pies del Salvador; así la devota Athenais consagró desde entonces á los trofeos de Jesus todo el tren de su espíritu y de su doctrina, de que habia abusado en la vanidad.

Fue bautizada en Constantinopla con regocijos, y magnificencias increíbles. Pusieronla en la santa fuente del Bautismo por nombre Eudoxia. Fue confirmada en el Christianismo, y alimentada con el santo Sacramento, á quien veneraba con grandísima devoción. Acabadas las ceremonias, Pulqueria la hizo llamar, y la dixo:

*Eudoxia, hermana mia, ya es tiempo que olvideis la casa de vuestro padre, y dexéis el pleyto que teneis con vuestros hermanos. Dios, que os ha dado la vida del alma y la luz de la fe, ha mirado tan altamente por el adorno de vuestra persona, que os ha escogido para ser esposa legitima del Emperador Teodosio, nuestro muy honrado señor y hermano. Todo está ya ajustado, y tal es su resolución, no falta mas de que deis el sí.*

La santa doncella admirada de tal razonamiento, cubrió su cara con el vermellon de la vergüenza, y echandose á los pies de Pulqueria, la suplicó que solamente la recibiese en su palacio con sus damas por criada, para lavar los pies á las demas, como decia Abigail; pero quanto mas humildad ella mostraba, se hacia mas de estimar; y Teodosio, á quien la virtud servia de un poderoso estímulo, estaba mas enamorado de ella despues de su conversion. Ella condescendió con la voluntad de Dios, y ya la veis muger del Emperador, y Reyna del Imperio. Las bodas se celebraron á siete de junio del año de quatrocientos y veinte y uno, con toda la pompa conveniente á la Magestad de un tan grande Emperador, y al contento de tal matrimonio.

Los hermanos sabiendo lo que pasaba con su hermana, atormentados de su misma conciencia, se huyeron como salvages, sin que nadie les persiguiese. Pero la buena Reyna, consagrando las primeras acciones de su Christiandad en perdonar injurias, los hizo llamar,

mar,

mar, y alcanzó del Emperador para el uno el gobierno de la Esclavonia, y para el otro un puesto muy honrado en la Corte. Dios sabe quan bien satisfechas quedaron las buenas señoras que la habian asistido con tanta caridad. No se mudó en ella nada sino es la secta y el estado, quedaronle todas las virtudes de humildad, modestia y mansedumbre, y quanto mas ensalzada se veia, tanto menos estimacion hacia de su persona, como si previera la tempestad que la habia de suceder.

Aquí llamo yo (1) á todos los nobles y Grandes, que adulan su sensualidad con una falsa imaginacion de imposibilidad al camino de la perfeccion, quando se hallan en las Cortes y grandezas, con las compañías y los negocios. La Corte de Teodosio el mozo era por entonces la primera Corte del mundo, por estar eclipsada la del Emperador de Roma. Allí concurrían todas las Naciones; era un fluxo y refluxo de grandes negocios; habia una profunda paz, un poder absoluto de contentar toda suerte de deseos, de objetos atractivos, y delicias siempre prontas á acogerse y en medio de esto, ¿qué vida era la de los nuevos casados? ¿Cuál era la de Pulqueria y de sus hermanas? ¿Qué Monasterio habia mas bien gobernado, que la Corte de este Augusto Emperador? ¿Qué virtud, qué castidad, qué santidad, ó qué Religion se ha hallado nunca en los Claustros, que no se viese aquí con tanto esplendor, quanto es mas dificultoso tener sujetos todos los vicios, y todas las virtudes prontas? Si en la Religion se atiende lo primero á la devocion, que es la maestra de todas las grandes y principales obras, esta Corte era como el Tabernáculo de la ley antigua, que llevado en los numerosos exércitos, rodeado de legiones, y acompañado todo al rededor de picas, lanzas y espadas, guardaba siempre un profundo silencio, una casta Religion, y una veneracion secreta, teniendo siempre el fuego sagrado en centinela, y las víctimas y oraciones en sacrificio.

Asi

(1) Santidad de la Corte de Teodosio.

Así en el palacio de Teodosio (1), en medio del estruendo de los negocios, de todos los ruidos, alborotos y accidentes que pueden suceder en un grande Imperio, nunca se suspendió la dulzura de la oracion, que era como el maná, que estas almas reales cogian todos los dias en el desierto, que habian plantado en medio de su corazon. Pulqueria, como Abadesa, gobernaba la devocion de los demas con su consejo y exemplo. Apénas el alba descubria las obras de Dios, quando adoraban á su Hacedor, y juntandose en la Capilla de palacio cantaban las alabanzas de Dios, siguiendo el orden de las oraciones de la Iglesia. Todo lo demas del tiempo iba por este compás; el Oficio Divino tenia la primacia, y los negocios y recreos tambien su lugar; no habia cosa desreglada, porque todo se hacia con peso y medida. Si en la Religion se hace aprecio de la pobreza, como de las murallas y valuartes de la Ciudad de Dios, ¿dónde hallareis mas admirable pobreza que en esta Corte? ¿No es cosa prodigiosa el decir que este buen Emperador, en cuyo servicio corrian los rios y los mares, por quien la tierra abria sus senos con tanta franqueza, para quien guardaba tantos almacenes de oro y de plata en sus entrañas, viendose con las rentas de un gran Imperio, las manejaba de tal modo en el gasto necesario, en que de ordinario era espléndido, que no permitia ningun exceso en su persona, valiendose de toda su hacienda como de cosa prestada, y alguna vez allá á sus solas, pudiendolo hacer, no queria se gastase mas en su comida de lo que trabajaba con las manos? Pintaba extremadamente, y gustaba, quando los despachos le daban lugar, de escribir la Sagrada Escritura con excelentes caractéres, y decia á sus familiares que era justo, pues todos trabajaban en su Reyno, que él tambien tuviese su oficio, y trabajase como los otros, para ganar el pan con el sudor de su rostro; y pues era de la misma masa que los

(1) Señales ciertas de la verdadera Corte Santa.

los otros hombres, era menester vivir de su trabajo.

Esta sencillez estaba bien lejos de los excesivos gastos que se hacen en las Cortes de los Príncipes á costa de la sangre del pueblo, de lo qual tendrán que dar cuenta á Dios, entre las demas cosas. Las hermanas del Emperador, á su imitacion, trabajaban todos los dias con sus manos, por no abrir ninguna puerta á la ociosidad. Si dentro de la Religion la castidad es estimada, aquí florecia la conyugal entre Teodosio y Eudoxia con gran realce, y la virginidad en Pulqueria, y sus hermanas Marina, Flacila y Arcadia, como un bálsamo oloroso, que llegaba al cielo con un perpetuo sacrificio. No se sabia qué cosa era en este palacio un solo nombre de deshonestidad; y no obstante, todo se aprendia sino es el vicio y la ociosidad; el mirar era simple y de paloma, las palabras ajustadas, los discursos ordinarios de la imitacion de Jesu-Christo, y de las virtudes de los Santos, y el modo de portarse con grande respeto, honra y magestad. Esta castidad asistia tambien en los principales de la Corte, y se dilatava por todos los demas con el color del buen exemplo, como hacen los rayos del Sol, que llenan al mundo sin quitar nada de luz á la fuente originaria. Si en la Religion se hace mucho caso de la obediencia, esta Corte era el verdadero modelo de bien obedecer y de bien mandar. Estas santas almas se habian hecho una ley de obedecer perfectísimamente todos los preceptos de Dios y de la Iglesia, de respetar á sus Prelados, de amar, asistir, y consolar á los Religiosos, y á todos los Ordenes Eclesiásticos, con un afecto cordialísimo, templado con reverencia santa; de tal manera que las Monjas mas austeras no podian ser mas puntuales en la obediencia Religiosa, que todos los de esta Corte estaban en lo tocante á sus conciencias. Dios en recompensa imprimia en la frente del Emperador los rayos de su magestad, que le hacian ser tanto mas temido, quanto menos procuraba él que le temiesen.

Si en las Religiones se vive en un continuo exerci-

cicio de mortificacion (1), ¿qué vida más mortificada, que ver en una soberana grandeza tanta humildad; en una vigorosa juventud tanta castidad; en un poder absoluto de hacerlo todo, tanto reparo; en tanta ciencia, tan grande conciencia; y en medio de las ocasiones de tantos regalos, tan grande templanza? Además de los ayunos de la Iglesia, que se guardaban exâctamente, tambien se guardaban por abstinencia los Miércoles y Viernes de cada semana. El Emperador daba el exemplo, su muger y sus hermanas le imitaban; la mesa mas era una perpetua escuela de la templanza, que prevención de su sustento.

Refierese que el buen Príncipe, caminando un día con el calor del estio, lleno de sudor y de polvo, estando su Corte con gran pênuria de agua, vino un paisano, y le presentó en un bizarro vaso de cristal agua muy fresca; él se mortificó tanto en sus pasiones, que como otro David, despues de haber hecho recompensar magnificamente el presente del buen hombre, se lo dió para que hiciese de él lo que le pareciese, sin querer tocarle, pareciendole no era razon que él lisonjearse su gusto en medio de la fatiga de todos los que le seguian.

Ibase algunas veces á caza, y se ponía á comer con algun Ermitaño, ó tomaba una rebanada de pan mohoso, y bebia agua clara de la fuente, y decia despues que era una de las mejores comidas que hacia, porque ordinariamente se satisfacía con discursos sagrados, y dictámenes honestos. En su vestir, aunque andaba magestuosamente segun su autoridad, no obstante de ordinario traía siempre debaxo de la Púrpura Real un vestido viejo, ó el silicio de algun santo Anacoreta. En las fiestas refrenaba de tal suerte la vista que parecia ciego. Sus virtudes tenian tanto mas de santidad, quanto tenian menos afectacion. Hallabase en las conversacionees de los hombres como hombre, y se con-

(1) Mortificacion.

conservaba ageno de ellas como un Angel.

Si la Religion es la colmena donde se labra la miel de la buena doctrina, Teodosio era estudiosísimo, y muy versado en las letras divinas y humanas. Ordinariamente gastaba una parte de la noche en el estudio, por tener lugar para el despacho: y lo que es señal admirable de una extrema mansedumbre y suavidad, este buen Emperador, aunque muchísimos se tuvieran por dichosos de estar por él toda la noche en vela, por no interrumpir el sueño al menor criado, mandó hacer artificiosamente una lámpara (1) que conservaba perpetuamente la luz, haciendola venir el aceyte por unos caños delgados, que la proveian de lo que era menester. No habia Prelado tan docto, que no se admirase de la gran prontitud que tenia en referir todos los sucesos de la Biblia; y en quanto al Derecho Civil estaba tan experto, que hizo un buen libro de las Ordenanzas Imperiales, que conserva aun su nombre.

Finalmente, para mostrar que Teodosio en su Corte no cedia nada en perfeccion á los Ermitaños mas austeros, refiere Glycas, que un Santo Anacoreta que habia vivido quarenta años, continuando una terrible penitencia, estando un dia pensando algo en sus merecimientos, le reveló Dios que en toda esta quarentena de años, no habia hecho en el desierto perfeccion, que el Emperador Teodosio no hubiese obrado dentro de la Corte. Esto le causó un gran deseo de reconocer la conciencia de Teodosio, y se fue derecho á la Corte, donde fue recibido con mucho agasajo; y considerando entre sí como el Príncipe estaba vestido, tratado, servido, y honrado, no podia acabar de comprehender donde residia aquella perfeccion. Al fin, hablandole un dia á solas, le conjuro de parte de Dios le dixese qué buenas obras hacia. Vióse Teodosio en un admirable combate de su humildad y de su obediencia. La humildad buscaba siempre el secreto,

(1) Admirable lámpara.

to, pero la obediencia que le parecia era debida á un hombre que se lo mandaba de parte de Dios con buenas señales, y obligacion de llevar testimonio verdadero venció. Despues de haber llorado sus imperfecciones, le contó con grande vergüenza sus oraciones, abstinencias, limosnas, mortificaciones, silicios, y otras cosas á este modo; y añadió, que siendole fuerza alguna vez presidir en el circo, esto es, en las fiestas ó espectáculos, donde los mas sabios se dexaban llevar de grandes libertades, él detenia de tal modo la vista, que no veia nada de aquellas desenvolturas; de manera que entre tantas carreras de caballos, espectaculos, aparatos, pompas y clamores, se hallaba él en una continua tranquilidad. El Ermitaño se admiró tanto de saber tal mortificacion en ocasiones tan alegres, que se fue no presumiendo nada de sí, y muy edificado de la vida del Emperador.

Si solo en la vida particular igualó la perfeccion de los Anacoretas, ¿quién bastantemente podrá ahora apreciar las virtudes de Rey, que forzosamente se mostraban en público despues de rociadas con las lágrimas de sus oraciones, y cultivadas con todo cuidado dentro de la soledad de su corazon? Era tan prudente y advertido, que todas sus acciones y palabras estaban siempre con tal igualdad, como hacen los días y las noches en el Equinocio. Tan clemente, que quisiera no solo dar salud á los vivos, sino resucitar tambien todos los muertos. Tan misericordioso, que todas las miserias de los pobres que venian á su amparo, no se apartaban sin remedio de su presencia. Tan justo, que hacia de su Reyno un siglo de oro. Tan reconocido á la Iglesia, que parecian sus manos monstruos horribles para sojuzgar la heregia, como lo experimentaron los Eunomienses, Encratitas, Macedonianos, Novacianos, Donatistas, Nestorianos, y otros semejantes; y mientras mas procuraba engrandecer el Reyno de Dios, disipando con incomparable zelo todas las impiedades, asi tambien Dios, que hace reynar á los Reyes,



yes, aseguraba mas su corona, haciendo que peleasen por él las Potestades celestiales, y teniendo como asalariados los vientos y las borrascas. Testigo de esto es aquella famosa victoria que alcanzó de Roylas (1), el qual habiendo pasado el Danubio con todas las fuerzas de la Escitia y Rusia, venia como un furioso torrente á inundar á Constantinopla. Dios detuvo de tal suerte á este Bárbaro, favoreciendo á su amado Teodosio, que le hizo cenizas con un rayo, y derrotó toda su armada á fuerza de horribles tempestades. Por otra parte Barabanes, Rey de Persia, rompiendo el tratado de la paz, se habia puesto en campaña con innumerables fuerzas, por tragarse el Imperio del Oriente, viniendo acompañado de Alamendar, Rey de los Sarracenos, que no traia menos de cien mil hombres, y todo ello se deshizo en un instante, por haber dado un terror pánico á toda esta milicia, que la puso en desorden. Con esto aprenderán los que no hacen caso de los Príncipes, si no son arrogantes, temerarios, y tal vez impíos, lo que puede un Emperador devoto.

Pero como no hay beldad tan perfecta en las criaturas, que ordinariamente no tenga alguna falta, no se puede negar que este buen Principe tuvo (2), como otros, sus defectos. Entre otras cosas se le atribuia que no tenia mucho cuidado con el despacho de los negocios, y que se dexaba llevar con mucha facilidad de la complacencia de los humores de sus priyados. Firmaba los despachos, tal vez sin exâminarlos bien, por la mucha confianza que tenia de los que trataban con él; y como tenia singular inocencia, media á todos los demas segun su espíritu.

Pulqueria su hermana (3), para enmendar este descuido, se resolvió un dia á hacer un contrato en términos expresos, por el qual Teodosio daba y consigna-

(1) Gran victoria.

(2) Falta del Emperador.

(3) Bella industria de Pulque-

ria para enmendar la precipitacion de su hermano.

naba en sus manos á Eudoxia su muger, para que de ella hiciese á su voluntad. El, sin leer el tenor del despacho que se le presentaba, segun tenia de costumbre, tomó la pluma y lo firmó; ella con destreza tomó la cédula que se le habia otorgado, y llevando con suavidad á la Emperatriz á su quarto, la detuvo como presa. La otra preguntó: que por qué. Y ella entonces le mostró el decreto de su marido. La buena Reyna no sabia qué hacerse, y mostraba mas gana de enojarse que de reirse. No obstante sus llantos, la detuvo presa, y como Teodosio preguntase donde estaba su muger, le respondieron estaba en el quarto de su hermana. En buena compañía está, dixo él, pero admirome que teniendo tantos negocios tengan lugar de estar juntas; id y decidla que venga. Estaba tan enamorado, que las horas que pasaban sin verla le parecian años. Un caballero llevó este recado á Pulqueria, y ella persistiendo en su designio con semblante muy serio, le envió á decir al Emperador que no la aguardase mas, pues que ya no le tocaba nada. Teodosio, admirado de esto, no daba en lo que podria ser, no habiendo reconocido hasta entonces en ella ningun defecto. Fue, pues, él mismo al quarto de Pulqueria, y dixo: *¿Qué viene á ser esto? ¿Dónde está mi muger?* La pobre prisionera le fue á abrazar, y Pulqueria se le puso delante diciendo: que ya no era suya, pues tenia ya facultad para venderla, y hacer de ella á su voluntad; y como el Emperador se admirase aun mas de tan extraordinario proceder, conociendo la condicion de su hermana, esta le hizo leer el contrato firmado de su mano, y ademas de eso le dió un buen consejo: *Veis aqui, dixo, ó Sacra Magestad, la buena orden que la precipitacion y descuido causan en los negocios.* El santo Emperador tomó á bien esta advertencia, y dió su palabra de no firmar nunca despachos de aquel modo, mas Eudoxia se sintió mucho del caso (1). Ella estaba ya en

es-

(1) Los hombres mudan las costumbres.

estado que no queria parecer mas la cordera; conocia el dominio que tenia sobre el corazon de su marido, á quien ya habia dado el fruto de su fecundidad, habiendo parido una hija llamada Eudoxía, que se casó con el Emperador Valentiniano. Enfadabase de ver que Pulqueria tenia aun sobre ella algun género de dominio, haciendo de la señora (1). Pareciale que su persona merecia al presente otro género de estimacion: es jugar muy alto el jugar sobre las diademas. Los pequeños sentimientos del punto de la honra se deslizan facilmente aun en las almas puras, y quien no los ahoga con tiempo, halla su corazon metido en la hiel de ciertas aversiones que debilitan la caridad. No sé qué tibiezas causó este lance entre las dos Princesas, porque de allí adelante la una no queria ser mandada, y la otra seguia su estilo ordinario de mandar. Estos corazones que ántes estaban tan unidos, se hallaban con algunos rompimientos que no salian á la parte de afuera, por ser ambas á dos tan recatadas. Dios quiso probarlas y meterlas en el horno de las aficciones, para afinarlas y gastarlas algunas herrumbres que se crian facilmente en las largas prosperidades. Comenzó lo primero por la Emperatriz Eudoxía, á quien permitió le sucediese un accidente bien sensible, que ahora referiré, y es verdaderamente lastimoso. ¿Mas quién hallará por cosa extraña el que Teodosio tuviese malas sospechas de Eudoxía, quando se sabe que ha sucedido esto mismo á muchos Santos, y tambien á la que enarboló el estandarte de toda santidad, la Sacratísima Virgen?

El dia de los Reyes (2), volviendo el Emperador de la Iglesia con grande pompa y magnificencia, un Labrador extranjero y no conocido, atravesando por medio de la gente se llegó á Teodosio, que se dexaba hablar con facilidad, y le presentó una manzana de gran-

(1) Athenais, pobre moza, ensalzada por Pulqueria, no la

puede sufrir.

(2) Siniestro accidente.

grandeza exquisita, tenida á la sazón por fruta rara. El Emperador la recibió con sereno semblante, y mandó le diesen allí luego al buen hombre al pie de ciento y cincuenta escudos. Apénas hubo llegado á palacio quando fue á ver á la Emperatriz, y muy contento se la presentó, diciendo la acababa de recibir de un paisano por cosa muy rara. ¡Ay Dios! Esta fue muy bien la manzana de la discordia, inficionada con el aliento de la serpiente, que destrozó horriblemente esta santa Corte. La buena Eudoxia, habiendo sabido que Paulino, privado de Teodosio, estaba en la cama achacoso de la gota, por alegrarlo y consolarlo le envió la manzana, sin decirle la mano que se la habia dado. Paulino salió de sí de gozo, viendo tal agasajo de persona tan eminente, y fue tanta la alegría que le adormeció por entonces los dolores de la gota. El se admiró tanto de ver esta prodigiosa fruta, que la juzgó digna de las manos imperiales, y sin detener mas su resolución se la envió al Emperador, excusando el no ir á llevarla en persona por la indisposición que tenia. Teodosio reconoció su manzana, que acababa de poner en las manos de su muger, y dandola vueltas por todas partes vió que era la misma, y luego al punto se apoderaron de su corazón unos furiosos zelos, que parecian haber sido exhalados del infierno. Todos los objetos de lo pasado se juntan para engrosar este negro vapor, formar la nube y hacerla resolver en tempestad. Es verdad que la Emperatriz queria á Paulino con amistad castísima y muy inocente, porque era menester ser de mármol el corazón que no se le aficionase. Era este un caballero extremadamente amado de su marido, que le habia sacado en parte de las tinieblas de la Genti- lidad con sus doctas y amables conferencias, el que habia procurado su bautismo, el que habia diligencia- do su casamiento, y hecho grandísimos servicios á sus Magestades en los primeros cargos del Imperio, en que estaba muy bien empleado. Todo ello le hacia mere- cedor de grande respeto; y ademas de esto tenia una  
con-

conversacion muy real, con que adquiria cierto imperio sobre los que le comunicaban. La buena Princesa que tenia siempre la pluma en la mano para hacer alguna obra de su ingenio en gloria de los altares que habia ya abrazado, gustaba de comunicar sus trabajos con Paulino, y discurrir con él de las cosas sagradas. Todas estas conferencias que habian siempre estado en la honra de una entera reputacion, y que ántes labraban dulce miel, se trocaron todas en hiel en el corazon de Teodosio, por aquellos funestos zelos que se apoderaron de él.

Llama luego al punto á Eudoxia, y por hacer la prueba en su corazon bien adentro, la preguntó qué habia hecho de aquella hermosa manzana que la habia presentado. La pobre Princesa se halló cogida entre el ayunque y el martillo. No sé qué señales vió en la cara de su marido, que conoció que no estaba su corazon con el sosiego que ántes. Ella por apoyar su inocencia se excusó con una mentira, diciendo se la habia comido. La virtud no ha de valerse del velo de la mentira (1), ni acostumbra á cubrirse de esta manera. Si hubiera ella dicho claramente lo que habia hecho de la manzana, como su intencion era tan sincera, toda la malignidad de la sospecha se acababa; pero el haberla cogido tan de golpe la alteró un poco el juicio, y todo lo que ella hacia era por remediar la passion que veia encendida en el corazon de Teodosio, conociendolo en los ojos, que son como espejos de nuestra alma. El Emperador la apretó si era verdad, y ella que estaba ya enredada se acabó de enredar en sus redes, y por no parecer mentirosa, juró por la vida y salud de su marido que se habia comido la manzana. El, por convencerla de la mentira, sacó la funesta manzana de su escritorio: *Ella, pues, dixo, se ha salido de vuestro estómago, y se ha venido á mi sala sin corrupcion; mirad el milagro que he hallado.* La Emperatriz viendo la

man-

(1) Una pequeña mentira hace mucho mal.

manzana se halló tan culpada en la inocencia como si fuera rea, y se puso tan descolorida y confusa, que no tuvo ánimo para decir siquiera una palabra. Teodosio en un instante se retiró como un rayo dentro de su camarín, lleno el corazón de hiel y amargura. La pobre Eudoxia por otra parte se bañaba en lágrimas sin consuelo, pareciéndole ser su desgracia irremediable.

Esta fue una terrible prueba que Dios hizo en estas almas inocentes; y no obstante, no hay que admirar, pues San Josef, como ya dixe, siendo uno de los mas perfectos maridos que ha habido en la tierra, se dexó llevar de las sospechas, contra la castidad de la que era mas pura que los Angeles. El amor, los zelos, la cólera y el dolor, afligian el corazón del Príncipe en la soledad de su retrete, y le hacian dar grandes suspiros.

*¡Que una moza, decia él, venida de la nada, que estaba en medio de la tempestad, como pelota de la fortuna, sin apoyo, sin medios y sin favor, habiendo sido preferida á tantas Princesas que procuraban casarse conmigo, despues de haber llegado á entrar en mi lecho por legitimo matrimonio, haya plantado en él la deshonra! ¡Haber sido honrada con la diadema, para ensuciarla tan vilmente con sus ingraticudes! ¡Y Paulino, de quien me fiaba yo como de mí mismo, que podia contentar sus deseos con todas las grandezas y hermosuras de mi Imperio, pues todo estaba en sus manos, haber llegado á hacer traicion á la cama de su señor! ¿Dónde se hallará en el mundo ya la fidelidad? Menester será buscarla allá en los Tártaros ó en los Escitas, pues que ya está desterrada de la Christiandad.*

No se sabe quien fue el que en medio de estas aflicciones de espíritu vino á dar al Emperador un infeliz consejo, de que matase al Príncipe Paulino. El espíritu de Teodosio era muy manso para resolverse á un acto tan trágico, sin mas ocasion. Tampoco es creíble saliese de Pulqueria, que fue siempre tenuta por de buena conciencia. Sea lo que fuere, la historia di-

ce que el pobre Paulino, el qual no sabia nada de todo lo que pasaba, sanó de la gota aquella misma noche con una sangria harto cruel y sangrienta, que le quitó la vida sin mas forma de proceso. Otros escriben que fue primero desterrado á Capadocia, y allá oprimido por la faccion de sus emulos. ¡ Ay Dios, qué no harán los malos amores, pues que las amistades sinceras no pueden evitar la sospecha, ocasionada de un tan extraño accidente! Algunos han querido decir que no sucedió otra cosa sino el destierro de Paulino, y esto referirá de mejor gana mi pluma, porque tiene horror de la sangre; pero como la Escritura, hablando de David y de otros Santos Reyes, no les ha callado sus defectos, no quiero yo pintar á Teodosio tan en sí, que encubra la demasiada facilidad en el creer, la precipitacion y la venganza en este lance, que llegó hasta derramar sangre, como asegura la Crónica de Alexandria.

Es un exemplo de asombro ver que un corazon tan manso, por la turbacion de una pasion y algun mal consejo llegase á tal punto, para enseñar á los Grandes con quanta madurez se debe proceder en semejantes materias. El padre de Paulino habia sido gran señor en la Corte del Emperador, y Paulino se habia criado desde su niñez con Teodosio, teniendo parte en todos sus consejos y entretenimientos de la mocedad. Habia llegado á subir tanto, que solo la mano de su señor le podia arruinar. Vivía en reputacion de hombre de mucha importancia, y sus palabras eran oidas en la Corte como oráculos; y no obstante, le vereis por satisfacer unos zelos, miserablemente muerto; y tantos y tan grandes servicios que habia hecho á la corona, fueron pagados con una tan funesta muerte. No se sabe por qué la Providencia de Dios permite esto; ella tiene de ordinario las cosas del mundo en silencio, pero es menester asentar que todo lo que permite, lo permite con justicia. Quando la afligida Emperatriz supo la muerte de Paulino tan repentina y no

pensada, echó de ver que el Emperador estaba atosigado de zelos crueles, y que todas sus excusas serian sin provecho. La pobre señora no veia al rededor de sí sino tinieblas, fantasmas y horrores; cada hora que daba el relox le parecia siempre la última de su vida, y aun se le hacia muy tarde, á su parecer, por acabar con sus trabajos. Quando se veia algun poco aliviada de la afliccion, decia á Dios con un corazon amoroso (1):

*¡ Ay de mí! Dios de la justicia, que no oso repetir mas vuestras misericordias, vos me habeis afligido por la parte que era en mí mas sensible. Aunque hubiera visto yo mi corona abatida por vuestro poder, caer hecha polvos á mis pies, aunque me hubierais quitado de delante esta criatura que nos disteis por arras de nuestro matrimonio, y aunque todas las enfermedades y muertes se hubieran conjurado contra mí, pensaba yo siempre tener animo para vencer la tempestad y andar sobre los vientos. ¿ Pero qué luz de espíritu no se eclipsará, y qué temple de corazon no se perderá en una tan doliente afliccion? Vos me habeis levantado (2), como se hace á los niños pequeños, á las ramas de un árbol, para hacerme caer despues de cabeza, y soterrarme con una caída tan ignominiosa, como mi fortuna habia sido levantada. Si estuviera yo ahora debaxo del pobre techo de la casa á donde vos me disteis el nacimiento, fuera muy dichosa. Vos me habeis puesto en tan alto lugar para no poder ser desdichada, sin que todo el mundo sepa mi desdicha y mi afrenta. Y con todo eso, Dios mio, vos sabeis que mis ojos han sido siempre castos, y que nunca ha entrado dentro de mi corazon otro amor que el de un legitimo marido: mejor es padecer inocente que culpada; pero siempre es cosa lastimosa ver una castidad tan indignamente perseguida. Aquel pobre inocente ha ido delante de mí al otro mundo, y ha servido de víctima á los zelos de su señor. No debian sus servicios ser coronados con tal recompensa;*

(1) Extraña afliccion de Eudoxia, y lo que decia.

(2) Vanidades é inconstancia de las cosas del mundo.



*mi amistad casta, aunque infeliz, es quien le echó á perder; mis pecados son tan grandes, que no puedo hacer bien, sino es haciendo mal. Dios mio, limpiadlos con la muerte, y bõrrad la mancha de estas deshonras.*

La afligida tortolilla andaba de esta manera gimiendo en las soledades de su corazon, las noches le eran crueles; si dormia era todo visiones y fantasmas, que le representaban con mas horror su calamidad. Y quando salia el Sol para dar con sus rayos alegria á todas las criaturas, hallaba las mexillas de esta pobre Princesa bañadas en lágrimas, que él no podia enxugar.

En este ínterin la Corte de Teodosio estaba en una horrible confusion, no se sabia que tragedia habia sucedido; el Emperador estaba triste y melancolico, la Emperatriz llevaba en su rostro afligido la imagen del dolor; Pulqueria estaba con prudente disimulacion y admirable constancia. La muerte tan súbita de Paulino, daba que sospechar que habia algun funesto accidente, y cada uno discurria segun le parecia; pero veíase que Eudoxia no entraba en el consejo y manejo de los negocios, que estaba privada del lecho imperial, desamparada de los que ántes la estaban adorando; ella estaba muerta para la vida civil, y no vivia sino por ver sus funerales. Juzgose que Pulqueria la queria apartar de sí, temiendo que su presencia no volviese á encender aun el fuego que estaba debaxo de las cenizas en el corazon del Emperador, para hacerse dueño de él en perjuicio de los negocios: hizo que debaxo de secreto la dixesen se fuese á la Tierra Santa, pero es mas de creer que la buena Emperatriz tomó esta resolution de su propio motivo por la razon que diré.

Una devota Romana de muy ilustre sangre, llamada Melania, que llenaba los desiertos, Ciudades, Provincias é Imperios de su fama, yendo á Palestina para acabar gustosamente lo restante de su vida, pasó por Constantinopla, y fue recibida en la Corte del Emperador, donde viendo á Eudoxia dotada de un raro espíritu, aunque ruda en la delicadeza de las cosas es-

pirituales, se determinó á darle gusto en esto. Ella que por entonces estaba en las prosperidades y delicias de una Corte florida, juzgaba que habia de tratar de la devocion, como hiciera un Capitan de la Filosofia, y que bastaba tomarlo con mediania. Mas quando este infeliz accidente, ni mas ni menos que el eslabon sacude al pedernal, hizo salir fuertemente las centellas; y así ardientemente deseaba dexar la Corte, donde ya no era lo que habia sido, y suspiraba por los Lugares de la Tierra Santa, como el ciervo herido busca la corriente de las aguas. Bien creo que ella se aconsejó entonces con Crisafio, que era un Eunuco muy poderoso, que habia criado á Teodosio desde su niñez, y tenia gran crédito en la Corte, contaminando á lo secreto la demasiada autoridad que Pulqueria tenia, á su parecer, en el manejo; pero se guardaba bien de hacerle oposicion, contentandose con dar aviso á Eudoxia de todos los cuentos que alcanzaba á saber. Este hombre, bien entendido en los negocios, halló que era bueno hacerse atrás para saltar mejor, y que era necesario que la Emperatriz se ausentase por algun tiempo que la ausencia la haria ser deseada mucho mas, y que en el ínterin él haria sus diligencias con el Emperador, y lograria el tiro á su tiempo. Concluyóse, pues, el viage; la licencia no fue dificultosa de alcanzar del Emperador, pues Pulqueria, por quien se gobernaba, lo tenia así dispuesto. Quando llegó á apartarse, que era bien sensible á dos almas que se habian tanto tiempo, y tan fervorosamente amado, la buena Eudoxia no pudo contenerse sin decir á su marido con las lágrimas en los ojos las siguientes palabras (1):

*Sacra Magestad, yo estoy en términos de no veros y a mas sino en el otro mundo, y así es menester descubrirnos mi corazon. Dispuesta estoy para partirme, no solo de la Corte sino tambien de esta vida, si es así vuestro gusto. No echo menos las grandezas ni las delicias, porque siem-  
pre*

(1) Apologia de Eudoxia.

pre he juzgado que la prosperidad del mundo es una canal de agua dulce, que sin detenerse nada va á parar al mar. Solamente siento que habiendo traído á vuestra Corte dos joyas inestimables, que son la virginidad y reputacion de mujer honrada, haya consagrado la una á vuestro lecho, de viendola primero dar á Dios, y se me haya quitado la otra por vuestra sospecha, fundada en una repentina turbacion por haberos visto alterado. Vos habeis hecho morir al Principe Paulino; y haciendo esto no me habeis quitado un amante, sino vos mismo os habeis privado de un buen y fiel criado, y plegue á Dios que la voz de su sangre no os acuse delante del tribunal del Soberano Juez. Yo confio en Dios, que es el amparo de los inocentes, que tomará algun dia mi causa por su cuenta, y que quando la verdad haya deshecho vuestras sospechas, me dareis por lo menos la honra que siempre y unicamente he deseado conservar hasta las cenizas de mi sepulcro.

Teodosio no sabia que responderla, sino es con las lágrimas de los ojos, que comenzaban á hacer lo que debia la lengua; no obstante hubiera hablado á no interponerse Pulqueria, y decir que se dexase aquello y se pusiese en olvido, pues Dios no quiere nos acordemos de ello, y asi que la Emperatriz se fuese nora buena á cumplir su promesa; y que si ella se hallara desembarazada de la servidumbre del despacho, no tuviera mayor gusto que hacerla compañía.

De esta suerte se fue Eudoxía (1) camino derecho de Jerusalem, y con ella se partió la gracia y la alegría de la Corte. Todo era tristeza en Constantinopla, quando las campiñas de Palestina estaban ya risueñas al ver los primeros rayos de esta bella alba del dia. Por todas partes por donde pasaba, corria el pueblo en tropas por verla; recibianla con muchos aplausos, eloqüentes oraciones, y con las demas demostraciones de buen afecto; y particularmente su llegada fue muy festejada en la Ciudad de Antioquía, porque dicen que el Se-  
na

(1) Viage de Eudoxía á Palestina.

nado salió fuera á recibirla, y como ella iba en su carroza, despues de haber oido la bienvenida que la dieron, respondió dando muchas alabanzas á esta Ciudad, con tanta gracia y agudeza, que los principales de ella admirados y agradecidos de tal cortesía, la dedicaron dos estatuas, una de oro dentro del Senado, como á Emperatriz, y otra de bronce en su librería, como á décima musa. Entrando en Jerusalem fue recibida como un Angel baxado del cielo, y particularmente el Clero se alegró mucho de la asistencia que allí había de hacer, teniendo por cierto que la Iglesia tendría de ella grandes socorros en su necesidad. Dieronla á entender que David había profetizado que ella había de reedificar las murallas de Jerusalem, porque donde el Salmo 50. dice estas palabras: *In bona voluntate tua edificentur muri Jerusalem*, los Setenta traduxeron, *In Eudoxia*. La explicación no fue mala, y aunque no era muy literal surtió efecto, porque la piadosa Emperatriz con el discurso del tiempo hizo tres excelentes reparos. Desde entonces comenzó ella á vivir como en otro mundo; parecíale que se había quitado de las espaldas el peso de un gran monte; tenía otro aliento diferente del de la Corte, y no trataba de otra cosa sino de Dios. Todo su estudio era orar y meditar, oír exhortaciones y conferencias espirituales, leer y aprender la Sagrada Escritura, sembrar la caridad para coger méritos, visitar las celdillas de los Anacoretas, mirar cómo estaban hechos sus hábitos y cintos, aprender su modo de vivir, multiplicar los Monasterios, hacer dar el velo á doncellas, juntar reliquias, y otras cosas semejantes.

Teodosio sabiendo el modo con que se portaba, y el buen recibimiento que por todas partes la habían hecho, conoció era obra de Dios que favorecía su inocencia, y desde entonces las llamas de sus castos amores comenzaron á volver á arder mas vivamente que nunca. Amabale con un amor mezclado del respeto de sus méritos, y de la compasión de su inocencia per-

seguida. Dabale mucho gusto que le hablasen de ella sin darse por entendido, y que le dixesen la vida que tenia en aquel nuevo mundo. Crisafio, reparando en esto, se aprovechó de la ocasion como habia prometido, y viendo un dia al Emperador de buen temple, se aventuró á decirle estas palabras (1):

*Sacra Magestas ad, ¿basta quando nos habeis de privar de esta Santa? ¿Han de poseerla los desiertos de Palestina en perjuicio nuestro tanto tiempo? ¿Es milagro que vuestro palacio no haya podido sufrir una virtud que se dexa ver, oír y adorar en la soledad de los yermos? La pobre señora ha pagado muy bien una mentirilla en que fue cogida; pero habeis de saber que en quanto á lo demas nunca ha faltado á la fidelidad de vuestro lecho, y eso lo juraré yo sobre los santos Evangelios, y meteré mi mano en el fuego. Bien lo ha declarado Dios en su modo de proceder: lo hecho ya está hecho, no se puede dar la vida á los muertos; pero debe darse la honra á los vivos si injustamente se les ha quitado, y es cargo de conciencia que no la veamos muy presto á vuestro lado. Teodosio le respondió: Bien lo deseo yo; ¿pero cómo se ha de negociar, que temo no le pese á mi hermana de ello? Crisafio replicó: Cierto, señor, que vuestra hermana se debe contentar con el poder absoluto que vuestra Magestad le ha dado para todos los despachos del Imperio, sin meterse en los gustos de vuestro matrimonio, en perjuicio de la honra de esta señora, cuyas faltas debia cubrir con su púrpura Real, si acaso tuviera algunas. La mas fuerte razon es que honre sus méritos forzosamente; dexadme obrar á mí, que yo la pondré contenta.*

Teodosio le dió toda facultad para ello, y luego, como es lo mas cierto, avisó á la Emperatriz, que calladamente, sin hacer ruido y con toda prisa se acercase á Constantinopla, é hizo de modo que el Emperador yendo á caza, la viese y hablase, y trató de  
que

(1) Crisafio intercede por lo hace por su particular interés, que vuelva la Emperatriz, y terés.

que entrase; lo qual al punto se publicó, y toda la Ciudad, que la amaba entrañablemente, la salió á recibir. Veisla aquí que ya ha vuelto, como si hubiera volado por el ayre, y ha entrado con toda honra y magnificencia en palacio. Pulqueria, asombrada de este no pensado caso, la hizo buena cara, la abrazó, y preguntó por su peregrinacion, sin hablar de otra cosa sino de Monasterios, Anacoretas y reliquias, aunque se le conocia en el corazon que no la agradaba mucho el que habia guiado esta disposicion. Crisafio (1), conociendo que las habia con una muger que tenia el mando, y que estaba muy diestra en el gobierno, y que nunca le perdonaria esta falta, se resolvió á ganarla por la mano, pareciendole tenia bastante crédito para hacerlo por medio de Eudoxia, porque el amor que Teodosio la tenia, despues de detenido tanto tiempo, rompió los diques con la violencia, y con vigoroso ímpetu inundó las campiñas. Estaba tan apasionado que parecia se hallaba en estado de no negarla cosa que le pidiese. Por esta causa Crisafio, cuyo nombre quiere decir, *Bordador de oro*, habiendo hecho un excelente bordado, hizo tambien otro mas alentado que el primero. Habló al Emperador con las alas de Eudoxia, en medio del fervor de sus afectos mas apasionados, y ambos juntos por hacer el tiro mas fuerte, le dixerón: *Que Pulqueria anhelaba todos los dias por su reposo, segun lo habia dado á entender muchas veces, y que esto legitimamente se debia á los servicios que habia hecho á la corona: que era de admirar como estando dedicada á la Iglesia por el voto de virginidad, se mantenía tanto tiempo en la Corte. Que de allí adelante Teodosio tenia persona consigo de grande estimacion y caridad, en quien podria descansar, y estaba obligado á ello, por razon que era su muger. Que el espíritu de Pulqueria no se ajustaba mucho con la condicion de Eudoxia, porque al nacer un lucero, el que le es opuesto se pone.*

Teo.

(1) Crisafio Eunuco, herege, intenta echar á perder la Corte de Teodosio.

Teodósio temía este negocio, como paso el mas resvaladizo que nunca tuvo; ¡pero qué no puede el amor, y qué no alcanzan los atractivos de una muger! Viendose continuamente importunado se rindió, y llamando á Flaviano, Patriarca, le rogó metiese á su hermana Pulqueria en el número de las doncellas que se dedicaban al ministerio de la Iglesia. Flaviano se admiró de este mandato, y le replicó diciendo, que mirase bien lo que hacia, porque aventuraba mas que nunca su Estado, y se debía temer el riesgo. El Emperador le volvió á decir, que bien pensado lo tenia, que asi era su voluntad, y era menester ponerla al punto en execucion. El Patriarca, como Pulqueria era muy amada de todo el Clero, la avisó que procurase quitarse de delante, porque de no hacerlo era fuerza que él hiciese cosa que le pesase. La buena señora (1) entendió muy bien lo que queria decirle, que ya habia descubierto la mina, y no por eso hizo cosa indigna de su virtud; porque viendo mudado su estado, por haberse mudado la voluntad del Emperador su hermano, se despojó de muy buena gana del manejo de los negocios, como de una camisa, que tanto tiempo habia traído á cuestras, y retirandose de palacio se fue á una casa apartada de Constantinopla, donde vivia con admirable santidad. La virtud es como el cubo, de qualquier lado que le echen se halla siempre sobre la basa.

Ya veis otro nuevo modo de gobierno, que comienza debaxo de Eudoxia y Crisafio (2); pero la desdicha quiso que un viejo desatinado llamado Eutiques, se presentase para sembrar una heregia, que enseñaba que el cuerpo de nuestro Señor, despues de la union del Verbo no era de la misma naturaleza que los nuestros, sino que la humanidad se habia toda consumido en la Divinidad. El hipócrita amasaba de tal

(1) Virtud de Pulqueria.

rador y á su muger en la heregia de Eutiques.

(2) Crisafio mete al Empe-

tal manera la materia, que daba á entender que no dogmatizaba esta doctrina, sino es por la reverencia que tenia al Hijo de Dios. Esto servia de piedra de escándalo á muchas buenas almas. Como él iba adelantando la proposicion, se opusieron los Obispos por reprimirle, y él buscando amparo, se puso en los brazos de Crisafio, el qual no contentandose solo con abrazar la doctrina con todo fervor, metió en ella al Emperador Teodosio, y á Eudoxia su muger; al principio por gran simplicidad, y despues por gran desdicha, y casi los llevara al precipicio, á no haberlo dispuesto de otro modo la bondad de Dios. Teodosio, santo y religioso Emperador, perseguia á los Religiosos y Santos. Escribia al Papa Leon en favor de Eutiques, convocaba falsos Concilios, y amparaba á los sediciosos con el abrigo de sus armas, hasta autorizar el desafuero cometido en la persona del Patriarca Flaviano por letras expresas. ¡Qué no hace una santidad solapada para destruccion de los simples! ¡Qué no hace un mal criado, quando una vez se apodera del espíritu facil de su señor!

Pulqueria, que algunos años ántes habia visto nacer la heregia de Nestorio, y en parte la habia sofocado con su buena maña, estando entonces con el manejo de los negocios; nunca quiso elegir partido, sino arrimóse constantisimamente á la doctrina de la Santa Sede. Esto le daba una particular bendicion en todas sus empresas, y la hacia reynar en el corazon de los pueblos, como ella hacia dominar la verdadera Religion en los altares. Todo el Clero de Oriente y Occidente la amaba, y hacia espaldas para que mantuviese su autoridad, que no es pequeño apoyo. Todos los que han querido hombrear contra este poder, han perdido sus fuerzas. Y con razon Aristobulo, Rey de los Judios, uno de los mayores políticos que gobernaron aquel Reyno, estando para morir, confesó claramente, que la mayor falta que habia tenido en materia de politica, era haberse opuesto á los Fariseos, que



que en aquel tiempo tenían la legítima autoridad en los negocios de la Religion, y aconsejó á su muger Alexandra que practicase y tuviese buena inteligencia con ellos por todos los medios posibles. Lo que este aconsejó por razon de Estado, Pulqueria lo practicaba por consideracion de piedad, y se tenia siempre firme en la roca de San Pedro, como se dice que las madres perlas se agarran de las peñas durante la tempestad. Si el desdichado Eutiques se hubiera descubierto en su tiempo, ella hubiera deshecho su heregia, como el yelo de una noche se deshace á los rayos del Sol; pero por entonces estaba el Reyno en tinieblas. Crisafio sitiaba perpetuamente los oidos y corazon del Emperador Teodosio, disfrazandole todos los negocios, segun el movimiento que tomaba su passion. Enlazaba tambien á la buena Eudoxia, que se tenia por inteligente en la Religion, y se perdia por seguir mas la punteria de su bello espíritu, que los rumbos de una santa humildad mas conveniente á su sexô.

Pulqueria, que sabia todo lo que pasaba, sentia ver á su hermano y á su cuñada, despues de haber sacudido el yugo de sus buenos preceptos, metidos en un género de apostasia, y no pudiendo ir á hablarles cara á cara, hablaba á Dios con las lágrimas de sus ojos llorosos en continuas oraciones. Escribió á Roma asi al Emperador Valentiniano su pariente, como á su muger Eudoxia la jóven, hija de nuestra Eudoxia; y asimismo al Papa Leon, solicitandolos por la reduccion de aquellas pobres ovejas perdidas. Disponia tambien por medio de muchas Religiosas obligar á Dios con las armas de la oracion. Todos los poderes del cielo y de la tierra concurrían á un mismo tiempo. La bateria era muy fuerte para ablandar un corazon que nunca se halló endurecido.

Al fin, Teodosio (1) despertó como de un profundo sueño, abrió los ojos, y vió con horror el precipi-

(1) Teodosio vuelve en sí.

picio á donde se iba despeñando. Maldice al desastrado Eutiques, y le dexa á las censuras de la Iglesia. Pulqueria quatro años despues de su destierro volvió triunfante á la Corte, con aplauso universal de todos los Estados. Su primer cuidado fue coger á Crisafio, y condenarle á muerte por sentencia de la justicia, porque no alborotase mas, en lo qual mostró que aunque vivia en lo restante como una abeja en las delicias de la virginidad, no por eso tenia tanta miel que no tuviese tambien un penetrante aguijon.

La pobre Eudoxia, viendo que Pulqueria habia vuelto, estaba atribulada por la mudanza; ya no se acordaba de que habia sido Athenais, y la que ántes no queria sino estar á los pies de Pulqueria, no la podia sufrir á su lado. Es cosa de admirar quanto hincha la ambicion el ayre de la Corte. Estas dos almas puras, que parecia al principio podrian caber en un anillo, estando concordes, hallaban por su discordia el mundo muy pequeño para apartarse la una de la otra. Eudoxia, enfadada de tantas revoluciones como habia en la Corte, se volvió á Jerusalem en peregrinacion, haciendo juramento de no volver á poner los pies en Constantino-  
pla; y con efecto hizo su sepulcro en Palestina, como veremos presto.

Teodosio, en la relacion de su historia nos insinúa, que no se puso ella en camino ántes de la muerte del Emperador Teodosio su marido, que sucedió bien presto. Direis acaso, que su cuñada vino muy á tiempo para disponer su alma á este viage. Tenia al pie de cincuenta años, y habia reynado quarenta y tres en un Reyno harto dichoso, á no haber habido aquella manzana de la discordia, que furiosamente alborotó la paz de su Corte, y llenó su vida de grandes amarguras. La mas probable que se halla de su muerte (1), es que yendo á caza hizo una fuerza, y cayendo del caballo se hizo mal en la nuca, de modo que le lle-  
va-

(1) Su muerte.

varon á palacio en una litera. Desde luego vió que se acercaba su hora, y selló su inocente vida con el sello de una muerte verdaderamente Christiana. En lo demás era Príncipe de vida muy entera, Religioso, docto, clemente, apacible y paciente, libre de toda reprehension, sino es la gran facilidad de su natura que se hacia algunas veces el corazon de cera, para que hiciesen de él lo que quisiesen aquellos que podian acercarsele mas, y esto fue casi la causa de su ruina; pero es de estimar quan firmemente se arrimó á los buenos consejos de su hermana, que deseaba entrañablemente su bien, y no atendia sino al reposo y gloria de su Imperio. Veis aqui su epitafio.

*Fl. Theodosius Junior, Arcadii, & Eudoxie filius, octo annorum puer orientale cœpit Imperium, & per annos quadraginta tres Pulcherie sororis auspiciis, armis, & legibus feliciter administravit, Princeps de meliore nota Christianus, vitæ integerrimæ, divinis lectionibus intentus, patientia, & clementia super cæteros clarus.*

*Obiit Constantinopoli anno Christi CDLII. ætatis XLIX.*

No dexó hijo varon de su muger Eudoxia, y el Imperio no podia recaer en hembra, lo qual parece convidaba á estas dos Princesas, que hasta entonces habian reynado en el gobierno, á tratar de retirarse; pero Pulqueria era tenida por muy necesaria en el Imperio, y no habia aun perdido el apetito de gobernar. Teodosio, habiendo puesto los ojos por parecer de su Consejo en Marciano, le declaró por sucesor en el Imperio. Pulqueria se casó (1) con él, solo con titulo de matrimonio, con reciproco consentimiento de ambos de guardar virginidad. Esta muger habia nacido para gobernar los hombres y los Imperios. Era ya de edad de cincuenta años, y habia manejado el gobierno cerca de treinta y siete. Veis aqui, pues, ahora que comienza un nuevo Imperio con el mejor hombre del mundo, que tenia solamente el nombre de marido, y

efec

(1) Casase Pulqueria, y hay nuevo gobierno.

efectivamente la servia, y respetaba con mas respeto y humildad, que si fuera su propio hijo: no podia ella en toda la tierra habitable escoger otro mejor. Este gran varon (1) era naturalmente inclinado á la piedad, justicia, y compasion de las necesidades de la gente. Era muy valiente, porque se habia criado toda su vida en las armas, y mientras duró su Imperio, no hubo Bárbaro que se le osase oponer, ántes era muy temido. Es muy de admirar el camino por donde le llevó Dios derecho á la cumbre de las mayores honras del mundo. Era de humilde linage, natural de Tracia, de buen juicio, y cuerpo muy robusto, por lo qual se inclinó á la guerra. Caminando á Filipolis á asentár plaza de soldado, sucedió acaso, que vio en el camino un hombre muerto, y él como era compasivo se llegó á darle sepultura; pero su misericordia por poco le costara la vida. Hallaronle enterrando el cuerpo, y le agarraron como si fuera él quien le habia muerto, y hacia la sepultura para enterrar su delito. El pobre hombre se defendió lo que pudo con su inocencia; pero los indicios le culpaban mas. Ya estaba la cabeza debaxo del cuchillo del verdugo, quando por dicha truxeron al homicida que habia hecho el delito, convencido ya por su propia confesion; pusieronle en el lugar del inocente para cortarle la cabeza, y Marciano salvó la suya para verla algun dia resplandecer con los rubies y diamantes de la corona imperial. No fue menester largas pruebas de su suficiencia para hacerle subir de grado en grado por todos los puestos de una larga y trabajosa milicia. Tenia ya edad asentada, y estaba en reputacion de los mayores Capitanes del Imperio, por lo qual Pulqueria no podia engañarse en la eleccion. Este buen marido, que tenia á su muger como una santa, se gobernaba totalmente por sus consejos, y ella labraba cada dia su espíritu en la Religion y política. En poco tiempo se hizo tan perfecto en esta

(1) Admirable accidente de Marciano.

ta escuela, que fue tenido por uno de los mejores Emperadores que tuvieron el cetro despues de Constantino. Mostró Dios su amor y fiel proteccion con Marciano (1), quando el año segundo de su Imperio echó del Oriente al furioso Atila, que rugia ya muy cerca de Constantinopla, como un trueno ántes de hacer su golpe.

Era Atila un Escita, grandísimo Capitan, que se prometia el Imperio del mundo, y para ello habia puesto un ejército de cerca de setecientos mil hombres, compuesto de extrañas y fieras naciones, que saliendo de sus tierras como la espuma, se juntaron debaxo de su mando, por la grande experiencia que tenia en el manejo de las armas. No obstante, era un hombre pequeño, mal hecho, feroz, largo de talle, la cabeza gorda, los ojos feos, la nariz muy roma, barbilampiño, que ya comenzaba á encanecer. Marchaba con tanta soberbia, que le parecia que la tierra era indigna de llevarle; y con ser tan bárbaro, el deseo de la honra le estimulaba tanto, que estando un dia en Milan, y viendo las pinturas en que estaban pintados los Emperadores de Roma con los Escitas sus compatriotas á los pies, se encolerizó tanto, que envió al punto á llamar un Pintor que le retratase y pusiese en un trono de oro muy alto, vestido á lo Real, y los Emperadores de Roma y Constantinopla, que venian cargados los hombros de sacos de escudos, y los ponian á sus pies, queriendo hacer alusion á la mucha cantidad de dinero que habia sacado del Imperio, y que Teodosio le dió porque volviese atrás sus armas, juzgando que para hacer salir prontamente tal enemigo de sus tierras, era muy bueno hacerle la puente de plata. Parecia haber nacido este hombre para desplo-  
mar las columnas de la tierra, y por eso se hacia llamar: *El azote de Dios*. No habia niño en los brazos de su madre, que oyendo nombrar á Atila no le pa-  
re-

(1) Felicidad del Imperio de Marciano.

reciese ver al lobo. Considerando , pues , él que Marciano tenia entonces el Imperio de Oriente , no se le osó acercar mucho , sino fue á dar en Occidente , donde reynaba Valentiniano el mozo , hijo de la hermana de Honorio , primo de Teodosio y de Pulqueria , Príncipe lascivo y disoluto , como vereis en el discurso de esta historia , que perdió la vida y el Imperio por su liviandad. Aquí fue donde Atila , dando primero sobre las Galias , halló bien que hacer , porque los Romanos , Franceses y Godos , de la misma manera que perros , que despues de haberse mordido unos á otros , se unen y juntan para pelear con el lobo , se juntaron de comun acuerdo , debaxo del gobierno de Accio , Meroveo , y Teodorico , contra el Bárbaro , y habiendole dado la batalla le derrotaron gran parte de su ejército en los campos Catalaunicos ; pero no dexó de rehacerse como una gran serpiente , que aunque tirandole muchas piedras ha recibido heridas en el cuerpo , tiene con todo eso sana la cabeza.

Dios , que hace burla de los soberbios , y que desde su anfiteatro quiere hacer combatir , no leones contra toros , sino lo mas débil de la tierra contra las mas erguidas grandezas , habia reservado la conquista de este monstruo á dos personas religiosas , y dos mugeres. Es muy de admirar que viniendo él á Roma , como á la mas alta cumbre de sus ambiciones , lleno de deseos y llamas , con tan grande aparato de armas y estruendo de exércitos , temblando todo el mundo debaxo del azote ; el generoso Pontífice San Leon le fue á buscar , y le habló tan bien , que habiendo venido como un leon , se volvió como un cordero. Atila le trató con admirable respeto , como habia hecho ántes á San Lupo , Obispo de Trecas , y le concedió todo lo que pudo desear. Todos sus Capitanes estaban ya muy asombrados , porque entre otros muchos titulos , este Hunno tenia fama de ser inexôrable á los que le rogaban ; y como por curiosidad le preguntasen por qué habia perdido su natural condicion , confesó que ha-

había visto al lado de San Leon un gravísimo varon (era el Apóstol San Pedro) que le amenazaba de muerte, si no concedía lo que el buen Papa deseaba de él.

Atila, pues, dexa á Italia y pasa á Esclavonia, sin ser llorado sino de una persona sola. ¿Quién tal creyera? Honoria, hermana del Emperador, prima hermana de Pulqueria, se enamoró de este monstruo; yo no sé qué había ella visto en su retrato, que ordinariamente le pintan con cuernos de toro en la frente: no era esto á mi parecer, ni sus bellos ojos, ni su bella nariz quien le hacia apetecido, porque era una de las mas feas criaturas del mundo; no obstante le llamaban gran Capitan, y poderoso Rey. Esta ciega Princesa se dexaba llevar de tal modo de la ambicion, que aunque era Pagano y monstruo, no le parecia mal; porque con efecto se encendió tan fuertemente su pasion, que envió de secreto á uno de sus Eunucos con letras expresas, rogando á Atila que la pidiese por muger al Emperador su hermano, y que ella tendria á grande honra el ser su esposa. El Escita entró en gran presuncion de su suficiencia mas que nunca, viendose requerido de una dama Romana de tan alta esfera, y se encendió tanto, que luego al punto envió una embaxada al Emperador Valentiniano pidiendole á su hermana por muger, y la mitad de su Reyno; y de no hacerlo, que no estaba tan lejos que no volviese con su ejército á hacerse obedecer.

Todo el mundo estaba ya temblando, quando por buena dicha él se halló empeñado por algunos negocios de importancia á volver á su Reyno, donde todos sus esplendores se mudaron bien presto en lluvias de sangre. Despues de haber trabajado tanto en la guerra, como otro Anibal, que al fin de sus conquistas se fue á volver bestia en las faldas de una dama de Capua, este feroz Rey de los Hunnos, volviendo á su tierra, se dió todo á la embriaguez y al amor. Ademas de un grande número de mugeres que tenia para saciar su sensualidad, á la vejez vino á hallarse perdido de amores por

una dama llamada Hildiconá, con la qual se casó con muchas fiestas, alegrías y regocijos excesivos. Por la noche (1), despues de haber largamente bebido, segun su costumbre, se retiró á la cámara nupcial con su nueva esposa, y por la mañana le hallaron muerto en su cama, bañado en un rio de sangre, despues de haber sacado la de todas las venas del mundo.

Dicen que le ahogó un fluxo de sangre; pero hay quien diga que Hildiconá, inducida ó solicitada por no sé quién, trató á su pretenso marido como Judith á Holofernes. Veis aquí como Dios castiga á los soberbios: un desdichado enano que se habia puesto á la frente de setecientos mil hombres, que caminaba por todas partes cercado de una muralla de acero, que braveaba con las luces de sus poderosas armas, que arrasaba las Ciudades anegadas en sangre y fuego, que destruia las Provincias, que invadia los Imperios, y que no queria marchar sino sobre coronas y cetros, le veis la propia noche de sus bodas embriagado y muerto por una muger, sin tener aun la honra de morir por mano de los hombres.

La misma noche que Atila murió en su misma sangre se apareció Christo en sueños al buen Emperador Marciano, y mostrandole un grande arco hecho pedazos, le dixo: *Marciano, mira el arco de Atila que yo he rompido; ya no tendrás que temerle en tu Imperio.* Y tambien mirad como Dios pelea por la piedad afortunada hasta en en el sueño.

Habiendose atajado tan dichosamente este azote, Marciano y Pulqueria, se empleaban lo posible en el alivio y adorno de la Iglesia universal, gobernada por el gran Pontífice San Leon, á quien sus Magestades obedecian con mucha puntualidad. Entonces se vieron entrar triunfantes en Constantinopla las reliquias del buen Patriarca Flaviano, muerto de orden de los hereges; entonces los Obispos desterrados volvieron con honra á sus

(1) Muerte de Atila.



sus sillas; entonces se celebró el Concilio Calcedonense, en que el Emperador Marciano, aunque era todo soldado, razonó primero en Latin en honra de la Iglesia Romana, y despues en Griego, su lengua natural. Entonces la heregia fue llanamente condenada, y la desvergüenza ya confundida; entonces se establecieron por el Concilio muchas ordenanzas, que fueron vivamente mantenidas por la autoridad del Emperador. Entonces la justicia llegó al colmo de la perfeccion; y en fin, entonces todo el mundo fue sumamente aliviado por el buen orden y liberalidades de esta santa Corte.

Era un admirable Imperio, y un admirable matrimonio, y no se podia desear nada á cada uno sino la inmortalidad. Mas la santa virgen Pulqueria, teniendo ya cerca de cincuenta y cinco años de edad, no tanto cargada de años como de méritos, estando moli- da de los continuos trabajos y cuidados que habia padecido cerca de quarenta años en el gobierno de los negocios, halló su descanso trocando la Corte de Constantinopla con la del paraiso.

Murió en purísima virginidad, la qual habia con todo cuidado conservado toda su vida, dexando por sus herederos á los pobres, que eran sus delicias, despues de haber erigido en su vida cinco Iglesias, y entre ellas una en honra de la Sacratísima Virgen Maria, que sobrepujaba á las otras en magnificencia; y fuera de esto muchos hospitales y sepulcros para los peregrinos. Las antorchas que se hacen de aromáticos leños, echan sus mas fragantes exhalaciones quando se van consumiendo; y la virtuosa Pulqueria hizo evaporar todos los buenos olores de su vida en el último artículo de su muerte. La que habia vivido como abeja en las sabrosas dulzuras de la pureza, murió como el fenix en las palmas, no de la Arabia, sino de las victorias que habia alcanzado de los enemigos de nuestra naturaleza. Hemos puesto aquí su elogio.

*Pulcheria Fl. Theodosii Junioris sorora augusta, virgo,*

*go, et conjux, augustorum filia, soror, neptis, uxor; propugnatrix Pontificum, Magistra Imperatorum, custos Fidei, munimen Orthodoxorum, Ecclesie, & Imperii Decus, nova Helena, novum orbis miraculum anno Christi CDLIII. etatis LV. imperii XXXIX. ad cœlestem aulam proficiscitur.*

Ahora pueden ver los Grandes que el mas corto camino para el templo de la honra, es pasar por el de las virtudes. Nunca hubo muger mas honrada en su vida, ni mas gloriosa en su muerte. El gran Pontífice San Leon, San Cirilo, y los mas sabios hombres del Oriente y Occidente, han empleado sus plumas en su honra. Los Concilios la hicieron aclamaciones tan magnificas y esclarecidas, que no puede desearse cosa mejor. Un poco ántes de su muerte el Concilio Calcedonense dixo á voces: *Viva la Emperatriz Augustísima, viva Pulqueria, viva la nueva Santa Elena: Dios mio guardad la Santa, guardad la Christiana, guardad la que es guarda de la fe.*

¿Qué trofeos de Alexandros ni de Césares se pueden comparar á tal honra? Radero, que doctamente escribió su vida, hace una recopilacion de sus títulos, y la llama: la Santa Pulqueria, siempre virgen, siempre Augusta, virgen ántes de casarse, y virgen despues de casada, hija de Emperador, muger de Emperador, maestra de Emperadores, protectora de los Pontífices, guardia de la fe, reparo de los Christianos, honra de la Iglesia, honra del Imperio; la nueva Elena, el nuevo milagro del mundo, el nuevo exemplo de la posteridad. Estos títulos la dan los Santos, y su nombre en qualidad de Santa se halla en el Menologio de los Griegos, y en el Martirologio Romano á diez de Septiembre, que es el mes en que ella pasó de este mundo á la gloria de los Santos el año de nuestro Señor de quatrocientos cincuenta y tres. Y Marciano su marido, no pudiendo vivir sin esta alma celestial, murió muy poco despues, por gozar de la recompensa de su piedad. Aquí vereis su elogio.

*Fl. Valerius Marcianus sola virtutum commendatione*  
ad

*ad Imperium euectus; Pulcheria conjugis integræ integer conjux, moderatus domi Princeps, foris Attilæ furori domum posuit: quassatum Imperium contra Partbos, & Vandalos confirmavit prudentia; & Orthodoxam fidem adversus Eutychem tutatus est fide: vixit ætate satis Imperio parum, sibi semper victurus, obiit anno Christi cccclvii. imperii vi. mens. vi.*

Volvamos ahora á nuestra peregrina Eudoxia (1) que vivia en la Tierra Santa, sin estar aun en el camino de la santidad; una muger que acertó á tener un hermoso cuerpo y un bello espíritu, halló un baxel bien dificultoso de conducir; se hallarán mas semejantes en el naufragio que en el puerto. La buena Princesa habia salido de Constantinopla con dolor y amargura, viendo la mudanza de su fortuna; y lo peor, tocada aun de la heregia del infeliz Eutiques. Teodosio su marido rindió las armas al primer combate, y se puso en la obediencia de la Iglesia. Eudoxia quiso aun resistir: tan propio es en las mugeres fomentar un error con terquedad. Tenia mucho ingenio para que la engañasen, pero poca prudencia para describir los engaños. Un lobo cubierto con la piel de oveja, que era Teodosio, un falso Monge que la habia grangeado con apariencia de santidad, y la comunicaba mucho quando estuvo en Palestina, la metió en el cenagal de la heregia, y ella le apoyó con su faccion, y procuró ilustrarle con la agudeza sutil de su ingenio.

¿Cómo esta heregia de Eutiques, enmascarada con el falso zelo de respeto á la persona del Hijo de Dios, no habia de coger en la red á una pobre muger, facil de tomar las impresiones que tenian apariencia de devocion, quando muchos Santos Ermitaños, que contaban buen número de años en las austeridades de la penitencia, ántes de ser bien informados, se dexaron llevar de esta novedad? Entre otros se vió caer aquel grande Gerasimo, aquel Angel del desierto, que amansa-

ba

(1) Eudoxia en la Tierra Santa vive aun en la heregia de Eutiques.

ba los leones, y se servia de ellos como de muletas, y se vió enlazado en las redes de este infame apóstata, de donde se libró despues por la misericordia de Dios. Era cosa muy lastimosa ver esta pobre Emperatriz, que habia dexado todas las grandezas y pompas de la Corte por vivir en la soledad, estar presa en los lazos de su propio juicio. Pensaba juntar todos los dias infinidad de buenas obras con los exercicios de devocion que incessablemente practicaba, y todo era polvo que traia en las manos, soplado del viento de la presuncion. No quiso Dios perder esta buena alma, que él habia engastado en tan bello cuerpo, para hacer en el fin de sus dias un perfecto milagro de virtud; y como ella resistia con alguna fiereza tantos testimonios verdaderos, se deliberó á hacer pedazos este mugeril orgullo, con la vara de hierro de una afliccion muy sensible. Ella se hallaba á la sazón (1) en su pensamiento fuera de los golpes de la inconstancia; pero tenia una parte de ella misma aun sobre el trono Imperial, que recibió toda la violencia de la tempestad para hacer pasar los efectos en su corazon, por el doloroso contrapeso de un amor, que no podia renunciar sin algun género de apostasia de naturaleza.

Eudoxía su hija (2), única heredera del nombre y belleza de la madre, estaba casada con Valentiniano, Emperador Augusto de Roma, para ser el sugeto de una lastimosa tragedia, y mostrar á la posteridad que las mas emcumbradas grandezas suelen muchas veces ser heridas del rayo. Este Valentiniano, hijo de la hermana del Emperador Honorio, hermano de Teodosio, no pudiendo contentarse con las aguas de su casa, según dice el Sabio, y satisfacerse con la beldad de una Princesa tan bizarra, con quien se habia casado por legitimo matrimonio, andaba buscando todos los dias la novedad en una infinidad de amores ilícitos. La lascivia de

(1) Afliccion de Eudoxia en su hija.

(2) Extraño desorden del Imperio Romano.

de esse Príncipe desagradó tanto á Dios (1), que por este vicio arruinó en su persona el grande Imperio de Roma, que tantas veces habia hecho pasar sus carros victoriosos, cargados de palmas y de laureles sobre la cabeza de los Reyes y Monarcas del mundo, y que tantas veces habia estado dando vayvenes y habia vuelto á afirmarse, era menester un inaudito pecado de luxuria para acabar con él de todo punto.

El Emperador, pues, miraba con lascivos ojos á la muger de un ilustrísimo Senador, llamado Máximo, y viendo que esta dama era honesta, y guardaba fidelidad á su marido, conoció que era un páxaro muy dificultoso de coger, por lo qual se determinó á valerse de todos los esfuerzos de su poder, y romper todas las obligaciones de su deber por dar viento á su pasion. ¿Qué hizo, pues? Convidó á Máximo á un suntuoso y real banquete que mandó prevenir; y el desdichado hombre no sabia que esta fiesta era el lazo que se ponía á la honra de su muger. Acabada la comida, Valentiniano le convidó á jugar por agasajo y pasatiempo, lo que él hizo de muy buena gana, y se calentó tanto en el juego, que despues de haber perdido lo que traía, se quitó del dedo el anillo con que cerraba sus cartas, y Valentiniano se lo ganó luego en una suerte de dado, muy contento, no tanto por el valor de la piedra, que era de gran precio, como por haber hallado puerta para su malvado deseo. Despachó luego al punto á un caballero con el anillo, á que le dixese á la dama que su marido la llamaba á palacio para besar la mano al Emperador, y era este un pretexto bien disfrazado; no obstante, la muger tenia grandes rezelos en su corazon por conocer los procederes del Príncipe; pero viendo la preciosa prenda de su marido, que era la seña indubitable de sus voluntades, se puso en camino, y consagró todas las dificultades que sentia, á la obediencia de su señor.

Apé-

(1) El vicio de la carne es la ruina de los Imperios.

Apénas hubo entrado la pobre dama, quando fue cogida y deshonorada, por saciar la brutal concupiscencia de un hombre mas embriagado de amor que de vino.

El palacio de un Emperador Christiano, que habia de ser el sagrado de la honestidad de las mugeres, se ensució con un acto feo y villano. La casta tortolilla, que no queria sobrevivir á su deshonra, llegando á su casa habló á su marido con furiosas palabras, pensando que habia consentido en aquel desastre, y le dixo: *¡ Ab, ingrato, sin naturaleza, tú habias de ser prodigo de la honra de tu muger, exponiendola á la brutalidad de un Príncipe, desamparado de Dios y de los hombres! ¿ Es posible que no sientes los verdugos de tu conciencia que te reprehenden tu delito? Máximo admirado de que le hablase asi, dixo: ¿ Qué teneis, habeis perdido el juicio? Ella, mostrandole el anillo, dixo: ¿ No reconoces aun tu deslealtad, cobarde y desleal marido? Veis aquí quien te acusará delante de Dios.* Como ella comenzó á declararse, reconoció luego su deshonra, y pidió á su muger callase y disimulase; ya no tenia vena que no procurase la venganza.

Valentiniano tenia un valiente y leal Capitan, llamado Ecio, que mantenía todo el Imperio, y estaba de poco ántes adornado con los despojos de Atila, á quien habia vencido en batalla campal. Máximo juzgó que era menester derribar esta columna para hacer caer el edificio, y no se engañó. Como era, pues, hombre sagaz, disimuló lo que habia pasado con su muger, como si tal cosa no supiera, y solo procuró grangear crédito con un poderoso Eunuco que llamaban Heraclio, que era el todo del Emperador; y teniendole ya de su parte, le dixo con gran secreto: que Ecio, Teniente General, del Emperador, estaba muy soberbio con la victoria que habia alcanzado de Atila, y que andaba por todas partes buscando favores dentro y fuera del Reyno, para hacerse dueño absoluto; y que con color de entretener los Franceses y Godos, á devocion del Emperador,

dor, los iba trayendo á su servicio con las rentas del Imperio, y que ya no le faltaba mas de ponerse la corona en la frente, lo qual seria muy presto si no se remediaba con toda puntualidad. Heraclio dió luego al punto noticia de todo á su señor, que ya se tenia tambien algun rezelo de Ecio, viendo que su fortuna le favorecia tanto, que parecia se remontaba sobre los vientos y tempestades. Valentiniano, Principe sin seso, embriagado siempre de amor y de cólera, sin hacer mas informacion, mandó venir á palacio á Ecio, y llegando á él con grande furia, le dixo: *¿Cómo, traidor, te atreves tú á levantarte contra mi corona?* Y diciendo esto sacó un puñal que tenia en el pecho, y le mató con sus propias manos, lo qual fue cosa atrevida y bárbara.

El pobre Ecio, que habia resistido el abance de un ejército de setecientos mil hombres, que habia sido el primero que habia combatido con un hombre que desplomaba las columnas de los Imperios, que volvia de las Galias cargado de palmas, y uno de los mejores Capitanes que mostraron en Roma su prodigioso valor, cayó muerto como una víctima á los pies de su señor, recibiendo por justo juicio de Dios, lo mismo que ántes habia hecho él con el gran Gobernador de Africa Bonifacio. Valentiniano, como si hubiera hecho una cosa grande, fue al punto á alabarse de ello con uno de sus prudentes Consejeros, preguntando si habia obrado bien, el otro le respondió: *Sacra Magestad, si tomando una acha en la mano derecha os hubierais cortado vuestro brazo izquierdo en vez de hacer este mal hecho, no hubierais obrado tan mal. Y temo que no os pese muy presto de la pérdida que babeis hecho.* Estas palabras no fueron sin efecto, porque de allí á pocos dias, habiendose publicado la muerte de Ecio, les dió á los soldados tal rabia, porque le amaban como bizarro y valiente Capitan, debaxo de cuyas banderas habian hecho tan buenas pruebas de su suficiencia, que dos de los mas osados, Ostias y Transtilas, despues de haber de-

gollado al Eunuco Heraclio , mataron al Emperador con grande furia , sin poderse librar de sus manos ; permitiendo Dios esto en venganza de la muerte recién hecha , y de tantos adulterios con que este desdichado Príncipe , degenerando de la sangre de Teodosio , se habia ensuciado.

Máximo , que tiraba la piedra y escondia la mano , guiando toda esta tragedia en su provecho , despues de la muerte de Valentiniano , como era uno de los mas poderosos y principales , se hizo dueño del Imperio sin mucha resistencia , y habiendose en el interin muerto su muger de pesadumbre de su accidente , hizo el amor á la Emperatriz Eudoxia , muger de Valentiniano , é hija de nuestra Athenais. La pobre señora , anegada en un diluvio de tristezas por la muerte de su marido , mostró al principio no tener oidos para escuchar esta propuesta ; pero como el espíritu de las mugeres es mudable , y ambicioso de gloria , dentro de pocos dias , dexando al muerto , se resolvió á vivir con los vivos , y por ajustar sus cosas se casó con Máximo. Veisle aquí en poco tiempo dentro del lecho de su señor , vengandose de una maldad con otra mas exêcrable ; pero el vicio en la grandeza tiene siempre el pie vacilante. Apénas hubo puesto Máximo los pies dentro de palacio , quando se le comenzó á mover la cabeza , y los remordimientos de la conciencia le despedazaban ; sus mas fieles amigos le oian decir suspirando , que tenia por dichoso á aquel antiguo Damocles , que no habia sido Rey sino por espacio de una comedia : tan enfadado estaba ya del Imperio , como si hubiera previsto su catástrofe. Sucedió , pues , que este desdichado , acariciando un dia á su nueva esposa , se le dexó caer una palabra que le costó la vida ; porque para darla una gran muestra de lo que la queria , confesó que él habia sido cómplice en la muerte de Valentiniano , no tanto por el deseo que tenia de reynar , como por gozar de su belleza. Eudoxia tomó un terrible horror de esta palabra , porque no pen-



saba que su primer marido habia sido privado del cetro y de la vida por la industria de este; y desde luego, deliberando la venganza, disimuló lo que pudo, y procuró darle todo gusto. Veia ella como habia sido tratada su madre en Constantinopla, y con razon no podia esperar de allí socorro ninguno. La rabia de su venganza (1) la obligó á un hecho bien arriesgado, que fue llamar á Gesnerico, Rey de los Vandalos, Arriano de secta, que reynaba en Africa, y hacerle pasar á Italia. El lo hizo con un poderoso ejército, mediante lo qual se apoderó facilmente de Roma, donde todo estaba en desorden; y como él solo se habia movido por la avaricia, y no por razon de justicia ó de piedad, cogió todo lo rico y precioso que habia, hasta los tesoros del Templo de Jerusalem, de quien habia aun algunas piezas guardadas en Roma despues de Vespasiano. Máximo habiendo reynado no mas de dos meses, fue muerto y despedazado como una víctima; y aunque de todos los cargos habia salido muy bien con su bondad, no obstante quando comenzó á ensuciar-se con la traicion, halló lo que dice un gran Prelado en su historia (2); y es, que la fortuna de los Grandes lleva como el escorpion el veneno en la cola.

La Emperatriz Eudoxia, que por contentar una passion mugeril lo habia alborotado todo de esta suerte, á vista del gran Papa San Leon, que se halló en todas estas miserias, no enmendó su vida, porque fue llevada por este Bárbaro á Africa con sus dos hijas, que la una era de su nombre, y se casó con el hijo de Gesnerico, que despues tuvo el cetro; y la otra era Placidia, que fue enviada con su madre á Constantinopla despues de la muerte de Marciano: ¡mirad qué terribles sucesos!

Despues que nuestra peregrina Eudoxia (3) oyó la relacion de esta tragedia, comenzó á abrir los ojos, y

(1) Mala venganza de muger. scorpis ultima parte percutit.

(2) Sidon lib. 3. epit. 13. Ut (3) Conversion de Eudoxia.

poniendo la mano sobre la llaga, reconoció que todas estas desdichas la habian sucedido por haberse apartado y exímido de la verdadera fe; y así por asegurar su espíritu vacilante, envió una embaxada á San Simeon Stilita á la Ciudad de Antioquia.

Este Simeon (1) era un prodigio, que vivia en el cuerpo como sino fuese mas que espíritu; porque considerad una columna de quarenta pies de alto, y sobre ella un pequeño tabladillo, como un nido de páxaros todo descubierta, y por todos lados expuesto á las injurias del tiempo. Allí, pues, plantó su habitacion este gran hombre por levantar su cuerpo á Dios, como hacia su corazon. Era un admirable alojamiento, donde de ningun modo podia echarse ni sentarse, sino siempre estaba en pie, sin techo ni cubierta; ya los cabellos blancos de la nieve, y la barba yerta del frio; ya quemado de los ardientes calores del Sol; y en medio de todo esto pasaba los dias y las noches en contemplacion, no comiendo sino una vez en la semana, y esa con mucha templanza.

Eudoxía, pues, envió al Obispo Anastasio, su confidente, que con disimulo trabajaba mucho en su conversion, á consultarle algunas dudas de nuestra santa fe, y la respuesta fue esta:

*¡Pobre Princesa, la envidia del espíritu maligno que veia los grandes tesoros de tus raras virtudes, te ha querido abechar y acribar! Teodosio, el falso Monge, ministro de Satanás, corrompió tu bella é ilustre alma; pero buen ánimo, hija, tú morirás en la verdadera fe; no me hagas preguntas, que buscas el agua muy lejos, teniendo la fuente cerca de tí; valete de Eutimio, que te enseñará el buen camino.*

Habiendo traído esta respuesta á la pobre Eudoxía, hizo buscar por todas partes á este Eutimio, que habia de desenredar la maraña: este era un venerable Ermitaño, que le habian salido las canas en el ejercicio de una lar-

(1) El Stilita.

larga penitencia, y era muy dificultoso el hallarle, porque huia del dia y conversacion de la gente. No obstante, permitió Dios que le hallasen, y á toda fuerza le llevaron á donde estaba la buena Emperatriz. Ella, viendo á este santo viejo, se echó á sus pies diciendo:

*Padre mio, barto he vivido, pues he conseguido la honra de veros; y de vuestra mano aguardo el remedio de mis males.*

El santo hombre, levantandola con mucha afabilidad, la dixo:

*Hija mia, el espíritu maligno se ha valido mucho de vuestra credulidad; ya es tiempo que abrais los ojos para ver los azotes de Dios. Todos vuestros males han procedido de vuestra infidelidad; y ahora si deseais sanar, no hay mas que buscar sino una palabra; no teneis que meteros en disputas, sino seguid los Concilios de Nicea y Constantino-  
pla, y al recien hecho de Efeso y de Calcedonia; esta es justamente la regla de vuestra fe, que aprendisteis de Juan, Obispo de Jersalen.*

Eutimio, despues de haberla hablado asi, se volvió á su desierto, y Eudoxia se fue derecha al Templo de Jersalen, seguida de infinitos Religiosos, que iban levantando las manos al cielo en hacimiento de gracias de esta conversion. Ella abjuró la heregia de Eutiques en manos del Obispo, y se arrimó en todo á la fe católica, con tanto ardor y zelo, que no dexó, mientras vivió, de desarraigar la impiedad, y ensalzar la Iglesia en todas las partes del Oriente, á donde se extendia su poder.

La buena Princesa tenia por entonces una vida toda celestial (1), su alma purgada en el horno de una doliente afliccion, y despues afinada mas y mas en el amor y caridad de Dios, no tenia asido el cuerpo sino por un delgado hilo. Su corazon era como incienso, que todos los dias ardia en las llamas de su caridad, y enviaba al cielo dulces exhalaciones. Sus dos  
ojos

(1) Buena vida y gloriosa muerte de Eudoxia.

ojos eran las canales por donde la penitencia de una poderosa prensa alambicaba las lágrimas, que eran el sacrificio de su amor. Sus manos eran parecidas á las del Esposo, de verdaderos globos de oro, llenas de un mar de beneficencia, que iba rebosando por las Ciudades y desiertos de Palestina. Por todas partes no se veían sino Iglesias, hospitales, y casas de pobres, hechas á su costa; de modo que un grave autor llamado Cirilo, que florecia en su tiempo, asegura que era casi imposible el nombrarlas. Dios la quería disponer á la salida de este mundo por el ejercicio de tan buenas obras; y como estaba ya en su última edad, fue á visitar una suntuosa Iglesia del glorioso San Pedro, que ella hacia fabricar; y un día sentandose junto á una cisterna, que se hacia por su orden para la comodidad de la Iglesia, comenzó á echar los ojos á un gran número de Monasterios, que estaban cerca unos de otros, á cargo de su buen Padre Eutimio y dando un suspiro amoroso, dixo aquellas palabras del capítulo veinte y quatro de los Números: *¡O Jacob, qué bellos son vuestros pabellones! ¡Israel, qué excelentes son vuestros Tabernáculos!* Y volviendo á un Gentil-hombre que le acompañaba, le dixo: *Id á buscar á Eutimio, y rogadle que me haga favor de que le pueda hablar una vez despacio; y si os dixere que no habla con mugeres, decidle que no sé nada del sexô, porque no me comunico sino con los Angeles.*

Eutimio en su celdilla, habiendo tenido revelacion que la Santa habia de pasar presto á mejor vida, se vino derecho á traerla las nuevas. La buena Emperatriz le saludó con mucha cortesía y respeto, disponiendo entre si de hablarle acerca de cierta cantidad de plata, que deseaba dar para el sustento de sus Monges; pero el buen hombre adivinando los pensamientos de su corazon la dixo: *Señora no tengais pena de esa plata, que teneis que hacer cosas de mas importancia; sabed que bien presto habeis de partir de este mundo, y en el interin no debeis tener sino un cuidado, que es disponer vuestra*

*tra alma, y tenerla en el estado en que deseais salga de esta vida.*

Eudoxia al principio se asombró un poco de oírlo; parece que las almas, como dixo Platón, no salen sino por fuerza de los bellos cuerpos; pero estaba muy despegada para que hiciese al fin de sus dias ninguna accion inconsiderada. Despues de haber hablado largo tiempo á Eutimio, como si hablara con los Angeles, se despidió para siempre de él, con esperanza de verle en el lugar de los buenos; y habiendo vuelto á Jerusalem, no cuidó de otra cosa sino de echar el sello á todas las buenas obras; y despues de haber distribuido todo lo que tenia entre los pobres, aguardaba el golpe de la muerte con voluntad franca y resignada. El alma salió del cuerpo bien madura para el cielo, como fruto que no aguardaba mas que la mano de su Señor para que le cogiese. Era de cerca de sesenta años, habiendo sobrevivido á Teodosio su marido, á Pulqueria, á Flacila, á Marina, y Arcadio, que todos murieron ántes que ella.

Casóse de veinte años, y estuvo veinte y nueve en la Corte, y casi once en Jerusalem. Murió el año de nuestro Señor de quatrocientos cincuenta y nueve; el veinte y uno del Papa Leon, y quarto del Emperador Leon, sucesor de Marciano. Muger verdaderamente milagro de mugeres, que parece sobrepujó tanto lo comun, quanto los hombres se aventajan á los animales; y es menester que pase mas de un siglo primero que la naturaleza produzca tales criaturas, porque nacen como el fenix, de quinientos en quinientos años, y aun esas raras veces. Una grande beldad, un grande espíritu, y un espantoso milagro, gran fortuna, grande virtud, grandes combates, grandes victorias, y nacida en la pequeña casa de un Filósofo, salió á campear sobre el trono de un Imperio, y murió en una Ermita. Todo es grande, todo es admirable en esta Princesa; pero no hay cosa mayor ni mas admirable, que ver un baxel dorado con las velas de lino, y las jar-

cias de seda, combatido de tantas tempestades, hundido ya, y casi del todo perdido, surgir al fin tan dichosamente al puerto. Veis aquí su elogio.

*Eudoxia Augusta Theodosii Junioris conjux, ex humili fortuna in magnum Imperium trascripta sceptrum virtutibus superavit, Cœlestis instar prodigii fœmina, ingenio, forma, vita, scriptis, & Religione clarissima: cum vicennis nupta annos XXIX. egisset in Imperio, & undecim ferme in Palestina, Hierosolymis Religiosissimo exitu vitam clausit: anno Christi CDLX. ætatis LIX.*

Su exemplo llevó á infinitas señoras de grande altura, al menosprecio de las delicias y vanidades del mundo, por buscar el descanso en las soledades de la Tierra Santa. Entre otras, la Reyna Eudoxia su nieta, que diximos se habia casado en Africa, hollando con los pies al mundo con generosa resolucion, fue á hacer el omenaje de su corona en el sepulcro de su abuela. Besó las cenizas como de una santa Emperatriz, y se admiró tanto de ver las memorias y obras pias que habia hecho en la Tierra Santa, que quiso pasar allí lo restante de su vida, y eligió su sepulcro á los pies de aquella de quien tenia la sangre y el nombre.

Es para nosotros una sensible pérdida, el que los doctos libros, escritos por esta real mano, se hayan perdido; porque los Comentos de Homero que se hallan, no son de Eudoxia. Focio, que fue mas atento que Zonaras en especular los trabajos de la antigüedad, no hace mencion de las obras de este divino ingenio, aunque la hace de su Octoteucho, que dice ser cosa grande, heroyca y admirable. Ved ahora lo que hay que notar en la Corte de Teodosio.

Realmente, en lo tocante á la persona de este Emperador, hizo sobrado en ser Santo, y vivir tan mortificado en sus pasiones en medio de las delicias de una Corte tan florida. Es una pura locura, y verdadera peste del espíritu humano no hacer caso en materia de Príncipes, sino de los vanos, locos y sediciosos, que lle-

llenan las Historias de temeridades, lascivias, homicidios y perfidias. Estos son de los que el espíritu de la carne, enemigo de Dios, publica falsas alabanzas, y todo les parece grande, quando todo les parece poderoso para dañar. Un espíritu quieto, unido, dócil, y moderado, aunque no tuviera tantos dones de naturaleza, es mil veces mejor que estos jactanciosos, y atrevidos, que no son sabios, sino segun su sentir, valientes sin ser temerarios, ni dichosos sin el vicio, y solo grandes en su loca imaginacion. Es bueno tener la piedad de Teodosio, y no usar de la gran facilidad de obrar rogando, y rogar haciendo: tener el pico y plumas de águila, la mansedumbre de la palma, y á los pies de las estatuas de la piedad poner el despojo del leon.

Quanto á Pulqueria, es un espejo de perfeccion para todas las grandes Princesas de la tierra, que muestra las manchas, y da el agua para limpiarlas; y en Eudoxia hallareis que dar y tomar, mucho que imitar, poco que desechar, y una infinidad de maravillas. Veis al cabo la piedad dichosa, que os he puesto delante de los ojos, no para que solamente la mireis de paso, sino para dorar vuestras costumbres con sus rayos, y ahogar vuestras grandezas con su gloria.

¿Quién no se admirará de la prosperidad del Imperio de Constantinopla, en manos Teodosio, Pulqueria y Marciano, debaxo de la conducta de la Religion, viendo que el mundo tiembla al sacar sus tropas contra prodigiosos exércitos de Bárbaros, que parece se querian tragar la tierra, y llevarlo todo á fuego y á sangre? Mirad el Imperio Romano, que habia hecho su escabel de todos los cetros y coronas de la tierra, arruinado, desmembrado, y hecho mil pedazos en manos de un Emperador vicioso, que enterró todos los esplendores de su cetro. Y por otra parte, ved como Dios conserva á su Teodosio, su Pulqueria y su Marciano, en medio de formidables inundaciones, que ponen al mundo en diluvio, como otra vez hizo Noé

en las aguas vengativas, que baxaron del cielo para anegar las impurezas de la tierra. ¿Qué nutriz hubo nunca tan cuidadosa en quitar las incomodidades del cuerpo á su tierno infante estando durmiendo, como la Providencia de Dios se mostró afecta á la conservacion de estas almas excelentes?

Mirad con atencion las personas, y considerar á cada una en particular. ¡Que dicha tuvo la Emperatriz Eudoxia mientras combatió por la gloria de los altares! Dios le puso el corazon de su marido en sus manos; el mundo en respeto á sus pies; un niño Teodosio á su lado, que hacia brotar en su infancia todas las esperanzas de su madre; pero luego que esta pobre Princesa, olvidandose de su obligacion y de sí misma, tuvo reñidas diferencias con San Juan Chrisóstomo, la veis segada con la hoz de la muerte en la flor de su edad, y privada del gusto y gloria, cuya posesion tenia entre manos. Sus huesos y reliquias mismas están horrorosamente temblando, hasta que San Juan Chrisóstomo, desterrado por su orden, y volviendo muerto á Constantinopla, viene á servir de áncora á las cenizas fluctuantes de esta desafortunada Princesa.

Considerad á Teodosio el mezo, que en su nacimiento hizo derribar los ídolos, arruinar los templos de los Paganos, y gemir los infiernos á sus pies. ¡Qué gloria fue el sepultar lo que habia quedado de la idolatria, qué trofeo extirpar en su reynado tantos monstruos de heregía, y qué belleza celestial ver en su siglo tan doctos escritos á sus pies, florecer tan grandes hombres, y tantos Santos, como los Leones, Cirilos, Chrisóstomos, Simeones Stilitas, ver la Iglesia llena de Astros y luceros, verle tener la corona quarenta años con un Reyno pacífico, en medio de tantas y tan grandes borrascas, y lo que es mas, caer por descuido en algunas faltas y limpiarlas con una dichosa penitencia, retirarse con pederosa mano del borde del precipicio, y al fin dar el alma en medio de palmas y buenos olores de gloriosa vida! ¿No veis una piedad bien afortunada?



Contemplad á Pulqueria como una águila en lo alto de una pirámide, que siempre tiene los ojos en el Sol, y ve caer á sus pies todas las tempestades; ¿Se ha visto jamas piedad mas dichosa? ¿Qué diremos de una doncella, que de edad de quince años, gobernando á los Emperadores y á los Imperios, ganando todos los corazones del mundo por hacer una corona en la tierra, se pueda alabar de haber tenido á la Iglesia universal por trompeta de sus alabanzas, y del gobierno de la tierra subir al cielo con una muerte tan dichosa, llevada como en un carro de liberalidades y magnificencias? ¿Dónde se ha visto nunca mas claramente la dicha de una verdadera y sólida piedad?

Considerad á Athenais, una pobre moza, que no tenia mas que una pequeña casa para albergarse, que apenas abrazó la piedad, y ofreció los dones de su espíritu á la honra de los altares, quando la veis puesta sobre el trono del primer Imperio del mundo, y quando vino á olvidarse un poco, la envió Dios una afliccion harto sensible; pero apenas recurrió á las armas de la devocion, quando la nube del oprobio que la querian poner en la cara se disipó, la borrasca se paso, su rostro resplandeció glorioso, y lo que es mas de admirar, la fue Dios á buscar hasta dentro del globo del error, en que un maldito hipócrita la habia precipitado; la volvió á los altares, recibió su alma en paz, y la hizo reynar en ella y en su sangre en todas las partes del mundo, porque ella en persona tuvo el cetro del Asia; su hija Eudoxia se casó con el Emperador de Roma, Ciudad cabeza de Europa; y su nieta se vió Reyna de Africa, hallando milagrosamente un Reyno en su mismo cautiverio. ¿No es esta una piedad dichosa?

Juntad tambien á Marciano, un pobre labrador, que ya tenia sobre su garganta el cuchillo del verdugo, acusado falsamente de un crimen en que estaba inocente, y cogiendole Dios como por un cabello de la cabeza, le libra del oprobio y del peligro, le lleva mi-  
la-

lagrosamente al gobierno de un Imperio, le da innumerables prosperidades, y hace de él otro Constantino. ¿No es fuerza que la impiedad rebiente de rabia, y confiese que la felicidad, la grandeza, las bendiciones y favores del cielo están por la piedad?

Aquí puede ser que os venga tambien á la memoria la Corte de Herodes, donde visteis á la pobre Mariamne con la virtud tan oprimida, y juzgareis que en aquel sugeto la piedad fue desafortunada. Pero si os diere este pensamiento, será condenar á todos los Mártires y Santos, cuya vida es fuerza tener por muy dichosa, pues que venciendo las adversidades del mundo, han llegado al seno de la felicidad. Decidme, ¿una hora de vida en la paciencia y tranquilidad de espíritu, que tenia esta buena Reyna en medio de tan extraños accidentes, no vale mas que los treinta y siete años de su marido, todos llenos de crímenes, inquietudes y furros? Decidme, ¿no es felicidad y gloria incomparable, que Dios haya partido sus persecuciones con esta buena Princesa, queriendo ser perseguido por el mismo que habia sido autor de todas sus aflicciones? ¿No es esto morir con paciencia y honra, por la espada misma, que despues fue desenvaynada contra Jesu-Christo? ¿No es dar una vida fea, á trueque de una gloria inmortal en la tierra, y de un reposo bienaventurado en el cielo?

Y si deseais ver aun la piedad afortunada, segun el mundo, ¿no es permission del cielo, el que toda la descendencia de Herodes, de las otras sus mugeres, fue desdichada, exêcrable, privada de la corona paternal, desterrada, bandida, y castigada con azotes del cielo, y los hijos pequeños de Mariamne quedaron los últimos en el trono? Tigranes su nieto, que descendia de Alexandra, fue Rey de Armenia, coronado por manos de los Emperadores de Roma. Agripa el Grande, descendiente de Aristobulo, que habia estado atado con una cadena de hierro por la crueldad de Tiberio, fue vuelto á enviar á su Reyno por Cayo César, y le pu-

so una cadena de oro á los pies, en lugar de la de hierro con que habia estado preso.

Agripa el mas mozo, con quien San Pablo pleyteó su causa, fue preservado del horrible saco de Jerusalem, como Loth del fuego de Sodoma, y reynó en la Tiberiada y Juliada, hasta ser ya muy viejo.

Berenice, nieta de Mariamne, fue extremadamente amada del Emperador Tito, y llamada: *las delicias del mundo*. Otra llamada Drusila, se casó con Felix, Gobernador de Judea, de quien se habla en los Actos, recompensando Dios aun la virtud de la madre en los niños, con algunos favores temporales; y todos los que se portaron bien fueron dichosos, para que se vea con pruebas mas evidentes, que la infelicidad proviene de la impiedad.

Estas dos Cortes, cuya historia hemos referido, muestran á mi parecer suficientemente el desastrado fin del vicio, y las felices salidas de la vida de los Grandes, quando se portan segun las leyes del cielo.

Si continuara yo de aquí adelante este trabajo, fuera deduciendo, segun el orden de los siglos, los elogios de las grandes almas, que en medio del bullicio del mundo han florecido en piedad, para dar en cara con la confusion á los que siendo herederos de su sangre y de su hacienda, se apartan lejos de sus méritos. No obstante, nada puedo prometer absolutamente. Lo primero, porque el exercicio de la predicacion y de otros ministerios, nos dan poco lugar para escribir, y aunque pudiera tener algun tiempo para este efecto, estoy tambien trabajando en otra obra de la Sagrada Escritura de mucha mas estima. Lo segundo, porque veo tan excelentes hombres que lo pueden hacer mejor que yo; mi ingenio es pequeño, y mi pluma tardía; no puedo apresurarme, es menester examinar mis obras ántes de sacarlas, aunque sean muy imperfectas. Ellas quisieran salir presto á volar, pero casi siempre las tengo de las alas. Y en fin, no es pequeño trabajo hallar tantos Santos en las Cortes: bien

conoceis á aquel Filósofo que á medio dia buscaba los hombres con una luz , y tenia harto trabajo en hallarlos.

¿ Quánto mas dificultoso pensais que será hallar Santos , particularmente en la vejez de este siglo , que tiene poco valor y mucha malicia? Si pedis libros , yo os diré ; dadme Santos , aunque á la verdad mas debo yo estudiar en grabar la santidad de mis costumbres , que la de mis escritos. Vendrá tiempo en que los libros se comerán de polilla , y las buenas obras serán recompensadas en el cielo.

## CLOTILDE.

### SECCION PRIMERA.

#### *Su nacimiento y crianza.*

**E**l número de las damas ilustres en santidad es tan grande , que aun el pensamiento no puede comprenderlas , y son tan resplandecientes sus virtudes , que mezcladas con sus luces deslumbran la vista ; de suerte que es dificultoso hablar de ellas , á no limitar en sus méritos el discurso de tan raros sugetos (1). Por esto , entre las muchas Princesas , de quien he sacado á luz algunos nombres , pongo aquí una de las mas perfectas ideas , que es la primera Reyna Christiana de Francia , quiero decir , la gloriosísima Clotilde , muger de nuestro gran Clodoveo ; el qual verdaderamente debe muchísimo al cielo , por haber sido escogido para dilatar la Christiandad en esta florida Monarquía , con proezas y sucesos incomparables ; y nosotros tambien le debemos inmortal obligacion , por ser él quien echó la primera semilla de piedad en la Corte de nuestros Reyes,

(1) *Ex Gregor. Turon. Haim. Hincmar. Philip. Borgom. Baron. &c.*

yes, para que con mayor autoridad se fuera dilatando en el corazon de todos sus súbditos.

La buena Princesa, que parecia á la perla nacida en el mar salado, se vió metida casi desde su niñez en grandes amarguras y horribles confusiones, de que salió con tanto lucimiento, que las mismas adversidades le sirvieron de camino para el templo de la gloria. Era hija de Chilperico, el qual queriendo combatir sobre el cetro contra Gombaut, su hermano mayor, Rey de Borgoña, con mas temeridad que razon, quedó muy mal recibido, y desamparado del pueblo, á quien habia levantado contra su hermano, que verdaderamente era mal Rey; mas Dios que hace reynar á los Soberanos, favoreciendo una justa causa, hasta en la persona de un mal hombre, dió la victoria al mayor. Este usó cruelmente de su fortuna, porque habiendo preso al hermano menor en el sitio de una plaza, le hizo cortar la cabeza en un cadahalso, y no contento con esta muerte, prosiguió su venganza contra la muger del difunto con un hecho harto vil; pues habiendola mandado atar al pescuezo una piedra, la hizo echar en el rio; y faltó muy poco para hacer lo mismo con dos pobres hijas, que eran las lastimosas reliquias de este infeliz matrimonio; pero viendolas tan pequeñas é inocentes, le pareció que su vida no podría ser perjudicial á su Estado, y que su muerte seria ignominiosa á su reputacion; por lo qual se contentó con meter la una en un Convento, y con la otra, que era nuestra Clotilde, se quedó para hacerla criar en la Corte.

La santa niña entró en el palacio de su tio, como una cordera en la gruta de un leon, sin poder tener mucha seguridad con un hombre que tenia aun entre sus manos la sangre de su padre y de su madre; mas con todo eso, tiene en sí grande imperio la virtud, quando se halla engastada en la belleza; porque este cruel basilisco, que tenia la vista sangrienta y venenosa, apénas consideró las loables qualidades de esta Prin-

cesa, quando se vió deslumbrado de sus luces, y enterneciendose su corazon con la inocencia de la pobre huerfanita, se compadecia de ella contra su costumbre.

Comenzó á mirarla con buenos ojos, acariciarla, quererla, y prometerla todo bien; mas la buena doncella, que despues de tan extraña afliccion no tenia la mira en las grandezas y placeres del mundo, se puso en los brazos de la cruz, para hallar en ellos los de Dios; y aunque en público no daba á entender sentimiento alguno de dolor, con secreta paciencia, sin alterarse contra la borrasca, ni dar, como suele decirse, con la cabeza en una peña, quando estaba sola, se deshacia en lágrimas, y no hallando consuelo sino en las llagas del Salvador del mundo, decia:

*Dios mio, yo adoro vuestra santa Providencia, que me da á beber hiel y amargura, en la edad en que las mugeres de mi clase no suelen andar sino es pisando rosas. Puede ser que vos, conociendo que mi altivez tenia necesidad de este contrapeso, lo hayais asi ordenado con toda justicia. Bien veis mis ojos aun bañados en la sangre de mi padre, y el cuerpo de mi pobre madre sepultado en las aguas, no pudo tener sobre sí una lágrima siquiera de los ojos de su hija, que todas las noches son dos rios llorando. Dios mio, vuestro nombre sea eternamente bendito. No os pido otra cosa sino vuestros favores; no es razon viva yo en este mundo sin lesion, quando os veo por todas partes herido para darme exemplo. No será razon que yo esté alegre, ni tenga mejor fortuna, ni mas gustos. Hallome en las riberas lamentables de los rios de Babilonia; á los pies de vuestra Cruz pongo todos mis contentos y canciones, y protexto no desear mas en este mundo, que la execucion de vuestra santa y loable voluntad.*

No sé qué encanto tiene en sí la santa tristeza que no se puede bien explicar, sino que hace que una alma que se entristece por Dios quando está metida en los abismos, donde todo el mundo la tiene por perdida, siente en lo íntimo de su corazon dulzuras tan grandes,

des, que no hay consuelo en el mundo que se le pueda comparar.

Clotilde se hallaba así gustosa, y si por obediencia no se hubiera determinado á dexar á Dios por Dios, se hubiera deshecho en lágrimas, dexandose de su voluntad llevar de un ocioso dolor; pero considerando que estando en la casa de su tío, herege Arriano, estaba obligada, según Dios, á instruir con su exemplo á todos los que veían sus acciones, puso con gran valor manos á la obra, y se mostró tan fuerte de espíritu en la empresa, y tan reglada en todos sus procederes, que su vida era un retrato de la virtud que hablaba á todo el mundo. Aunque era de sangre Real, mostraba no tener mas nobleza que la que se saca del obrar bien. Como su rostro estaba sin afeyte, su alma estaba sin aquellas necias gravedades y desdenes, que suelen nacer con las grandes fortunas. Su mirar era simple como paloma, sus palabras discretas, sus acciones compuestas, su andar compasado, su porte honesto, su comunicacion afable, y su conversacion dulce y provechosa. Era virgen de espíritu y de cuerpo, viviendo en una admirable pureza de afectos y amistades, que ella fomentaba con la virtud de la humildad, de quien los antiguos dixeron ser como el enrejado del jardin de la castidad, permitiendo Dios muchas veces la impureza del cuerpo por castigar las rebeldias del alma. Ella era tan humilde de corazón, que se portaba como la menor criada de la casa, sin excusar ocuparse en los menores officios, lo qual hacia siempre con tanta magestad, que aun hilando á la rueca parecia una Reyna.

Era de admirable prudencia en sus consejos, pronta en la execucion, moderada en los buenos sucesos, constante en los malos, y siempre igual á sí misma. Hablaba poco, nunca murmuraba, ni tenia envidia de nadie; hacia bien á todos sin mira de interés, esperando de solo Dios el caracter de su mérito, y la recompensa de sus buenas obras. No tenia en su persona cosa

mundana, y no cuidaba mas de componerse, que del polvo de la tierra. No sabia casi sino una calle en la Ciudad, que era en la que vivia, y que guiaba á la Iglesia. Los entretenimientos y fiestas le parecian suplicios, y se hallaba tan raras veces en compañía de los hombres, que solo era con los mendigos, quando les socorria sus miserias. Todo su corazon iba á Dios, los pies á la Iglesia, las manos á la limosna, los ojos á la leccion de los libros y devociones, los brazos á los ejercicios y obras de su sexó, y todo el cuerpo á las ofrendas y victimas de su alma.

Reparad, doncellas que leéis estas líneas, del modo que Dios fabrica las Santas, y sabed que no se llegan á lograr los milagros que Clotilde hizo en la conversion de un Reyno, sin hacer maravillas de virtud en lo interior de su alma.

El Rey, su tio, se admiró tanto de su excelente proceder, que el exceso de su admiracion se mudó en terribles zelos; porque viendo este espíritu mas varonil de lo que él quisiera, y temiendo no le poseyese otro que él, se determinó á no casarla, guardandola tan extremadamente, que quien le veia, dixera ser el dragon de las fábulas, que estaba siempre en centinela, guardando la manzana de oro.

Mas, ¡ó fuerte prudencia humana, que remando siempre contra la corriente de la Providencia de Dios, hallas tantos precipicios en la pasion, como tiendes redes á la inocencia! Este hombre, no obstante todos sus esfuerzos, que tiraban á lo contrario, criaba en su casa una doncella que ya Dios habia destinado para castigar su crueldad, y hacer sin pensar su cetro tributario á un valeroso marido, que se habia de casar con Clotilde, para juntar el Reyno de las virtudes á fuerza de armas.



## SECCION II.

*Clodoveo pretende casarse con Clotilde.*

Clodoveo, Rey de Francia, hombre que nació para hacer ver lo que puede producir el valor, quando tiene por apoyo la Religion, adelantaba cada día sus conquistas en las Galias, y en medio de tantas victorias estaba aun esclavo de la idolatria. Dios le quiso llevar á sí por los medios de un casto amor, y por la intercesion de una muger, que habia de santificar su persona y su casa. La fama de la hermosura y virtudes de Clotilde, que se dilataba por los Reynos vecinos con muy suave fragancia, llegó á sus oidos quando estaba en términos de buscar muger para legitimo matrimonio. El amor, que tal vez prende tambien por los oidos como por los ojos, le encendió de tal manera, por la relacion que le hicieron sus Embaxadores de las qualidades de esta divina doncella, que no pensaba ni entendia en otra cosa sino es en ella. Amaba lo que nunca habia visto, con un amor mezclado de reverencia, y sentia en sí una llama mas augusta de lo que solia, que le abrasaba con una generosa pasion, y le incitaba á buscar esta Princesa por colmo de sus felicidades. La dificultad que se le ofrecia para efectuar este casamiento, le aumentaba el deseo, porque era hombre de grande espíritu, y lo media todo con la grandeza de su ánimo, gustando de romper embarazos por conseguir el fin de sus deseos. Llamó, pues, á su gran privado Aureliano, y habiendole declarado el designio de sus bodas, quiso despacharle luego al punto con una solemne embaxada para que hablase á Clotilde, y lo comunicase con el Rey su tio. Aureliano que sabia muy bien los rezelos y aprehensiones de Gombaut, le representó que la conquista del bellocino de oro, y el casamiento de Clotilde eran casi una misma cosa, y que no se podia lle-

gar á hablar á esta doncella, sin comunicarlo primero con un toro que echaba fuego y llamas por la boca. Clodoveo le dixo que se valiese de todas las industrias posibles para que él pudiese conseguir sus deseos, asegurandole no le podria servir en cosa que fuese de mas importancia. Aureliano obedeció, y tomando un anillo de la mano del Rey, y otras preseas para presentar á la Princesa, se fue derecho á Borgoña.

No puedo dexar de referir lo que Baronio (1), padre de la Historia Eclesiástica, no pasó en silencio; y ademas de esto lo testifican buenos Autores, á quien se debe toda fe y crédito, y solo lo dudan los que juzgan que es gran señal de ser un hombre entendido el mostrarse incrédulo.

Sabemos, pues, por lo que dice Baronio, que Clotilde salia raras veces en público, sino era á la Iglesia, y no ponía los ojos en los hombres sino en los pobres. Valióse Dios de esta inclinacion para su bien; porque Aureliano, habiendo reconocido que hablaba de buena gana con las personas necesitadas, y que era menester disfrazarse en esta forma para poder hablarla sin sospecha, se vistió de pobre; y como el criado de Abraham, enviado por el primer padre de los fieles, trató de los amores de Isaac pidiendo agua á Rebeca su futura esposa, así él tambien, disponiendo la comision que llevaba para el casamiento del primer Rey de los fieles (\*), se resolvió á pedir limosna á Clotilde para hallar medio de poderla hablar, y para el caso se puso en la puerta de una Iglesia entre un buen

(1) *Gregor. Turon. lib. 2. Hist. Franc.*

(\*) El primer Rey Católico de todo el Occidente fue Recciarío, V. Monarca de Galicia: subió al trono de su padre en 450. Por este Principe tienen los Reyes de España, como sus sucesores, la antigüedad sobre todos los Monarcas de Europa. Clodo-

veo, primer Rey Christiano de la Francia, no recibió el bautismo hasta el año de 496, 46 años despues que Recciarío; por cuyo titulo prueban latamente la preferencia de los Reyes de España, *Valdes de dignit. Regum Hisp. cap. 9. & 11. Gandara, triunfos de Galicia, part. 2. lib. 6. cap. 15. con otros muchos.*

número de mendigos, aguardando á que se acabase la Misa para ver salir á la Princesa. Salió, pues, y comenzó á dar limosna á todos los pobres, segun tenia de costumbre, y reparando en este, que parecia descollarse entre los demas, se sintió compadecida de una extraordinaria piedad, viendo un hombre de tan buen parecer reducido á tal miseria, y sin mas informe le dió una moneda de oro. Aureliano, viendo que aquella real mano socorria tan caritativamente su fingida necesidad, ó bien fuese por haberse transportado de gozo, ó porque quiso señalarse en alguna accion, levantó la manga de la Princesa, que segun la usanza de aquel tiempo le tapaba las manos, y habiendola descubierta la mano derecha, se la besó con gran reverencia. Clotilde se enojó un poco, y no obstante pasó adelante, sin darse por entendida ni quejarse del pobre, como añaden algunos Autores, aunque despues en secreto dixo á una dama anciana que la asistia, y era su gran confidente: ¿habeis reparado en lo que hizo aquel pobre? La otra respondió, que claro era el reparo, pues se le habia á ella puesto el rostro como una escarlata. Replicó tambien Clotilde: ¿qué os parece, pues? La dama sonriendose respondió: ¿qué otra cosa podré yo decir, sino que vuestras raras perfecciones, juntas con vuestra liberalidad, le sacaron fuera de sí? Yo juzgo á mi parecer, dixo la Princesa, que tuvo otro intento; y así si os parece, hagamosle venir á palacio á pedir limosna, y tomaremos ocasion de hablarle é informarnos de su persona.

Diósele, pues, esta orden á Aureliano, que era lo que él deseaba, y que fuese á cierto puesto, donde viendole Clotilde le reprehendió mucho el atrevimiento que habia tenido de levantarle la manga de la ropa y besarle la mano. El que era un Cortesano muy entendido, se excusó diciendo, que era usanza en su tierra besar en la boca á las damas para saludarlas, pero que la desdicha de su estado que le habia abatido tanto, no le daba permiso de aspirar al rostro; y así

se habia contentado con las manos, siendo muy justo besar una mano que era el manantial de tan grande caridad, como se besan las puertas de las Iglesias, de quien se espera todo el bien. Agradóle a Clotilde esta respuesta, y conoció que este hombre, segun su discurso y arte, desmentia su trage; asi le preguntó quién era, y cómo habia llegado á tal miseria de pedir limosna. Señora, dixo Aureliano, pues que vuestra grandeza se ha adelantado, sabrá que yo soy de alto linage, y lo que me ha reducido á este estado, no es mas que el amor de una dama que busco, no para mí, sino para uno de los grandes Principes que hay debaxo del cielo. La doncella tuvo curiosidad de saber quién era el Príncipe, y quién era la dama buscada con tantos trabajos. Aureliano viendo era ya tiempo de rebentar la mina, la dixo: la dama está dos pasos de mí, porque sois vos misma; de lo qual ella se puso colorada segunda vez y comenzó á alterarse, mas él dixo: Señora, no os altereis, porque yo estoy en parte que os puedo hablar con toda confianza; y asi sabrá vuestra Alteza que vengo enviado por Clodoveo, Rey de Francia, mi señor, que es el mejor Principe, y mas valeroso Monarca que hay en todo el mundo. La fama de vuestras preciosas y eminentes calidades ha llegado á sus oidos, y desea casarse con vos, por lo qual me ha enviado para llevar vuestro sí, y consentimiento. Hubiera entrado en esta Corte con una muy solemne embaxada, pero las dificultades y embarazos en que el Rey vuestro tio os tiene, me han hecho disfrazar del modo que veis, por poder hablaros con mas libertad y secreto. Tened por cierto que este matrimonio os hará la primera Reyna del Occidente, y la mas dichosa de todo el mundo. Y para que conozcais la autoridad de mi embaxada, veis aquí el anillo del Rey mi señor, que os presento.

No hay muger tan santa que no guste de las alabanzas que se le hacen, y no abra de buena gana los ojos á la grandeza. No era Clotilde tan insensible que  
no

no la tocase en lo vivo tal embaxada , aunque en medio de este acometimiento tenia su corazon muy fiel á Dios , porque de ninguna manera quiso recibir el anillo , ántes interrumpiendo las palabras al Embaxador le dixo: *Caballero mio , no paseis adelante , porque sé muy bien que vuestro Príncipe es Pagano , y yo soy Christiana , y no quiera Dios que me case yo nunca con un infiel , aunque fuera Monarca de todo el mundo.*

Señora , respondió Aureliano , no pongais dificultad en la diferencia de Religion , porque mi Príncipe no está tan asido á su secta , que no la dexé por vuestro amor. ¿ Pero qué medio habrá , dixo Clotilde , para sacar la licencia de mi tio , porque me parece no está con determinacion de casarme ? El Embaxador respondió: como vos deis vuestro consentimiento , ya buscaremos modo para sacaros de aquí. De ninguna manera , replicó la prudente doncella , daré yo lugar á que eso se haga. ¿ Y por qué ? dixo Aureliano. Quando esto suceda , ¿ quién podrá culpar vuestra determinacion ? ¿ Es acaso pecado en vuestra Religion huir de la gruta de un lobo ó fiera , por ponerse en las manos de un Rey ? Bien sabemos cómo trató á vuestro padre y á vuestra madre , y cómo está tratando al presente á vuestra Alteza.

Al decir esto derramó algunas lágrimas la dama , y dixo : haced con vuestros Embaxadores lo que pudieris , y asegurad al Rey vuestro señor , que me hallo muy honrada con la eleccion que ha hecho de mi persona , y que soy suya en el mismo punto que él sea de Dios , por lo menos con el corazon , y con el cuerpo , quando el Rey mi tio me diere libertad. Con esta condicion tómo su anillo , que guardaré con mucho cuidado. Todo esto pasó con secreto en una sala de palacio , donde ella hablaba de ordinario á los pobres , informandose de sus necesidades , y nadie sospechó se pudiese tratar de otra cosa , sino es aquella confidente , á quien Clotilde comunicaba todos sus secretos.

## SECCION III.

*Va embaxada al Rey de Borgoña sobre el casamiento de Clotilde.*

**E**staba fuera de sí Aureliano por haber salido de su empresa con tanta facilidad, y dió cuenta muy por menor al Rey su señor de todas las particularidades de su viage, informandole particularmente con grande gusto de la admirable beldad, y singular prudencia de Clotilde. Clodoveo se abrasaba de impaciencia, y quisiera ya haber cogido por la barba al Rey de Borgoña por hacerle soltar la presa; pero la prudencia le advertia que era necesario guardar en esto las formalidades que se requerian, y que era razon enviar sus Embaxadores á Gombaut, pidiendole á su sobrina por muger, lo qual hizo con toda prontitud, nombrando para ello á su leal Aureliano, á quien dió un florido acompañamiento de nobleza, que dió tales rezelos al Borgonon, que no dormia de noche ni de dia. Decia, pues, entre sí: *¿De dónde procede que Clodoveo conoce á mi sobrina, habiendola yo siempre tenido encerrada, de modo que no ha visto sino las paredes de la Iglesia y de mi palacio? Mas mal hay del que parece; esto tira á mi Estado; el Frances es muy soberbio, no le quisiera yo tener ni por yerno, ni por vecino. Y esta doncella que hasta ahora ha estado como una cordera en mi poder, en viendose Reyna de Francia, y que tendrá á su mandado las armas ¿quién podrá decir que no mostrará los dientes, y que no vengará en mí la sangre de su padre y de su madre? Mejor es tenerla encerrada con diez puertas de hierro, que dexarla ir de mi poder. Aquí hay una gran razon de Estado, que es necesario advertir con destreza.*

Sitiado de tales pensamientos este hombre, recibió los Embaxadores de Francia con harta tibieza, y habiendo prometido darles presto la respuesta, no quiso dar á entender lo que tenia en el pecho, sino tomando

do el mas favorable pretexto, les respondió: que estimaba al Rey Clodoveo, como á uno de los mas valerosos Principes de su siglo; que siempre estaria reconocido al agasajo que le hacia, teniendolo por uno de los mayores que podia recibir del cielo; pero en quanto á la alianza que pretendia, era cosa que no se podia tomar en boca. Lo primero, porque su sobrina nunca habia puesto la mira en tanta ambicion, que pensase casar con un tan gran Rey, no habiendo persona tan eminente que mereciese tal marido. Y dado caso que hubiese en esta parte alguna igualdad, habia por otra un embarazo esencial, que era la diferencia de Religiones, pues no podia una doncella Christiana casarse con Pagano, y él no podia permitirlo sin perjuicio del bien de su sobrina, y descredito propio suyo. Aureliano, que sabia muy bien del pie que coxeaba, replicó en pocas palabras: que en quanto á las qualidades de su sobrina, no habia que meterse, pues la persona que mas se quiere es siempre la mejor acondicionada; que bastaba ser del gusto del Rey su señor, que no ignoraba sus perfecciones. Y en lo tocante á la Religion, que era lo que mas importaba, que esperaba que el Rey tomara resolucion de hacerse Christiano. El Borgoñon dixo á esto: que la materia era de tanta consideracion, que no se podia fiar el suceso á las esperanzas, que son ordinariamente inciertas, sino que era menester promesa expresa del Rey de Francia; y despues de esto despidió la embaxada, pareciendole habia hecho ya su negocio. Pero el discreto Aureliano despachó con toda diligencia un correo á Clodoveo, dandole cuenta de lo que pasaba, y como era menester dar palabra de hacerse Christiano.

El Rey como estaba tan enamorado, no se hallaba en términos de rehusar nada, y asi dió luego al punto la palabra que se le pedia; y habiendoselo intimado el Embaxador á Gombaut, se affigió de modo, que no sabia como escaparse de este golpe fatal. No obstante respondió: que estas bodas eran de tan

gran consecuencia, que no se podian ajustar sino es juntando las Cortes de su Reyno, pareciendole que de esta manera, suspendiendo el deseo de Clodoveo, lo iria dilatando de modo que todos se enfadaran; pero por el mismo caso fue peor, porque mientras mas artificios usa la prudencia humana, se va arruinando mas con sus propias invenciones. La nobleza de Francia que se hallaba en Borgoña, mientras se celebraban las Cortes, iba sembrando en los corazones de los Magistrados y pueblos, lo bien que estaba á su nacion este casamiento, pues con él vendrian á unirse todos como hermanos; y que si una vez se denegaba la peticion de un tan gran Príncipe, y tan colmado de honras y valor, que seria fuerza venir á las armas, y no le podria esto ser de consecuencia á su nacion. Los Borgoñones, que anhelaban por la quietud, gustaban de esta propuesta; y la prudente Clotilde tambien con secreta maña disponia la materia, grangeando á lo llamado á los principales del Consejo, y atrayendolos á su voluntad. Aureliano, que tenia un ingenio agudo y claro, atraxo á su parte á los Estados, y Gombaut no pudo hacer tantos nudos, que él no desatase ó rompiese con muchas ventajas.

Ultimamente se llegó á resolver; los Estados se juntaron, y el Rey les habló con una plática que tenia bien estudiada, en que con grande artificio fue juntando todas las razones que hacian inadmisibile esta alianza con los Franceses; pero Dios, que hace mudanzas grandes en los Reynos, como movimientos en los mares, dispuso de tal suerte los corazones de los Borgoñones, que todo lo que él propuso en contrario de este matrimonio, parecia sueño y quimera. Uno de los mas principales que asistian en las Cortes se levantó, y con una larga oracion se opuso al Rey diciendo:

Que la quietud de su Reyno, que él insinuaba en todo su discurso, consistia en esta alianza. Que los casamientos habian sido en todos tiempos mas bien nudos de paz, que incentivos de guerra. Que los rego-



cijos que se causaban de este ajuste, consumian qualesquier rezelos, y deshacian toda division. Que los mayores alborotos de los Reynos, ordinariamente se habian pacificado con semejantes alianzas. Que los Franceses estaban tan fuertes y poderosos, que no se les podia negar cosa que pidiesen. Que la peticion de Clodoveo era tan justa, que no se podia dexar de conceder, sin tacha de descortesia. Que no habia bestia mas feroz en el mundo, que el amor trocado en odio; y que se debia temer que las súplicas de un enamorado, no se mezclasen con el furor de un victorioso. Que la palabra que daba de hacerse Christiano seria para siempre gloriosa á su nacion, por haber contribuido á tal acto. Que Clotilde tenia natural afecto á su patria, y grande espíritu para hacerse dueño de su marido, con que totalmente le atraeria al amor de su nacion. Que el pueblo estaba cansado de tantas guerras, y que infaliblemente renacerian otras mucho mas sangrientas, si no se concedia lo que pedian los fieles amores de un gran Monarca.

Fue exponiendo tantas razones, una sobre otra, que se llevó el voto y parecer de todos los demas, y se resolvieron en esta conclusion: de que era menester enviar quanto ántes la Princesa al Rey de Francia que la pedia. El desdichado Gombaut viendose atajado por todas partes, dixo que él no ponía ningun embarazo; pero que á su parecer veia en el porte de su sobrina, que se habia dedicado á Dios por voto de hacerse Religiosa. El Embaxador, oyendo esta última escapatoria se riyó mucho entre sí, y dixo: que si la Princesa habia hecho tal voto, el Rey su señor no seria importuno, y desistiria de la empresa, sin pretender hacerla quebrantar el voto; pero que era menester oirla; y asi se hizo, y habiendoselo preguntado dixo: que nunca su devocion habia pasado tan adelante, ni habia hecho voto de virginidad; y que aunque se habia hallado muy contenta con la dulce soledad, de que gozaba en la Corte de su tio, no obstante si tuviese  
por

por bien casarla con el Rey de Francia, con tal que se volviese Christiano, ella no seria tan mal mirada que pusiese ningun embarazo. Oyendo esta respuesta de la Princesa, los Diputados de ambas naciones que estaban presentes, hicieron grande aplauso, y á voces dixeron, que el matrimonio estaba ajustado. El Rey mismo, disimulando su pasion, se puso á reir con una risa forzada, y conoció que le era fuerza dexar lo que no podia ya tener mas. Dispuso la materia con bien poco fausto, por ser hombre naturalmente avaro, diciendo que su sobrina era muy hermosa para darla tantos adornos, que la rosa está bastante adornada con sus hojas, y el Sol con sus rayos, y que todos los artificios de los hombres no llegan á las perfecciones de la naturaleza. Aureliano no hizo mucha instancia en el caso, temiendo mucho no se trocase la voluntad de este hombre, y que no inventase nuevos artificios para dilatar la partida, y así se resolvió llevar luego al punto á la Princesa. Viendo el tio que ya se iba, comenzó á adularla, lo que nunca habia hecho, y la dixo:

*En efecto, sobrina, veo bien que no obstante vuestras devociones, sois de la condicion de las mugeres, y amais la grandeza. Vos habeis dexado de vivir con un tio, vos quereis un marido, y lo quereis Rey. Id, pues, que no me pesa, cada uno pone su aficion en donde espera su felicidad. Bien veis querida hija, como he procurado daros gusto, y como pudiendo embarazar estas bodas, que no he juzgado ser de mucha conveniencia á mi Reyno, las he querido confirmar en Cortes generales de mis Estados, por daros el gozo mas cumplido. Este afecto que os muestro al presente, está claramente manifestando quan sincera y cordialmente he mirado por el bien de vuestra casa. Porque lo que pasó con vuestro padre y madre, á ninguno le dolió tanto como á mí; Dios me es testigo. Pero querida hija mia, aquello fue forzoso; era necesario obedecer á mi Consejo; así son los sucesos de los Imperios. No podia yo de otra suerte dar reposo á mis pueblos, y asegurar la vida*

da de mis súbditos. Si fuera yo culpado en el mismo delito, quisiera me trataran de la misma manera. Por esto, amada hija mia, si teneis aun algun sentimiento en vuestro corazon por su muerte, creo que teneis bastante prudencia para hacer lo que la ley de Dios os manda en este particular, que es olvidar lo pasado, y no ser desagradecida á lo presente. Si basta ahora os he tenido dentro de mi palacio tan retirada, ha sido por ir con vuestro genio, que veia tan inclinado á la devocion, y criaros como doncella honrada, que es el dote que ahora llevais á vuestro marido. Pero hija mia muy amada, procurad siempre el bien de vuestra patria, y conservarvos en buena alianza; vos os habeis hecho dueño de nuestras voluntades mientras habeis estado conmigo, sedlo ahora de vuestro marido, que haciendolo asi todo lo podreis. No os olvideis del temor de Dios, que siempre habeis tenido por fiel compañero desde vuestros tiernos años, y dadnos de ordinario nuevas de cómo os va.

En diciendo esto la besó, y la doncella agradeciendo con mucha humildad la buena voluntad, prometiendo honrarle toda su vida, se puso á llorar. Lo qual viendo un caballero Borgoñon, que era de su parte, dixo: que en toda su vida no se fiaria en lágrimas de mugeres, porque si habia muger en el mundo que debiese hacer muestras de alegria en su corazon, era su señora, que se libraba aquel dia de las garras del leon para ser muger de un gran Rey, y Reyna de un gran Reyno.

#### SECCION IV.

*Llega Clotilde á Francia, y cómo lo pasa en su casamiento.*

**N**unca baxel cargado de oro llegó tan alegremente al puerto despues de tan largas borrascas y fortunas del mar, como Clotilde se vio contenta al caminar por la tierra, á quien habia de dominar despues de tan dilatada esclavitud que habia tenido en un palacio, que casi toda su vida le habia servido de prision.

Clo-

Clodoveo la aguardaba en Soisons con impacien-  
cias de amor tan grandes , que hubiera de buena ga-  
na acelerado el curso del Sol , por medirlo con sus  
afectos. Quando vió esta Princesa que era perfectamen-  
te hermosa , halló que sobrepujaba todas las ideas que  
habia concebido , y que la presencia era mayor que la  
fama. Por lo que la abrazó estrechamente , y no se  
hartaba de mirarla , porque Dios que se queria valer  
de esta doncella para la conversion de un tan gran Rey-  
no , habia dibuxado esta mortal belleza , é impreso en  
ella con su mano no sé qué gracias y atractivos , que  
Clodoveo nunca habia experimentado. Ella como una  
humilde Abigail se echó á los pies de su marido , lla-  
mandole su señor y su Rey , y protestando , que en-  
traba en su palacio para vivir como su muy humilde  
esclava. La Corte toda estaba admirada , considerando  
las loables qualidades de esta Princesa , y tenia parte  
en la alegria del Rey; el pueblo concurría por todas  
partes á verla , y muchos pobres Católicos que estaban  
ya en Francia , la miraban como al alba del dia , que  
venia á aliviar sus cuidados , enxugar sus lágrimas , rom-  
per sus cadenas , y dorar su siglo con el esplendor de  
su magestad. No se veía en todas partes sino justas , tor-  
neos , fiestas y regocijos , para coronar la celebridad  
de tan grandes bodas. Con todo esto la Reyna no se  
dexaba llevar del curso de sus prosperidades , sino en  
vez de pompas tenia sus ojos firmemente fixados en  
los muchos beneficios que habia recibido de Dios , y  
buscaba en su corazon los medios con que podria ma-  
nifestar su reconocimiento , y deshacerse , como hace  
el incienso en el fuego; delante de la Divina Mage-  
stad. Tenia atravesada una espina en el corazon , que le  
entraba bien adentro , y era ver que el Rey no le ha-  
blaba nada de la palabra que le hadia dado de hacerse  
Christiano , y que habiendo pretendido tratar de tan  
importante negocio , lo excusaba con sutileza , y no  
sabia ella de qué modo hablarle , ni cómo lo em-  
prenderia.

Al fin se determinó á decirle : Señor, yo veo que vuestra Magestad hace el dia de hoy mercedes á todos, y deseara yo tambien tener parte en ellas, y recibir un favor que me dará motivo para una eterna obligacion.

El Rey, pensando que queria alcancar alguna merced para algun favorecido, ú otras personas, la dixo: pedid con ánimo, que no se os negará nada. Ella entonces replicó : si vuestra Magestad me tiene el afecto tan sincero como muestra, le suplico humildemente que la primera noche de mis bodas no entre yo en la cama con un Pagano.

Clodoveo respondió : *Señora, muy bien entiendo lo que quereis decir: barase eso, pero no es aun tiempo; dexad madurar la fruta de espacio, y despues la cogereis, ó ella misma se caerá. ¿Quereis luego al punto hablar de un bautismo, y de todas vuestras ceremonias? Vuestros albagos atractivos no tienen tan poca fuerza, que me dexen pensar en otra cosa que en vos. Todas mis devociones no son mas que amores, y mi Religion no será mas que en apariencia, y no es esto lo que deseais de mi. Dadme tiempo para reconocerme, y discurriré sobre los medios que há de haber para cumplir mi promesa. En lo demas no debeis hacer apprehension de que os acostais con un marido Pagano, porque vuestra ley misma dice, segun me han dicho, que el hombre infiel se santifica por la muger fiel.*

La Reyna dudó si debia rogarle que dilatase por lo menos las bodas, y excusar toda comunicacion marital hasta el cumplimiento de la promesa; pero consideró que su conciencia no padecia perjuicio, y que la ley de Dios no la mandaba apartarse de su marido Pagano. Que si procedia con tanto artificio haria una de dos cosas, que seria enfadarle para que nunca abrazase la Christiandad, ó que tomase una Religion enmascarada, que siempre diria haber sido sitiada de la importunidad y agasajos, y por lo mismo nunca seria constante. Resolvióse, pues, á cumplir con todas las obligaciones del matrimonio, é irle grangeando ántes  
por

por el exemplo de una buena vida , y con las humildes oraciones que haria á los altares , que de otro ningun modo.

Agradóle mucho á Clodoveo el modo de portarse en este particular , y conoció muy bien quan prudente era , por lo qual la hizo mayores honras. Tenia él al pie de treinta años quando se casó con Clotilde , y como Gentil , criado en la licencia de las armas , no habia dexado de tener sus amores ; pero el afecto que tomó á esta buena Reyna fue tan grande , que borró de su corazon todos los demas , de la misma manera que los rayos del Sol deshacen las sombras y fantasmas de la noche. La santa señora , viendo que el corazon de su marido se iba ajustando con el suyo , y que no necesitaba de Imperio sino de exemplo , formó sus costumbres de tal modo en su matrimonio , que hizo un perfecto modelo de las perfecciones que se requieren en este estado.

Las coronas reales pierden su lustre , si están en cabezas sin juicio y frentes sin magestad ; pero esta hizo instantaneamente parecer que si su nacimiento no la hubiera hecho digna de una corona , y si su ventura no se la hubiera dado , solo por sus méritos era capaz de ponerse la primer diadema del mundo. Ella se fabricó en la Corte de un Rey Gentil , una devocion fuerte y vigorosa , sin jactancia ni vanidad , sino llena de prudencia ; porque tenia un amor de Dios tan casto , que temia las menores apariencias del pecado , como á la muerte ; un amor tan tierno , que su corazon era como una lámpara ardiente , que ardia de continuo en el Santuario de Dios vivo ; su fe un pecho tan dilatado como el de la eternidad ; su esperanza era un arco del cielo guarnecido de esmeraldas , que nunca perdian su lustre ; y su piedad era un manantial eterno de bendiciones.

Habia hecho un pequeño oratorio , como Judith en el real palacio , á donde se metia quando el tiempo la daba lugar , haciendo oraciones y mortificando su

carne, hallandose dentro de él como en una isla fortunada, que hacia subir al cielo la suavidad de sus perfumes inmortales. Portabase con singular discrecion por no parecer encogida á vista de la Corte, temiendo que los corazones débiles no se divirtiesen del Christianismo, si veian en su proceder perfecciones relevantes sobre la capacidad ordinaria; pero todo lo que conducia á la vida comun se hacia por ella, y sus doncellas con grande pureza, fervor, magestad y constancia. Era un espectáculo Angélico el verla asistir á la Misa, y disponerse á la comunión, que deseaba muy de ordinario, por sacar la gracia y la fuerza de su principio. Honraba á los Clérigos, como mensajeros baxados del cielo, asi por asegurar su conciencia, como por tener su Religion en grande estimacion delante de los Gentiles. El zelo de las casas de Dios, que son las Iglesias, la abrasaba con tanto ardor, que no tenia mas gustosas delicias, que fabricarlas, ó adornar las que ya lo estaban, hasta hacerlas lucir con las obras de sus reales manos. Su capacidad para con los pobres era un mar que nunca se agotaba, y su corazon era tan espacioso, que todos los corazones de los afligidos podian respirar dentro del suyo. Ella se aderezaba y pulia todos los dias delante de Dios, llevando todas las virtudes como por naturaleza, y los adornos mugeriles por necesidad. En quanto al Rey su marido, ella le honraba como si viese al Salvador del mundo caminando en la tierra, y sin detenerse en el cuerpo, se metia en el centro de aquel corazon infiel que miraba con ojos de compasion increíble. Hacia particular estudio en saber todos los afectos, y seguir los movimientos de su corazon, como ciertas flores hacen al Sol. Todo lo que Clodoveo queria, tenia luego de punto honrosa acogida en el corazon de Clotilde. Si gustaba de las armas, perros, ó caballos, ella alababa por él las armas, los perros y los caballos, amando los mismos objetos de los honestos placeres de su marido, como sus mejores entretenimientos. Su conversacion es-

taba llena de hechizos y atractivos, que siempre traian utilidad: unas veces suavizaba la bélica inclinacion del Rey con la harmonia de la razon; otras le consolaba sobre las desgracias que pueden suceder en los negocios del mundo: unas le reprimia con mucha templanza y prudente modestia viendole alterado; otras le daba algunos preceptos de la sabiduria, y le decia algunos ejercicios de la vida de los Santos é ilustres Varones, para aficionarlo á nuestra Religion; y tal vez le entretenia con su graciosa conversacion, que era tan gustosa, que no se podia desear cosa mejor. Era magnífica, y liberal para con sus domésticos, reconociendo muy exâctamente los fieles servicios que se hacian á su marido, y tenia su casa muy unida con el vínculo de la concordia y caridad, pareciendo ya un pequeño templo de la paz. La murmuracion, la inmodestia, la ociosidad y lascivia, estaban para siempre desterradas. Las virtudes, el trabajo y las artes, hallaban allí un domicilio, y las miserias del mundo un seguro asilo; porque ella abrazaba todas las obras pias del Reyno, y gobernaba estos asuntos con tal igualdad de espíritu, que parecia á los Angeles, que mueven los cielos sin sentir la menor mocion. Y no es menester decir mas, sino que esta divina muger estaba escogida de Dios para dar decoro á una Monarquía entera con los rayos de su piedad.

## SECCION V.

*La prudencia con que se portaba la Reyna en la conversion de su marido.*

**L**a santa Reyna paria un gran Rey y una gran Monarquía á Jesu-Christo, llevando todos los dias en las entrañas de la caridad su Corte y todo el Reyno. Tenia de noche y de dia dispuestas centinelas delante de los altares, que continuamente estaban implorando la asistencia del cielo, por la salvacion de su marido, y  
ella



ella misma muy ordinariamente en el profundo silencio de las tinieblas, hacia que hablasen á Dios las lagrimas de sus ojos, y ofrecia muchos votos á todas las almas bienaventuradas por la conversion de este infiel. Reparó muy bien, que lo que mas retarda los espíritus fluctuantes, quando están para seguir el camino de la vida eterna, son algunos intereses de la carne ó de la sangre, algun embarazo de los negocios temporales, ó alguna pasion desreglada, que atormenta y tiraniza el espíritu. Por esto tuvo grandísimo cuidado de suavizar la condicion de su marido, amansar sus pasiones, y con cierta bondad moral irle allanando el camino de los misterios de nuestra fe. Haciendo esto conseguia su intento con mayor efecto, y hallaba al Rey todos los dias mas y mas dispuesto para el caso.

Tenia él ya la flecha bien adentro del corazon, y comenzaba á preguntar proponiendo algunas dudas y condiciones, con que se conocia que algun dia queria rendir la plaza. Deciale á Clotilde: *Señora, no estuviera yo muy lejos de vuestra Religion, á no ver en ella cosas tan extrañas, que quereis hacer se crean por imperio y autoridad, sin otra razon. Quereis que yo crea que tres no son mas que uno en vuestra Trinidad: que adore á un Hombre crucificado, y que yo me crucifique á mí mismo en una vida estrecha y ceremoniosa, en que nunca me he criado. Hija mia, si yo tuviera vuestras buenas inclinaciones y firmes intentos, todo me fuera facil; pero sabeis muy bien que toda mi vida me he criado en las armas, si mañana tomo vuestro Bautismo, que segun vuestras máximas, borra todos los pecados, apénas estaré limpio, quando temo volverme á ensuciar otra vez en infinitas ocasiones que cada dia se representan á mis sentidos. Además de esto me amenazais con el juicio y el infierno, con asombros tales, que bastan á volver de arriba abaxo á mi espíritu. Considerad, pues, quanto mejor será dexarme envejecer en mi secta, haciendo todo el bien que pudiere. ¿Pensais que por esto seré excluido de la misericordia de Dios, que quiere salvar á todos los hombres?*

La sabia Clotilde le respondió, diciendo: Señor, suplico á vuestra Magestad que no se fie en ese buen nombre de la misericordia, porque no la habrá en el otro mundo para los que la han gastado sin provecho en este. Ahora es quando Dios no cesa de abrir los brazos á vuestra obediencia, y si le menospreciáis le perdereis sin remedio. Nunca se hace demasiado por la salud eterna, y por mucho que se padezca, siempre se compra el paraíso barato. Y señor, ¿tantas dificultades halláis en nuestra Religion? ¿Halláis vos, que no hace Dios bien en mandaros creer cosas que no podéis concebir con razones humanas? El hizo el espíritu del hombre, y compasó todos sus poderes, y así no puede dexar de seguir su voluntad. ¿Qué hay que maravillar de que el hombre haga homenaje de su entendimiento á Dios? Si la flaqueza se sujeta á la fuerza, la pequeñez á la grandeza, lo finito á lo que no tiene fin, y la nada á aquel que es un abismo de esencias, bondad, sabiduria y luz.

Si haceis vos alguna promesa á un vasallo vuestro, por muy excesiva que sea, y casi increíble, ¿no quereis que él la crea sin réplica, y que no tenga otra razon de creerla, sino la grandeza y palabra infalible de vuestra Magestad? Un hombre pide la palabra á otro hombre, aunque ambos á dos no son mas que tierra y polvo; ¿y vos pensáis que el Soberano Criador del cielo y de la tierra es injusto, por hacernos creer lo que nuestros brutos sentidos no pueden comprehender por la sumision y obediencia que debemos á la verdad eterna? ¿Por qué no he de creer yo que tres no son mas que uno, que es decir, tres Personas un solo Dios, pues veo todos los días que mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad, no hacen mas que un alma? ¿Por qué nos hemos de desdeñar de adorar á un Hombre crucificado? No solo la cruz no debilita mi creencia, sino que no hay cosa que mas la fortifique; porque si el Salvador del mundo hubiera venido como vuestra Magestad á la conquista del universo con tropas, caballos, grandezas y armas, tendria en mi opinion el aprecio que tienen los grandes Capitanes. Mas luego que considero que con el suplicio de la cruz ha alistado al mundo debaxo de sus leyes, y plantado el instrumento de

de sus excesivos dolores hasta encima de los Capitolios y cabeza de los Monarcas, digo que es fuerza que todo sea de Dios en tal obra, pues no hay nada de hombre. Y decidme, señor, ¿si tuvierais vos un fiel vasallo, que se dexara desollar y crucificar por haceros señor de una plaza rebelde, no hallaríais vos mas gloria en su fidelidad, que ignominia en sus tormentos? ¿Y hallais vos, que si la Sabiduria Eterna, habiendo tomado carne humana, se expuso voluntariamente á los extremos rigores, por lavar con su sangre nuestros pecados, y sujetar el orgullo y delicadezas de la tierra al imperio del cielo, ha hecho cosa digna de reprehension? ¿No tenemos nosotros mas causa de adorar el exceso de su amor, que andar en puntillos sobre las bonras que no consisten sino en la opinion del mundo? Suplico, pues, á vuestra Magestad, que no considere á nuestra Religion como á una ley terrible y austera. En sujetandoos al yugo, os dará Dios tanta gracia, que todas las dificultades que se os ofrecen, no os cargarán mas que las plumas á una ave. Y si acaso despues del Bautismo sucediere caer en algun pecado, lo qual estorvará Dios por su gracia, la sangre de Jesu-Christo es una fuente que perpetuamente mana en los Sacramentos de la Iglesia para labar todas las culpas. Señor, temo que no dilateis mucho el rendiros á tantos avisos como teneis del cielo. Si considerais las mercedes que Dios ha hecho á vuestra Magestad, habiendole puesto la corona en la cabeza de edad de quince años, manteniendole contra tantas facciones, librandole de tantos riesgos, adornandole de tanta gloria, y honrandole con tan buenos sucesos, hallareis que él tiene derecho á pedir ahora de vos lo que pide por mi boca. ¿Qué sabeis vos si él ha elegido vuestra persona para hacer paso á todos los Reyes, y haceros en Francia, lo que fue Constantino en el Imperio de Roma, lo qual os hará glorioso en la memoria de los hombres, y dichoso en el cielo en toda la eternidad? Verdaderamente, señor mio, si vos no os rendis á mis palabras, os debeis rendir á la sangre de tan ilustres Mártires, que han profesado ya esta fe en vuestro Reyno. Os debeis rendir á los grandes Confesores, sabios como oraculos, y de buena vida, como An-

geles que os anuncian la verdad; y os deveis rendir á los milagros que todos los dias visiblemente se hacen en el sepulcro del gran San Martin, que es un tesoro incomparable de vuestro Reyno.

Amiga mia, respondió el Rey, no paseis adelante. Vos sabeis mucho mas que yo, y temo que vuestras persuasiones me hagan creer lo que no tengo gana. Y quando vos hubierais convencido mi espíritu para alistarlo en esta creencia, ¿pensais vos que me estará bien hacer tan presto profesion de vuestra fe? Vos veis que soy Rey de un gran pueblo, y que tengo siempre séquito de mucha nobleza, que no conoce mas Dioses que los de su pais. ¿Creeis que todos los espíritus son tan faciles de reducir? ¿Y que quando yo llegue á recibir un Dios extranjero, que ellos lo llevarán á bien? Puede ser se levante con este pretexto algun ruido en mi Reyno, porque la Religion y el Estado son dos piezas que se entretexen una con otra, sin poder mover la una sola. Lo mas seguro es no tocarlas, y dexar andar al mundo como lo hallaron nuestros abuelos.

Clotilde veia muy bien que esta aprehension era uno de los mayores impedimentos de su bien, y lo tenia ya bien remediado, practicando las voluntades de todos los mas Grandes de la Corte; y asi volvió á replicar firmemente, diciendo:

Señor, es andar temiendo visiones, el formaros tal imaginacion. Vos sois un Príncipe muy absoluto y muy amado, para temer sublevaciones. Antes bien os aseguro por vida mia, que vuestro pueblo está muy dispuesto á recibir nuestra Religion, y vuestra nobleza, que tiene bien reconocida la vanidad de los ídolos, no aguarda mas que vuestro exemplo para abrazar el Christianismo. Quando fuera menester taladrar las peñas, y hender los montes para salir con tal empresa, serian vuestros trabajos bien empleados, y no fuera bien temer el perder la tierra por ganar el cielo; pero toda la facilidad está en vuestras manos; el racimo que ha

ha cinco años decís está en agraz, ya está maduro, y necesariamente es menester cogerlo.

Estas palabras repetidas muchas veces en la ocasión, tenían ya un admirable imperio sobre el espíritu de Clodoveo, y el hierro comenzaba á ablandarse con el calor del fuego, porque ya honraba á las Iglesias, y trataba á los Eclesiásticos con diferente respeto que solia, de lo qual dió bastantes muestras en lo que le pasó con San Remigio.

Dice la historia, que los soldados de Clodoveo corriendo la campiña con la licencia de las armas, habian robado de la Iglesia de Rheims un bello y grande vaso de plata que servia para el agua, de lo qual afligiendose un poco el buen Obispo, por la reverencia que tenia á todo lo concerniente á su ministerio, envió sus mensageros al Rey, dandole quejas de lo sucedido, que no fueron mal admitidas, porque Clodoveo los mandó venir á Soisons, donde se habia de hacer la particion de todo el despojo que se habia hecho; lo qual ellos cumplieron, y yendo mirando todo lo que se habia recogido, asistiendo el Rey en persona, halló el vaso, que quiso se diese al punto á los mensageros de la Iglesia; pero un soldado altercando sobre ello, y picado de que una tan bella pieza se le escapase de las manos, alzó una hacha, y dió con ella al vaso para hacerlo dos pedazos, lo qual Clodoveo disimuló por entonces por no castigar con pasión aquel proceder; pero viendo despues al compañero que estaba alterado le dixo: *¿Cómo os amotináis vos solo, siendo el peor soldado de mis tropas?* Y diciendo esto le quitó la hacha y la arrojó; el otro queriendo baxarse para tomarla, sintió un terrible golpe de la mano del Rey, que le quitó la vida en castigo de su temeridad.

La Reyna oyendo estas nuevas tomó buen agüero de su conversion, y lo que la confirmó mas esta esperanza, fue que habiendo parido un bello niño, obtuvo licencia del Rey para bautizarlo, lo qual ella hi-

zo prontamente ; pero el Infante despues de bautizado dexó la corona de la tierra por tomar en el cielo una diadema de gloria eterna.

Con esto se enfrió algo Clodoveo en sus buenos propósitos , y reprehendió á la Reyna de que era demasiado empeño el querer atraer á todo el mundo á su Religion , diciendo que el Bautismo habia echado á perder la salud del niño ; pero ella replicó , que la vida y la muerte estaban en las manos de Dios , y que no se debia sentir que aquel Infante hubiese trocado tan presto una vida de un mosquito por la de los Angeles. Que el Salvador del mundo , que tiene las llaves de la fecundidad , sabia muy bien proveer á su real lecho de buena sucesion en siendo servido , y que no habia que admirarse de la muerte de una criatura tan tierna , ni atribuir la causa al Bautismo , que no obra sino bien. Ella supo escusar tan bien su hecho , que habiendo parido segunda vez un hijo varon , lo bautizó tambien como al primero , y luego se murió , de lo qual enojado el Rey mas que nunca , la reprehendió con mas aspereza , diciendo : que reconocia ya muy bien que las aguas del Bautismo eran fatales á la vida de sus hijos , y que se guardase bien de no abrir nunca la boca para obtener de él semejantes licencias.

Ella que estaba dotada de un corazon firme , y que habia echado profundisimas raices en la fe , dió una respuesta digna de su santidad , diciendo á su marido : *Pues señor , ¿ porque Dios me haya tenido por indigna de tener sucesion de mi vientre , por eso tengo de dexar de adorar su santa Providencia , y besar los azotes de su justicia ? Suplico á vuestra Magestad no eche la culpa al Bautismo de los Christianos , en lo que ántes debe atribuirse á mis pecados.*

El Rey aunque estaba colérico , quedó tan edificado con estas razones , que volvió en sí admirado de ver el grande ánimo y modestia de su muger.

## SECCION VI.

*Conversion de Clodoveo.*

Es querer navegar sin estrellas, y trabajar sin Sol, dice Origenes, el pensar venir á Dios sin Dios mismo. Despues de haber rebatido tantas palabras humanas una sobre otra, el Espiritu Santo, obrero de todas las conversiones, habló con una voz de trueno al corazon de Clodoveo en medio de las batallas, y le hizo sacar á luz la resolucion que habia estado formando en el espacio de muchos años.

La ocasion fue que los Suevos, pueblos de Alemania, habian pasado el Rhin con grandes fuerzas debaxo de la conducta de muchos Reyes, que estaban en persona en el ejército, y venian á embestir las Galias, con intencion de derribar los principios de la Monarquía Francesa. Clodoveo, teniendo aviso de ello, los salió á recibir con sus tropas; y tambien habia sacado socorro de los Ribarols, pueblos vecinos al Rhin, que estaban aliados con los Franceses, y eran los que avisaron luego de la intencion de los Suevos, por amenazarles mas de cerca.

Encontraronse los dos ejércitos en Tolbiac, junto á Colonia, y fue una de las terribles batallas que cuentan las historias. El Rey iba gobernando la caballería, y habia dado la infanteria al Príncipe Sigiberto, su aliado, y todos estaban armados de valor para pelear como valientes. Clodoveo que iba echando los cimientos á una gran Monarquía, en que no queria tener compañero, juzgaba que era menester vencer, ó perderse. Sus aliados, que estaban bien interesados en esta guerra, no se descuidaban nada. Por otra parte los Alemanes tenian un increíble deseo de dilatar sus conquistas, y creian que su fortuna dependia del suceso de esta batalla. No habia sino fuego, tempestades, muertes y destrozos, y la resistencia era grande de ambas

partes. Al fin, Sigiberto peleando con gran valor, fue herido de una flecha, y retirado por su hijo de la batalla todo ensangrentado. La infantería viendose sin coronel, comenzó á desmayar, y se puso en huida. Todo el grueso de la batalla vino á dar sobre la caballería, que peleó valerosísimamente á vista de su Rey; pero al cabo, el combate de los enemigos fue tan furioso, que se abrió y deshizo. Clodoveo andaba como un leon, cubierto de sangre y de polvo entre la gente desbaratada, gritando á voces por rehacer sus tropas, peleando por su persona, y haciendo juntamente el deber de un gran Capitan y valiente soldado; pero no obstante sus diligencias, el miedo fue tal, que cogió á los fugitivos que no habia esperanza de remedio.

Y como se buscan los remedios del cielo, quando los de la tierra no aprovechan, Aureliano, el gran privado del Rey, acercandose á su señor le dixo, que hiciera voto á Dios de cumplir la promesa que habia hecho á la Reyna su muger, que era de bautizarse, si volvía victorioso de esta batalla; lo qual hizo, invocando á voces al Dios de su muger, y prometiendo convertirse enteramente á la fe Católica.

Apénas hubo dicho estas palabras quando sus tropas se volvieron á rehacer, y haciendo cara á los enemigos, peleaban, acometian, y los derrotaban con una tan gran mortandad, que cubrieron todas las campiñas de muertos. La rota amedrentó de tal suerte á los de la otra parte del Rhin, que los Alemanes que quedaban, temiendo que el Rey hinchado con sus victorias no pasase el rio, le enviaron al punto una embaxada, haciendose tributarios á su Magestad.

Clotilde habiendo tenido la nueva de esta batalla, y la santa resolucion de su marido, fue transportada de tan grande gozo, que le salió á recibir hasta Champaña, acompañada del grande Arzobispo San Remigio, que era el hombre de quien Dios se queria valer para fenecer esta grande obra de la salud de Clodoveo. Porque ademas de su admirable santidad, reconocida  
en



en toda la Francia, tenia fama de ser uno de los mas entendidos, y mas eloquentes hombres de su siglo. Testigo es Sidonio Apolinar (1), que habla de su eloquencia con admiracion, diciendo que no juzgaba que hubiese hombre vivo en la tierra á quien San Remigio no sobrepujase sin trabajo, por la experiencia que tenia de bien hablar. Su pensar era inimitable, sus palabras tan dulces y limadas, que parecian una obra muy pulida que no tiene que acepillar. Sus sentencias eran llenas de agudezas, sus argumentos de fuerza, sus palabras corrientes, como un rio abundante y caudaloso, y llevaban siempre alguna violencia al fin de sus periodos.

Apénas el Rey, que aun estaba lleno de las dulces ideas de su victoria, vió á la Reyna su muger, quando la dixo: *Ya, señora, ha llegado el tiempo en que habeis vencido; Clodoveo triunfó de los Alemanes, y vos triunfais de Clodoveo; esto es hecho, no hay que dilatar más mi Bautismo.* La Reyna muy alegre con estas palabras respondió: *Señor, al gran Dios de los Exércitos se debe la gloria de estos dos triunfos; y vuestra Magestad obra muy prudentemente en darle luego al punto lo que le ha ofrecido; aquel que da luego, da dos veces. Veis aquí uno de los grandes Prelados de vuestro Reyno, que traigo para que sirva á vuestra Magestad en negocio tan importante.*

Luego se presentó San Remigio (2), á quien el Rey hizo honradísimo acogimiento, y le dixo deseaba entender sus buenas instrucciones, de lo que muy gozoso este santo varon, por el bien que esperaba lograr, hizo el dia que se le señaló un sermón del conocimiento de Dios, y de la gloria de la Christiandad contra la vanidad de los ídolos, tan estupendo que se llevó tras sí al Rey y á toda la Corte, y desde allí adelante estaba siempre pegado á la boca del Santo, como al manantial del agua viva. Es verdad que San Baast, que fue

(1) Sidon Apollin. ep. 7. cap. 9.  
Flumen in verbis, fulmen in clausulis.

(2) Anno Christi 496. Clodo-  
væi 15.

fue despues Obispo de Arras, habia ya comenzado á catequizar á Clodoveo; pero como los Santos no pretenden sino los intereses de Dios, sin poner los ojos en lo tocante á sus personas, cedio él de muy buena gana á la dignidad de un Arzobispo, y á la gran capacidad de un hombre que le tenian por oráculo, contentandose con asistirle y contribuir en este acto con todo lo que su ministerio podia ser de utilidad.

El Rey habiendo llegado á Rheims se dispuso devotamene para recibir el Bautismo debaxo de la direccion de su Prelado, oyendo todos los dias con singular atencion todas las instrucciones de la fe, é informandose con grande juicio de todo lo necesario para su salvacion. Entre otras cosas se refiere (1), que quando San Remigio llegó á explicarle el misterio de la Pasion, se alteró de modo, que llevado de una impaciencia generosa puso mano á la espada, y colérico dixo á voces, que si se hubiera él hallado con la gente Francesa en el lugar donde se cometia esta atrocidad contra su Señor, él lo hubiera vengado con todas sus fuerzas. El Santo Prelado suavizó su marcial humor, y le hizo capaz de cada misterio, usando de mucho estudio y gran claridad de razones. Despues de las instrucciones, se pasó á la confesion de la fe y á las penitencias ordinarias, en que el Rey mostró tanta devocion, que quitandose la púrpura y la corona, se cubrió de ceniza, implorando la misericordia de Dios con muy fervorosas oraciones.

Quando llegó el dia del Bautismo, que fue la víspera de Pasqua, hizo San Remigio adornar la Iglesia de Rheims, lo mejor que se pudo hacer en aquel tiempo, colgandola de las mas ricas tapicerias que pudo hallar, llenandola de fragantes olores, y encendiendo gran número de antorchas hechas de ciertos perfumes, que hacian una luz delicada; de suerte que San Gregorio Turonense dice, que parecia  
aquel

(1) Chronicon manuscriptum.

aquel lugar un remedo del Paraiso terrenal.

Un poco ántes del Bautismo, estando en sus asientos el Rey y la Reyna con el Santo Prelado en el oratorio de San Pedro, acompañados de personas de toda autoridad, se vió baxar una luz muy resplandeciente á vista de todos con brillantes rayos, que apénas se podian mirar, y al mismo instante se oyó una voz que dixo: *La paz sea con vosotros, no temais, perseverad en mi amistad.* Entonces fue quando el nuevo Constantino se levantó á recibir el santo Bautismo; y habiendo llegado en presencia de todos, le dixo San Remigio estas palabras: *Mittis depone colla Sicamber, adora quod incendisti, incende, quod adorasti. Mete el cuello, ó Frances, ahora debaxo del yugo de Dios, adora lo que has abrazado, y abraza lo que has adorado.*

Despues pronunciando su profesion de fe (1), y particularmente lo tocante al misterio de la Santísima Trinidad, fue bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El poder de Dios, que no es limitado, y que siendo obrero de la naturaleza, obra quando quiere sobrenaturalmente, suele honrar con algunos grandes milagros los fundamentos de la Religion en qualquier parte que se planta. Quería ahora consagrar á los Reyes de Francia y á todo el Reyno á su Magestad, para sacar de allí infinitos servicios, y como los grandes Reyes son los primeros de la Iglesia y las mas perfectas imágenes de la Dividad que hay entre todos, principalmente quando se muestran imitadores de la devocion de Clodoveo, quiso Dios renovar en su consagracion las maravillas que hizo en el Bautismo de su hijo, para que la obra conformase con el modelo. Porque hizo parecer una paloma visiblemente, que traia en el pico la santa Ampolla (2) llena de la uncion con que Clodoveo y sus sucesores han sido despues ungidos.

Es

(1) Omnipotentem Deum in Trinitate confessus. Gregor. Tur.

(2) In Baptismo ejus Angelus Ampullam sacri Chrismatis detulit.

Es una cosa tan autentica, que debe ser mas reverenciada que exâminada. Aun se conserva la memoria en el epitafio que se puso sobre las cenizas de Clodoveo en la Iglesia de Santa Genoveba de Paris, que dice que la paloma era un Angel (1); en Santo Tomas, en el libro segundo de la Institucion de los Príncipes, en Clemente Quarto, en sus quëstiones, y en otros muchos Autores, que seria referirlos hacer una cosa ya hecha, y alargar la materia.

Otros añadieron que las flores de Lis fueron traídas en aquel mismo tiempo por un Angel, para que se pusiesen en las armas del Rey de Francia; pero esto aun no está muy bien verificado. Yo creeré antes que las Lises eran símbolo de las Galias, como el balsamo de Judea, mucho tiempo ántes de Clodoveo (2); porque se hallan aun algunas medallas hechas en el tiempo del Emperador Adriano, que no era menos que cien años ántes de la venida de nuestro Señor, donde se ve la efigie de la Galia, hecha como una dama venerable, que parece tiene en la mano una flor de Lis presentandola al Emperador, y ratificandole su conservacion con un mote escrito en la misma moneda: *Restitutori Gallia*. Yo no he acabado de saber quien es aquel Ciburo citado por Marco Capeto en su tratado de los derechos y libertades (3), que hace mencion de una vara llena de flores de Lis que apareció entonces en el cielo, para dar á entender que los Reyes de Francia serian los verdaderos defensores de la Iglesia Católica.

Nosotros tenemos muchos milagros verdaderos sin andar buscando fantasias mal fundadas, que queriendo entablar cosas falsas, no ganan otra cosa en la creencia del espiritu humano, sino el hacer se dude de las verdaderas.

Lo

(1) *Vide Morum de Uction.*  
lib. 2. cap. 7. *Clemens IV. aliàs*  
*Guido Papa scripsit in jus civile.*

(2) *Ita Savaro.*

(3) En el tratado de la santidad del Rey Luis.

Lo que hallo aun mas singular en este Bautismo, es que Clodoveo fue bautizado con los señores sus hijos, las señoras sus hermanas, y mas de tres mil caballeros, Capitanes, soldados, y otras personas de la Corte, sin contar las mugeres y niños: y lo que mas es, el Rey hizo un decreto tan favorable á la Religion Christiana, que habiendose publicado, se convirtió á la fe casi todo lo restante de la nacion Francesa; de manera que por todas partes no se veia sino quemar ídolos y erigir altares.

La admirable Clotilde, que tanto tiempo habia anhelado por este tan dichoso dia, estaba toda absorta en el respeto y hacimiento de gracias, que daba á Dios, viendose coronada de tantos millares de hijos; y si las damas del Testamento Viejo, por una pequeña sucesion de carne, cantaban cánticos de triunfo, ¿qué podia decir y hacer esta, que despues de su venida á Francia veia toda una Monarquia trocada, el Reyno de Dios establecido, y tantas almas alistadas en la bandera del Salvador, el qual habia sido servido de valerse de sus oraciones é industria para negocio tan grande?

## SECCION VII.

*Lo que hizo Clodoveo por persuasion de Clotilde, despues de su Bautismo.*

**L**a santa Clotilde trabajando todos los dias sobre los fundamentos, procuró incesablemente llevar á su marido á todas las santas y gloriosas acciones que mejor le parecian, por hacerle corresponder en algo a las mercedes que habia recibido de la Magestad Divina. Hizo que se inclinase á adornar y enriquecer las Iglesias, y él lo hizo asi, comenzando por la de Rheims, con tanta magnificencia, que San Remigio, que tenia ánimo noble y generoso, tenia encogimiento de recibir todo lo que el Rey queria darle, suplicando á su Ma-  
ges-

gestad emplease sus liberalidades en otras partes que tenían mas necesidad.

Despues proyectó fabricar la Iglesia de San Pedro y San Pablo, á quienes veneraba como padres de la Christianidad. Es ahora Santa Genoveba de Paris, que despues el Rey y la Reyna escogieron para sus entierros.

No se podia bastantemente encarecer este santo lugar, que fue como cuna de la devocion de Clodoveo, y es bendiccion del cielo muy manifiesta que cayese en manos de aquel sabio y religioso Prelado el Cardenal de Rochefoucault, el qual con su zelo, que es una fortisima alquimia, trueca todos los dias los ladrillos y yeso, en mármoles y oro; y no contento con piedras muertas, las juntó tambien vivas, con tan buenos Religiosos, que continuamente alaban la grandeza de Dios, y de la augusta Virgen que allí preside. No podia servir mejor á nuestro gran Rey, que honrando tan preciosamente las cenizas del primer Rey Christianisimo y de su santa esposa Clotilde, por juntar su proteccion á sus estandartes.

En tercer lugar, la Santa introduxo con gran afecto en el espíritu de su marido la devocion de San Martin; de suerte que en todos sus trabajos tenia singular recurso á este gran Apóstol de Francia, haciendo grandes votos, y postrandose muchas veces á orar delante de su sepulcro con fervor de increíble devocion.

De lo que procedió tambien, que no contentandose solo con hacer grandes dones á su Iglesia, trataba á toda la Diócesis con grande reverencia, mandando á sus tropas, si marchaban por allí á alguna jornada, que no tomasen en su término otra cosa sino sal y yerbas (1).

Fuera de esto, por imitar de todos modos la piedad del gran Constantino, procuró se hiciese un Concilio Nacional en Orlens, donde mostró grandísima reverencia á los Prelados que en él se juntaron para de-

(1) *Baron. tom. 5. Ann. 514.*

cidir las cosas Eclesiásticas, escribiendoles una excelente carta, por la qual les confirmaba los derechos é inmunidades de la Iglesia, segun la forma de los antiguos Cánones.

Y finalmente, como viniese el Papa Hormisdas á suceder en la santa Silla á Symacho, fue Clodoveo el primero que le envió sus Embaxadores, con una excelente corona, que llamaban el *Reyno*.

Se ha usado mucho en todos tiempos ofrecer joyas y coronas á los altares, en reconocimiento de la Magestad Divina. Asi Constantino ofreció su diadema al Salvador del mundo, que se veia aun en aquel tiempo pendiente en el altar de Santa Sofia. Lo mismo hizo Mauricio, y lo mismo el Emperador Enrique en Cluni, el qual ofreció á la Iglesia un mundo guarnecido de muy exquisita y rica pedreria.

Por esto envió el Rey este presente, como refiere expresamente la historia (1), para que se colgase delante del altar mayor de San Pedro en Roma, en señal de la ofrenda que hacia á Dios de su persona y Estados, como hijo de la Iglesia. Quien quisiere exâminar los fondos de esta historia, hallará que esta diadema, llamada el *Reynado*, ó el *Reyno*, era una especie de corona que habia venido de Constantinopla, porque dicen que el Emperador Anastasio pidiendo favor al Rey de Francia contra los Godos, que reynaban en Italia, teniendo noticia de los grandes hechos en armas de nuestro Rey Clodoveo, le envió una solemne embaxada, por unirse con él, y le ofreció el título de Cónsul honorario, la púrpura y la corona, que los Griegos llamaban en aquel tiempo, *Basilis* ó *Reyno*.

Clodoveo recibió con buena voluntad esta embaxada, vestido de sus adornos en la Iglesia de San Martin, donde repartió cantidad de monedas de oro y plata. Despues, considerando que todas sus prosperidades le venian de Dios por haberse bautizado, consagró esta

(1) *Plodoard, Philip. Bergom. Savar. p. 15. de pietate Regis Ludovic.*

ta rica joyá, que le habia presentado el Emperador en la principal Iglesia de la Christiandad, para que sirviese de memoria eterna á su Religion. Veis aquí como este augusto Monarca comenzó desde luego á publicar las señales de su zelo y echar los cimientos de la buena inteligencia que tuvo despues la Francia con el Pastor y Padre espiritual del universo.

No puedo dexar de tocar aqui de paso con toda sinceridad, aunque naturalmente soy enemigo de quisiones que se mueven demasiado terca é inconsideradamente, acerca de las contestaciones de la jurisdiccion de las autoridades soberanas. Harto sabemos, sabiendo que Jesu-Christo, que tenia la fuente del poder en sí mismo, la partió entre los Pontífices y Reyes, haciendo á los unos gobernadores de lo espiritual, y á los otros de lo temporal. El quiere que nosotros honremos á unos y otros por el carácter de su autoridad, sin meternos en puntillos. Los ha puesto Dios sobre nuestras cabezas para que admiremos sus esplendores, y no para fiscalizar su poder.

Entre las locuras de Neron se cuenta que viendo cierto dia un espacio de tierra que dividia dos mares y los tenia separados, le dió gana de romperla para que se juntasen y ver lo que harian mezclandose. *Guardaos de hacerlo*, respondió un oráculo, *porque si tal haceis, saldrán de madre, y os estará mal*. Dexad las cosas como Dios las ha puesto, y no confundais los límites de la naturaleza. Es verdad que son dos grandes mares la potestad Eclesiástica y la Civil. Dios las ha dividido y separado con un instersticio de administracion espiritual y temporal. Ambos hacen sus funciones, y viven en buena paz. Dios nos libre de tal desdicha, de que se rompa la muralla y se mezcle, que será ver el mundo en un diluvio de calamidades.

¿ A qué proposito es esto? El Sol no hace el ministerio de la lluvia, ni la lluvia el del Sol. Constantino decia, que los Obispos eran Obispos en su Iglesia en lo concerniente á la Religion, y él era seña-  
la.



lado de Dios para el gobierno de su Imperio en lo temporal (1). Estemonos en estos límites; demos al César lo que toca al César, y á Dios tambien lo que le pertenece. Mejor nos está vivir que disputar, y nuestros padres han conservado una Monarquía tan florida por espacio de mil doscientos años (2), no con disputas y altercaciones inutiles, sino con las armas de la prudencia, obediencia y valor.

Siempre hemos dado al Pontífice la honra merecida (3), como á soberano Pastor de la Iglesia universal que está debaxo del cielo. Hemos reconocido y reconocemos al Rey, por verdadero y absoluto Monarca para el gobierno temporal, honrandole con singularidad, y amandole con cordialísimo afecto, como un retrato animado de las grandezas de la Divina Magestad. Dios nos ha felicitado por esto, y mostrado por experiencia, que no hay ciencia mas noble que la obediencia, ni mayor felicidad que el cumplimiento de la voluntad del soberano Señor. Por el contrario, se ha notado en la historia de tantos siglos, que las plagas del cielo han caido en todas partes, sobre los que han querido echar la manzana de la discordia en la casa de Dios. El aliento de su boca se ha vuelto sobre su cabeza, porque es justo que la iniquidad se mate primero con su veneno.

## SECCION VIII.

*Los buenos sucesos que Dios dió á Clodoveo despues que fue bautizado.*

**A**pénas fue bautizado Clodoveo, quando pareció que Dios habia puesto en sus armas alguna secreta virtud

(1) *Communis Episcopus eorum qui extra Ecclesiam.*

(2) *Theod. Stud.*

(3) *1. Petr. 2. 13. Subditi es-*

*tote omni humanæ creaturæ propter Deum, sive Regi, quasi præcellenti, sive Ducibus, tanquam ab eo missis.*

tud que le hacia triunfar de sus enemigos , y coronar todas sus empresas con gloriosísimos sucesos.

La primera guerra que emprendió despues de su bautismo fue contra Gombaut , Rey de Borgoña, de quien hemos hecho mencion arriba largamente. Maravillome de algunos Autores , que midiendo los afectos de los Santos con las flaquezas de su espíritu, y juzgando que es dulce gloria el vengarse de los enemigos, de quien han recibido notables agravios, han dicho que Clotilde persuadió á su marido la ruina de su tío, por desquitarse de la muerte de su padre y de su madre. Es juzgar muy vilmente de una señora que habia llegado á tan alta cumbre de perfeccion; porque no solo no encendió ella el fuego de esta guerra, sino que estando Gombaut en poder de Clodoveo, y queriendo quitarle la vida, estorvó el golpe fatal, y despues viendo que por su mal proceder habia perdido su Reyno, hizo todo lo posible por conservarle una parte á Sigismundo , hijo de Gombaut, su primo hermano.

Lo que arruinó á este infeliz Rey de Borgoña, fue primeramente su heregia, la qual le ocasionó la venganza de Dios, y tambien porque habiendole predicado y convencido con razones, ofreció de ser Católico en secreto, y con todo eso observó en público el Arrianismo; y asi como él dividió su corazon, dividió Dios su Reyno.

La segunda causa de su ruina, fue su natural fiero y avariento, que le hacia terrible y enemigo de toda conveniencia. Envió su sobrina, como despechado á Clodoveo, sin darle mas dote que muchos cumplimientos; por lo qual enviandoselo á decir el Rey, y quejandose, no haciendo caso de nada, respondió mal á los Embaxadores que habian ido á tratar con él la materia, por lo que al cabo se resolvió á hacerle guerra.

Añadese tambien, que habiendo ya quitado la vida á dos hermanos, tiranizaba al tercero, el qual por

librarse de la borrasca se valió del abrigo del Rey de Francia, á quien no le pesó de hallar esta ocasion para apoderarse del Reyno de Borgoña, que veia le mostraba afecto. Gombaut teniendo noticia que Clodoveo tomaba las armas contra él, quiso engañar á su hermano, á quien ántes habia enojado, para atraerle á su partido; pero él se mostró sagaz contra otro sagaz; porque habiendole dado muy buenas promesas para entretenerle, se le escapó y se fue con los Franceses, llevando todas sus tropas.

El Borgoñon cruel huyó la tempestad, y caminó hacia el Rhodano, hasta que se encerró en Aviñon, donde Clodoveo, persiguiendole fuertemente, le sitió y puso en el último aprieto. De manera que la menor palabra de la Reyna Clotilde bastaba para hacerle perder la vida; pero el Rey se detuvo, ó por el respeto que guardaba á su muger, á quien sabia no le agradaba se derramase la sangre de sus parientes, ó por el buen modo que Arredio, Consejero de Gombaut, tuvo con él. El vencido admitió todas las condiciones que quiso el vencedor, hasta quedar tributario de la Francia.

Despues como las tropas de Clodoveo se retiraron, él lleno de ira y enojo contra Godesillo su hermano, que habia tomado las armas contra él, le sitió en Viena, contra la palabra que habia dado á Clodoveo; y habiendole preso por engaño, le mató dentro de la Iglesia con sus propias manos, accion por cierto bárbara y digna de un hombre abandonado de Dios. Esta crueldad fue ocasion de que Clodoveo, trocando el camino, volviese á entrar en Borgoña, por castigar el exceso de un hombre que era tan poco atento en ofender á los que le podian hacer mal, como cobarde para resistir las armas que se levantaban contra él.

No le quedó de este naufragio sino una vida ignominiosa y miserable, como suele dar ordinariamente Dios á los fraticidas como Cain; y últimamente murió en la secta de Arrio. La santa Clotilde, como ya

apuntamos , teniendo compasion de la sucesion de este mal padre , hizo todo lo posible por conservar á Sigismundo en el título de Rey , y algunas honestas reliquias de una fortuna horriblemente desmembrada por el mal proceder de este Príncipe , lleno de horrores é impiudades.

Despues de esto pasó Clodoveo sus armas á Aquitania , donde tuvo bien que hacer para desasirse de Alarico , Rey de los Visigodos ; pero como mi intento no es en este tratado dilatarme en referir las guerras de Clodoveo , ni sus muchas proezas , sino es en consideracion de la correspondencia que tuvieron con la piedad que habia recibido de Clotilde , asi remito al Lector á la historia de Francia , contentandome con decir dos ó tres casos que la Providencia de Dios usó con el Rey Clodoveo en esta guerra. El primero fue que habiendo deliberado el volver las armas contra este Godo , que acogia en sus tierras á todos los enemigos de la Francia , y como herege Arriano trataba inhumanamente á los Católicos que estaban en su dominio. Este , pues , procurando evadirse de la tempestad , usó de mil ardides para asaltar á su contrario , y matarlo si pudiese , con color de hablarle en amistad. No obstante , Clodoveo amparado de la poderosa mano de Dios , se libró de sus lazos , y aunque le favorecia el Rey Teodorico , que era su suegro y compatriota , confederado con otros Reyes , nuestro valiente Monarca , con la confianza que tenia en la causa de Dios , como aquel que pretendia desarraygar del todo la heregia Arriana que iba brotando en Francia , se puso con gran valor delante del enemigo , y lo hizo con tanta prontitud , que mas parecia llevaba un ejército de águilas que de soldados.

El segundo testimonio de las fieles amistades del cielo , se vió en las maravillas que sirvieron de anuncio á la victoria cercana. La una fue que el Rey , segun su devocion ordinaria , habiendo enviado alguna gente á ofrecer sus votos á los pies de San Martin , entrando

do ellos en la Iglesia por su devocion , hallaron que casualmente estaban entonando los Cantores aquel verso del Salmo 17. *Præcinxisti me , Domine , virtute ad bellum ; supplantasti insurgentes in me subtus me ; &c.* Señor , vos me habeis ceñido de fuerza y de valor para la guerra ; vos habeis derribado á mis pies á todos los que se levantaban contra mí. De lo qual teniendo noticia el Rey lo tuvo por buen agüero ; y como pasando adelante en su jornada entrase en el Poitu , se vió salir de la Iglesia de San Hilario de Poitiers un gran blandon de fuego , á manera de aquella columna ardiente , que antiguamente conducia al pueblo escogido por tan formidables soledades , de manera que parecia que el gran San Hilario , que en otro tiempo habia sido la luz del Oriente y del Occidente contra los hereges , alumbraba aun en la cumbre del lugar en que era venerado , con un farol encendido para esclarecer las conquistas de un Príncipe , que iba á hacer con la espada , lo que él habia hecho con su cortante lengua. Al fin habiendo llegado á la ribera de un rio que venia crecido , y no sabiendose el vado para pasarle , detenia el curso de su empresa , quando á vista de todo el ejército se vió una cierva atravesar el rio por la parte que era vadeable , y les mostró el camino , por donde pasaron dichosamente.

Animado el Rey con tantos prodigios , se puso delante de Alarico , y le presentó la batalla , la qual fue muy terrible , y estuvo al rededor de seis ó siete horas en balanza la victoria , hasta que los Franceses animados con el buen exemplo de su Rey , renovaron sus fuerzas con grandes gritos , y rompieron con toda violencia los batallones de los Godos. Clodoveo que tenia una llama de generoso vigor que perpetuamente ardia dentro de su corazon , las queria haber con el Rey Alarico ; y habiendole conocido en la pelea se fue derecho á él. El otro que estaba menospreciado de los Godos por haber rehusado otra vez el desafio , y que vió su ejército en desorden , se hizo valiente de desespera-

rado , y se resolvió vencer á su enemigo, ó lavar la mancha de su deshonor con su sangre. Apartóse del grueso de la caballeria , y se puso delante de Clodoveo. Los soldados se apartaron de una y otra parte para ver este gran combate de los dos Reyes. A la frente , pues, de ambos exércitos se embistieron, y estuvo mucho tiempo encarnizada la pelea; pero al cabo Alarico sintió el rayo, que saliendo de la victoriosa mano de su contrario , le derribó en tierra medio muerto. Desmontó con ligereza Clodoveo para acabar de matarle , y andando buscando por donde herirlo que no estuviese armado, le cogieron á traicion dos Godos; pero él despues de haber acabado con el caido, se defendió de los dos, y volvió á montar en su caballo, haciendole escaramuzar con gran destreza, que mas parecia un rayo salido de la mano de Dios, que no hombre.

Este lance arruinó las esperanzas de los Godos, y cortó todos los designios de la heregía, que solo subsistia por su favor. De allí marchó Clodoveo cubierto de laureles por los paises de sus conquistas con tan buena fortuna , que habiendose puesto sobre la Ciudad de Angulema, que daba muestras de quererle resistir, se cayeron milagrosamente las murallas, como en otro tiempo hicieron las de Jericó, despues que por consejo de Apronio su Capellan hizo descubrir unas santas reliquias, á quien tenia perfecta devocion.

¿Para qué se necesita hacer aquí mencion de los reencuentros que tuvo con los Reyes Chararico y Reynacairo, que derrotó en un instante? Andaba este hombre por todas partes tan asegurado, como aquel que parecia tener un cuerpo de guardia de virtudes celestiales á su lado. Sus manos eran fatales para limpiar la tierra de algunos Príncipes infieles que la inficionaban con heregías, crueldades y sacrilegios. ¿Quién no se admirará de que en tan poco tiempo dilató su dominio desde el Rhin á la Seine, y de la ribera de Loire al Rhodano, y de los Pyrineos al Océano? ¿A  
quién

quién no asombrará el que fuese tan temido de todos los Monarcas de su siglo, que los Griegos (1) que escribieron despues de su tiempo, con solo el nombre de Rey entendian por excelencia el de Francia? ¿Quién no apreciará su grande autoridad, pues fue el primero que hizo acuñar moneda de oro, lo que los Emperadores habian excusado con grandes rezelos, haciendo grabar en ella las señales de su fe? ¿Y quién podrá bastante-mente admirar, que habiendo dexado quatro hijos quando murió que le sucediesen, fue seguido de mas de cincuenta y siete Reyes, que constantemente imitando su creencia, tuvieron parte en sus felicidades?

Pregunto yo: ¿no es menester ser ciego, sordo y mudo, para no ver, entender ni publicar, que toda la dicha y prosperidad de Francia está inseparablemente unida á la devocion de nuestros abuelos, supuesto que la mano de Dios con truenos y rayos á un mismo tiempo, dió sobre gran número de coronas de Reyes hereges, como de Gombaut, Godemar, Chilperico, Godegisilvo, Alarico, y últimamente de Teodorico, y fue conduciendo á Clodoveo por entre tantas ruinas, incendios y armas, para afirmarle á él y á toda su posteridad en trono, á quien el gran San Remigio pronosticó duracion eterna, mientras que estuviese en la misma fe y Religion, que fue la primera que consagró las Lises al servicio de la Magestad Divina?

La santa Clotilde, en medio de las conquistas de su marido, levantaba al cielo sus manos inocentes, para aplicar á sus reales banderas las fuerzas del Salvador del mundo. Ultimamente, habiendo venido á Paris, despues de tan sangrientas guerras, y adulzado los ímpetus de su natural, demasiado arrojado, que casi la-deraba en exceso de crueldad, ella le hizo usar quieta-mente de la devocion y la justicia; de suerte que ha-biendo fallecido en los ejercicios de piedad, le en-ter-

(1) *Suidas.*

terró con honradísima reputacion. Hallase aun un Kalendario antiguo de la Iglesia de Santa Genoveba, que hace mencion del dia de su muerte á veinte y siete de Noviembre.

## SECCION IX.

*La vida de Clotilde en su viudez, sus aflicciones y gloriosa muerte.*

**C**lotilde habia deseado con pasion tener hijos varones para el establecimiento de su Estado, y aunque este afecto parecia justísimo, no obstante Dios que acrisola á los escogidos en el horno de sus aflicciones, dió un gran purgatorio á esta alma en el cumplimiento de sus deseos. Tuvo hijos como ella deseaba, á quien procuró criar en el temor de Dios quanto pudo; pero los hijos que tenian mucho del marcial genio del padre, y no demasiado de la devocion de la madre, estaban ya en edad que ella no podia tenerlos tan sujetos que dexasen de hacer terribles acciones, que atravesaron el corazon de la madre con mil espadas de sentimiento.

Sucedió que Sigismundo, aquel primo hermano de Clotilde, á quien ella habia procurado el Reyno de Borgoña, despues de la muerte de su muger, en quien tuvo un hijo llamado Sigerico, se enamoró de una dama que servia en su casa, y se casó con ella con gran dolor de su hijo, que no podia sufrir el verla cubierta con los despojos de su madre.

Esta madrastra, habiendo salido de la servidumbre y deshonestidad, para entrar en el lecho de un Rey, viendo embarazados sus amores por el heredero de su casa, concibió tan grande ira y rabia contra él, que le levantó un terribilísimo testimonio, acusandole de que habia querido matar á su padre Sigismundo que tenia un espíritu facil, llevado del amor y la ambicion, dió luego crédito á esta malvada, y despues de haber he-



hecho comer muy bien á este pobre jóven, con color de acariciarlo, mandó á sus criados le ahogasen durmiendo. Pero el desdichado hombre habiendo salido del golfo de su pasion, viendose manchado con un acto tan perverso y villano, confesó públicamente su pecado, é hizo muy austera penitencia; mas Dios que borra ordinariamente el pecado, sin perdonar las penas y satisfacciones devidas á su justicia, le privó del cetro y de la vida por mano de sus parientes, erigiendo una terrible venganza, para dar á sus semejantes un eterno horror de sus maldades.

Los hijos de Clodoveo que habian partido ya el Reyno de su padre, no estaban aun satisfechos, sino que deseaban poner los límites de su particion en todo lo que el hierro de la lanza podia extenderse. Y así Clodomiro, que era el mayor de los legítimos, viendo que el Reyno de Borgoña le era de conveniencia, entró en él con grandes fuerzas, sin hallar mucha resistencia, por estar ya Sigismundo vencido de su delito. Despues de haberse apoderado de las plazas de mas importancia, cogió al desdichado Rey, y le envió prisionero á Orlens para disponer de él á su gusto. Pero Gode-mar, hermano de Sigismundo, que se habia retirado á la Montaña, mientras que los Franceses andaban en sus empresas, volvió con grande ejército; y habiendo muerto las guarniciones Francesas se hizo señor del Reyno. Viniendo esto á noticia de Clodomiro se enfureció tanto, que hizo cortar la cabeza á su prisionero, y á su muger, é hijos de segundo matrimonio, mandando, con exceso de crueldad, echar los cuerpos en unos pozos, y así se executó. No contento con esto, volvió á entrar en Borgoña rebentando de enojo, con intencion de volverlo á poner todo debaxo de su obediencia; pero hallóse embestido de los Borgonones en un encuentro, en que le mataron; y habiendole conocido en la cabellera grande, le cortaron la cabeza, y la pusieron en la punta de una lanza, para que sirviese de triste espectáculo á los Franceses.

Este accidente afligió el corazón de la madre, que lloraba este hijo con lágrimas sin consuelo, así porque era el primero que había criado con las ternuras posibles, como porque viéndole morir en el fervor de tan sangrientos hechos, tenía grande inquietud por su salvación. La pobre Reyna resistía quanto podía las violencias del dolor, y se armaba contra otros accidentes, que preveía habían de nacer de las malas inclinaciones de sus hijos.

Clodomiro dexó tres hijos pequeños, á quien quiso criar la Santa en su casa junto á su persona, donde se exercitaban las mejores máximas de toda sabiduría y devoción. Estos niños tan bien nacidos, y educados por su abuela que los industriaba, prometían buenas esperanzas en lo venidero, y servían de suavísimo lenitivo á esta afligida tortolilla para mitigar el sentimiento que tenía de la muerte de su padre, quando sin pensar asaltó un horrible frenesí el corazón de Childeberto y Clotario, sus dos hijos. Fue así, que se lee en todas nuestras historias, y hace erizar los cabellos al ver la exêcrable mancha de un inaudito desorden de ambicion.

Mejor les fuera á los Grandes de la tierra tener buytres rapantes, y navajas agudas dentro de sus entrañas, que criar tal pasión, que no engordando sino con humos, desprecia todo el derecho divino y humano, por hartarse de sangre, y casi nunca abre los ojos, sino es entre las llamas de los condenados.

Childeberto y Clotario, hijos del gran Clodoveo, y de la Santa Clotilde, despojandose de todo respeto, de toda dulzura y de toda humanidad, concibieron una mortal envidia contra sus pequeños sobrinos, pareciendoles que su madre los criaba para su daño. Y sin tomar mas consejo que su brutal pasión, se resolvieron á matarlos. Los pobres niños estaban siempre debaxo de las alas de su abuela, sin perderlos nunca de vista, temiendo las cautelas, que facilmente se deslizan en el corazón de los niños por la corrupcion de una mala compañía. Los infames tios suplicaron á su madre

dre diese licencia á sus nietos para que los fuesen á ver, y se entretuviesen honestamente, prometiendo volverlos muy presto á su poder. La Santa, que no podia imaginar tan detestable malicia como tenian en su corazon estos inhumanos, dexó ir sus nietos, temiendo que si no lo hacia se enojasen los tios, y con todo eso ya lo sentia y agoraba, y al despedirse les daba los besos doblados, con sobresaltos y congojas, sin poder comprehender su pasion, ni el presagio de su desdicha.

Los niños inocentes iban al matadero riyéndose, como muchachos que no piensan mas que en entretenerse y jugar. Quando ellos los vieron ya en su poder, enviaron un mensagero á su madre á darla malasimas nuevas; porque llevaba orden que la mostrase un puñal y unas tixeras, y la dixese que escogiera lo que juzgase ser mejor para sus nietos, ó degollarlos ó hacerlos por fuerza ser Monges.

Clotilde, sumamente asombrada de ver esta desvergüenza, respondió: *Lo mismo es muertos que Monges*; lo qual interpretaron algunos muy inconsideradamente, pareciendoles que esta respuesta procedia de la ambicion que tenia de hacer reynar á sus nietos; pero la admirable Princesa queria decir, que no era bien aplicar al servicio de Dios sino á los voluntarios, y que mas quisiera ella ver á sus nietos muertos, que en una profesion Religiosa forzados y rabiosos. Este maldito mensagero que estaba hecho al humor de sus señores, en lugar de suavizar la materia, preparó la respuesta en términos que inflamó de todo punto la maldad ya empezada.

Clotario, poseido de un espíritu diabolico, cogió á Tibaut, que era el mayor de los niños, y habiéndole arrastrado por el suelo, le atravesó el cuerpo con su espada. El pequeño Gontairo, que era el segundo, salpicado de la sangre de su hermano, que veia ya muerto en la tierra, se agarró de las rodillas de su tio Childeberto, diciendo con lastimosas voces: *Tio mio, li-*

*bradme la vida, ¿en qué os he ofendido?* Estaba todo temblando, dando terribles suspiros, de modo que el otro llevado de una gran compasion, rogó, aunque habia sido cómplice en el mal hecho, y dixo á su hermano que no pasara adelante; pero Clotario rabioso y mas cruel que un tigre de Armenia, le dixo: *¿Cómo dices tal cosa y me embarazas ahora la execucion! Tengolos á ambos de atravesar con mi espada.* Childeberto atemorizado apartó de sus rodillas á la pobre victima, y la entregó á aquel verdugo, que luego al punto le quitó la vida.

Mientras andaban altercando en esto, el tercer hijo de Clodomiro, que se llamaba Clodoaldo, fue llevado de allí por un amigo de su padre, y le crió con secreto en el estado Eclesiástico, y salió con tan perfecta santidad, que huyendo la sombra de las coronas y cetros, que engaña la credulidad de los mas apasionados con sus ilusiones, mereció los altares en la tierra, y una corona de gloria en el cielo, y es el Santo Claudio que veneramos cerca de Paris.

¿Cómo se podrán expresar los excesivos dolores que affigieron el corazon de la pobre Clotilde, quando supo lo que habia pasado por la atrocidad de sus inhumanos hijos? ¿Como estaria aquella alma tan limpia y pura de los contagios de la tierra, que temia la sombra del menor pecado, quando vió su casa manchada con tan horribles sacrilegios? Con todo esto tenia el timon de la razon en una terrible borrasca de pasiones, y en una profunda noche de miserias. Ella adoraba un rayo de la Providencia de Dios, que consideraba en lo mas fuerte de sus dolores. Sin alterarse, pues, recogió los cuerpos despedazados de sus inocentes criaturas, y volvió á juntar los miembros divididos lo mejor que pudo, diciendo:

*Pobres hijos míos, no lloro vuestra muerte, aunque no puede ser bastantemente llorada. Vosotros habeis muerto como tiernos Abeles, dexando una tierra profanada de los insultos de vuestros tios, por ir á vivir al cielo; vosotros me habeis ganado por la mano en el vivir de hoy mas en el*

seno de vuestro gran Padre. Lo que lloro es, estos Caines y Herodes, que tan traidoramente os han muerto, y en qualquier parte que se hallen llevan consigo los verdugos en su corazon; debian por lo menos respetar las cenizas de su padre; debian tener compasion de la delicadeza de vuestros cuerpos; debian tener alguna atencion á mi edad, y al cuidado que he tenido de criaros despues de la muerte del Rey; y si se habian resuelto en hacer esta muerte quando os sacaron de mi casa, la habian de executar entre mis brazos; por lo menos os hubiera yo con mis dedos cerrado los moribundos ojos; hubiera enxugado la sangre de vuestros rostros, os hubiera animado para morir, y recibiera en mi pecho vuestros suspiros. ¡ Ah, mis pequeños alumnos, no sabia yo que los besos que os daba quando os partiais, eran los últimos que os habia de dar en vuestra vida! Almas puras é inocentes, que habeis salido de estos cuerpos en una edad en que ignorabais los pecados, que jamas llegaron á vuestro conocimiento, seguras estais de que ensuciasen vuestros cuerpos. Mirad desde lo alto de esos palacios estrellados y lucientes á esta vuestra afligida madre, que ha dexado Dios aun en este mundo para daros sepultura.

Diciendo esto los hizo llevar á enterrar en el sepulcro de su abuelo, á donde habiendo ido en persona, la naturaleza la hizo derramar un copioso raudal de lagrimas, y decir lo siguiente:

¡ O mi muy honrado señor y esposo, que me amasteis tan cordialmente en esta vida, abrid vuestro sagrado sepulcro para recibirme en vuestra compañía; veis aquí á vuestros nietos, que os presento como pequeñas flores cortadas en su tierna edad por las manos de sus tios, bijos vuestros y míos! ¡ O marido mio muy amado! Por dichoso os tengo de haberos ido al otro mundo ántes de ver estas lastimosas tragedias, sino es que vuestro respeto las impidiese. Solos mis pecados han merecido esta vejez, que Dios me ha guardado para experimentar los mas sensibles dolores que pueden imaginarse. Yo los padeceré mientras gustare la Divina Providencia, que quiere sacar esta satisfaccion de mis culpas, y acabaré con sentimientos mi cuerpo, que no tiene mas que

*la piel, para presentarle á vuestra presencia.*

La Santa se deshacia todos los dias en lágrimas despues de este entierro, estando de dia y de noche como si fuera la sombra de una difunta; pero al fin por divertir esta imaginacion, que la affigia demasiado, y ocuparse en las cosas de Dios con mas desembarazo, se resolvió á dexar del todo la Corte, é ir á pasar lo restante de su vida á la Ciudad de Turena junto al sepulcro de San Martin.

Desde entonces comenzó á tener una vida toda celestial, como pareciendo no tener mas que hacer ya con el cuerpo y conversacion de los vivientes.

Es verdad que las grandes prosperidades no corrompen con mucha facilidad á las almas que están bien templadas con el temor de Dios, aunque no obstante se suelen alterar y enredar en algun modo. Una pequeña abeja anda tal vez tanto tiempo sobre su miel, que á fuerza de paseos se enliga las alas; así tambien una alma muy devota estando continuamente llena de buenos sucesos en este mundo, toma algun ensanche, y se recrea en el viento apacible y delicioso, que solo le da objetos de regocijo, pero apénas la adversidad ha hecho su tiro, quando vuelve sobre sí y se reconoce á sí misma, halla á Dios en lo íntimo de su affligido corazon, y sin hacer caso de las revoluciones del mundo, se remonta sobre los rumbos de la Luna y círculos del Sol, al bello templo de la eternidad, donde viven los espíritus que ya están libres de la carne y huesos que tenemos en esta vida mortal.

Este camino tomó la prudente Clotilde luego que se apartó de la Corte y se desembarazó de sus ocupaciones, en que nunca se habia metido sino es por la obligacion de la conciencia. Entró en una dulce soledad, donde la parecia que la naturaleza no habia sacado á luz los montes y valles, las florestas y rios, sino por mostrarle un teatro de las obras de Dios. Le era tan sabroso este retiro, como un maná del Paraiso, y con increíble gusto se agradaba de este profundo si-

len-

lencio, despues de tan confuso ruido de los alborotos de la Corte. Pareciale que estaba hablando con Dios cara á cara, y que veia debaxo de sus pies todo el orgullo de la tierra. Su alma se hermoseaba con sus lágrimas, se afinaba con los deseos, y se evaporizaba toda en Dios, como en el alambique de su ardiente caridad.

La santa señora que otras veces habia gustado de verse luciente en la magestad de un suntuoso trage por agradar mas á su marido y mostrarse mas soberana á los ojos del pueblo, andaba vestida tan modestamente, que refiere su historia que siempre estaba vestida de lana. La que en otro tiempo resplandecia con las preciosas piedras que la adornaban, solamente traia entonces la librea de la penitencia. La que habia procurado moderadamente conservar la mortal belleza por complacer á su querido esposo, estaba toda consumida de mortificaciones de la carne. La que despues de tantas victorias de uno de los mas valerosos maridos que nunca hubo, habia andado triunfando en el carro de la gloria, conversaba con las viudas y huérfanos, caminando casi siempre á pie, y solo por la flaqueza de su cuerpo lo dispensaba tal vez por consejo de los que gobernaban su salud.

La que habia visto todos los cariños de un gran Monarca á sus pies, estaba entonces continuamente postrada á los pies de los pobres, á los quales servia como vivas imágenes de Dios. La que habia tenido alguna sollicitud de gobernar la hacienda, como nervio del Estado, se despojaba casi de las cosas mas necesarias á la vida por socorrer las necesidades de su pueblo. La que habia gustado de fabricar grandes palacios, no tenia ya otro afecto sino á los Monasterios é Iglesias, que hacia erigir por todas partes con tanta liberalidad, quanta le permitian sus medios. Esta divina muger era como la Luna en eclipse, que parece toda obscura por la parte de la tierra, pero no por eso dexa de estar luciente por la parte que mira al cielo. Asi tambien

bien los que veian a esta Princesa con los ojos corporales en tal estado, decian que estaba eclipsada; pero Dios, que dentro de este retiro la enviaba los rayos de su gloria, la hacia ver con los ojos de los Angeles, como una alma toda rodeada del Sol de justicia.

Estando ella en la dulzura de este reposo, le vinieron nuevas de que importaba volver quanto ántes á la Corte para apaciguar la discordia de sus hijos, que estaban ya para venir á las armas, y echar á perder el Reyno con grandes calamidades de guerras civiles.

No hizo la Santa como los que tienen el retiro del mundo y sus vanidades como un suplicio, y nunca son para sí mismos, si la necesidad no les obliga tomar el camino que ellos no tomaran ni supieran escoger por razon. Apénas, pues, supo la ocasion que la obligaba á volver otra vez á los negocios del mundo, quando se fue á postrar delante del sepulcro de San Martin, y llorando á lágrima viva dixo: *Dios mio, bien sabeis mi corazon, y que no me he retirado de la Corte de mis hijos por miedo del trabajo, ni por falta de ánimo, sino que viendo sus procederes y cosas en tal estado, que me parecia no les podrian ser de provecho mis consejos, escogí el medio que juzgué les estaria mejor, que es el de mis rogativas. Veisme aquí ahora postrada al sepulcro de uno de los mayores siervos vuestros, para suplicaros por sus méritos y cenizas apacigúeis las discordias de mis infelices hijos, y mireis con los acostumbrados ojos de vuestras misericordias á aquel pobre pueblo, y á este Reyno de Francia, á quien habeis consignado tantas arras de vuestras fieles amistades. Dios mio, si juzgais que mi presencia puede aprovechar para suavizar estos espíritus, no repararé en mi edad ni en mi salud, sino que por el bien público me sacrificaré en este viage; pero si no he de servir sino de inutil carga, como con mucha razon me lo parece, os pido por vuestra bondad, recibais mis humildes oraciones, pacifiquéis sus diferencias, y me conserveis siempre la honra que he recibido de vos en este retiro.*

Es cosa milagrosa que se notó que al mismo tiem-



po que la Santa estaba orando en el sepulcro, las armas de los dos hermanos que estaban ya para desnudarse y derramar un diluvio de sangre, se detuvieron de repente; y los dos Reyes sin saber qué espíritu les movía, se enviaron uno á otro embaxada de paz, la qual se ajustó luego con admiracion y contento de todo el mundo. Esto confirmó mucho á Clotilde en la santa resolución en que vivió hasta una muy larga vejez. Ultimamente, habiendo tenido revelacion del día de su muerte, envió á llamar á sus dos hijos, Childeberto y Clotario, de los quales el mas terrible estaba ya algo humillado, habiendo hecho algunas penitencias que el Papa Agapito le impusiera, para purgar muchos excesos que habia cometido: asi lo dice la comun opinion. Habiendo, pues, venido los dos Reyes, la madre les habló de esta manera:

*Yo estaba casi resuelta de salir de este mundo sin veros, no por odio de vuestras personas, que no puede tener cabimiento en corazones como el mio, sino por el horror de vuestras acciones, que no se pueden justificar sino es con el arrepentimiento. Sabe Dios que viendoos tantas veces perder el respeto debido á mi edad, y á la autoridad que la naturaleza me habia dado sobre vosotros, con todo eso nunca dexé de tener corazon de madre, y lo tengo aun con el pie en la sepultura. Yo os habia pedido á Dios ántes que nacieseis, con deseos que á la sazón me parecian ajustados, aunque puede ser fuesen demasiado importunos; y si ha habido madre apasionada por el amor de sus hijos, he sido yo la que he sentido bien vivamente el aguijon, entregando mi corazon á la solicitud y mi cuerpo al trabajo, por criaros y educaros con mas atencion de lo que suelen las Reinas madres.*

*Esperaba de vuestro natural alguna correspondencia á mis amorosos afectos quando llegaseis á tener uso de razon, y me imaginaba que despues de la muerte de vuestro padre, mi muy honrado señor, mi edad, que iba ya en declinacion, hallaria algun consuelo en vuestra piedad, y vosotros habeis hecho, lo que quiero pasar en silencio, por parecerme*

que vuestros espíritus concebirán al oírlo tanto horror, como el mio, que aun está corriendo sangre, y no sé quando se restañará á la de una llaga tan terrible.

Hay hijos míos, vosotros os habeis persuadido que os estaba bien despoblar el mundo por dilatar vuestro dominio, y violar la naturaleza por asentar vuestros tronos, afirmando los con la sangre de vuestros mas allegados parientes, lo qual es execrable locura, porque protesto á Dios, á quien tengo de dar cuenta de todas mis acciones, que quisiera mas haberos parido para ser criados de labradores, que veros con el cetro en la mano, si no habia de ser mas que para autorizar vuestros insultos. Quan ciegos estais, pues no veis que los diamantes de una corona real llenan de horror la cabeza que está emponzoñada de ambicion. Quando os halleis en el estado que me hallo, ¿qué os aprovechará haber traído la púrpura, si por haberla manchado con vuestras inmundicias, es menester trocarla por una ropa de fuego que no dura menos que una eternidad?

Volved, hijos míos, al buen camino que habeis dexado. Vos habeis podido ver las sendas por donde la Providencia de Dios conduxo á vuestro padre al trono de esta Monarquía; tambien podeis haber hecho reparo en los desastres de los Reyes nuestros parientes, por haberse apartado de la verdadera piedad. La poca sombra que teneis aun de la santa Religion ha suspendido el castigo de Dios, y detenido el golpe fatal que debia descargar sobre vuestro Estado; si persistis en el mal, irritareis su justicia, menospreciando su misericordia. Estad sobre todo unidos con el vínculo de la paz inmutable, porque en dividiendo vuestros corazones, dividireis vuestros Reynos, y queriendo fabricar vuestras fortunas por vuestras disensiones, dareis al traste con vuestras casas. Haced justicia á vuestro pobre pueblo, que en tiempo de vuestro padre vivia con tanto reposo, y al presente vuestras divisiones le han llenado de amarguras. ¿No es tiempo ya de olvidar lo pasado y comenzar á vivir, quando es fuerza comenzar á morir? Hijos míos, yo me despido de vosotros para siempre, y asi os ruego socorrais mi pobre alma, y pongais mi cuerpo en el sepulcro del

Rey

*Rey vuestro padre, como siempre he deseado.*

Diciendo esto la Santa, vió que sus hijos que habian estado ántes tan endurecidos, estaban llorando, é hincados de rodillas junto á la cama, la besaban las manos con una voz tan trémula de sollozos, que no podian responder una sola palabra. Despues de esto corrió la cortina á todas las cosas del mundo, por estar solamente con Dios. Y como el achaque iba creciendo, dixo en voces altas la profesion de la fe Católica, en la qual moria. Pidió los Sacramentos de la Eucaristía y Éxtrema-Unción, que se le dieron, y ella los recibió con suma devocion. Estuvo despues algun tiempo viviendo solo en éxtasis, gastando el poco aliento que tenia en los labios en las alabanzas de Dios. Y al fin dió su dichoso espíritu el dia tres de Junio á la primera hora de la noche, diciendo en el artículo de la muerte estas palabras: *Ad te Domine levavi animam meam, Deus meus in te confido, non erubescam.*

La historia dice que la sala donde murió, al tiempo que su alma salió del cuerpo estuvo llena de luces, y que sus santos miembros respiraron un dulcísimo olor, que dexó á todos los que allí se hallaron en grande aprecio de su santidad. Su cuerpo fue enterrado como ella habia deseado, á los pies de Santa Genoveba, porque era tan humilde, que se tenia por muy dichosa de abatir su diadema á las cenizas de una pobre pastora. Su memoria ha sido tan venerada en toda Francia, que la reverencian aun con nombre de Santa Clota, que es el término vulgar.

¡O muger, verdaderamente digna de traer una corona de estrellas! El oro, la plata y las pedrerías, son muy baxas para vos. Si se hubieran de hacer estatuas dignas de vuestros méritos, los diamantes, esmeraldas y topacios, que se emplearon en las efigies de las Reynas de Egypto, fueran de muy poca estimacion en consideracion de vuestras alabanzas.

O Reynas, ó Princesas, ó damas, ó señoras, ¿por qué no hareis vosotras, por lo menos en vuestras ca-

sas, lo que esta hizo en un gran Reyno? ; Qué gloria, qué imperio, y qué triunfo fue el salir de la casa de un Rey de Borgoña, como inocente cordera, pobre, huérfana, y casada por fuerza, y entrar en una Corte llena de idólatras, que parecia entonces un bosque de fieras voraces, y saberse portar tan bien con ellos con los invencibles encantos de su piedad, que convirtió á un Rey belicoso, feroz, pagano, y en habiendole convertido, mudar de arriba abaxo toda la Monarquía?

Todo lo que tenemos de Religion, de devocion, y de felicidad para con Dios, lo debemos á esta santa Reyna. ; O Francia, ó Francia, mi amada patria, cuánta obligacion tienes á su memoria, á su nombre y á su virtud, y cuánto debes conservar este precioso tesoro de la fe, que ella tan felizmente te grangeó con su exemplo!

No hablo ahora de las mercedes particulares que has recibido del cielo. No digo nada de tus flores de Lis, de tu santa Ampolla, de tu Oriflamme, (es un estandarte que hay en Francia, que dicen baxó del cielo) de la curacion de los lamparones y de otras cosas semejantes; solo digo que puedes alabarte delante de todas las naciones, y que nunca perderás la gloria que San Gregorio Magno (1), hombre incomparable, que floreció ha mas de mil años, te dió en sus libros, quando te llama *Antorcha de todo el mundo*, y dice: *que tus Reyes se aventajan tanto sobre los otros Principes soberanos, quanto hacen los Reyes sobre los pueblos.*

Digo lo que puedes publicar por privilegio muy extraordinario, y es que Constantino el Grande (2) hizo en aquel tiempo una ordenanza, que despues estuvo grabada en el altar de Santa Sofia, Iglesia mayor de Constantinopla, por la qual prohibia expresamente á toda su posteridad, que no hiciesen ningunas alianzas

(1) *Greg. ep. 5. l. 5. quæst. 106. ti 960. Constantia. Octav. 49.*

(2) *Baron. tom. 10. anno Chris-*

zas ni casamientos con extranjeros de todo el mundo, sino es con la nacion Francesa, como si este Religioso Monarca hubiera previsto que los Reyes de Francia habian de continuar el zelo que él tenia de la defensa de la Iglesia. Mira y considera las mercedes que Dios te ha hecho en este particular. Repara en tus vecinos, atiende á los poderes y soberanias de la tierra, y escudriña los Imperios y Reynos, ¿de qué procede que no se halla uno solo en la memoria de los hombres que haya recibido la Religion Católica con mas favor, que la haya defendido con mas ánimo, y la haya conservado con mas constancia? Mira al Imperio Romano, y verás luego al punto despues de Constantino á sus hijos hereges, y su yerno apóstata. Mira á Italia, y la verás amparada del escudo de tus Reyes. Mira á España, y la verás inundada de Godos, Vandalos y Moros, y el cetro en manos de Reyes Arrianos. Mira á Inglaterra, y verás que no recibió enteramente la fe, sino es pasados seiscientos años despues de la predicacion del Evangelio. Polonia no cuenta mas que seiscientos cincuenta y dos años despues de su Bautismo. La Moscobia seiscientos y veinte y dos. Tú eres sola, ó Francia, á quien Jesu-Christo estando en la agonía de su dolorosa pasión, quando encomendaba su Madre á San Juan, y su alma á su Padre, señaló y consigné milagrosamente un Pastor, que fue el glorioso San Dionisio, que recibió los primeros rayos del conocimiento de Dios en aquel eclipse que sucedió en la muerte del Salvador, para extender despues sus divinas luces con su sangre en los montes, donde aun el dia de hoy viven tus virgenes una vida toda Angélica.

O Francia, ¿por qué has esclarecido todas las partes del mundo con tus conquistas? ¿Por qué tus Reyes comunicandose siempre con tanta dulzura y facilidad, han aumentado su magestad en la familiaridad de los pueblos que tiene costumbre de deshacerla? ¿Por qué han parecido ellos como amatistas, que lucen mas, mientras mas se manejan? ¿Por qué has sido tú el

seminario de todos los grandes espíritus? ¿Por qué has tenido en todos tiempos el imperio de las letras y ciencias, semejante á aquel altar del Sol, de quien se tomaba la luz para encender las demas antorchas? ¿Por qué haces tú asombrar á todas las historias de la duracion de tu Monarquía, no hallando otra con quien compararla en el mundo? ¿Por qué Dios tantas veces te ha enriquecido con tus pérdidas, ennoblecidote con tus desastres, y ensalzandote con tus ruinas y precipicios?

*Fecitque cadendo,  
Ne caderes.*

¿No es por haber conservado la joya de Clotilde, y la fe y Religion que ella consignó á tus Reyes y á tus pueblos? ¿Qué ciega eres si lo ignoras! ¿Qué insensible si de ello no haces caso! ¿Qué desastrada si la pierdes! Ve á ver aun los huesos de esta buena Princesa que están en tu Ciudad, Cortes dignas de ser besadas de las Reynas, honradas de los Reyes, y reverenciadas de todo el pueblo.

Mientras hubiere sacrificios y altares, Angeles y hombres, vivirá el nombre de Santa Clotilde, y se extenderá con dulce fragancia por todas las Provincias de la Christianidad; y mi pluma que toma mas lejos su vuelo que mis designios han tenido nunca, será la mensagera de sus grandezas con tanta fidelidad, como tiene confianza en su proteccion.

Quiero ahora para coronar esta obra representaros aquí una dama de su sangre, nieta de uno de sus hijos, la qual hizo en España, lo que ella en Francia, convirtiendo á su marido á la fe, y con él á toda la nacion.

## SECCION X.

*Indegunda, de la sangre y casa de Clotilde, lleva la fe Católica á España.*

Cerca del año de quinientos y ochenta y tres, Leovigildo, Principe Arriano, reynaba en España, y viendo que la casa de Francia tenia la grandeza sobre todos los Reynos del mundo, procuró su alianza, y alcanzó por muger de su hijo heredero, que se llamaba Hermenegildo, á la hija de Sigiberto, nieta de Clotilde que en las historias se llama Indegunda, é Ingundis.

Era una Princesa de las mas bizarras de su tiempo, en quien la beldad, la gracia y la virtud, hacian un admirable concierto para hacerla grangear los corazones de todo el mundo. Temian todos que esta bella alba del dia, que comenzaba á alumbrar á Francia con sus rayos, fuese llevada al pais donde el Sol se pone, y que tan raras perfecciones se apartasen del Reyno que le habia dado el nacimiento. La buena doncella que no tenia otra mira, sino obedecer á los que la naturaleza la habia sujetado, se fue muy contenta por no haberla parecido mal el nombre de Reyna, que con razon podia esperar, mas no sabia ella los combates y trabajos que la esperaban en el mismo lugar donde ella pensaba cogeria flores.

Pareceme que el infierno no puede producir mal semejante á la heregia, que echando á perder todos los buenos intentos, estaba puesta ya para pervertir todos los gustos de esta inocente alma en un diluvio de lágrimas. ¡Ay, y como un millon de tormentos estarian muy bien empleados en los malvados espíritus, que han sido los primeros autores de este monstruo, el qual en todos tiempos ha perturbado los Estados de los Príncipes, perdido tan generosa nobleza, y plantado la division en las mas firmes amistades!

Los entendidos temian mucho el enviar esta don-

cella á España á casarse con un Príncipe herege y ponerla en una Corte toda infecta de heregias, donde no tendria otros objetos sino el error y el vicio: *Veis aquí, decian, un bizarro baxel bien aprestado y hermoso, que tiene las belas de lino, las pavesadas de púrpura, y los remos de plata, y va á exponerse á una terrible borrasca. Veis aquí un excelente prado, esmaltado todo de las mas deliciosas beldades de la naturaleza, que está á pique de ser maltratado de un cruel cierzo. Veis aquí un cristal terso, delicado, y de los mas preciosos, que se va á poner entre los golpes del martillo. Veis aquí una estatua resplandeciente de oro y pedrerias, pero la ponen los pies de barro. ¿Qué hará una niña en medio de tantas malicias? ¿Una edad tan tierna entre cabezas que han encanecido en el pecado? ¿Una tan gran simplicidad entre tantas cautelas? ¿Una doncella que no cuida mas que de la honestidad y obediencia, entre tan malos preceptores? ¿Podemos pensar que un suegro, un marido, y una suegra, no han de tener dominio sobre su espíritu? ¿Que los agasajos no la han de hacer titubear, que la dignidad de un Reyno no la doble, que el esplendor de una diadema no la deslumbre, y que la fuerza no la rinda? Si se le queria dar lo que merece, dierasele todo, fuera del poder perderse.*

Otros decian can mucha razon, que no se debia temer, que tomando un Reyno perdiese la Religion; que ella era de ilustre sangre, en donde no cabia mancha, que antes rebentaria que no afrentar su nacimiento; que padeceria todos los tormentos de los Martires ántes que dexar la fe; y que si fuese menester hacer naufragio de todos sus bienes, la última tabla que abrazaria, seria la buena conciencia; que seria asistida de fiel compañía que no la desampararia nunca. Que habia aun en España mucho número de Catolicos, cuyas lágrimas enxugaria y adularian sus pesares. Que su marido, que era un Príncipe joven, no estaba tan endurecido, que algun dia no pudiese ella atraerlo á la fe Católica. Todo lo pueden las mugeres en haciendose señoras del corazon de un hombre. Y últi-



tinamente, que era menester mirar el exemplo de su abuela, que habia convertido á su marido y á toda la Corte, y que si se hubieran querido tener consideraciones frias y temerosas sobre aquel casamiento, Francia fuera aun pagana. Si la madre venció á un idólatra, la hija podia tambien vencer á un Arriano.

Con todo esto, los que asi discurrían, no reparaban en que la conversion de los hereges es mucho mas dificultosa que la de los paganos, asi por la demasiada presuncion que se apodera ordinariamente de sus espíritus, como por cierta maldicion, que parece tienen acuestas los que voluntariamente se apartan de la luz, y sacuden el yugo de las legitimas Potestades.

No obstante esto, las consideraciones del Estado los guiaron, é Indegunda quiso probar su suerte, prometiéndose tan grande asistencia de Dios, que no solo perseveraria firme en la Religion de sus abuelos, sino que si podia, salvaria su marido, no juzgando fuese de mármol ó de hierro, para no poder ablandarse con las caricias de su sexô.

La animosa doncella fue llevada á España con una bizarra escolta de nobleza Francesa, y allá fue recibida con grandísimos aplausos, por la reputacion que tenia el nombre de Francia en la estima de todos los pueblos.

El Rey Leovigildo, su suegro, se habia casado de segundo matrimonio con una muger Arriana llamada Gosuinda ó Gosvinda, que era tan fea de cuerpo como de alma, y no obstante habia hechizado el corazon de este viejo, no sé con qué artificios, de modo que tenia todo el mando en los negocios, y hacia de todas las voluntades lo que queria.

Mostró al principio una extraordinaria pasion á esta boda, y fue en persona á recibir á la Princesa, haciendola todo el agasajo, que parecia se la queria comer á cortesias.

Con todo eso era ver la noche y la aurora en una misma carroza, el ver juntas á estas dos Princesas, porque

que Gosuinda, demas de otras desgracias que tenia en su persona, era vizca; é Indegunda, fuera de las bellas partes naturales que la adornaban, parecia aquel dia con sus adornos, semejante á las Diosas, que los Poetas y Pintores forman sobre las mas ventajosas ideas de su fantasia.

Hermenegildo su marido, viendola tan perfecta, conocia que los rayos que salian de sus ojos eran flechas que atravesaban su corazon, y le herian sauvemente. Nunca hombre se allego á criatura del mundo con amor tan grande, tan honesto y tan inocente, como este Príncipe á esta admirable doncella. Desde el punto que llegó y la vió, sintió su corazon poseido de una dulce violencia, y le pareció que esta extranquera venia para comunicar con él un amor muy diferente del de la carne y sangre.

Hay una proposicion que ha sido muy disputada de los Sabios antiguos, acerca de las amistades que se aplican tan diferentemente á los objetos algunas veces por el camino ordinario, como por esplendor manifiesto de la belleza y bondad. Y otras tambien por sendas muy extraordinarias, de manera que es muy dificultoso adivinar de qué procede que dos personas que nunca se han visto, se unan tan de presto, que se obra en un instante, y tan inseparablemente que dura hasta la muerte. Unos han dicho que esto procede de las secretas influencias de los mismos astros que presiden en los nacimientos; y tienen harto trabajo en quererlo verificar. Otros juzgaron que era obra de la fortuna, y que los amores se baraxaban como los naypes para casar tal vez una Reyna con un criado. Otros atribuyeron esto á las complexiones del cuerpo, y á la semejanza, que suele ser madre de los afectos, lo qual es bien probable; y otros á la qualidad de los humores, y esto se experimenta bastantemente todos los dias.

Pero ademas de lo dicho hay algun otro secreto como en la piedra iman, que no llegamos á comprehender, el qual executa su tiro prontamente, y con palabras

bras mudas habla en lo íntimo del corazón. Mas yo fuera de parecer que en el amor que tuvo Hermenegildo á Indegunda, habia alguna cosa particular de la Providencia de Dios, que queria unir firmemente su alma con la que habia de servir de instrumento para su conversion.

## SECCION XI.

*Las persecuciones de Indegunda.*

Nunca hubo bodas mas gustosas, ni amistades mas leales, ni principio mas dichoso que este; pero ordinariamente tienen las cosas humanas un género de infelicidad, que se arrima á las dichas mas favorables, y nunca da el vino que no mezcle las heces.

No sé qué fantasia le dió á la malvada madrastra Gosuinda, porque ella estaba zelosa de los castos gustos de su alnado, y casi toda absorta de ver esta admirable Princesa, á quien no podia quitar de la vista. Ella espiaba lo que hablaban, sus discursos y placeres, é impedía y embarazaba tal vez sus designios, mostrándose tan importuna como si estuviera endemoniada.

Indegunda, aunque amaba entrañablemente á su marido, no osaba rehusar las caricias de su suegra, ni dar á entender que se enfadaba de la compañía de su sexô, por asistir á un hombre; pero el Príncipe se enojaba mucho, y no podia disimular los zelos de su suegra, diciendo: *Que se contentase con la autoridad que tenia en el manejo de los negocios, sin entremeterse tanto en su matrimonio, y quitarle por fuerza su esposa.* La otra le daba á entender, que la frecuente conversacion y la amistad que la mostraba, no tiraba á otro fin sino á convertirla á su Religion, por hacerla despues mas sujeta á su voluntad; y con efecto mostró bien que este designio estaba muy asentado en su corazón, pues no perdonó fuerzas ni industrias por engañar á esta inocente Princesa, haciendole la guerra primero como dragon, y despues como leon.

Ella le decia con maña: que Dios podía ser servido tan bien en una Religion como en otra. Que la primera ciencia de un Reyno era seguir la voluntad é inclinacion del Rey. Que ella no habia venido á España para dar la ley, sino el exemplo de obediencia. Que su marido nunca la podria fielmente amar, mientras tuvise diferente sentir, diferente ley, y diferentes Sacramentos que él. Que jamas seria ella Reyna de los pueblos, si no tomaba la ley de los pueblos que habia de dominar. Que no habia que temer las reprehensiones de Francia, donde los mas entendidos juzgarian siempre habia obrado cuerdamente en ceder al tiempo. Que si las mismas culpas son remisibles en los que cometendolas se hallan autorizados con multitud grande de cómplices, nadie la podria condenar una verdad que habia abrazado con un Reyno entero.

La infausta no cesaba de batir los inocentes oídos de esta Princesa jovén con semejantes palabras; pero ella que para este particular no tenia el espíritu blando y complaciente, la respondió: que si persistia en aquel discurso, la obligaria á renunciar su compañía, y que no eran menester tantos artificios, porque ántes le arrancarían el corazon del vientre, que la Religion del alma. Diciendo esto se salió de la sala, mostrandola unos ojos graciosamente feroces de una alma bien resuelta; de lo qual ella picada, disimuló no obstante su cólera, porque tenia miedo de enojarla; pero determinando bien presto soldar este rompimiento, le hacia mil protestas de buena voluntad, y no cesaba de importunarla con caricias, por lo qual la pobre Indegunda estaba indignada, y no podia dexar de dar muestras de su enojo.

No obstante Gosuinda, que no perdía las esperanzas de engañarla, intentó otra vez hacerla bautizar segun la secta Arriana, diciendola mil razones, á lo qual la Princesa respondió prudentemente: *Que ella, gracias á Dios, estaba bien bautizada en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; y que si el agua del bautis-*

*tismo de los Arrianos la hubiera caído en la cabeza, aunque estimaba tanto sus cabellos como otra qualquier muger de su calidad, se los hiciera cortar, y despedazar el pelajo que se habia ensuciado con tal exécracion.*

La madrastra oyendo estas palabras se fue de allí, y dixo muy colerica: que pues ella no queria ser bautizada á lo Arriano, ella le daría otro bautismo que la lavaria desde la cabeza hasta los pies; y despues rabiosa hizo un hecho muy bárbaro, que lo refiere San Gregorio Magno y otros muchos, y es: que despues de haber atado por los cabellos á esta pobre Princesa, y atormentadola hasta brotar la sangre, hizo que la tomasen dos ó tres criadas que la servian, y les mandó que la desnudasen de todo punto, y la atasen con unas cuerdas por debaxo de los brazos, y de esta suerte la metiesen en un estanque, que á la sazón estaba muy frio.

Fue este un lastimoso espectáculo de ver una hija de un Rey tratada con tal rigor en el mismo lugar en que habia entrado con tantos triunfos. La cruel Gosuinda estaba á la orilla del estanque asistiendo á este tormento, y mandaba á sus infames criadas que no la metiesen de golpe en el agua, sino poco á poco, para hacerla padecer mas largo martirio. Cada momento decia á voces la malvada Reyna: *Decid que sois Arriana y os librareis.* La santa Princesa, que no temia tanto la muerte como su desnudez, respondió con ánimo:

*Yo soy Católica, y Católica quiero morir; quitadme la vida en esta confesion, que ni el agua ni el fuego tendrán nunca tanta fuerza contra mí, que me hagan desdecir.* Estuvo mucho tiempo en este tormento con una constancia, que admiró á esta alma carnicera que la hacia atormentar. Ultimamente, volvió á tomar sus vestidos, saliendo del agua como de un anfiteatro de su glorioso combate.

## SECCION XII.

*Retratase Hermenegildo y se convierte.*

**H**ermenegildo, que no sabia nada de lo que habia pasado, viendola un poco pálida y macilenta, la preguntó si la dolia algo el cuerpo, ó tenia afligido el corazon, que mostraba diferente semblante que ántes; pero la prudente Princesa respondió: que no era nada, y que no habia cosa de importancia que fuese digna de que él la supiese.

El, que conoció bien su discrecion, que disimulaba alguna gran desgracia, procuró saber con mucha curiosidad de los que le podian informar; y luego al punto supo la terrible afrenta que su madrastra Gosuinda habia hecho á su muger. Esto le atravesó el corazon con un dolor tan sensible, y le encendió tanto en cólera, que si el temor de Dios, y la apacibilidad de su muger no le hubieran servido de contrapeso á su pasion, estuvo para hacer pedazos á la malvada Reyna; pero la buena Indegunda, echandose á sus pies, le suplicó por todo lo que le era mas precioso, no precipitase la materia con los extremos, y obró tan bien con su natural eloquiencia, que se contentó solo con dexar prontamente la Corte, y retirarse á Sevilla, que su padre le habia dado en alimentos.

Entonces fue quando los castos amores, que se habian hallado embarazados con las importunidades de Gosuinda, despues de vencidos tantos obstáculos, se ensancharon como un rio, que habiendo roto sus margenes se dilata con victorioso curso mas de lo ordinario. Hermenegildo no se hartaba de contemplar tantas virtudes en una tan gran beldad. La modestia que habia mostrado en la última desgracia, le daba á conocer su piedad mas de lo que puede decirse.

Los que no buscan en el matrimonio mas que el amor del deleyte, que es mas sutil que el humo, y  
mas

mas ligero que el viento, no sabrán juzgar como las buenas amistades que son hijas de las virtudes, crian santas delicias. Son estas los fuegos celestiales, que estan siempre en el pecho de Dios como en su esfera, siendo él quien las engendra y alimenta, sin que sean forzados á baxar á la tierra á mendigar un mal sustento de las criaturas perecederas, que prometen muchas maravillas y no paren sino viento.

Estas dos grandes almas se miraban con ojos de paloma, y se encendian reciprocamente en afectos tan honestos é inocentes, que los Angeles no tuvieran á mal tener semejantes fuegos, pues son los de la caridad, que es el eterno incendio de todas las almas puras.

Indegunda, conociendo que estaba bien adelante en el corazon de su marido, y que ya no tenia la suegra que le embarazase sus designios, solicitaba fuertemente su conversion, y le decia:

*Señor, es fuerza confesaros que la honra que tengo de vuestra union no me parece está de todo punto cumplida, mientras que veo entre ambos una muralla, que nos divide y separa de creencia y Sacramentos. Pues que nuestra amistad ha llegado á tal punto que todo le es comun, y une las cosas mas divididas; ¿por qué hemos de dividir nosotros á Dios, que es simplicísimo de su naturaleza? ¿Por qué hemos de hacer dos Religiones y dos altares, viviendo ahora de tal suerte, que no tenemos mas que una mesa, un corazon y un lecho?*

*Verdaderamente, señor, si yo viera el menor rayo de verdad en la secta que profesais, ó alguna esperanza de salvacion, yo la admitiera por unirme mas á vuestra persona, á quien amo mas que todas las cosas del mundo; pero es certísimo que estais mal instruido, y que seguís un fantasma en lugar de la verdad; y que muriendo en este estado, perdeis un alma tan noble, que la quisiera yo comprar por lo que vale el mundo. No me alabo de sabia, como vosotros los Arrianos, que alegais textos de la Escritura que haceis creer á los ignorantes, diciendo que es Dios todo lo que os habeis imaginado.*

Señor , yo soy de parecer que la mayor sabiduria en asunto de Religion , es el no ser tan sabio como sois , y tener alguna mayor sumision de espíritu , porque la fe es la herencia de los humildes , y jamas resplandece la luz de Dios en el alma que tiene mucho de la luz humana. Bien veis que esta heregia de los Arrianos es una faccion revoltosa , que ha dexado el camino real por ir á campo través. No ignorais que Arrio era un desdichado Clérigo que dió en una heregia , de despechado de que no le habian hecho Obispo. Esta fue reprobada , y condenada solemnemente en un Concilio de trescientos y diez y ocho Obispos , los quales sabian mas que vos y yo. Yo me arrimo á sus resoluciones , y sigo solo lo general de la Iglesia , afirmome en lo grueso del árbol , y vos os agarrais de una pequeña rama. No hay mas fuerte argumento para ello , que la sucesion de Pastores legítimos , que la gran conformidad de la Iglesia universal , que la creencia de todos los siglos , y tanta sabiduria , santidad y pureza , que veo de nuestra parte.

Ademas de eso , yo vengo de un pais donde se han visto todos los Reyes Arrianos circunvecinos tener muy desdichados fines , quando mi bisabuelo , el gran Clodoveo , por haber abrazado sinceramente la Religion Católica recibia tantos favores del cielo , que parecia tenia asalariadas las dichas y las victorias. No soy hija de Profeta , ni me alabo de tener espíritu de profecia , pero bien me atreveré á pronosticar que el Reyno de España no tendrá muy larga duracion , si no vomita la peste del Arrianismo que tiene dentro del corazon. Pluguiera á Dios que á costa de mi vida le diese yo mi Religion , que entonces me tuviera por la mas gozosa Reyna del mundo.

Hermenegildo no sabia qué responder á la fuerza de la verdad y del amor , que son las dos mas poderosas cosas del mundo ; solo decia que era un negocio que necesitaba pensarlo bien , y que semejantes mudanzas en las personas de su qualidad están sujetas á muchas censuras , sino se afianzan en grandes razones. La buena Princesa por darle bastante lugar para mirarlo , hizo tanto por su industria , que lo comunicó con San



Leandro, que era una fuerte columna de la fe Católica en España. El prudente Prelado dispuso de tal suerte el espíritu del Príncipe, que con la asistencia de Dios, y la buena solitud de Indegunda, que removía el cielo y la tierra por esta conversión, le sacó del error. Animoso él, apenas vió el rayo de la verdad, quando lo reconoció y quiso confesarlo libremente, poniéndose en la frente la Crisma de los Católicos con gran pompa y solemnidad, hasta repartir liberalmente monedas de oro, que él hizo acuñar un poco antes, haciendo grabar en ellas su efigie con un mote que decía: *Hæreticum hominem de vita*, que quiere decir: *Que era menester huir del herege*, aludiendo á su padre Leovigildo.

Es una pieza muy delicada el meterse en disputas que tocan á los Estados de los Príncipes, en que por la mayor parte los que hablan tienen por texto su interés, y su pasión por comento. El silencio y la paz, que son los dos descansos de una buena conciencia, son mucho mejores que todas las disputas que encienden las divisiones. A mi parecer la mejor doctrina es la que sabe mejor asentar la concordia entre las tiaras, diademas y coronas, y asegurar la obediencia de los pueblos á los Soberanos; y si hay verdades que son hijas del abismo y del silencio, como dixeron los antiguos, dexarlas en la casa de su padre y de su madre; y quando no son precisas y no aprovechan nada, mejor están allí que en público.

No es el vicio, sino el tiempo el que divide los Santos, y cada uno piensa es probable lo que ha sacado de su cerebro. San Leandro aprobaba el apartamiento de Hermenegildo en España; San Gregorio Turonense lo vituperaba en Francia. No me meto en las consideraciones de ambos, pero me parece que este Príncipe procedió con demasiada precipitación en sus principios, tomando las armas contra su padre, aunque esto no fue por consejo de su muger, y no alego otro autor sino á él mismo, que condenó sus designios luego que comenzó á descaecer.

## SECCION XIII.

*Cartas que el padre y el hijo escribieron sobre su rompimiento.*

**H**ermenegildo, picadísimo de la afrenta que habia recibido en la persona que mas queria en este mundo, y acompañado del pundonor que atizaba su cólera, reventó con violencia. El padre que era un viejo rezeloso, sintió mucho este movimiento; y la madrastra no cesaba de echar fuego por la boca, y revolver todo lo posible por llevar las cosas al último fin de la severidad.

Con todo eso Leovigildo ántes de llegar á romper del todo, probó por escrito si podria alcanzar algo, escribiendo con grande sagacidad á su hijo por ganarle. Envióle, pues, esta carta:

*Hijo mio, quisiera deciros cara á cara lo que no podré bastantemente expresar por escrito. Si teneis tanta confianza de mí, como yo os tengo amor, pareceme que si estuvierais cerca de mi persona, y apartado de los malos consejos de los que abusan de la facilidad de vuestro buen natural, pudiera yo vencer vuestro espíritu, como padre y como Rey; por lo menos si temeis mi cetro, amarais mi afecto, que abre aun los brazos á vuestra obediencia. Yo os he criado desde niño para haceros heredero de mi corona, y despues que teneis edad, os hecho tanto bien, que sobrepuja vuestras esperanzas, y casi agota mis liberalidades. Yo os puse el cetro en la mano para que sirviesséis á vuestro padre con mas autoridad, pero no para empeñar á mi enemigo. Hice que os llamasen Rey para que sirviesséis de arrimo á mi corona, y no señor á mi Imperio. Todo os lo di por dar descanso á mi vejez con la esperanza de vuestro proceder, y no para afligirla.*

*Y con todo eso, aunque he hecho mas de lo acostumbrado sobre vuestra edad y méritos, me pagais con impiedades é ingraticudes. Aguardad un poco, y la ley de la naturaleza os dará lo que buscáis con ambicion, y no me alegueis*

gueis la Religion por justificar vuestras armas, siendo en vos grave delito tomar Religion contra mis preceptos, é impiedad en vuestra Religion separaros de mi obediencia. Yo os aconsejo como amigo, y os mando como padre que vengaís quanto ántes á mi Corte y hagais lo que debeis, porque de no hacerlo, temo que implorareis la misericordia quando no tendrá lugar sino la justicia.

Hermenegildo se determinó á responder á esta carta, pero su temeraria determinacion no le daba lugar á volver atrás, porque las habia con un hombre terrible y alterado, y con una madrastra irreconciliable, que solo intentaba acabar con él; y que si tomaba las armas por defender su vida, le cogieran como una bestia, y no tendria aun seguridad en los desiertos; y así respondió en esta forma:

Señor, doy gracias á mi Religion, que me ha dado ya harta paciencia para sufrir lo agrio de vuestras palabras, y mucho mas la resolucion de no temer el rigor de vuestras amenazas. Siempre he confesado claramente que os debo inmortales obligaciones, y estoy presto á reconocerlas hasta el último aliento de mi vida; pero no es razon que juzgueis por injustas mis obligaciones, y por criminales mis pensamientos. Vuestra Magestad me viera muy presto á su lado, si la que no quiere sino verme á vuestros pies como reo, no hubiera ocupado vuestro corazon y oidos, para cerrar el uno al amor, y los otros á la justicia.

¿Qué seguridad puedo tener de mi vida en lugar donde atan de los cabellos y buellan debaxo de los pies á la que es mi vida? La llaga me ha quedado muy sensible, y el tiempo no la halla lenitivo, ni la razon remedio.

En quanto á la mudanza de Religion que he hecho, yo he pasado á donde está lo grueso de la sabiduría, y santidad de todo el mundo. No sabré vivir con mas autoridad, ni morir con mas esperanza, y si me culpais por ello, sepa vuestra Magestad que un padre busca la obediencia fuera de los términos de la naturaleza, quando la busca fuera de los de la conciencia. Yo os ruego, señor, que añadais á tantas mercedes como me habeis hecho, la libertad de un ho-

*nesto reposo , por excusar que nuestras armas no sean tan ignominiosas al vencedor , como podrán ser perniciosas al vencido.*

Leovigildo se enojó mucho con esta carta, y la infame madrastra no cesaba de enconar la llaga todo lo posible. Todos los designios tiraban á las armas; el padre hacia por una parte grandes levadas de gente de guerra. El hijo fortificaba á Sevilla y á Córdoba, y traia en su favor algunas tropas del Imperio, habiendo enviado una solemne embaxada al Emperador de Constantinopla, que á la sazón era Tiberio, para que le enviase grandes socorros. Las hostilidades se executaban de una y otra parte; y al fin Hermenegildo fue sitiado en Sevilla, donde estuvo dos ó tres años despues de su salida de la Corte. El Rey Leovigildo que era un viejo sagaz, procuró por entonces tratar á los Católicos con mucho agasajo, por apartarlos del servicio de su hijo, y á fuerza de dineros grangeó la voluntad de algunos que mostraron bien no tener mas fe de la que les hacia su fortuna.

#### SECCION XIV.

*Tratase de paces entre Leovigildo y su hijo, por medios de Indegunda.*

**L**a guerra estaba para durar aun mucho tiempo, á no ser que la Princesa, cansada de ver las calamidades que se habian originado de una afrenta, que ella habia procurado disimular con tanta prudencia, rogó á su marido con lágrimas muy tiernas que se reconciliase con su padre. El entonces tocado de otro espíritu que hasta allí, se fue á postrar delante del altar, y protestó delante de Dios, que dexaba toda la justicia de su causa en consideracion de sola la Religion, y que perderia ántes la vida, que continuar mas las disensiones en perjuicio de la caridad. Salió todo trocado de esta oracion, y viniendo á ver á su muger, la

la dixo: Señora, ya estoy resuelto de ir á buscar al Rey mi padre, pues lo habeis deseado asi; pero es menester confesaros que aunque en esta resolucion me olvido de mí mismo, no puedo olvidarme de vos. El indigno tratamiento que se os hizo en la Corte, requiere que no volvais á ella sino es en triunfo. Nunca daré lugar á que os aventureis á exponeros á la misericordia de una muger, que no os puede ver á vos ni á mí. Bien sabeis que las cosas de Francia están ahora en tan grande confusion, que no os podeis retirar allí, sino para renovar vuestros dolores. Tenemos aquí un Príncipe del Emperador Tiberio, que es nuestro aliado, en cuya proteccion deseo ponerlos para que paseis á Africa, y de allí á Constantinopla, por si sucediere que me traten de diferente modo que sienten vuestras esperanzas.

A estas palabras la pobre Indegunda se quedó medio muerta, y se puso á llorar amargamente, sin poder responderle una sola palabra. El Príncipe viendola de esta suerte, suavizando las razones dixo: *Mi querida esposa, ¿por qué os pesa tanto de esta division? Yo tengo esperanzas que las cosas tomarán tan dichoso curso, que dentro de dos ó tres dias nos volveremos á ver en la Corte; pero lo que he dicho es tomando todos los accidentes en lo peor, para poder mejor asegurarnos.*

Tenian un hijo pequeño que aun mamaba, y el padre tomándole en brazos, dixo: Señora, veis ahí una prenda preciosísima de nuestro matrimonio, que os encomiendo; Dios dispondrá segun su voluntad, pero es menester criarlo como Rey. La madre, viendo al niño redobló sus suspiros; y el pobre Hermenegildo, sin saber lo que le aguardaba, se sintió cogido de un dolor melancólico y pasmado que le enmudeció. No obstante comunicó con el Lugarteniente del Emperador para entregarle las cosas que mas queria. Pero quando llegó el dia fatal de la division de estos dos corazones que estaban tan unidos, sintieron tan horribles convulsiones de dolor, como si hubieran previsto los sucesos que hubo despues, y que esta despedida era la última.

Indegunda al partirse dixo á voces: *Señor mio, por*

ningun acontecimiento perdais el tesoro de la fe. Mi buena señora, respondió él, id segura de que tenéis un discípulo que no os hará afrenta ninguna, y estad contenta, que yo os aguardaré en la Corte.

¡Mas ay! ¡Qué es nuestra vida y los negocios de los hombres? Lo pasado es nada, lo presente un fantasma, y lo por venir un abismo, en que los mismos que están á la orilla no ven nada. Estos dos corazones, que parecia habian de vivir un siglo para cultivar sus leales amistades y tener los Imperios como perpetuos mayorazgos de sus méritos, se están apartando para siempre con una separacion, que se pudiera tener por funesta y lastimosa, á no haber engendrado un Reyno á la Religion.

Algun tiempo despues que se fue Indegunda, Leovigildo sabiendo que su hijo trataba de algun ajuste se holgó mucho, porque temia no verse obligado á dar la batalla, y experimentar acaso lo que puede un hombre desesperado. Apénas, pues, vió abrirse puerta para la paz, quando despachó á su hijo Recaredo, que estaba con él en el ejército, para poner en orden á su hermano mayor, sabiendo que ambos á dos tenian acordes las voluntades.

Quando el hermano menor entró en el campo de Hermenegildo y lo reconoció, se detuvo diciendo á voces: *Hermano mio, ántes de abrazaros quiero saber de vos, si estoy con un amigo ó con un enemigo.* Pero el buen hermano, sin responderle nada, se adelantó y le abrazó con muchísimo amor á vista de todas sus tropas. El otro suspirando le dixo: *¡Ab hermano mio! ¡Ab muy querido hermano! ¡En qué parage os tienen los consejos de los que desean la ruina de nuestra casa! Aquí os veo rodeado de armas y tropas, y por la otra parte se ve mi padre que os tiene sitiado con todo su poder. ¡Hay desdicha igual? ¡Quién pudiera hacer una muralla de mi cuerpo para impedir vuestros designios! Decidme, hermano, ¿es posible que os hayais determinado á dar la batalla á nuestro padre? El mismo Sol que nos está alumbrando, se tuviera*  
por

por infeliz, si el dia de hoy ántes de ponerse viera su semblante manchado de nuestra sangre. Hermano mio, la patria á quien amais, está tendiendo á vuestra obediencia las mismas manos que ha levantado á los altares por vuestro bien. Hermano, padre es vuestro y mio contra quien marchais, ¿qué bonrra ganareis de arrancar de su cuerpo con violencias un alma que ya está tributando á la naturaleza, y echarle aun vivo en las ardientes ruinas de su Reyno? ¿No tendreis otros muchos sugetos para mostrar vuestro valor? Yo os suplico por la Religion que habeis abrazado, y por la sangre que me es comun con vos, que detengais las armas, y si persistis en vuestro intento, matadme primero á vuestros pies, y haced de mi un sacrificio para purgar los dos exércitos.

Veis allí al Rey que os está aguardando con buen afecto, y que cuenta los instantes de mi embaxada; yo os traigo palabras de toda seguridad por mi vida y por mi honra. Venid luego al punto si me creeis, porque si lo retardais embarazais tambien vuestra fortuna.

Estas razones tenian mucha fuerza para atraer un hombre que ya estaba resuelto. Hermenegildo, despues de haberle asegurado de la buena voluntad que siempre habia tenido al Rey su padre, y á él, se encaminó á la Corte. Recaredo fue volando á dar parte á su padre de lo que pasaba; y en habiendo llegado á su presencia le dió las nuevas de la venida de su hermano, de lo qual él se holgó mucho. Llegó bien presto tambien el Príncipe, y echandose á los pies del Rey su padre, le dixo:

Señor, y muy amado padre mio, aquí teneis á vuestro pobre Hermenegildo, que siempre será vuestro en todo acaecimiento. Los que han armado vuestra clemencia en ruina de vuestra sangre, me echaron de vuestra Corte y palacio; pero no han podido separarme de vuestra amistad. Yo he vivido hasta aquí como un pobre vendido, y casi como muerto entre los vivos. Si mis enemigos no se han hartado de verme padecer, veisme aquí, padre, que rindo mis manos desarmadas al domino que la naturaleza os ha dado sobre mí,

*mí, pronto á vivir y morir á vuestros pies.*

El Rey, ó bien disimulando su pasion, ó porque verdaderamente se compadeció de tal espectáculo, le abrazó con grande ternura, y dixo: *¡ Ah, hijo mio, que la mala fama os habia pintado diferente de lo que sois! Yo os prometo que esta confianza que me habeis mostrado, os ha sacado el dia de hoy de toda sospecha. Sed bien venido, mi muy amado hijo, y decidme: ¿dónde habeis dexado á la Princesa vuestra muger?* El Príncipe respondió, que luego al punto vendria á la Corte.

Hallóse allí presente Gosuinda, é hizo á su alnado las cortesias posibles, lo qual le aseguró de tal manera á Hermenegildo, que se le quitaron todas las desconfianzas que tenia, y estaba ya para enviar á llamar a Indegunda, para que viniese á la Corte. Mas con todo eso un amigo le dixo al oido, que no era menester darse tanta prisa, pues siempre era de temer una madre muerta, un viejo enamorado, y una madrastra cautelosa.

## SECCION XV.

*Hermenegildo es infamemente vendido.*

**E**stas palabras se verificaron muy bien, porque la exêcrable Gosuinda, previendo que si Hermenegildo volvía otra vez á entrar bien adentro del corazon del padre, como ya habia apariencias, no dexaria de vengarse de ella por la afrenta recibida en la persona de su muger, y que si no lo remediaba con tiempo se podrian descubrir sus artificios, y echar á perder su partido, juntó un funesto Consejo en que se resolvió á arruinar á este pobre Príncipe. Ella fue grangeando hombres infames, que decian de secreto al Rey Leovigildo todo lo que les agradaba; ella sobornó testigos, ella hizo producir letras, y le formó una grande acusacion, dando á entender á su marido, que la reconciliacion de su hijo no era sino un disfraz para conseguir me-  
 jor



por sus intentos. Que habia jurado la ruina de su padre, y que se habia hecho tan arrogante, que no queria sufrir compañero en el Imperio. Que era cosa cierta que todos los Romanos le querian dar el cetro. Que tenia alianzas con el Emperador de Constantinopla, de quien sacó cartas expresas, y para mayor prueba de esta verdad habia enviado á su muger, que tiene un espíritu artificioso y sagaz, á Africa, para desde allí pasar á Constantinopla, y juntar todas las fuerzas del Imperio y dar sobre España. Que no habia otro remedio sino atajar quanto ántes sus designios, y hacerle conocer lo que puede una mansedumbre menospreciada.

Ella decia tantas cosas verdaderas y falsas, y sus dependientes estaban tan hechos á hacer diversos visos, y dar mil colores á los negocios, que confirmaban esta conjuracion, por lo qual Leovigildo salió fuera de sí mas que nunca, y habiendo declarado á su hijo por culpado de lesa Magestad, le hizo prender de repente, y encerrar en una estrecha prision. Fue una cosa lastimosa ver á un Príncipe del todo inocente que le cogieron en medio de los regocijos de la Corte, que se habian hecho por honrar su venida, alevosamente, quando menos lo pensaba, y le trataron con tanta crueldad, como es natural á los hereges, y despues de haberle cubierto de un silicio, le cargaron de tal suerte de cadenas, que estaba doblado sin poder levantar la cabeza.

Luego al punto conoció que su hora era llegada, y renunciando todos los placeres de la vida, comenzó á prevenirse animosamente para la muerte. El Rey, acompañado de algunos Jueces, á quien habia encargado formasen su proceso, le quiso ver, y apenas estuvo en su presencia, quando muy alterado de cólera le llamó ingrato, parricida y malvado. El Príncipe respondió mansamente: *Señor, si yo supiera adivinar, hubiera sabido lo que he hecho, y de lo que soy acusado, pero como no me hallo culpado en nada, moriré callando.* El

padre replicó: que su mala conciencia le decia harto, y que bien sabia los designios que tenia sobre el Estado y vida de su padre; y asi que hablase claramente si tenia que justificarse sobre los articulos que le exâminarian.

Hermenegildo hizo entonces esta apologia, que yo puse otra vez en un escrito Latino, acercandome lo mas probablemente que pude á sus intentos y términos, y la pongo aquí en nuestra lengua, por no embarazar á mi Lector.

“Señor, dixo el Príncipe, la prueba de mi inocencia es tan facil, como la defensa dificultosa. Yo habia puesto, despues de Dios, toda mi confianza en vuestra Magestad, para apagar la llama de una cruel envidia, en que me veis perseguido y casi ya abrasado. Aguardaba yo á implorar vuestro nombre, reclamar á vuestro poder, y teneros por testigo de mi fidelidad, indignamente tratada por la detraccion, y ahora os tengo por un terrible acusador y juez muy severo, y lo que mas es, por un padre irritado. Habeis hecho prenderme casi en la mesa festiva que me habiais prevenido por el gozo de mi venida, y habeis mandado despojarme de la púrpura, atar y encadenar, como un forzado. Yo temo que la justificacion de mis acciones, no convenza las vuestras, y que queriendo defender mi inocencia, me sea fuerza acusar la falta de mi padre, que es para mí uno de los mayores suplicios que puedo padecer. Mas con todo eso, pues me lo mandais, hablaré, no porque en el estado que están las cosas pueda yo conseguir nada con mis razones ni con mi silencio; pero sea como fuere, escucharán vuestros oidos las últimas palabras de mi sangre, porque si mis acusadores no pretenden otra cosa que mi vida, yo la daré de buena gana sin réplica; mas viendo que se me quiere cubrir de infamia aun despues de muerto, suplico á vuestra Magestad atienda á las pocas palabras que diré.

“No se ventila aquí un delito nuevo, porque ha  
 ”mu-

„mucho tiempo que la Reyna vuestra muger, y ma-  
„drastra mia Gosuinda, ha comenzado á urdir esta te-  
„la contra mi hermano y contra mi, por privar de  
„vuestro cetro á sus legitimos herederos, y exponer  
„vuestra corona á la presa de su ambicion. Pluguiera  
„á Dios que pudiese ahora yo traer del otro mundo  
„la santa alma de mi difunta madre para que asistiera  
„en este juicio, que ella hablara y yo callara; ella hi-  
„ciera recuerdo á vuestra Magestad como estando ya  
„cercana á la hora fatal, que nos quitó una Reyna tan  
„grande, nos abrazó á mi hermano y á mí, rogan-  
„doos por sus castos amores, y la fe inviolable de  
„vuestro matrimonio, que nos sirviesséis de padre y  
„de madre.

„Nosotros estabamos entonces en edad, que no sa-  
„biamos aun sentir ni llorar lo que perdiamos; y no  
„obstante, viendooos reclinado sobre aquel moribundo  
„cuerpo, y que estabais llorando, derramamos tam-  
„bien nuestras tiernas lágrimas, ofreciendolas á su me-  
„moria, como justo tributo de la naturaleza. Pero vos,  
„tomando en los brazos á vuestros huerfanitos, pro-  
„curabais no llorasen, lo que apénas vos podiais de-  
„xar de hacer, y enxugando sus lágrimas, les pro-  
„metiais que de alli adelante les seriais padre en el am-  
„paro, y madre en el cariño.

„Despues me crié á vuestros ojos, pasando el cur-  
„so de mis inocentes años, y llegué á edad capaz de  
„tener parte en vuestras esperanzas. No teniais vos en  
„el mundo cosa que mas quisieseis que á vuestro ama-  
„do Hermenegildo; él tenia el mando, las guerras se  
„hacian por él, y la paz se ajustaba en su nombre.  
„Hermenegildo era el objeto de vuestros pensamien-  
„tos, el gusto de vuestras palabras, y el contento de  
„vuestro corazon.

„Vuestra Magestad tomó entonces resolucion de ca-  
„sarme, aunque tenia poca edad. Hallasteis para mí una  
„muger hija de Rey, hermana de Rey, y sobrina de  
„Rey, pero que sobrepujaba por sus virtudes á todos  
„los

„los títulos reales. ¡Ah pobre Princesa! ¿Quién te di-  
 „xera entonces que habías de ser el objeto de una tan  
 „lastimosa tragedia? Teníanme por el mas dichoso hom-  
 „bre del mundo, pues habian nacido para mí tan  
 „raras virtudes y perfecciones, que todo el mundo las  
 „admiraba. Es menester confesar que yo quiero á es-  
 „ta Princesa, no tanto con el amor ordinario, co-  
 „mo por un cierto arrobo de sus virtudes, porque  
 „he recibido la fe por su piedad, su exemplo y doc-  
 „trina, teniendo en su corazon el título de marido,  
 „discipulo, y casi hijo propio.

„Despues Gosuinda comenzó á poseer vuestro co-  
 „razon, y tener dominio en vuestras acciones, mu-  
 „dando de tal suerte vuestra voluntad con sus ordina-  
 „rios artificios, que trocó vuestras antiguas amistades  
 „en desdenes, vuestra confianza en rezelo, vuestra se-  
 „guridad en inquietud, y vuestra suavidad en imperio.  
 „Esta muger me ha perseguido de tal suerte, que no  
 „tenia en vuestro corazon, ni vigilia, ni reposo, ni  
 „cosa alguna sin peligro. Sufrí todo esto con silencio  
 „en lo tocante á mi persona, hasta que vino ella á  
 „hacer un tan bárbaro hecho, que fuera suficiente á  
 „justificar los Scytas y los Tártaros. No tengo palabras  
 „para decirlo, teniendo tanto dolor para sentirlo. Bas-  
 „ta decir que una hija de tantos Reyes se vió holla-  
 „da de los pies de una muger, á quien no quiero in-  
 „famar su nacimiento, pues no la tengo bien cono-  
 „cida. Una Princesa inocentísima, azotada hasta der-  
 „ramar sangre por una madrastra; una dama tan hon-  
 „rada, despojada de sus vestidos por infames criadas,  
 „y metida poco á poco dentro de un estanque en tiem-  
 „po riguroso de frio, por acabarla con un martirio  
 „que nunca los antiguos tiranos hallaron mas cruel pa-  
 „ra las mugeres, pues se contentaban muchas veces de  
 „hacerlas desnudar por castigo.

„Quando yo me hubiera vengado de tal crueldad  
 „á sangre y fuego, nadie tuviera mi proceder por in-  
 „justo, ni mis pensamientos por malos. Mas con to-

»do eso procuré curarme con el remedio acostumbra-  
»do de la paciencia. Retireme con silencio á una Ciu-  
»dad que vuestra Magestad me habia dado en alimen-  
»tos, con resolucion de pasar alli suavemente mi vi-  
»da con mi muger, pues veiamos la cara de la Cor-  
»te tan contraria á nuestras esperanzas.

»Pero vuestra Gosuinda, como si hubieramos come-  
»tido un gran delito en no aguardar á que nos me-  
»tiese el cuchillo en la garganta, tocó al arma en vues-  
»tro palacio, y despues en toda la Provincia, decla-  
»randonme por enemigo de la patria, salteador de la  
»corona de mi padre, parricida, descomulgado; y añá-  
»diendo otras palabras aun mas injuriosas contra mí, y  
»contra mi muger.

»Por vida mia, padre, que si hubierais escucha-  
»do ántes nuestra inocencia que servido á su pasion,  
»hubieran ido mejor las cosas. Pero despues de haber  
»juntado grandes tropas, fuisteis á dar sobre Sevilla,  
»sitiandome con un tan poderoso ejército, que pa-  
»recia se levantaban contra mí todos los elementos.  
»Confieso que seguí entonces el instinto que ha da-  
»do Dios á los animales, aunque sean brutos, que es  
»el defender su especie. Tomé las armas, no por ofen-  
»deros, sino por defenderme á mí y á mi muger, con-  
»tra la furia de una madrastra, que se valia de todas  
»las flechas para arruinarnos.

»Viendo, pues, que mis armas habian llegado á tal  
»estado, que no habia modo de escaparme sin dar  
»una batalla, que no podia dexar de ser funesta á am-  
»bas partes, renuncié por vuestro respeto hasta las le-  
»yes de la naturaleza, y me vine á rendir á vuestra  
»discrecion. Pongo por testigos á los altares, al fue-  
»go sagrado, y á los Angeles de guarda, que me han  
»visto postrado ante ellos, de la sinceridad de mis in-  
»tenciones, y de las lágrimas que he derramado por  
»vos, sin ponerme á llorar por mi mismo.

»Envió despues vuestra Magestad á mi hermano pa-  
»ra que me llevase el seguro de su amistad; llamóme

„y he venido; he suplicado, y me ha recibido; écheme  
 „á sus pies, y me levantó con tantas señales de bue-  
 „na voluntad, que no podia buscar mas para mi se-  
 „guridad. Pregunto ahora, ¿quién ha mudado vuestros  
 „afectos? ¿Quién ha agitado vuestros gozos, y ha gas-  
 „tado las olivas de la paz, sino es aquella que no ha-  
 „biendo podido acabarme con las armas en la mano,  
 „quiere derramar mi sangre en forma de justicia?

„Este es mi proceso y mi delito, por esto me han  
 „cubierto de este saco, y me han echado las cadenas  
 „destinadas para los forzados.”

El padre que tenia un espíritu terrible, le interrumpió, y preguntó donde estaba su muger, y si la habia enviado á Africa, para pasar de allí á Constantinopla. El Principe respondió: que habia tomado esta resolucion no con otro intento, sino de asegurar su persona, por no saber aun en qué pararian las cosas; y que el suceso le habia enseñado que habia sido mas sabio en el consejo, que dichoso en el suceso, y mucho menos de lo que pensaba.

El Rey insistió preguntandole, si se habia confederado con el Emperador Tiberio; y él respondió: que nunca hizo con él mas alianza, que sacarle algunas tropas para defender su vida, y que al punto que vió puerta para la paz, las despidió con resolucion de no valerse mas de ellas. Hicieronle despues diversas preguntas, á que respondió muy á propósito, mostrando claramente á su desdichado padre los colores y pretextos de que se valia para arruinarle, si la pasion no le hubiera puesto cataratas en los ojos.

Al fin viendo que no podia convencer á su hijo de haber alterado nada despues del ajuste que habia pasado entre los dos, tomó un fuerte rumbo, y le dixo respondiera claramente á una palabra sobre que queria formarle todo el proceso, es á saber: *Si era Católico Romano: Eso es lo que confieso, padre mio*, dixo el Principe, *eso es lo que publico y protesto, porque en realidad de verdad es un delito que hace desmayar á los Jue-*

ces y reir á los reos, por ser la acusacion un voto que todas las grandes almas quisieran profesar, y la pena una felicidad que los Mártires han comprado con toda su sangre. Yo quisiera morir cien veces si pudiera, por la gloria de este bello nombre, y así es muy poco una boca para confesar las alabanzas de Dios. Mandad, si quereis, que partan y despedacen mi cuerpo por la confesion de la fe Católica, y entonces tendré tantas bocas como llagas para alabar á mi Salvador. Y todas estas heridas serán como puertas de sangre para abrir el paso á mi alma al lugar donde la aguarda tan buena compañía.

El padre dixo entonces: Que él se habia vuelto loco y que nadie aborrecia la vida, sino es él que habia mal usado de ella. El hijo respondió: Que el mal uso habia sido en la heregia, de lo qual se arrepentia. Luego mandó á las guardas que le volviesen á la prision, donde se vió tan consolado con las visitas de Dios, que hallando con harto trabajo medio de enviar una carta á su querida Indegunda, la escribió en esta forma.

## SECCION XVI.

*Carta de Hermenegildo á su querida esposa Indegunda, y su generosa resolucion.*

“**M**i santa maestra, de quien he recibido la fe y  
”verdadero conocimiento de Dios; yo os escribo es-  
”tas líneas cubierto de un saco, y cargado de cade-  
”nas en lo hondo de una obscura prision por la de-  
”fensa de la Religion que me habeis enseñado. Si no  
”supiera por experiencia la fuerza invencible de vues-  
”tro corazon, y la resolucion que teneis en los nego-  
”cios tocantes al servicio de Dios, disimulara el esta-  
”do en que me hallo, por no entristeceros con ob-  
”jetos que son sensibles á la naturaleza.

”Pero, esposa mia muy amada, vos teneis la fren-  
”te muy noble para avergonzaros de la ignominia del  
”Crucificado, y el valor muy asentado para rehusar te-

„ner parte en las libreas del Salvador del mundo. Os  
 „aseguro por mi honra , que nunca habia podido pen-  
 „sar quán grande gusto es sufrir lo que padezco, quan-  
 „do vuestra inocente boca me predicaba la gloria de  
 „los trabajos que habia gloriosamente pasado vuestro  
 „cuerpo ; pero despues de mi prision he experimen-  
 „tado consuelos de Dios tan sabrosos , que no pense  
 „se podian recibir en el mundo otros gustos anticipa-  
 „dos del Paraiso. No ignorais vos , que mi vida y mi  
 „conversacion , que estuvo tanto tiempo en el error y  
 „la vanidad , no merecian estas ventajas; pero vuestras  
 „purísimas manos , que tantas veces habeis levantado  
 „ los altares por mi bien , me han alcanzado lo que  
 „era mas que mis méritos y mis esperanzas.

„El Rey, mi padre, ha querido oirme , y yo he  
 „pleyteado mi causa en medio de las prisiones con tan  
 „grande asistencia de la Bondad Divina, que me jus-  
 „tifique de todos los cargos que me hacian , y puse  
 „la causa en estado , que ya no me acusan como   
 „ladron y homicida , sino como Católico.

„Aguardo muy presto la sentencia, y no juzgo me  
 „han puesto en el estado que me hallo para salvarme  
 „la vida, ántes tengo por muy cierto que serán estas  
 „las últimas letras que recibireis de mi mano. Suplico  
 „ vuestro leal corazon , que como en este acto, que  
 „acabará mi vida , no pretendo hacer cosa indigna de  
 „vos, asi por vuestra parte no hagais cosa indigna de  
 „mí, menoscabando la dicha de mi muerte con lgri-  
 „mas que son menos honrosas al estado en que Dios  
 „me ha puesto. Pongo en las manos de Dios  vos , y  
 „ vuestro pequeño Hermenegildo , nica prenda de  
 „nuestros castos amores.

„Criad  mi querida alma, y despues de mi muer-  
 „te idos  Constantinopla , y al palacio del Empera-  
 „dor Tiberio , que es un buen Príncipe, y muy Ca-  
 „tlico; mi espiritu os encomiendo , que de mi cuer-  
 „po har mi padre lo que quisiere. Si la mudanza de  
 „los tiempos y de las cosas os volviere otra vez  Es-



„pañã con la honra que mereceis, mis cenizas se ale-  
 „grarán aun con el olor de vuestras virtudes. Yo con-  
 „fio en Dios que mi muerte no será inutil, antes ser-  
 „virá al Reyno de mucho bien; vos sabeis cuántas ve-  
 „ces os oí decir que quisierais comprar su bien con  
 „vuestra sangre. Ya habeis empleado una parte: á  
 „mí me queda que hacer lo demas en un cadahalso;  
 „y en qualquier parte que esteis, tengo por cierto  
 „seré asistido particularmente de vuestras santas ora-  
 „ciones.”

La buena Princesa no recibió esta carta sino con las nuevas de su muerte, como diremos ahora; pero en este intervalo de tiempo, Recaredo, hermano menor de Hermenegildo, afligido sumamente de que habiendo sido medianero de esta paz solapada, la veia fenecer en tan lastimosa tragedia, se fue á echar á los pies de su padre, rogandole con muchas lágrimas y clamores, que ó le quitase la vida con sus manos, ó librase la vida á su hermano. El padre le dixo:

*Que era un loco y traidor á su fortuna, y que debia dexar hacer la justicia, la qual le queria dar una corona. Que su hermano mostraba bien que era enemigo de su padre y del Estado, pues que en su consideracion no queria renunciar solamente una fantasma de Religion. Que no se ventilaba otro punto; y asi, que le persuadiese la razon, que él estaba presto á salvarle la vida. Recaredo le aseguró le reduciria, y pidió licencia para verle en la prision, y se la concedió.*

Este Príncipe joven, viendo á su hermano cubierto de un saco, y ajado con las prisiones, sintió tanto el verlo, que estuvo mucho tiempo mudo como una estatua; pero al fin rompiendo el silencio, dixo con un gran suspiro: ¡*Ab, hermano mio, yo soy el traidor que os ha vendido: yo quien os ha cubierto de ese funesto saco: yo quien os he atado y encadenado con esas cadenas, que se hicieron para los delinquentes, y no para vuestra inocencia! Hermano mio, veis abí os doy este puñal, vengaos en mi culpada cabeza: yo soy el reo en haber*

*producido con una buena intencion tan malos efectos.*

Hermenegildo, mirandole con apacibles ojos, respondió: *Hermano mio, no teneis que afligiros, que bien conozco no teneis culpa. ¿Cómo no tengo de tenerla, replicó el otro, si sin pensar soy causa de vuestra muerte por mi infeliz embaxada? Pero mi buen hermano, pues habeis llegado á tal extremo, os pido dexeis el nombre de Católico, ó si esto os parece indigno de vuestra constancia, disimulad por algun tiempo, y dad gusto al Rey, mi padre y vuestro, que no os pide otra satisfaccion.*

El buen Príncipe respondió: *O hermano ¿qué decis? Vos me persuadiais poco ha á un acto de piedad en el peligro de mi vida, no querais persuadirme ahora una impiedad, aunque importara todas las vidas y Reynos del mundo; á vos os viene el tiempo de reynar, y á mí de morir. Yo muero de buena gana por la honra que debo á mi Religion, por la qual quisiera morir mil veces si se pudiera hacer. No os echo la culpa á vos ni á mi padre, de quien tengo mas compasion que de mí mismo, y os aconsejo useis con él todos los actos de piedad en la vejez en que se halla.*

*En quanto á nuestra madrastra, os suplico la sufrais ántes su natural, que vengueis mi muerte; á Dios le toca el conocimiento de nuestras injurias, y á nosotros el sufrirlas. En saliendo mi alma de este miserable cuerpo, rogará siempre por vos; y tengo confianza, mi muy amado hermano, que renunciareis esta pequeña esclavitud, que os tiene en la secta de los Arrianos; y si los que se mueren suelen adivinar, yo os pronostico que en convirtiendooos á la fe, echareis los cimientos á la Religion Católica en todo el Reyno, que yo he de bañar con mi sangre.*

Recaredo le hizo todas las instancias que pudo, sin doblar nunca la constancia de su hermano, de lo qual enojado el Rey Leovigildo, procedió á resoluciones bien sangrientas. Con todo eso los que le podian hablar con alguna libertad, le aconsejaban no se precipitase en cosa de tanta importancia, diciendo que no habia apariencia ninguna de que Hermenegildo hubiese intentado cosa alguna contra la vida y Estado de su pa-

padre, pues tan francamente habia venido á presentarse con una simple palabra. Que los que se hallan culpados no procuran venirse á quemar, como las mariposas en la luz. Que su semblante en esta ocasion estaba muy sereno, sus palabras muy sinceras, sus procederes muy cándidos para encubrir semejante alevosía. Y en quanto á la mudanza de Religion, que no habia que admirarse, si habiendole dado el Rey por muger á una Católica, hubiese tomado su Religion por el amor. Que esta era una complacencia de amante, que la edad iria deshaciendo, la experiencia suavizaria, y al cabo la borraría la prudencia. Que al presente mas necesitaba de Doctor que de verdugo, porque la creencia de Dios entra en el corazon por la lengua, y no á golpes de espada.

## SECCION XVII.

*Muerte de Hermenegildo.*

**L**a faccion de Gosuinda no hacia caso de todas estas consideraciones, y no cesaba de decirle al Rey que Hermenegildo no era de los reos de quien no se debe temer el poder. Que su delito no era tal, que pudiese quedar sin castigo. Que las leyes del pais nunca habian consentido semejantes atrevimientos. Que habia quebrantado el derecho divino y humano, haciendose destruidor de su patria, apóstata de su Religion, y rebelde al poder de su padre; de tal suerte que por hacer la llaga incurable, habia trocado los lenitivos en veneno. Que habia tomado las armas contra su señor, sin respeto de su edad, nombre y Magestad Real, y de la voz de la naturaleza. Que habia tenido comunicacion con los enemigos del Estado, de quien se habia hecho confidente y compañero; y al presente era tan desahogado, que defendia un delito tan terrible de executar, echando toda la culpa de sus confederaciones á la Reyna su madrastra, y al casamiento de su

padre , mostrándose tan soberbio en la miseria , que no se podia aguardar sino una tirania en la prosperidad. Que era tan arrogante y necio , que pretendia retener un fantasma de religion contra la voluntad de su padre ; y que nunca él estuviera tan constante en su supersticion , si no hubiera ligado los intereses de su fortuna con los Católicos enemigos del Reyno. Que si no se ponía orden en esto , se privaria en adelante del poder deliberativo , habiendole dado todo el ejecutivo.

La credulidad del infeliz padre se vio tan sitiada con estas razones , que se resolvió de allanar el paso ; y así aquella noche , que era víspera de Pascua , envió un Comisario á la prision con un verdugo , para notificarle que se resolviese al punto , y escogiese ó la vida y el cetro , volviéndose á la religion de los Arianos , ó la muerte , perseverando en la Católica. Que tenia delante de los ojos una espada y una corona : la una para gloria , y la otra para suplicio , y que la eleccion estaba en sus manos.

Hermenegildo respondió , que él habia ya bastante declarado su voluntad sobre estos artículos , y que padeceria antes mil muertes , que apartarse de la religion que habia abrazado con toda razon y advertencia. El Comisario replicó : *El Rey vuestro padre me ha mandado , que en caso de que lo rebuseis ; proceda á la execucion de la sentencia que ha fulminado contra vos. ¿ Quién ?* dixo Hermenegildo. *El os ha condenado por mandato expreso á cortar la cabeza esta noche en la prision misma donde estais.* Entonces el Santo puso las rodillas en tierra , y dixo :

*Dios mio , y Señor mio , yo os doy inmortales gracias , de que habiendome dado por el medio de mi padre una vida fragil , caduca y miserable , que me era común con las moscas y bormigas , me dais el dia de hoy por su sentencia una vida noble , dichosa , y de gloria eterna.*

Despues , levantándose , pidió al Comisario que le hiciese favor de hacer venir allí un Sacerdote Católico para que le confesase , y ayudase á morir. Eso es,

respondió él, lo que expresamente está denegado por el Rey vuestro padre; pero si es menester un Obispo Arriano, vendrá á su gusto. *No*, dixo él, *porque yo he detestado, y detesto aun el Arrianismo hasta morir; y pues que mi padre me rebusa una gracia que suele otorgarse á los sentenciados, yo moriré sin tener mas testigos que mi conciencia.*

Habiendo dicho esto se volvió á hincar de rodillas, y habiendo hecho la confesion á Dios, rogando mucho tiempo por su padre, por su madrastra y todos sus enemigos, nombrando aun en la muerte á su amada Indegunda, á quien confesaba deber obligaciones increíbles, despues de haber encomendado su alma á Dios, debaxo del amparo de la Virgen Santísima, tendió la garganta al verdugo, el qual de un golpe de acha le cortó la cabeza.

Tantas estrellas como lucian por entonces en el cielo en el profundo silencio de la noche, fueron otros tantos ojos abiertos para ver el sangriento sacrificio de este Principe inocentísimo, á quien un desdichado padre quitó por manos de un verdugo la vida que él le habia dado. Si su muerte fuera capaz de lágrimas, la hubieran llorado los mismos tigres, viendo tanta devocion, tanta bondad y tanto valor, eclipsarse con sangre tan preciosa en una edad tan florida, y en una fortuna tan llena de esperanzas.

Las nuevas de esta muerte fueron á hallar á Indegunda, que estaba aun en Africa, donde recibió tambien la última carta que su marido la escribió desde la prision.

Las damas que la asistian comenzaron á dar formidables gritos, como si ellas mismas hubieran sido condenadas á muerte; pero la animosa Indegunda, besando la carta de su querido esposo, y abriendola despues con singular reverencia, leyó las últimas palabras que casi él bañaba con su sangre, y dixo á voces:

*¡ Ab corazon generoso y leal! Vos habeis hecho todo lo que pudiera hacer un hombre de valor; vos habeis valero-*

samente peleado; no puede desearse nada en vos, sino es la imitacion de vuestra constancia.

*Hijas mias, no teneis que llorar, hoy es el dia que soy Reyna, y que me tengo por la mas triunfante muger del mundo, pues tengo un marido mártir en el cielo. Dadme rosas y flores de lis, para que corone su imagen, y honre por lo menos con estas señales una alma, que nos ha dexado tan suaves olores de sus virtudes.*

Tenia junto á sí al pequeño Hermenegildo, que se estaba muriendo del cansancio del camino, que habia sido algo trabajoso para lo delicado de su edad. La madre mirandole, dixo:

*Id, hijo mio, seguid á vuestro padre; Dios os ha hecho un favor desde la cuna, que no hace á todos los niños, que es andar desterrado por la fe, y tener parte en el martirio del que os engendró. Id, inocentico mio, á regocijaros con los otros delante del altar del Cordero. Vuestra madre no tardará mucho en seguiros.*

El niño murió luego, y la buena Princesa habiendo combatido mucho tiempo con imperiosa fuerza contra los sentimientos de la naturaleza (1) sintió de golpe unos grandísimos suspiros y congojas, con un copioso raudal de lágrimas, que salian de sus ojos contra su voluntad, y entonces dulcemente dixo:

*¡ Ab, lágrimas mias, no os puede estar bien llorar por un mártir! Dios mio, esto es hecho, el padre y el hijo ya están allá, no falta mas de que vaya la madre. Dos partes del mundo, que son Europa y Africa, he llenado de mis miserias; si quereis que pase tambien al Asia, cumplase vuestra voluntad, pero no soy mas que una inutil carga de la tierra; ¿qué hago aquí? Yo he pasado los trabajos que me habeis enviado, yo he gastado todas las esperanzas del mundo; ¿qué aguardais, Dios mio, que no me llevais el alma que tengo ya en los labios? Oyóla Dios, porque dentro de pocos dias, consumida de amor, de trabajos y deseos,*

(1) Algunos dicen que fue llevada al Emperador Mauricio, mas sin fundamento.

seos, despues de una muerte muy exemplar, tuvo su sepultura en Africa.

¿Qué diré ahora, y qué haré para cerrar estos discursos? Todos tenemos algunas ternuras naturales en lo profundo del corazon, y algunas pasiones humanas, que alteran la fuerza de nuestro juicio. Mi pluma no puede casi pasar adelante en esta historia, sin mezclár las aguas de su cabeza con la tinta; y puede ser tambien, Lector mio, que no podais leerla sin compasion. ¿Os parece que los castos amores de Hermenegildo é Indegunda fueron muy desafortunados, que tan grandes virtudes fueron tratadas con tanta crueldad, y que tan nobles ánimos tuvieron á la fortuna por madrastra fea, que los persiguió hasta la muerte? ¿Quisierais ver que estas grandes almas despues de tantas borrascas, rayos y torbellinos, gozasen de alguna gran felicidad temporal? ¿Quisierais verlas con las coronas en la cabeza, con el cetro en las manos, con Provincias floridas en su dominio, con prosperidades siempre favorables en su casa, con amores sin envidia, con deseos sin zozobras, con negocios apacibles, con grandezas sin mudanza, con placeres sin disgustos, y con una dilatada posteridad colmada de coronas? ¿Os pesa de que este pobre Príncipe pasase su vida del modo que una perla sacudida de un rayo en su nacimiento, ó como una águila ahogada en el huevo? ¿Os lastimais de que esta pobre Princesa, habiendo nacido en Francia, fuese á morir á Africa, dividida con un cuchillo de un marido que tan tiernamente amaba, privada de un hijo de tantas esperanzas, desamparada de todos sus deudos, sino es de algunas doncellas que la enterraron con sentimientos tan lastimosos, que podian mover á compasion á los monstruos de Africa?

¡O qué ignorantes somos de las cosas de Dios, siempre clavados en la tierra, y desnudos de las semillas del fuego y de la luz, que arden en los mas generosos pechos! Corramos un poco la cortina, y veamos entre tantas nubes un solo rayo del santuario. ¿Qué agrava-

vio hizo la Providencia Divina al Príncipe Hermenegildo, si por una corona que es juguete de los vientos, por un cetro que es la caña del tiempo, y por una vida que es correo de la muerte, le dió virtudes, delicias y glorias, que pasan mas allá de nuestros pensamientos, que agotan nuestras bocas, exceden nuestros deseos, y sobrepujan nuestra imaginacion? ¿Qué agravio, si le hizo un santo, cuyo nombre se halla en los Martirologios, cuya memoria vive en los escritos, cuya alabanza florece en las lenguas, cuyas palabras son veneradas, y sus obras benditas, quando su madrastra Gosuinda muere como una perra, y queda sepultada en el oprobio de su nombre? ¿Qué agravio, si su padre tocado de un vivo arrepentimiento, le justificó como inocente, le lloró como hijo invocado por mártir, santificó sus cadenas, consagró la torre de su prision, ensalzó sus cenizas sobre las coronas de los Reyes de España, si le dió altares en la tierra, y una corona de bienaventuranza en el cielo? ¿Es esto haber menospreciado su virtud, hecho poco caso de sus trabajos, desobligado su constancia, y frustrado sus esperanzas? ¿Qué hubierais querido que hiciese Dios de la virtuosa Indegunda? ¿Una Reyna delicada, ambiciosa, avara y desdeñosa, que no hubiera escupido sino en oro, caminado sobre rosas, y volado sobre las cabezas de los hombres? ¿Quántas hay semejantes, que han manchado su nombre con oprobios, cansado la tierra con importunidades, asombrado á la posteridad con sus procederres, y poblado el infierno con sus culpas?

Pero ella por haberse purificado en las ardientes brasas de la tribulacion, salió de las manos de Dios como un vaso de gloria para hacer lucir sus esplendores á vista de todos los siglos.

¡O señoras que leéis estas líneas, y que os dexais llevar tal vez del título de la virtud, con algunos asomos de devocion que no pasa aun de la corteza, mirad qué exemplo de piedad, qué espejo, qué perfeccion! Mi vista se deslumbra contemplando sus acciones, y  
mi



mi pluma se pierde escribiendo sus alabanzas.

¡Qué valor! ¡Que una doncella de quince ó diez y seis años, entre en un Reyno con intento de conquistarle á Dios, bien diferente del de los Césares, que le destruyeron tantas veces por ambicion? ¡Qué prudencia en sufrir la condicion de una madrastra por no querer abrazar su Religion! ¡Qué libertad de espíritu, y que fuerza de palabras en defender su fe, quando se vió perseguida por esta virtud que queria mas que las niñas de sus ojos! ¡Qué paciencia, en sufrir que la arrastrasen de los cabellos por el suelo, que la azotasen hasta saltar la sangre, que la echasen en un estanque, y que la tratasen como el lodo de la tierra por la honra de Jesu-Christo, sin querellarse de nadie, sin quejarse ni enojarse, y sin decirle á su marido, en cuyo pecho depositaba sus mas secretos pensamientos, la afrenta que habia recibido, de miedo de no romper la paz con una persona que merecia ser aborrecida de todo el mundo! ¡Qué sabiduria, qué gracia, y qué eloquencia tuvo para convertir á su marido! ¡Qué amor por su alma, qué zelo por su salvacion, y qué solicitud por su gobierno! ¡Qué autoridad han de tener las armas del padre y del hijo, que estaban ya para travarse! ¡Qué resignacion de sus propias voluntades en el último apartamiento de su marido, y qué corazon de diamante en sufrir mil martirios de dolor, tomando sin disgusto una muerte tan sangrienta, tan trágica y tan lastimosa! ¡Verse en un mismo tiempo privada de un hijo y de un marido, y de todas las cosas del mundo, ofreciendo á Dios en todos sus tormentos la obediencia de su corazon, las alabanzas de su boca, y los sacrificios de todos los miembros de su cuerpo!

¡Qué triunfo, que despues de su muerte su cuñado, que habia participado de sus buenas instrucciones, en consideracion de ella y de su marido, se convirtió enteramente á la fe Católica, trocando toda la cara del Reyno, y volviendo á traer los desterrados,

pu-

puso otra vez á los Obispos en sus sillas, la Religion en su fuerza, las leyes en autoridad, y la Provincia en paz!

¡Qué admiracion de ver la prudente Indegunda en la cumbre de sus trofeos, que ofrecia á Dios en gloria de sus Santos, como le hacemos aquí nosotros, muy humildes servicios!

Aquí acababa yo la antigua edicion, dando fin á estas tareas, por haber juzgado era mejor y mas conveniente á mis ocupaciones recogerme en quatro exemplares, que alargarme demasiado; y con todo eso me resolví con trabajo á sacar á luz el segundo volumen en medio de la obligacion de mis ordinarias funciones, viendome solicitado de ruegos, que tenian casi la fuerza de mandatos.

Y á la verdad fuera necio ó ingrato, si no confesara haber sido muy solicitado para que continuase este trabajo, por los honrosos elogios que Monseñor, el Obispo de Belay, me ha hecho en sus obras. No podré yo bastantemente hacer aprecio de su recomendacion en tal sugeto, porque es uno de los mas bizarros y mas eloquentes espíritus que nunca ha tomado pluma. Si se ve el número de sus libros, se dirá que comenzó á escribir tan presto como á vivir; y considerando sus méritos, es de admirar cómo tantas gracias y elegancias, que otros no alcanzan sino con mucho trabajo, nacen en él, como la tierra natural de la eloquencia. Y aunque hay algunos discursivos que quieren calumniar algunas palabras de sus escritos, no es cosa muy extraordinaria, supuesto que estamos viviendo en un siglo en que hay quien renueva los exemplos de los Griegos corrompidos, que estimaban mas la salsa del cocinero Mitheci, que las divinas obras de Fideas.

Si en algo os ha agradado esta obra, tomad el trabajo de volverla á leer alguna vez despacio, reparando en las máximas que contiene, con utilidad digna de su argumento.

Porque creedme, que la precipitacion que se usa de leer depriesa toda suerte de libros, causa cierta indigestion en el espíritu, que le ahoga mas que le sustenta. Nunca es buena la lectura, si el entendimiento no halla alguna puerta para considerar con su meditacion y su industria, lo que es concerniente á su bien y adorno.

## MARIA ESTUARD.

### SECCION UNICA.

#### §. I.

Quiero en último lugar referir la historia de la incomparable Reyna Maria Estuard, en que pretendo mostrar muy lustrosa la inocencia perseguida de zelos, así del amor como del Estado, con general combate de todas las pasiones, de que salió victoriosa con la invencible constancia de su muerte.

He procurado leer ántes de ahora muchos Autores, y sacar la verdad de la confusion, en que la malicia de los Historiadores apasionados la han envuelto, y lo he hecho de mucho mejor gana, por el servicio que hago á la primera verdad que adoro; á la Francia, que crió y sustentó esta grande alma; al Rey de la gran Bretaña, que se honra con su sangre y reales virtudes; á Escocia que la produjo, y á la misma Inglaterra, donde la mas sana parte, ha siempre detestado la atrocidad cometida en su persona.

Ruego á mi Lector, crea que no ha habido historia mas disfrazada por los hereges confederados. Nunca la malicia ha usado tantos artificios, la calumnia tantas mentiras, la mentira tantos colores, y la impiedad tanto esfuerzo para desacreditar una pobre Princesa. Pasa esto tan adelante, que algunos Católicos ignorantes

tes ó descuidados , por no tomar el trabajo de leer y exâminar las razones , se dexan llevar de una creencia indiferente de todos los libelos infamatorios de los enemigos de nuestra Religion, como el creer la historia de Jesu-Christo escrita por los Escribas y Fariseos. Ahora poco ha salió á luz una historia en Español por un autor Calvinista, en que dice mil ultrajes contra la memoria de Maria Reyna de Escocia, con una digresion harto desabrida , que obscurece la historia y descubre su pasion. Si este hombre hubiera tenido alguna modestia , habria reconocido quan poca gracia tiene para escribir libros. Si su corazon tuviera alguna piedad, hubiera perdonado á una muerta; y si tuviera algunos asomos de honra , estando en servicio del Rey de Inglaterra , no hubiera hecho imprimir papeles descocados en perjuicio de su Magestad , ni se hubiera atrevido á las cenizas de su abuela.

Para que sepas, ó Lector mio , con quanta equidad quiero proceder en este tratado , no alegaré en él á Sanderó, á Bosio, á Florimendo de Raymon, ni al Padre Hilario de la Costa, de la Orden de los Reverendísimos Padres Mínimos , que hablaron tan dignamente de este sugeto. Tomaré las principales verdades que he de decir de Cambden , Historiador Hugonete de la Reyna de Inglaterra, que escribió esta historia, no como quadernos sin autoridad, sino como memorias auténticas. Permitted Dios que este Autor, teniendo ambicion generosa de hablar verdad, revolviese los archivos y sacase papeles que estaban ocultos , por donde consta bastantemente de los artificios de Isabel , y de la inocencia de la Reyna de Escocia. Ved, Lector, á donde nos lleva el mucho derecho y fuerza de la verdad , pues que tomamos por jueces á nuestros mismos enemigos , y los hacemos testigos de nuestra causa.

## §. II.

*Nacimiento y crianza de la Reyna Maria Estuard.*

**M**aria Estuard, hija única de Jacobo, quinto Rey de Escocia, y de la prudente Maria de Lorena, nieta de la muy virtuosa Antonia de Borbon, es á mi parecer una Reyna que iguala los excesos de sus desastres con la alteza de su gloria, y parece que su vida no es mas que un teatro cubierto de luto y empapado en sangre, en que la revolucion de las cosas humanas representa extraordinarias tragedias. Nunca la naturaleza produjo mas belleza, ni la gracia mas maravillas en personas de esta calidad. Ni nunca la fortuna trató mas rigurosamente á una cabeza que el Cielo habia hecho nacer para llevar tres grandes coronas.

Nació en Escocia (1), y quedó sin padre á ocho dias de nacida. Llevaronla á Francia de edad de cinco años, y se crió en la Corte de Enrique Segundo, y de Catalina de Medicis, que la amaba entrañablemente. Era entonces un botoncillo de rosa, que tenia encerradas sus gracias en la primera infancia; pero yendo creciendo, se vió una Princesa descendiente de sangre de mas cien Reyes, que tenia el cuerpo formado de las manos de la beldad, un espíritu limpio, un juicio asentado, una gran virtud, y una gracia en el hablar incomparable. Todo esto hizo resolver á Enrique Segundo á casarla con Francisco su hijo (2), teniendo ella quince años, y él otros tantos. A los rayos de esta aurora todo estaba apacible, y parecia que la felicidad habia de repartir á manos llenas sus favores sobre un matrimonio que se habia hecho en el cielo para tener la aprobacion de toda la tierra.

¿Mas quién podrá saber los secretos que la Pro-  
vi-

(1) Año 1542. á 13. de Diciembre, dia de Santa ~~Barbara~~.

(2) Su casamiento y viudez.

videncia Divina nos encubre en su pecho? (1) ; O quién podrá bastantemente llorar el estado de las grandes fortunas, quando quedan desamparadas y como en manos de las grandes miserias? El pequeño Rey Frances, no haciendo mas que saludar al Reyno de paso, habiendo reynado solos diez y seis meses, murió de mal de oídos. Toda la Francia sintió esta pérdida, por las buenas inclinaciones de este Príncipe, á quien no se le conocia ningun vicio; pero mucho mas lo lloró el corazón de su amada esposa, la qual deseó sacrificar lo restante de su vida á las cenizas de su marido. Sin embargo, como por la poca edad del Rey, que tenia muchos achaques, y el poco tiempo que estuvieron juntos no les quedó sucesion, trató de volverse á su patria (2), donde dos coronas la aguardaban, en Inglaterra y en Escocia, como verdadera heredera. Tomó posesion de la una, y le usurparon la otra injustamente.

### §. III.

#### *Primer fuego de los zelos del Gobierno.*

**I**sabel de Inglaterra comenzó á tener un furioso rencor contra ella, y se habia resuelto á impedirle el viaje; pero quiso Dios que yendo acompañada de mucha nobleza de Francia, pasó el mar dichosamente, y se halló muy presto en su Reyno, como si hubiera volado por los vientos, y allí fue recibida de los buenos Católicos, con gozos y aplausos admirables. La Inglesa, que rabiaba de despecho por haber errado el tiro, cubriendo sus artificios con velo de amistad, la envió una solemne embaxada con algunos presentes, dándole la bienvenida, y jurándole una eterna alianza. La buena Princesa, que tenia el corazón generoso y crédulo, se apasionó por esta amistad, y andaba con ella á porfia, sobre quién haria mas honras y cortesias. Ella

(1) Inconstancia de las cosas humanas. (2) Vuelve á Escocia.

tomó de sus tesoros un diamante en forma de corazon, y se lo presentó con unos excelentes versos de Buchanan, que aun no tenia el espíritu infecto de traicion. En este tiempo Isabel, bien así como cuentan de las hechiceras que hacen levantar nieblas en las mas claras mañanas, no cesaba de sembrar con cautela y disimulo, alborotos y disensiones en el Reyno de Escocia, queriendo acabar con su prima con astucias, no osando hacerlo con las armas.

Y en efecto, á su llegada se halló enredada en las facciones de los Calvinistas, que alborotaban á la sazón todos los Estados de la Christiandad; y viendo que su temprana viudez no era compatible con tan grandes negocios como los enemigos movian cada dia en el Estado, se resolvió, pasados cinco años, á tratar de casarse segunda vez (1). Lo mal que le habia sucedido en su primer matrimonio la hacia temer las alianzas extranjeras las que tambien le disuadian los que mas cerca de ella andaban. Puso, pues, los ojos en Enrique Estuard, Conde de Lenox, su primo, que era uno de los mejores Príncipes del Reyno, y se casó con él con dispensacion del Pontifice. Esta eleccion, aunque inocente, por no haberse tratado con todas las consideraciones de la razon de Estado, ocasionó contra ella todos los zelos de los otros Príncipes (2); mas al fin hubo grandes regocijos.

Pero á la verdad, el Conde de Murray, hermano natural de la Reyna, hombre pernicioso y distraido, y que tenia mucha cabida con Isabel de Inglaterra, echó la primera semilla de todas las tragedias. Llamabanle al principio Prior de San Andres, por estar destinado por el Rey su padre, Jacobo Quinto, para esta dignidad Eclesiástica; pero habiendo bebido el ayre de una ambicion furiosa y alborotada (3), á que le ayudó Enox, Patriarca de los hereges en Escocia, no cesó de procurar la

qua-

(1) Casase otra vez.

(2) Semilla de los zelos ~~de amor.~~

(3) Ambicion, causa de to-

dos los males.

qualidad de Gobernador y Rey, usando para ello detestables maldades, para poder llegar á conseguir sus deseos. Como él vió que la Reyna su hermana, que era tan jóven y muy agradable, era apetecida del Rey de España para su hijo, y del Emperador para su hermano, hizo los esfuerzos posibles por impedir el designio, pareciendole que estas alianzas le vendrian á menoscabar su autoridad. Llegó á decirla con violentas persuasiones, que nunca tendria paz en su Reyno si se casaba con Príncipe extranjero, y por divertirla estaba continuamente alabando las perfecciones del Conde de Lenox, mas por aficionarla á que le cobrase amor, que por llevar el matrimonio á puntos de efectuarse.

La generosa Princesa, que aun no era muy astuta, le escuchó, y por su consejo, haciendo aun mas que él queria, trató de casarse con el Conde de Lenox, que era de bizarro espiritu y cuerpo; pero por ser muy mozo no tenia las calidades que se requerian para que la sirviese de grande arrimo. Murray, que reynaba por él y en él, y que habiendole puesto en la dignidad Real, pensaba vendria á ser el instrumento de sus voluntades, quedó bien engañado quando vió que estaba muy frio en este particular, y que reynaba con una autoridad mas absoluta de lo que él quisiera. Su enojo llegó á estado que se puso en campaña contra el Rey; pero saliendole mal la empresa, fue fuerza retirarse á Inglaterra, donde comenzó á urdir nueva trama para arruinar á su hermana.

Estaba en la Corte de Escocia el Conde de Mortón, que era un segundo Murray, y á este le dió la comision de que echase la manzana de la discordia en el matrimonio del Rey y la Reyna, y él lo executó con increíble artificio; porque hallando ocasion, por haberse entibiado algo sus afectos, le dixo al Rey Estuard (1): *Que no era Rey sino solo en el nombre, pues que la Reyna firmaba primero los despachos, y no permitia que*

(1) Efectos de la envidia y ambicion.



en la moneda se grabase otra cara que la suya: que era necesario emancipar la tutela de esta imperiosa muger, y ponerla debaxo de la ley de la naturaleza, que no permite á su sexò el mandar á un marido. Por otra parte este inventor de maldades, encendiendo dos hornos con un mismo soplo, procuraba abrasar el corazon de la Reyna con quejas, diciendo: *Que era menester castigar á este jóven temerario, y evitarle toda la soberania de su parte; porque de no hacerlo, sus desrregladas acciones queriendo partir una corona, se la quitarian á ambos á dos, y lo pondrian todo en confusion.* Esto fue causa de que Maria, animando su corazon con varonil valor gozaba de los derechos de su nacimiento, y reynaba con plena autoridad.

## §. IV.

*Zelos del Rey Estuard.*

**E**ste nuevo marido, que de súbdito habia venido á ser señor, no pudo llevar con moderacion la mudanza de su fortuna, teniendo ya mas imperio que agrado: la Reyna tambien que deseaba ser reconocida por hacedora de su buena dicha, no queriendo perder el nombre de señora, tomando el de esposa enfadada de su importunidad, dilató su coronacion, y le dió poco manejo en los negocios del Reyno. Despachaba ella ordinariamente con David Riccio, su Secretario, hombre habil y prudente, á quien trataba con todo cariño y buena voluntad, si bien mas lo hacia por la necesidad que tenia de su persona para los negocios, que por sus bellas calidades; porque era muy mal tallado, como testifican los que le vieron. Pero la envidia de los Puritanos (1), que se valia de qualquiera cosa, echó en tabla cierta mala semilla contra la honra de Maria, si bien era la cosa mas increíble y ridicula del mundo.

Tam-

(1) El libro de la muerte de la Reyna de Escocia impreso año de 1587.

Tambien Cambdén, el mas sincero Historiador de la Religion pretendida, y Monseñor de Castelnau, tuvieron horror de tomarlo en la boca, viendo era un ultraje que no tenia fundamento, aunque los Condes de Morton y de Lindesay, ribales terribles, que habian tomado por su cuenta la division de la casa real, siguiendo el espíritu de la heregia (fatalidad para poner en tabla con toda desvergüenza las mayores mentiras) alteraron mucho al Rey sobre la tibieza de los afectos de la Reyna.

El espíritu de Enrique se enfureció, viendose picado de dos demonios (1), zelos de amor y de Estado, que hacian en un mismo tiempo un prodigioso estrago en su corazon. Hicieronle creer que era tenido por Rey de farsa, y que su trono no era mas que pintado, pues su lecho aun estaba dividido con otro. En suma, la excelente beldad de la Reyna, que le habia tanto enamorado, igualaba los zelos á su ardor; abrasabase de noche y de dia, y se hallaba atormentado con rezelos, sospechas, rabias, cóleras, locuras y terrores, viviendo como sobre la rueda sin saber qué hacerse.

La pasion les aconsejó un remedio sangriento (2), que fue sacar al Secretario del despacho de la Reyna á hora de cenar, y con pretexto de comunicarle un negocio darle de puñaladas en la antecamara. Este cuerpo todo sangriento, y herido de sesenta puñaladas cayó á la puerta de su señora, implorando al cielo y á la tierra, contra los que por traicion tan horrible le quitaban la vida en la flor de sus esperanzas. La Reyna oyendo el ruido fue allá corriendo, y recibió los últimos suspiros de su alma con su sangre, de que algunas gotas le cayeron en su ropa. Alterose lo que se puede decir, pareciendole que la mancha de aquella sangre la llenaba el rostro de oprobios.

Dan.

(1) Espiritu atormentado de dos grandes demonios.

(2) Remedio trágico para la muerte del Secretario de la Reyna.

Dando, pues, ella voces, los matadores sacaron una pistola (1), sin tener atencion al esplendor de su Magestad, ni á que estaba preñada, dando muestras de querer acabar con el árbol y el fruto, de un mismo tiro. Encerraronla en una sala de palacio, quitandola todos sus criados, y poniendo á la puerta un cuerpo de guardia de ochenta soldados. Habia á la sazón Cortes de los Estados, y el Consejo pestilencial se juntó, en que los hereges no cesaban de soplar con bocas de fuego, é incitar la rebelion, la sangre y estragos. Decian claramente, que no era bien dexar á medio hacer la obra, siendo de tanta importancia; y pues que la Reyna, que era la columna de la Religion de los Papistas en Escocia, estaba ya desplomada, era menester derribarla, prosiguiendo las calumnias que se habian publicado contra ella. Procuraron engañar al Rey jóven (2), prometiendole poner sobre su cabeza la corona en paz, si queria apoyar su designio; á lo qual mostrando él inclinacion, comenzaron á urdir una horrible conjuracion, para deshacerse de los mas principales hombres del Estado, y meter la inocencia de la Reyna en el comun naufragio.

El Conde de Murray, que se habia retirado á Inglaterra por haber tomado las armas contra sus Magestades, volvió otra vez, mas como triunfador, que como reo. Dieronle noticia de los perniciosos consejos, de lo qual tuvo horror, porque nunca fue su intento llevar la materia á tal punto. Fue á hablar á la Reyna en secreto, pidiendole perdon de lo pasado, y prometiendola toda obediencia de allí adelante, y la aconsejó que reuniese los corazones, perdonase las injurias, y quitase á los conjurados toda aprehension de desesperarse. Ella, acomodandose con la necesidad de los tiempos y negocios, le recibió con toda cortesia, y le dixo estaba pronta á hacer todo lo que gustase; pero que era menester que él por allá diligenciase como los

(1) Pasion de ~~ser~~ diabólico. (2) Horrible intento de los hereges.

los rebeldes implorasen su clemencia, que ella los recibiría. En lo demás, que no ignoraba que su corazón no tenía hiel, y que siempre había perdonado los agravios, hasta perderse por demasiada bondad; y que aunque había sido tratada con demasiado rigor por un hermano, que no por eso dexaría de quererle, y gratificarle mas que á nadie, dándole muy cumplida satisfacción.

Apénas él salió, quando entró el Rey, y fue entonces quando la beldad y la naturaleza hicieron su efecto; porque la inocente Reyna, ajustando su semblante y razones con la mas sensible pasión, le dixo:

*¿Y qué, señor, esto es lo que yo he merecido por haberos querido mas que á ningun hombre del mundo? ¿Era menester apartarme de vuestra amistad, para allegaros á mis mas mortales enemigos? Si merezco la muerte por haber hecho todo el bien que he podido, ¿qué ha hecho este inocente niño que tengo en mis entrañas, que solo conservo por aumentar vuestros poderes? Los excesos de tan mal tratamiento quitarán la vida á la madre y al hijo, y temo que no reconozcais ya tarde algun dia, la violencia y la rabia de los que os persuaden que acabeis con lo que mas amais, para sepultaros en mis ruinas.*

Habiendo ella dicho estas palabras llorando, el corazón de su marido se enterneció, é hincado de rodillas la pidió perdon (1) con lastimosos suspiros, lágrimas de amor, y gemidos compasivos; y despues de haberla dado parte de la conjuración que se armaba contra ella, dixo venia á vivir ó morir en su compañía. Esta confianza la alegró mucho; y habiendole exhortado procurase aplacar la ira de Dios sobre todo, y recurrir particularmente á su misericordia, le dió las instrucciones necesarias, aconsejandole disimulase con cordura, y no se declarase á los conjurados, sino que dixese que había hallado á la Reyna muy mala, y que la violencia de su mal era tan grande como el hierro,

(1) El Rey se reconcilia con la Reyna su muger.

ó el veneno para quitarle la vida, con que no era menester hacer otra cosa; y así se lo avisaba por gobernarse con sus consejos, si Dios no lo ordenaba de otra suerte.

Esto se puso por la obra, y habiendo el Rey persuadido á los rebeldes lo que deseaba, volvió á su querida esposa, y ambos á dos se pusieron en salvo, acompañados de nueve ó diez mil hombres, por la diligencia del Conde Bothuél, los quales en una mañana deshicieron toda la conspiracion.

El Conde de Murray estaba muy adelante en la gracia de la Reyna; pero el Rey que sabia los perniciosos consejos que habia inventado, y que habia servido de instrumento en la muerte del Secretario, le tenia por sospechoso, y estuvo resuelto á darle la muerte luego (1), á no estorbarlo la buena Reyna, que no podia consentir violencias. Murray, sabiendo la mala voluntad que el Rey le tenia, le ganó por la mano con exécrable alevosía atrayendo al Conde Bothuél su amigo, hombre inconstante y atrevido, para quitarle la vida, prometiendole le casaria con la Reyna si se lograba el intento.

El desdichado Príncipe, á quien los zelos le habian inducido á la cruel muerte del Secretario, se habia de todo punto reconciliado con su muger, teniendola gran compasion, por verla enredada en los perniciosos consejos de sus enemigos. Estaba él entonces en Glasco achacoso de bubas, y sabiendolo la Reyna, fue allá prontamente y le hizo llevar á Edimburg, para curarle con mas comodidad. Los conjurados se juntaron en el mismo tiempo para hacer su tiro, y al principio tuvieron gana de acabar tambien con la Reyna y su hijo en una misma ruina, pero juzgaron se daria mucho que decir, y que era mejor culpar á la muger la muerte del marido, pues se sabia estaba extremadamente ofendida de su mal proceder. Por esta causa procuraron irritar-

(1) Morte de Enrique Estuard. to de su historia, de la Reyna. (2) Conde de Murray. Cólera y venganza perjudicial.

la, y ponerla mal con él para que enojada se vengase, mas nunca lo pudieron conseguir, porque estaba muy segura y firme la amistad. Deliberaronse, pues, de dar muerte de fuego á este infeliz Príncipe, y como estaba muy incomodado en su palacio, le aconsejaron se fuese á una excelente casa que estaba en lo mas alto de la Ciudad, donde habian dispuesto una mina fatal para su desdicha. La Reyna consintió en que fuese, y mandó con toda sencillez llevasen á su marido al lugar destinado, llevandole ella misma de la mano al entrar en la casa, y disponiendo con singular prudencia todo lo tocante á su cura. No contenta con esto se estuvo con él, sin tener miedo ninguno de su mal, que tanto temen los delicados. Estuvole alegrando y entreteniendo hasta media noche con las mas dulces satisfacciones que podia esperar de su bondad.

Apénas se retiró, quando por los secretos artificios pegaron fuego á la mina, y voló la sala y cama del Rey (1), el qual asaltado de esta desdicha, vino á caer con la violencia del fuego medio muerto en un jardin, á donde los autores de la maldad, conspirados con los elementos, le acabaron de matar. La Reyna quedó asombrada, y dolorosa con grandísimo miedo, sin saber qué hacerse, aguardando cada momento el fin de esta tragedia con el de su vida.

El malicioso Conde de Murray, que habia logrado su traicion, valiendose de su maldad, y habia dicho á sus confidentes que el Rey habia de morir aquella noche, retiró diestramente la mano. El pueblo murmuraba, sin saber á quién arrimarse; pero los mas entendidos reconocieron era efecto del malvado hermano, que deseaba acabar con toda la Casa Real por ponerse en el trono.

Asi lo refiere Cambdén en la primera parte de su historia (2), y aunque era Calvinista de Religión, y

Cro-

(1) Muerte de Enrique Estuard. te de su historia, año 1567. par-

(2) Cambdén en la primera parte 110. de la Conquista de Holanda.

Cronista de la Reyna de Inglaterra de profesion, no pudo disimular la verdad, en cuya confirmacion trae pruebas tan claras como el dia, con las atestaciones de los Condes de Honthey y Argathél, dos de los principales señores de Escocia, que protestaron autenticamente á la Reyna de Inglaterra, por un escrito firmado de sus manos, que los Condes de Murray, de Mortón y de Lindingtón fueron los consejeros y autores del funesto parricidio cometido contra el Rey; y que la buena Reyna, á quien ellos querian atribuir la venganza, habia siempre dicho que nunca haria cosa en que padeciese detrimento su honor, ó se ofendiese su conciencia. Tambien el infeliz Conde de Mortón, que despues fue convencido y sentenciado por este delito, la disculpó totalmente de la muerte, nombrando los conjurados que se habian unido por promesa escrita de defender al matador del Rey. Juan Hebrón, París y Daglis (1), que hicieron la mina, despues de haberles dado tormento para hacerles acusar á la inocente, estando en el suplicio protestaron delante de Dios y de los Angeles, que ella estaba libre de todo crimen, y que Murray y Mortón se lo habian mandado (2). Buchanano, Pensionario de Murray, que la habia desacreditado con su venenosa pluma, tocado al fin del remordimiento de la conciencia, pidió perdon llorando, al Rey Jacobo su hijo; y estando en la cama para morir, dixo deseaba se le alargase la vida, ó por esclarecer la entereza de Maria con la luz de la verdad, ó por lavar la mancha de su mala lengua con su sangre (3). Algunos Protestantes, admirados de verle hablar de aquella manera, dando muestras de lo que temia el juicio de Dios, decian con una necia escapatoria, que su mucha edad le hacia desvariar. Esto que he dicho fue despues reconocido, como veremos por una

(1) Cambdén, parte 3. pag. 53.

(3) El mismo Cambdén, par-

(2) El mismo, parte 1. pag. 128. año 1567.

año 1567.

una sentencia pública y solemne, en que los principales señores de Inglaterra, aunque Luteranos y enemigos, siendo nombrados para exâminar este particular, publicaron claramente la inocencia de la Reyna.

¿Hay que decir mas que esto? ¿No basta para hacer avergonzar ó rebentar de despecho á tantos infames Historiadores, que infamaron su pureza? Hay tambien Católicos poco versados en la consideracion de las historias, que se dexan llevar de las otras razones, sin reparar en que toda la calumnia procedió de aquel libro de Buchanano, sobornado por el bastardo Murray, que le habia prometido hacerle Patriarca de Escocia, en caso que él fuese Rey; lo qual hizo á este apóstata escribir un detestable libelo contra la honra de la Reyna, que fue condenado despues por los Estados de Escocia, y retratado por el mismo autor. Mas algunos Hugonotes de Consistorio, que son los mas pestilentes calumniadores del mundo, no han cesado de hacer correr esta fábula é ilusion del género humano, aunque juridicamente fue condenada por falsa, por los mas afectos de su parte. Es desdicha que los hombres creen de buena gana el mal, ó ya sea por la inclinacion, ó por la dificultad que tienen de deshacerse de las primeras creencias. La virtuosa Reyna Dido, pasa eternamente en el mundo por una muger perdida de amores, segun dixo un Romano, aunque verdaderamente murió ella por la defensa de la castidad, queriendo mas arder en las llamas de una hoguera, que casarse, como dice Tertuliano.

#### §. V.

#### *El amor temerario del Conde de Bothuél.*

**M**as volviendo al propósito de nuestra historia, algun tiempo despues de la muerte del Rey, Bothuél, que era uno de los mas poderosos señores de Escocia, se atrevió á querer casar con la Reyna, pues que el



el Conde Murray se lo habia prometido en premio de su delito. Al principio fue desechada su pretension, aunque ella no sabia aun que este malvado hombre habia concurrido en la muerte de su marido, reconociendole siempre por muy fiel á su servicio; pero como se fue estendiendo el ruido, se enojó mucho contra los que la persuadian este negocio, diciendo era muy mal hecho proponerle por marido al que estaba indiciado de tan detestable maldad, aunque estuviese inocente; ademas, que ya él estaba casado con otra muger. Mas el bastardo y los otros conjurados, hicieron que los Jueces que eran de su faccion, le diesen por libre, y dieron á entender á la Reyna que la primera muger, que nunca la habia comunicado legitimamente, era muerta.

Todo esto no era bastante para hacer doblar el espíritu de la Reyna, que estaba muy alterado por lo que habia pasado; por lo qual el Conde transportado de amor, y confiado en el mucho crédito que tenia en todo el Reyno, corriendo la campaña con quinientos caballos, tubo atrevimiento de coger á la Reyna volviendo de Esterlin, á donde habia ido con su pequeño hijo, y llevarla á su castillo de Dombar, donde pidiendola perdon con grandísimas sumisiones, la hizo saber el concierto que habia de casarse con ella, firmado por el Conde de Murray, y los principales del Reyno, que tenian por bien se hiciese esta union para remediar todas las calamidades públicas; y ademas de eso protestó, que nunca se olvidaria de la honra que recibiria de su Magestad, por la grandeza de su no esperada fortuna, que el mayor Monarca del mundo debería apetecer, sino que estaria siempre muy humilde y muy obediente á su servicio. Este Filisteo adoraba de esta suerte á aquella hermosa arca de la alianza á la sazón cautiva.

Mas ella moderando su pasion le respondió, que el proceder de aquella manera, era echar á perder todo el negocio ~~de~~ de establecerlo. Que ella queria

resueltamente volver á Edimburg, Ciudad Corte de su Reyno, donde tomaria resolucion de hacer lo que bien le pareciese.

En este tiempo el Conde de Murray, que estaba fuera por no hacerse sospechoso en la muerte, volvió á la Corte, y llevó la demanda de su asesino, á quien pagaba con la conquista de la mejor Reyna del mundo, la recompensa de su maldad. Hacia grandes instancias en que la Reyna se casase con Bothuél, representandola su inocencia confesada públicamente, el lustre de su casa, las empresas de su valor, y las pruebas de su fidelidad, que le hacian muy digno de su amor (1). Añadia, que estando sola y sin asistencia, no podria de ninguna manera apaciguar los alborotos que habia, ni prevenir los desacatos que la podrian hacer, ni llevar la carga del Reyno; por lo qual debia recibir por marido, y compañero de su fortuna y desig-nios, al que tenia poder, voluntad, y valor para oponerse; ademas, que nunca tendria paz con él, sino es por la consumacion de tan buen negocio. Este mal hombre juzgaba que de esta suerte, ó reynaria por su confidente, ó desacreditaria á la Reyna por esta accion, y la quitaria la autoridad, como lo hizo.

Las bodas se ajustaron, y las instancias fuertes del Conde reduxeron á Maria á que se casase con él *in facie Ecclesie*, con todas las ceremonias que se requie-ren. Han dicho algunos que esta buena señora fue perseguida para que se casase por causa de su hermosura, y que la facilidad de su natural, que no podia resistir á las grandes importunidades y continuas batallas que el amor levantaba contra ella, le ocasionó un diluvio de desdichas; y así los Príncipes sus vecinos, que no tenian noticia del artificio de sus enemigos, la vituperaron al principio de que se hubiese tan facilmente juntado con un hombre peligrosamente sospechoso,

(1) Cambden, parte 1. pag. 111. zo por engaño y sollicitud del Con-  
dice, que este casamiento se hi- de de M.

pareciendoles que debia inquirir exáctamente las menores faltas, de que la envidia pudiese formar sombras. Pero quien considerare una jóven viuda de diez y siete años, puesta en lo último de la tierra, donde la heregia habia soltado todas las furias del infierno para destruccion del Estado; y quien la contemplare sola como el lucero del alba en medio de las nubes, sin asistencia, sin fuerzas y sin consejo, perseguida de su hermano, ultrajada de los hereges, vendida de la Reyna de Inglaterra, con velo de buena voluntad, y requerida de matrimonio por los Príncipes de su Reyno de mano armada, hallará que no obró imprudentemente en mostrar que elegia de amistad á los que la necesidad le daba por fuerza; y que hay tiempos y sucesos tan peligrosos é irremediabiles, en que nosotros no tenemos poder mas que para perdernos.

## §. VI.

*Persecucion de la Reyna de Escocia por los Protestantes.*

**E**n este ínterin los Luteranos y Calvinistas no cesaron de alborotarse y bramar contra su Princesa, y comenzando por libelos infamatorios, que eran como el zumbido de las cigarras del Apocalipsis, hicieron tanto con las trompetas de sus sediciones, que encendieron la guerra con pretexto de vengar la muerte del Rey, que ellos habian hecho pintar muerto en una bandera sangrienta, con su tierno hijo á los pies, que pedia venganza. Bothuél, que estaba aun embebecido en las dulzuras del afecto de su nueva esposa, se quedó asombrado quando vió puesto en campaña un ejército contra él, y que la voz pública le cargaba claramente la muerte de su Rey. La Reyna tuvo tanto horror del delito de este hombre, quando se comenzó á descubrir con el tiempo, que le mandó luego al punto retirarse, y que no la viese nunca; y aunque ella no ignoraba que su ánimo y valor eran capaces de

de librarse de la borrasca que le amenazaba; no obstante quiso mas exponerse á los furoros de sus enemigos, que tener una hora sola junto á sí un hombre, que sabia solo por entonces habia tenido malos deseos contra la persona real. Huyóse, pues, él al Reyno de Dinamarca, donde despues de haber estado diez años preso, protestó viviendo y muriendo, que la Reyna Maria nunca habia sabido nada de la conjuracion hecha contra el Rey su marido, y que los que hicieron el tiro, habiendo procurado algun consentimiento de la Reyna para su descargo por su orden, les respondió que era un sacrilegio el pensar tal, por tener el alma muy inocente. Esta deposicion, que estando para morir hizo delante del Obispo y otros señores del Reyno, fue despues enviada á muchos Principes de Europa por el Rey de Dinamarca, y á la misma Isabel, que la encubrió. Entretanto (1) la rabia de los infieles se apoderó de Maria, y la forzó con exêcrables violencias y traiciones, hechas por astucia por los Agentes de la Reyna de Inglaterra, á que resignase el Reyno en su hijo, á quien los sediciosos hicieron coronar de edad de un año, para poner toda la autoridad en manos de Murray con calidad de Regente. No contentos con esto, la cogieron estandose vistiendo, y quitandole los adornos, dignos de su calidad, la vistieron muy pobremente, y habiendola montado en un caballo, que acaso pasaba por el prado, la llevaron á un lugar apartado, y la pusieron en un castillo que está sobre el lago de Levin, debaxo de la guarda del Conde Domglas, hermano del Virey, hijo de su misma madre, tratandola como á muger ordinaria, y acusandola con horrible desvergüenza de la muerte de su marido, con designio de revolver el Reyno y quitarselo.

Cargabanla de oprobios en esta prision, y particularmente una concubina de su padre, muger insolentissima, que la guardaba, y el Prior infame que la vi-

(1) Rabias de la infidelidad.

sitaba, haciendola reprehensiones como un Padre Confesor; y desde entonces algunos espíritus alevosos y sanguientos, casi tomaron resolucion de hacerla matar, y publicar que ella se habia desesperado.

¡Qué indignidad, y qué trueque de la naturaleza y leyes del mundo! Esta excelente muger, á quien la beldad y la naturaleza habian dado cadenas para cativitar los corazones de los bárbaros. Esta alta Princesa, á quien el Sol vió tan presto Reyna como criatura viviente, la que habia nacido para los Imperios, y para quien parece habian ellos nacido, se vió privada de la dulce libertad, apartada de todo comercio humano, desterrada en un yermo, donde no habia sino algunas peñas que fuesen testigos de sus trabajos; y lo que es mas, verse cautiva de sus súbditos, y esclava de sus esclavos. La pobre tortolilla no cesaba de gemir, mirando muchas veces desde una reja el lago de Levin, en cuyas fluctuantes olas consideraba las mudanzas de su fortuna. Entonces fue quando la dió una profunda tristeza (1), en que el espíritu maligno, que pesca en el agua turbia, la tentó á que se desesperase, inspirandola, que pues que el ayre y la tierra se le habian cerrado, escogiese el agua, y se echase en el lago para acabar los trabajos de su cautiverio, y sepultar en un momento todas sus penas.

Pero como esta buena alma estaba asida con Dios con cadenas indisolubles, se puso á hacer una fervorosa oracion al Señor, y él fue servido de consolarla y afirmar su corazon, que habia baxado hasta lo profundo del abismo de las miserias del mundo. Esta oracion produjo amorosas infusiones con su Criador, y la dió una confianza generosa, que la hizo decir (2):

*¿Y qué, alma mia, si Dios permite esto por tus pecados, no es fuerza besar el azote que te castiga, y adorar esta misericordia infinita, que te da el castigo con penas*

(1) Pasion de la desesperacion  
dichosamente recibida.

(2) Consuelase ella en su prision.

*nas no durables, sin querer hacerte objeto de su cólera, que se enciende con eternidad de llamas? ¿Y si esto te sucede por probar tu valor, temes tú de entrar dentro del horno, donde el grande Artífice consumirá la paja que te quema, y te hará luciente como el oro? ¿De qué os entristeceis, corazon mio, de estar privada de la libertad y delicias de la Corte? Tomad las alas de la contemplacion y del amor, y volad por encima del lago de Levin, volad por encima de los mares que cercan estas Islas, y sabed que no hay prision para un alma, á quien Dios ha dado libertad, y que es señor de todo el mundo el que lo sabe menospreciar.*

Sentia ella consuelos incomparables con estas consideraciones (1), y suavizaba lo mejor que podia los trabajos de su prision, quando en esto una ciega felicidad la hizo hallar las islas no esperadas. Dios levantó un niño Daniel para librar á esta pobre Susana. Un muchacho, hijo del Conde Domglas, se compadeció en su pequeño corazon de las miserias de esta hermosa Reyna, y se atrevió á decirla: señora, si vuestra Magestad quiere tratar de su libertad, yo sé el cómo. Nosotros tenemos aquí abaxo una puerta por donde salimos algunas veces á pasearnos por el lago, yo os traeré la llave, y tendré aprestado un barco en que nos iremos entrambos, por librarme yo del furor de mi padre. La Reyna muy admirada de este discurso, le dixo: mi pequeño amigo, muy bien está lo que decis; no lo comuniquéis con nadie, porque nos echaréis á perder; y si me haceis este favor, yo os haré Grande, y contento toda vuestra vida. Luego escribió ella en un pañuelo con carbon, por falta de papel y tinta, y tuvo modo como avisar al Vizconde de Selon de su designio, señalándole dia y hora para que la aguardase, á lo qual él se dispuso con grande actividad, que parece mas se valió de alas para volar, que de pasos para caminar. El muchacho puso por obra lo que habia prometido; ella toma la llave, abrió la puer-

(1) Esperanza contra toda esn

puerta, y se metió ligeramente en la barca con el pequeño compañero de su fortuna. Tomó el remo en la mano, viendo que el niño no tenia fuerzas para moverlo, y comenzó á conducir el baxel á fuerza de sus brazos. Una de sus damas, llamada Queneda, viendo á su señora en este lance, saltó por una ventana al lago, y se dexó llevar del furor de las aguas hasta llegar á ella.

¡O Dios, cómo los astros miraban con admiracion en el gran silencio del mundo una Reyna tan bizarra abatida á unos remos, para hacer un oficio que la necesidad la enseña, y la felicidad gobierna! La calma de las olas sentia los esfuerzos de aquella bella mano, y todo el lago abria dulcemente sus aguas para darle paso. Llegó al fin á la ribera, y halló al Vizconde, que la recibió con toda reverencia y alegria. Retiróse á lugar seguro, y trató de los medios de asegurarse, á lo qual halló sus buenos súbditos bien dispuestos, y en pocos dias juntó un ejército de cerca de siete mil hombres; pero los rebeldes rabiosos vinieron sobre ella con grandes tropas, y dando la batalla vencieron. El reencuentro fue sangriento, peleando los unos con furia, y los otros con valor. Cincuenta y siete señores de la casa de los Hamiltones quedaron muertos en la campaña. La Reyna que tenia horror de tantas muertes, tuvo por mejor una retirada inocente, que una victoria incierta. Su hermano bastardo, cabeza de la rebelion, de Rey imaginario, se hizo verdadero tirano: aniquiló quanto pudo lo que habia quedado de la verdadera Religion en Escocia, por la persuasion de Enox y Buchanano; desnudó las Iglesias por cubrirse él, oprimió la gente honrada, y pasó á toda clase de insolencias.

## §. VII.

*Retirase á Inglaterra , donde los enemigos la acusan.*

**L**a lastimosa Princesa se vió obligada á salir fuera del Reyno, por no caer otra vez en manos tan alevosas y crueles. Embarcóse, teniendo al principio algun deseo de arribar á la costa de Francia, donde su memoria estaba aun adorada; pero como su corazon era altivo, y extremamente alentado, juzgó era afrenta el ir en trage de desterrada á un lugar, donde las gracias y las virtudes la habian erigido tantos trofeos (1). Pensaba que las desgracias ocultas eran mas sufribles, y que le estaba mejor vivir en una Isla, que hace lo último de la tierra, que en el lucimiento de Francia. Además, que juzgaba debia hallarse cerca de su Reyno para negociar con mas facilidad su vuelta. El Arzobispo Hamilton, que era un viejo muy entendido, la disuadió esta resolucion, sabiendo bien las mañas y tratos del Conde Murray con la Inglesa; y dando ella muestras de no hacer caso de sus consejos tan sanos, se hincó de rodillas, y con lágrimas en sus ojos la pidió no se fuese por su voluntad al suplicio. Isabel por otra parte la llamaba y solicitaba con mil cortesías, para que tomase el viage de Inglaterra, á lo que ella condescendió, como si la necesidad la hubiese hecho cadenas de diamante para atarla á su desdicha.

Esta inocente paloma, huyendo de las redes del cazador, se metió en las garras del gabilan. Entró en un Reyno, de donde habian salido desterradas la Religion y la Justicia, por las horribles facciones de los hereges. Pusose en poder de la que habia usurpado su corona, y que hallaba todos sus intereses en su muerte. En lugar de ir á la Corte para ser recibida segun sus méritos, se vió desterrada en un rincon de una Isla des-

(1) La vergüenza civil impide los buenos deseos.




despoblada, donde fue indignamente puesta en un nuevo cautiverio. El Virey, su hermano infiel, viendo se le habia escapado de sus armas sangrientas, prometió perseguirla muy facilmente con la astucia sagaz de los Jueces protestantes, y así renovó el proceso de las acusaciones antiguas, y de todas las falsedades que se habian inventado contra su honra. La Reyna Isabel, en lugar de reprimir las insolencias de sus inhumanos vasallos, les concedió Comisarios, y mandó la hiciesen la causa. Los Puritanos y Luteranos, enemigos mortales de Maria, fueron acusadores, Jueces y testigos. Todos deseaban la sentencia con fervores sangrientos y diabólicos, procurando oprimir la inocencia. El número de los buenos era muy corto, y el miedo del peligro cerraba la boca á los que tenían conocimiento de la verdad, sin tener ánimo para sacar la cara á defenderla. No obstante, entre otros, se halló un caballero Escoces, Vizconde de Herrin, digno de eterna memoria, que se presentó ante Isabel por defender á su Reyna, y la dixo:

*Señora, la Reyna mi señora, que en nada es menos que vos, sino por su desgracia, os suplico consideréis que es acción de muy mal exemplo, y de perniciosa conseqüencia el hacer oír contra ella á sus rebeldes vasallos, que no habiendo podido acabarla con las armas, pretenden quitarla la vida, con pretexto de justicia en vuestro propio regazo. Considerad, señora, el estado de las cosas humanas, y tened alguna compasion de las nunca oidas calamidades de vuestra pobre suplicante. Despues de la muerte del Rey su marido, y de sus criadas, y el cruel insulto contra su Real persona; despues de las prisiones y cadenas, los súbditos son oídos contra su legitima señora, los culpados contra la inocente, y los reos contra su Juez. ¿Dónde estamos, ó qué hacemos? Aunque la naturaleza nos ha puesto en las extremidades del mundo, no por eso nos ha quitado la piedad y clemencia. Vuestra sangre es y vuestra patria, y una de las mejores Reynas del mundo; ¿por qué vuestra Magestad previene tantos cadabalsos en la parte donde*

*no guardaba sino favores? No tengo palabras para un hecho tan bárbaro; pero estoy pronto á verificar la inocencia de mi Reyna con testigos irrefragables, con papeles y firmas de los acusadores. Y si esto no basta, yo me ofrezco, con licencia de vuestra Magestad, á sustentarlo de hombre á hombre en combate, contra el mas osado y determinado de los que pretenden este juicio, prometiendome de vuestra equidad, que no negará este favor á la que quieren poner en estado de no recibir nunca vuestra gracia.*

Isabel, que hallaba sus conveniencias en la desgracia de Maria, no hizo cuenta de lo que decia, ántes mandó á los Comisarios, que eran los Duques de Nortfolc y de Susex, hiciesen el cargo; mas hay un Dios que preside en las juntas de los hombres, y que hace muchas veces trocar su consejo contra su propia conciencia. La mayor parte de este tribunal estaba con intencion de acabar con ella. Murray, Mortón, el infame Obispo de Orcades, el malvado Buchanano y otros enemigos suyos, habian venido con las mas exêcrables invenciones que han salido nunca de los pozos del abismo, hasta culparla en la muerte de su marido, producir papeles enamotados, hechos por algunos Puritanos, diciendo con increíble descoco, se habian hallado en un cofre de plata de la Reyna.

El Conde de Murray (1), que fingia al principio no querer sino á Bothuél, se declaró cabeza de esta acusacion, pretendiendo afrentosamente la muerte de su hermana, y diciendo que habia hecho morir á su marido en venganza de su Secretario. Que no le podia ver, pues no habia sentido bastantemente su pérdida, ni llorado su muerte. Que ella estaba totalmente aficionada al Conde de Bothuél, con quien despues se habia casado, aunque fue este el matador de su marido. Lesley, Obispo de Rosa, Gordín, Gavín, Barón y otros, á quienes la Reyna habia encomendado su defensa, porque no asistia en persona al juicio, sabien-

(1) Crueldad inhumana de  ambicion.

do la verdad del hecho, y hallandose sumamente picados de las infames traiciones de este Judas, le trataron como merecia, y respondieron en una fuerte apología que despues se puso por escrito, y se presentó á los Jueces para que la viesen despacio. He querido poner aquí la substancia de ella, habiendola hallado bien dilatada en los autos de la Reyna de Escocia.

“Señores, gracias debemos dar al cielo (1) de que  
”el Conde de Murray se hace acusador en esta cau-  
”sa, porque siendo su nombre capaz de justificar los  
”mas grandes delinquentes, no puede tener eficacia pa-  
”ra abatir á los inocentes delante de personas tan pru-  
”dentes y rectas. Bien sabido es que por la ignomi-  
”nia de su madre es hijo del pecado tan presto como  
”de la naturaleza, que no ha vivido sino de maldades,  
”ni engrandecidose sino con insolencias. La Reyna su  
”hermana no tiene mas que un delito, y es haber-  
”le adelantado contra los intentos del Rey su padre,  
”que nunca le habia destinado sino para una corona  
”de barbero, y él quiere ahora ponerse la de un Rey-  
”no. Pretende se le ponga en su cabeza la diadema de  
”Maria, en recompensa de haberla desacreditado con  
”sus calumnias, deshonorado con sus ultrages, aprisio-  
”nado por su furia, y desposeido por su tirania.

”Murray acusa á la inocente de haber maquinado  
”la muerte de su marido, y lo hace en un tribunal don-  
”de hay testigos de mayor excepcion, que le proba-  
”rán ahora como despues de haber trazado esta detes-  
”table alevosia, dixo estando en un barco, que el Rey  
”aquella noche sanaria de todos los males. Y verdade-  
”ramente le era facil de adivinar, pues tenia la segu-  
”ridad de ordenarlo así á sus cómplices, y señalarles  
”el lugar, tiempo y modo de la execucion. Murray  
”se hace acusador por quitar un Reyno y empuñar un  
”cetro, manchado con la sangre de la Reyna su her-  
”mana; y no hay que admirarse de esto supuesto que  
”ha

(1) Defensa vigorosa del buen derecho de la inocencia.

»ha vendido su alma en tantos insultos á mucho menor precio.

»¿Quién era mas interesado en la muerte del Rey que él, pues de Monge, que es el estado de su nacimiento, ha llegado á ser Gobernador de un gran Reyno? ¿Quién podia desear con mas anhelo verle fuera del mundo, sino el que aguardaba todos los dias de la mano de la muerte el justo castigo de sus deslealtades?

»Aquí estamos prontos á presentar un papel firmado de su mano y de sus aliados, en que se obliga á defender con todos, y contra todos al que osase matar al Rey. Este exêcrable instrumento estuvo en manos de Bolfou, Capitan del castillo de Edimburg, á quien al principio habian atraido á su parte; y despues habiendo reñido con algunos de los conjurados, descubrió todo el negocio. Nosotros hablamos con razones mas claras que la luz del dia, y con seguridades tan fuertes como la misma verdad.

»Pregunto, señores, ¿qué es lo que nuestros contrarios oponen á todas estas pruebas, sino es conjeturas frívolas, que no fueran bastantes aun para condenar la mas vil esclava del mundo, y quieren tengan fuerza contra una tan alta Magestad? Diez mil bocas como las de Murray y sus cómplices, no hacen una media prueba contra la honra de Maria, y con todo eso hay paciencia para escucharlos ántes que castigarlos.

»Han puesto ellos á quëstion de tormento ordinario y extraordinario á algunos pobres criados, y los han despedazado y desollado vivos por hacerles acusar á la Reyna, y nunca se ha hallado una palabra siquiera eficaz contra su inocencia; ántes declararon públicamente, y delante del pueblo en el suplicio, que ella estaba ignorante de todo lo que pasó, y que nunca oyeron decir cosa alguna tocante á este delito.

»Todas sus razones se reducen á dos conjeturas: la primera, es que la Reyna cometió este delito en ven-

»gan-

„ganza de la muerte de su Secretario; y la segunda  
„que sus amores y casamiento con el Conde de Bo-  
„thuél, matador de su marido, son para ella inevita-  
„bles cargos. Pero pregunto para responder á la pri-  
„mera, ¿si la Reyna tenia gana de vengarse, contra  
„quién habia de hacer la venganza? ¿Contra un ma-  
„rido á quien ella queria tan entrañablemente, á quien  
„defendia siempre diciendo era jóven que se dexaba  
„engañar de malos consejos; á quien ella habia dado  
„una abolicion de la muerte de David Riccio, temien-  
„do no se lo demandasen algun dia; á quien ella de  
„nuevo habia recibido en su gracia y estrecha amistad,  
„y á quien ella daba muestras de un extremo amor  
„hasta la última hora de su vida? ¿Sobre este habia de  
„descargar su cólera, ó sobre los que habian sido los  
„autores y executores del delito? Si perdonó al Conde  
„de Murray y al de Mortón, sus enemigos declarados,  
„á quien pudo matar mil veces, ¿cómo se puede creer  
„que una señora, en quien siempre se ha reconocido  
„una muy buena conciencia, habia de querer matar á  
„un marido apacible, que sabia ella no habia delinqui-  
„do sino por la malicia de aquellos espíritus perdidos?

„¿Pero por qué se casó con el asesino del Rey su  
„marido? Es el segundo punto, y para decir verdad el  
„único que ellos publican, y sobre ello han hecho es-  
„fuerzos, y presentado algunas infames letras, inven-  
„tadas por Buchanano ú otro semejante, que hablan  
„de amores, no como de una Princesa, sino como  
„de una muger pública y perdida; y como si un es-  
„píritu tan casto y prudente como el de la Reyna, pu-  
„diera ser tan necio y villano, que habia de publicar  
„sus infamias á vista de todo el mundo.

„Pero al fin el matrimonio se concluyó: ¿quién lo  
„hizo sino los que ahora lo hacen crimen capital? Es-  
„tos son los que aconsejaron con razones, solicitaron  
„con instancias, obligaron por fuerza, y concertaron  
„por ajuste. Aquí estamos prontos á presentar el con-  
„trato, que ~~está firmado~~ sus nombres y sus sellos, y no lo

„pueden negar. La Reyna protesta delante de Dios y  
 „de los hombres, que hubiera querido mas morir diez  
 „mil veces, que casarse con Bothuél, si hubiera pen-  
 „sado estaba manchado con una sola gota de la san-  
 „gre de su marido, y si ellos no le hubieran declarado  
 „por inocente.

„Juzgad, pues, señores, con quanta osadía se atre-  
 „ven a parecer en vuestra presencia, y creer que la  
 „Reyna de Inglaterra os ha nombrado para servir á su  
 „pasion, y sacrificar una tan alta Princesa á su ven-  
 „ganza. Nosotros esperamos todo lo contrario, y nos  
 „persuadimos claramente, que el gran Dios, juez for-  
 „midable de los vivos y muertos, os inspirará el con-  
 „sejo para aclarar la verdad, dando gloria á vuestra  
 „conciencia, y consuelo á la mas afligida Reyna, que  
 „no quiere vivir lo restante de su vida, sino es con  
 „el favor de vuestra bondad.”

Dicho esto en forma, los Agentes y Diputados de la Reyna, despues de haber protestado claramente que no habian venido á reconocer algun poder superior á la Corona de Escocia, sino solo á hacer una declaracion del buen derecho de su Reyna, no queriendo gastar el tiempo en palabras, vinieron á la prueba, y la defendieron con increíble vigor, haciendo primero parecer en Consejo pleno las falsedades de que tan ordinariamente usaba Murray; y despues presentando el contrato de las bodas de Bothuél, que él condenaba, firmado por él y sus adherentes, sacaron tambien el instrumento de la conspiracion contra el Rey difunto, firmado de su mano, y sellado de su sello. En fin, sacaron las deposiciones de Juan Hebrón, París, y Daglís, que fueron sentenciados por este delito, y disculparon enteramente á la Reyna en el artículo de la muerte delante de todo el pueblo.

Despues que los Comisarios probaron (1) que la Reyna de Escocia estaba inocente de todo lo que fal-  
 sa-

(1) Su justificacion

samente se le culpaba por los acusadores traidores y desleales, y que las instancias que hacian eran solo para librarse del delito que habian cometido, y cubrir la tirania que habian usurpado en Escocia, fue causa de que el Conde de Murray se huyó muy temeroso y confuso, viendo que su vida estaba en gran riesgo, á no ser secretamente amparado de Isabel.

Siguiendose el juicio, los mas honrados del Consejo (1) propusieron tres medios para excusar las diferencias, y restituir la verdadera Reyna en su Reyno. El primero fue que diera bastante seguridad á la Reyna Isabel de no inquietarla en ninguna manera en la sucesion de la Corona de Inglaterra. El segundo, que diera perdon general á los rebeldes, de miedo de no empeñarse en la fuerza de proceder en el castigo infinito. Y en tercer lugar, que habiendose condenado como rapto el casamiento de Bothuél, consintiera ella en casarse con alguna persona ilustre de Inglaterra, que aceptando todas estas condiciones conservaria ambos Reynos en perpetua amistad, á lo qual Maria mostraba tener particular inclinacion.

### §. VIII.

#### *Laberintos de hipocresia de Isabel.*

**M**as la Inglesa quedó sumamente admirada de esta sentencia y sucesos, y aunque mostraba en público haberse holgado de la justificacion de su prima, estaba rabiosa en secreto, é incitaba á los acusadores á que prosiguiesen su intento en pleno Parlamento, llamandolos cobardes y flojos, pues habian emprendido este negocio sin llevarlo hasta el cabo de su intento.

El proceso fue tambien llevado al Consejo de Inglaterra, donde el bastardo, armado de la afrentosa pluma de Buchanano, hizo todos los esfuerzos posibles, has-

Confesion de los calumniadores.

hasta amenazar á los Agentes de Maria con la autoridad de Isabel; pero todos los hombres de buen talento comenzaron á murmurar, diciendo que era menester matar á los traidores, y restituir á la inocente en su Reyno. Isabel, por una parte iba dando largas, y por otra fingia querer estar por las condiciones del ajuste, ó bien para parecer civil y humana, ó porque queria probar las voluntades de los que hablaban con mucha libertad en este negocio.

En el ínterin los que no descubrian claramente los laberintos de su corazon tenebroso, juzgaban que la verdad habia descubierto la inocencia de la Reyna de Escocia, que la borrasca se habia sosegado, y que ella surgiria en el puerto tan deseado; todos la miraban con diferentes ojos, y los Grandes de Inglaterra deseaban con ahinco su alianza (1).

El Conde de Lister ó Licestre, gran favorecido de Isabel (2), viendo que la Reyna no tenia intentos de casarse, y que la Corona de Inglaterra vendria á ser de la prisionera, tuvo deliciosa ambicion de este casamiento; pero la condicion Tiberiana de su zelosa señora aun no permitia casi decir este pensamiento á su corazon. Deseaba mucho que la Reyna tocase por sí misma esta materia para resignarse en todo á su voluntad, y darla á entender que seria este buen medio para quitar todos los rezelos de la Escocia; mas él no se atrevia á tentar el vado, porque conocia el espíritu de la Inglesa, tan inclinado á todas malas impresiones, como cruel en la venganza.

El Duque de Nortfolc, que habia presidido en el juicio de Maria, estaba en mayor dignidad que los demas, y le estimaban en todo el Reyno por sus grandes y bizarras qualidades. El bastardo Murray le iba adulando, con la esperanza de que se casaria con su hermana; Licestre le decia lo intentase, dandole la no-

ra-

(1) Esperanzas engañosas.      sos contra el Duque de Nortfolc,

(2) Traicion de los envidiosos y su ruina.



rabuena, ó bien fuese por calar de este modo los pensamientos de Isabel, ó porque zeloso queria quitar de delante al Duque, que era solo el que podia hacer sombras á su luz. El Conde de Trocmortón, que era amigo de los dos, fue á decir á Nortfolc que el otro tenia que hablarle sobre un negocio de importancia, y una alianza grande, que era la de la Reyna de Escocia, que le estaba á él muy bien; pero que le aconsejaba como amigo lo comunicase con el Conde de Licestre, que se juzgaba tenia la pretension, y que si tenia modestia apoyaria el otro este particular tan considerable, supuesto que al parecer no podria conseguirse sin su apoyo. Creyólo él, y apénas el Conde le apuntó una palabra, quando lo trató con toda cortesía y sumision, aunque en lo demas se mostraba tibio é indiferente por la Reyna de Escocia, no obstante que su inocencia perseguida habia encendido ya las primeras llamas de este amor en el corazon; Licestre animado con el agasajo le fue empeñando mas, dandole á entender que este casamiento vendria á ser en mayor bien del Reyno, pues seria medio para divertir las alianzas extrangeras que pudiesen mover á la Reyna de Escocia á la pretension que tenia de Inglaterra, y asentar firme de todo punto el favor de Isabel. El Duque, que tenia una bondad natural y no era de los mas sagaces, viendose á un mismo tiempo entre dos fuegos, del amor y de la honra, se fue encendiendo, y alzó la llama muy presto, por lo qual rogó al Conde que supuesto que él no tenia pretension ninguna en esta materia, y por su parte y consejo queria guiarse, procurase favorecerle con la Reyna Isabel, que no le seria ingrato. Prometiólo él con grande afecto, con lo que quedó tan hinchado el corazon del amante, que al imaginarlo adoraba sus propios pensamientos. Era esta una tentacion muy fuerte, y un terrible cebo, pues tiraba á una belleza tan eminente, y á una virtud tan grande, que llevaba tras sí dos Imperios. El mundo no fuera capaz de resistir á dos soles, y el corazon del

hom-

hombre sufre agonias mas que mortales quando se halla con dos violentas pasiones, que juntan sus desígnios y fuerzas para hacerle guerra.

El Duque (1) viendose lisonjeado en sus amores por otros muchos terceros, escribió á la Reyna de Escocia con grandísimos cumplimientos, y ofertas de servicios increíbles, por abrir dulce brecha en los mas secretos pensamientos. La prisionera, que no cuidaba de otra cosa que de su libertad, deseó ver quanto antes el fin de este negocio, sin detenerse en el principio; pero la experiencia que tenia de las ficciones y zelos de Isabel, la hacia discurrir en ello con atencion, y andaba como sobre brasas cubiertas de ceniza. Por esta causa, sin mas diligencia, dixo que era menester dar parte de esta negociacion á la Reyna, y no fiarse de persona ninguna á quien ella no hubiese hablado claramente, y descubierto su corazon.

En este medio el Conde de Licestre que habia prometido hablar, y que solo podia dar algun color del bien del Estado en estas bodas para atraer á Isabel, lo iba dilatando de dia en dia, y viendose apretado de las violentas instigaciones del Duque, fingió que estaba enfermo, y se estuvo en un malicioso silencio.

Sabian bien que ordinariamente se echan á perder los buenos negocios por una palabra indiscreta, y asi aguardó á que las mugeres, que casi siempre descubren con mucha curiosidad los secretos de los amantes, llevasen las primeras noticias á la Reyna.

Era esto atormentarla en la parte mas sensible (2), y como estaba extremadamente zelosa de las demandas que se le hacian de la Reyna de Escocia, se enfurecia con la menor ocasion que tuviese visos de tocar á la Corona: viendose á un mismo tiempo combatida de dos fuertes pasiones, estaba rabiando de enojo. Su espíritu, aunque naturalmente era disimulado, no se pudo contener sin declararse, dexandose decir algunas

(1) Grandes pasiones del amor y la ambicion de Isabel.

palabras al Duque de Nortfolc, y que cada uno procurase conservar su buena fortuna; pero luego sin andar en enigmas se declaró, diciendo muy enojada, que como habia tenido intento de casarse con la Reyna de Escocia sin haberle dado parte de ello. El respondió, que nunca habia intentado cosa que no fuese resignandose á su voluntad y mandato; y que el Conde de Licestre se habia encargado de hablarla y darla noticia de todo: mas supuesto que su Magestad mostraba no aprobarlo, él lo dexaba de muy buena gana, pues en todo y por todo estaba su vida y su fortuna á sus pies. Dexóle con esta promesa, y fue á hablar al Conde de Licestre, que estaba á la puerta, el qual habiendo sabido que la Reyna tenia ya noticia de este casamiento, cuyo secreto se le habia encomendado á él, comenzó á temblar y desmayarse en presencia de la Reyna, á quien él habló primero, y suplicó con lágrimas le excusase si no le habia dado cuenta de este negocio, porque él lo habia dilatado hasta hallarla bien templada, por alterarla menos, sabiendo se habia de inquietar. El haber fingido estar malo, el verle macilento, y sobre todo el afecto grande que le tenia Isabel, le libraron del golpe de este rayo; pero el pobre Nortfolc se vió luego al punto desamparado de sus amigos, tratado ásperamente de la Reyna, seguido, espiado, perseguido, y últimamente preso en la torre de Londres.

De allí á pocos dias se hizo un cadahalso en un gran palacio (1), y en él se puso un tribunal con asientos de una y otra parte para los Comisarios que habian de juzgar. Fue llevado á este puesto por dos caballeros de la Cámara Dorada, y delante de ellos iba una hacha que miraba á la parte del reo. El Conde Talbot, que presidia en esta junta como Senescal, se sentó en el tribunal, y á los lados muchos Jueces y Consejeros. Despues de haberse leído su comision, fue citado el Duque, y acusado de haber querido desposeer á Isabel de su

(1) Terrible catástrofe del Duque de Nortfolc.

su trono y poner en él á la Reyna de Escocia; de haber tenido grandes inteligencias con el Papa, y otros Príncipes extrangeros, enemigos de la Corona; de haber ayudado con sus medios á los enemigos del Estado, con otras particularidades y menudencias. El desgraciado caballero se halló asombrado de verse calumniado tan de golpe con una acusacion tan peligrosa, y cargado de tantos capítulos pidió un Abogado que le defendiese y no se le concedió, ántes bien se le mandó respondiese prontamente á los crímenes de que le acusaban, á lo que él dixo con mucha inocencia:

*Yo me encomiendo á Dios, y á los nobles. La atrocidad de los delitos me asombra, pero la Real clemencia de su Magestad, que me ha hecho mas mercedes que podia esperar, me consuela. Ruegoos, señor Senescal, que se me guarde justicia, y que no me abogen la memoria con la confusion de tan varias cosas. Tengome por dichoso de ver aquí tantos Pares y Jueces, y pondré de buena gana mi vida en la entereza de los mas. Fíandome de mi inocencia no he querido bair; y aunque reconozco ingenuamente que no he reglado todas mis acciones como debiera, no obstante nunca he ofendido á su Magestad.*

Luego se le puso delante Barhaut, Abogado general de la Reyna, hombre terrible, atrevido con los tímidos, y tímido con los atrevidos, que por hacer muestra de su suficiencia, y del zelo que tenia del servicio de su señora, le apretó cruelmente, y le enredó con infinidad de razones. El buen Duque, que sabia manejar mejor la espada que la lengua, y que tenia la memoria vacilante, defendia su vida y su honra quanto podia; pero no era igual el partido, porque la autoridad, perfidia y malicia le asustaban sin remedio. Mandaronle retirar para votar, y volviendole á llamar le mostraron la cortante hacha, para darle las nuevas de una funesta sentencia que le condenaba á arrastrar, ahorcar y hacer quartos. Esta sentencia le dió grande horror, y le hizo decir: *Hase dado sentencia contra mí como contra un traidor. Yo confio en Dios y en la Rey-*

Reyna, y espero que si fuere privado de vuestra compañía, gozaré de la del cielo: con esta esperanza me prepararé para sufrir la muerte. No pido otra cosa á la Reyna sino que favorezca á mis hijos y criados, y que tome por su cuenta el que se paguen mis deudas.

Cosa de un mes despues de dada la sentencia, aunque se moderó algo, fue llevado al suplicio, donde murió mas como Ministro que como Capitan, hablando con el pueblo, y confesando haber tratado de casarse con la Reyna de Escocia sin dar parte á la Reyna; haber visto cartas escritas del Papa, en que no habia consentido; y haber tenido criados afectos á la Religion Romana, en lo que habia ofendido á Dios, á la Iglesia y á los Protestantes, por lo qual pedia le perdonasen. Un Dean, nuevo herege, que habia tomado posesion de su alma, y le asistia en el cadahalso, le hacia decir quanto queria en favor de su partido. Despues de lo qual se postró en tierra, y haciendo ciertas oraciones, puso la cabeza sobre el madero, y el verdugo de un golpe se la dividió del cuerpo.

El Conde de Murray (1), que habia servido de instrumento para que la Reyna acabase con este valiente Capitan, y arruinase todas las esperanzas de su hermana, habiendo vuelto á Escocia, donde despues de tantas traiciones pensaba gozar de los sangrientos despojos de su mas cercana parienta, murió de un pistoletazo que le dió un Hamilton pasando por una calle, que era de las primeras casas del Reyno; y aquella ambicion rabiosa que habia levantado tantas borrascas, se extinguió bañada en su sangre, sin dar en la muerte muestras ningunas de Christiano. Su buena hermana le lloró, y particularmente tuvo lástima de su alma, que arrancandose del cuerpo con una muerte violenta, no habia lavado sus delitos y blasfemias.

## §. IX.

*Trabajos de su prision.*

**N**o obstante, se hallaba aun atada con las cadenas que este insolente hombre habia forjado, y con color del pretendido casamiento del Duque: aunque se habia portado con tan gran prudencia, fue de nuevo perseguida, porque su mala fortuna persistia en la terquedad de maltratarla; y quando ya iba descubriendo algunos vislumbres de su amada libertad la doblaron las guardas, tratandola con grandísimo rigor.

De quarenta y quatro años de vida que la concedió el cielo, pasó casi la mitad en los trabajos de esta cruel prision, donde mil veces hubiera acabado de tristeza, sino fuera por consuelos que sacaba de la fuente de la verdadera piedad. El Papa Pio V. sabiendo la negaban la asistencia de Sacerdotes, la dió permiso para que se pudiera comulgar ella misma; y para el caso la dieron sus confidentes con mucho secreto unas caxas llenas de Hostias consagradas. Ademas de esto, como era una Princesa muy entendida, que se habia criado en Francia desde edad de cinco años, y siempre se habia aficionado á las letras, hablando razonablemente en seis lenguas, entretenia su espíritu con buenos libros, con que mitigaba los trabajos de su cautiverio.

En medio de sus persecuciones fue consolada por los Papas, que secretamente la enviaron algunos Padres con valor é industria, que hallaron modo de verla y fortificarla en la verdadera religion, hablandola de las cosas divinas, que fue el mas dulce maná que probó en su desierto. Ella afirmaba siempre con singular confianza, que estaba en gracia de Dios, y que no habria violencia ninguna que la apartase de la antigua religion, y que seria para ella un don particular del cielo, si pudiese sellar esta confesion con su sangre.

Enrique Tercero, honrando su dignidad y alianza, no se olvidó de enviarle en diferentes ocasiones Embaxadores que la consolasen, si bien ciertas razones le impidieron el no empeñarse eficazmente por su libertad. Está aun dentro de Paris Monsieur de Chereilles, un venerable viejo que pasa de ochenta años, de mucha virtud, honra y méritos, que la visitó en su prision por orden del mismo Enrique, y me ha dicho muchas veces que ninguno veia á esta generosa Reyna, sino es con admiracion y consuelos sensibles. Amaba ella naturalmente á los Franceses, y les daba liberalmente todo lo que podia; y viendose á la sazón desproveida de muchas cosas que ella deseaba tener solo para darlas, tomó una joya de diamantes que le habia quedado con una escribania en que escribia, y se la dió al buen señor. Es verdad que es cosa preciosa, porque está cubierta de terciopelo carmesi, guarnecida de abrazaderas, remates y planchas de oro, y no obstante lo doró ella con muchas ventajas con sus reales palabras, diciendole que una de las desdichas de la pobreza de la prision, era el no poderle dar cosa digna de sus méritos; pero que con todo eso seria estimable este don por el provecho que se seguiria, escribiendo en ella algunas anotaciones, con que le serviria mejor á él que á ella.

En el ínterin este gran corazón pasó largo tiempo en las lamentables riberas de la cruel Babilonia, donde no oia hablar de cosa que no fuese cadenas, prisiones y muertes de Católicos, estando continuamente achacosa, y siempre ahogada con las amarguras de su espíritu; pero en medio de los cuidados de tan largo y cruel cautiverio, nada le affigia mas sensiblemente que su hijo, que era un Príncipe jóven, puesto en poder de los hereges, entregado á su mala secta, enseñado á sus errores, y expuesto como presa á sus conspiraciones. Por esta razon pocos años ántes de su muerte escribió una larga carta á la Reyna de Inglaterra, con términos bien ~~razonables~~ en esta forma:

Señora (1), habiendo llegado á mi noticia la nueva de las últimas conspiraciones hechas en Escocia contra mi pobre hijo, teniendo tanta ocasion de temer la consecuencia por el exemplo que reconozco en mi misma, es fuerza emplear el poco de vida y fuerzas que me quedan ántes de salir de este mundo, para descubriros claramente mi corazon con mis llantos, que son tan justos como lastimosos.

Deseo que esta carta os sirva despues de mi muerte de perpetuo testimonio, que quiero grabar en vuestra conciencia, asi para disculparme en la posteridad, como para confundir á los que con vuestro permiso me han maltratado tan cruel é indignamente; y tanto como sus designios, pláticas y procederes, por detestables que han sido, han prevalecido siempre en vuestro juicio contra mis justísimas réplicas, y contra la sinceridad de mis acciones, y quanto la fuerza que teneis en vuestro poder os ha dado la razon entre los hombres, tendré yo mas recurso á Dios vivo, nuestro único Juez, que igual é inmediatamente nos ha establecido debaxo de su dominio para el gobierno de sus pueblos. Yo le invocaré en en estas mis extremas aflicciones, para que á vos y á mí nos dé lo que nuestros méritos y demeritos merecen. Acor-daos, señora, que él solo es el Juez á quien las politicas del mundo no pueden engañar, por mucho que los hombres puedan por algun tiempo obscurecer la verdad con la sutileza de sus invenciones.

En su nombre (2) y como en su presencia, estando entre nosotras dos, os tengo de traer á la memoria algunos secretos, de que os habeis valido contra mí por alterar mi Reyno, corromper mis vasallos, hacerlos volver contra mí, y atreverse á mi persona. Yo os diré la injusta renuncia que me hicisteis hacer por vuestros consejos, quando me tenian con un puñal á los pechos en la prision de Lochexin, asegurandome que no seria valedera; aunque despues habeis hecho los esfuerzos posibles porque lo sea, asistiendo con vuestras fuerzas á los que fueron los primeros autores. Vos hicis-

(1) Carta muy animosa, escrita á la Reyna de Inglaterra.

(2) Osadía generosa.



cisteis que yo traspasase mi autoridad á mi hijo, estando aun en la cuna sin poder ayudarse; y quando quise legitimamente asegurarle, le pusisteis en manos de mis mortales enemigos, que despues de haberle quitado el efecto, le quitarán el titulo si Dios no lo remedia.

Diréos delante de este Juez formidable, que viendome perseguida de muerte por mis rebeldes, os envié con un caballero una sortija de diamantes, que habia recibido de vos por seguridad de que me ampararíais con vuestra autoridad, me socorreríais con vuestras armas, y me recibiríais en vuestro Reyno con toda cortesía. Esta promesa tantas veces reiterada por vuestra boca me obligó á venir á echarme en vuestros brazos, aunque no pude llegar á ellos, porque viniendo á buscaros me cogieron en el camino, prendiendome y rodeandome de guardas, y poniendome en fuertes castillos, reducida á un miserable cautiverio, donde estoy muriendo el dia de hoy, sin contar mil muertes que tengo ya sufridas.

Despues que la verdad descubrió todos los engaños que se habian sembrado contra mí, y que los principales de vuestro Reyno reconocieron y declararon en público mi inocencia: despues que lo que pasó entre el difunto Duque de Northfolc y yo, fue tratado, aprobado y sellado por los que tenían el primer manejo en vuestro Consejo: despues de haberme ajustado tan largo espacio de tiempo al orden que se me dió en mi prision: me veo siempre perseguida en mi persona y en la de los míos: privada totalmente no solo de socorrer la necesidad tan urgente de mi hijo, sino aun de tener alguna noticia de su Estado.

Esto me obliga á suplicaros, Señora, por la dolorosa passion de nuestro Salvador y Redentor Jesu-Christo, que se me dé permiso para salir de este Reyno, para favorecer á mi pobre hijo, buscar algun alivio á mi pobre cuerpo, maltratado de continuos dolores, y preparar con toda libertad de conciencia mi alma á Dios, que cada dia la está llamando.

Tomad de mí todas las seguridades y condiciones que os parecieron razonables. La fuerza está de vuestra parte para obligarme á cumplirlas; y bastante experiencia teneis, que siempre he guardado mis simples promesas, aun en perjuicio mio.

Vuestras prisiones han ya destruido mi cuerpo, no les queda mas á mis enemigos para saciar su venganza. El alma está aun entera, la qual ni debeis, ni podeis cautivar. Dadla algun lugar de respirar mas libremente por su salvacion, que deseo mil veces mas que todas las grandezas del mundo. ¿Qué honra ganais en verme en vuestra presencia debaxo de los pies de mis enemigos? ¿No considerais que si en este extremo, aunque muy tarde, quedo por vuestro medio libre de sus manos, me obligareis á mí y á todos los míos, y particularmente á mi hijo de quien os podeis asegurar?

Suplicoos me deis parte de vuestro intento, y no me dexéis á la discrecion de otra persona que de vos misma. En el interin os pido dos cosas; la una, que estando tan cerca como estoy de salir de este mundo, pueda tener cerca de mí para mi consuelo algun venerable varon de la Iglesia, para que me instruya y perfeccione en mi Religion, en la qual estoy resuelta de vivir y morir. La otra que tenga dos criadas que me asistan en mis achaques; y os protesto delante de Dios, que necesito muchísimo de ellas, aun quando yo hubiera nacido de gente ordinaria. Concededme esto por la honra de Dios, y mostrad que mis enemigos no tienen tanto crédito para con vos, que acaben de exercer su venganza y su crueldad contra mí, en cosa de tan pequeña consecuencia.

Volved á las antiguas muestras de vuestro buen natural, obligad á los vuestros; dadme este gusto ántes de morir, de que se ajusten todas nuestras cosas entre las dos, para que mi alma saliendo del cuerpo, no esté forzada á esparcir sus gemidos delante de Dios, por el agravio que la habeis hecho pasar en este mundo, sino que por el contrario, saliendo de esta prision en paz y concordia con vos, vaya ella gustosa ante aquel, á quien ruego os inspire bien sobre mis justísimas demandas. En Sheffeild á 28 de Noviembre de 1581. = Vuestra muy desamparada, mas cercana parienta y muy aficionada prima. = Maria Reyna.

## §. X.

*Digna anotacion sobre la vida de las dos Reynas.*

**N**o es difícil confesar que estas razones y discursos eran capaces de ablandar el corazón de un tigre, y con todo eso no hicieron mella en aquella bárbara alma, que habiendo nacido en pecado, no podía vivir sino en iniquidad.

Es verdad, ó amado Lector, que estamos algo asombrados, considerando todas las particularidades de esta historia, y parece que tendreis alguna curiosidad por correr la cortina del Santuario, penetrar los secretos de la Providencia Divina, y discurrir entre tantas sombras y tinieblas, por que dos Reynas de tan diferentes qualidades fueron tratadas tan diferentemente, como por una ciega suerte, haciendo que todo el mal estuviese de parte de la buena, y toda la dicha para la mala. Quiero ahora compararos la una con la otra: aunque la Reyna Isabel murió fuera de la comunión de la verdadera Iglesia, y que sumamente menospreció y ofendió á Francia en muchas ocasiones, no por eso la maltrataré mas mal de lo que las eloquentes plumas de Monseñor el Cardenal de Petron, y Monsieur de Vair la trataron, contentandome con decir lo que se puede recoger de su historia, escrita por Cambdén su Cronista.

La Reyna Maria era de altísimo y gloriosísimo nacimiento de padre y de madre. La Reyna Isabel habia venido al mundo por un delito y un escándalo, que hizo llorar á toda la Christiandad. Hija era de Rey, pero Rey distraido, y de una madre vil y baxa, á quien el Rey su marido hizo cortar la cabeza por sus torpezas. La una se habia criado en Francia desde edad de cinco años, con tanta devocion, prudencia y honra, que no se podía desear mas. La otra se habia criado licenciosamente ~~por~~ el mal exemplo de sus parientes.

La una tenia el espíritu excelente, activo y fervoroso, con las qualidades del sol. La otra le tenia sagaz, malicioso y funesto, con las condiciones del cometa. La una se habia instruido en el conocimiento de las lenguas y ciencias quanto convenia á una honesta muger, que no debe parecer demasiado sabia. La otra se daba á la vanidad de haber estudiado, hasta llegar á hacer algunas veces cosas extravagantes, como quando se puso á traducir los cinco libros de la Consolacion de Boecio por consolarse sobre la conversion de Enrique Quarto. La una hablaba y escribia con grande claridad y singular limpieza. La otra queriendo hacer de la sabia, embarazaba sus pensamientos, y se declaraba muy mal, como se conoce en una carta que escribio á nuestro Enrique el Grande despues de su conversion: *Vuestra hermana, si fuere al modo antiguo, con el nuevo yo no tengo que hacer. Isabel Reyna.* Dexo al mas entendido Edipo que adivine lo que quiso decir. La una tenia el corazon generoso, franco y crédulo. La otra malicioso, disimulado y duro. La una amaba la honra á que su estado la obligaba. La otra tenia una furiosa y sangrienta ambicion, que no perdonaba á nadie por el interés de su grandeza. La una tenia admirable constancia en la religion antigua, por lo qual fue perseguida con ultrages, sin perder nunca un átomo de devocion. La otra tomó la religion como máscara, haciendose herege con los hereges, y Católica con los Católicos; porque despues que reynando Maria su hermana hizo una clara y solemne profesion de la fe Romana, desmintió su creencia, y vendió su caracter por autorizar la heregia y rebelion contra la Iglesia. La una temia á Dios, y viendose viuda de Francisco Segundo, de edad de diez y siete años, quiso mas sufrir el yugo del matrimonio por dar la vida á un Reyno, que vivir licenciosamente, encubrir sus deshonestidades secretas con el velo de la viudez. La otra, que no tenia la conciencia tan estrecha, halló modo de ajustar el amor y la ambicion. Ella vivió ni casada ~~ni~~ ~~en~~ ~~un~~ ~~encella;~~ y como

mo no quisiera yo asegurar que tuvo una vida tan torpe y sucia, como muchos han escrito, así no se puede negar que tuvo dos favorecidos y privados, pues que Cambrén su Parainfo y Cronista no lo pasó en silencio. La una se daba mucho á la virtud, y la otra á la vana reputacion. La una tenia generosa libertad en todas sus acciones, y la otra vestia su vida, y cubria sus vicios con grandes apariencias. Temia sumamente el juicio de la posteridad, por lo qual acariciaba con grande artificio á los hombres hábiles de países extraños, y entretenia sus plumas asalariadas por adquirir fama, pareciendola que de esta suerte se encubrian sus faltas, y se deslumbrarian los ojos de las gentes; y así no es menester creer ligeramente á algunos Historiadores, aunque hombres de importancia que dicen de ella mucho bien, por haber recibido grandes dádivas. Los hombres de este jaez son muy crédulos, y no acostumbran á decir mal de quien les da de comer. La una era muy firme en sus promesas, la otra inconstante y maliciosa, como lo mostró visiblemente con el Conde de Alanson, hermano de Enrique Tercero, que habia ido á Inglaterra á casarse con ella; y no obstante despues de capitulado el matrimonio de una y otra parte, y despues de haberle dado el anillo nupcial, lo deshizo todo por el capricho solo de una noche, por complacer á sus criadas que no gustaban se casase. La una estaba llena de bondad para con su pobre pueblo, á quien no podia hacer todo el bien que deseaba, por causa de las alteraciones que se levantaron en su Reyno. La otra tuvo particular cuidado de no cargar á sus vasallos de impuestos ni tributos, por lo qual fue amada del pueblo, que ninguna virtud ama tanto en un Príncipe como la moderacion de las cargas. La una era dotada de una extrema dulzura, que tal vez parecia ser demasiada, pues perdonaba grandes delitos, que tiraban al menoscabo de su autoridad, sin hacer justicia. La otra era naturalmente cruel, inclinada á derramar sangre, atormentando cruelmente á los Católicos, y ha-

ciendo con gran facilidad cortar la cabeza á los Grandes en un cadahalso, por adquirir el renombre de justiciera en los corazones del pueblo. Ultimamente la una reynaba como paloma, y la otra como ave de rapiña. Es cosa horrible el leer la historia de su Reyno, escrita por sus admiradores, donde en vez de contemplar las beldades y virtudes, no se lee casi otra cosa en todas las páginas sino rabiosas acusaciones, sangrientas sentencias, proscipciones y muertes; y lo que digo no es en perjuicio de la nacion, á quien amo con una caridad verdaderamente christiana, sino en oprobio de la heregia. Parece quando se lee la vida de Isabel que se entra en algun pais de antrófagos, donde no se ve sino hombres arrastrados en serones, verdugos que arrancan las entrañas, que hacen quartos los cuerpos, y despedazan los miembros, ahorcados en las plazas más públicas de la Ciudad, como las tapicerías de la antigua crueldad de los Puritanos; juzgo que los que gobiernan el dia de hoy debaxo del dominio de un Príncipe tan apacible, tendrán tanto horror como yo, y procurarán borrar con su moderacion la mancha de un tiempo tan funesto.

¡Quién no se admirará, pues, de ver la virtud tan desamparada, que la mejor Reyna del mundo tenga una vida tan borrascosa, perseguida en los haberes, en el cuerpo, en la honra, en su persona, y en la de los suyos; despojada, ultrajada, y despedazada con sangrientas calumnias, puesta en tan injustos tribunales, destituida de sus allegados, y sacrificada por los suyos á la venganza de sus enemigos con tan trágico estilo, y mano tan bárbara! ¿Y de dónde procede que la otra, cargada de tantos insultos suba al trono por caminos no esperados, persevere por medios eficaces, y reyne como si tuviera asalariada la fortuna? El bien y la honra estan siempre á su lado, las delicias y gustos parece se hicieron solo para ella, todo lo que quiere consigue, lo que piensa le sucede, la tierra y mar la obedecen, los vientos y tempestades siguen estandar-

tes.

tes. Algunos juzgarán que no es maravilla, viendo que ella seguía un consejo firme, sagaz y político, compuesto de los hijos de las tinieblas, que son mas apropiados para causar felicidades de tierra y fortunas pasajeras, que los hijos de la luz; pero es menester confesar que en esto consiste la suerte de los buenos y los malos, donde el espíritu humano se pierde, donde David volando con curiosidad á discurrir, se halla al principio filósofo, y confiesa al fin que esta consideracion le hace volverse bestia. Los Astrólogos dirán que Isabel vino al mundo en signo de Virgo, que promete Imperios y favores, y que la Reyna de Escocia nació en el de Sagitario, que amenaza á las mugeres muchas aflicciones y muerte sangrienta. Los Machiabelistas defendrán que ella se debia acomodar á la religion del país, y que por haberse opuesto á esta corriente, echó á perder todos sus negocios. Los sabios Políticos lo atribuirán á la facilidad de su natural. Los otros reprehendrán el consejo que tomó de casarse con sus vasallos. Otros la mirarán como los falsos amigos de Job, y juzgarán que está llagada en el muladar por sus pecados; pero despues de haberlo considerado bien, hallo que quiso Dios mostrar en estas dos Reynas las dos ciudades de Sion y de Babilonia, los dos caminos de los justos y de los pecadores, y el estado del siglo presente y venidero. Dió á Isabel el pan de los perros, por reservar á Maria el maná de los Angeles. Recompensó en la una ciertas virtudes morales con conveniencias temporales, para hacer entrar á la otra en la posesion de los bienes eternos. Isabel reynó como hizo Atalia; persiguió á los Profetas como hizo Jezabel; ganó batallas como Tomiris, Reyna de los Escitas; vivió en grandezas y delicias como Semíramis, y murió de su muerte natural ya muy vieja, despues de haber muerto tantos inocentes; asi murieron los Herodes y los Tiberios; pero siguiendo los rumbos que ella siguió, que se puede juzgar de su muerte, sino lo que dixo Job del fin de los malos, que pasan su vida

en regalos, y baxan en un momento al infierno?

Mas Dios (1), queriendo ensalzar á Maria sobre los giros de todas las grandezas de la tierra, y renovar en ella los frutos de su cruz, permitió en el siglo que ella vivió la mas abatida y mas sangrienta persecucion que padeció nunca la Iglesia. Quiso por consejo secreto de su Providencia que hubiese personas de todas qualidades que realzasen los efectos de su pasion, tantos Prelados, Doctores, Sabios, hombres de gobierno y de justicia, mercaderes, trabajadores y oficiales entraron á la parte, y era menester tambien Reyes y Reynas. Francisco Segundo, su marido, aunque justisimo y muy inocente, acompañó á los maltratados, pues segun se dice le quitaron la vida los Hugonotes, que no cesaban de perseguirlo. Era menester que su amada esposa perfeccionase el misterio de la cruz; y como era una alma fortisima, la hizo Dios el blanco de los mas violentos perseguidores, para que sufriendo los mayores males adquiriese las mas ricas coronas.

Decia el Profeta (2), que era el hombre como una pieza de bordado, y se conoce en la vida de los justos, porque los coge Dios, como hace el bordador en las piezas de terciopelo ó raso, haciendolas pedazos para componer los ornamentos y adornos de su gran templo. La Sabiduría, dice Tertuliano, degüella sus hijos, pero es para darles la vida, y deificarlos con los propios castigos. Esto nos falta que ver en el discurso de la historia de Maria.

#### §. XI.

#### *Odio entrañable de la Reyna Isabel contra la Reyna de Escocia.*

**E**n fin, Isabel animada de su venganza y llevada de un violento consejo, se resolvió á quitarla la vida. Es

(1) Gran secreto de la Providencia Divina. (2) *ibid.* 138. v. 15.



cosa certísima que deseaba con ardiente afecto la muerte de la Reyna de Escocia, por saber que su vida estorbaba sus particulares intereses, y así buscaba ocasiones de quitarsela. No ignoraba (1) que Maria Estuard tenia derecho á la corona de Inglaterra, y que ella la tenia usurpada. Sabia bien que en una junta general de los Estados de Inglaterra habia sido declarada ella por bastarda, por haber nacido de un matrimonio hecho y consumado contra las leyes divinas y humanas. Consideraba que su trono no subsistia sino por la faccion herética, y que como se habia establecido por desorden, era menester, segun su politica, asegurarlo con sangre. No podia negar por lo menos, que la Reyna de Escocia era sin controversia heredera notoria del Reyno, y que la corona insensiblemente iba cayendo sobre la cabeza de aquella prisionera, que podia en un momento volver de arriba abaxo todo el Estado. Contemplaba una Reyna de grande espíritu, de una fe constante y una eminente virtud, que estaba ungida Reyna de Escocia, y habia tenido en dote el Reyno de Francia, favorecida del Papa, mirada con buenos ojos de toda la Christianidad, y á quien todos los Católicos Ingleses tenian por una sagrada vid, de quien habian de renacer las ramas de la religion, que el hierro de la persecucion habia cortado.

Los hereges de Inglaterra, que la temian como á quien habia de vengar sus insultos, y destruir la fortuna que habian fabricado sobre las ruinas de la religion, no tenian otro deseo sino de verla fuera de este mundo. Todo se conjuraba contra la vida de esta pobre Princesa, y no les faltaba sino el modo con que paliar tan alevoso atrevimiento.

Sucedió (2) en los últimos años de su trabajosa prision, que se forjó una conspiracion contra el Estado y vida de la Reyna Isabel, segun refiere Cambden. Un Clé-

(1) ~~Estados~~ de su muerte.

en que enredan á la inocente.

(2) Conjuracion contra Isabel,

Clérigo Inglés llamado Ballardo, que tenia mas zelo de su religion, que gobierno en sus empresas, consideraba que esta muger tenia usurpada una corona que no le pertenecia, que habia mudado todas las máximas de la antigua religion, que tenia presa á una Reyna inocente veinte años habia, tratandola muy indignamente, que continuamente estaba haciendo crueldades á costa de la sangre de los Católicos. Pareciale á él que era un hecho muy justo el quitar la vida á la que se habia alzado con un Imperio, como si se matara á un salteador en lo espeso de un bosque, que nos tuviese robado el dinero, y nuestra libertad aprisionada. Mas yo no quiero aprobar nunca los sangrientos consejos, que producen remedios mas dañosos que los mismos males, y alborotan demasiado los Estados de la Christiandad.

No obstante, fue atrayendo á su partido á otros muchos que se ofrecieron executar este funesto tiro. El principal de ellos era uno llamado Babinton, hombre noble, de grande espíritu, mas sabio de lo que su edad prometia, y muy zeloso de la Religion Católica. Con su exemplo se embarcaron otros muchos en este arriesgado designio. Dexabanse llevar unos de la esperanza de grandes recompensas, otros de la gloria, y otros por aborrecer el mal y los malos. No se puede creer, como probaré, que la Reyna de Escocia se metió en ello, porque ademas de la pureza de su conciencia, tenia una asentada prudencia, afinada con tan largas experiencias, con que conocia muy bien la flaqueza de este partido, en que la mayor parte era gente moza, bulliciosa é inconsiderada, que no sabia aun lo que importaba guardar el secreto, que es el primer móvil de las grandes empresas. Tenian ellos (1) el corazon en los labios, y no contentandose de confabularlo en las casas de gula, se hicieron pintar en un lienzo con ciertas divisas, que les hacian autores de la libertad, y los declaraban necia-

(1) La vanidad es dañosa en las empresas.

mente vanos. Babinton no se pudo contener en dexar de escribir á la Reyna prisionera; y habiendo llegado la carta á manos de sus Secretarios, Nau y Cruelles, de cuya larga prision él se lastimaba, no le dixerón nada á su señora, por conocer que su mucha prudencia la apartaba de aquellos tan violentos consejos; pero viendo que Babinton volvía á avisar secretamente de la conferencia que habia tenido con Ballardo, y que estaban ya nombrados seis caballeros para executar el trágico asesinato, y que habia otros ciento para librar á la Reyna de la prision, juzgaron que no era bien perder esta ocasion; por lo qual respondieron contrahaciendo la firma de Maria, y alabando á Babinton por el zelo que mostraba á la Religion Católica, y la persona sagrada de la que era su apoyo. Advirtieronles lo considerasen muy bien, y se uniesen los que habian de ser autores y actores, y pues habia lugar para dar sobre los hereges Puritanos, no se moviese nada sin tener seguridad de socorros extranjeros, que se procurasen sembrar algunas rencillas en Irlanda, que importaria mucho por si se podia atraer á la faccion al Conde de Arondel, á sus hermanos, y otros expresados en la misma carta. Decian el modo con que se podria sacar á la Reyna, ó poniendo una carroza á la puerta, ó pegando fuego á las oficinas del castillo en que estaba presa, ó llevandola quando salia á caballo para recrearse. Ultimamente, ellos le exhortaron prometiese grandes recompensas á los seis caballeros, y á todos los demas que entrasen en ello.

Babinton pensando que era la Reyna quien le escribia, queda muy ufano, anima á sus compañeros, muestra á los mas confidentes sus cartas, y está con fervorosos deseos de executar su designio. La vanidad que tenian les hacia cerrar los ojos al riesgo, y abrir la boca al secreto, comunicandolo con tantos cómplices, que la multitud de conjurados hizo abortar su conspiracion. Escleararonse, pues, á uno llamado Gifar, hombre malvado y perdido, que teniendo á su cargo re-

coger las cartas, las llevaba todas á Valsingan, Secretario de la Reyna de Inglaterra, el qual las abria, y volvia á cerrar con gran destreza, haciendose capaz de todos sus designios. La última carta que escribió Babinton, y la respuesta de los Secretarios en nombre de Maria, fueron llevadas á Isabel y á su Consejo, de lo qual se holgó mucho. Mandó prender á los conjurados, y particularmente á Babinton, el qual puesto á question de tormento confesó todo lo que habia comunicado con la Reyna de Escocia sobre este particular, como en realidad lo pensaba, aunque no era la verdad.

Despues de haberlos oido y condenado, se executaron en ellos crueles y afrentosos suplicios, que dieron horror aun á los mismos que dieron la sentencia.

## §. XII.

### *Proceso contra la Reyna de Escocia.*

**E**ra menester pasar por las entrañas de tantos cuerpos para llegar á la sangre de Maria. Ella, que ignoraba lo que pasaba, estaba muy quieta en los trabajos de su prision, quando de repente se vió encerrada en una mas estrecha, dobladas las guardas, cogiendola los Secretarios sin que la pudiesen hablar, quitandola los papeles, y confiscandola quanto tenia. Aguardaba que rebentase este trueno para saber la causa de su desdicha, quando le truxeron una carta de la Reyna de Inglaterra, en que la daba cuenta de la comision que tenia dada á su Consejo de Estado, para que la oyesen en juicio sobre los delitos de que la acusaban. Despues de haberla leído, dixo con semblante muy magestuoso y reposado espíritu á los que se la habian dado estas razones:

“Estoy pesarosa de que la Reyna, mi muy cara hermana, esté tan mal informada de mí, y que despues de haber estado tantos años estrechamente guardada,  
” sin

„sin poder usar de mi persona , no haya hecho caso  
„de tan justas condiciones como la he ofrecido por  
„mi libertad , y me haya desamparado. Bastantemente la  
„he advertido de muchos peligros , y no obstante nun-  
„ca ha querido creerme , menospreciandome siempre,  
„aunque soy su muy cercana parienta. He previsto bien  
„algun accidente que podia suceder dentro ó fuera del  
„Reyno , de que siempre se me echará la culpa , pues  
„basta ser desgraciada para ser rea. En quanto á su car-  
„ta , tengo por novedad que la Reyna me mande co-  
„mo á súbdita parecer en juicio. Yo soy Reyna abso-  
„luta , y no haré cosa en perjuicio de la Magestad Real;  
„no se me han acabado los brios , ni me han de pos-  
„trar las calamidades.”

Pusose su respuesta por escrito en la misma forma que la dixo. Aquel mismo dia fueron á verla el Canciller y el Tesorero , y la notificaron el poder que tenian para su comision, diciendola oyese cortesmente los cargos que se la hacian , porque de no hacerlo asi , podian y querian proceder contra ella por rebelde. A esto respondió , que queria mas morir mil veces que perjudicar la Magestad Real; y que si venian despues de haberla condenado , para dar á entender que guardaban alguna formalidad de justicia , consultasen su conciencia , y supiesen que el teatro del mundo era mayor que Inglaterra. Los comisarios insistieron mas, y la presentaron el tenor de su comision con sus nombres , á lo que ella dixo: que con qué derecho debian proceder contra ella , si canónico ó civil; que ella sabia muy bien que ellos no eran muy grandes Jurisconsultos , por lo qual seria mejor recurrir á las mejores Universidades de Europa. Ellos dixeron , que lo pretendian hacer en virtud del derecho civil de Inglaterra , en que estaban bastantemente exercitados. Pero ella viendo la querian meter en una ley nuevamente hecha contra su persona á su voluntad , replicó: Vosotros sois gente de grande maña , pues haceis leyes segun se os antoja. Yo no tengo obligacion de someterme , pues que  
los

los Ingleses han rehusado otras veces el sujetarse á la ley Salica de Francia; vuestra ley no tiene exemplar, como ni justicia vuestro proceder.

A esto Hatón, Camarero segundo de la Reyna de Inglaterra, se adelantó á hablar y la dixo: Vos estais acusada de haberos conjurado contra nuestra Reyna, que está ungida por tal; y así no estais exênta de responder á este delito, ni por el derecho de las gentes, ni por el de la naturaleza. Si estais inocente haceis agravio á vuestra reputacion en excusar el juicio. La Reyna estará muy gozosa de que esteis sin culpa, porque me ha asegurado que en su vida ha tenido mayor disgusto, que el veros cargada con esta acusacion. Dexad la vana consideracion de la Magestad, que al presente no sirve de nada; haced cesar las sospechas, y borrad la mancha que quedará eternamente en vuestra honra. No rehusó, dixo ella, el responder delante de los Estados del Reyno, legitimamente convocados, supuesto que estoy reconocida por heredera notoria del Reyno: entonces hablaré no como súbdita, sino en forma de plática, sin sujetarme nunca á la nueva ordenanza de vuestra comision, que se conoce es una maliciosa red, que quiere enredar mi inocencia. El Tesorero respondió: Procederemos nosotros por contumacia. A lo que ella dixo: Exâminad vuestra conciencia, y mirad por vuestra honra, y Dios os dé á vosotros y á vuestros hijos lo que hicieréis en este juicio.

Por la mañana llamó á uno de los Comisarios, y pidió se pusiese por escrito su protesta, y que haciendose así se defenderia sin perjuicio de la dignidad Real. Al punto los Comisarios se juntaron en la sala de justicia, donde habian puesto un tablado, y en lo alto de él una silla Real debaxo de un dosel, para representar la Magestad de la Reyna Isabel, y al lado otra de terciopelo carmesí, prevenida para ella. La animosa Reyna entró con un semblante modesto y quieto entre aquellos horribles vestiglos, que estaban irredimidos contra su vida; tomó su lugar, y el *Chancier* Bronley

volviendose hacia ella , habló de esta suerte :

*La Serenísima Reyna de Inglaterra, habiendo tenido noticia, con extrema angustia de su corazon, que habeis intentado arruinarla, junto con el Reyno de Inglaterra y Religion, por cumplir con su obligacion, y no faltar á Dios, á sí, y á su pueblo, sin malicia ninguna ha nombrado estos Comisarios para que conozcan de lo que sois acusada, ante los quales os defendereis y mostrareis vuestra inocencia.*

Este hombre que hablaba tan mal tuvo la discrecion de hablar poco ; y luego al punto que hizo una señal, los perversos oficiales , que eran mas de quarenta, acometen como perros á la presa, haciendola mil preguntas maliciosas para cogerla; pero la generosa Amazona se desenredó de todas con increíble vivacidad. Al fin, todo se reduxo á las cartas de Babinton, que la habia dado parte de la conjuracion, y á la respuesta que ella habia hecho, exhortandole á que prosiguiese en su intento ; y ademas á las deposiciones de sus Secretarios, que aseguraban que ella habia dictado las cartas, y tambien otras á los Principes extrangeros para traer sus armas á Inglaterra. Con estas falsedades, que parecian tener mas probabilidad, la apretaban ; pero ella respondió animosamente, como es claro, por estos términos, que yo he sacado de diversas partes, juntandolos para dar mas luz á su Apología, en que he notado grandes luces de espíritu y de juicio.

*Apología invencible de la Reyna.*

“ Si la Reyna mi hermana os ha dado comision para hacer justicia, es razon que la comenceis ántes por el alivio de mis penas, que por la opresion de mi inocencia. Yo vine á Inglaterra á pedir favor contra la rebelion de mis vasallos ; la sangre, el parentesco, el señô, la vecindad, y el título de Reyna que tengo, me prometian toda satisfaccion, y hallé mucho mas sensibles agravios. Casi ha veinte años que estoy presa, sin causa, sin por qué, sin misericordia ; y lo que es

” peor,

„peor, sin esperanza. No soy súbdita de vuestra Seño-  
 „ra, sino Reyna libre y absoluta, que no debe dar cuen-  
 „ta sino á Dios, Juez Soberano de mis acciones, por  
 „no perjudicar al caracter de la Magestad Real, ni á  
 „mi hijo el Rey de Escocia, ni á sus sucesores y otros  
 „Príncipes soberanos de la tierra. Esta es la protesta  
 „que tengo hecha, y que reitero en vuestra presencia,  
 „antes de responder á los cargos que me acumulan.

„La mas terrible calumnia me carga de haber cons-  
 „pirado en la muerte de mi muy querida prima; y des-  
 „pues de muchas cabilaciones, todas las pruebas se re-  
 „ducen á las cartas de Babinton, á la deposicion de  
 „mis Secretarios, y á las solicitudes que he hecho con  
 „algunos Príncipes extrangeros para traer sus armas  
 „contra Inglaterra. Quiero responder eficazmente á to-  
 „dos estos capítulos, y hacer ver clarisimamente la jus-  
 „ticia de mi causa á todos los desapasionados. Y pri-  
 „meramente juro y protesto que nunca he conocido á  
 „este Babinton, que hace aquí el principal papel, que  
 „no he recibido carta ninguna de su parte, y que no  
 „ha podido tener él ninguna mia. Siempre he tenido  
 „horror á los consejos violentos y funestos, que tira-  
 „ban á la ruina y menoscabo de la Reyna Isabel, y es-  
 „toy pronta á presentar papeles, de los que habiendo  
 „tenido mal intento, lo dexaron por mí, sin descubrir-  
 „me nada; porque sabian bien que mi corazon estaba  
 „muy lejos de semejantes deseos. No puedo saber es-  
 „tando presa, lo que ha hecho Babinton y sus cóm-  
 „plices: él pudo escribir quanto quiso: pero yo sé bien  
 „que no he visto ni oido ninguna carta suya; y si se  
 „halla respuesta mia en cosas que no me han pasado  
 „por la imaginacion, es una falsedad abominable. No  
 „estamos en un siglo ni en un Reyno donde se igno-  
 „ra el hacer falsedades. Me han dicho que Valsingan,  
 „uno de vosotros, que ha conspirado contra mi vida  
 „y la de mi hijo, se vale de estos artificios, aprove-  
 „chandose de mis cifras, y contrahaciendo mi letra en  
 „respuesta á la de Babinton que él ha cogido. El

„otro



»otro creyó inocentemente, y depuso que yo la envia-  
 »ba; pero todo ello no es mas que una simple con-  
 »jetura.

»Era menester un millon de testigos mas claros que  
 »la luz del Sol para oprimir á una Reyna soberana, que  
 »encierra en su autoridad tantos millones de vidas, y  
 »se da crédito contra mí á un hombre no conocido, un  
 »hombre medio muerto, que decia todo lo que sabia  
 »y no sabia por librarse de las horribles crueldades del  
 »tormento. Saquen una sola letra de mi mano, una som-  
 »bra sola del delito, y me daré por convencida. Hablo  
 »con toda sinceridad de mi corazon y lágrimas de mis  
 »ojos, que no quisiera adquirir un Reyno con la san-  
 »gre de la mas vil persona del pueblo, y mucho me-  
 »nos con la de la Reyna; nunca arriesgaria yo mi al-  
 »ma, conspirando en la ruina de una persona, á quien  
 »he ofrecido tanta honra y amistad.

»En quanto á mis Secretarios, siempre los he re-  
 »conocido por hombres muy honrados; pero si me han  
 »cargado y acusado en sus deposiciones de haber dic-  
 »tado la carta en respuesta á la de Babintón, han co-  
 »metido dos grandes maldades. La primera, en haber  
 »violado el juramento que han hecho de guardar secre-  
 »to y lealtad á su señora. Y la segunda, en inventar  
 »una tan detestable calumnia contra quien debian todo  
 »respeto y fidelidad; de manera que toda la fe que po-  
 »deis sacar de aquí procede de dos traidores. ¡O ver-  
 »dadero Dios! ¡Es posible que la magestad y conve-  
 »niencia de los Principes ha de depender de los escri-  
 »tos y testimonios de sus Secretarios en negocios de  
 »tan grande consequencia! ¿Quántos se dexan llevar de  
 »la esperanza de las riquezas? ¿Y quántos se rinden á  
 »las amenazas de los Grandes? Son gente de fortuna,  
 »que siguen el fluxo y refluxo de su inconstancia. Si  
 »estos pobres hombres han depuesto lo que decis con-  
 »tra mí, ha sido por librarse del horror de vuestros  
 »castigos, y por hacer recaer sobre una cabeza coronada  
 »lo que pensaban ser inaccesible á vuestras comisiones.

»¿ Pero qué Letrados sois vosotros , que habeis he-  
 »cho morir á Babintón sin carearle connigo, hacien-  
 »dole abrir la boca á fuerza de tormentos para decir  
 »una mentira, y cerradosela despues para que nunca pue-  
 »da decir la verdad ? Si mis Secretarios estan aun vivos,  
 »hacedlos venir á mi presencia : dexadlos hablar , que  
 »sé de cierto que no persistirán en la deposicion que  
 »decis. No es razon que procedais con mala fe , y que  
 »os valgais de estas pequeñas formalidades por dar al-  
 »gun color á vuestro juicio.

»Nunca he dicho nada á los míos de lo que la na-  
 »turaleza me ha dictado para recobrar mi libertad. A  
 »la tercera objecion que me poneis pregunto: si he co-  
 »metido gran delito en haber deseado un bien que la  
 »voz pública nos enseña , que las leyes aprueban , que  
 »todos los hombres practican , y que la naturaleza en-  
 »seña á los pequeños ruseñores en sus vivares y jau-  
 »las , ¿ qué puede hacer una persona que se ve entre  
 »cadenas , sino implorar el socorro de sus amigos , y  
 »desear que alguna mano poderosa la saque de la pri-  
 »sion ? Confieso que he tenido deseo de la libertad; pe-  
 »ro niego haber procurado el efecto por los medios que  
 »decis. Es cosa bien extraña que una prisionera , á quien  
 »han espiado todas sus acciones, y contadole los pa-  
 »sos , haga cosas que los Soberanos tienen trabajo de  
 »hacer hallandose con un poder todo libre y todo ab-  
 »soluta. Ha tantos años que estoy en la cadena de un  
 »miserable cautiverio , sin que los ofrecimientos que  
 »he hecho , las seguridades que he dado , y la decli-  
 »nacion de mi edad y salud , hayan podido conmovier  
 »á mi hermana á que me diese libertad. ¿ No la he ofre-  
 »cido conservar una muy estrecha amistad con ella, amar-  
 »la y respetarla con toda veneracion , mas que á todos  
 »los Príncipes Christianos , olvidar todos los agravios,  
 »reconocerla por verdadera y legítima Reyna de Ingla-  
 »terra , renunciando todo mi derecho por el bien de  
 »la paz , sin pretender ni tomar parte alguna de su es-  
 »rona mientras viviese , como tambien los tí... ar-  
 »mas

„mas del Reyno, que me tocaban por legado de En-  
„rique Segundo, Rey de Francia, sin que todas estas  
„sumisiones hayan hecho cosa en favor de mi liber-  
„tad? No es grande mi culpa por haber deseado que  
„los Príncipes extranjeros mis amigos y aliados me  
„sacasen de tan profundas miserias, y con todo eso nun-  
„ca he querido poner en las manos del Rey de Espa-  
„ña el derecho que pretendia sobre la corona de In-  
„glaterra, aunque él se sentia agraviado, respetando á  
„mi hermana hasta llegar á no hacer caso de mi vida  
„y libertad por no enojarla, queriendo mas valerme de  
„las devociones de Esther, que de la espada de Judith.  
„Digo y declaro aun al presente, que pues Inglaterr-  
„ra me hace tan poca justicia, que no debo ni quiero  
„menospreciar la ayuda de los otros Reyes, con todo  
„el agasajo que pudiere. Ya os he declarado sincera-  
„mente mis consejos y pensamientos sobre esta acusa-  
„cion; y si el derecho y la justicia ceden al poder, y  
„la fuerza oprime la verdad entre los hombres, yo  
„apelaré á Dios, el qual sé tiene absoluto imperio so-  
„bre la Reyna Isabel y sobre mí. Y juro por mi Dios  
„y por mi honra, que ha mucho tiempo que no pien-  
„so en otro Reyno sino en el del cielo, el qual miro  
„como puerto de mis largas y continuas calamidades.  
„Pareceme he satisfecho á todas vuestras objeciones; y  
„sabeis en conciencia que ninguna cosa me culpa sino  
„mi nacimiento, ninguna me hace criminal sino mi  
„Religion: mas no puedo desmentir lo que Dios me  
„ha hecho nacer, ni puedo renunciar el caracter que  
„recibí el dia de mi bautismo. Yo he vivido, y mo-  
„riré Católica: este solo es el crimen en que no quie-  
„ro Abogados que me defiendan, y en que deseo me  
„sea todo el mundo testigo que no temo nada á los  
„jueces mas formidables.”

La pobre Princesa bañó sus palabras con abundan-  
cia de lagrimas, previendo la persecucion de los suyos,  
y considerando como su Real dignidad era tan bárba-  
ramente tratada de los Abogados del palacio, que pa-

recia habian jurado todos quitarla la vida, si bien sentian algunos remordimientos y fatigas en la conciencia, por ser tanta verdad lo que ella decia, segun lo refieren los mismos hereges, y lo dice claramente Cambden (1), que escribió la vida de Isabel, el qual no niega que Valsingan abria y cerraba las cartas que el traidor Gifard le traia, contrahaciendo lo que se le antojaba. Y él mismo confiesa que la opinion de los mas entendidos era que los Secretarios de la Reyna habian sido engañados y sobornados con dinero, y que es muy cierto que pidieron ellos recompensa á Valsingan, el qual les dixo que se contentasen con la vida; y añade que el haberla condenado sin confrontar los testigos, habia sido contra toda forma de justicia. Este es el sentir de los Hugonotes mismos, sus mas crueles enemigos; digo de aquellos que tienen alguna pequeña luz de buena conciencia, y no los perdidos, que escriben fabulas llenas de ignorancias y mentiras. Todo lo dicho es prueba invencible de su inocencia; pero los malos Jueces (2), que se habian vendido a la iniquidad, pasaron adelante, y pronunciaron sentencia en que la condenaban, la qual enviaron á la Reyna de Inglaterra, y se presentó ante el Parlamento para pedir se publicase.

Isabel tenia una plática estudiada, en que dió gracias á Dios por haberla librado del peligro, y se mostraba agradecida al afecto de sus buenos vasallos con su Reyna; y despues llegando al punto principal se mostraba muy afligida de que la Reyna de Escocia, siendo de su sexô, de su estado y sangre, fuese convencida de haberse conjurado contra ella, añadiendo que la perdonaria de muy buena gana, y perderia su misma vida si convenia al bien de Inglaterra; pero que en esta materia no queria perjudicarse á sí misma, ni al Estado de su Reyno. Hallabase en este acto con el corazón lleno de venganza, y con todo eso queria dar

(1) Cambd. pag. 493. (2) Sentencia muy iniqua.

á entender que era mansa y piadosa, imitando en esto á los Herodes y Tiberios, que nunca hablaban mejor que quando obraban mas inhumanos, y se estaban riyendo en lo interior, quando destilaban de sus ojos lágrimas de cocodrilo. Quería que su Parlamento le pidiese con ambas manos la cosa que mas deseaba; unas veces proponia los respetos y cordiales afectos que la tenia, por incitar de esta suerte á que se efectuase lo tratado; otras se mostraba enojada y demasiado zelosa; decia unas veces que queria conservarse, y otras que queria mas perder su propia conservacion por exercer su clemencia. Este corazon, que era muy disimulado, nunca se vió con mas altos y baxos que en este negocio; y hablando de verdad, se embarazaba en su propio laberinto; y queriendo disimular se descubria, diciendo á los que pedian la muerte de la Reyna: *Yo os ruego y os protesto que os contenteis con una respuesta sin respuesta; yo apruebo vuestra sentencia, y reconozco las razones; pero os pido excuseis el pensamiento solícito y dudoso que atormenta, y tomad en su lugar el grandísimo afecto que os tengo y esta respuesta, si por tal la teneis. Si digo que no haré lo que pedis, diré acaso mas de lo que pienso, y si que lo haré, me precipitaré en mi ruina á mi misma, á quien vosotros quereis conservar.*

Ultimamente, confirmada la sentencia por el Parlamento, fue enviado Beal á la Reyna de Escocia para darle la nueva de esta funesta condenacion, y decirle que los Estados pedian la execucion por justicia, seguridad y necesidad.

Este grande espíritu no se postró con un rigor tan violento, y una injusticia tan terrible, sino levantando al punto los ojos y las manos al cielo, dió gracias á Dios, pidiendo al punto un Sacerdote que la administrase los Sacramentos, y la dispusiese para morir. Paullet que la tenia en guarda, la trató desde entonces como un bárbaro, mandando á los oficiales de su casa que desahoras el dosel de su sala; y como nadie quisiese llegar á él, y vió que no le respondian sino con

gritos y gemidos, que ablandaban el corazon de qualquiera hombre, lo puso en execucion por mano de sus Alguaciles, y quitó á la pobre prisionera todas las señales de Magestad, por hacerla ver los funerales en vida, y salir del corazon una llaga mortal, ántes de sacarle la sangre de todas las venas de su cuerpo por mano de un verdugo; pero Isabel suspendia aun la execucion, ó fuese por miedo de los Principes extrangeros, no asegurandose de sus poderes y favores, ó ya por grangear una imaginaria reputacion de clemencia, ó tambien porque queria consumir esta pobre víctima á fuego lento, dilatandola los trabajos de su prision. Maria se resolvió á escribirla, no por pedirle la vida con un estilo baxo y mendigo, sino por obtener de ella sepultura. El tenor de la carta es el que se sigue.

## §. XIII.

*Ultima carta de la Reyna Maria á Isabel.*

**S**eñora, doy gracias á Dios de todo corazon por haberse servido de poner fin con vuestra sentencia á la triste peregrinacion de mi vida. No pido se me dilate, pues barto tiempo he tenido para experimentar sus amarguras. Suplico solo á vuestra Magestad, que pues no debo aguardar favor ninguno de algunos Ministros atentos, que tienen el primer manejo en el gobierno de Inglaterra, pueda alcanzar de vos sola, y no de otra mano, los beneficios que propongo.

Lo primero os suplico, que supuesto que no puedo esperar el que me entierren en Inglaterra con las ceremonias Católicas, practicadas por los antiguos Reyes vuestros antecesores y mios, y que en Escocia han mal ratado y violentado las cenizas de mis abuelos, que quando mis enemigos estuvieren bartos de mi sangre inocente, sea mi cuerpo llevado por mis domésticos á alguna tierra sagrada para enterrarlo, y sobre todo á Francia, donde reposan los huesos de mi muy honrada madre, para que este pobre cuerpo que nunca ha tenido descanso, y ántes ha estado junto con el alma, lo pueda ballar en apartandose de ella.

Lo segundo, ruego á vuestra Magestad, por el miedo que tengo á la tirania de aquellos en cuyo poder me habeis entregado, que no se me dé el suplicio en parte secreta, sino á vista de los de mi familia, y otras personas que puedan ser testigos de mi fe, y de la obediencia que tengo á la verdadera Iglesia, y defender lo restante de mi vida y mis últimos suspiros contra los falsos rumores que mis contrarios podrán divulgar.

En tercer lugar os pido que los criados que me han servido en medio de tantos trabajos con tanta fidelidad, se puedan ir libremente á donde quisieren, y gozar de las pocas conveniencias que mi pobreza les ha dexado en mi testamento.

Pidoos, señora, por la sangre de Jesu-Christo, por nuestro parentesco, por la memoria de Enrique Septimo, nuestro comun padre, y por el título de Reyna que tengo hasta la muerte, no me denegueis demandas tan justas, asegurando-las con una palabra de vuestra mano, y entonces moriré como he vivido. *Vuestra aficionada hermana y prisionera. Maria Reyna.*

No se sabe si esta carta llegó á manos de Isabel: por lo menos no se halla ninguna respuesta, ó sea porque los Ministros la ocultaron, ó porque la dureza de su corazon no se dió por entendida.

En este tiempo el Rey Jacobo se empleó en la libertad de su madre: los Embaxadores de Francia, el Señor de Moteaygrón, y el de Aubespine, trabajaron tambien en diferentes ocasiones. Monsieur de Belieure se portó con mucha prudencia, ánimo y lealtad, haciendo una excelente réplica, que se lee en la historia. La sentencia se suspendió cerca de tres meses, hasta que las voces de los Puritanos y Luteranos hicieron executar el golpe la mano que no aguardaba otra cosa.

Los mas entendidos decian que no habia exemplar como este de entregar en manos de un verdugo á una muger Reyna de Francia y de Escocia, y la mas cercana parienta que tenia en el mundo; una Reyna que no era su prisionera de guerra, sino su huésped, que la habia llamado y convidado en su Reyno,

enviandola prendas de su fidelidad. Que reparasen que todo el mal venia de los Secretarios, y no de ella; y que quando despues de una larga prision de veinte años hubiera consentido en que la sacasen por fuerzay por armas, no por eso merecia la muerte. Que si la hacia morir, abriria una llaga de donde saldria tanta sangre, que muchos siglos no la podrian restañar. Que Italia, Francia, España, y todos los Reynos Católicos del mundo se tendrian por agraviados, y traeria á su Reyno las armas de toda la Christiandad: que tomarian de buena gana este pretexto por invadir sus Estados. Que era hacer una afrenta conocida á Jacobo su hijo, y á todo su linage, que se debia ofender de ello. Que esto seria irritar los corazones de todos los Católicos del Reyno, y hacerlos irreconciliables. Y ultimamente, que corria riesgo de que el cielo no se armase contra un hecho tan sangriento. Que era menester tratar á los afligidos, y particularmente á una Reyna que se habia favorecido de su pais, con mayor reverencia que los Ingleses trataban las santas reliquias. Que se aventuraba mucho en su muerte, y no se iba á perder nada en su vida, supuesto que tenia hartas guardas, prisiones, rastrillos, y murallas para detenerla, en caso que quisiese inventar algo contra el Estado.

Pero los Ministròs insolentes decian incesablemente á voces, que era menester acabase su prision con la vida. Que la Reyna Isabel debia acordarse que aquella habia usurpado sus títulos y su nombre, haciendose proclamar otra vez Reyna de Inglaterra y de Escocia, y que los Soberanos nunca perdonan á los que intentan algo contra su autoridad. Que la vida de Isabel era incompatible con la de Maria. Que el verdadero medio de estorbar todos los intentos de los Católicos era el cortar esta raiz, que hacia brotar todas sus esperanzas. Que el Rey Jacobo estaria ya instruido en la Religion de Inglaterra, y miraria ántes por el bien de su Reyno, que mezclarse en vengar las cenizas de su madre. Que los extrangeros se hallaban muy embarazados en sus propios



pios negocios, y cuidarian mas de defenderse que meterse en invasiones. Que los Guisas, parientes de la Reyna de Escocia, estaban mal vistos en Francia, y que Enrique Tercero se guardaria bien de tomar por su cuenta sus demandas; y dado caso que algunos otros lo emprendiesen, sabrian que Inglaterra tiene buenos fosos. Que la Reyna Isabel era mortal; y si venia á faltar, no se podria imaginar desdicha que la Religion y el Estado no padeciesen debaxo del Reyno de Maria, por vengarse de su prision y de otros agravios que pensaban haber recibido. Que era menester reparar en que los Grandes escriben los beneficios que se les hacen en la arena, y graban en bronce las injurias. Los Predicantes lo hacian caso de Religion, trayendo á su modo algunos textos de la Biblia que acomodaban á su sentir sangriento, y los Letrados ignorantes referian historias de castigos hechos en algunos Reyes, bien fuera de propósito.

No era menester tanto para persuadir á una muger que tenia la vanidad de querer hacer quitar la cabeza á una Reyna en un cadahalso, y no se acordaba de que reynando la valerosa Maria, siendo acusada de un crimen de Estado, aguardando la sentencia, temia tanto las hachas de los verdugos de Inglaterra, que estuvo ya resuelta de suplicar á su hermana que enviase por un executor á Francia para que la degollase. La orden, pues, se dió, y notificó á la pobre víctima, que tanto tiempo habia estado preparada para el sacrificio.

Algunos Escritores apasionados han querido excusar la reputacion de Isabel, librandola de este crimen, fundandose en una carta que escribió al Rey de Escocia, en que con afrentosa perfidia dice: *Que su espíritu está atormentado con incomparable dolor por el lamentable successo acaesido contra su voluntad; pero que no tenia el corazon tan baxo, que dexase de hacer de miedo lo que es justo, ni negarlo con cobardia despues de hecho.*

Quien no ve que es burlarse de la historia y del crédito de los hombres, el querer disculpar este

te hecho? (1) Davisón, su Secretario, que anduvo en este funesto negocio, dice en su atestacion, que se halla en las mas fieles memorias de Inglaterra por Cambdén, que despues del viage del Embaxador de Francia, enviado para detener el golpe, le mandó que exhibiese el decreto que se habia hecho para la execucion de la Reyna de Escocia; y habiendolo hecho, lo firmó ella de su mano con mucho gusto, mandando lo sellasen con el sello grande; y ademas dixo algunas palabras sonriendose, reprehendiendo á Paulet y Deurey que guardaban la prisionera, porque no la habian sacado de aquel trabajo. Es verdad que el dia siguiente despachó á uno llamado Quillegre, para que le dixese á Davisón no pusiese en execucion lo mandado, ó fuese porque los remordimientos de la conciencia la atemorizasen, teniendo quando dormia horribles sueños, que eran las imágenes de sus insultos, ó por gran gear de esta suerte la reputacion de clemente, no mandando con tanta alevosia. El Secretario la fue á buscar al punto y la dixo, que el mandamiento estaba ya despachado y sellado, de lo qual ella hizo ademanes de pesarle, diciendo que bien se podia por consejo de personas prudentes hallar otro expediente, queriendo, á lo que se dexa creer, hablar de algun veneno. No obstante, no mandó que la execucion se suspendiese; y como tres dias despues se pusiese Davisón en su presencia preguntando si su Magestad habia mudado de parecer, ella dixo que no, y se enfadó con Paulet porque no habia querido con toda osadia perfeccionar el último delito, y dixo que hallaria otros que lo harian por su amor. A lo que habiendo replicado el otro que era menester mirarlo muy bien, porque de no hacerlo así, arruinaria de hecho á hombres de grandes méritos y á su descendencia. Persistió en fin, y el mismo dia de la execucion reprehendió al Secretario porque no estaba ya hecha. Apenas, pues, hubo des-

(1) Isabel enteramente culpada en la muerte de Maria.

bierto su corazon, quando los malvados Consejeros prosiguieron con increíble precipitacion, y enviaron á Beal, enemigo capital de los Católicos, con ministros de justicia, y cartas despachadas á ciertos Condes, por las quales se les daba poder para proceder en esta muerte. Estos se pusieron luego en el castillo de Fortheringey, donde la Reyna estaba presa, haciendola levantar de la cama en que sus achaques la tenian á la sazón, y leyendola el decreto la notificaron habia de morir por la mañana.

## §. XIV.

*Su muerte, y constancia admirable.*

**L**a desgraciada Reyna recibió estas nuevas sin mudar el semblante, diciendo: *Que nunca pensara que la Reyna su hermana llegara á tales puntos; mas pues así era su gusto, que la muerte le era muy agradable, y que no seria una alma digna de los gozos celestiales y eternos, si su cuerpo no podia sufrir el golpe de un verdugo: en lo demas, que ella ponía al cielo y á la tierra por testigos de su inocencia; y que el único consuelo que llevaba en un espectáculo tan ignominioso, era el morir por la Religion de sus padres; y rogaba á Dios le acrecentase la constancia á medida de sus angustias, y recibiese la muerte que habla de padecer en descuento de sus culpas.*

Habiendo dicho estas palabras rogó á los Comisarios la dexasen conferir con su Confesor, lo qual le fue denegado con bárbara crueldad, no haciendose aún con los mayores facinerosos. En lugar del Director de su conciencia, la traxeron para que la consolasen dos grandes hereges, el Obispo y el Dean de Petreburg, á quien ella desechó con enojo, diciendo que Dios la consolaria. El Conde de Kent, que era uno de los Comisarios y de los que ardientemente la perseguian, la dijo: *Nuestra vida será la muerte, y vuestra muerte será de nuestra Religion; con que la declaró bas-*

tantamente la causa de esta resolucion, por lo qual dió ella muchas gracias á Dios de ser tenida de sus enemigos mismos por instrumento capaz de establecer la antigua Religion en Inglaterra; y por esta razon deseaba ella que los Protestantes hubiesen ántes conocido los efectos que los deseos.

Habiendose retirado los Condes comenzó á disponer su última hora, como si hubiese de hacer un pequeño viage, con tanta devocion, prudencia y valor, que un Religioso que hubiese treinta años meditado en la muerte no se pudiera ajustar mejor. Lo primero mandó le anticipasen la cena por cuidar de sus cosas, y habiendo cenado con mucha templanza, segun solia, se entretuvo en muy buenos discursos con admirable tranquilidad de espíritu. Y entre otras palabras, volviendose á Burgón, su Médico, le preguntó si habia reparado bien quán grande fuerza tiene la verdad, supuesto que diciendo la sentencia que era condenada por haber conspirado contra la Reyna Isabel, no obstante, el Conde de Kent la habia dicho que moria por el miedo que se tenia que no hiciese ella algun dia morir la falsa religion, lo qual la servia mas de gloria que de suplicio.

Acabando de cenar quiso brindar á sus buenos criados con una alegria grave y modesta, por lo qual todos ellos se hincaron de rodillas para hacer la razon, y mezclaron tantas lágrimas con el vino, que era cosa de compasion. Quando sus sollozos dieron libertad á sus palabras, la pidieron perdon si no la habian servido como su Magestad merecia; pero ella igualmente rogó á todos la perdonasen sus faltas, aunque fue la mejor señora que hubo debaxo de las estrellas. Consolólos con grande animo, mandandoles enxugasen las lágrimas y se alegrasen, pues estaba ya para salir de un abismo de miserias, y que nunca los olvidaria, ni delante de Dios, ni delante de los hombres.

Despues de cena escribió tres cartas, la una al Rey y de Francia, la otra al Duque de Guisa, y la tercera

á su Confesor. El tenor de la que escribió al Rey Enrique Tercero es el siguiente.

*Carta á Enrique Tercero.*

Señor cuñado, habiendo Dios permitido que para expiación de mis culpas, como debo creer con toda humildad, viniese á ponerme en los brazos de esta Reyna mi prima, despues de haber pasado mas de veinte años en los trabajos de la prision, al cabo me hallo por ella y por sus Estados condenada á muerte. Habia yo pedido me diesen los papeles que me habian quitado, con deseo de hacer mi testamento y que mi cuerpo fuese transportado, segun mi voluntad, á vuestro Reyno, donde tuve la honra de ser Reyna, vuestra hermana y antigua aliada; pero como mis males son sin consuelo, mis peticiones son sin respuesta. Hoy, despues de comer, me han notificado la sentencia que se ha de executar por la mañana á las siete, como si fuera la mayor facinerosa del mundo. No puedo dar cuenta por mayor de todo lo que ha pasado, y asi se servirá vuestra Magestad de dar oidos á mi Médico y á mis criados, á quien tengo por capaces de todo crédito. Estoy toda dispuesta para la muerte, que recibiré inocente, como la he aguardado con paciencia. El derecho que me dió mi nacimiento sobre el Reyno de Inglaterra y la Religion Católica; son los puntos principales de mi condenacion, aunque los disfrazan quanto pueden con sus calumnias. Me han quitado el limosnero, y los consuelos que esperaba de los Sacramentos en la muerte, instandome con toda violencia á que recibiese la asistencia y doctrina de sus ministros; pero nunca haré cosa indigna de mi nacimiento y de mi Religion. Los que os llevarán los últimos suspiros de mi vida, os asegurarán de mi constancia. Lo que me queda que suplicaros es, pues siempre habeis significado quererme bien, que experimente vuestra caridad, haciendo rogar á Dios por una Reyna muy Christiana, que muera Católica como ha vivido, y mandando dar alguna recompensa á mis queridos criados, pues salgo de este mundo desnuda de todos bienes. En quanto á mi hijo, os le en-

comiendo quanto lo merece, porque no puedo responder. Atrevome á enviaros dos piedras, que son excelentísimas para la salud, que yo os deseo perfecta y dichosa con una larga vida. Vos las recibireis como cosas de vuestra cuñada muy afecta, que muere dandoos los últimos afectos del corazón. Vuelvo otra vez á encomendaros mis desamparados criados; y si vuestra Magestad me diere con que fundar un pequeño Convento, por hacer en él las limosnas forzosas, enviará mi alma delante de Dios mas colmada de méritos. Esto os suplico por la honra de Jesu-Christo, á quien muy presto rogaré por vos muriendo. Señor cuñado, vuestra muy afecta y cuñada Maria Reyna.

Soy de parecer que la carta que escribió al Duque de Guisa, que no se halla, era del mismo tenor. La que escribió á su Confesor contenia los debates que habia tenido por su Religion, y el zelo que la llevaba á morir en la fe Católica, y como con crueldad le habian denegado el poder testar libremente, y el transporte de su cuerpo sin dexarla confesar, por cuya causa ella confesó sus pecados en general, como habia deliberado decirlos en particular. En lo restante le encomendaba estuviese orando y velando toda la noche en espíritu con ella, y enviarle su absolucion, perdonandola sus faltas, y señalandola las oraciones mas convenientes que diria de noche y por la mañana. Añadió tambien, que si se acordaba al tiempo del suplicio se pondria de rodillas, y pediria la bendicion y licencia. Hecho esto pasó los ojos por su testamento, leyendo el inventario de sus bienes y vestidos, escribiendo los nombres de las personas á quien los habia repartido, y distribuyendo el dinero por su propia mano, pasó lo restante de la noche velando en oracion. Algunos dicen que habiendo hecho sus oraciones, se echó en la cama á la hora que acostumbraba, y durmió algunas horas un sueño muy apacible para hallarse mas fuerte para morir. Despues despertando comenzó suagonia, leyendo ella misma la pasion con las rodillas desnudas en tierra para animarse al último combate, mezclando

do casi sus lágrimas y su sangre con las lágrimas y sangre de su amado; y pasando largas horas orando y meditando, se estuvo así hasta que envió á descansar á dos criadas que la asistian.

Comenzando á amanecer su ultimo dia, que fue á diez y ocho de Febrero de mil quinientos ochenta y siete, y siete segun el Kalendario de los Ingleses, se puso los vestidos que acostumbraba los dias de fiestas; y habiendo juntado sus criados hizo leer su testamento, rogandolos tomasen de buena gana los pequeños legados que les hacia, pues el estado en que se hallaba no la daba lugar á hacerlos mayores. Despidióse de todos, exhortandolos al temor y amor de su Criador, á la conservacion de su fe, y á la concordia entre ellos, encomendandolos rogasen por la salvacion de su pobre alma. Despues besó á todas las mugeres, y permitió que los hombres la besasen las manos. La sala estaba llena de gritos y sollozos, suspiros y clamores, acompañados de grande abundancia de lágrimas que no se podian atajar: mas como ella tenia todos sus pensamientos puestos en el cielo, se retiró otra vez á su oratorio, donde estuvo mucho tiempo, y se comulgó, segun dicen, implorando la gracia de Dios con suspiros y gemidos de paloma, hasta que Tomas Andres, Lugarteniente de la Provincia, la dixo que ya era tiempo de salir.

Obedeció prontamente, y salió con un semblante magestuoso y alegre, vestida muy modestamente, con un velo pendiente de la cabeza, un rosario en la cintura, y un Crucifixo de marfil en la mano. Los Comisarios la recibieron en una galeria donde aguardaban; y Melvin, su Mayordomo, se puso de rodillas delante de ella llorando á recibir los últimos mandatos.

No lloreis, dixo ella, antes alegraos, pues vereis hoy á Maria Estuard libre de todos sus cuidados; pidoos digais á n. hijo, que yo he vivido y muero constante en la Religion Católica, y que le exhorto con todas veras tenga la fe de sus pasados, ame la justicia, mantenga sus pueblos

blos en buena paz, y nada haga contra la Reyna de Inglaterra. Yo no he obrado nada en perjuicio del Reyno de Escocia, y estoy firme en la fidelidad que siempre he tenido al Reyno de Francia. Dios perdone á los que se han levantado contra mi sangre, como el ciervo corre á las aguas de las fuentes. Vos sabeis, Dios mio, que sois la misma verdad, pues penetrais los mas profundos secretos de mi corazon, quánto he deseado la paz y la union de los Reynos de Inglaterra y Escocia.

Entonces aquel corazon Real enterneciendose por su hijo, considerando las crueldades y persecuciones de la Iglesia Católica, que padecia inocente, lloró de compasion, y enxugó de presto las lágrimas; y volviendose á los Condes les rogó tratasen bien á sus pobres criados, dexandolos gozar de lo que les dexaba en su testamento, y permitiendoles asistirle hasta la muerte, y que despues los enviasen á sus tierras con público seguro. La inhumanidad del Conde de Kent la negó la asistencia de los suyos, diciendo que no seria mas que aumentar la supersticion; mas ella le dixo: no temais, porque estos pobres no desean otra cosa sino darme la última despedida; y sé bien que mi hermana Isabel no me negaria tan poca cosa, supuesto que la honra misma del sexó requiere la asistencia de mis criadas. Yo soy su muy cercana parienta, nieta de Enrique Septimo, y he tenido á Francia en dote, ademas de ser ungida Reyna de Escocia; sino concedeis esta cortesia á mi calidad, dadla por lo menos á la ternura de un corazon humano. Con esto le permitieron cinco ó seis de sus domésticos para que la acompañasen al suplicio, á donde ella caminó. Esta divina Reyna, á quien Francia habia visto marchar gloriosa en la pompa de sus bodas quando era seguida con todo aplauso, caminaba entonces con un pequeño acompañamiento para entregar su garganta al verdugo. Entró en una sala toda enlutada, y subió al cadahalso, que tambien lo estaba, á fenecer el último acto de esta larga tragedia. ¿Qué ojos de furias no se enternecieron al ver este



espectáculo al tiempo que las gracias se despedían?

Apénas se sentó en una silla que estaba para el caso, quando Beal leyó el decreto y sentencia afrentosa de su muerte, que ella oyó con mucha apacibilidad, reprimiendo todos los movimientos de la naturaleza por arrimarse á la gracia, á imitacion de su Salvador. Despues Flecher, Dean de Petreburg, uno de los malvados consoladores, se puso delante de ella, y muy á lo maestro la hizo un razonamiento sobre su vida pasada, presente y por venir, haciendo grandes esfuerzos por pervertirla en este último combate. Este fue el mas sensible de sus males, pues oía en aquel trance la plática estudiada de un Ministro impenitente y atrevido, por lo qual ella le interrumpió muchas veces, y le rogó no la importunase mas, asegurandole estaba firme en la fe de la antigua Iglesia Católica Romana, y pronta á derramar su sangre por ella. No obstante, este infame Doctor prosiguió en perseguirla, haciendola instancias hasta el punto de su muerte.

Tendió los ojos por toda la sala por ver si descubriria á su Confesor para pedirle la absolucion de sus pecados, pero no le habian dexado llegar. Una pobre criada suya entró por fuerza en medio de toda la gente, y como vió á su señora entre dos verdugos, comenzó á dar grandes gritos que lastimaban á los circunstantes; pero la Reyna estando atenta á todo, la hizo señal con el dedo que callase, si no queria la echasen fuera. Entonces los Condes hicieron muestras de querer orar por ella; pero la buena señora se lo agradeció con buena voluntad, diciendo, que seria pecado comunicar sus oraciones con ellos; y luego volviendose á la gente, que serian hasta trescientas personas, dixo:

*Bien nuevo espectáculo es ver una Reyna reducida á morir en un cadabalso. No he acostumbrado á quitarme el velo, y despojarme de mis reales adornos delante de tanta gente, y tener camareros á dos verdugos; pero es fuerza querer lo que quiere el cielo, y obedecer las sentencias de la Providencia Divina.*

Pongo á Dios por testigo que nunca he conspirado contra la vida ni Reyno de mi prima, ni becho cosa digna de este tratamiento, si no se me imputa mi Religion, por la qual me tengo por dichosa en derramar hasta la última gota de mi sangre. Pongo todas mis esperanzas en el que veis clavado en esta cruz que tengo en la mano, y me aseguro que esta muerte temporal sufrida en su nombre, me servirá de principio de la vida eterna con los Angeles y almas bienaventuradas, que recibirán mi sangre y la presentarán delante de Dios en remision de todas mis culpas.

Comenzaron todos á llorar, y no hubo quatro de todos los que allí estaban, aunque eran sus enemigos, que pudiesen detener las lágrimas. El verdugo, vestido de terciopelo negro, hincado de rodillas la pidió perdon, y ella lo hizo de muy buena gana, perdonándole á él y á todos los que la perseguian.

Despues de esto se hincó de rodillas, diciendo á voces altas algunas oraciones en latin invocando á la Sacratísima Madre de Dios, y la triunfante compañía de los Santos, que la favoreciesen para pelear contra la heregia aun en sus últimos suspiros: redobló sus fervorosas oraciones por la Iglesia, por su Reyno, por Francia, por su hijo, por su cruel matadora, por Inglaterra, por sus jueces y por el verdugo, encomendando en las manos del Salvador del mundo su alma, purificada con tanto amor y trabajos. Las últimas palabras de su oracion fueron: *Como tus brazos, Señor Jesu-Christo, estan tendidos en la cruz, recibidme entre los brazos tendidos de tu misericordia.*

Besaba incesablemente al Crucifixo que tenia en las manos, por lo qual uno de los que asistian, enfadado de la honra que daba á la cruz, la dixo, que era mejor tenerla en el corazon; pero ella prontamente replicó: *En el corazon y en las manos.* Dispusose despues para el suplicio, y el executor quiso quitarla la ropa de encima, y ella le detuvo diciendo, que aquellos tocaba á sus criadas, las quales se acercaron para prepararla á la muerte. Ella misma se acomodó lo me-

por que pudo , teniendo su cuello y garganta , mas blanca que el alabastro , descubierta para tan lastimoso golpe. Hecho esto , se hizo la señal de la cruz , y besandolas se despidió sonriendose un poco , dando á entender moria tan apacible como constante , no haciendo mas resistencia á la muerte , que hace la flor á quien la corta.

Las pobres criadas lloraban amargamente , sollozando de modo que enternecieran las peñas , quando la Reyna las dixo : *¿Como? ¿Yo esperaba vuestra constancia, y que no seriais importunas, y ahora os afligis quando me veis que voy á trocar un Reyno temporal lleno de miserias por un Imperio eterno lleno de felicidades?*

Dicen que tenia aun una cruz muy preciosa , la qual queria dar á una de sus confidentes , prometiendo al verdugo hacersela recompensar por otra parte ; pero el enemigo de la cruz se la quitó por saciar su avaricia. Y habiendola vendado los ojos y puestola en el funesto sitio , comenzó á decir : *In te Domine speravi* ; y en medio de las santas palabras *in manus tuas* , que dixo muchas veces , el verdugo temblando y poco diestro , descargó sobre ella un golpe de hacha , y en lugar de dar en el cuello , la dió en la cabeza , haciendola una terribilissima herida , y reiterando otros dos golpes la apartó la cabeza del cuerpo , y la mostró públicamente toda amarilla y sangrienta , diciendo á voces : *Viva la Reyna Isabel: así mueren los enemigos del Evangelio* ; lo qual repitió tambien el Dean , y aplaudió el Conde de Kent , quando todos estaban llorando.

La sangre fue recogida en unas vasijas de plata , y el cuerpo quedó tendido en el cadahalso : sus pobres criadas se acercaron , pidiendo las dexasen desnudarla y enterarla con sus manos ; pero el cruel Conde las echó fuera , é hizo poner el santo deposito en una sala del castillo bien cerrada , mandando quemar los paños y ropas que estaban bañadas con la sangre de esta Mártir , como si hubiera elemento en el mundo que fue-

se capaz de borrar una mancha tan celestial. Las dos doncellas siguieron con los ojos el cuerpo de su señora por las rendijas de una puerta, y viendole chorreando sangre y medio cubierto, quedaron como las Magdalenas en el sepulcro, hasta que fue llevado á la Iglesia Catedral de Petreburg, donde toda la buena gente, mientras les fue permitido, iban á llorar á su sepulcro. Habiendo llegado la nueva á Londres, tocaron todas las campanas de alegría para dar la nueva á la cruel Isabel, que se cubrió mas de vergüenza que de luto, aunque fingió sentir mucho la muerte de su prima; y á la verdad sentia algunos remordimientos de conciencia, y tenia horribles sueños que la hacian dar voces de noche, y despertar á sus camareras con asombro.

## §. XV.

*Conclusion.*

**M**ientras hubiere verdad, virtud y hombres sobre la tierra, brotará sangre esta llaga. Mientras hubiere ojos y lágrimas en este lugar de miserias, se derramarán sobre estas reales cenizas, y la piedad de los vivos nunca se cansará de esparcir á manos llenas lirios, claveles y rosas sobre su sepulcro. Maria absuelta por el cielo, intenta un eterno proceso contra Isabel: ella será llevada ante tantos tribunales como hay espíritus de razon, y siempre será condenada sin acabar su miseria por no haber puesto fin ninguno á su injusticia.

Parece que quiso Dios á posta darla una vida larga como á Cain, á Herodes, á Tiberio, y á tantos tiranos, por colmar sus insultos, y que poseyese un cetro sangriento entre sospechas, horrores y desconfianzas, y viese su infierno en vida, quando cayendo al cabo en una impotente vejez, menospreciada de los suyos, se quejaba muchas veces que todo el mundo la despreciaba, y que no habia persona de quien pudiese valerse.

El cielo hizo secar su raiz en la tierra, y la hizo morir

sin

sin hijos , y puso sobre su trono la sangre de Maria , que goza el dia de hoy la corona de Inglaterra y Escocia.

¡O gran Dios! Si se puede entrar en esta nube de misterios y secretos que encubris á nuestros ojos, es cierto que de esta sangre se producirá algun dia la mas ilustre flor de toda la posteridad, que hará nacer un siglo de oro entre sus manos, que hará triunfar la antigua Religion, llevando sobre los reales hombros hasta el trono de la gloria, y dando las honras divinas á las cenizas de su madre, hará criar sobre su tumba cipreses que llevarán hasta las estrellas su nombre, despues de haberlo grabado en sus hojas.

Isabel no será entonces sino un fantasma horroroso, y sus malvados Consejeros parecerán junto á ella como las mas pálidas sombras del infierno.

La Bretaña despertará de este letargo, y mirará con veneracion á la que deshonoró con tanto furor.

Incomparable Maria, no digamos que la Providencia fue para vos madrastra, y que os trató con demasiado rigor y violencia. Ella os hizo entrar en una batalla cubierta de palmas y laureles, que rociasteis con vuestras lágrimas, cultivasteis con vuestros trabajos, ennoblecisteis con vuestros combates, y honrasteis con vuestra sangre. Ella os puso en un cadahalso, donde representasteis la primera y mas gloriosa tragedia que representó en el mundo vuestro sexò y vuestro estado. Los Angeles, ó divina Princesa, admiraban desde las puertas del cielo vuestra pelea, animaban vuestra constancia, cantaban vuestras alabanzas, y preparaban á porfia vuestras coronas.

Un corazon de muger contra cien leopardos, un corazon de diamante contra mil martillos, que nunca se dobló por la violencia, que no se dexó llevar del esplendor de los honores, que templó con hiel los mas deliciosos gozos de la vida por seguir á su Jesus, á su llamado, á su crucificado.

Esta Reyna la mas Católica que hubo en el mundo, que cada honraba mas que las Iglesias, los Sa-

cerdotes y los altares, estar casi veinte años sin Iglesia, sin Sacerdote y sin altar, por hacer dentro de sí propia un templo de su cuerpo, un altar de su corazón, y un sacrificio de su sangre. ¿Mas qué digo? ¿En una muerte tan desamparada ser el altar, la víctima y Sacerdote de sí misma? ¿Qué virgen ha visto veinte años de cautiverio? ¿Quién nunca ha experimentado tantas muertes en una sola muerte? ¿Quién la ha visto venir con mas horror? ¿Quién la acarició con mas contento? ¿Quién la llevó con mas prudencia? Y últimamente, ¿quién la acabó con mas gloria?

Vuestro bello nombre, ó Maria, llevado sobre las alas de una triunfante fama, pasa las tierras y los mares, sirve de objeto á la veneracion de los pueblos, y de adorno al cielo, donde vuestra alma goza con ventajas las dulzuras de la bienaventuranza.

Mirad, ó bella alma, vuestras Islas y Reynos con esos ojos resplandecientes con los rayos del rostro divino: considerad las olas del mar, que continuamente llevan la memoria de vuestros hechos á lo último de la tierra: perdonad á vuestros súbditos, y lavad al fin la mancha de esa generosa sangre, que quisisteis mas fuese mensajera de la reconciliacion, que portadora de la venganza.

¡O grande é ilustre Bretaña! ¿Es posible que esta sangre no haya podido aun obrar en la dureza de tu corazón, y que gustes siempre de pelear con el cielo de mano armada, por oponerte á tu salvacion, y cerrar la puerta á tu felicidad? ¿Dónde está la gloria de tu Christiandad, que te hacía antiguamente ser tenida por tierra de bendicion, la qual abria su pecho para dar tantos Doctores á la Europa, tantos exemplos de devocion á la Christiandad, tantas luces de doctrina á la Iglesia, y tantos Confesores al paraiso? Tus Reyes forzaban el camino del cielo con piadosa violencia, y los pueblos los seguian en tropas. No se hablaba en tu pais sino de la obediencia á la Iglesia Romana, de Santos, de reliquias de devocion, de comba-

bates virtuosos y de coronas; y despues que un demonio de amor y de rebelion, salido de lo profundo del abismo, se apoderó del alma de un desdichado Rey, ensuciaste tu santidad, destruiste tu santuario, cuyas lastimosas reliquias estan aun esparcidas por todo el mundo; y las piedras sagradas del Templo gimiendo entre naciones extrañas, aguardan el dia de la justicia de Dios, y la reunion de los espíritus para su servicio. ¿Qué has hecho de la cuna de Constantino y la de Santa Elena, que nacieron en tu tierra para dar leyes á toda la Christiandad? ¿Qué has hecho de tantas piedras preciosas que componian la diadema de la honra, cuyos rayos daban con admiracion en los ojos de todos los pueblos del mundo? Vuelve, ó Sunamitis, vuelve, ó bella Isla, vuelve á tu principio: la mano de Dios no está encogida, y sus brazos siempre estan abiertos á tu obediencia. Si las manos insolentes de la heregia han hallado medio de levantar las barreras que estaban plantadas y armadas por espacio de diez siglos, ¿piensas tú que las de la verdadera piedad no podrán arrancar los desórdenes que se han deslizado en medio de la noche de un siglo corrompido? No te imagines horrores, mudanzas de Estado, ruinas de lo temporal y costas: al cabo Roma tuvo sus inquisiciones y sus rayos. La sangre de esta Reyna inmortal romperá el diamante, y obrará efectos que nosotros no podemos creer, y que la posteridad no sabrá jamas bastantemente admirar.

En vuestras venas está, ó Augusto Monarca de la gran Bretaña, aún esta bella sangre. La cruel segur que hizo caer tres coronas con una sola cabeza, no la ha destruido toda: en vuestro cuerpo se conserva y en el de vuestra posteridad, animada de los espíritus de Maria, é impresa en las imágenes de su bondad. Ella es la que os da un espíritu tan templado, un natural tan amable, virtudes tan reales, y magestad tan triunfante. Ella es quien os ha unido con vuestra amada esposa, con una voluntad tan cordial y amor tan perfecto, que

que hace que vuestro matrimonio sea un continuo sacrificio de los antiguos, en que se ofrecian víctimas sin hiel. La Reyna de Escocia, vuestra abuela, fue dada á Francia; y Francia os ha dado una Princesa segun el corazon de Dios, y segun el vuestro; una flor de nuestras lises, hija de Rey, hermana de Rey, muger de Rey, toda Real; de sangre, religion, piedad, prudencia y valor. Ella entra en vuestros cuidados, tiene parte en vuestros trabajos, conspira en vuestros deseos, su espíritu está en el vuestro, y el vuestro se ajusta continuamente al suyo. Son dos relojes extremadamente concertados, que se corresponden á todas las horas del dia.

Grandes Magestades Inglesas, llevad un mismo yugo en el servicio de Dios y Religion de vuestros ancianos; y como no haceis mas que un corazon, no hagais mas que una Religion; pero sea la que vuestra abuela, de eterna memoria, practicó por sus virtudes, mostró por sus exemplos, honró con su constancia, y selló con su sangre.

**F I N.**





UNIVERSIDAD DE CADIZ



3740405147





